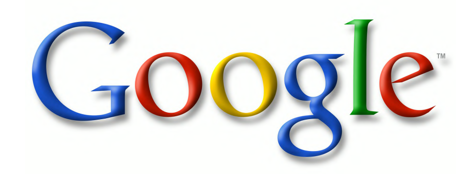
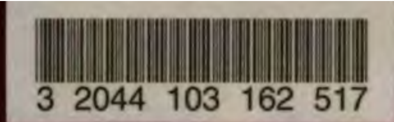
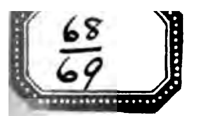



3 2044 103 162 517



GUERRA DE LA INDEPENDENCIA


68
69

GUERRA

DE

LA INDEPENDENCIA

HISTORIA MILITAR DE ESPAÑA

DE 1808 Á 1814

POR EL GENERAL

D. JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO

Individuo de número de la Real Academia de la Historia

CON UN PRÓLOGO

ESCRITO POR EL EXCELENTÍSIMO TENIENTE GENERAL

D. EDUARDO FERNÁNDEZ SAN ROMÁN

TOMO XIII

MADRID

Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra

1902

CAPÍTULO PRIMERO

VITORIA

Situación de Napoleón.—Reorganización del ejército inglés.—La del portugués.—Se completa la reorganización.—La de los franceses.—Planes de José.—El de Napoleón.—Segunda acción de Castalla.—El campo de operaciones.—Situación de los españoles.—Combate de Yecla.—El de Villena.—El de Biar.—El de Castalla.—Diversión sobre las posiciones francesas.—Acción de Poza.—Sitio de Castro-Urdiales.—Las fortificaciones.—Intentona de asalto.—Segundo sitio.—Salida.—Obras de ataque.—Se rompe el fuego.—El asalto.—Operaciones de Mina.—Sitio de Tafalla.—Asalto del fuerte de Fuenterrabía.—La mariscala Suchet.—Acción de Lerín.—Preocupaciones de Clausel.—Batida en el Roncal.—Situación de José en Castilla.—Plan de Wellington.—Comienzan las operaciones.—Posiciones francesas.—Planes de retirada.—Se retiran los franceses.—Nuevo plan de retirada.—Voladura del castillo de Burgos.—Siguen retirándose los franceses.—Combate de Osma.—Se detienen en Vitoria.—Descripción del campo.—Posiciones de uno y otro ejército.—José y Wellington.—Batalla de Vitoria.—En Zaldiaran.—En Subijana de Alava.—En el centro de la línea.—Paso del Zadorra por Tres Puentes.—Cruce general del río en el centro.—Ataque de Aríñez.—El de Zuazo.—En la derecha francesa.—Retirada del rey José.—El botín.—Retirada de Reille.—Continúa la retirada general á Francia.—Retirada de Foy.—Ataque de Tolosa.—Retirada de Clausel.—Observaciones.

La primavera de 1813 ofrecía en Europa un mundo de bienandanzas para los que tantos años llevaban de sufrir, con los horrores de la guerra, una serie de desastres, humillaciones, miserias y tristezas como no se habían de siglos antes sentido en esa la más culta parte del globo. Y era que avanzaba raudo y preñado de ira y venganzas el huracán que se dirigía á borrar hasta las trazas de la desolación con que un nuevo azote de Dios había afligido años y años á cuantos Situación de Napoleón.

pretendieran resistir su ambición insaciable y sus insoportables tiranías. Napoleón se retiraba de Rusia, humillado como el vencido en los campos Cataláunicos; y sus esperanzas fundábanse, no ya en aquellas legiones que habían llevado el espanto á todas partes, substituídas ahora por cuerpos colecticios de mozos imberbes, sin instrucción ni historia, sino en su extraordinario genio, que no decaería ciertamente en las nuevas compañas á que tenía que prepararse, pero estériles por la deslealtad de muchos, la rabia hasta entonces oculta de los por él desposeídos y los desdenes, por fin, de la fortuna. La versátil divinidad le había abandonado en aquella terrible campaña; y hasta en momentos en que *había dejado* voluntariamente *de hacer de emperador para mostrarse general,* faltáronle aquellos raptos repentinos de su inmenso talento, aquellas, también súbitas, inspiraciones que arrastran en pos la suerte y que, al decir de uno de sus admiradores, *arrancan la victoria,* y de que tantas veces se había aprovechado para desconcertar, aturdir y aplastar á sus enemigos. Y como en el ejército, cual en la Naturaleza los elementos, se confunden, se compenetran para crecer, unificarse, adquirir fuerza y desarrollar su acción la cabeza y la masa, los jefes y los soldados, y como si aquélla flaquea, flaquea de igual modo el cuerpo por ella dirigido, los héroes de Italia y del Egipto, de Marengo, Austerlitz y Friedland, si es que sobrevivían á tamaño desastre, no tenían sino la fama de su invencivilidad, que inspirase admiración, respeto y temor. Llegarían, repetimos, á salir de aquel como letargo producido por la primera desgracia, por el clima y las dolencias, las antiguas inspiraciones, los rasgos

de aquel genio incomparable, y con ellas renacerían la disciplina y la abnegación de las tropas francesas, al fin: pero hasta que eso se volviera á ver, los enemigos tendrían tiempo, ocasiones y medios con que hacer decisivo y acabador el triunfo recientemente conseguido.

Sí: conseguido en Rusia y en España, porque en nuestra campaña de 1812, más que la ventaja de ver evacuadas Andalucía y Galicia, se había alcanzado la convicción de la flaqueza á que quedaría reducido el Imperio francés teniendo que atender á dos tan grandes empresas, la de rechazar la invasión de los rusos, ayudados ya de los austriacos y prusianos, cuya traición se quería disfrazar con el nombre menos rudo de *defección*, y la de conservar el dominio, bien se veía, harto vacilante, de la Península Ibérica. (1)

Inmensos eran los recursos que necesitaba Napoleón para hacer frente á atenciones de tal magnitud; y como serían preferidas las que le llamaban hacia el Norte, por el carácter ofensivo que allí presentaba la guerra desde que los rusos habían cruzado el Niemen y la actitud que tomaban austriacos y prusianos, no le sería posible buscar en el Mediodía el desquite que desearía de las pérdidas del año anterior. Tanto como se ha debatido la cuestión de la conveniencia ó no de

(1) Dice el Conde de Segur en su «Histoire de Napoleon et de la Grande Armée pendant l'année 1812»: «Ya del Norte al Sur de Europa, respondían los gritos de venganza de la Rusia á los de España. Cruzábanse y resonaban en la tierra alemana, aún sometida al yugo francés; aquellos dos grandes incendios atizados en las dos extremidades de Europa, se acercaban á su centro, hacían brillar en él una nueva luz, y lo cubrían de chispas recogidas por corazones ardiendo en odio patriótico, exaltado hasta el fanatismo por las ideas y doctrinas religiosas».

abandonar España para conducir las tropas francesas que la ocupaban á las regiones del Rhin y rechazar la invasión de moscovitas y alemanes en ellas, fácil, según algunos, desde que tal masa de hombres reemplazara á la que acababa de perderse en la retirada de Rusia, no ha servido sino para demostrar que en uno y otro caso tenían que ser ineficaces tales recursos, aun manejados por capitán de tan singular talento y férreo carácter. Ni esos esfuerzos de un pueblo, aun siendo tan generoso el francés, rico en despojos de los por él vencidos de 20 años á aquella parte, pero esquilmado, á su vez, en guerras tan continuas y dilatadas, ni el genio bastaría tampoco del caudillo que hubiera de utilizarlos. Marchaban ya de concierto las grandes potencias que antes pelearon aisladas, en general, unas de otras; era otra la Coalición y otro el espíritu que la informaba, escarmentadas las anteriores y con la impresión de un prestigio obtenido por su avasallador adversario á fuerza de victorias, nunca como las suyas de continuas, de brillantes y decisivas. Ahora esa Coalición sería la última, acumuladas, como llevaba, las fuerzas todas de la Europa y con el poderoso estímulo de habérselas ya con quien acababa de sufrir una de esas derrotas, sólo conocidas de muy tarde en tarde en los anales de la historia. ¿A dónde, pues, acudir para evitar otra, tanto más transcendental cuanto se sentiría en el solar patrio, á la vista del pueblo más impresionable del mundo?

Era, por consiguiente, lógico evitar tamaño escándalo; y reuniendo cuantos medios pudiera para rechazar la agresión de las potencias del Norte, creyó Napoleón debería mantener en España, aun cuando fuese

sin esperanzas ya de grandes éxitos, la apariencia, por lo menos, de una ocupación representada por la soberanía, poco más que ficticia y nominal, de su hermano. Con eso España no conseguía inmediatamente su independencia; y si Napoleón salía vencedor en la nueva campaña del Norte, como esperaría de sus talentos militares, del valor y hasta del orgullo francés, herido en la anterior, tiempo le quedaría para volver contra los españoles y sus aliados, no enseñoreados todavía completamente de todo el territorio peninsular (1). Y la verdad es que los primeros éxitos de Lutzen y Bautzen, aun comprados con la muerte de Bessiéres y Duroc, el amigo, éste, entrañable de Napoleón y su Mariscal de Palacio, pudieron hacer pensar que los desastres de Rusia y la dolencia que minaba su exis-

(1) Se ha escrito muchísimo sobre esa cuestión que nosotros nos atrevemos á creer que fué resuelta por el Emperador del único modo que pudiera convenir, al menos por entonces, á sus intereses y á su decoro como al de Francia. Pero en cuanto á eso, véase la carta que el Duque de Feltre escribió á Suchet el 18 de mayo de aquel año de 1813, antes, por consiguiente, de la batalla de Vitoria. «No puedo menos de aprobar, le decía, y de celebrar el partido que ha tomado V. E. de sacar algunas tropas de Aragón, á fin de reforzarse y mantenerse en sus actuales posiciones. Lo más esencial en este momento es el no perder terreno y el ganar tiempo, á fin de que lleguemos á la época en que el Emperador habrá terminado sus campañas, y en que pueda tomar ciertas disposiciones en favor de sus ejércitos de España, si la cosa llega á ser necesaria. Este es el único objeto al cual debemos en este momento tender y aspirar, y V. E. sabrá apreciar toda la importancia de él. Una equivocación ha hecho suponer que yo reducía á un solo mes el tiempo en que fuera preciso mantenerse, sin retroceder: pero el Sr. de San José está hoy bien persuadido de que él habló de algunos meses en vez de uno, y recuerda muy bien lo que yo le dije con este motivo; á saber, que lo esencial era el ganar tiempo, hasta que el Emperador hubiese terminado sus negocios en el Norte. No puedo menos de insistir en dicha idea de nuevo y con mayor ahinco, y espero que V. E. la realizará. —Firmado: Duque de Feltre».

tencia no habían logrado amortiguar la privilegiada inteligencia de aquel coloso ni anublado su brillante estrella.

El tiempo, sin embargo, transcurrido desde su escapada de Smorgoni á París, al abandonar al Grande Ejército que, bajo la dirección del inhábil Murat y con la indisciplina de los demás mariscales y jefes, compañera inseparable de las ausencias del Grande hombre, habría de retroceder á las orillas del Elba, fué un tiempo de relativa calma que España pudo aprovechar preparando la futura campaña. No se descuidaba Napoleón tampoco; y en ese lapso, alargado en lo posible por la resistencia heroica de Ney en su retirada de Vilna al Niemen, y por la de Macdonald ante la defección de los prusianos de su mando, logró reunir un ejército de 200.000 hombres que, si no hubiera carecido de caballería, habría quizás proporcionádole en Lutzen y Bautzen una tregua que produjera la pérdida de nuestra casi lograda independencia.

Esa fué fortuna de España y la del general á quien se había confiado la dirección de todas las fuerzas que debían dar el último golpe á la invasión francesa.

Reorganización del ejército inglés.

No era fácil la tarea de reorganizar esas fuerzas después de una retirada que en sus últimas etapas se había manifestado bastante descompuesta, ya que nunca desastrosa; y aun cuando en el ejército inglés se restablecería pronto el orden, por sus especiales condiciones y las de su prestigioso jefe, éste habría de valerse de todas ellas para conseguir aquel primer objeto de toda operación militar tratándose de tropas como las españolas y portuguesas, sometidas á su mando por procedimientos no de todos aprobados.

En las tropas británicas, pocas eran, con efecto las modificaciones que habrían de introducirse para que volviesen á operar contra un enemigo cuyo valor tantas veces habían contrarrestado con fortuna. Algún refuerzo procedente de Cádiz; otros considerables de artillería pedidos á Inglaterra después de comparadas las dotaciones de esa arma en los ejércitos beligerantes; reemplazos de unos regimientos llenando sus vacíos con veteranos ó reclutas recién llegados del Reino Unido, y haciéndose atinadísimas apreciaciones entre los que llevaban en España las anteriores campañas y los que debían desconocer la guerra y cambiar de clima; cambios, por fin, de cantones al frente de la línea francesa y formación de depósitos de material y víveres: esas son las variaciones que Wellington se impuso para la reorganización del ejército inglés de su mando. Así podía muy pronto, el 31 de enero, escribir al general Graham: «Varios de los regimientos están ya en buen estado; otros, particularmente los recién llegados, no lo están. Como de costumbre, hemos perdido bastantes hombres en los dos meses del frío; pero las tropas están todas bien acantonadas y espero que, continuando así un mes ó dos, en la primavera podremos levantar el campo. Espero poner en campaña 70.000 anglo-portugueses. Pienso tener 40.000 ingleses y es posible que 25.000 portugueses; estaré mejor de artillería y y más fuerte en caballería de lo que he estado hasta ahora.» (1).

No hay, pues, nada que añadir respecto al estado

(1) Por cierto que le invita á visitarle en Freneda, aldea que hallará todo lo confortable posible, y añade: «Los perros están

del ejército británico para la futura campaña: veamos cómo se hallaba su constante y leal auxiliar, el portugués.

La del portugués.

Aun cuando los brillantes resultados conseguidos por Lord Wellington procurando á Portugal su independencia y aun el alejar la guerra de su frontera, dieron al ínclito general inglés una influencia que bien podía entenderse como imperio casi absoluto, lo mismo para la administración que para las operaciones del ejército lusitano, confundido, podría decirse, con el británico, ya hemos visto que no faltaban quienes lamentaran los sacrificios que se exigían al Reino, suponiéndolos como impuestos para en adelante en favor de una nacionalidad extraña. La resistencia á los subsidios, tanto por parte del Gobierno de Portugal como por la de los pueblos, se manifestó tan terminante y tenaz que, según dijimos también en el tomo anterior, hubo el Generalísimo de, para vencerla, recurrir al

---

en muy buen estado (very good trim) y hay abundancia de zorros.»

Se conoce que Graham era gran corredor de tales cuadrúpedos.

De la vida que se hacía en el campo anglo-portugués nos da cuenta, lo detallada que se verá, en su *Colección de noventa y siete anécdotas históricas entretenidas*, D. Francisco Lavanzábal, testigo presencial de cuanto allí sucedió en los primeros meses de 1813. Dice que se pasó ese tiempo en la mayor tranquilidad y, lo que no esperará el lector, con mucho dinero, *onzas de oro, pesos fuertes y guineas*, hallándose las iglesias de Freineda y *Matta de la Sorda* llenas constantemente de cajas repletas de oro y plata. En cambio, una gallina ó una docena de huevos costaban un peso fuerte; una libra de carne, medio duro, como una garrafa de vino, y una libra de pan, dos pesetas.

Añade Lavanzábal que Wellington excedía en lo pródigo á todos los monarcas en campaña, y aunque en su mesa de 60 convidados no había lujo, sí muchos platos de carnes frescas, caza y vinos. Su ayudante, el Príncipe de Orange, el Duque de Northumberland Somerset y otros lores comían en sus barracas de campaña, sirviéndose de vajillas de oro y plata.

Príncipe Regente proponiéndole para continuar la guerra sistemas de recaudación de fondos que, de seguro, repugnarían por arbitrarios é inusitados. Las quejas de los habitantes, lo mismo del campo que de las ciudades, por los atropellos y extorsiones de que eran víctimas por parte de la soldadesca inglesa, eran tan frecuentes y afectaban tal gravedad, que espanta el número de los despachos de Lord Wellington en que se recomienda á los Consejos de guerra la mayor severidad para con los perpetradores de semejantes violencias. Ni las vidas ni las haciendas de los moradores estaban á salvo de la crueldad y las rapiñas de quienes consideraban aquel suelo como de conquista: de modo que á la pobreza, á la pérdida de todo modo de vivir, producida por esas tropelías y más aún por el sistema de guerra seguido en la retirada del ejército aliado á Torres Vedras, tenían que añadir la de la esperanza de todo recobro mientras continuara la lucha que ellos suponían acabada una vez liberado el suelo patrio de la dominación francesa (1). Se resistían á comprender que no terminada en el resto de la Península, el menor revés la llevaría de nuevo á los puntos donde puede decirse en verdad que se había iniciado.

El Gobierno portugués tenía que hacerse eco de esas

(1) Véase cómo trata ese punto el *amable* Sr. Napier. «Los pobres labradores, dice, fueron cruelmente tratados; se les arrebató todas las bestias para la subsistencia del ejército, lo cual mató á la agricultura; no se hallaba el forraje necesario á los caballos y bueyes, y apenas la suficiente carne para las tropas que se quedaban en Portugal.»

«Esas irregularidades en el servicio, unidas á la vergonzosa conducta de los destacamentos militares (¿por qué no dirá ingleses?) y de los convoyes de heridos, en todas las líneas de comunicación, no sólo produjeron una grande irritación en el país, sino que ofrecían á los malévolos y á los facciosos pretextos

lamentaciones de sus pueblos y, á la vez que procurar la reparación de las violencias en ellos cometidas por sus tan caros protectores, debería limitar las exigencias del generalísimo inglés, más cuidadoso naturalmente del éxito de su acción militar, que era su propia gloria, que del bienestar de sus protegidos, por grande que fuera su interés en favor de ellos. No accedía, pues, á recargar el exhausto Tesoro del país con más obligaciones aún, que bien sabía eran ya insoportables y tan enorme el déficit de sus anteriores presupuestos, que necesitaría, para enjugarlo, sacrificios y tiempo de que le sería imposible disponer en tales circunstancias. Con decir que en el año de 1812, que finaba entonces, se había elevado el déficit á 12 millones de cruzados, se comprenderán las dificultades con que tropezaría el Gobierno portugués para arbitrar nuevos recursos con que proseguir la guerra. Ni era pequeña tampoco la de la falta de numerario, extraido casi todo el de Portugal para el pago de subsistencias, tan triste era el estado de la agricultura en todo el país, y el de vestuarios, equipos y demás artículos militares, que se llevaban del extranjero. El subsidio de Inglaterra, que era de 18 millones de cruzados al año, y los 13 millones que se sacaban de la caja militar portuguesa, ni

---

para atacar el carácter y las intenciones del general inglés. Por todas partes se hicieron circular contra las tropas escritos ó noticias; se exageraban las maldades reales y se inventaban las más ultrajantes; y todo para hacer á Wellington y á los ingleses odiosos á toda la nación. Y ese plan no se limitaba á Portugal solamente, sino que se ocupaban en Londres en producir el mismo efecto, y cuando en Cádiz se supo el entusiasmo que la presencia de Wellington había causado en Lisboa, la prensa se desató en injurias.»

¿Pues y los ditirambos de los periódicos gaditanos?

siquiera importaban la mitad del gasto de un ejército que las necesidades de la guerra y la falta de soldados ingleses obligaban á Lord Wellington á llamar á las filas para sus importantísimas operaciones en España. Ya se pensó y aun comenzó á ejecutarse la disminución del ejército portugués, en la caballería particularmente y hasta algo en la artillería, para facilitar los transportes de que sentía falta el inglés, tan dispendioso en eso; pero, por fin, se resolvió en conferencias de Wellington, Beresford y Stuart con agentes del Gobierno lusitano, recurrir á un empréstito que debería realizarse en Londres.

Pero ni la estrecha alianza con Portugal, ni la garantía de su Gobierno, ni aun el del inglés, la influencia misma de los generales Wellington y Beresford, patronizadores tan calurosos y eficaces del comercio de su país, lograron que se abriesen las bolsas de los grandes capitalistas de la *City* y fué necesario renunciar á ese recurso para apelar al que ya hemos indicado como último y supremo pensamiento del Generalísimo en sus preparativos para la próxima campaña de la primavera de 1813.

Su despacho de 12 de abril al Príncipe Regente de Portugal lo revela por completo, y no queremos privar de él á nuestros lectores. «Me permito, le dice, llamar la atención de V. A. R. sobre el estado de vuestras tropas y de todos vuestros establecimientos respecto al gran atraso de las pagas que les son debidas.»

«Con arreglo á los últimos estados que he recibido, se deben las pagas al ejército de operaciones desde fines del último septiembre; á las tropas de línea en guarnición, desde el mes de junio, y á las Milicias,

desde febrero. Los transportes del ejército, creo que nunca han recibido su paga regularmente ni han recibido nada desde junio de 1812. El honor de las armas de V. A. R. puede sufrir mucho por eso y he llamado repetidamente, aunque en vano, la atención de los gobernadores del Reino sobre ese asunto.»

«Estoy á punto de abrir una nueva campaña con el ejército de V. A. R., á quien se debe la paga por más tiempo que al concluirse la anterior campaña, aunque el subsidio de la Gran Bretaña, acordado especialmente para el pago y el mantenimiento de un cierto número de tropas haya sido satisfecho con regularidad, y aun cuando está probado que el contingente de los tres últimos meses ha producido una suma cerca de un tercio más que en otros tantos durante el tiempo en que yo me he ocupado de eso.»

Después de este exordio y de manifestar la inutilidad de los consejos y recomendaciones que había dirigido á los gobernadores para poner en orden la Hacienda de Portugal, pasa Lord Wellington en su escrito á revelar á S. A. el plan, en su concepto eficacísimo, para conseguir el fin que se había propuesto. «Para utilizar los recursos y medios, añade, que posee el Reino, he recomendado la adopción de un método por el cual pueden los impuestos actualmente hacerse efectivos, pagando los mercaderes y capitalistas el décimo de sus ganancias anuales como contribución extraordinaria de guerra, ensayándose los efectos de este sistema primeramente en las grandes ciudades de Lisboa y Oporto.»

«Os declaro, exclama después, que nadie mejor que yo conoce los sacrificios hechos ni los sufrimientos ex-

perimentados por los leales súbditos de V. A. R. en la guerra, porque nadie ha visto más el país ni hay quien en los últimos 4 años haya vivido tanto con él.»

«Pero es un hecho, Señor, que las grandes poblaciones y aun algunas de las más pequeñas del Reino han ganado con la guerra, que las clases mercantiles, generalmente, se han enriquecido con los grandes desembolsos que el ejército hace en moneda y que hay personas en Lisboa y Oporto que han juntado sumas inmensas. Si el crédito del Gobierno de V. A. R. no se halla en estado de sacar recursos de esos capitalistas por circunstancias remotas ó recientes, no podrá obtenerlos sino por medio de una contribución. Es innegable que los tributos regularmente establecidos en Lisboa y Oporto, así como el del 10 por 100 sobre los beneficios de las clases mercantiles, no se pagan en realidad al Estado, ni tampoco se puede negar que las medidas que yo he propuesto, si se ejecutaran rigurosamente en las mencionadas poblaciones, proporcionarían al Gobierno grandes recursos pecuniarios. Queda, pues, al Gobierno el exponer á V. A. R. las razones que haya tenido para no haber puesto en práctica esas medidas ú otras que pudieran ocurrir á resultados iguales respecto á los gastos del Estado.»

No halla Wellington otro obstáculo para eso que el temor en los gobernadores de hacerse impopulares; pero aun cuando llegara á tenerlo él, confía tanto en el buen sentido y en la lealtad del pueblo portugués, y es tal su celo por la causa, que no vacila en hacerse personalmente responsable del resultado de sus planes y echar sobre sí todo el peso de los odios que puedan provocar esas medidas. Extiéndese luego en varias

otras consideraciones, de carácter financiero todas, y, como es de costumbre en él, acusando principalmente á la Regencia dejada por el Príncipe en Portugal, para así dar más fuerza á sus argumentos en favor del impuesto que propone; y como reconoce que pudiera equivocarse, aunque siempre llevado del deseo del mejor servicio de S. A., termina su despacho con las palabras siguientes:

«Me aventuro de nuevo á expresar, pero de la manera más decidida, mi muy ardiente anhelo de que V. A. R. se digne volver á su Reino para tomar á su cargo el Gobierno, lo cual no sólo yo sino que todos los leales súbditos de V. A. R. desean con la mayor ansiedad.» (1)

No era fácil que prevaleciese un proyecto que prin-

---

(1) En cuanto á la resolución del Príncipe portugués, invitado por Lord Wellington á volver á Europa, véase lo que dice Napier. «El príncipe regente no vino á Portugal según se lo había aconsejado Wellington; pero Carlota se preparó inmediatamente á volver sola: diéronse órdenes para amueblar sus habitaciones en diferentes palacios y envió á ellos sus efectos más preciosos. Se pretextó su viaje con el mal estado de su salud, siendo su verdadero objeto el de acercarse á España para allí sostener mejor sus intereses. Nada era para ella obstáculo para procurarse el resultado á que aspiraba. De un espíritu ardiente, infatigable, y violenta hasta acercarse á la locura, había vendido su plata y sus joyas para emplear el dinero en corromper á los miembros más influyentes de las Cortes, y estaba resuelta, si aquel medio no le daba resultados, á distribuir aquel dinero entre las partidas españolas y proporcionar á sus proyectos un poderoso apoyo militar. Felizmente, el Príncipe, temiendo á la camarilla intrigante de su mujer, no la permitió salir de Río Janeiro mientras no conociese lo que el gabinete inglés pensaba de tal viaje. Su opinión fué tan opuesta á él, que se prefirió pasarse sin el del Príncipe, á que le acompañara Carlota, y ambos se quedaron en el Brasil; pasando el nublado sin dejar entre tanto que brillase ni el menor rayo de esperanza.»

Lord Wellington entonces, como durante su estancia en Cádiz y como en aquella sazón dijimos, hizo lo que ahora se llama una plancha.

cipalmente tendía á herir los intereses de las clases más influyentes en Portugal, cuando, sobre todo, se veía emigrar al Brasil, buscando el apoyo del Príncipe Regente, á una parte de la nobleza y á muchos grandes propietarios, cansados de la guerra y más todavía de la tiranía de sus protectores. (1) Así es que si en mayo se promulgó un nuevo sistema tributario, en parte beneficioso, ni fué el aconsejado por Lord Wellington, ni satisfizo tampoco á los portugueses teniéndolo por anticuado y nada reformador de los usos y privilegios anteriores.

A pesar de todo, pero mediando siempre en Lord Wellington el interés, más aún, el generoso empeño de utilizar servicios tan valiosos como los que sabía pudieran prestarle las tropas portuguesas, que hasta entonces tanto habían contribuído á su fortuna y gloria en las anteriores campañas, no cesó un momento en la tarea de reorganizarlas y de completar su fuerza y su disciplina. Así pudo reunir hasta 27.000 hombres de tropas que los mismos historiadores ingleses no vacilan en calificar de excelentes, perfectamente dispuestas á entrar en campaña. Con esos 28.000 hombres, que algunos hacen subir al número de 30.000, se formaron varios cuerpos que, unos con jefes propios y otros con ingleses elegidos cuidadosamente por Beresford y Lord Wellington, llegaron á constituir un ejército auxiliar del británico, tan compacto y disci-

(1) Así es que Da Luz Soriano exclama: «He aquí, pues, cómo era este reino gobernado por aquel tiempo, enteramente esclavo de los intereses británicos, cuyo gobierno trató constantemente al de Portugal como Esparta trataba en la antigüedad á los ilotas, no reconociendo en los portugueses más que la estricta obligación de servirle, sin importarle nada de sus intereses.»

plinado que completaría el excelente y más que ningún otro de sólido que, con la cooperación también del nuestro, iba á recabar la nueva reconquista de España.

Los 28.000 portugueses que iban á reunirse al ejército inglés para tomar parte en la campaña que iba pronto á inaugurarse, fueron organizados en diez brigadas, compuesta cada una de dos regimientos de infantería de línea y un batallón de cazadores. Se formó además otra brigada, la *Ligera*, con un regimiento de infantería, el 17.°, y dos batallones, el 1.° y el 3.° de cazadores.

La caballería consistía en una brigada de tres regimientos reunidos, y en otros dos sueltos distribuídos en las demás tropas, como varias piezas de artillería de distintos calibres, sacadas con sus sirvientes y oficiales de los dos primeros regimientos del arma.

No hay más que indicar la constitución del cuerpo del general Hill en cuanto á los portugueses á él unidos, para comprender cómo se había hecho la amalgama de aquellas tropas. De las cinco brigadas de aquella fuerza, una era portuguesa, de dos regimientos, según acabamos de decir, de infantería de línea y un batallón de cazadores, sin contar con que, anexa á ella, iba otra división, también portuguesa, de dos brigadas de infantería, y otra de caballería á las órdenes del Conde de Amarante, por ausencia, éste, del general inglés Hamilton.

La del español.

El ejército español que dejamos dividido en cuatro grandes cuerpos por el decreto de 4 de diciembre del año anterior, si bien se hallaba distribuído por todo el haz de la Monarquía con destinos y objetivos diversos, tenía el más numeroso, el 4.°, dedicado exclusivamen-

te, con el anglo-portugués, á estrechar á los enemigos que mandaba el Intruso en el extremo occidental del Pirineo, y, á ser factible, á arrojarlos al otro lado y meterlos en Francia. Durante aquel invierno, se había trabajado mucho por completar los contingentes de los cuerpos que componian el 4.° ejército, no poco reducidos en la campaña anterior, en la retirada particularmente de Burgos, así como por ejercitar á oficiales y tropa en el estudio de la guerra y en las maniobras propias del campo de batalla. El general D. Pedro Agustín Girón, jefe del Estado Mayor, secundando las disposiciones del vencedor de Bailén, que continuaba mandando aquel ejército en que, como saben nuestros lectores, se habían refundido los tres que operaban en Castilla, Galicia y las Provincias Vascongadas, se había esmerado en reorganizar aquellas tropas. Con ese motivo cruzáronse varios despachos entre el general Castaños y Lord Wellington, defendiendo aquél los procedimientos de Girón y procurando el segundo variarlos por considerarlos anticuados y, como tales, ineficaces para el sistema de guerra introducido en las últimas é instructivas campañas de aquel tiempo.

Girón había escrito una memoria sobre ese asunto y Castaños la había enviado oficialmente al Generalísimo que en su primer examen la aprobó, por hallar cuanto en ella se proponía *fundado en el buen sentido que es cien veces*, decía en carta particular, *mejor reglamento que cualquiera otro*. Esperaba, sin embargo, contestar después á Castaños de oficio y le anunciaba el envío de planes de reforma en la caballería y aun en la infantería, que consideraba harían buen efecto. Algo puede traslucirse de esos planes por otro despa-

cho del mismo Wellington al Conde de la Bisbal, su fecha la de dos días después, el 27 de febrero, en que, al tratar de la reorganización de aquellas armas ó mostrándole el deseo de conocer su opinión respecto á la infantería, le dice: «Los regimientos constan ahora de un batallón, con un Coronel, un Teniente Coronel y Mayor; 8 compañias, cada compañia con un Capitán, 4 subalternos, y 150 hombres. Mis objeciones sobre esa organizacion son:

»1.ª Que si un regimiento ha de estar completo, tendrá demasiados hombres para ser manejable, particularmente por oficiales no muy instruidos en la disciplina militar.

»2.ª Al presente hay en cada regimiento de infanteria una gran proporcion de jóvenes y débiles ó viejos y enfermos, no hechos al servicio activo de campaña; y todos ésos, en el caso de marchar, no servirán sino de sobrecarga al ejército.

»3.ª Hay servicios que reformar ó guarniciones que cubrir en cada uno de los distritos designados para apoyo de los ejércitos. Verdaderamente, no concibo que puedan hacerse efectivas las contribuciones sin ayuda militar. Todos esos servicios pueden reformarse con hombres dedicados á ello, si se les organiza convenientemente.

»4.ª Los regimientos, tal como están ahora organizados, no tienen reserva. Un regimiento entra en campaña, y si por las fatigas del servicio ó las eventualidades de la guerra se reduce su número, hay que destinarlo á guarnicion, mientras que por la organizacion que yo propongo, será posible que esté siempre en un respetable estado de actividad.

»Lo que yo propongo es que cada regimiento conste de un Coronel, un Teniente Coronel, un Mayor y 12 compañías, cada una de 100 hombres, y un Capitán y 3 oficiales subalternos. El regimiento tendrá 2 batallones; cada batallon, 6 compañías, y el Coronel y el Teniente Coronel ó el Coronel y el Mayor estarán con el primer batallon: el Teniente Coronel, según se arregle, irá con el segundo. En el caso de que el regimiento no conste de 1.200 hombres, no tendrá más que 10 compañías, de las cuales irán 6 al primer batallon y 4 al segundo.

»El regimiento, así, se hará mucho más manejable para sus maniobras. Si el Jefe del Ejército se ve en el caso de dejar algunas tropas en su distrito, tendrá facilidad para dejar las menos disciplinadas ó de hombres menos robustos de los regimientos de su mando que se hallen en estado de organizacion para reformar alguno de sus servicios. El segundo batallon de un regimiento dejado á retaguardia en cantones, servirá de reserva al primero y reemplazará sus bajas con reclutas ya instruidos hasta completar su fuerza.

»Los dos batallones de un regimiento pertenecerán siempre al mismo ejército y quedará á discrecion del comandante en jefe del Ejército el mantener ó no los dos en campaña. Si lo hace así, deberán los dos formar en la misma brigada al mando de su coronel, pero como batallones separados. Generalmente hablando, recomiendo, sin embargo, dejar el segundo batallon en cantones y no mantener más que el primero en campaña.

»Os quedaré muy obligado si os servís darme vuestra opinion sobre este proyecto.» (1)

(1) Ese despacho de Lord Wellington es una crítica, y no

En principio, siguiendo los raciocinios que él proclamaba como óptimos, los del buen sentido, las ideas de Lord Wellington respecto á la organización de la infantería no podían ser más prudentes y sanas. Y á ellas puede decirse que obedeció la constitución de aquella arma en España hasta 1812, en que la Regencia había impuesto la que él no aconsejaba reformar, semejante aquélla á las que habían adoptado la mayor parte de las potencias militares de Europa, aunque no Inglaterra precisamente, á donde tenían que enviarse para su reorganización los regimientos, todos de un solo batallón, que perdían una parte considerable de su fuerza en los campos de batalla. Esas ideas, repetimos, las del buen sentido, están tomadas en cuenta en la formación de los regimientos de tres batallones, con más aplicación todavía en los suizos, de dos batallones, que habían de traer de tan lejos y tan difícilmente reclutados los reemplazos de sus bajas; y no faltan tampoco razones para que los batallones ligeros y los pro-

---

falta de razón, de la organización dada á nuestra infantería el 8 de mayo de 1812, en la que se redujeron los cuerpos de tres batallones á uno solo de éstos. Dícese que al dictar esa disposición la Regencia no estaba convencida de su conveniencia; pero que la aprobó en vista de las quejas elevadas al ponerse en práctica el reglamento de julio de 1810, dictado, á su vez, para cortar los abusos cometidos con la creación de tantos cuerpos sueltos que pusieron á su cabeza jefes y oficiales que se hacía necesario reformar por su ineptitud y falta de autoridad para el mando que ellos mismos se habían conferido.

No se habían escapado á la penetración de la Regencia algunos de los motivos expuestos por Wellington, pues que en esa disposición de marzo de 1812 se decía que *si las circunstancias lo permitiesen más adelante, se formarían los segundos batallones*, que ahora el Generalísimo deseaba para que todos los cuerpos tuviesen una reserva, nunca más necesaria que en aquella guerra: pero la organización en batallones sueltos continuó hasta 1814.

vinciales no careciesen de las reservas que así recomendaba el generalísimo inglés y de que han carecido los de igual índole hasta el nuevo establecimiento de las reservas generales, que abraza todas las armas y á todos los organismos del Ejército.

Otro era el asunto de que trataba Wellington con el general Castaños, y otro que tuvo aplicación inmediata, no el que debatió con el Conde de la Bisbal, que no la obtuvo, sin que tampoco sepamos cuál sería la contestación del antiguo mayor del brillante regimiento de Ultonia, en que con tanta gloria había mandado uno de los tres batallones que lo formaban.

Lo que Wellington combatía era la distribución y los servicios de los tres cuerpos de ejército, constituídos con el 5.°, el 6.° y 7.° de la organización general anterior y que se convino en llamarlos *alas*, de la derecha, del centro é izquierda, por sus respectivas posiciones en la línea general, cuyo núcleo más importante mantenía el ejército anglo-portugués, con su cuartel general en Freineda, de donde emanaban las órdenes del Lord, su comandante en jefe. Se había quedado en que esos cuerpos continuaran mandados por casi todos los que antes regían sus principales fracciones con el aplauso general, tales servicios habían prestado; y Wellington, siempre aplaudiendo el celo y la inteligencia de Girón, manifiestos en una Memoria suya que le había remitido Castaños, le contestaba:

«Convengo enteramente con la opinion del general Giron en que la organizacion del 4.° Ejército no necesita modelarse de acuerdo con las reglas técnicas, suponiéndolas fijas, sino adaptándolas á las circunstancias. Mi opinion, sin embargo, es que no ha llevado

ese sabio principio hasta donde debe ser llevado en las medidas que ha propuesto á V. E.»

«Los ejércitos de todas las naciones aliadas están ahora en cuarteles de descanso y preparacion, y pueden considerarse como en situacion defensiva. Pero esa situacion cambiará pronto; y cualquiera especie de organizacion que pueda darse al 4.° Ejercito, el modo en que hayan de ser empleadas las diferentes partes de que se compone y la situacion entonces de los distintos territorios con cuyos recursos ha de contar el 4.° Ejército, llegarán á ser objetos que deben considerarse y y serán considerados con relacion á la organizacion del ejército.»

«La parte del 4.° Ejército que está ahora en Extremadura necesita precisamente: una parte, formar la guarnicion de Badajoz y emplearse en ayudar á la autoridad civil y financiera del gobierno, y la que entre en campaña debe necesariamente cooperar con la derecha del Ejército aliado anglo-portugués. La parte del 4.° Ejército que ahora se encuentra en Castilla, debe precisamente formar la guarnicion de Ciudad Rodrigo y sostener á la autoridad civil en Castilla mientras las tropas que estén disponibles para la campaña deberán cooperar con la izquierda del Ejército aliado británico y portugués. Esa exposicion de las circunstancias en que las tropas que forman el ala derecha del 4.° Ejército puedan estar probablemente, tiende á hacer ver que es conveniente ejecutar, como propone el General Giron, los principios que él mismo ha establecido. Para eso se hallarán extensas y previsoras razones en las medidas que hayan de adoptarse para el ejercicio del mando en las provincias de Extre-

madura y Castilla mientras V. E. se halle ausente de ellas. Con efecto, el oficial general que mande el ala derecha, tal como la propone el General Giron, puede estar ausente, por lo menos en Extremadura, al igual que V. E., y esa provincia, tan interesante por los recursos que pueden esperarse de ella, quedaría sin un comandante militar, de cuyas gestiones dependería todo según el sistema existente.»

«A estas consideraciones hay que añadir las que se refieren á los gastos, señaladas en el Memorandum del jefe del Estado Mayor; y sobre todo os recomiendo arregléis esa parte de vuestro mando, totalmente separada del resto, de la siguiente manera:

«1.° Que nombréis un Oficial general para mandar en Extremadura, y otro en Castilla por el presente, hasta el Tórmes, bajo las órdenes de V. E.»

«2.° A fin de economizar gastos y el empleo de oficiales de Estado Mayor agregados, esos generales serán; el uno, el que ejerza de Gobernador de Badajoz, y el otro, el Gobernador de Ciudad Rodrigo. Pero si V. E. no lo estima conveniente, sería de desear que esos Gobernadores y sus guarniciones estuvieran á las órdenes de los Generales que nombraseis para mandar en Extremadura y Castilla respectivamente.»

«3.° Que la brigada que manda el General Morillo y la de Castilla, hasta ahora á las órdenes de D. Carlos de España, se consideren como destacadas para objetos particulares y, por el momento, del 4.° Ejército, al igual de las guarniciones de Ciudad Rodrigo y Badajoz.»

«4.° Que la caballeria del Conde Penne Villemur se considere como brigada de caballeria en vez de divi-

sion, segun se propone; y que esa brigada, lo mismo que las tropas de D. Julian se consideren destacadas, de igual manera que la infanteria. Esas brigadas destacadas y las guarniciones de Ciudad Rodrigo y Badajoz, tendrán sus particulares Estados Mayores y comisarios agregados á ellas; los últimos naturalmente, bajo la direccion del Intendente General del 4.° Ejército.»

«Ese arreglo será según las circunstancias del momento en cuanto se refiera al territorio, á las tropas ó al aspecto de la campaña; mientras, si las circunstancias recomiendan unir más estrechamente los ejércitos, será fácil juntar las partes destacadas con el cuerpo principal. Tiene, además, la ventaja de evitar un gasto innecesario de dinero en Estado Mayor y Comisariato.»

«Dispuesto asi lo del ala derecha del 4.° Ejército, como lo propuesto por el General Giron, voy á lo que él llama el centro, que es en el hecho *el ejército*; y comprendo que la parte de él que hasta ahora ha sido el 6.° Ejército y la division Porlier y la caballeria del Conde de Fiquelmont, serán el ala derecha del 4.° Ejército, y las tropas del 7.° Ejército el ala izquierda.»

«Mi opinion es que el ala derecha conste de tres divisiones de infanteria; de las cuales la infanteria del suprimido 6.° Ejército dé 2 y la division Porlier la 3.ª; y el ala izquierda se componga de 3 divisiones de las tropas que eran hasta aqui del 7.° Ejército como propone el General Girón.»

«El punto que inmediatamento hay que considerar es el de los Generales y Estados Mayores de esas alas, sus relaciones entre ellos y con V. E. y con los terri-

rritorios de que han de sacar los recursos con que han de mantenerse».

«Los Generales y Estados Mayores del anterior 6.° Ejército formarán naturalmente los del ala derecha, bajo la direccion del Estado Mayor del 4.° agregado á V. E.; y los Generales y Estado Mayor del 7.° formarán los del ala izquierda, bajo la misma direccion, y cada uno con las disminuciones que pueda hacer practicables la alteracion efectuada en la organizacion de los ejércitos. Respecto al mando de esas alas, por lo menos de la derecha, es cosa enteramente de lo que convenga á V. E.»

«Pudiera convenir á V. E. tener un segundo en el mando para ayudaros en el manejo de todos los varios asuntos confiados á vuestra superintendencia, ó podría convenir nombrar un oficial especial para el mando del ala derecha y otro para el de la izquierda, bajo la direccion de V. E.; ó conservar el mando de todo del las 6 divisiones de que ha de componerse el 4.° Ejército en vuestras manos y en las del Jefe de Estado Mayor del mismo.»

«Sea como quiera, V. E. decidirá eso y yo os recomendaria la adopcion de la division de mandos por alas, indicándoos que el General Giron sea vuestro segundo, ó sea él quien mande el ala derecha del Ejército, ó que continúe ayudándoos, si adoptais el plan últimamente propuesto, como Jefe del Estado Mayor.»

«Si adoptárais la propuesta de dividir el Ejército en alas, sería de desear que nombrarais como general que mande la derecha al que lo sea en Galicia, Leon y Asturias, y el de la izquierda en las Provincias Vascongadas.»

«Creo que he tratado de todos los puntos á que se refiere el General Girón en su carta y su memoria; y os doy mi parecer y comunico mis deseos sobre ellos.»

Y en otra carta escrita en francés el mismo día, le añade á Castaños: «Os envío una memoria en Inglés sobre el plan de organizacion para la infanteria (es de suponer que sea la remitida al Conde de La Bisbal), y os ruego os la hagais traducir al Francés ó al Español por el capitan Mallet, y os agradeceré mucho me deis vuestra opinion sobre ella todo lo antes que os sea posible.» (1).

Los acontecimientos, después de todo, darían la norma de cuanto debiera después hacerse en asuntos como los ahora tratados, el de la organización de la

---

(1) Los elogios á Girón tenían que dar los resultados que siempre producen en España. Castaños lo propuso seguidamente para el ascenso á Teniente general; fundándose, no sólo en sus méritos, que veía reconocidos por Wellington, sino hasta en los de su padre el Marqués de las Amarillas; pero el Lord, repugnando sin duda comenzar el ejercicio de su mando de los ejércitos aliados con ese género de distinciones, no bien miradas por todos, ó acostumbrado á los procedimientos usuales en el de su mando, le contestó lo que sigue: «Estoy muy satisfecho del jefe de Estadó Mayor, que me parece hombre prudente y discreto y que no se mezcla más que en sus propios asuntos, que desempeña bien.

»Me alegro de lo que me decís del padre del General Girón, y os ruego le felicitéis en mi nombre. Por lo que toca al ascenso de Girón, os hablo como si no fuérais su tío; y os aseguro que tengo la mejor opinion sobre sus talentos y estoy bien seguro de que irá lejos en la carrera militar. Pero no me es posible solicitar su ascenso al presente sin pedir el de otros más antiguos ó contemporáneos suyos. No soy insensible á las ventatajas que resultarían para el Comandante en jefe que comenzara su mando pidiendo una promocion de Generales; pero, lo confieso, prefiero tener esas ventajas en el ejército español como las he tenido en otros ejércitos: es decir, haciendo estrictamente mi deber para con el público, lo mismo que para los oficiales y soldados del Ejército.

»En tales circunstancias, deseo mucho no pedir ahora la promocion.»

Era una resolución tan justa como oportuna.

infantería particularmente, en que, desde Napoleón hasta el último de los escritores y maestros militares, todos han aconsejado no deberse introducir variación esencial en los principios de una campaña. Y es tanto más de extrañar eso en un general como Wellington que por razones que se le presentaban para asuntos que alguna analogía tenían con los de una sólida organización, decía ser preferible tener los cuerpos con fuerza menor que la orgánica á tenerlos con fuerza superior; que su larga experiencia le había enseñado que un oficial ó soldado que hubiese asistido á una ó dos campañas, valía más de dos y aun tres que no hubieran estado en ninguna, porque éstos no podían prestar buenos servicios y llenaban los hospitales; añadiendo que, tratándose de españoles, el número no hacía sino aumentar el desorden y los efectos de los desastres. (1)

Se completa la reorganización.

Ahora bien; con los esfuerzos hechos para dotar al ejército español de la suficiente artillería, no difícil ya de reunir desde que, levantado el sitio de Cádiz, podía contarse con la que había quedado en las líneas francesas y, sobre todo, con la fábrica de bronces y la maestranza de Sevilla, cabe tenerse por repuesto y organizado el 4.° ejército, que iba á operar á las inmediatas órdenes de Lord Wellington. Este, por su parte, comprendiendo la importancia, cada día creciente, de aquella arma en los campos de batalla, más que nunca demostrada entonces por el derroche que Napoleón

(1) Eso que hay un despacho del día siguiente al de los anteriormente traducidos, en que dice Wellington á Bathurst: «He estado haciendo cuanto puedo por mejorar el ejército español; y debo á los oficiales la justicia de decir que tengo motivos para creer que hacen todo lo que está en su poder.»

hacía de ella, no cesaba en sus despachos de recomendar á su Ministro de la Guerra y á S. A. the ***Commander in Chief***, el envío á España, de cuantas piezas pudiera disponerse en Inglaterra, ya para el servicio en campo abierto, ya para los sitios que preveía, escarmentado, como estaba, de lo acontecido en Burgos por falta de material propio para las operaciones de esa índole. Para su arrastre y para la substitución de alguna brigada portuguesa por otras británicas pidió también caballos, así como para proporcionar unos 100 á las tropas de Alicante, y mulas, que se compraron en gran número, para completar el equipo general de los ejércitos que operaban en toda la Península.

Y como del armamento, cuidó Wellington durante su estancia en la línea del Coa, de los demás servicios del ejército, de su equipo, vestuario y calzado, de cuanto pudiera no estorbarle en sus futuras operaciones, que suponía decisivas para el éxito total á que aspiraba.

A favor de ese trabajo, tan útil como asiduo, logró Lord Wellington reorganizar en todos los teatros de la guerra peninsular varios núcleos de tropas disponibles, el total de cuya fuerza alcanzó la cifra de unos 200.000 hombres de todas armas, que, además de su considerable número, llevaban la ventaja de combatir en tierra propia ó amiga y la de tener en sus flancos el mar, dominado completamente por el más poderoso de los aliados con que contaba la causa de nuestra Independencia. Entre esos núcleos, constituídos en Cataluña, con 16.000 combatientes, dirigidos por el general Copons; en Murcia con cerca de 20.000 hombres que mandaba Elío, á quien también obedecían Villacam-

pa, Bassecourt, Durán y El Empecinado con sus respectivas fuerzas; en Alicante, donde el ejército anglo-siciliano tenía sus reales á las órdenes de Murray, en la Mancha y su divisoria en Andalucía, en que el Duque del Parque contaba con unos 12.000 hombres y la reserva de Cádiz, puesta, según se ha dicho, á las inmediatas de D. Enrique O'Donnell, Conde de La Bisbal, distinguíase el establecido en Castilla, donde campaba el cuarto ejército español, en que se comprendían las fuerzas de Castaños, con las asturianas de Bárcena y Porlier, las vasco-navarras de Longa, Jáuregui y Mina, á quienes mandaba el general Mendizábal y la, aunque exigua, muy importante de D. Julián Sánchez, el guerrillero inseparable del Generalísimo, quien en el ejército de su inmediato mando, el anglo-lusitano, contaba con más de 70.000 combatientes, de los que 5.000 de caballería y 90 piezas de artillería. (1)

La de los franceses.

No era, ni con mucho, tan ventajoso el estado de los ejércitos franceses, contrapuestos á los aliados para la ya próxima lucha. La extraordinaria y desigual que andaba Napoleón sosteniendo en Alemania, tenía que hacerse sentir en España. Por más que el *Grande Hombre*, por su peculiar y magistral táctica, siempre ofensiva hasta en las ocasiones más apuradas, parecía contar con medios suficientes para resistir en todas partes crisis tan tremenda como la producida con la retirada de Rusia, habría de echar de menos elementos de los que sólo podrían quedarle en nuestra Península, donde llevaban ya cinco años de pelear sin descanso, sin tregua alguna, fiera y encarnizadamente. A Lutzen y

(1) Véanse los estados de fuerza particulares y totales de aquellos ejércitos en el Apéndice núm. 1.°

Bautzen siguió el armisticio de Pleisvitz, con el que Napoleón creyó tener tiempo para duplicar el número de sus tropas, sin contar acaso con que sus enemigos aprovecharían aquellos dos meses en reponerse de ambos desastres y decidir al Austria en su favor. Todavía su talento haría frente al nuevo nublado con la victoria de Dresde, como pocas de gloriosa, pero nada decisiva, pues que el desastre de Macdonald en Katzbach y el de Oudinot en Gross-Beeren, la esterilizarían dando tiempo y ocasiones para que la coalición del Norte reuniera en Leipsick una masa de más de 300.000 combatientes que, aumentada inmediatamente con otros 100.000, decidió aquella jornada de tres días, á que tal coincidencia dió el nombre de ***Batalla de las Naciones***. No bastaban los reemplazos ya decretados y en vías de rápida ejecución; porque, como decía Wellington, lo que se necesitaba era, mejor que el número, la calidad de los refuerzos, y Napoleón llamaba á los veteranos de España, substituyéndolos con los que la violencia ya, más que el entusiasmo, llamaba á defender una causa que la fortuna se había cansado de proteger y cuya última hora estaba á punto de sonar. (1) Llamó,

---

(1) Decía después Napoleón: «Yo veia llegar la hora decisiva: La estrella palidecía; sentía yo escapárseme las riendas y nada me era posible hacer. Sólo un rayo podría salvarnos, porque el tratar, el convenir, no era sino entregarse neciamente al enemigo. No quedaba, pues, otro recurso que el de combatir, y cada día, por una ú otra fatalidad, nuestras probabilidades de éxito disminuían, las traiciones comenzaban á deslizarse entre nosotros, la fatiga, el desánimo, se apoderaba de muchos, mis tenientes se volvían flojos, torpes y, por consiguiente, desafortunados. Los grandes generales no valían ya, y era que los había hartado de consideraciones, de honores y riquezas en demasía. Habían libado la copa de los goces y en adelante no pedirían sino reposo, comprándolo á cualquier precio.»

pues, á Alemania la guardia joven que aun permanecía en la Península, y con ella y la artillería, que ya dijimos se había antes llevado, marcharon miles de soldados y oficiales que se habían distinguido por su valor y su conducta en la dirección de las tropas. (1)

Planes de José.

Quedábale á José la elección de las posiciones en que habría de esperar los sucesos que eran de presumir para la próxima primavera. ¿Retendría en la región del Duero, teatro de la última parte de la campaña anterior, las fuerzas que habían tomado parte en ella, ocupando con una sola división á Madrid como extrema izquierda de la línea, formada así para interceptar la general de comunicación con Francia? ¿Establecería, por el contrario, su centro de operaciones en Madrid, ligando su izquierda por Cuenca con las tropas de Suchet para hacer frente á los españoles y anglo-sicilianos de Murcia, y su derecha con León y Asturias, cuya ocupación tanto le tenía recomendada el Emperador? José optó por el segundo de estos planes; tal era la pena que debía causarle el abandono de su corte de tantos años, desde la que consideraba ejercer mejor una autoridad y una influencia que de

(1) A pesar de todos los apuros, José no regateó á su hermano las tropas que éste le pedía para su campaña de Alemania. Existe un despacho á Clarke, su fecha la de 29 de marzo, en que le dice: «Señor Duque, estoy convencido de la grande utilidad que en los momentos actuales pueden ofrecer en Francia los cuadros de cuerpos veteranos, y os ruego me digais si podría servir al Emperador para su guardia el envio que yo podria hacerle de los cuadros de dos batallones y dos escuadrones de mi guardia, compuestos de oficiales y clases que saqué hace ocho años de las compañías de preferencia (d'élite) de los regimientos del ejército de Nápoles.»

«Podría también enviarle á Francia, si lo aprobase Su Magestad, de 40 á 50 oficiales de todas armas, franceses y españoles, que puedo creer prestarían buenos servicios.»

otro modo, en punto distinto, supondría perdidas. Y una vez decidido, mientras no se le mandara otra cosa, á mantenerse en Madrid, hizo que los ejércitos del Mediodía y del Centro ocuparan aquella provincia y las de Toledo y Ciudad Real, así como que el de Portugal quedase establecido en las de Valladolid, Avila y Salamanca. Contaba entonces con 74.000 infantes y 12.000 caballos que en caso de peligro podrían oponerse reunidos á cualquier intento del ejército aliado de Lord Wellington para repetir la anterior invasión de 1812 en Castilla la Vieja, ó remontar el Tajo por Talavera como en 1809.

El de Napoleón.

Pero aunque tardíamente, porque los despachos de París no llegaban á Madrid sino dos meses después de expedidos y alguna vez por Valencia, tales eran la actividad y la fortuna de nuestros guerrilleros para interceptarlos, recibió el Intruso órdenes transmitidas por el Ministro de la Guerra francés, Duque de Feltre, que le impusieron un cambio total de su plan por el primero de los que hemos expuesto en muchas de sus partes. Esas órdenes, la primera de las cuales databa del 4 de enero de 1813, repetidas el 14 y 19 de aquel mismo mes, el 3, 12 y 25 de febrero, y el 1.°, 11 y 12 de mayo, disponían, por encargo del Emperador, que José llevara su cuartel general á Valladolid dejando su extrema izquierda en Toledo, y que, concentrada así la masa general de sus tropas, reforzase á retaguardia el ejército del Norte para que Caffarelli, que lo mandaba, mantuviera expeditas las comunicaciones con el Imperio. De ese modo, se le decía, restablecería una buena base de operaciones, manteniendo el ejército francés una aptitud imponente ante

el enemigo, si de nuevo tratara éste de avanzar sobre él. (1)

A consecuencia de esas órdenes, se trasladó José á Valladolid dejando en Madrid la división Leval, la brigada Maransin y la caballería ligera del general Soult, todas del ejército del Mediodía, cuyo mando se dió á Gazan, habiendo sido llamado á París el Duque de Dalmacia, por pedirlo así José y el Mariscal á la vez. Las otras tres divisiones de ese mismo ejército relevaron al de Portugal en Avila, Salamanca, Toro y Zamora; y las de éste, siempre á las órdenes de Reille, y la de Palombini, recién llegada á Madrid, se trasladaron á la derecha del Duero y fueron en parte á reforzar luego á Caffarelli.

El ejército del Centro quedó en Segovia, así para proteger á Leval como para formar base de apoyo de la izquierda de la nueva línea, en el caso de que fuera el Tajo y no el Duero la línea de invasión de los enemigos. Esas disposiciones inspiradas á Napoleón por su talento, no le habían ocurrido á su hermano á pesar de poder observar su conveniencia por el retraso harto elocuente de las cartas que recibía de Francia. Pero, ya lo dice Jourdan en sus Memorias: «La llegada de la

---

(1) El despacho de Napoleón, dirigido el 3 de enero á Feltre, decía así: «Haced saber al Rey, escribiéndole en cifra, que en las circunstancias actuales pienso que debe establecer su cuartel general en Valladolid; que el 29.° boletín le habrá hecho conocer el estado de los asuntos en el Norte, los cuales exigen nuestros cuidados y esfuerzos; que puede bien ocupar á Madrid con uno de los extremos de la línea, pero que su cuartel general esté en Valladolid; aprovechándose de la inacción de los Ingleses para pacificar Navarra, Vizcaya y la provincia de Santander.»

Clarke, naturalmente, amplía este despacho al transmitirlo á José.

corte á Valladolid (el 23 de marzo) atrajo allí á los ministros, los empleados civiles de la casa del Rey, muchos otros empleados y una multitud de personajes con sus familias. Hubiera sido sin duda prudente hacerlos seguir á Bayona, pero al Rey le repugnaba expatriar á aquellos de sus súbditos que se le mantenían fieles y que se hubieran hallado desprovistos de todo en tierra extranjera, y temía, por otra parte, que su marcha pudiera indicar con demasiada claridad que se había perdido la esperanza de sostenerse en España, resultando de ello desánimo en el ejército. El cuartel general quedó, así, repleto de todos aquellos refugiados, de sus séquitos y equipajes.»

Ni con esas traslaciones ni las que órdenes posteriores impusieron y la necesidad de atender al aumento, por días creciente, del número de sus enemigos en las provincias del Norte y su establecimiento en puntos importantísimos de la costa, siempre visitada por la flota inglesa, y á la comunicación con Francia, que cortaban ó flanqueaban Mina, Longa y Renovales en Navarra y las Vascongadas; ni con esas traslaciones, repetimos, y otras que aconsejaron á José la situación en que quedara Madrid y la continua hostilidad de las guerrillas de Cuenca y Guadalajara, bastaron para hacer la posición de aquel tan desventurado como impotente Rey lo robusta y segura que él y su hermano, cada uno por su lado, pretendían. Era necesario decidirse, pero enérgica, resueltamente, por un plan militar que impusiera al enemigo y le hiciera cambiar el suyo que, según el estado general de Europa y según las noticias todas, habría de ser ofensivo. El ejército francés queoperaría en Castilla, se encontraba,

con las disposiciones acabadas de tomar, reunido en la región eminentemente estratégica del Duero, y estaba destinado á desempeñar uno de estos dos oficios. El más propio de su misión en España y más adecuado al carácter de las tropas de que se componía, era el de caer concentrado sobre el enemigo, amenazando romper su línea en la frontera portuguesa, y si no conseguía arrollarlo, apoyado, como se hallaba, en las fortalezas de Ciudad Rodrigo y Badajoz, contenerle al al menos para no alejarse de ellas, tomando una iniciativa que era precisamente lo que convenía al Emperador para mostrarse dueño todavía de la mitad de la Península. En caso de considerarse incapaz de una ofensiva que, aun con todos sus inconvenientes, revelaría confianza en sus fuerzas y esperanzas de éxito en los esfuerzos que Napoleón desplegaba en otras partes para mantener sus prestigios de invicto y aun invencible, el ejército francés hubiera logrado perturbar la tranquilidad con que Wellington andaba reorganizando el de su mando, batido, así puede decirse, en los últimos períodos de su retirada. La inacción á que se veía obligado el general británico por esa necesidad de regularizar los organismos de su fuerza y la de medios complementarios para entrar de nuevo en campaña; el tiempo que estuvo en Cádiz perdido, aun cuando sólo fuera aparentemente para su misión militar; los rozamientos creados entre españoles é ingleses, bien por la cuestión Ballesteros, ya por los desplantes de Wellington y su hermano entremetiéndose en asuntos en que para nada debían intervenir, y varios otros motivos, allí como en Lisboa, para retardar, si no impedir, su acción, eran más que suficientes para que José, que

contaba con generales tan activos como Clausel y Foy, hubiera podido emprender operaciones que, aun no pretendiendo ser decisivas, según llevamos dicho, lograran retardar las que ya tendría pensadas su prudente enemigo. Es verdad que, á pesar de tantas causas de disgusto como le había dado con su conducta desde el Guadalquivir hasta el Tormes, José mantenía á su lado y aun entregándole la dirección de sus ejércitos al mariscal Soult, que no hacía sino oponerle obstáculos para toda determinación buena ó mala, torpe ó hábil; pero ya había logrado echarlo de España, y él ejercía alguna mayor autoridad sobre sus generales, ni tan engreídos, ni con los prestigios de los que, no sirviéndole sino de estorbo, habían sido llamados al lado de Napoleón, ante el que todos hasta entonces se humillaban, anulados por la superioridad de su genio y la costumbre de obedecerle ciegamente.

Napoleón no se cansaba de darle instrucciones en ese sentido. En su despacho de 9 de febrero escribía entre otras cosas á Clarke: «Escribidle (á José) que es irremediable el tiempo perdido; que pararán en mal las cosas si inmediatamente no despliega más actividad y movimiento en la dirección de sus asuntos; que se hace necesario ocupar Valladolid, Salamanca y amenazar el Portugal; que los ingleses parecen reforzarse en Portugal y llevarse el doble objeto, ó de adelantar en España ó de partir de Lisboa emprendiendo una expedición de 25.000 hombres, parte ingleses y parte españoles, á un punto cualquiera de las costas de Francia, durante el tiempo en que se entable la lucha en el Norte; que, para impedir la ejecución de ese proyecto, *es necesario que el ejército de España esté*

siempre dispuesto á tomar la ofensiva y á amenazar con dirigirse sobre Lisboa y conquistar Portugal, si los ingleses debilitaran su fuerza en España. Es, pues, necesario que el Rey ocupe Valladolid y Salamanca, y satisfaga al triple objeto de tener en jaque al ejército inglés, de mantener sus comunicaciones tan rápidas como fáciles con Francia, á fin de saber cuanto pasa, y emplear el tiempo en que los ingleses no hagan nada, en pacificar Vizcaya y Navarra». Y el 23 de aquel mismo mes, añadía Napoleón: «Repetidle, (Redites-lui de nouveau), que es indispensable que traslade su cuartel general á Valladolid; que restablezca la tranquilidad en Navarra y Aragón; que no ocupe Madrid más que con un cuerpo volante; que importa imponer en Madrid y Toledo fuertes contribuciones y hacerlas pagar; que todos los hospitales deben estar en Valladolid, Burgos, Vitoria, Tolosa y Pamplona; y que, en fin, ocupe Salamanca y León, *y haga se prepare un tren de sitio en Burgos para amenazar á Ciudad Rodrigo y hacer se tema una invasión por su parte en Portugal.*»

Si por parte del Emperador aparecen en esos despachos suposiciones tan infundadas como la de que los ingleses de España pensaran en expedición alguna á las costas de Francia, nacidas, acaso, del temor á las operaciones navales de Lord Popham, nada, en nuestro concepto, más prudente para tener á raya á Wellingtón ni más hábil para inhabilitar su acción sobre el centro de la Península que esa ofensiva, siquier aparente, recomendada á su hermano. Lo esencial para la causa napoleónica en general, era sostener esa apariencia agresiva en España en tanto

que se disputara en Alemania la suerte de unos ejércitos en tan desiguales condiciones colocados como los de los vencedores de Rusia al invadir la Europa central y los no poco desmoralizados y en aquellos momentos reclutados en Francia ó conducidos de otras partes á un país que no necesitaba sino la menor probabilidad de desquite para levantarse en masa contra su opresor de tantos años.

Si elevamos nuestra mente á la contemplación de todos aquellos sucesos y consideramos el estado de la guerra en España después de la campaña de Arapiles, tan varia en sus comienzos como en su fin, y dejando así como en suspenso los resultados en aquéllos conseguidos, aun con la evacuación de Andalucía, notablemente ventajosa para la causa española; si nos colocamos mentalmente, repetimos, en el lugar de José Napoleón, empujado, de una parte, á iniciativas como las ya apuntadas, y contenido, de otra, por su propio carácter, y la insuficiencia, en su concepto, de medios para obra tan magna como la de contener el torrente que ese mismo estado y la opinión en España de haber llegado la última hora á la dominación francesa, hacían que sobre él se despeñase, hay que reconocer como nada extrañas las dudas, las vacilaciones y recelos que se habían apoderado del ánimo del infeliz soberano. No era Napoleón el único que se permitía dirigir á su hermano reconvenciones que verdaderamente no se despegaban del carácter de ambos y del genio tan irascible como sublime del Emperador; es que se las dirigían también sus mismos generales y el Ministro Clarke, que no se las escaseaba y le deprimía en su autoridad enviando sus instrucciones á los que en España parece

que no debían entenderse con él. (1) José no tenía á su lado ni podía llamar en su ayuda más que á Jourdan; y es, por eso, muy natural que le defendiese de sus envidiosos. «Cuantos más oficiales y tropas veo, escribía á Clarke, más aprecio al mariscal Jourdan. La adhesion á sus deberes, su rígida probidad, son tan incontestables como sus talentos, y seria muy difícil suplir su larga experiencia». Había en la región del Duero cuatro generales en jefe con el mando de cuatro ejércitos que, al presentarse el enemigo en ella, habrían de constituir uno solo, bajo la suprema dirección de José; y, sin embargo, aquellos generales y sus ejércitos se dividían, se disputaban, según la frase de su *soi-disant* generalísimo, y se arrebataban los diversos territorios en que se hallaban, careciendo de todo cuando, administrados con uniformidad, podrían estar perfectamente abastecidos. Ni generales, ni

---

(1) No citaremos aquí despachos de Clarke dirigidos á generales que como Reille, Claussel y aun el mismo Jourdan, no habrían de repetir á José las palabras *gordas* que les enviaba respecto á la conducta militar de su Generalísimo y Rey; no, basta con estampar alguna frase de las escritas directamente para comprender de qué *calibre* serían las que no transmitimos ahora á nuestros lectores. «Creo, le escribía el 30 de marzo, creo en esta ocasión deber hacer á Vuestra Majestad observar que el Emperador no ha podido incluir en sus cálculos el de la influencia que pudiera ejercer en la opinión pública la morada de la corte de España en Madrid: Su Majestad no tenía que considerar sino el sitio que fuera más conveniente para el establecimiento del cuartel general del Comandante en jefe de los ejércitos franceses á la proximidad de la campaña que se va á abrir. Esa medida se toma para llamar la atención de los ingleses é inspirarles alguna inquietud; debe tenerlos en jaque según desea el Emperador, mientras nuestras tropas se empleen en destruir las partidas que infestan las provincias del Norte. Puede juzgarse por las últimas cartas de Vuestra Majestad que aun no tenía idea exacta del estado de las cosas en esa parte, pues que supone que el ejército del Norte puede él solo destruir las bandas existentes en la orilla izquierda del Ebro.»

comisarios daban cuenta de nada; y unos y otros se disculpaban con las órdenes que decían, y con razón, recibir del Ministro de la Guerra del Emperador, no del de su jefe natural, el Rey de España. El Embajador imperial decía á éste *que se hiciera obedecer;* y los generales, que deberían hacerlo, se escudaban con las órdenes del Ministro, que les escribía: «Os conformaréis con las órdenes que el Rey juzgue á propósito transmitiros, *en todo lo que no contraríe las que yo os haya enviado directamente en nombre del Emperador.*»

El ejército francés, el que principalmente había de hacer frente al aliado que estaba acabando su reorganización en la línea del Agueda y del Coa, donde seguía establecido el anglo-portugués, su núcleo más imponente, y cuyas alas aparecían cubiertas por el 4.° español, dispuesto también á entrar en campaña, hallábase, pues, en un estado, si en apariencia fuerte por el número y la constitución de sus organismos, débil por la falta de autoridad suficientemente respetada, por la de la unidad de mando, nunca más necesaria que en circunstancias tan difíciles de salvar.

Segunda acción de Castalla. Sólo una esperanza podían abrigar el Emperador y su hermano, cada uno en su caso: y ésa no debía inspirársela, como equivocadamente suponían, el ejército que iba á operar en la cuenca del Duero. Si cabía alguna, era en la *diversión* que, para el sistema general de España por parte de sus defensores, representaba la ocupación del reino de Valencia por las tropas del mariscal Suchet. Tal era la importancia que José debía dar á esa ocupación, que aun cuando en el deseo de asestar un golpe decisivo al ejército aliado al final de la campaña anterior, había pretendido de Suchet

el refuerzo de una división y aun de su propia persona, no dejaba de considerar á Valencia y al ejército francés que la guarnecía, como el apoyo más firme y el abrigo más seguro para otro caso como el sucedido en el pasado julio. Disminuía esa importancia la nueva situación dada á los ejércitos imperiales en Castilla la Vieja; pero tal rumbo podrían tomar las operaciones militares, que se hiciera, por lo menos, preciso no perder la comunicación de Madrid con Valencia por Cuenca y aun por Albacete, si las tropas anglo-sicilianas, desembarcadas en Alicante, con las españolas de Elío á su lado y las del Duque del Parque en el alto Guadiana y al abrigo de Sierra Morena, tendían á estrechar su línea de unión para aislar entre sí los dos grandes núcleos enemigos, debilitando su acción si trataban de hacerla fuerte con sus combinaciones. (1)

El mariscal Suchet, al quedarse con todas las fuerzas del ejército de Aragón, si se exceptúa la división Palombini, cuyo destino hemos recordado anteriormente, las estableció, según también hemos dicho, en actitud defensiva á uno y otro lado del Júcar, esperando sorprender las intenciones de los generales aliados que tenía á su frente. Hallábanse éstos con sus cuerpos en varios puntos situados, y andaban no bien

---

(1) Aun dejando el Intruso la división Leval en Madrid con destacamentos en Guadalajara y Cuenca; aun habiendo Suchet pasado en persona á Requena y establecido allí una brigada que observara aquel camino y protegiera las comunicaciones por él, pasaron cerca de tres meses sin que le llegara pliego ni noticia alguna directa que le hiciesen conocer los movimientos ni aun las posiciones del grande núcleo de fuerzas concentrado, no sabía él, si en el Tajo ó en el Duero.

avenidos, como de origen distinto, con fuerzas de diversas nacionalidades y provincias, y de voluntades más dispersas aún y no bien reducidas á una sola disciplina de mando. El 2.° ejército español, tal como se había formado por el decreto de 4 de diciembre de 1812, contaba con seis divisiones, regidas por los generales Miyares, Villacampa, Sarsfield, Roche, el Empecinado y Durán; y quien recuerde las operaciones que llevaban ejecutadas hasta entonces y la situación de las regiones en que se movían generalmente, comprenderá qué lazos los unirían en ellas ni qué facilidades se les ofrecerían para sus combinaciones tácticas contra el enemigo generalmente concentrado ú operando con sus considerables fuerzas. Si aquel ejército constaba, según llevamos expuesto, de 20.000 hombres de todas armas, el general Elío, que lo mandaba en jefe, teniendo por marzo y abril su cuartel general en Murcia, sólo las divisiones Miyares y Roche se hallaban á su inmediación, operando Villacampa y Sarsfield en Aragón y el Empecinado y Durán en las tierras altas en que nacen Tajo y Duero. Es verdad que aun cuando independientes de su mando, del de Elío, se encontraban allí la división Whittingham, llamada Mallorquina y las anglo-sicilianas, puestas en aquellos días á las órdenes de John Murray, uno de los cinco generales ingleses que en corto tiempo las mandaron. Unas y otras, las españolas de Levante como las inglesas sus aliadas, permanecían en una línea que desde el mar, desde Alicante y Cartagena, sus principales puntos de apoyo, se dilataban por los valles del Segura y el Vinalapó hasta Villena y Yecla, extrema izquierda, opuesta á la derecha de Suchet, establecido

en Caudete y Fuente la Higuera, de donde corría su línea por el Júcar hasta Játiva y Valencia.

El campo de operaciones.

Es el Vinalapó un río que no carece de importancia militar, como que además de regar un valle anchuroso y feraz con poblaciones tan considerables como Villena, Sax, Monóvar, Novelda y Elche, lleva á su lado la carretera que de Almansa y Caudete conduce á Alicante, única vía entonces de comunicación directa entre la corte y las altas mesetas de la Mancha y aquel puerto, el más comercial de la costa levantina de Valencia á Cartagena y Málaga. Ese valle está cortado por series de montes paralelos entre sí y á la divisoria general ibérica, perpendiculares á la línea del Vinalapó, que se abre paso por entre ellos, y que relacionados con los que constituyen en parte las cuencas vecinas, ofrecen interés no escaso para las operaciones militares en aquella zona estratégica, tan celebrada desde la entrada de fenicios y romanos en España. De ahí el que ofrecen, por la derecha del Vinalapó, Yecla y Jumilla, pertenecientes ya á la vasta región del Segura y próximas todavía á la divisoria, y la zona toda de Alcoy sobre la izquierda, en que la Hoya de Castalla y los pasos de Ibi y Tibi hemos visto forman accidentes topográficos muy de tomar en cuenta en maniobras como las desgraciadas ya descritas y las á que vamos á referirnos ahora, de muy distinto éxito.

Situación de los españoles.

Miyares se había situado, con una fuerza de 4.000 infantes, poco más ó menos, y unos 120 caballos, en Yecla, observando la derecha francesa situada en Fuente la Higuera, donde se había establecido el mariscal Suchet como en punto desde el que dominaba la línea del Júcar para observar la comunicación de Ma-

drid por Almansa y Albacete y cubrir la para él más esencial de Cuenca por Requena y el paso del Cabriel. En Elda, cuerno opuesto de la línea de los aliados en el Vinalapó, situó Elío la división Roche, como si quisiera reservarle papel parecido al que había representado el año anterior á las órdenes del general O'Donnell, no sin gloria para él y sus tropas y no sin fruto para la suerte de los entonces 2.º y 3.er ejércitos españoles. Por encima de Roche y cubriendo el centro de la línea, en Sax y Castalla, campaban los anglo-sicilianos de Murray con un cuerpo avanzado en el puerto de Biar, angostura abierta en la sierra ó ramal que, con el nombre de Peña del Moro, forma la izquierda del Vinalapó en su parte más alta, entre Bocairente, Bañeras y Villena. Whittingham, con su división, se había posesionado el 15 de marzo anterior de Alcoy y establecídose allí, después de un fuerte reconocimiento sobre Concentaina y Albaida, en que se distinguió el entonces teniente coronel D. Juan Antonio Monet, general luego muy distinguido y más tarde Ministro de la Guerra.

Combate de Yecla.

Esa situación del ejército aliado y especialmente la avanzada de Whittingham en Alcoy y Albaida, que amenazaba la de los franceses en el Júcar, puso en cuidado á Suchet y le decidió á adelantarse á la acción que pudieran emprender los españoles y anglo-sicilianos una vez que hubieran reunido cuantos elementos se les iban allegando. El aislamiento en que aparecía la división española en Yecla animó al mariscal francés á aprovechar tan favorable ocasión; y al amanecer del 11 de abril, el general Harispe se presentaba con su tropa ante la de Miyares que, avisado á tiempo, la te-

nía preparada para recibir al enemigo y defender el pueblo y, en último caso, la ermita situada en un alto próximo. No es exacta la versión de Suchet en sus Memorias, donde se supone á Miyares retirándose sin combatir al avistar la división Harispe. Los españoles tenían reforzadas sus descubiertas; y al retroceder éstas al pueblo, la división entera cubría ya las entradas que atacaban los franceses, defendidas valientemente, con particularidad por los regimientos de Burgos y Cádiz que, con un fuego vivo y mortífero, si cedieron terreno, fué palmo á palmo y causando al enemigo numerosas é importantes bajas, ayudados, eso sí, por la columna de granaderos y los cazadores á caballo de Jaén, que fueron acudiendo de otros puntos del perímetro de Yecla. Entrado, sin embargo, el pueblo por los franceses, los nuestros formaron línea á sus espaldad y en dirección á Jumilla, apoyándose en la ermita y en unos altozanos, para rechazar, como lo hicieron dos veces, la carga de los dragones y húsares que á las órdenes del coronel Meyer lanzó sobre ellos el general Harispe, que andaba entretanto reuniendo allí toda su infantería. Rota, después de algún tiempo y con la llegada y el fuego de la artillería enemiga, nuestra línea, quedó ésta cortada por su centro, cayendo, una parte en el llano, donde fué acuchillada y puesta en derrota por los jinetes franceses, y dirigiéndose el resto á otras eminencias de retaguardia, en las que el regimiento de Jaén con los jinetes de su mismo nombre, rechazando de nuevo á los de Harispe, lograron poner en salvo á los demás, sus fugitivos camaradas. (1)

(1) Suchet dice: «El coronel Meyer, á la cabeza de los húsares y de un pelotón de dragones, arremetió contra la co-

Que la acción fué reñida y disputado su éxito, no hay por qué ponerlo en duda; y mejor que la relación del combate lo prueban las acertadas observaciones con que termina el brigadier Miyares su parte, que de seguro no las hubiera hecho en tan críticos momentos, si el resultado de aquella jornada hubiera sido lo desastroso que pretende hacernos creer el mariscal Suchet. «Yo supongo, dice Miyares, que esta operacion la han executado los enemigos con el intento de ata-

lumna enemiga, y *rechazado dos veces*, volvió de nuevo á la carga, hasta que, por fin, hostigados en todas partes los Españoles, y contando ya en sus filas de cuatrocientos á quinientos hombres entre muertos y heridos, rindieron las armas en número de mil y doscientos, entre éstos sesenta y ocho oficiales y un coronel. Cogimos además una bandera y dos mil fusiles: nuestra pérdida consistió en diez y ocho muertos y sesenta y un heridos».

Muy distinta es la versión de Miyares en su parte. «En estos términos, dice después de relatar el ataque del pueblo, permaneció indecisa la accion por mucho tiempo, siendo siempre vanas las tentativas que el enemigo quiso hacer con su numerosa caballeria, á pesar de que logró con ella que los cien caballos de Jaen cediesen una porcion de terreno: pero no salió del mismo modo ventajosa para nosotros la llegada de su artilleria, que inmediatamente empezó á jugar, y nuestras tropas, aunque en posicion, tuvieron que ceder el monte de la ermita, replegándose más, apoyadas de otras, hasta que (sin poder yo explicar á V. E. el cómo) en lugar de dirigirse á las lomas inmediatas á retaguardia, y en donde se hallaba ya situado el batallon de Jaen, las tropas dexaron aquella direccion y se echaron al llano, en donde fueron irremisiblemente perseguidas por la caballeria enemiga: *á pesar de esto, la tropa reunida atravesó el llano, y yo la vi apoderarse de las alturas opuestas*, aunque con pérdida considerable de muertos y heridos, de los cuales sólo han podido llegar muy pocos.»

Este parte fué dado aquella misma noche en Jumilla; esto es, inmediatamente después de la acción, en momentos no propios, por consiguiente, para ser apañada con falsía. Así es que cabe comparar ambas versiones en sus frases subrayadas para el cálculo de su exactitud, con tanto más fundamento cuanto que puede observarse no difieren mucho en cuanto al número de nuestras bajas, puesto que Miyares las supone de más de 300 hombres muertos y 1.000 heridos, en los que cuenta los hechos prisioneros con el coronel D. José Montero.

car mañana cualquiera otro de los puntos de nuestra línea, y creo que en esta noche abandonarán á Yecla; por lo que tan luego como reciba los avisos que me den las partidas de descubierta, que he mandado á la expresada villa, reuniendo los batallones de Cuenca y Jaen y los escuadrones de este nombre, me dirigiré nuevamente mañana al amanecer contra sus posiciones, y si tengo la menor noticia de que atacan cualquier punto de nuestra linea, entraré en sus cantones á llamar su atencion ó bien los atacaré por su espalda».

En momentos de un desastre no emite esas consideraciones ni hace tales ofrecimientos á su general en jefe quien, como entonces, reveló después ser hombre tan sesudo al organizarse por su consejo el ejército que salvó el trono de la hija de un rey tenido por enemigo acérrimo de principios é instituciones de que aquél fué el primer y más robusto mantenedor. Ni ese razonamiento de Miyares en las circunstancias á que ahora nos estamos contrayendo exige una perspicacia extraordinaria; porque, conocida la de Suchet y considerada la situación en que se vería ante la ya agresiva de sus adversarios, se le debía suponer inclinado, y en aquel momento resuelto, á sorprenderlos con iniciativas tan enérgicas como las á que debía sus anteriores éxitos y su fama.

Y así era con efecto en aquella ocasión. Mientras Harispe atacaba las posiciones españolas de Yecla, Suchet, que había reunido en Caudete hasta diez batallones de la división Habert con los coraceros del ejército y diez piezas de artillería, se dirigió á Villena, con lo que, además, apoyaba la acción de Harispe en la que acababa de emprender contra Miyares. En Vi- El de Villena.

llena y su castillo se hallaba el batallón de Vélez Málaga con avanzadas que después fueron reforzadas por parte de la caballería británica que Murray adelantó de su campo para conocer la fuerza y, si le era posible, las intenciones del Duque de la Albufera al abandonar su campo de Fuente la Higuera. (1)

Con gran circunspección, primero, al avanzar los jinetes ingleses, y resueltamente al conocer el número de éstos y el objeto de sus movimientos, avanzó Suchet persiguiéndolos hasta las puertas mismas de Villena que, al anochecer de aquel día, hizo derribar á cañonazos. La caballería británica retrocedió á su campo de Biar, y con ella se fué el general Elío que, sabiendo que el batallón de Vélez tenía municiones de boca y guerra para dos ó tres días, dispuso que se encerrase en el castillo y se defendiera en él mientras no se hallara próximo á perder todo camino de retirada. Durante la noche, pudo, con efecto Vélez sostenerse en aquel viejo y desmantelado abrigo; pero bloqueado en él desde que los franceses entraron en la ciudad, no tardó en recibir la intimación de rendirse, á la que hubo de acceder la mañana del 12, después de una ligera resistencia. Elío se había dirigido á los cuarteles de Murray para proponerle un movimiento sobre Villena, á que asintió el general inglés su colega; pero cuan-

(1) Murray en su parte á Wellington no cita la circunstancia de haber enviado el 11 á Villena fuerza alguna de su caballería, pero en el de Elío se hace constar terminantemente, diciéndose en él: «pero habiendo hecho el general en xefe del exército británico adelantar su caballería para reconocer al enemigo...» Suchet dice también que Murray y Elío «presentaron delante de Villena como unos mil caballos, sostenidos por un batallón que ocupaba la ciudad».

do á las dos de la tarde iba á salir de Biar el socorro anglo-español, se supo la capitulación del castillo, y españoles é ingleses volvieron á sus respectivos campos.

También, según hemos visto, había pensado Miyares acudir á Yecla en socorro de cualquiera otro punto que pudiera ser atacado, como ya lo había sido Villena; pero el cansancio de su tropa en el combate anterior y el deseo de recoger á los extraviados al ser rota nuestra línea, le impidieron ejecutar su plan; limitándolo, por consiguiente, al de observar las posiciones de Yecla que Harispe acababa de abandonar para concurrir al ataque de Villena.

Suchet, pues, pudo disponer, sin obstáculo ya en su flanco derecho, el ataque sobre los aliados sus enemigos; dirigiendo la división Harispe sobre Sax, campo de los españoles, y la de Habert, con las reservas de todas armas, contra las posiciones del puerto de Biar, ocupadas por la vanguardia inglesa que mandaba el coronel Adam. Cinco horas tardó Suchet en conquistarlas á pesar de que los generales Robert y Lamarque las atacaron desde al medio día con gran vigor, y la caballería, hasta la escolta del Mariscal, cargó por el frente y los flancos con una decisión que, al fin, no pudo resistir Adam, herido al principiar el combate, y que hubo de acogerse á su línea general de batalla con pérdida de algunos de los suyos y de dos piezas de su artillería. (1)

El de Biar.

(1) La vanguardia del ejército anglo-siciliano, según Murray, se componía del 2.º batallón del 27.º inglés, del 1.er regimiento italiano, del cuerpo franco-calabrés, de una compañía de cazadores del 3.º, del 8.º batallón de la Legión real alemana, un destacamento de húsares extranjeros y cuatro piezas de montaña.

El de Castalla.

Así acabó la jornada del 12, transcurriendo las primeras horas del 13 en disponer Suchet la formación de sus tropas ante el cuerpo principal de las aliadas, y Murray en establecer su línea, harto extensa pero fuerte por sus condiciones topográficas y los atrincheramientos en ella dispuestos. Dilatábase por espacio de más de tres kilómetros, teniendo su centro en Castalla, oculto á su frente para el enemigo por una eminencia que impedía el cálculo y el reconocimiento de las fuerzas aliadas en él establecidas. El ala derecha se hallaba cubierta por un barranco tan escabroso y profundo que, al decir de un historiador inglés, no exigía su defensa la fuerza que se destinó para ella: la izquierda se apoyaba en una áspera sierra cuyos accidentes, dominando las avenidas del campo de batalla hacia Biar y Sax, la constituían en clave de la posición general en que campaba el ejército aliado. El centro tenía á su espalda el antiguo fuerte de Castalla; se hallaba reforzado con algunos atrincheramientos y guarnecido por la división Mackenzie y algún regimiento de la del general Clinton, que se extendía por la derecha, también fortificada, aunque, al parecer, innecesariamente, y sostenida por tres batallones de los de Roche, en reserva; y en la izquierda se situaron la división Whittingham y la vanguardia de Adam, batida el día anterior en el desfiladero de Biar.

Si ha de creerse á Napier, y es buen testimonio el suyo en cuanto se refiere al ejército inglés, no entraba en el ánimo de Murray el combatir aquel día, y al ver á Suchet avanzar desde Biar, dió por tres veces la orden de retirada, que el fuego enemigo impidió se llevase á efecto cuando ya iba á ser obede-

cida. (1) Tampoco Suchet sentía la inclinación que otras veces á emprender el ataque, comprendiendo las consecuencias que podría tener un revés de su parte en las circunstancias en que se encontraba la dominación francesa en España y las particulares de que se veía amenazado si se hallara en la necesidad de abandonar su línea del Júcar. Así es que en la batalla de aquel día, no era de esperar se hubieran de hacer por uno ni otro lado de los beligerantes los alardes y esfuerzos que, como en ocasiones diferentes, pudieran llevar á un resultado decisivo y todo lo transcendental que sería de desear. El Mariscal francés mantuvo, pues, su disposición de tener en jaque á los españoles de Elío en Sax con los imperiales de Harispe, reforzados con 300 coraceros; destacó la masa de su caballería sobre la derecha inglesa, extendiéndola por la llanura en dirección de Onil y á lo largo del hondo barranco hacia el centro de la línea general que el suyo no podía descubrir por hallarse de por medio la eminencia que antes hemos mencionado; y por fin, hizo atacar nuestra ala izquierda con una nube de tiradores que escalasen la sierra en que se hallaba establecida, tan áspera como empinada. De ese modo, creyó Suchet que podría reconocer perfectamente el campo enemigo y si, una vez

---

(1) «A pesar de la fortaleza casi inexpugnable del terreno, dice Napier, el general inglés retrocedió ante la idea de una batalla; y mientras que la cabeza de la columna francesa avanzaba desde el desfiladero de Biar, dió tres veces á su cuartel maestre general la orden de hacer se retirase el ejército, y la última vez de modo tan perentorio, que iba á obedecerse, si en aquel momento no se hubiese roto el fuego de fusil entre los piquetes (ingleses) y las tropas ligeras francesas».

examinado, le era factible, envolverlo. El reconocimiento de la derecha inglesa le demostró la imposibilidad de atacarla con éxito; con lo que se decidió á impedir la acción del centro junto á Castalla y atacar la izquierda, clave, según llevamos dicho, de la línea general de los aliados. En ése, iba, por consiguiente, á decidirse la suerte de las armas en aquella batalla, en condiciones tan anormales emprendida y con tales ánimos en los generales que iban á reñirla y disputarse la victoria.

En tanto que la artillería francesa cañoneaba toda la línea enemiga, su centro principalmente, desde que pudo descubrirlo, los 600 tiradores destacados sobre la izquierda escalaban la montaña de nuestra izquierda, llegando con gran resolución á la cumbre, de la que los precipitaron los españoles, con muerte del coronel Arbod, que mandaba á los franceses. En su auxilio destacó Suchet cuatro batallones de la división Habert que, dirigidos por el general Robert, asaltaron la posición, con tales dificultades en la subida, que dieron tiempo á que, reuniéndose fuerzas suficientes para la defensa, fueran también rechazados y cayeran, como dice Toreno, *desgalgados* de la montaña abajo. Los españoles de Whittingham, y con ellos el 27.º inglés, que ya hemos dicho formaba parte de la vanguardia de Adam, no sólo resistieron con su fuego el de los franceses al desplegar cuando ya tocaban la cumbre, sino que se lanzaron bayoneta calada sobre ellos, dispersando á todos y matando ó haciendo prisioneros á muchos. (1)

---

(1) El Conde de Toreno atribuye con justicia á nuestro coronel D. Julian Romero el éxito del primer ataque de los fran-

Comprendiendo Suchet que la posición inglesa se hacía ya inconquistable después de aquel fracaso y, como ya hemos dicho y él confiesa en sus Memorias, *sintiendo el que se hubiese empeñado una acción que de ningún modo quería hacer general,* si no cesó de simular por dos veces algún ataque sobre la línea de los aliados, fué para, amenazándola, recoger sus tropas y retirarse desahogadamente á Biar. El general Murray, victorioso cuando fiaba su salvación retrocediendo á Alicante, adelantó sus tropas hacia las enemigas, haciéndolas preceder de sus cazaderes que, sin embargo, azotados por la artillería que Valée tenía ya situada

---

ceses, suponiendo á Whittingham empleado en su reconocimiento; y cita después, como ayudando la acción del 27.º inglés y de los demás españoles de aquel general y Adam, á ese mismo Romero y á Casas, Campbell, Casteras y Ochoa, que mandaban en las cumbres y que «brillaron, dice, todos no sólo en denuedo, sino tambien en habilidad y destreza».

Napier, como es natural, exclama: «En tanto que los franceses desplegaban su masa, un oficial de granaderos, adelantándose solo, llamó á singular combate al capitán del 27.º Waldrón, agil y vigoroso irlandés, dotado de un valor brillante, y que se lanzó al momento de las filas: las dos líneas enemigas, sin quemar un cartucho, permanecieron espectatrices de aquel combate singular; las espadas de ambos campeones brillaron al sol, la cabeza del francés fué abierta en dos, y un instante después el 27.º, saltando como un solo hombre y lanzando un grito ensordecedor, hizo una descarga, descarga mortífera, disparada á medio tiro de pistola, y cargó en seguida con tal violencia, que, á pesar de su número y su valor, las tropas enemigas fueron arrojadas y la falda de la sierra quedó cubierta de muertos y heridos».

«En el parte de Murray, añade, esa hazaña fué atribuída erradamente al coronel Adam, y fué el coronel Reeves (jefe del 27.º) quien mandó y condujo solo toda esa acción.»

Como en desquite del triunfo de Waldrón, que Napier proclama con las frases más galanas de su original estilo, el mariscal Suchet cuenta que, al ser atacado en su retirada por una columna inglesa, el capitán Lacroix mató al jefe que la mandaba.

¡*Anch'io son pittore!* diría para sí el Duque de la Albufera al describir su fatal jornada de Castalla.

en las alturas próximas al desfiladero tantas veces citado, como otra columna inglesa que pretendía envolverlas, se retiraron al anochecer á sus primeras posiciones sin proseguir el día siguiente ni después la victoria.

Los franceses perdieron en sus ataques á Yecla, Villena y Castalla unos 800 hombres, entre ellos dos jefes y algunos oficiales de nota, pero ningún trofeo de que pudieran envanecerse los ingleses que, á su vez, tuvieron 400 bajas, de las que 5 oficiales, mientras las de los españoles ascendieron á 262 en Castalla y á unas 1.000, incluso los muertos, heridos y prisioneros de los dos días anteriores al de la batalla que acabamos de describir. (1) A pesar, sin embargo, de esa desproporción en el número de las bajas, y por ella, en nuestro concepto, puede bien calcularse cuán activa y eficaz sería la acción de los españoles, á quienes Murray en su parte á Lord Wellington dedica un párrafo que no, por ser justo, debe dejarse de agradecer.

Héle aquí: «La pericia, juicio y valor demostrados por el mariscal de campo Whittingham y su división del ejército español, rivalizaron, ya que no pudieron sobrepujar, la conducta del general Adam y vanguardia. En todos los puntos fué rechazado el enemigo y en muchos á la bayoneta. Debo mencionar con particularidad que, habiendo llegado un batallón de granaderos franceses á la cumbre de una de las alturas, fué arrojado por un cuerpo al mando del coronel Casaus. El mariscal de campo Whittingham aplaude altamente

(1) Murray confiesa que perdió dos piezas que le habían desmontado.

y sé que con razón, la conducta de los coroneles Casaus, Romero, Campbell, Casteras y del teniente coronel Ochoa, que mandaban en varios puntos de las alturas. Expresa asímismo estar infinitamente agradecido al coronel Serrano, jefe de su estado mayor en ésta como en otras muchas ocasiones, y reconoce con gratitud los servicios del coronel Catanelli, del estado mayor de los reclutas italianos, que le estuvieron agregados aquel dia».

El resultado, con todo eso, más importante para las armas españolas y las de sus aliados, fué el de haberse iniciado en aquella acción el eclipse de la estrella que parecía presidir favorablemente á las empresas del mariscal Suchet de dos años á aquella parte, desde que, habiendo penetrado en Cataluña, iban sometiéndosele las fortalezas todas que sus colegas no habían podido conquistar al sur del Principado, y, repasado el Ebro, se desquitaba con tanta gloria del vergonzoso revés sufrido á las puertas de Valencia. Sin esperanza alguna de que pudieran llegarle refuerzos de Castilla, donde harto tenían que hacer los ejércitos de Portugal, Centro y Mediodía al habérselas con Lord Wellington, hubo de llamar la división Severoli, que operaba en Aragón, y estableció la brigada Pannetier entre Tortosa y Valencia, para con ella acudir á un punto cualquiera en que trataran de amenazarle los que días antes no había podido escarmentar en Castalla. Tenía la fortuna de que sus adversarios no habían sabido sacar fruto de su victoria, no osando acosarle cuando, vencido, se hallaba en el mayor peligro, con los anglo-sicilianos de Clinton y Mackenzie á su frente y los españoles de Whittingham y Elío sobre su flanco

derecho. Así es que, á pesar de cuantos errores cometió Suchet en aquella jornada, los de Murray le permitían volver tranquilamente á su línea del Júcar y permanecer en ella hasta que, tomando nueva dirección las operaciones de sus enemigos, le fué necesario acudir á rechazarlos en la margen izquierda del Ebro.

Diversión sobre las posiciones francesas.

Entretanto y cuando los cuerpos avanzados del ejército de Wellington acampados en su línea del Agueda, amenazaban á las tropas del rey José en ambas Castillas, ya operando en el Tajo, camino de Extremadura, ó por la proximidad de Madrid, ya sobre las comunicaciones de Francia, cuya vigilancia recomendaba tanto el Emperador, no había en la vasta extensión ocupada todavía por los franceses territorio ni punto en el que no fueran objetivos de operaciones ó ataques por parte de nuestros infatigables compatriotas. El objeto que á todos preocupaba y á que también se dirigía la previsión del generalísimo inglés, era el de mantener en constante alarma á los franceses para que el día en que él hubiese de asestarle el rudo golpe que intentaba, se encontraran desunidos, sin la concentración necesaria para resistirle. Así, en Cataluña, como diremos muy pronto, se hacía con Suchet lo que en Castilla con el Intruso, llamarle la atención para, haciéndole evacuar el reino de Valencia, debilitar en Aragón la fuerza que tantos años de ocuparlo le habían dado, y privarle de cuantos recursos pudiera allegar en toda la vasta y rica zona de la orilla derecha en el bajo Ebro. Pero la más urgente en concepto de los españoles y sobre todo para los planes de Lord Wellington, era el sujetar la atención de sus enemigos en la retaguardia de su más importante núcleo de fuerzas,

retenido ante el de los aliados; y con imponer más vigor á los que operaban en la costa del Cantábrico, por un lado, y en Navarra y Rioja, por el otro del camino de Francia, esperaba quien los dirigía desde la frontera de Portugal conseguir ese objeto que preocupaba á todos.

Si se exceptúan Santoña y Guetaria, podían conceptuarse como en poder de los españoles los demás puntos de la costa, desde Santander á San Sebastián. El general Mendizábal, como en jefe del 7.º ejército y cuyo distrito se extendía por Navarra, parte de Aragón, la Rioja y las Provincias Vascongadas, se multicaba en él, llamando á sí las fuerzas de Caffarelli, situado, como antes, en Vitoria, y luego las de Palombini, destacado de Burgos con igual fin. Ayudado por la escuadra inglesa, que continuaba hostilizando, cuando podía, los puntos de aquel litoral y vigilándolos cuando no, Mendizábal y, con él, Mina, Longa, Renovales y Jáuregui, como el cura Merino en Rioja y las tierras de Burgos, no daban un día de reposo á sus partidarios, sin que los distrajera de su noble tarea la acumulación de las tropas enemigas destinadas á su derrota y á su desaparición del camino de Francia, que á ellos tanto importaba mantener interceptado.

Palombini, á quien dejamos unido con su división á las tropas de José, había sido destacado para, por Segovia, Valladolid y Burgos, encaminarse á las provincias del Norte, procurando recoger por el país de su tránsito víveres que entregaría á las guarniciones francesas que en él hallara. Cruzado Guadarrama el 10 de enero con un temporal de nieve y viento que le hizo perder algunos hombres de su división, Palombini

llegaba el 16 á Valladolid y el 28 á Burgos, haciendo levantar el bloqueo á que la tenían sujeta los voluntarios del cura Merino y otros guerrilleros castellanos. De allí se trasladó á los pocos días á Vitoria, de donde, depositado el convoy que llevaba reunido, retrocedió hacia la sierra entre Burgos y Reinosa, con la misión de batir á Mendizábal y Longa, que se mantenían allí por entonces. (1)

Acción de Poza.

Recorriendo, pues, andaba Palombini la Bureva, cuando la noche del 10 al 11 de febrero fué asaltado por Mendizábal y Longa, en la importante villa de Poza de la Sal, poco distante de Bribiesca. El segundo de aquellos nuestros compatriotas acababa de hacer prisionera la guarnición del fuerte de Cubo, que demolió después; y burlando el encuentro de Palombini, á quien se había reunido en Bribiesca el general Caffarelli, procedente de Vitoria, avisó á Mendizábal, que acudió inmediatamente en ayuda de Longa para la empresa que tenía éste meditada. Está la villa situada al pie de un cerro, coronado por un fuerte, centinela de aquel país, celebrado entonces por sus ricos minerales, por sus salinas especialmente, y guarnecido por 50 hombres, muy suficientes para su defensa. Palombini vigilaba también desde el pueblo con más de 500 italianos, artilleros, zapadores y cazadores, guardados por varios destacamentos que cerraban las avenidas, si bien parecía no necesitarlos, puesto que en los pueblos inmediatos de Rojas, Barrios y otros estaba re-

(1) Pintando Vacani las dificultades que encontró Palombini para desempeñar esa misión, dice: «¡Tan escabroso era el manejo de la guerra en un país enemigo y de terreno, fuerzas y medios desconocidos para toda tropa extranjera!»

partida toda la división italiana. Tan confiado estaba Palombini en lo fuerte de la posición y en el número de los que tan de cerca le habían en todo caso de proteger, que la primera noticia del asalto de que era objeto, se la dieron los vizcainos de la división de Longa al penetrar en su alojamiento. (1)

Salvóse huyendo á favor de la oscuridad á una posición inmediata al pueblo, en la que hizo formar á

---

(1) Para otro que quien esto escribe, sería difícil certificar lo rápido y ejecutivo de tal sorpresa. Vacani dice: «Entonces Palombini, que según su costumbre velaba más que otro alguno, fué, también antes que otro alguno, á hacer tocar la racolta, la generala, como decimos nosotros, salir de su alojamiento y, ya que estaba incierto en aquella oscuridad del verdadero punto del ataque, á recoger su tropa formándola en cuadro entre los caminos de Rojas y Barrios, en un punto que, aun cuando algo dominado, era sin embargo el más próximo á las columnas que habían salido á merodear.»

El Conde de Toreno, ó seducido por ese relato ó por creer exagerados los procedentes de nuestros jefes, de los guerrilleros sobre todo, atempera el suyo al del oficial italiano. En cuanto á Longa, dice en su parte á Mendizábal, á quien no habría de mentir habiendo presenciado la acción: «Pero no podré menos de especificar el dolor que me causa la salvación del general Palombini, oculto durante toda la acción en el tejado de la casa inmediata á la de su alojamiento, en donde se hicieron 2 oficiales prisioneros, y se cogieron los caballos, papeles... etcétera». Por si esto no bastara, ahí están las Memorias de Arteche, que estaba con los asaltantes del 1.er batallón vizcaino y dice: «El general Palomini (así), fué sorprendido en su cama y con un capote pudo cubrirse y ser escondido por una mujer en un corral, pues de lo contrario hubiera caído en manos de los cazadores del 1.º de Vizcaya, que tocaron la cama caliente y cuatro jícaras de chocolate sobre su mesa, las que tomaron, y las botas de dicho General se las dieron á Mugártegui, dos relojes y aderezos de mujeres y barritas de plata que andaban en manos de los soldados. De los equipajes de los oficiales valían un dineral, pero en la retirada todo se perdió.»

Además es tradicional en la familia, que el capitán de aquellos cazadores D. Juan Manuel Moro de Elejaveitia, cuñado de su jefe Arteche, fué quien paró mientes en el abandono de las botas y las cogió al pie de la cama de Palombini.

¿Se quieren más pruebas de haber sido éste sorprendido y salvádose saltando de la cama y huyendo?

los fugitivos en un solo cuadro, pero perdiendo, además de una parte de su gente, una pieza de artillería y su armón, los bagajes, efectos de los oficiales y algunos escritos. (1)

Al ser de día hallóse Palombini socorrido por las tropas de Rojas y Barrios en su posición, metida, según hemos dicho, entre los caminos de esas dos poblaciones; y derrotado un batallón de Iliberia, que se le quiso resistir desde las afueras de Poza, por la torpeza de su jefe, avanzó con todas sus fuerzas sobre el pueblo y sobre las posiciones que los nuestros fueron sucesivamente tomando para retirarse á las antiguas de la sierra.

Al hacerlo, sin embargo, las tropas de Mendizábal y Longa, lo verificaron con al gallardía y llevándose tantos prisioneros y tan gran parte del botín, que Palombini, satisfecho con haber recuperado la pieza perdida y arrojada luego por un despeñadero, y algunos otros efectos, abandonó también aquella tierra para trasladarse á la izquierda del Ebro. Para mejor disimular su fuga de la Bureva, se trasladó á Santo Domingo, de cuyo bloqueo hizo desistir á los nuestros, obligándolos á acogerse á los montes de Ezcaray y San Millán; y, recogida la guarnición de la Calzada y de Haro, cruzó el Ebro por Briñas, entrando el 19 de aquel mismo mes de febrero en Vitoria.

Sitio de Castro-Urdiales.

No era ese el camino que debían seguir Mendizábal y Longa quienes, comprendiendo el destino que se daría á Palombini en las Provincias Vascongadas, se

(1) Vacani confiesa que recuperó al fin de la jornada documentos caídos en el suelo y en el fango, que le habían sido arrebatados, y luego sirvieron para la composición de su obra.

trasladaron á la costa en observación de Santoña y defensa de Castro Urdiales, que pronto se vería amenazada desde Durango y Bilbao, que ocupaban en fuerza los franceses. Bilbao principalmente era la base de sus operaciones, tanto por la importancia histórica y comercial de la población como por su proximidad al mar; causa de que se cuidara de fortificarla convenientemente creando una línea defensiva por los altos que rodean la villa en las dos orillas del Nervión y asegurando el camino de Durango, nudo de comunicaciones con Vitoria y con Mondragón ó Vergara en la general de Francia. Comenzábanse las obras, y así como para justificar la previsión de los ingenieros imperiales al disponerse el sitio de Castro, se presentaron el 25 de marzo por Begoña dos batallones vizcaínos y otros dos guipuzcoanos, aunque sin fuerza ni resolución decidida de acometer la entrada en Bilbao y sólo sí para llamar la atención del general Clausel, empeñado en enseñorearse de todos los puntos de la costa cantábrica (1). Pero

(1) El proyecto de defensas de Bilbao con el objeto de que, asegurada aquella villa, quedaran libres las tropas que allí reunió aquel general para operar sobre la costa, es interesante y está perfectamente especificado en la obra de Vacani. He aquí el párrafo dedicado á explicarlo: «Los zapadores italianos se prestaron á tamaño trabajo en unión de muchos soldados de los regimientos y de trabajadores del país. Era difícil la naturaleza del sitio, impidiendo encerrar en un pequeño perímetro la línea de defensa en ambas orillas del río los montes empinados y los frecuentes barrancos que las accidentan. Decidí, pues, formar con la iglesia y la torre de Begoña por Oriente un primer grupo defensivo en las alturas inmediatas á la población; otro, también defensivo, con el convento de San Agustín al bajar de las alturas al río, ligándolos ambos con un parapeto y una torre sobre la cumbre del contrafuerte á que se adosan las casas, y encerrar el extenso lado de Begoña al Moro con obras destacadas en los puntos más eminentes; constituir además con el convento de la Concepción en la izquierda del río una fuerte cabeza de puente, ya que allí el recodo del río conve-

ya en aquel mes y el siguiente sucediéronse en Vizcaya tantos combates, puede decirse, como días; siendo, con todo eso Castro y Bilbao los puntos cuya posesión se disputó con mayor empeño. Porque si en Ceberio, Marquina, Guernica y aun en Azcoitia y otras localidades de Guipúzcoa, donde operaba el general Aussenac para proteger la comunicación con Francia, no se cesaba un momento en asaltar al enemigo á fin de estorbarle la tranquila ocupación del país, Bilbao había de ser objetivo preferente para los que suponían, y con razón, que los dueños de aquella importantísima villa lo serían de cuanto la rodea hasta el mar por un lado y, por el opuesto, la tán frecuentada por los enemigos del interior. Castro Urdiales, sin embargo, se hallaba á la sazón en peligro de perderse para la causa española, y su pérdida importaba mucho, siendo, como era, un abrigo para las naves inglesas que recorrían aquella costa prestando á la sublevación de Santander y de las Provincias Vascongadas socorros con que acrecentar sus medios de acción. Reconquistada Bilbao se quitaba, además, al enemigo la base de sus operaciones contra Castro; y por eso los vizcaínos en armas no escaseaban esfuerzos ni sacrificios por apoderarse nuevamente de ella. Ocasión hubo en que los batallones de Vizcaya, llevando en su apoyo algunos de Alava y Santander, hasta dos que Mina había enviado

---

nía para el establecimiento de una comunicación de una á otra margen, sacar partido del convento de San Francisco para cubrir las otras avenidas de la costa á los arrabales de Bilbao, y coronar con algunas obras destacadas los puntos extremos de los montes de Miravilla, uniéndolos, á través de la isla que hay en la parte más elevada del río, con la batería levantada sobre el camino de Vitoria y con el reducto inacabado en el alto dominante de El Moro».

desde Navarra, acometieron la toma de la línea defensiva que rodeaba á Bilbao y derrotaron á los gendarmes franceses que la defendían, con muerte de su jefe, el funesto Tulón, *pequeño pago*, dice un tsetigo presencial, *de las muchas muertes y maldades que había hecho.* Pero un error de Mendizábal en el cálculo del número de los enemigos que presidiaban las fortificaciones, ya próximas á terminarse, de aquella villa, impidió su ocupación, tan temida por Clausel que no cesaba en apresurar la de Castro.

Ya tenía emprendido el sitio de aquella débil fortaleza y había sido escarmentado al intentar el asalto. **Las fortificaciones.**

Situada en una pequeña península formando en su istmo una también reducida bahía, abrigada de los noroestes para el anclaje de los buques costaneros y algunos de más alto bordo, como los ingleses de guerra que en sus escursiones la visitaban con frecuencia para socorrer á nuestros patriotas de aquél país, había sido reconquistada hacía poco tiempo de los franceses, que la ocuparon en su primera invasión. Cerraba la ciudad en el istmo un muro antiguo de poca elevación y con torres flanqueantes muy estrechas y escaso terraplén, teniendo, sin embargo, en sus extremos, una iglesia y en su lado izquierdo una como ciudadela para flanquear el muro y defender á la vez la bahía. Esta se halla á cubierto por el reducto construído en lo alto del promontorio que se adelanta al mar y domina la población en todo su desarrollo, habitada por 3.000 personas poco más ó menos. Su guarnición contaba con unos 1.000 hombres, y en los fuertes se hallaban montadas 22 piezas de artillería de todos calibres. Su gobernador era el teniente coronel del regimiento de

Húsares de Iberia D. Pedro Pablo Alvarez, bravo militar, inteligente y que en aquel afortunado primer sitio y en el que días después hubo de resistir, demostró mucha energía y no poca habilidad. (1)

Primer intentona de asalto.

Mientras Clausel y Palombini reconocían la plaza con su inseparable ingeniero el capitán Vacani, y cuando preparaban el ataque haciendo construir escalas, por suponer el primero innecesaria la asistencia de la artillería, asomó Campillo por el camino de Santander apoyándose en Mendizábal que, por el mismo lado y los montes de Otañez, así como los batallones vascongados por los de la parte de Bilbao, iban á estorbar el asalto de Castro. Era necesario aventar toda aquella gente, y Palombini con toda su división y los famosos *dragones* italianos *de Napoleón*, salió el 24 de marzo del campo del bloqueo y, aunque con mil dificultades para rechazar una salida bien oportuna de la plaza y las amenazantes maniobras de las tropas de socorro, logró hacerlas retroceder hacia Trucíos por el tiempo, con todo eso, que necesitaron para ponérsele sobre su retaguardia. No les esperó Palombini replegándose á las alturas de Otañez, de donde, levantando

(1) Acusáronle luego, en un escrito asaz calumnioso, de conducta licenciosa y hasta de cobardía en medio de un mando cruel y despotico; pero se defendió cumplidamente en otro *Manifiesto* con documentos oficiales y los elogios que había merecido por sus servicios en aquella ocasión. Por cierto que á la acusación que se le había dirigido de haberse olvidado de la espada y el bastón de mando al embarcarse, contestaba: «Infelices, yo os prometo que si como no llego á persuadirme, no consigo se haga la debida justicia á mi honor ultrajado, y se os castigue como calumniadores, no sólo con arreglo á las leyes de la libertad de imprenta, sino también conforme á lo prescripto por nuestras patrias leyes, os prometo, buelvo á decir, que reconoceréis mi espada embaynada en buestros pechos, y mi bastón hecho mil pedazos en buestras cabezas.»

el sitio, se transfirió á las inmediaciones de Santoña para socorrerla con fondos, de que se sabía se hallaba necesitada, y proveerse de municiones (1). Clausel, en efecto, al observar los movimientos de Mendizábal que le obligaron á los de Palombini qué acabamos de recordar, y al comprender por la intentona de los vizcaínos sobre Bilbao que, no pudiendo contar con refuerzos de aquella guarnición, tampoco podría continuar el sitio de Castro, decidió abandonarlo por entonces; y aunque aquella misma noche trató de sorprender la plaza en cuya vecindad se mantuvo oculto, se volvió en la del 26 á Portugalete. Rotas allí las escalas y el material todo preparado, continuó al día siguiente á Bilbao con el batallón y el escuadrón franceses que le habían acompañado y con un numeroso convoy de heridos, único fruto que había conseguido recoger de su temeraria empresa. Con eso, Palombini necesitó abrirse paso en Vizcaya para volver á Bilbao, que seguía bloqueada por los patriotas que dirigían Longa, Mugártegui y cuantos andaban con igual objeto unidos á ellos.

Un mes entero pasó entre el levantamiento del primer sitio de Castro, en marzo, y el segundo, emprendido del 25 al 27 de abril. Habíanse terminado las obras principales, antes proyectadas, para la defensa de Bilbao; y como base, que habría de seguir siendo aquella

(1) Vacani desaprobaba el intento del asalto de Castro porque «consideraba imposible la empresa del sitio; intempestiva la del asalto y más de confiarla á un pequeño cuerpo de tropas cuando aun se encontraba lejos la fuerza propia para garantizarlo de los ataques á su espalda, y viendo, además, la dificultad de reunir vituallas en los contornos, así como la de proveer de ellas á la tropa con víveres depositados en los lejanos almacenes de Vitoria y Bayona».

villa, de las operaciones en toda la zona marítima del Cantábrico, se habían añadido algunos trabajos que por ambas orillas del Nervión pusieran en un estado verdaderamente inatacable posición tan importante (1). Andaba en eso, Clausel esperando refuerzos con que acabar felizmente y sin las dificultades de antes la suspendida empresa, cuando le llegó la noticia de las órdenes expedidas por el Emperador para que la división Palombini marchara á unirse á la de Severoli en el ejército de Suchet, y él, Palombini con su estado mayor, se trasladasen á Italia inmeditamente donde formaría parte de un nuevo cuerpo de observación. Substituirían su fuerza en Vizcaya las divisiones francesas de Foy y Sarrut con unos 3.000 hombres la primera, que, con efecto, se presentó en Bilbao el 24 de

(1) Como ya hemos manifestado el plan de las primeras defensas expuesto por Vacani, vamos á traducir de su misma obra el proyecto de las sucesivas. «Los reductos de Miravilla, Moro y Begoña estaban acabados, y adelantaban mucho también las obras de Mallona, San Agustín, San Francisco y la Concepción para dar á todas el aspecto de un campo atrincherado. Un nuevo puente cruzaba el río junto al Arenal, dividido en cinco partes, de las cuales, dos sobre maderos asegurados en el fondo y no distantes de las orillas, dejaban paso libre á los buques mercantes; otras dos, unidas por doce pies móviles con charnelas en las primeras, corrían en pendiente opuesta á la última, la cual, á la mitad del álbeo de 70 pies y sostenida por cinco barcas sujetas con anclas en las puntas, secundaba el perpetuo variar de las mareas. De este modo el río, que allí tiene 100 pies de ancho y de 10 á 18 de hondo, ofrecería, no para el ataque sino que para la defensa, facilidad con que, valiéndose de las obras y del puente, procurarse socorros en los sitios amenazados. También se habían puesto en los barcos las cuatro piezas de sitio llevadas de San Sebastián, sus proyectiles, las 30 escalas construídas con mecanismos para su más fácil uso y prolongación en caso de un asalto, los utensilios, sacos á tierra, traveses y tablones para las plataformas, todo á propósito para el movimiento de las mareas en su marcha á Castro y para sin trastorno poner mano á las trincheras, baterías y á los asaltos, cuando menos esperados tanto más de éxito más fácil.»

abril. Pero resistiéndose los italianos á abandonar Vizcaya sin antes haberse hecho dueños de Castro, tomada á punto de honor la conquista de la plaza de que con tal desgracia se habían visto obligados á desistir, se les otorgó tan honrosa propuesta, y Palombini quedó autorizado para, cubriendo con su tropa el nuevo sitio, procurar el abastecimiento del material necesario á su ejecución. Y así, mientras Foy se situaba en Trucíos y luego en Cérdigo, Palombini proporcionaba para el sitio materiales que se llevarían de Santoña por mar, y sus tropas conducían á Sámano los procedentes de Bilbao, extendiéndose además por Mioño y San Pelayo para estrechar el bloqueo de Castro.

Ya expusimos el estado de aquella plaza, que aún fué reforzada con la escuadrilla inglesa, algunas de cuyas naves comenzaron por impedir el 1.° de mayo el transporte que intentaron los franceses de su material de Bilbao á Portugalete y Mioño por mar. Ese servicio, con todo, valió á los sitiadores el que, ocupados en él los ingleses, descuidaran la vigilancia que debían observar en el otro lado de Castro, para que el convoy de Santoña no desembarcara en la playa de Cérdigo y fuese llevado al campo francés á brazo, sin oposición de los sitiados.

No exige la descripción de aquel sitio los procedimientos que la de los varios que, por la importancia suma de las plazas á que se refieren, hemos relatado con los detalles necesarios para, al darlos á conocer, servir de ejemplo dentro de la ciencia poliorcética. Así es que, sin detenernos en recordar minuciosidades que en otros casos importarían, vamos á recordar, pero tan sólo á grandes rasgos, las operaciones más interesantes

que pusieron la población y después el fuerte de Castro Urdiales en manos de los franceses.

Salida.

Éstos, que ya desde el 2 de Mayo se dejaron ver de la plaza al tiempo de celebrarse en ella una función de iglesia conmemorativa de la sublevación de Madrid en igual fecha de 1808, tuvieron que defenderse el 4 de una fuerte salida de cuatro compañías de la guarnición que, apoyadas con el fuego de la plaza y el de tres buques ingleses que se presentaron el 3, se hicieron dueños, siquier por sólo aquel día, del campo exterior hasta las altas posiciones en que Foy andaba abriendo las trincheras donde establecer sus primeras baterías. Los buques ingleses eran: el bergantín ***Lira***, que montaba el capitán Bloye, jefe de la escuadrilla; el ***Royalist*** y el *Sparrow*, de los capitanes Bremet y Taylot, y algunas lanchas, propias para las operaciones de embarque y desembarque en costa tan escabrosa y en mar tan proceloso como el Cantábrico. El fuego de esas naves y el de la plaza, fué tan activo en aquel día 4, que no es extraño se le calificara de ***infernal***; tantas fueron las piezas, sobre 150, inglesas y españolas, que tomaron parte en él, así sobre Allendelagua, donde estaba el cuartel general de los sitiadores, como sobre los campamentos del puente de Brazo de Mar y de Salta-Caballos.

Obras de ataque.

Desde el día 5 se vió á los sitiadores emprender y prolongar sus obras de ataque, protegidas por Foy inmediatamente, por Palombini, desde Portugalete, conteniendo á los ingleses por mar y á los vizcaínos por tierra, y por Sarrut, desde Trucios, para oponerse á Mendizábal, si acudía otra vez en socorro de Castro. Esas obras consistieron, por el pronto, en una batería que Foy

hizo construir en el alto de San Andrés que, aun cuando algo distante, coge de revés ó flanquea las fortificaciones de la plaza, otra batería sobre el pueblo de Urdiales, destinada á flanquear de más cerca el primer recinto y el fuerte llamado de Longa, que lo precede; otra todavía que se levantó junto á la *Casa Cuadrada* al mediodía de Castro para luego establecer la de brecha, naturalmente más avanzada, á tiro de pistola del convento de San Francisco, y otra por fin, al E. dé la plaza y en una estribación del alto de la Magdalena.

Se rompe el fuego.

Cambióse, con eso, un fuego vivo entre sitiadores y sitiados, en que los ingleses, que se habían negado á desembarcar en la playa, lo hicieron en un islote ó escollo próximo donde construyeron una batería, desde la que inutilizaron la francesa de San Andrés.

Así y no cesando los imperiales en sus trabajos de aproche, apoyados por un fuego siempre en aumento, según se iba haciendo más y más eficaz, contra la plaza que, á su vez, lo contestaba sin descanso, llegó el día 11, en que, frustrada una estratagema del gobernador para que, suponiendo el enemigo abandonada la defensa, tratara de penetrar en Castro y sorprenderle así, se abrió por una y otra parte un fuego que pronto se comprendió sería el decisivo y final de la jornada.

Con efecto, á las cuatro de la mañana, 17 piezas de grueso calibre abrieron en el punto designado una brecha por donde hay quien dice que podrían abrirse paso hasta 40 hombres de frente, sin que el fuego de los defensores, tan vivo que produjo la inutilización de varias de las piezas francesas, lograra impedir, ni siquiera dilatar, el asalto. El que consiguió poner en duda la conveniencia ó no de verificarlo inmediata-

mente, fué el de una columna de las tropas de socorro al encontrar en su camino á otra francesa que había salido de su campamento en busca de víveres. Reuniéronse los jefes sitiadores para decidir si se suspendería el asalto hasta haber batido al ejército español de socorro y obligádole á retirarse, ó si debería acometerse la ocupación de la plaza esperando que el ataque de Mendizábal no prevalecería contra el ejército que cubría el sitio. El general Foy, oídos los pareceres de sus tenientes, no muy conformes entre sí, decidió el asalto, creyendo indecoroso para sus aguerridas tropas el perder una ocasión tan favorable como la de estar ya abierta la brecha, por temores, harto infundados, del ataque que pudieran intentar unas fuerzas cuyo número y condiciones se ignoraban.

El asalto. A las seis, pues, de la tarde, dictó Foy sus disposiciones en una orden que decía: «Las tropas italianas tendrán por objetivo en su ataque separado el facilitar el éxito al principal y aun el de suplirlo si fracasara. A las siete y media de la tarde se dará la señal de asalto con el fuego simultáneo de todas las baterías, pero es necesario que las tropas italianas ataquen, mejor antes que después, y el general Saint Paul las pondrá en movimiento hacia la muralla á las siete y cuarto. Si su ataque tiene éxito, irán á tomar de revés á los españoles que defiendan la brecha.»

Eran 2.000 los franceses que atacarían por el centro, ya en primera línea, ya en reserva, dirigidos inmediatamente por Foy, y 1.500 italianos por la derecha á las órdenes de Saint Paul. La guarnición recibió instrucciones para, al hacerse de noche, retirar de la parte atacada algunas compañías que, situadas en los

conventos ya citados y en las casas de la población, fueran continuando la defensa hasta el muelle á que acudía mucha gente para embarcarse, ó en busca de asilo al castillo, reducto destinado á prolongar la resistencia y donde destruir el material restante y proteger el embarque de su presidio. Los ingleses, que por fin habían ayudado en la construcción de nuevas baterías y artilládolas con material suyo y que aun llegaron á guarnecer algunas, se dedicaron á hacer los preparativos necesarios para recoger su artillería y recibir en sus barcos á cuantas familias acudían al muelle á embarcarse, y á la guarnición, por fin, cuando debiera abandonar el castillo.

Así las cosas y roto por ambas partes un fuego tan terrible como nutrido, se verificó el asalto á la hora anunciada. Fueron, como se había dispuesto, los italianos los primeros en llegar al pie del muro en el sitio que se les había designado, junto á la puerta de Santa Catalina, aplicando inmediatamente las escalas á la muralla, en montarla al grito, por todos repetido, de *avanti*, é invadir, también los primeros, la población. Los franceses de Foy asaltaron la brecha á su hora; pero, rechazados por los defensores más de una vez, fué necesario que éstos supieran el éxito conseguido por los italianos para que abandonasen el puesto y se retirasen al castillo, aunque continuando el fuego casa por casa á fin de que los habitantes buscaran su salvación en el mismo fuerte ó en los barcos del muelle (1). El Gober-

(1) El mismo Foy confiesa que fueron los italianos los primeros en el asalto. En su parte decía: «Yo no había contado más que con el éxito de uno solo de los ataques. Las escalas fueron en un instante aplicadas y asaltadas, y la brecha fué en seguida superada.»

nador, elogiado por amigos y enemigos, que tanto llegó á distinguirse en el combate y tanto contribuyeron sus disposiciones á contener la invasión del pueblo, escribía en el diario de aquel sitio: «Durante estas operaciones el enemigo, que con el furor mas increible pasaba á cuchillo á toda clase de habitantes, y ponía fuego á la mayor parte de los edificios, se oían mezclados los gemidos de la joven y la anciana con los lamentos del niño y el desgraciado padre. El ruído de los edificios desplomados y el voraz fuego, que los consumía, aumentaba el horror de tan dolorosa *scena*. Sin embargo de esta multitud de horrores reunidos, tanta sangre vertida, y tanto fuego y tan dolorosas voces, nada fué capaz de quitar la confianza al soldado y la serenidad á los jefes.» (1)

Tan fué así, que el endeble castillejo que en lo alto de la población desempeñaba los servicios de ciudadela y reducto de seguridad, resistió toda aquella noche del 11 al 12 los furiosos ataques y escaladas con que los franceses procuraban rendirlo, hasta que su valeroso gobernador, D. Antonio del Valle, logró destruir la artillería volándola, arrojar al agua las municiones y, por fin, embarcar á todos sus subordinados y vecinos sin perder uno solo de ellos.

Ayudáronle también en eso los ingleses desde sus barcos, así con su fuego como embarcando á los fugitivos en medio de la granizada de balas con que los franceses trataban de detenerlos dirigiendo el fuego de

---

(1) Todo eso y cuanto dicen nuestros historiadores, Toreno entre ellos, lo confirman Vacani que, como uno de los asaltantes, presenció tan horribles escenas, y el capitán inglés Bloye en su parte.

sus cañones principalmente al puente con que se había establecido la comunicación de la plaza con la inmediata isla de Santa Ana, donde, como en el muelle, habría de verificarse el embarque.

Hubo, como es de suponer, muchas bajas de una y otra parte. El coronel Alvarez atribuye á los imperiales la pérdida de 3.000 hombres y la de 100 á sus gobernados entre muertos y heridos. Este último dato resulta exacto; el primero es indudablemente exagerado, como lo es el consignado por Vacani que dice no pasar de 50 el número de los muertos y heridos en el campo imperial. Entonces, ¿para qué dice á renglón seguido que «la gloria de la defensa, si no igualó á la del ataque, fué, sin embargo, tal que la guarnición pudo con justicia vanagloriarse de haber obligado al ejército enemigo á desplegar muchos medios y muchas fuerzas y además distraer su atención de las lejanas empresas en Guipuzcoa, Álava ó Navarra, donde los trabajos de eximios guerrilleros (prodi condottieri) andaban aumentando lo posible las fuerzas combatientes, recogidas hacia los mares de Santoña y de Bilbao?»

El ejército enemigo, por su parte, una vez conquistado Castro, se disolvió, tomando sus fracciones diversos rumbos para continuar la guerra en Vizcaya y apoyar á Clausel en sus maniobras por Navarra. La división Sarrut se trasladó de Trucíos y Orduña á Vitoria; la de Foy, después de perseguir á Campillo en la provincia de Santander, se fué á los confines de Guipúzcoa en busca de Artola y Mugartegui, jefes de los batallones vizcaínos; y los italianos, por fin, aprovisionado que hubieron Castro y recogido víveres para sus sucesivas jornadas, se dirigieron á Aragón, mien-

tras su general Palombini se trasladaba á Italia en cumplimiento de las órdenes del Emperador. (1)

Operaciones de Mina.

Si importante fué la diversión que, en cumplimiento de las instrucciones de Lord Wellington, ejecutaron las provincias Vascongadas con los ataques de sus voluntarios á Bilbao y la defensa de Castro Urdiales, más lo fué aún la con que Mina y sus navarros entretuvieron al gobernador de Pamplona, general Abeé, y á Clausel, sobre todo, destacado por el Intruso con parte del ejército de Portugal para mantener el flanco izquierdo de todas sus tropas en la retirada, ya proyectada, al Ebro y Francia. El segundo de aquellos generales comprendió al momento que le faltarían fuerzas aun para el cumplimiento del mandato que había recibido; y en 4 de mayo, después de enumerar las que tenía á sus órdenes, sobre 13.000 hombres hábiles para operar, solicitaba hasta 20.000 y 1.000 caballos de refuerzo, sin los que, decía: «Lo veo todo perdido en Navarra: ninguna esperanza en la empresa. Voy á abandonarla». (2) Aun retirándose Wellington en octubre del año anterior á sus predilectas líneas de la frontera de Portugal, comprendían, lo mismo nuestros pueblos, que sus improvisados jefes y mantenedores, que la guerra iba hacia su fin, y redoblaban sus esfuer-

---

(1) Creemos que, según hemos dado antes á entender, son suficientes los datos aquí aducidos para el conocimiento del sitio de Castro en mayo de 1813; pero si alguno desea aún más, puede hallarlos en los partes del Gobernador y del comodoro inglés, su auxiliar, comprendidos en el Apéndice núm. 2.

(2) Mina dice en sus Memorias, que la carta en que Clausel escribía eso al Rey José, fué interceptada, y debe ser cierto porque no se halla en la obra de Du Casse. Los 13.000 pertenecían á las divisiones Foy, Barbot, Taupin y Sarrut, además, por supuesto, de las de Abeé y Wandermaesen, del ejército del Norte, que andaban antes operando en Navarra.

zos por que tan plausible acontecimiento se realizara cuanto antes. Y por si no bastasen tantas ventajas como las obtenidas en el año de 1812, que finaba, iban llegando al campo de Mina las noticias de la retirada de Napoleón por las nevadas y yermas llanuras de Rusia, que exigiría nuevos envíos de tropas al Vístula y el Niemen. Con eso, el general Mina se creyó con medios suficientes para, combinando las operaciones de sus batallones navarros con alguno de Alava y los de Aragón, cuyo mando acababa de obtener también, atacar los puestos ocupados por los franceses y hasta el de Pamplona, bloqueándolo estrechamente. Por más que Abeé hacía de cuando en cuando salidas para procurarse abastecimientos, salidas que en la mayor parte de ellas volvía á Pamplona rudamente escarmentado, la situación de Navarra se iba haciendo de día en día más precaria y peligrosa para los imperiales, cuyo jefe no cesaba de reclamar refuerzos de las tropas que aún quedaban en España al mando del Intruso que mal podría enviárselos. Sin embargo, tan alarmante se hizo la situación de Navarra y del territorio que recorría el camino más directo y expedito de Francia; tan apremiantes también llegaron á ser las instrucciones del Emperador que, aun no dejando de enviar á su hermano las tropas que éste le pedía, tuvo que relevar en el mando del ejército del Norte á Caffarelli con Clausel, acompañado de una división y varios cuerpos sueltos del de Portugal, así como de alguno del de Mediodía, todos los que, con efecto, se trasladaron á su nuevo destino.

Pero, al revés de lo que parece debía haber sucedido, tan pronto como el general Clausel, tan bravo y

diligente, comenzó á operar en Navarra, cerrárouse las comunicaciones con su soberano y, cual hemos visto, no pudo éste contar con su cooperación, ni siquiera con noticias que se la hicieran suponer, para ejecutar los planes contradictorios que inútilmente forjó desde su traslación á Valladolid.

Entretanto Mina, valiéndose de ese espíritu que acabamos de señalar como general en todos los pueblos de la Península, aumentaba el número de sus batallones, completaba la fuerza de su organización y acometía el ataque de los fuertes guarnecidos por el enemigo; muchos, aun no esperando ocuparlos, pero sí reducirlos á escaseces que, en ocasiones, obligaron á los franceses á evacuarlos en cuanto les era posible sin rendirse. «Todo el desprecio, decía el famoso caudillo en sus Memorias, con que en los principios éramos mirados por los franceses, por no conocer en nosotros movimientos arreglados á la táctica escrita y estudiada, se convirtió después en respeto, porque vieron que nuestras sencillas maniobras de hacer una descarga y arremeter luego á la bayoneta, eran las más á propósito para matar muchos enemigos con poca pérdida y alcanzar la victoria. Cuando nuestras fuerzas no podían competir con las contrarias, nos resguardábamos de las breñas y montañas, que eran parapetos naturales muy fuertes; mas cuando se balanceaban las fuerzas, sin grande caida en el peso, en favor del enemigo, nuestras murallas y corazas eran el pecho y el corazón varonil.»

Los franceses recurrieron á lo que más que nadie aconsejaba Napoleón, á suplir con la artillería la debilidad de que es necesario reconocer adolecía entonces la gente que se enviaba á España, casi toda acaba-

da de reclutar y sin la costumbre de las grandes batallas, que tanto fortalece el espíritu de las tropas. Y, con efecto, las granadas y la metralla, no sólo imponen sino que causan estragos que generalmente merman las filas enemigas, por lo que se hace de verdadera y urgente necesidad, la de oponer á tal recurso el aumento de cañones y obuses que los neutralicen. Mina apeló á él y logró, á fuerza de instancias á Wellington y de recomendaciones de los generales Castaños y Alava, el que se le facilitasen algunas piezas de batir, que se le enviaron de la Coruña á Deva.

La primera operación á que dió lugar la llegada de la artillería, fué el sitio de Tafalla en que Mina pudo demostrar que, aun careciéndo, como él decía, de la experiencia de las grandes batallas, sobrábale instinto militar para asimilarse las condiciones de un general en las diversas circunstancias en que pudiera hallarse en guerra tan anormal como la que hacía cinco años andaba ejercitando. Sitio de Tafalla.

Tafalla había sido cuidadosamente fortificada por los franceses. El convento de San Francisco, convertido en fuerte, estaba ligado al castillo con un camino cubierto, protegido, como aquellos dos cuerpos, por cuatro baterías que, con el recinto general aspillerado y con tambores que lo flanqueasen en todos sus frentes, constituian una fortaleza que exigía, para su conquista, varias de las operaciones de un asedio regular y metódico. Puesto el sitio y plantada una batería de dos cañones de á 12, que no tardó en hacer efecto en los muros de la fortificación y aun en desmontar algunas de sus piezas, apareció por el camino de Pamplona el general Abeé con una columna de 3.000 infantes, 150 caballos

y 8 piezas de artillería. Estaba, pues, planteado el arduo problema de una plaza en cuyo socorro se presenta un cuerpo considerable de tropas, operación que ofrece los caracteres más salientes de un sitio; y Mina corrió á resolverlo, no como un guerrillero cualquiera, sino como un general técnico, á pesar de no tener en su división ingeniero ni artillero alguno que pudiera aconsejarle ni menos ayudarle en tal jornada. Dejó á su segundo frente á Tafalla con la orden de proseguir el sitio; y, estableciendo cuatro de sus batallones en Tiebas, Subiza, el Carrascal y á lo largo de la carretera con la caballería, esperó el ataque de los imperiales. Si éstos, en un principio, lanzándose reunidos sobre uno de los batallones, logró arrollarlo en Tiebas, resistiéronles los demás y con tal energía que, después de un rudo y mortífero combate, hubo el general Abée de volverse á Pamplona abandonando á su suerte á los valientes defensores de Tafalla.

Su jefe contestó gallardamente á la intimación que después de un asalto frustrado le dirigió Mina la mañana del día siguiente, 10 de febrero; pero el 11, y plantada nueva batería á muy corta distancia ya de las fortificaciones, se firmó por ambas partes una capitulación, entregándose los franceses como prisioneros de guerra. Desfilaron, pues, por ante los voluntarios de Mina 317 soldados franceses y 11 oficiales, con su jefe interino, por haber muerto el principal en el sitio; se enviaron á Abeé varios de los heridos ó estropeados y quedaron en poder de los nuestros 160 caballos, 2 piezas y municiones y víveres.

¡Quién había de decir al labrador Mina, puesto á la cabeza de una docena de labriegos también, procla-

mándose vengadores de otro guerrillero, su sobrino, no más medrado de fuerzas, que llegaría ocasión en que desfilara rendida la guarnición de una fortaleza así ganada de sus defensores, soldados del Gran Napoleón, y de un ejército de socorro, por general tan acreditado dirigido! (1)

A la rendición de Tafalla sucedió casi inmediatamente el abandono de Sos por los franceses, aun habiendo conseguido el general París levantar la guarnición, después de alejado Mina que la tenía puesto

(1) He aquí lo que del general Abée dice Mina en sus Memorias.

«El prurito del general Abée era por batirse conmigo, y ya que quizá será ésta la vez postrera que tenga que citarle como mi contrario en campaña, lo haré con el elogio que merece por el espíritu guerrero y de verdadero soldado que manifestó en todo el tiempo que nos hallamos como enemigos en campos opuestos. Tengo entendido que cuando llegó á Navarra se manifestó contento de haber obtenido el gobierno de esta provincia, porque su espíritu venía preocupado del poco valer de los voluntarios, y se proponía ganar consideración con su pronto exterminio. Acaso estas impresiones las adquirió en Cataluña batallando con aquellos somatenes, contra quienes creo que consiguió algunas ventajas, y se figuraría que habría de sucederle otro tanto en Navarra. Pero bien tempranamente se desengañó de que se las había con hombres de resistencia, de constancia y de valor; y como que no carecía de tesón, nunca quiso darse por vencido á pesar de los diarios desengaños que recibía. Tenía partes muy aventajadas de militar, y era poco avaro de su sangre, pues la exponía sin cesar; mas fué desgraciado casi en todos los choques que tuvo conmigo, hasta tanto, que ésto hizo desmayar enteramente á sus tropas, si bien su ánimo y arrojo personal nunca decayó.»

«No podía yo ciertamente compararme con él en razón de saber el arte militar teórica y prácticamente, porque llevaba muchos años de estudio y de carrera, y yo todavía era novicio; pero le llevé la ventaja de ser en mis empresas más afortunado que él: circunstancia que influye infinito en todas las carreras y actos de la vida del hombre.»

No estarían conformes Vacani ni Suchet con la opinión de Mina sobre navarros y catalanes; pero es lo cierto que según el carácter de ambas razas, nada tienen que envidiarse una á otra.

sitio, pero que luego le persiguió en su camino á Pamplona, causándole bajas que llegarían á cerca de 800 hombres.

Asalto del fuerte de Fuenterrabía

Entretanto que tenían lugar en Navarra esas operaciones y durante el corto descanso que proporcionó el escarmiento de Abée y Paris, los aragoneses, incorporados á las tropas de Mina por el reciente decreto que le confería el mando de los dos reinos que riega el Ebro en su margen izquierda, batían á los franceses en el valle de Benasque, en las inmediaciones de Huesca y junto á Fraga. A todo iban atreviéndose nuestros voluntarios, aguerridos ya todos y valiéndose de la fragosidad de las tierras que recorrían y de la ignorancia en que tenían al enemigo respecto á sus movimientos y proyectos. Con decir que un sargento, D. Fermín Leguía, á quien Mina y el Gobierno recompensaron después largamente, se arrojó con 15 hombres á la empresa nada menos que de apoderarse del antiguo castillo de Fuenterrabía, se comprenderá cuál era el atrevimiento de nuestros guerrilleros y cuáles también la incuria y la negligencia en que habían caído los franceses, desesperanzados ya del resultado de sus esfuerzos en España. «Hay cosas, consignaba Leguía en su parte, que parecen imposibles á primera vista si se graduan los medios y las circunstancias del que ejecuta.» Y Leguía escaló con uno de sus hombres el castillo atando una cuerda á los clavos que iba sucesivamente fijando en la muralla, sorprendió al centinela, se hizo dueño de las llaves, abriendo paso á otros de sus camaradas, con los que aprisionó la guardia, clavó tres piezas de grueso calibre, arrojó al mar muchos proyectiles, y se llevó una porción del resto del

material, con la bandera, además, que tremolaba en lo alto de la fortaleza. (1)

A todo, repetimos, se atrevían nuestras gentes, y por aquel tiempo estuvo para reproducirse en el camino de Jaca el asalto que por dos veces había costado pérdidas tan sensibles á los franceses en Arlabán.

La mariscala Suchet.

Regresaban á Francia, desde Valencia y Zaragoza, la mariscala Suchet y las personas que más se habían distinguido en ambos reinos por su adhesión al rey José, con sus familias, por supuesto, y sus riquezas. La presa, pues, se hacía codiciada; y aunque, á la sazón, en marzo todavía, no había en el alto Aragón más que dos batallones de nuestros voluntarios, no por pocos dejaron de intentar la interceptación de convoy tan rico, escoltado por más de 4.000 infantes y 300 caballos (2). Y cierto que no lo hubiera pasado bien, si la emboscada que se le había preparado en el camino, no hubiera sido descubierta y denunciada por una contraguerrilla josefina, formada de algunos naturales del país, conocidos por los *Chandones* del nombre de su jefe, más atentos á los beneficios del contrabando que á los intereses de su patria.

Era aquel un pelear incesante, acabador de cuantas fuerzas no se movieran al impulso infatigable del temor de perder su independencia un pueblo, cuyo

(1) Recomendamos la lectura íntegra del parte de Leguía. inserto en el Apéndice núm. 3.

(2) El parte del comandante del 6.º batallón D. Joaquín De Pablo, decía:

«Conocía yo que siempre era una empresa arriesgada estando sólo, por las muchas fuerzas que lo escoltaban (al convoy) por constar de inmensas riquezas, y venir además en él la mariscala Suchet, dos ó tres generalas francesas, el intendente Laqué y una chusma de oficiales juramentados y de empleados públicos al servicio de José.»

mayor y más legítimo orgullo consistía precisamente en esa vital condición. Y tan lo comprendieron así Napoleón, José y sus consejeros que, según llevamos indicado, fué necesario destacar una gran parte del ejército reunido en Castilla para hacer frente al aliado, á Navarra, con la misión de acabar con Mina, y mantener despejadas las comunicaciones de Francia. Quién por aquellos días ofrecía más esperanzas de lograr en corto plazo el resultado apetecido, era el general Clausel, que tan brillante campaña había ejecutado de resistencia á los vencedores de Salamanca y de reorganización del ejército de Portugal allí derrotado; y pronto se le vió en Navarra lleno de ilusiones, seguro en su ánimo de tan pronta como segura y decisiva victoria.

Acción de Lerín.

Pero no habían las considerables fuerzas que llevaba Clausel cruzado el Ebro, cuando la que pudiéramos llamar su vanguardia, compuesta de 5.000 hombres á las órdenes del general Barbot, recibía entre Lerín y Lodosa tan ruda lección, que haría comprender las inmensas dificultades que tan llanamente consideraba poder superar su jactancioso jefe, detenido cuando más necesarias se hacían su diligencia y su energía. Barbot, al llegar á Lodosa el último día de Marzo, había destacado á Lerín una fuerza de poco más de 1.000 de sus infantes, mandados por el coronel Gaudín. Andaba la mitad de la columna francesa ocupada en el saqueo de Lerín, bajo la salvaguardia de la otra mitad acampada en las eras, cuando aparecieron dos de los batallones de Mina que inmediatamente rompieron el fuego sobre los invasores, obligándolos á reunirse y tomar el camino de Lodosa. Era necesario detenerlos en su marcha, para que incorporándose los

demás cuerpos navarros, se les pudiera cargar ejecutivamente, aunque siempre con el recelo de que Barbot saliese de Lodosa en su ayuda. Así es que Mina, á la cabeza de su caballería, no cesaba de cerrar con Gaudín y su tropa, que se defendían bravamente y le causaban muchas y sensibles pérdidas. Llegó por fin la infantería española y rompió el fuego sobre la francesa, cuyo valiente jefe, no divisando por el horizonte el socorro que le parecía, y con razón, debiera llegarle de un momento á otro, y acosado ya de muy cerca por los jinetes navarros en combinación con sus peones, acabó por decidirse á formar los suyos en cuadro á una distancia ya de menos de media legua de Lodosa. No terminada todavía su formación, el cuadro fué roto por dos de sus frentes por los lanceros de Mina, aunque no sin gran trabajo, pero tomando á Gaudín, que al fin logró salvarse, 635 soldados y 28 oficiales, casi todos heridos, la bandera, todos sus fusiles y municiones (1).

Preocupaciones de Clausel.

Es de suponer el efecto que la noticia de aquel desastre causaría en el general Clausel, que con tan tristes augurios comenzaba una campaña en que iba á entrar con más de 20.000 hombres y ánimo tan deci-

(1) He aquí las reflexiones que se hacía Mina al narrar aquel tan brillante éxito. «En las muchas veces, dice, que he recordado este hecho de armas, que ha sido uno de los más notables de mi división en el curso de la guerra, no he podido nunca definir la conducta que observó el general Barbot, que tan confiado había entrado en Navarra de acabar conmigo con sus cinco mil hombres. Desde Lodosa, donde él se mantenía con la mayor parte de su columna, hasta el punto en que fué acometida la que había destacado á las órdenes del coronel Goudín, no había media hora de camino, y muy pronto debió llegar á su noticia el apuro de sus tropas. Si hubiera salido sin tardanza con los cuatro mil hombres que allí tenía, me habría visto obligado á contenerme en la persecución, y más cuando tan corto era el número de hombres que llevaba. Confieso que,

dido. No fueron tampoco felices sus primeros pasos en Navarra, donde á su vista, puede decirse, le sorprendió Mina la guarnición que había dejado en Mendigorría. Gorriz también, por medio de una hábil combinación con varios batallones navarros y guipuzcoanos, escarmentó rudamente al general Taupin que, con más de 3.000 franceses, andaba destacado en busca de víveres por tierras de Estella y Puente la Reina. Ni aun con toda su fuerza, de cerca de 20.000 hombres, ni con la cooperación, además, de la que mandaba el general Abée, incansable en busca de ocasiones en que batir á Mina, objeto siempre de sus frecuentes salidas de Pamplona, lograba Clausel desbaratar al célebre caudillo de la división navarra, quien, por su lado y siguiendo las instrucciones que no se cansaba de dirigirle Lord Wellington para que impidiese la vuelta de los imperiales á Castilla, jamás rehuía el encuentro de sus enemigos, presentándose, por el contrario, todos los días á ellos y convidándoles á combartirle. Tal llegó, así, en Clausel la convicción de la inutilidad de su actividad y esfuerzos, que escribió á José la carta del 4 de mayo de que hemos hecho mención anteriormente, confesando su impotencia y la necesidad de nuevas fuerzas.

---

concluído el ardor de la pelea, sentí una grandísima pena y extraordinaria incomodidad contra el general Barbot, al ver sacrificado tanto valiente sin el auxilio que debían haber esperado de su jefe. Muy bien se batían generalmente las tropas francesas, pero las que concurrieron á esta acción habían excedido é todas aquellas con las cuales me había yo batido; jefes, oficiales y soldados sostuvieron perfectamente su pabellón; y á pesar de mi resentimiento por las pérdidas que me causaron al entregarme sus espadas los oficiales rendidos, «no señores, les dije, Uds. deben conservarlas, por lo bien que se sirven de ellas.»

A pesar de eso y no resignándose á representar el desairado papel que hasta entonces, Clausel se puso de acuerdo con Abée á fin de dar la que pudiéramos decir última batida contra Mina, cogiéndole en la espesa malla que procuraron tenderle para, á lo menos, alejarle de las inmediaciones de la parte del Ebro á que iba á dirigirse su generalísimo el rey José. El 10 de mayo llegaba Abée á Aoiz y el 11, después de un reñido combate con un batallón navarro, penetraba en el Roncal, al tiempo que Mina se presentaba en Sangüesa para observar su marcha y los movimientos de Clausel, que, con 8 ó 9.000 infantes y 700 caballos se dirigía contra él. Varios días duraron las operaciones de unos y otros, franceses y navarros, en derredor y dentro del Roncal, teatro de tantos y diferentes sucesos en aquella guerra, extendiéndolas Clausel á la Canal de Berdún, procurando impedir á Mina el paso del Aragón y encerrarle en el Roncal que Abée tenía ocupado y cercaban los generales Vandermaesen, Barbot, Taupín, Desmichel y Gaudín, cuantos llevaba en su ejército, esperanzados todos de que en aquella laboriosísima jornada iban á dejar el territorio navarro libre de su, hasta entonces, impalpable enemigo. Tan impalpable, con efecto, que, á fines de aquel mismo mes de mayo, se vió á Mina, libre ya de tan fiera persecución, recorrer de nuevo las márgenes del Ebro por la parte de Alava, multiplicando sus partidas para evitar comunicaran facilmente los franceses entre sí y con Francia. Como es natural, siguióle Clausel y, ya que sin ilusiones acerca del resultado eficaz de su misión en Navarra, se estableció en Logroño con todas sus fuerzas y la mayor parte de las de Abée, á esperar los acon-

Batida en el Roncal.

tecimientos á que, de seguro, daría lugar la marcha del grande ejército con que se retiraba el rey José al Ebro.

Situación de José en Castilla.

Ya dijimos cuáles eran las posiciones que ocupaba en el Duero el ejército francés á las órdenes del rey José, si no con la intención de una ofensiva que contuviera á Wellington en su línea del Águeda, sí con la de contrarrestar su marcha sobre Valladolid y el Ebro. Aquel ejército, el francés, de haberse concentrado en esa misma y única dirección y puesto á las órdenes de un solo jefe inteligente y activo, hubiera podido, con efecto, detener á los aliados, no dejándose flanquear y oponiendo á los que le atacaran de frente una masa que, si reducida á unos 76.000 hombres por la marcha de los destacamentos reclamados por Napoleón, bastaría con un Clausel á la cabeza, para no perder sus posiciones y la comunicación, por consiguiente, con Francia. No se había pensado eso en el cuartel general del Intruso, preocupado, según ya hemos visto, con la idea de limpiar su retaguardia y flancos de las que él llamaba *bandas de foragidos,* pero que por aquella fecha eran cuerpos numerosos y bastante organizados para vencer y, si no, burlar al enemigo, según acudiera fraccionado ó unido á su encuentro. Thiers describe perfectamente aquel estado de cosas con respecto al de las fuerzas destinadas á mantener asegurada su retaguardia. «La marina inglesa, dice, costeando incesantemente el litoral de las Asturias, de Santander á San Sebastián, dejando en él armas, municiones, equipos, víveres, y ayudando al ataque ó á la defensa de los puertos marítimos, proporcionaba á los insurgentes, auxilios que duplicaban sus recursos y su audacia. Porlier, Campi-

llo, Longa, Mina, Merino, reunidos á veces y á veces dispersos, pero siempre bien informados, evitaban el encuentro de nuestras columnas cuando eran numerosas, no las atacaban sino cuando las veían fraccionadas para perseguirlas, y entonces tenían la habilidad de reunirse para aniquilarlas. No habían obtenido en ninguna parte ventajas considerables, pero sí destruido hasta dos batallones á la vez, especialmente en Lerín; y aunque el general Clausel tenía cincuenta mil hombres que oponerles y desplegó la mayor actividad en su persecución, rara vez lograba alcanzarlos y casi nunca garantizar las comunicaciones; porque, para guardar eficazmente los caminos, hubiera sido necesario ocupar todos sus puntos, lo cual era absolutamente imposible. El general Clausel había recuperado Castro Urdiales en la orilla del mar, hecho á los ingleses circunspectos, tratado á Mina rudamente y abastecido Pamplona, actos indudablemente meritorios pero de poca importancia para la situación general de la Península. Se necesitaban por lo menos de tres á cuatro mil hombres de escolta para viajar con seguridad de Bayona á Burgos, si el objeto ó el personaje escoltado atraía la atención del enemigo; y, entretanto, para tan mezquino resultado, se gastaban las fuerzas de las tropas que eran el último recurso que se pudiera oponer á los ingleses.»

Esos servicios, ajenos, aun con toda su importancia, al objeto principalísimo de paralizar la acción, fácil de preveer, de Lord Wellington, mantenían inactivo y lo que era peor, debilitado el núcleo más considerable del ejército francés en los últimos días del mes de mayo, y cuando en los primeros de junio se tuvieron

noticias de la salida de las tropas aliadas de sus líneas, aquel ejército no podía contar más que con 40.000 hombres de todas armas. La casi totalidad del ejército de Portugal, se había trasladado al norte; parte, aunque pequeña, de el del Centro, iba por el mismo rumbo escoltando la artillería que debía ser retirada, y hasta la división española, la guardia de José inclusive, se dirigía también á Francia acompañando á los empleados de todas las provincias evacuadas ya, y á las familias que, por su adhesión á la causa napoleónica, temían la venganza de nuestros compatriotas leales. Ni siquiera había en el campo francés noticias del general Clausel; continuando, á pesar de la fuerza que mandaba y de los refuerzos que se le dirigían, interceptadas las comunicaciones con él, y sin resultado beneficioso la misión de limpiar de enemigos Navarra y el camino de Bayona. José no cesaba de expedir despachos y despachos á Clausel para que se le reuniese con sus tropas, llegando en su desaliento, al no recibir contestación alguna, á rogar á Clarke los expidiera él mismo como de orden del Emperador, todo á fin de ver si lograba contener á los aliados ó poderles ofrecer una batalla con que rechazarlos á Portugal y restablecer, así, sus asuntos en el centro y el norte de España (1). Pero en vez de las contestaciones que esperaba anunciándole la marcha inmediata de las tropas del ejército de

(1) Tan obcecado andaba todavía, tales ilusiones mantenía aún José Napoleón cuando ya parecía no deber conservar esperanza alguna, que el 5 de junio escribía á Clarke: «Soy demasiado buen francés, señor duque, demasiado buen servidor del Emperador y conozco demasiado el país que habito hace cinco años, para no haber jamás de disimular esas verdades. (Las ventajas de una batalla ganada en el ánimo de los

Portugal á Burgos, las cartas que José recibió de Clausel no tenían otro objeto que el de que aún se le enviasen nuevos refuerzos para acabar con Mina. Sólo el 15 de junio salía de Pamplona un despacho en que Clausel anunciaba *que iba á interrumpir la caza que por todas partes se daba á los insurgentes con éxito* y llevar las tropas de su ejército á Burgos con el refuerzo, además, de unos 4.000 hombres que tomaría del ejército del Norte. Esa dificultad de las comunicaciones; los obstáculos que oponían nuestros guerrilleros á la concentración de las columnas francesas que les perseguían; la falta de unidad en el mando de los ejércitos imperiales y la poca voluntad de los generales que los mandaban, la mayor parte de quienes más procuraban entenderse con el Emperador ó su ministro de la Guerra que con José Napoleón, impidieron el mantenimiento de las posiciones que hasta entonces había tenido ocupadas y la concentración necesaria para la gran batalla en cuyo éxito cifraba todas sus esperanzas (1). No tardarían en dársela sus enemigos aprovechando esas mismas dificultades, y con resulta-

---

españoles). El tiempo no hace sino convencerme todos los días de que he visto bien en todo eso. No dudo, pues, en repetiros: *Batamos á los ingleses, verdaderos enemigos de la Francia en España; y los Españoles volverán á ser nuestros aliados y á entrar en el sistema de la Francia en que han estado desde hace cien años y que echan de menos cada día más*».

(1) Para que se vea lo desorientados que estaban los franceses del estado de la guerra en España, después de seis años de hacerla, he aquí una parte de las instrucciones que Clarke enviaba al general Clausel en aquellos días. «Persecuciones vivas bien dirigidas, le escribía, y sobre todo combinadas según la configuración topográfica de los lugares, expediciones hechas de improviso sobre los depósitos de víveres de los insurgentes, sobre sus hospitales, sus almacenes de armas y, en general, sobre todos los establecimientos, turbarán infaliblemente sus operaciones. Después de algunos resultados ventajosos contra

dos tan decisivos que marcarían el término de la ocupación francesa en España.

Plan de Wellington.

A todo eso, los aliados estaban ya en marcha al encuentro de los franceses, sorprendiéndolos, puede decirse, dispersos en tan vasta línea como la en que se hallaban establecidos y sin noticia siquiera del grave riesgo de que se verían muy pronto amenazados.

Lord Wellington, á quien bien se ve le había sobrado tiempo para meditar sobre la situación general de la política y la guerra en Europa, tenía en mayo perfectamente asentado su plan para la campaña próxima. Bien estudiadas las posiciones del ejército francés, comprendió la inconveniencia de repetir su jornada del año anterior por el mismo rumbo que en ella había seguido. Los enemigos habían fortificado sus posiciones, aumentando así la fuerza de su línea principal del Duero; y rotos por los ingleses en su retirada los puentes de los ríos que les sería necesario cruzar de nuevo, y exhausto el territorio recorrido pocos meses antes por ambos ejércitos, el aliado debería seguir nueva dirección, particularmente al comenzar sus operaciones. Movíale al Lord, más aún que todo eso, á un nuevo y diferente plan, la circunstancia, nunca apuntada por él para no confesar sus anteriores errores, de lo lejos á que se ponía del mar, su mejor

---

ellos, no se necesitará sino algunas medidas políticas para desorganizarlos».

«La dispersión de sus autoridades, la vuelta á sus casas de los mozos que han alistado á la fuerza y el cuidado en no permitirles descanso alguno y de sorprenderlos en sus retiros menos accesibles, deben quitarles toda consistencia y dar á las tropas de S. M. la posesión tranquila de los paises, el total de cuyos recursos está hoy en manos de los enemigos.» Pero ¿es que no se había ensayado y hecho todo eso hasta 1813?

base de aprovisionamientos según fuera avanzando, así como del ejército español de Galicia, cuya cooperación necesitaba más que la de los que operaban en las cuencas altas del Tajo y el Guadiana, los cuales bastante faena tendrían con hacer frente á Suchet en Valencia y en la frontera de Aragón con Castilla. Para evitar cuantos obstáculos vamos apuntando, Lord Wellington tenía resuelto dirigir su ataque por la línea general de comunicación de los imperiales con Francia, sin cuidarse, como antes, de buscar en Madrid los honores de un triunfo que había resultado intempestivo y, como tal, efímero.

Su plan de 1812, era acertado cuando lo ejecutó flanqueando las posiciones francesas con un movimiento sobre su derecha; pero en 1813, y resuelta la marcha directa hacia nuestras provincias del Norte, la preparó, no sólo con el establecimiento previo de las tropas de su mando en posiciones ventajosas, sino disfrazándolo con maniobras que desorientasen á los franceses, á quienes, además, engañó por mucho tiempo respecto á sus intenciones, valiéndose de noticias que les hizo transmitir por los guerrilleros y los habitantes, cada día más esperanzados de su próxima y completa liberación. No era, con efecto, fácil descubrir los proyectos del generalísimo inglés al observar, como lo harían los franceses, la reunión de las guerrillas españolas en el Tajo, las demostraciones que por el lado de Extremadura y la Mancha había aquel dispuesto hacer á Penne-Villemur, á Morillo y al duque del Parque, y la permanencia, al parecer interminable, en Coria del general Hill que había ocupado los desfiladeros próximos de la cordillera carpetana y tenía

en una y otra vertiente depósitos, así como para operar por el valle de aquel río, gran teatro de la guerra durante el tiempo todo de la invasión napoleónica.

La nueva dirección que se intentaba dar á las operaciones, exigía el establecimiento de las tropas aliadas en puntos desde los cuales pudiera romperse la marcha combinada de ellas en los días y hasta en las horas más propias para su conveniente acción sobre la línea enemiga, fraccionadas ó reunidas según el plan previsto ó el que aconsejaron las circunstancias del momento.

Los grandes depósitos para ejércitos tan numerosos como los que componían el grande de los aliados, se hallaban montados en Celórico, Viseu, Penamaçor, Almeida y Ciudad Rodrigo, sin que su establecimiento ofreciera indicación alguna respecto al plan del Generalísimo. De ellos se podía, sin embargo, enviar el material necesario á todos los puntos de la extensa línea del ejército, cuyos destacamentos deberían operar según el plan ya fijado, secreto, como se ve, para los enemigos, que lo suponían dirigido, al igual del año anterior, sobre su flanco izquierdo. El plan consistía en pasar el Duero desde el territorio portugués con parte de las tropas, seguir la margen derecha, cruzar el Esla y unirse á las de Galicia en las inmediaciones de Zamora. Amenazando á la vez la izquierda francesa por el Tormes, Lord Wellington esperaba impedir la concentración oportuna de los franceses con lo que los aliados no hallarían resistencia en el Pisuerga, no esperándola así hasta la izquierda del Carrión y el castillo de Burgos, para cuyo sitio llevaba aquella vez todo el material necesario. No hay sino recor-

dar el *Memorandum* dirigido al general Graham el 18 de mayo desde Freneda, para dar á conocer las posiciones que ocupaba el ejército aliado y los movimientos que éste debería emprender para la ejecución de ese plan al empezar la nueva campaña.

En Braganza deberían estar del 21 al 24 las brigadas de caballería de Pack, Anson y Ponsonby con la 1.ª división de infantería; en Outeiro, y por los mismos días, las brigadas de caballería Bock y Bradford con la infantería de la 5.ª división; en Vimioso, la 3.ª división; y en Malhadas y Miranda de Duero, del 21 al 27, las 4.ª, 6.ª y 7.ª divisiones de infantería con la 18.ª brigada portuguesa y la de Húsares. El tren de pontones debería hallarse del 22 al 24 en Villa Velha.

La izquierda, establecida en Braganza, debería dirigirse á Tavara, llegando el 28 la caballería y el 29 la infantería. El centro, de Outeiro á Vimioso, mandaría las tropas de Outeiro en cuatro marchas á Losilla para el 28 y 29, y al mismo tiempo las de Vimioso irían en tres marchas. La derecha, por fin, de Malhadas, recibiría instrucciones del teniente coronel de Lancey, que estaba en Miranda, para trasladarse los días 28, 29 y 30 á Carvajales. El último de esos días, el puente de barcas que estacionaba en Villal Campo, se hallaría junto á la confluencia del Esla con el Duero, mientras se establecerían almacenes en Mirandella y Miranda, habiéndolos ya á vanguardia de Braganza.

Las tropas que habrían de operar por la izquierda del Duero, que eran las divisiones de infantería 2.ª, la Ligera y la del Conde de Amarante, así como las brigadas de caballería de los generales Slade, Alten, Long y Honsehold con la brigada portuguesa del coronel Camp-

bell, llegarían á Salamanca el 27, y de allí dirigirían su marcha hacia la barca de Villal Campo, adonde llegarían el 30. El objeto de esos movimientos era, en primer lugar, envolver las posiciones enemigas del Duero y, después, asegurar la unión de la derecha con la izquierda de todo el ejército lo más arriba posible del río, que estaba encargado de reconocer, como el Esla, el capitán Mitchell.

Los cuarteles generales irían con la parte de las tropas que operaran por la izquierda del Duero y por donde se estableciese una comunicación con Miranda y Braganza; y como habrían de moverse hacia adelante, se establecería la comunicación por Freixo de Espada á cinta en la de Freneda á Miranda. Cuando el cuartel general llegara á Salamanca, la comunicación sería por Bemposta y Sendin en el camino de Miranda, debiendo ser corta y expedita y, como las operaciones sucesivas de la izquierda del ejército dependerían de esas circunstancias, se enviarían á Graham nuevas instrucciones, si se creyeran necesarias. Al general Girón, con el ejército de Galicia, se le daría la orden de establecerse el 20 y 30 en Benavente.

Estas instrucciones, tan terminantes y detalladas, revelan, al ser conocidas, todo el pensamiento de lord Wellington que acabamos de indicar, el de, burlando la concentración de las tropas francesas, situadas en su mayor parte frente al camino seguido en junio del año anterior, envolver sus posiciones recientemente fortificadas y hacerlas inútiles é inútil la vigilancia ejercida sobre el Tormes y, más lejos y más á la izquierda, sobre el Tiétar, el Tajo y Madrid. «Así, dice con razón Napier, teniendo (Vellington) todo su ejército reunido y á

la mano, podría avanzar sin recelo, siendo suficientemente fuerte para combatir, bastante también para envolver el flanco derecho de toda posición que tomaran los franceses, y teniendo, además, la ventaja de ganar á cada paso un aumento de fuerzas por la unión de las tropas españolas irregulares, hasta que, dándose la mano con los insurrectos de Vizcaya, cada puerto pudiera ofrecerle un nuevo depósito y almacenes.»

El éxito, pues, de la campaña parecería, más que probable, seguro, si se lograba mantener secreto el plan los días necesarios para que los aliados verificasen sus concentraciones antes de que el rey José pudiera lograr la de las tropas de su mando, esparcidas por tantas atenciones á que estaban destinadas y lo dilatado de la línea en que las tenía para observar las avenidas todas del enemigo. Y así fué. Wellington se trasladó á Ciudad Rodrigo el 22 de mayo, llevando la división Ligera y la caballería de Amarante á Sancti-Spíritus, y al día siguiente continuaba la marcha á Tamames donde se mantuvo hasta el 25 para allí, y luego en Matilla, dictar las órdenes precisas para el abastecimiento de las tropas que llevaba consigo y el comienzo de las operaciones de la división Morillo, de gran parte de la caballería inglesa y la de D. Julián, al que seguiría el suyo hacia Salamanca por la izquierda del Duero.

En esa última fecha precisamente, enviaba José al general Leval la orden de evacuar Madrid, y á los demás la de retroceder lentamente de sus posiciones del Tormes, el Duero y Esla, dando al primero tiempo para trasladarse á Segovia. ¿Qué más prueba de haber sido el ejército francés sorprendido en toda su extensa lí-

nea? (1). El general Gazán, por dar personalmente la noticia, había hecho perder un día, y las de Reille, en el ala opuesta, eran que por el lado del Esla las tropas aliadas, establecidas en Braganza, se dirigían á Ciudad Rodrigo, y que algunos comisarios ingleses andaban por allí haciendo compras de trigo y cebada.

Estaban, pues, las tropas de Lord Wellington en plena marcha, operando con toda actividad sobre las primeras y más importantes posiciones del ejército francés, mientras éste se mantenía en la mayor inacción con Leval en Madrid, Villate en Salamanca y Gazán en Arévalo, el rey José en Valladolid, y Reille muy tranquilo respecto á lo que pudiera ocurrir en el Esla, donde precisamente se andaban condensando, casi á su vista, los nubarrones en que estallaría el rayo que habría de caer sobre su cabeza.

Comienzan las operaciones.

El 26, á las 10 de la mañana, se presentaba el Lord al frente de Salamanca en tanto que Morillo y Longa amenazaban penetrar en Alba de Tormes y el inglés Hill envolvía los vados inmediatos. No por eso desistió Villate de su idea de defender Salamanca, para lo que atrincheró el puente y cubrió con su división, tres escuadrones y el presidio de Alba, las alturas de la derecha del Tormes y principalmente el vado de Santa

(1) Se dice en las Memorias de Jourdan: «A pesar de los cuidados que el Estado Mayor general se tomaba por el servicio de la parte secreta y á pesar del dinero que se prodigaba para ello, se hizo siempre imposible el procurarse noticias un poco exactas del ejército anglo-portugués. Los partes que se recibían eran tan contradictorios que, en vez de dar aclaraciones, aumentaban la incertidumbre. El general de los aliados, mucho más afortunado, se hallaba informado con exactitud de la fuerza y de la situación de los ejércitos enemigos y recibía por momentos noticias de todos sus movimientos.»

Marta. A la vista de tanta fuerza como la que iba á atacarle, Villate debió retirarse inmediatamente; pero, dejándose llevar de su ardimiento y confiando en su experiencia, no lo hizo hasta que, flanqueado por la caballería de Fane, que había cruzado el Tormes, y acometido por la de Alten, que había logrado desembarazar el puente de Salamanca de cuantas barricadas interceptaban su paso, ganó la posición de Cabrerizos para desde allí emprender la marcha á Bábila Fuente. No tuvo, sin embargo, tiempo para evitar el combate en los desfiladeros de Aldealengua, donde, alcanzado por los jinetes y la artillería de ambas brigadas inglesas, perdió algunos centenares de hombres entre muertos, heridos y prisioneros, así como algunos carros de municiones, bagajes y víveres. Afortunadamente para él, Lord Wellington mandó á los suyos cesar en la persecución, y Villate pudo continuar su retirada á Medina del Campo, donde se le reunieron la división Conroux y los dragones del general Tilly, seguidos después por el general Drouet, con la división Cassagne y su caballería, y por Leval, que se supo el 31 haber llegado á Segovia.

La entrada de Lord Wellington en Salamanca le valió el desorientar completamente á José de las intenciones del generalísimo inglés en aquella campaña. Se creyó en el campo francés que el grueso de las tropas aliadas estaba sobre el Tormes para seguir el mismo plan del año anterior; y mientras se trataba de concentrar las tropas en la izquierda del Duero, valiéndose de cuantos esfuerzos se habían hecho para ponerla en disposición de resistir el nuevo ataque, con tales antecedentes esperado, Lord Wellington, según tenía dispues-

to y hemos hecho ver, retrocedía á pasar el Duero en Miranda é incorporarse á su izquierda, que era la que tenía á su cargo la acción principal (1). El día 30 se hallaba en Carvajales á la cabeza de las tropas de Graham y en comunicación con las españolas de Galicia, que entonces llegaban á Benavente, mandadas por Girón (2).

No era empresa fácil la del paso del Esla el 31 al dirigirse todas las tropas de la izquierda anglo-portuguesa á Zamora, ocupada por los franceses. Wellington dió el día antes instrucciones muy detalladas á los cuerpos del ejército que debían trasladarse á la izquierda de aquel río por los vados de Monte-Marta y Almendra; pero aun cuando se supone que el Esla es vadeable en aquella parte para caballería y aun infantería desde el 25 de mayo, sucedió entonces que en la noche del 30 al 31 cayó tal aguacero, que el vado de Monte-Marta se puso intransitable para la infantería, y el de Almendra ofrecía mucho peligro, excepto para la caballería, por lo que se echó inmediatamente un puente agua arriba del vado último, por donde pasaron las tropas de ambas columnas. Para eso, se hizo además situar en la margen opuesta un destacamento avanzado que, sor-

(1) Tenemos dicho en nuestra Geografía Histórico-Militar «Inútil de todo punto es buscar paso por aquella angostura de rocas y precipicios horribles por que se desliza impetuoso y arrollador el Duero, sin más puentes que unan las dos orillas que algún tosco artefacto de cuerdas, por donde cruzan los hombres conducidos en algún saco ó cajón sobre el profundo y mugidor báratro con peligro y terror sumos». Así pasó Wellington el Duero por Miranda el 29 de mayo de 1813, metido en un cesto atado á la cuerda tendida de una orilla á otra del río.

(2) En su despacho del 30 le escribía Wellington: «P. S. J'ai laissé le Géneral Castaños hier à Salamanca en bonne santé», lo cual quiere decir que Castaños iba entonces incorporado al cuartel general.

prendiendo á otro francés en Val de Perdices, la despejó completamente.

A pesar de esa dificultad, que produjo algún retraso, aquellas tropas se hallaban el 1.° de junio en Zamora y Lord Wellington sabía á última hora que los franceses, que no le opusieron resistencia alguna al entrar en aquella ciudad, habían también evacuado la de Toro, á la que el día siguiente trasladó su cuartel general. Por supuesto que los fugitivos volaron los puentes de Zamora y Toro, con lo que y con noticias que tuvo de que, incluso los recién llegados de Segovia, habían cruzado el Duero y concentrádose aunque sin saber en qué punto, el generalísimo inglés dispuso contener la marcha de sus tropas y que, al hacerlo las cabezas de las columnas, se les uniesen bien sus respectivas retaguardias, todo en espera de ulteriores operaciones. José, con efecto, creyendo siempre salvar su situación á favor de una gran batalla campal, en el concepto de que podría disponer también de parte, por lo menos, de las fuerzas que mandaba en el Norte el general Clausel, á quien no cesaba de pedírselas, bien directamente con despachos, siempre incontestados hasta entonces, bien por el conducto de Clarke ó de Thouvenot, que mandaba en Guipúzcoa, dió sus órdenes para que las divisiones de la izquierda pasasen el Duero y formaran una línea paralela á la en que aparecían las enemigas; desde Tordesillas, donde se establecía Gazán el 31 de mayo para concentrarse sobre Torrelobatón, residencia de los comuneros de Padilla hasta los días de su derrota en Villalar. Súpolo luego Lord Wellington; y recompuestos los puentes de Zamora y Toro, de donde habían retrocedido sin oponer

resistencia los franceses de los generales Dejean, Digeon y Darricau, dispuso la parada á que acabamos de referirnos, para, el 2 de junio, avanzar sobre ellos de nuevo, llevando reunidos ó en combinación todos los cuerpos de su ejército. La derecha francesa con Reille, su jefe, siguió, al saberlo, el movimiento retrógrado de aquellos generales y fué á establecerse en Medina de Rio Seco.

Posiciones francesas. La posición del ejército francés era el 2 de junio la siguiente:

El ejército del Mediodía entre Tordesillas y Torrelobatón, frente á las divisiones inglesas que se habían reunido en el Duero y remontaban el río por sus dos orillas; Reille con su caballería y la división Darmagnac, en Medina de Rio Seco observando la izquierda inglesa y el ejército español de Galicia que iba á comunicar con ella; la división Maucune, en Palencia; la de Cassagne, con Erlon (Drouet), en Valladolid, y José con su cuartel general en Cigales, á retaguardia y centro de toda la línea.

Planes de retirada. Y aquí se ofrece á aquel ajército, al que no se acerca siquiera la parte del de Portugal ni del Norte, tan solicitadas al general Clausel, el árduo problema de su futura conducta en tales condiciones y en circunstancias tan críticas, problema tan conexo, tan relacionado con el tan debatido en el tomo anterior de esta obra al tratarse de las operaciones posteriores á la batalla de los Arapiles.

He aquí cómo lo plantea en sus Memorias el mariscal Jourdan: «Cuando el Rey formó el proyecto de ocupar la posición de Río Seco, fué con la esperanza de poder reunir el ejército antes de que lo hiciese el de los

aliados en la izquierda del Esla; pero ahora no se podía intentar sin exponerse á una batalla que la prudencia imponía se evitara mientras la infantería toda del ejército de Portugal continuase destacada. Quizás, en vez de ceder así al movimiento del enemigo, habría sido más ventajoso hacer que el ejército repasara el Duero trasladándose á la orilla izquierda. Es dudoso el que Wellington continuara su marcha sobre el Carrión abandonando así su línea de comunicación con Portugal: lo probable es que hubiera también repasado el Duero para seguir á los franceses que, en todo caso, se habrían podido replegar sobre Aranda y de allí á Burgos ó Zaragoza. Ganando de ese modo tiempo, hubiera indudablemente llegado Clausel y combatídose en terreno más propio para la caballería. Esa idea fué sometida al rey, que no la atendió porque le alejaba demasiado de las instrucciones que tenía recibidas, en que se le recomendaba sobre todo conservar la comunicación más directa con Francia.»

Á más que probables y graves riesgos se exponía el desdichado rey José de seguir el consejo de Jourdan ó el de los que éste supone partidarios de la vuelta á la izquierda del Duero, teniendo ya tan cerca y concentrando el ejército enemigo, á caballo sobre un río que manda cuantas comunicaciones tenía él la misión de conservar. No era el camino de Aranda propio para la marcha de tan grande ejército con el material necesario de haberla de emprender en las condiciones necesarias para resistir un ataque de los enemigos. Mal camino era aquel á través de un territorio desusado en las operaciones militares, aun llevando ya la guerra seis años de duración, y sólo recorrido en ellos por destaca-

mentos, sin cesar hostigados por el cura Merino y el Empecinado, dueños del campo, puede decirse, como del corazón de sus habitantes. Cuando pudiera el ejército francés llegar á Aranda, el aliado dominaría completamente la comunicación con Burgos por la carretera general y directa, con lo que no le sería fácil al primero, aun manteniendo el castillo de aquella ciudad, resistir con la fortuna del verano anterior y reanudar sus relaciones con el resto del camino de Vitoria y Francia. Marchar de Aranda á Zaragoza era, al mismo tiempo que arrostrar las dificultades del camino de Valladolid á Aranda remontando la línea del Duero, dominada por Merino, Villacampa y los guerrilleros antes citados, abandonar completamente la verdadera, natural y cubierta por las tropas del Norte; habiendo de apelar á la cooperación de Suchet que, no sin grandes entorpecimientos y riesgos, podría salir de Valencia y desarmar toda la región aragonesa del bajo Ebro. Habríase, pues, de emprender una operación excéntrica, imposible en el estado de la guerra, con circunstancias que la harían tan preñada de peligros como extensa, hasta interminable sin un revés completamente decisivo.

Así es que tenemos la resolución tomada por el rey José por la más prudente, la más adoptada á los principios del arte militar, la que aconsejaban, sobre todo, las instrucciones del Emperador que nunca, además, aprobaría el abandono de la importantísima zona por donde comunicaba su imperio con España, cuyo dominio, por nominal que pudiera ya entonces creerse, no se resolvía á dar por perdido.

No se refiere el mariscal Jourdan á pensamiento al-

guno sobre que esa marcha, que parece aconsejar, se dirigiera á Madrid, sin duda por suponerla menos ceñida á la zona de las operaciones señaladas por el Emperador y á la frontera en que se hallaba la base de todas ellas y en que se había reunido tal golpe de tropas como mandaban Caffarelli y Clausel. No debió atreverse á tanto; por más que bien comprendería que el camino que hubiera de seguir el ejército era mucho mejor y las poblaciones del tránsito ofrecerían más abundantes recursos. El rey José, de consiguiente, optó, repetimos, por la retirada más natural, menos peligrosa y que cumpliría mejor con los principios militares y las prescripciones de su sabio hermano.

Se retiran los franceses.

El 2 de junio, pues, hizo salir de Valladolid toda aquella multitud de ministros, cortesanos, empleados, muchos con sus familias, que hemos dicho habían huído de Madrid, de Segovia y Salamanca; convoy para cuya escolta tuvo que destinar una no pequeña fuerza del ejército, la de 4.000 hombres, que con los destacados para el resguardo del material de artillería que se había enviado hacia Francia poco antes, echaría pronto de menos. El 3, se ponía en retirada decididamente, y el 4 tomaba el ejército posiciones en la izquierda del Carrión; en Palencia, Reille y Maucune y el cuartel general en Magaz. El 7 se continuó la retirada á Burgos, convencidos, mejor que el Rey, los generales, de que no era posible mantener las tropas ni en el Carrión ni en el Pisuerga por el temor de que se vieran flanqueadas, pero, sobre todo, por la falta de víveres en tierra tan esquilmada. No lo estaba menos la de Burgos y sus inmediaciones; pero era necesario dar algún descanso á las tropas y despejar el camino de tal *impedimenta*

como lo cubría, por no haberse previsto la actividad que desplegaba el ejército aliado en la persecución.

Lord Wellington que después de haber restablecido las comunicación de las dos alas de su ejército á través del Duero con un puente de barcas, agua abajo de la confluencia del Esla, y acabado la recomposición de los de Zamora y Toro, había hecho alto el 3 creyendo á José decidido á ofrecerle batalla aquel día. Para poderla aceptar, dispuso que las dos divisiones de su derecha y la Ligera, situadas, como se ha dicho, en la línea del Tornes á Zamora, cruzasen el Duero, con lo que se preparó á acometer la enemiga de Rioseco á Valladolid (1). Pero la noticia de que uno de sus regimientos, el 10.º de húsares, acababa de derrotar al 16.º de dragones franceses entre Zamora y Toro, y que D. Julián Sánchez había batido y hecho prisionera en Castronuño otra partida de 30, también dragones, le hicieron comprender que todo el ejército del rey José se iba reuniendo apresuradamente para retirarse. Emprendió, pues, el 4 el avance sobre Torrelobatón, dando, al llegar á La Mota, órdenes á los generales de uno y otro flanco para que siguieran su movimiento; á Graham, para que se situasen el 5 en Rioseco, donde establecería su comunicación con los españoles de Galicia, á quienes hizo ir á Villafrechos, y á Hill para que se dirigiese á Torrelobatón cerca de Castromonte en que el cuartel general podría vigilar toda la línea (2). El alto del 3, sirvió á José para

---

(1) El teniente de ingenieros Pringle restableció el puente de Toro, uniendo los dos costados del arco roto con escalas muy fuertes en las que clavó gruesos tablones hasta cubrir el vacío de entre ellas para el paso de la infantería. La artillería y los trenes vadearon el río en puntos próximos.

(2) El ejército español carecía aquellos días de municiones

concentrar más y más los elementos de su ejército; pues en aquel día y el siguiente se le incorporó el convoy salido de Madrid con Leval, y la columna de Conroux, que vimos llegar en socorro de Villatte, tuvo tiempo para romper los puentes de Tudela y Puente Duero, los de Simancas y Cabezón en el Pisuerga, así como para que le llegasen convoyes que sólo de ese modo podrían adelantarse á la línea del Carrión y á Burgos. Es verdad que en ese mismo tiempo logró Wellington reunir en Valladolid y Arévalo provisiones abundantes para conti-

---

de fusil. Parece increible que emprendiera tal campaña sin ellas y, sin embargo, nada es más cierto. El expediente que Wellington halló para remediar tal falta, fué llevar á los españoles en reserva para que sólo en último recurso empleasen los pocos cartuchos que llevaban.

He aquí la carta que dirigió el 4 al general Girón: «Bien cierto es que os dí cartuchos de fusil el año pasado, cuando recibimos más de los que necesitábamos; pero ahora no tengo sino muy pocos, y ya sabéis que nunca los he entregado en campaña, ni aun á los portugueses que se baten en nuestras mismas filas. Si tratara de darlos, me colocaría inmediatamente en igual situación á la que os encontrais. Así, pues, se hace necesario teneros en reserva; y si nos vemos en la precisión de poneros en batalla, hay que daros cartuchos, sean las que quieran las consecuencias. Pero es necesario que esa precisión arranque de mí mismo.»

«No digo que esa falta de cartuchos se os deba atribuir ni á la tropa: pero es una desgracia, y lo único que puede hacerse para remediarla es lo que propongo y el que hagais quitar á la tropa la mitad ó 30 cartuchos de los que ahora tiene, que hagais paquetes de 10 cada uno, y que se pongan en otros de 500 por paquete. Un mulo llevará 4 y creo que no hallaréis difícil tener 200 mulos en ese país.»

Ese estado de desarme continuó bastante tiempo, lo mismo en la caballería que en la infantería. El día 20, y situado ya en Subijana al frente de los franceses, Wellington escribía al conde La Bisbal: «He tenido el honor de recibir vuestra carta del 16 y haré cuanto esté en mi poder para daros armas de fuego para vuestra caballería. Creo que podré quitar la mitad á la caballería de línea (grosse cavalerie) inglesa si no hallo otro modo. Vuestra caballería no podrá servir sin armas de fuego.

¿Y aquello de los abundantes recursos que nos proporcionaban los ingleses?

nuar la marcha que, como hemos dicho, no habría ya de interrumpirse hasta alcanzar al enemigo. Burgos parecía lugar muy apropiado para ofrecer batalla á los aliados; esperando poder allí contar con Clausel, quizás, y con Foy y Sarrut que le proporcionaran fuerzas que igualarían la total suya con la que de tan cerca ya le acosaba.

Pero, al decir de Jourdan, enviado á reconocer el estado de defensa del castillo de Burgos, ni siquiera se debería intentarla. Estaban inacabadas las obras de reparación, emprendidas tardía y torpemente; no existían en ellas ni almacenes de provisiones ni la artillería necesaria; y su defensa, así, no podría pasar de la de un sólo día. No podía, pues, contar el ejército francés con aquel apoyo, ni con el de los refuerzos que esperaba, no pareciendo por ninguna parte Clausel, que aún se mantenía en la frontera de Aragón; Foy, que operaba en Guipúzcoa; ni Sarrut, dedicado á la persecución de Longa hacia las montañas de Santander. Tampoco era dable sostener en Burgos, exhausto de todo recurso por haber consumido los pocos existentes la multitud de los emigrantes que de todas partes acudían á refugiarse en las filas francesas; y en la necesidad de levantar el campo, surgió en el cuartel general nueva cuestión sobre el camino que se debería tomar para establecerse sólidamente en la orilla izquierda del Ebro. El general Reille campaba en el Hormazas; Gazán en la izquierda también del Urbel y á espaldas de Arcos, esto es, á caballo sobre el Arlanzón; Drouet con Cassagne estaba de reserva junto á Burgos, y la división Lamartiniére, por fin, protegía en el camino de Briviesca la marcha á Vitoria de todos los convoyes y de la inmensa *impedimenta* que

Nuevo plan de retirada.

tanto estorbaba. Wellington, que en toda la marcha parecía empeñado en envolver la derecha francesa con parte de su ejército y el de Galicia, dirigiéndolos sobre el alto Pisuerga desde Palencia y Castrojeriz, atacó el día 12 á Reille, el más avanzado de la línea francesa y con la misión de reconocer el número de los aliados que tenía á su frente y las intenciones de su generalísimo. Cumplido ese encargo, Reille hubiera podido retirarse sobre Gazán; pero viendo á la caballería inglesa dispuesta á cargar á sus infantes, se preparó á rechazarla, consiguiéndolo por el pronto con la pequeña pérdida de algunos hombres y la de una pieza que había sido desmontada al principiar el combate. Desechado luego el proyecto de una acción general antes de recibir los refuerzos que en vano se esperaban, se planteó el problema á que acabamos de referirnos, tan arduo para resolverse en Burgos como lo había sido al abandonar el campo de Valladolid. ¿Por dónde convendría continuar la retirada? ¿Por Briviesca, Pancorbo y Miranda, ó por Santo Domingo de la Calzada y Logroño? Siguiendo la carretera general, se mantenía la anterior resolución de satisfacer los deseos del Emperador, los de que por nada se interrumpiesen las comunicaciones más rápidas con Francia, deseos que José y Jourdan parecían decididos á no contrariar. Reille y Drouet sostenían la opinión contraria, la de que lo más urgente era unirse á Clausel, y eso por el camino más corto, el de Logroño, de donde y una vez incorporadas las considerables fuerzas que operaban en Navarra, se podría recobrar la primera dirección y ofrecer al enemigo la batalla que tanto se deseaba y con un éxito de otro modo muy dudoso.

Como antes en Valladolid, y aun siendo el caso muy

distinto, se resolvió cruzar el Ebro por Miranda, recomendando la incorporación urgentísima de que se uniesen al Rey cuantas fuerzas se hallaban en la orilla izquierda, orden que se dirigió á Clausel por Santo Domingo con una columna de 1.500 hombres para que no fuese interceptada. Y el día 13 se levantaba el campo de Burgos, dispuesta la voladura del castillo para cuando las tropas francesas se hallasen fuera del alcance de los proyectiles que quedaron en la fortaleza por falta de transportes. Eran cerca de 6.000 las bombas que había en el castillo y en los almacenes de la ciudad: imposible, de consiguiente, la traslación de todas á Vitoria adonde, tardíamente ya, se dirigió el material sobrante del ejército. Dice á propósito de eso el mariscal Jourdan: «El general d'Aboville, que dirigía la artillería, temiendo que el enemigo se sirviera de aquellos proyectiles para atacar después Bayona en caso de que penetrase en Francia, propuso introducir una pequeña cantidad de pólvora en cada bomba, colocándolas á corta distancia unas de otras para que reventasen en el momento de la explosión de la mina, asegurando que estaba convencido por experiencia de que no debería resultar nada perjudicial á la ciudad. A pesar de eso, el 13 por la mañana tuvo lugar la explosión cuando desfilaba una brigada de dragones. Los cascos de bombas cubrieron la población y mataron ó hirieron un centenar de hombres, muchos caballos y algún número de habitantes (1).

(1) Toreno se explica así: «Abandonaron los enemigos el castillo de Burgos, desfortaleciéndole antes y arruinándole hasta en sus cimientos. El modo como lo ejecutaron dió lugar á siniestras interpretaciones; porque conservándose dentro desde

Había quedado en Pancorbo una fuerza considerable para guarnecer los fuertes del célebre desfiladero por donde se cruzan los montes Ovarenes; y aunque la división Lamartiniére se había unido al fin de aquella marcha á Reille, con lo que éste, que al mismo tiempo recibió la división Sarrut que cubría la derecha del ejército, pudo devolver á Drouet la del general Darmagnac, todavía era necesaria la presencia de Clausel con toda la fuerza que mandaba para contrarrestar la muy superior con que iba amenazando Lord Wellington.

Siguen retrocediendo los franceses.

En la esperanza, sin embargo, de que de un momento á otro aparecerían por el camino de Logroño las tropas de Clausel, dió José la orden de que no pasaran de Vitoria los emigrantes españoles ni los equipajes del ejército y de la también fugitiva corte de que no se decidía á desprenderse quien parece imposible creyera poderse mantener aún en el trono de España. Es verdad que, sea por considerarse todavía bastante fuerte para medirse con los aliados, ó bien animado

el último sitio muchos proyectiles todavía cargados, acaeció que al reventar las minas practicadas para derribar los muros, volaron también muchas bombas y granadas que causaron estrago notable. Escritores ingleses han afirmado que el enemigo procedió así para aniquilar los cuerpos de las tropas aliadas que se arrimasen á tomar posesión de la ciudad y del castillo, Por el contrario, los franceses, achacan tan lamentable contratiempo á mero olvido de la guarnición. Nos inclinamos á lo último; mas sea de ello lo que fuere, lo cierto es que de la explosión resultaron destrozos grandes, padeciendo la catedral bastante con el extremecimiento, no menos que muchas casas y otros edificios. Redújose el castillo á un confuso montón de ruinas y escombros.»

El capitán de Artillería D. Eduarpo de Oliver Copóns, autor de varios escritos militares del mayor interés histórico, describe aquella catástrofe del modo que puede verse en el Apéndice núm. 4.

con las noticias que le llegaban de Alemania, donde, á consecuencia de la batalla de Bautzen, acababa de celebrarse un armisticio, precursor quizás de la paz, en nada menos pensaba José que en tomar la ofensiva, ejecutándola hasta meter otra vez á los ingleses en Portugal. En ese concepto se estableció en Haro el conde d'Erlon, con destacamentos á su izquierda en busca de noticias de Clausel, y, al frente, hasta Santo Domingo para observar el camino de Burgos por Belorado y la histórica Atapuerca. Gazán en el centro y con su vanguardia hacia Cerezo, Briviesca y Poza de la Sal, tenía, por lo demás, concentrada la parte del ejército del Mediodía, que no había cruzado todavía el Ebro, dispuesta á desembocar en caso oportuno del desfiladero de Pancorbo sobre los anglo-portugueses que se le acercaban por la carretera general. Reille, formando la derecha de la nueva línea, situó á Maucune en Frías, á Sarrut en Osma y á Lamartiniére en Puente Larrá, con la consigna los tres de impedir que Wellington, cuya intención bien se veía era la de envolver el ejército francés, se valiera, para conseguirlo, de los caminos de Orduña y Valmaseda.

No andaba desacertado el Intruso en sus cálculos sobre las intenciones del Lord su enemigo, manifiestas desde que, cruzado el Esla, desde Valladolid principalmente, y ya unido con los españoles de Galicia, se le había visto remontar las divisorias de los afluentes del Pisuerga y, por último, del Ebro, en busca de cortar la comunicación con la frontera francesa. Tantos obstáculos como ofrece aquel largo trayecto, no lo habían sido para detener al enemigo; y ejércitos tan numerosos, disciplinados y expertos, sin rival en lo de activos

y maniobreros, se veían obligados á retroceder como vencidos y hasta en la confusión que representaban el abandono de posiciones tan excelentes y la impremeditada voladura de Burgos. Y era que faltaba el capitán que rigiese tenientes tan diligentes y hábiles, soldados tan bravos, armas tan perfectamente organizadas para la victoria. Todo eso tenía bajo su mano el rey José; y con todo eso y con los consejos que ya dijimos le había dado su hermano, el invicto Emperador, en París por el intermedio de Duroc, no hallaba en sí mismo recursos con que rechazar ni aun contener la arrebatada acción de su enemigo. Y ya en Miranda, establecido en posición tan ventajosa, con los Obarenes por atrincheramiento y á caballo sobre el Ebro, no se sintió con fuerzas para recibir el combate de que decía esperar el éxito de la campaña, y se retiró á Vitoria sin pensar que así perdía lo que más se le había recomendado guardar, la comunicación con el Imperio, de donde, en todo caso, podrían llegarle cuantos recursos necesitara.

Para impedir los efectos del flanqueo que seguía ejecutando la izquierda del ejercito aliado, rectificó el francés sus posiciones dirigéndose Reille á Osma con la orden de proseguir su marcha sobre Valmaseda ó Bilbao si el enemigo tomaba aquellos caminos, resolución presumible, pues que Wellington desde Villadiego y Masa, cruzando el Ebro por San Martín y Puente Arenas, se corría por la margen izquierda á ocuparlos. Tan era así, que al llegar Reille el 18 al frente de Osma, seguro de que Maucune le seguiría de cerca desde Frías, se encontró con Graham que á la cabeza de tres divisiones inglesas, las 1.ª, 3.ª y 5.ª y un cuerpo considerable de caballería, le interceptaba el paso al objetivo de su mi-

Combate de Osma.

sión. Reille pretendió saber el número de sus enemigos é hizo á Sarrut avanzar sobre ellos; pero después de un combate bien sostenido por ambas partes, oyendo tronar el cañón á sus espaldas, tuvo que retirarse en busca de Maucune que, aun con tomar el camino más corto de los dos que se le habían dado á elegir, no llegó á tiempo al punto de su destino por haber retardado su salida de Frías y verse luego envuelto por otra columna inglesa procedente de San Millán y de que á duras penas y con graves pérdidas pudo librarse dirigiéndose á Espejo, donde se le unió su general en jefe. (1)

Se detienen en Vitoria.

Era insostenible así la posición de Miranda, completamente envuelta el ala derecha de la línea, y en tal riesgo los caminos flanqueantes de la comunicación con Francia. Así es que José, después de un consejo con los generales del ejército en que Reille propuso la traslación á Navarra por la derecha del Ebro, idea rechazada con los mismos razonamientos que en Valladolid y

(1) Napier describe así el combate de Maucune: «Este general, de una audacia que llegó á ser como el sinónimo de su nombre, marchaba por la sierra de Aracena en vez de ir por Puente Larrá, y su brigada de vanguardia, después de reconocer los desfiladeros, se había detenido al borde de un arroyo cerca de la aldea de San Millán en el valle de Bóveda. Esperaba en esa situación y sin explorar más el terreno, á la otra brigada y sus bagajes, cuando de repente la división Ligera que había marchado paralelamente á la línea que seguía Graham, apareció ante las brigadas francesas en un terreno algo más elevado. La sorpresa fué recíproca; los cazadores ingleses, precipitándose de la colina con gran gritería hicieron un fuego de los más vivos, sostenidos por el regimiento número 52, con lo que los franceses hubieron de retirarse contestando como les fué posible. Los demás regimientos ingleses permanecían en reserva como espectadores del combate y suponiendo ante ellos á todas las fuerzas enemigas, cuando la segunda brigada de la división Maucune, con los bagajes detrás, salió precipitadamente de una abertura que la naturaleza había practicado en algunas rocas cortadas á pico que había á su

Burgos, dispuso la concentración de todas las tropas de su mando en la llanada de Vitoria, enviando á Clausel, que ya estaba en Logroño, la orden de reunírsele inmediatamente, y á Foy, que se dirigía á Bilbao, la de juntar en Durango las fuerzas de Vizcaya y Guipúzcoa y subir al Zadorra para mantener la derecha del ejército en su nueva línea.

Con eso, Reille pasó á Subijana para protéger la marcha de Gazán, y Drouet lo hizo por el desfiladero de las Conchas de Arganzón, en los caminos de Miranda y Haro, amenazado por los aliados que avanzaban con la intención manifiesta de interceptarlo. Con efecto, el 19 los ingleses habían llegado al valle del Bayas; pero, al intentar cruzarlo, lo impidió Reille, fuertemente establecido con el río á su frente y las posiciones de Subijana y Poves en sus flancos, con lo que y sólo después de un ligero choque y sabiendo que Gazán y D'Erlon habían desembocado de Las Conchas, se retiró á la iz-

---

derecha. Entablóse una acción sumamente confusa; las reservas, encaramándose en alguna desigualdad del terreno, atacaron á aquel nuevo enemigo, y los franceses, para evitarlas, se dirigieron á una montaña que había un poco adelantada á su frente. El 52.º, al verse amenazado en su retaguardia, giró sobre sí mismo, se puso á ganar la montaña apresuradamente y halló al enemigo en la cima. Los franceses no habían perdido su presencia de espíritu; se desembarazaron de sus mochilas y, medio huyendo, medio combatiendo, escaparon á lo largo de las montañas hacia Miranda, en tanto que la primera brigada se retiraba por el lado de Espejo, siempre perseguida por los cazadores. Espantados con el ruido los caballos del tren de equipajes, huyeron de un lado y otro por entre las rocas; y aunque la escolta, reunida en masa, combatió desesperadamente, todos los bagajes fueron presa del vencedor: fueron muertos ó hechos prisioneros 400 franceses y el resto de las tropas, gracias á su resolución y actividad, se escapó aunque perseguido á través de las montañas por las fuerzas irregulares españolas. Reille, siempre acosado por Graham, se retiró á espaldas de Salinas de Arena (de Añana).»

quierda del Zadorra para formar la primera de las tres líneas, en que aquella noche quedaron los tres ejércitos franceses, con su cuartel general en Vitoria.

Allí, pues, y esperando por momentos la llegada de Clausel, determinó José hacer frente en campal batalla á los aliados que, á su vez, aun cuando con los recelos que siempre inspiraban á su prudente general en jefe, se iban acercando en busca de camino por donde pudieran atacarle con las mayores probabilidades de vencerle.

Descripción del campo.

«La llanura de Vitoria, tiene dicho el malogrado general D. Juan Velasco, Marqués de Villa Antonia, que siendo oficial de E. M. levantó el plano y describió la acción, en la cual había reconcentrado José todas sus tropas, sus parques, sus convoyes y almacenes, ocupa una extensión de dos y media leguas de N. á S., y de cinco de E. á O., forzando la cuenca del Zadorra (1). Este río corre en aquella última dirección, dejando sobre su margen izquierda á la ciudad de Vitoria y la mayor parte del llano. Cortan su curso varios puentes de piedra, y es vadeable en muchos puntos, si bien en otros lo escarpado de sus orillas opone dificultades para el paso. Limitada la llanura al E. y S. por una cadena de montañas desprendida del Pirineo, cuya continuidad interrumpe bruscamente el curso del Zadorra, abriéndose un estrecho paso entre las escarpas

(1) Hemos creído que nadie mejor que el general Velasco, como natural de Vitoria y autor de tan notable monografía como la de aquella batalla, nos describiría el terreno en que se dió, y por eso transladamos íntegra esa parte en nuestro escrito.

En cuanto al plano, véasele trasladado al Atlas del Depósito de la Guerra.

del desfiladero de la Puebla de Arganzón, forman sus límites al N. los estribos inferiores de otra gran cordillera, que, desprendiéndose también del Pirineo entre Guipúzcoa y Navarra, constituye con la cadena anterior el angosto valle de la Borunda, por el cual se dirige la carretera de Vitoria á Pamplona. Deprimida considerablemente esta cadena, después de haberse alejado de la anterior en la inmediación de Salvatierra, deja paso en el puerto de Arlabán á la carretera de Vitoria á Irún, que por él desciende rápidamente desde Álava á Guipúzcoa. Sigue luego cerrando al O. la cuenca del Zadorra, la sierra de Badaya, divisoria de aguas entre aquel río y el Bayas, dejando entre sus vargas al S. y las al N. de la cordillera de Morillas, un valle de dos leguas de extensión, terminado al E. por el Zadorra, en la inmediación de Nanclares de la Oca, y al O. en el Bayas, cerca de Subijana de Morillas. Por fin, la cordillera de Morillas, prolongación de la primera cadena, concluye bruscamente en las Conchas de Arganzón, cerrando esta caracterizada cuenca, cuyo aspecto ofrece la imagen de un lago desecado por la ruptura de esta última cordillera. La ciudad de Vitoria, capital de la provincia de Álava, se eleva cerca del límite al S. de esta llanada. Rodéanla, en un espacio de dos leguas en radio, infinidad de pequeñas aldeas, enlazadas en todas direcciones por una complicada red de caminos que, abiertos generalmente en zanjas, surcan la llanura, presentando mil obstáculos al libre ejercicio de la caballería; alternan también en toda su extensión con las tierras de labor, muchos bosques y algunos prados pantanosos, que se dilatan á ambos lados de la carretera de Navarra».

«Parten de la capital varias carreteras que la enlazan con las provincias limítrofes y el centro de la Península. Son éstas: la general de Madrid, que atraviesa antes de llegar á la Puebla el desfiladero de Arganzón, la de Logroño por Peñacerrada, la de Pamplona por Salvatierra, la general de Francia por el desfiladero de Arlabán, la de Durango por Villareal, la de Bilbao por Murguía y la de Salinas de Añana por cerca de Subijana de Morillas. A más de estas vías, han sido construídas posteriormente á la época á que aludimos, la de Pamplona, la de Durango y la de Salinas de Añana, siendo entre todas la general de Francia la única por la cual pudiera verificar su retirada un ejército como el francés. Además, como la línea de los aliados era paralela á la dirección de esa carretera, bastábales prolongar su izquierda para cortar infaliblemente este camino al enemigo».

Posiciones de uno y otro ejército.

Ya hemos descrito la marcha de los aliados en seguimiento de los franceses y los combates de Osma, San Millán y Subijana, indicándose con eso la dirección en que se proponía Wellington ir empujando al Intruso con el empeño de interceptar las comunicaciones de la costa y la de Francia sobre todo. De ahí el que en la noche del 20 la derecha del ejército aliado, esto es, el cuerpo del general Hill, compuesto de la 2.ª división inglesa, la portuguesa del conde de Amarante, la española de D. Pablo Morillo, algunas piezas de artillería y pocos caballos, ocupase la desembocadura del Bayas amenazando el paso del Zadorra por la Puebla de Arganzón y la izquierda de la línea francesa.

En el centro de los aliados y con su general en jefe, se hallaban las divisiones 3.ª, 4.ª, 7.ª y la Ligera, casi

toda la artillería y la caballería pesada y la portuguesa, junto á Nanclares, amenazando con el ataque de los tres puentes próximos de Nanclares, Villodas y Tres-Pontes, que los franceses habían descuidado cortar por olvido, quizás, en la precipitación de su retirada ó por suponerlos bastante defendidos con el centro de su línea.

La izquierda, cuyo mando ejercía el general Graham, constaba de las divisiones 1.ª y 5.ª del ejército anglo-portugués, las brigadas lusitanas de Bradford y Pack, la división española de Longa, la caballería inglesa y alemana de Anson y Bock y 18 piezas de campaña. Estaba situada entre Murguía y el Zadorra para obligar á los franceses de la derecha, dedicados á mantener despejados los caminos de Bilbao y Francia, á no auxiliar á su centro en el caso de ser arrollado, inmovilizándolos en la defensa de los puentes por donde cruzan el Zadorra las comunicaciones acabadas de citar. Como Graham y Longa habían recibido anteriormente la misión de correrse por la izquierda hacia Balmaseda y Bilbao para impedir la incorporación de la división francesa que con Foy operaba en apoyo de la italiana de Palombini en Vizcaya, fué preciso llamarlos, y los dos, Graham y Longa, con su extraordinaria diligencia, lograron llegar á la línea aliada con tiempo para tomar la parte que les tocaba en la batalla del día 21 con gran fruto para su ejército y propia gloria. Quien no pudo conseguir esa satisfacción fué el general Packenham, que se hallaba todavía en Medina de Pomar con cerca de 7.000 hombres, protegiendo la marcha de los convoyes que seguían al ejército aliado.

Así, todas las fuerzas aliadas que operaban sobre Vi-

toria componían un total de cerca de 70.000 hombres, de los que 35.000 eran ingleses ó alemanes de la Legión Real, 25.000 portugueses y 20.000 españoles. En el ala derecha de la extensa línea que ocupaban á lo largo del Zadorra, había con el general Hill hasta 20.000; en el centro, con Lord Wellington y Cole, unos 30.000, y el resto, otros 20.000 con Graham, en la izquierda. De entre esas tropas, la caballería contaba con 9.000 caballos, y eran 90 las piezas que acompañaban á las diferentes divisiones de los tres ejércitos, distribuidas en la línea según el plan de Wellington su general en jefe (1).

Extendíase el ejército francés por una línea comprendida entre el desfiladero de las Conchas de Arganzón y los puentes citados de Arriaga y Gamarra mayor, en derredor de los cuales se había establecido el ejército de Portugal con su vanguardia en Aranguiz cubriendo el camino de Bilbao, principalmente desde el alto de Araca, extrema derecha, cuyas ramificaciones á vanguardia de aquellos puentes y el de Durana en la carretera de Francia, forman allí la margen derecha del Zadorra. Estaba encargado del mando de aquella parte el general Sarrut con su división, la infantería española adicta á la causa del Intruso y los dragones de Digeon, sacados para aquel servicio del ejército del Mediodía. La otra división del de Portugal, mandada por el general Lamartinière, debería cubrir el puente de Gamarra mayor y, apoyada por la brigada franco-española, un batallón francés y una brigada de caballería con parte de los dragones de Digeon, defendería también el puente de Durana.

(1) Véanse los respectivos estados de fuerza en el Apéndice número 5.

El centro de la línea francesa, á vanguardia de Vitoria y entre esa ciudad y Gomecha, de la carretera general, se hallaba cubierto por el ejército del Centro, mandado, puede decirse, por el general Drouet, aunque regido por José Napoleón, si Generalísimo de todas las tropas francesas, siempre, según hemos visto, metido en las filas de aquel ejército. Había situado en una suave altura sobre Gomecha hasta cincuenta piezas para cubrir con su fuego los puentes de Mendoza, Tres Puentes y Villodas, batería tremenda apoyada por la reserva general compuesta de una gran masa de caballería, de varias piezas y la llamada Guardia del Rey.

La izquierda que, como acabamos de decir, terminaba en el desfiladero de las Conchas, estaba á cargo del general Gazán, en jefe del ejército del Mediodía, y se extendía por su derecha hasta Ariñez en terreno ya llano, al pie de los montes de la Puebla, llamados Altos de Zaldiaran que, dominando el estrecho paso del Zadorra en su orilla izquierda, así como lo defiende inmediatamente, va cubriendo desde sus abruptas ramificaciones la llanada, la parte, sobre todo, meridional en que iba á darse la batalla. Formaba en la cumbre la brigada Maransin, y á su derecha, pero ya en lo bajo, en un cerro que lleva el nombre de San Juan de Jundiz, el general Villate cerraba con su división la salida del desfiladero y el paso del Zadorra por Nanclares, Villodas y Tres Puentes. (1).

No había gran diferencia en cuanto al número de

(1) Ese cerro de San Juan de Jundiz es aún más conocido por el nombre de Inglismendi (cerro de los Ingleses), que debe al combate de 1367, en que los hombres de armas de D. Enrique, descolgándose de Zaldiaran, derrotaron á los del Príncipe

los combatientes entre uno y otro ejército, siendo el del francés de unos 80.000 hombres de todas armas, si superior en artillería y en el arte de maniobrar y más homogéneo, inferior en su espíritu, como todo el que se retira, y más aún en cuanto á su dirección, siendo muy distintas las condiciones de los generales en jefe de uno y otro.

José y Wellington.

José no podía compararse en ninguna de ellas con Lord Wellington, ni por sus talentos, ni por su experiencia, mucho menos por ser absoluto en el mando el general británico, obedecido sin réplica en sus disposiciones, y discutidas, rechazadas á veces, y nunca bien ejecutadas las del imperito hermano de Napoleón el Grande por sus rebeldes y orgullosos mariscales.

Discordes andan los historiadores de aquellos sucesos en sus apreciaciones sobre el estado de ánimo en que se hallaban, lo mismo José que Wellington, respecto á decidir en una acción la suerte de aquella campaña. En los dos producía su irresolución la misma causa. Ya expusimos, en vista de la correspondencia del Intruso con el Emperador, que la única esperanza que aquel abrigaba para mantenerse en el trono de España era la de una victoria decisiva, y hemos dicho también que en su retirada esperaba de un momento á otro poderla obtener de su prudentísimo adversario. Todo dependía de la incorporación de las tropas de Clausel al ejército del Rey su Generalísimo. Si en cualquiera de las etapas de su retirada lograba el francés contar con refuerzo tan con-

Negro, favorecedor de D. Pedro en aquella campaña que terminó cerca ya de Nájera con la derrota del Bastardo.

Buscando proyectiles de la batalla de 1813, se halló en Inglismendi un gran trozo de alabarda inglesa que ha venido á nuestras manos.

siderable, allí se detendría y después de elegir una de tantas posiciones favorables como iba observando, ofrecería el combate á los aliados. De ahí lo frecuente de sus órdenes á Clausel ya directamente enviadas, ya por conducto del Ministro de la Guerra del Imperio, general Clarke. La misma causa, repetimos, influía en el ánimo de Lord Wellington que había seguido al ejército francés amenazándole con atacarlo por su flanco y aún envolverlo, y lo tenía ya así como acorralado en la llanada de Vitoria y, sin embargo, vacilaba en si atacarlo ó no en condiciones para él tan favorables. La noche del 19, la tarde misma del 20, no se había resuelto á cruzar el Zadorra, cuando supo la llegada de Clausel á San Vicente, cerca de Logroño, donde se había propuesto dar un descanso á sus tropas, para el día siguiente continuar la marcha á Vitoria. No había, pues, tiempo que perder, y no paró el Lord hasta dictar aquella noche sus disposiciones para el combate. (1).

A la desigualdad de fuerzas físicas, y morales po-

(1) Toreno, Chaby, casi como algún otro más de nuestros historiadores peninsulares consideran, con efecto, á Wellington vacilando en sus resoluciones; el mismo Intruso «le consideraba más dispuesto á obligar á su adversario á retirarse maniobrando sobre su derecha que á abordarle francamente para librar batalla». Wellington, en despacho del 20, escrito en Subijana (de Morillas) al conde de La Bisbal, le escribía: «El enemigo campa hoy entre nosotros y Vitoria. Le atacaré mañana temprano si no se retira esta noche. Creo necesario que os tenga á lo menos cerca por el momento, porque el enemigo es muy fuerte; y hecho el armisticio en Alemania debemos esperar que se reforzará. Pero hay sobrada faena para todos.»

No era de esa opinión M. Thiers, que dice en su obra del Consulado y del Imperio: «No era de presumir que lord Wellington nos dejara repasar los Pirineos sin librarnos batalla, porque una vez en la gran cordillera, pegados á sus alturas, emboscados en sus valles, no eramos ya abordables; y concentrados, por otra parte, antes de haber sido alcanzados, podía-

dríamos decir, entre ambos ejércitos, remediable, empero, con la disciplina de otras ocasiones en el francés, añadió José la enorme torpeza de hacer salir del campo de Vitoria, la mañana misma del 21, la división Maucune escoltando dos convoyes cargados de parte de las riquezas que había sacado de Madrid y en que iban los españoles más comprometidos por su causa (1). Esa fuerza de unos 4.000 hombres, que luego exageraba Lord Wellington en su parte y cuyo destino, como se ve, era muy diferente que el de mantener la derecha de la línea francesa, que le atribuía el general británico, aumentaba enormemente, con efecto, la debilidad de un ejército á quien le faltaban 20.000 hombres, detenidos, sin saberse porqué, en Logroño, y su general sobre todo, el más acreditado por aquellos días en España. Ni siquiera pudo José reconocer el campo de la futura batalla el 20, pues que un violento ataque de

---

mos caer sobre el ejército inglés con 80.000 hombres y destruirlo. Lord Wellington había cometido ya una falta muy grave permitiéndonos ir tan lejos sin alcanzarnos, dándonos así tantas ocasiones de reunirnos al general Clausel, pero no era de suponer que lo repitiera. Debíase pues, esperar próximamente una batalla, á menos de que no se abandonara en seguida á Vitoria para salvar el puerto de Salinas y bajar al Bidasoa. Pero este partido era casi imposible. Repasar los Pirineos sin combate era huir vergonzosamente ante los que algunos meses antes se les había hecho huir cerca de Salamanca; era abandonar al general Clausel á los mayores peligros, porque se le dejaba en las vertientes de allá de los Pirineos; era dejar también menos inmediatamente comprometido, pero comprometido al fin, al mariscal Suchet con cuantas fuerzas tenía esparcidas de Zaragoza á Alicante. Así, el honor militar, la suerte del general Clausel, la seguridad del mariscal Suchet, todo prohibía repasar los Pirineos y había que combatir á su pie, es decir en la cuenca de Vitoria donde debía reunírsenos Clausel.

(1) Toreno dice que en aquel gran convoy que salió de Vitoria á las cuatro de la mañana, *iban los célebres cuadros del Ticiano y de Rafael, muestras y ejemplares del gabinete de Historia Natural y otros efectos muy escogidos.*

fiebre impidió á Jourdan acompañarle; y privado de la inspección y de los consejos de su jefe de Estado Mayor, difirió el reconocimiento para el día siguiente, en que el avance de los aliados lo hizo imposible. Llamado el general Gazan, contestó que no podía abandonar su campo á la vista de los enemigos que avanzaban ya; y á las ocho de la mañana, cuando José andaba reconociéndolos desde Ariñez, los puestos avanzados de los montes de la Puebla anunciaban el paso del Zadorra por los aliados y su subida á los primeros cerros que desde la montaña caen sobre aquel río y la carretera de Francia en el desfiladero de Las Conchas.

No quedaba, pues, otro recurso que el de combatir, y eso en las desfavorables condiciones que acabamos de señalar, en la ignorancia completa del paradero de Clausel y en la disminución de la fuerza del ejército con el destacamento de la división Maucune, distraída por la codicia de un botín, bien despreciable en semejantes circunstancias. Así es que el Intruso hubo de acudir á lo que en aquel momento se hacía más urgente, á rechazar el ataque con que se amenazaba flanquear, si no ya envolver, el ala izquierda de su línea.

Batalla de Vitoria. En Zaldiarán.

Efectivamente, una de las brigadas de la división Morillo, á quien cupo el honor de iniciar batalla tan importante y gloriosa como la de aquel día, había comenzado á ganar la montaña, apoyada, en primer término, por la otra brigada, que á la vez debía observar el camino de Miranda, y de más lejos por el cuerpo todo del general Hill, la 2.ª división inglesa de su mando con algunas piezas y escuadrones, la división portuguesa, por fin, de Amarante. La misión de todas esas fuerzas, de más de 20.000 hombres, ya hemos in-

dicado cuál era y, para llenarla cumplidamente, el general Hill fué poco á poco reforzando á Morillo que, aun cuando herido, siguió empujando á los enemigos que, no reforzados todavía, le disputaban, sin embargo, su posición bizarramente.

Con las noticias que le llegaban y lo que observaba personalmente, el rey José mandó reforzar los puestos de la montaña con la brigada Maransin que, seguida, además, de otra división del ejército del Mediodía, *barriera* aquellas alturas y descendiese después para atacar el flanco de las tropas de Hill al querer desembocar de Las Conchas en la llanada. Con eso se empeñó más y más el combate en las cumbres de la montaña; y á pesar de que Hill reforzó luego á Morillo con un regimiento, el 71.º inglés, y un batallón ligero de la brigada Walker, mandados por el teniente coronel Cadogan, y algo después con otras tropas de las más próximas, la llegada de la división Villate al campo de la acción y la muerte de Cadogan, obligaron á los nuestros á detenerse y hasta á retroceder algo, aunque sin perder la mayor parte de las posiciones dominantes, conquistadas bien costosamente de un enemigo cinco veces superior en número. (1)

(1) El general Velasco describe así el primer ataque de las tropas de Morillo: «Mientras varias compañías del regimiento de León, formadas en guerrilla, porque la columna de cazadores se hallaba sobre Pancorbo, iban batiendo el espeso bosque que cubre aquellos cerros, y el resto del regimiento seguía de reserva, D. Pablo (Morillo) con los de la Unión y legión extremeña, marchaba paralelamente por la derecha. Apenas llegaba la cabeza á la cumbre del primer cerro, cuando descubrióse al enemigo en posición, rompiéndose contra él un nutrido fuego; rudamente acometido, abandonó su puesto, no sin oponer antes una obstinada resistencia, y dejando en manos de los españoles más de cuatrocientos prisioneros; replegóse entonces

Y como se había pensado y dispuesto por su general en jefe, Hill, á favor de la enérgica actitud de Morillo, penetró desde el puente de La Puebla, por donde acabó de cruzar el Zadorra, en el largo y peligroso desfiladero de Las Conchas, apareciendo luego delante de Subijana de Alava, pueblo que, después de un reñidísimo combate, cayó en su poder. Ya intentaron los franceses de Gazan recuperar posición tan importante, pero á pesar de lo que sin fundamento alguno consigna el general Brialmont, sus esfuerzos se estrellaron en la solidez de las tropas de Hill que, después de rechazarlos ejecutivamente, pudo ligar sus maniobras sucesivas con las de Morillo que, así también y á su vez, las extendió por las cumbres hasta cubrir el alto de Zaldiarán, amenazando con descender sobre la izquierda enemiga y aun envolverla. El general Gazan, que no había interpretado rectamente las instrucciones de su generalísimo y soberano, reforzó á Maransin parcialmente, creyendo, sin duda, que bastaba un regimiento para el objeto, y satisfaciéndose para mantener sus propias posiciones fuera de todo peligro por aquel lado con establecer en la pendiente de la montaña, no en lo alto, una brigada de la división Conroux y, después, otra de las de Darricau. Cuando la división Vi-

---

á otra altura que dominaba á la primera, mas también de ella fué desalojado, á pesar de sus esfuerzos por reconquistarla.»

El historiador inglés Elliot cuenta así la muerte de Cadogan: «Cuando se comprendió que estaba mortalmente herido, los soldados se prepararon á sacarlo del campo: *No, dijo el héroe, mi muerte es segura y está muy próxima: dejadme concluir la vida con el placer de mirar la continuación de nuestro triunfo, llevadme á una altura de donde pueda observarlo.* Fué obedecido y colocado contra un árbol, expiró pronto, manifestando así su satisfacción al sacrificar la vida por causa tan buena y gloriosa.»

llate subió, como se le tenía mandado, el combate, según ya hemos dicho, se inclinó en favor de los franceses; pero no tan sólo se había perdido un tiempo precioso sino que la ocasión también de impedir á Hill la salida del desfiladero y el ataque de Subijana.

En el centro de la línea.

En ese tiempo, precioso repetimos, pudo observarse que fuerzas muy considerables del ejército aliado se dirigían á los puentes de Nanclares y Villodas, cubriéndose, en espera del ataque decisivo que debían emprender, con el terreno accidentado de la margen derecha del Zadorra en un recodo que lleva la corriente muy hacia el centro de la línea que ocupaba el ejército francés. Lord Wellington estaba allí, entre Nanclares y el Zodorra, dominando desde una colina próxima aquel campo para, al ver por su derecha el avance del cuerpo de Hill, lanzar los que él tenía á la mano sobre los franceses que, á su vez, se hallaban á las órdenes inmediatas de José Napoleón en Aríñez y la altura guarnecida de la gran batería á que antes nos hemos referido. Con la ventajosa posición ocupada por Hill y á pesar de que las dificultades del terreno hacían se retrasara la llegada de las divisiones 3.ª y 7.ª inglesas, puestas á las órdenes del conde Lord Dalhousie, á los puentes de Mendoza y Gobeo en la oportunidad convenida, Wellington hizo que amenazaran el paso del Zodorra por los de Nanclares y Tres Puentes la 4.ª y la Ligera. Tan próximos andaban los tiradores de esta última división á la margen derecha del río, que habrían podido tirotearse con los franceses de la izquierda al principiar el combate; pero, al trabarlo Hill, lo hicieron efectivamente aunque sin la resolución que luego impondría la presencia de las fuerzas

de Dalhousie en los puentes cuyo ataque se les había señalado. «Hubiérase pecado de imprudencia, dice Lord Wellington en su parte, lanzando la 4.ª división y la caballería al otro lado del río, aglomerando un número considerable de tropas á la entrada del desfiladero antes que las otras divisiones se aprestaran á atacar la derecha y centro del enemigo.»

Eso obligó á una como suspensión del combate que los enemigos hubieran podido aprovechar para cubrir mejor su línea, ya que no cambiando la posición de sus tropas, imposible ante la proximidad de los aliados, sí rompiendo los puentes que tan torpe como temerariamente mantuvieron intactos al retirarse y formar su línea de batalla. Siete eran esos puentes, según hemos dicho; y si bien se hacía necesario al ejército francés mantener los más altos de Gamarra Mayor y Arriaga para la comunicación con Durango y, sobre todo, la directa con Francia por la carretera general, los demás no habrían nunca de servir más que para facilitar el cruce del Zadorra á sus acometedores. Había comprendido José toda la importancia de aquellos dos primeros que acababan de recorrer los convoyes escoltados por Maucune, y lo hacía ver también la situación que señalara á Reille con fuerzas tan numerosas para mejor mantenerla; pero no por eso debió cometerse el error gravísimo de conservar intactos los demás, sólo utilizables por enemigo tan superior, además, y acercándose en actitud evidentemente ofensiva.

Paso del Zadorra por Tres Puentes.

El avance de Hill, esperado de un momento á otro, pero más, acaso, la confidencia de un aldeano manifestando el abandono de toda fuerza en que se hallaba el puente, llamado Tres Puentes, por parte de los france-

ses, así como la oferta por la del patriota alavés de guiar hacia él las tropas que se destinasen á su ocupación, rompió la suspensión de armas á que antes nos referíamos, lapso de tiempo en que el anterior de lluvia menuda y niebla había cambiado favorablemente con la subida, sin duda, del Sol al meridiano. No había de desdeñar el generalísimo inglés tales circunstancias y aviso tan leal y oportuno: así que, inmediatamente de recibirlo, destacó la brigada Kempt sobre aquel puente, al que, hábilmente guiada por el aldeano, llegó inadvertida por entre malezas y rocas que la mantuvieron oculta hasta, salvado sin dificultad el paso del Zadorra, situarse á retaguardia de los puestos franceses más avanzados. (1)

Al reponerse los franceses de la sorpresa que tan indebidamente les produjo aquel, sólo para ellos, impensado ataque; salió de su línea un pelotón de caballería apoyada en el fuego de algunas piezas que causó la muerte *del pobre aldeano*, dice también el historiador inglés, *á cuyo valor y á cuya inteligencia debían tanto los aliados*. ¡Tristes aberraciones de la Fortuna que en su ceguedad castiga á veces el valor más firme ó la lealtad más acrisolada como la cobardía ó la traición!

---

(1) Napier describe perfectamente ese hermoso episodio. «Durante, dice, esa especie de suspensión de movimientos, un aldeano español manifestó á Wellington que el puente de Tres Puentes, sobre la izquierda de la división Ligera no estaba guardado y se ofreció á guiar las tropas. La brigada Kempt, de la división Ligera, fué al momento dirigida hacia aquel punto; algunas rocas la ocultaban á la vista de los franceses; y como iba bien conducida por el bravo aldeano, cruzó el estrecho puente á la carrera, ganó una eminencia bastante elevada, é hizo alto en la cresta del lado del río ocupado por el enemigo, situándose á espaldas de los puestos avanzados del rey y á algunos centenares de metros de su línea de batalla.»

Kempt llamó á sí al 15.° de húsares que uno á uno, aun cuando á galope, pasaron el puente, tan estrecho era, sin que sus enemigos se moviesen para impedirlo.

Cruce general del río en el centro.

Esto, la ocupación de Subijana de Alava por Hill y el ruido bien que sordo, de la artillería de Graham en la extrema izquierda de la línea de los aliados, decidieron á Wellington á emprender el ataque del centro enemigo, á punto, además, de llegarle la noticia de que Dalhousie se hallaba ya sobre las aguas, puede decirse del Zadorra. La cuarta división pasó á la orilla izquierda por el puente de Nanclares, la Ligera lo hizo por el de Tres Puentes, y momentos después Dalhousie con la 7.ª cruzaba el río por el puente de Mendoza, mientras por Gobeo entraba la 3.ª en la línea del ataque central, dirigido en persona por el generalísimo inglés.

En el campo francés, el asalto de los altos de Puebla por Morillo y la marcha de Hill por el desfiladero de Las Conchas, habían producido un gran desorden, siendo en no pequeña parte contradictorias las disposiciones del rey José, las del mariscal Jourdan, desde Aríñez, y las del general Gazan que, teniendo que atender á los ataques de que era objeto desde la montaña y el camino de la Puebla, y á cuanto se le ordenaba desde el cuartel real, era difícil acertase en la ejecución de sus propias ideas á la vez que en la de sus jefes. Había, por fin, decidido mandar la división Villatte á desalojar á los españoles de los altos de su izquierda, hacia los que se dirigían también, según dijimos, las brigadas Conroux y Darricau, destinadas antes á vigilar la salida de Las Conchas. Así se comprende cuán fácilmente se apoderó Hill de Subijana y el desorden, después, en que la 4.ª división inglesa encontró la izquierda de los france-

ses al cruzar el Zadorra por el puente de Nanclares. (1)

Con efecto, el rey José, siempre aconsejado por Jourdan, comprendiendo que debía pensar, no ya en atacar á Hill, sino en cubrirse de la acción enérgica con que este general parecía dirigirse sobre su extrema izquierda hasta para envolverla, procedió á concentrar más y más su ejército. Mandó, en consecuencia, á Gazan y al conde de Erlon, esto es, á los ejércitos del Mediodía y del Centro, se estableciesen en la posición de Zuazo que él en persona fué á cubrir con varias baterías en que el general Tirlet distribuyó hábilmente hasta 45 piezas de campaña. Naturalmente, Wellington habría de aprovechar ocasión tan favorable para, penetrando en la llanura, adelantarse sobre el centro de la línea francesa. É hízolo con el ímpetu que habría de comunicar á las tropas aliadas el espectáculo de una maniobra de las enemigas que ofrecía todos los caracteres de retirada. la que después intentó José, aunque vanamente, disimular en sus juicios sobre aquella batalla.

(1) Leyendo las Memorias de Jourdan y el parte del rey José á Napoleón desde San Juan de Luz, se comprende el desacuerdo á que nos referimos, aunque después de todo Gazan envió á los altos la división Villatte que estaba en reserva á retaguardia de Aríñez. Los dos, reforzados luego por las argumentaciones de Thiers, echan la culpa del triunfo de Morillo y de la marcha de Hill hasta Subijana al general Gazan, á quien, además, acusan del desorden en que se hallaba la izquierda de la línea francesa al desembocar en la llanada las cuatro divisiones de los aliados. «El enemigo, dice Jourdan, que se hallaba en la altura con fuerzas superiores, ganó terreno y fué con el fuego de sus tiradores á inquietar á las divisiones de la posición de Aríñez. Sólo entonces se decidió el general Gazan á destacar la división Villatte para sostener á la brigada Maransin. Ella contuvo los progresos del enemigo y hubiera indudablemente acabado por arrollarlo; pero se había dejado pasar el momento favorable y otras circunstancias exigieron distintas disposiciones.»

Wellington, con eso, hizo atacar la posición de Ariñez, primer obstáculo y el más formidable que iba á encontrar en el centro enemigo; pero, cruzando el Zadorra, se trabó un combate con la artillería francesa y la nube de tiradores que la apoyaban, con fuego tan nutrido, que por algún tiempo tuvieron á raya á los aliados en el terreno inmediató al río. Tan recia fué la escaramuza que trabó el coronel Barnard, bien conocido de nuestros lectores desde el sitio de Badajoz principalmente, descolgándose de la posición recién conquistada por Kempt y metiéndose con sus cazadores por entre la caballería francesa que apoyaba á los suyos, y el Zadorra, que con su fuego, el de la artillería y la infantería francesas, contra quienes se dirigía, y el humo que cubría el campo, se creó tal confusión, que los cañones ingleses disparaban contra sus mismas tropas á la vez que contra las enemigas por no lograr distinguir unas de otras.

Ataque de Ariñez.

A favor de tal, tan encendida y confusa refriega, se completó el paso de los anglo-portugueses por los puentes centrales del Zadorra que, además, fué vadeado agua arriba del de Mendoza por una de las brigadas de la 3.ª división. Ya con eso, Lord Wellington organizó el ataque á Inglismendi que, con las órdenes del rey José para que se retirase de allí Villatte y se concentraran las fuerzas de Gazan en Zuazo, quedaba bastante desguarnecido, si se exceptúa en el lugar de Ariñez que debía defenderse á toda costa. Si no avanzaron las columnas aliadas con el orden admirable que hace Wellington suponer en su parte, hiciéronlo con la decisión que caracterizaba á sus jefes; y el general Picton con su división, parte de la 3.ª y los tiradores de Barnard

por delante, acometió resueltamente el asalto de la altura, seguido de Kempt y los húsares, los primeros, según hemos dicho, en salvar el Zadorra por el puente de Mendoza. El ataque iba, además, secundado en su derecha por Sir-Lowrey Cole que, con la 4.ª división y la caballería pesada, se dirigía desde el puente de Nanclares á establecerse entre la posición central de los franceses y el cuerpo de Hill, que seguía á Gazan en su movimiento retrógrado á Zuazo, y, en la izquierda, por la 7.ª división inglesa en su mayor parte y la brigada Colville, que atacaron la aldea de Margarita por cuya inmediación habían pasado el Zadorra. La lucha en este lado se hizo encarnizada y tenaz, siendo blanco de una batería establecida á vanguardia del pueblo una brigada de la división Ligera que corrió á reforzar á las que lo atacaban. Pero el coronel inglés Gibbs, que mandaba el 52.° de línea, dió una carga tan impetuosa á la batería y á sus defensores, que no sólo los hizo retroceder sinó que se apoderó inmediatamente después de Margarita. Se halla á sus espaldas otra aldea de no mayor vecindario, la de Lermanda, guarnecida por los franceses lo mismo que Margarita, y más arriba Crispijana, para impedir el paso del Zadorra entre los puentes del Mendoza y Gobeo; y otro coronel, el del 87.°, M. Gough, la atacó y ocupó también, dejando sin apoyo la derecha de la posición central francesa de Aríñez. En el otro lado, los generales Hill, Beresford y Cole siguiendo, como llevamos dicho, á Gazan, desembarazaban de toda acción de flanco el ataque de Picton, para que así no hallase obstáculo que le detuviera en la subida á Inglismendi. En un principio los franceses lanzaron sobre las columnas de Wellington una nube

de tiradores que, apoyados en el fuego de cincuenta piezas de artillería que aún mantenían en la altura, lograron contener en su marcha á los ingleses, á punto de que, reforzados por las tropas destacadas contra Hill y Morillo, habrían regularmente contrabalanceado los progresos hechos por sus enemigos en los flancos. Wellington acudió á los suyos del centro con varias brigadas de artillería, cuyo fuego obligó á los franceses á retirarse gradualmente valiéndose del humo que se extendía cubriendo el campo de batalla, el valle inmediato del Zadorra y la eminencia tan reciamente disputada. Aríñez, sin embargo, quedó guarnecido por los franceses considerándolo, sin duda, de grande importancia, así por su posición respecto á las del centro y flanco derecho de la línea aliada en su avance como por cerrar la carretera general entre Las Conchas y Vitoria. Y tan importante era, con efecto, Aríñez, que su ocupación produjo una de las refriegas más reñidas de la batalla. Las tropas de Picton se lanzaron al ataque del pueblo con tal ímpetu, precedidas de sus tiradores y de un fuego muy nutrido de su artillería, que lo ocuparon inmediatamente apoderándose, además, de algunas piezas. «Los franceses, dice Napier, enviaron tropas frescas, y durante algún espacio de tiempo el humo, el polvo, el ruído de las armas de fuego, los gritos de los combatientes, mezclados al tronar de la artillería, produjeron un efecto terrible: á pesar de eso, las tropas inglesas acabaron por salir victoriosas al otro lado de la aldea».

El de Zuazo.

La atención de los franceses estaba más que en eso, por importante que les pareciera, como parecía á Wellington, en organizar las últimas defensas y la retira-

da en el alto de Zuazo, donde procuraban reunir la artillería de la línea general con cuantas tropas iban recogiendo de su izquierda y centro en aquella excelente posición. La marcha de uno y otro lado, á pesar de la defensa de Aríñez, se hubiera convertido en una completa derrota si aquella imponente masa de caballería, *cuerpo magnífico*, dice Napier, que hemos dicho iba entre Cole é Hill, hubiera cargado, como debía, rompiendo la nueva línea francesa, en la que de seguro habría hecho destrozos decisivos.

No lo hizo, con lo que cuantas fuerzas perseguían á los franceses hacia Zuazo y Gomecha, estuvieron expuestas á un desastre; porque, como dice Jourdan en sus Memorias, «el fuego de la gran batería (suponemos que la establecida por Tirlet) detuvo pronto á las columnas enemigas, haciéndolas flotar y á una de ellas echarse al suelo». «Si se hubieran tenido allí 10.000 hombres, añade, para lanzarlos sobre aquellas quebrantadas tropas, habría sido destruída esa parte del ejército inglés.» Salvolas, pues, el error cometido por Gazan que, en vez de retirarse directamente á la posición de Zuazo, según se le tenía mandado y lo había hecho personalmente el rey José, se inclinó á su derecha para unirse á Villatte, que hemos visto había subido á los altos de la Puebla y emprendido la retirada por las cumbres y luego por las faldas de aquella montaña. (1)

No; la batalla andaba perdida por los franceses desde sus primeros trances de la Puebla, de Subijana, Mar-

(1) Muchas son las hipótesis en que se funda el Mariscal francés para suponer que los franceses, aun siendo tan inferiores en número á los aliados, habrían podido triunfar en Inglismendi y Zuazo.

garita y Lermanda, particularmente desde que, por uno ú otro motivo, había caído en poder de los aliados Inglismendi, la posición de Ariñez en que José y Jourdan habían puesto su mayor confianza. Pero si aun necesitara más el Intruso para prever el desastre á que muy pronto se vería expuesto, tuvo la pena de hallarse, puede decirse que solo, en la posición de Zuazo; pues mientras Gazan no se situaba, ni siquiera se acercaba, en tiempo oportuno á ella buscando el contacto con Villatte, D'Erlon por su lado tomaba la dirección opuesta sobre la derecha francesa, para evitar el avance de los aliados á los puentes más altos, por donde quedarían envueltas las posiciones más próximas á Vitoria.

En la derecha francesa.

Allí, con efecto, se andaba disputando la acción más importante de la jornada, si no en su parte táctica, influyente en el resultado inmediato de la batalla misma, en las consecuencias que pudiera tener; pues que la dirección que se hubiera de tomar en el caso de haberse de retirar el ejército francés, la más conveniente por lo menos, sería la de la carretera general de Francia, cuya interceptación era la á que principalmente aspiraban sus enemigos los aliados.

Lord Wellington había llamado al general Graham que, como es sabido, avanzaba por su izquierda no muy lejos de él, amenazando siempre cortar á los franceses el camino directo de Francia, y al general Giron también que con parte del ejército de Galicia se dirigía á interceptarles el paso á Bilbao; y los había llamado á decidir el ataque el día 20 para que tomaran parte en él, formando, como en su marcha, el ala izquierda de la línea de batalla. Giron, el más distante,

había acudido desde Balmaseda á Murguía, de donde, después de conferenciar con Graham, ambos se trasladaron con sus respectivas tropas, entre las que formaba la ya llamada división Longa, al frente de la sierra de Aroca, á cuyo pie llegaban antes de las diez de la mañaña del 21. A medio día y recibidas oportunamente las instrucciones de Wellington, el general Oswald con la división Longa, la brigada portuguesa de Pack y la 5.ª división inglesa, sostenidas por los dragones ligeros de Anson, ocupó el pueblo de Aranguiz y los altos de Aroca, que dijimos debía defender la división francesa de Sarrut, avanzada de las tropas todas con que Reille cubría los puentes de Arriaga, Gamarra y Durana hacia la parte más alta del Zadorra.

Los españoles y portugueses con noble emulación y un valor que recompensaron sus aliados con un aplauso general, arrollaron al enemigo, que se retiraba por escalones con su característica energía, de posición en posición y en cuantas sucesivamente ofrecían aquel áspero terreno y sus descendencias al Zadorra; distinguiéndose Longa que acabó por enseñorearse de Gamarra menor, muy próximo ya á la margen derecha del río, al tiempo que otras tropas pasaban el Zadorra por el puente de Durana estableciéndose en el pueblo de su mismo nombre. (1)

---

(1) Wellington dice en su parte: «El teniente General Sir Thomas Graham me participa que en la ejecución de este servicio las tropas portuguesas y españolas se han conducido admirablemente. Los batallones 4.° y 8.° de cazadores se han distinguido en particular. El coronel Longa, que se hallaba situado sobre la extrema izquierda, se apoderó de Gamarra menor.»

No hay un solo despacho en que el célebre Lord deje de revelar sus preferencias. Véase el apéndice núm. 5.

Desde tal momento se hizo aquel terreno el más y mejor disputado en el vasto teatro de la batalla de Vitoria; como que en él se iba á resolver, cual llevamos dicho, el arduo problema de la dirección que habrían de tomar los franceses en su ya más que probable retirada. Puesto Oswald á la vera del Zodorra, la brigada Robinson, formada en columnas, acometió el paso del río; y aun cuando fueron en un principio rechazadas por el fuego nutridísimo de la artillería y la infantería francesas que las hicieron detenerse y aun arremolinarse, lograron, en fín, reformadas por sus oficiales y con el ejemplo de su valiente jefe, ganar el pueblo de Gamarra Mayor y su tan disputado puente. No por eso ni por la falta del general Sarrut, muerto á los principios del combate, siguieron cejando los franceses, sino que, á favor del fuego de doce piezas que Reille hizo romper sobre los enemigos, una de sus divisiones, la del general La Martiniére, recuperó el puente y puso en grande aprieto á los que acababan de apoderarse de la población inmediata. Volvieron los aliados, reforzados con otra de las brigadas de la 5.ª división, á conquistar el puente; pero, rechazados de nuevo, quedó aquel importantísimo paso así como abandonado por unos y otros. (1)

Entretanto el general Graham hacía atacar á Avechuco y el puente de Arriaga, defendidos por la briga-

---

(1) Reille en su parte dice: «El general La Martiniére, que se había visto obligado á abandonarlo, lo hizo atacar de nuevo; el puente fué pasado y repasado dos ó tres veces. El enemigo, siempre bajo el fuego de doce piezas de artillería, debió sufrir pérdidas muy considerables. Cuantos esfuerzos hizo para desembocar (del puente), resultaron vanos á pesar de su gran superioridad numérica.»

da del general Menne, para cuyo sostén en la izquierda del Zadorra llamó Reille la brigada Fririón que se situó á vanguardia de Betoño, y la caballería de su cuerpo de ejército y los dragones de Digeon, que corrieron á ponerse frente á los puentes atacados.

Los aliados contaban allí con la 1.ª división inglesa y la artillería de los capitanes Dubourdieu y Ramsay, esta última de á caballo; fuerza toda, apoyada por la brigada de infantería portuguesa del general Bradford. El coronel Halkett, de la legión alemana, se enseñoreó de Avechuco y poco después los batallones ligeros pasaban el puente haciéndose dueños de cuatro piezas de artillería que lo defendían.

Retirada del rey José.

Habíanse, pues, perdido todas las comunicaciones con la derecha del Zadorra, y el camino de Bayona quedaba cortado, separadas, por consiguiente, como habían sido las tropas que Maucune llevaba escoltando los convoyes de la mañana del resto del ejército francés, el cual tendría que buscar su salvación por otra vía, ni corta ni cómoda. Porque la batalla podía darse por perdida también, puestas todas las tropas aliadas en la izquierda del Zadorra y dirigiéndose á Vitoria en una marcha perfectamente combinada, en que Graham, como ya Hill y Wellington, con el centro del ejército, iban sucesivamente empujando á los franceses hacia el único lado del campo, libre todavía y despejado para su ya inevitable retirada. Ni las varias cargas de la excelente caballería francesa para contener el avance de la línea enemiga, ni las maniobras de D'Erlon para, reuniendo sus divisiones del ejército del Centro que los accidentes del combate habían separado, cubrir claros que Gazan y los mismos José y Jourdan, quizás, no pro-

curaron ó no supieron cerrar oportunamente, bastaron para evitar la derrota que bien se veía tan decisiva como inmediata.

En tal situación, el rey José, acabada toda esperanza de mantener su campo y viendo que serían inútiles cuantos esfuerzos quisiera imponer á sus tropas para emprender la retirada por el camino directo de Francia, dispuso tomar el de Pamplona por Salvatierra y el valle del Araquil, único realmente que le quedaba. Inició la evacuación del campo la artillería reunida por Tirlet en Zuazo y Gomecha, poniéndola inmediatamente en marcha según se le había mandado. Los demás cuerpos de la izquierda y el centro, empujados más y más por los aliados seguros ya de su triunfo, tomaron la misma dirección detrás del parque de la artillería, seguido inmediatamente del tren de equipajes que, más que por el mal estado del camino, por el desorden en que iba, no sirvió sino de estorbo. Aumentó ese desorden la entrada en Vitoria de un regimiento de caballería regido por el general Alava, que lo había pedido á Lord Wellington para preservar su ciudad natal del saqueo y atropellos que preveía, si no se anticipaba el patriota español á ocuparla y guarnecerla con tropas perfectamente disciplinadas; con lo que, y con el auxilio del príncipe de Orange que le siguió á la cabeza de los húsares de su mando, se salvó con efecto á Vitoria de los horrores que la amenazaban. (1)

(1) Cuentan que al entrar Álava, iba gritando á sus paisanos que ocultaran cuanto tuviesen de valor en sus casas y las defendieran si era necesario, que allí entraba él para protegerlos de cualquier atropello; *porque*, les decía, *estos que vienen conmigo son peores que los que se han ido.* La frase es tan lógica como

He aquí cómo describe el principio de aquella retirada el general Velasco, cuyos padres la presenciaron pocos años antes que él naciera, que levantó el plano, según hemos dicho, y describió con los más auténticos datos la batalla. «En el entretanto, dice, viendo José á los aliados dueños ya de la carretera general de Francia, ordenó la retirada de los ejércitos del Sur y del Centro por el camino de Salvatierra, dando él primero el ejemplo de una precipitada fuga. Retiróse el ejército francés en masa confusa, aunque compacta, dejando sobre su izquierda á Vitoria. Perseguido vigorosamente por la infantería inglesa, y amagada su línea de retirada por la caballería que se dirigía al galope á interceptarla, no hubo en breve entre sus filas sino confusión y desorden. Para colmo de su desgracia, el camino que siguen los fugitivos se encuentra de improviso obstruido por el vuelco de un carruaje. En vano intentan ponerse en salvo el coche del mismo José, los del séquito del Intruso y los furgones del tesoro. Más de dos mil carros cargados de artillería, de municiones ó de las ricas preseas, fruto de la rapiña del invasor, se aglomeran y chocan sin concierto; los soldados de la escolta desamparan sus filas, los del tren cortan los tiros, ó si acaso pretenden salvar las piezas, arrójanse sobre los costados del camino, y van á caer con ellas en las zanjas laterales. En tan amarga tribulación, los españoles del bando de José que seguían al ejército enemigo abandonan también sus carruajes y huyen á mezclarse entre

---

verosímil en quien acababa de presenciar los horrores de Ciudad Rodrigo y Badajoz.

Eso valió después al general Álava el que se le elevara una estatua en el mismo Vitoria.

las filas francesas, esquivando el furor y la venganza de sus compatriotas; con sus hijos en los brazos arrástranse en pos sus trémulas mujeres, procurando alejarse de este campo de desolación y muerte; mas, detenidas en su fuga por los cañones abandonados, por los caballos muertos y los hacinados montones de coches y carruajes destrozados se las ve vagar de uno á otro lado lanzando lastimeros ayes é implorando de la clemencia del soldado, quién el honor, quién la vida. Un espeso polvo envuelve todo el campo é impide distinguir los objetos más próximos. Cae muerto el caballo del mayor general Jourdan, y el mismo José, separado de su séquito y perseguido por el capitán Windham, que dispara un pistoletazo contra el carruaje, busca su salvación en los pies de su caballo, logrando escaparse bajo la protección de cincuenta dragones, que contienen á los húsares ingleses (1).

El botín.

Desastre igual no se había registrado en los anales de aquella guerra aun contando con el de Bailén, ya que éste, si, como el primero, se hizo más ruidoso, no ofreció los caracteres de definitivo y de imposible des-

---

(1) Dice Toreno: «Todo se mezcló allí y confundió. Aquel sitio representábase caos de tribulación y lágrimas, no liza sólo de varonil y carnicero combate».

En las líneas de nuestro distinguido camarada Velasco se hallan concentradas las noticias que nos han legado los historiadores de mayor autoridad de los ejércitos que tomaron parte en la batalla, ingleses, portugueses, españoles, franceses y alemanes. Aun hay quien entenebrece más ese cuadro; pero todos convienen en que para hallar punto de comparación del desastre sufrido por José Napoleón en Vitoria, hay que remontarse á épocas en que no eran sólo ejércitos los que iban á sufrirlo, sino pueblos enteros con familias, enseres, joyas y cuanto representaba una verdadera emigración.

No falta quien compare aquella batalla con la de Iso.

De algunos de los objetos que había en los equipajes, se ha

quite como el de Vitoria para el triunfo de las armas napoleónicas en España. El botín de Córdoba y Jaén significaba muy poco para el de España toda que iba en la inacabable *impedimenta* que los franceses llamaban el *parque de bagajes* del ejército del rey José, tanto por el número de los objetos que en él se llevaban, como por el valor intrínseco y el mérito artístico de ellos. Alhajas preciosísimas, objetos rarísimos de ciencias naturales, sólo conocidos en España desde el descubrimiento de América y Filipinas, cuadros arrancados á nuestro Museo que, con decir que llevaban firmas ó se sabía que eran de Rafael, Ticiano, Velázquez, Murillo y otros de nombradía hecha inmortal, se comprende que eran de valor incalculable por lo subido; la artillería mejor de bronce que existía en nuestros antiguos parques, y toda la de campaña y sitio que llevaba el ejército francés, y, por fin, el tesoro del mismo, en el que se calculó iban hasta cinco millones y medio de duros; todo fué presa del vencedor. Y eso sin contar con las alhajas, el dinero y las ropas encerrado todo en los equipajes de los españoles y franceses que acompañaban á José, ó corrían, amparados por él, á guarecerse en Francia de la venganza de sus ofendidos compatrio-

---

hecho mención especial; pero del que más se han ocupado los cronistas de aquella batalla es el bastón del mariscal Jourdan. Southey lo ha descrito así: «El bastón del mariscal Jourdan estaba entre los trofeos de la batalla; era un poco más largo de un pie y estaba cubierto de terciopelo azul en que había bordadas águilas imperiales, y guarnecido de oro aunque despojado de él por el primero que lo encontró. La caja era de marroquín rojo con broches de plata y con águilas en ellos á cada lado del nombre del mariscal grabado en caracteres de oro. Lord Wellington lo mandó al príncipe Regente y fué graciosamente devuelto con el bastón de Feld mariscal de la Gran Bretaña».

tas. Algunos se habían salvado, ya al principio de aquella campaña, ya en los convoyes que habían salido aquella mañana de Vitoria escoltados por Maucune; pero, aun así, el botín cogido en el campo de batalla fué tal, que no se encuentra en la historia moderna anterior otro que le supere en importancia y valor efectivo y artístico. Respecto al oro, dice Napier: «El bastón del mariscal Jourdan fué cogido por el 87.º regimiento: el botín fué inmenso; las gentes no combatientes que seguían al ejército se entregaron de tal manera al pillaje aunque con algunas excepciones. Se puede decir que las tropas que se batían marchaban sobre el oro y la plata sin tomarse el trabajo de bajarse á recogerlo: los estados de situación de las cajas del ejército (del francés) probaban que había en ellas cinco millones y medio de duros y no se encontró ni uno solo, á pesar del cuidado que se tomó Wellington de enviar quince oficiales con orden de examinar todos los animales de carga que pasaran el Ebro ó el Duero, esperando así recobrar las sumas tan vergonzosamente robadas. Y no sólo fueron gentes ignorantes y groseras las que se entregaron á ese pillaje, vióse á oficiales luchar con el populacho por hacerse dueños de tan vergonzoso botín.» (1)

---

(1) Pues difícilmente serían españoles; ni los vitorianos, las puertas de cuya ciudad hizo Álava cerrar y guardar con dragones y húsares de los que entraron con él, prohibiendo la entrada y asimismo la salida de nadie, necesitaron en general robar las cajas de los regimientos franceses para muchos de ellos hacerse ricos. El dinero en general iba en pesos duros y, según tradición todavía subsistente, sobraron ingleses que dieran después á los vitorianos cuarenta y cincuenta duros por una onza de oro. Hubiéraseles sido insoportable en la marcha el peso de tanta moneda de plata como cogieron en el saqueo

Todos esos sucesos respondían principalmente á la acción de las tropas aliadas, regidas directa y personalmente por Hill en la derecha y Lord Wellington en el centro del ejército. Hill había llevado esa acción con tanta energía como inteligencia, buscando, primero, el apoyo de sus movimientos sucesivos en los altos de la Puebla para tener su único flanco amenazado, y preparando luego con la ocupación de Subijana el paso del Zadorra para que Wellington pudiera lanzarse sobre Inglismendi, llave de todas las posiciones de primera línea del ejército francés. Así ambos, á favor de aquellos primeros éxitos, fueron empujando á Ga-

---

del campamento francés. El poco alto comercio que allí había se hizo poderoso con el cambio, y hubo tendero que desde entonces ha vivido con harta holgura y dejado también á su familia pingües rentas por la manera fastuosa con que los ingleses pagaban sus compras, nada extraña en quienes así acababan de adquirir el dinero.

No nos venga, pues, Napier, con vaguedades ni reticencias para salvar á sus camaradas de la opinión, de antes y después acreditada, de detentadores de cuanto en España caía en sus manos; exceptuando también nosotros á tantos y tantos de aquellos oficiales caballerosos y nobles que siempre forman parte de los ejércitos ingleses. ¡Pobres de los españoles y aun de los portugueses que se hubieran atrevido á echar mano á un saco de duros á la vista de aquellos que pocos meses antes habían amenazado de muerte á Wellington si se empeñaba en penetrar en Badajoz para que cesara el saqueo de la infeliz ciudad, y eso á los tres días de haberlo comenzado los asaltantes.

No somos de los que dan gran fe ni mucho menos á Southey; pero allá va lo que dice respecto á si los ingleses cogían ó no dinero. «Algunos de los soldados más afortunados se apoderaron de la caja del ejército y se propinaron para sí dinero: «*Let them*, (dejadlos), dijo Lord Wellington cuando lo supo, *they deserve all they can find, were it ten times more,* (ellos se merecen cuanto puedan encontrar aun cuando fuese diez veces más)». Esto se halla confirmado en la carta de un oficial inglés, escrita en Irurzun el 24, con muchos detalles sobre el despojo de los equipajes de José, de los oficiales y generales, hasta de las señoras francesas que iban con ellos.

zan, inobediente á las órdenes de su generalísimo y á D'Erlon, distraído en su derecha para apoyar á Reille en la lucha de los puentes, hasta producir la conquista de Vitoria y el gran desastre que acabamos de describir.

Retirada de Reille.

En la derecha francesa, el general Reille, al recibir la orden de retirarse, echó por delante la división La Martinière y la brigada Menne. El, con la caballería y la brigada Fririón, logró reformar un poco las tropas en un bosque próximo, y cuando los ingleses, que iban siguiendo sus movimientos, quisieron atacarle de nuevo, les opuso sus húsares y dragones, con cuya carga pudo retirarse cubriéndose siempre con la infantería que, en masa y la bayoneta calada, rechazó al enemigo, lo mismo en sus cargas de cada momento como al emplear éste la artillería para romperla.

Así, y á favor del retraso que naturalmente habría de experimentar por la duración del combate, iniciado posteriormente al de los demás puntos de la línea, y por la tenacidad con que lo resistió en Gamarra y Arriaga, el general Reille, que aquel día, aunque desgraciado, se cubrió de gloria, logró evitar en parte el camino que fué teatro del desorden, del destrozo y la vergüenza de la retirada de los otros dos ejércitos que habían formado la izquierda y el centro de la línea de batalla.

Aquel retraso, que hubiera podido causar la ruina total del ejército de Portugal, de haber los aliados perseguido con vigor á los fugitivos, tarea tan fácil después de victoria tan ejecutiva como esplendorosa, valió á Reille el poder aquella noche dar un descanso á sus tropas cerca de Alegría, municionarlas de nuevo con

los cartuchos recogidos en las cajas perdidas por los demás cuerpos en el camino, y proseguir al día siguiente su marcha á Salvatierra á reunirse al resto del ejército en su retirada, que iba cubriendo el ejército del Centro.

Continúa la retirada general á Francia.

Proseguíala, con efecto, el desventurado Intruso que, habiendo pernoctado el 21 en Salvatierra, y adelantándose después al ejército, encomendó, según acabamos de indicar al general Drouet, la dirección de la retaguardia. No fué la tarea de este general lo difícil que debiera suponerse después de tal descalabro impuesto por el ejército aliado; fuese por el cansancio de tantas horas de lucha, fuese por la satisfacción de victoria tan hermosa, fuese, en fin, por ser *obra magna* la de obligarlo á marchar ocupado, como estaba, en explotar el botín cogido, retrasó su salida de Vitoria un tiempo que naturalmente habría de aprovechar el enemigo en su retirada.

Drouet, con efecto, detenido la noche del 21 en Ciordia para dejar libre el paso á todo el ejército, siguió á Alsasua el 22 y 23, que es cuando se presentó la vanguardia inglesa, logró cerca de Echarri Aranaz y de Lacunza detenerla para que siguieran su marcha los enfermos y heridos que iban impidiendo la expedita que necesitaban las tropas. De Irurzun, el rey José expidió á Reille la orden de marchar á unirse á Foy en la carretera general de Vitoria, mientras él con el ejército del Mediodía se dirigió á Pamplona, donde, celebrado un consejo de generales, se decidió mantener aquella plaza reforzándola con hombres, municiones y víveres. Convencido, sin embargo, de que no llegaría en su socorro Clausel, de quien no pudo obtener noticia alguna como tampoco de Suchet, á quien suponía en Zaragoza y, aproximándose el ejército aliado, continuó el 25 su

retirada á Francia, seguido de Drouet que permaneció, como luego diremos, en el Baztán.

Retirada de Foy.

El general Foy que desde Castro y Bilbao, donde le dejamos, corría á reunirse á José en Vitoria, se hallaba en Mondragón al aparecer los vencedores de la jornada del 21 en seguimiento del gran convoy que escoltaba Maucune. Aun recogidas las guarniciones de Bilbao y algunos puntos fortificados de aquel país, Foy no podía contar con más fuerza que la de 8.000 hombres para resistir el ataque de nuestras tropas de Galicia que el general Giron, aun con el mejor deseo, no pudo adelantar hasta el 22, y eso bastante tarde. La escaramuza de Longa, que iba delante, en Mondragón fué corta; pero costó á Foy una ligera herida y la necesidad de retirarse á Vergara, donde á los franceses de aquel general se unieron los italianos que antes había mandado Pambini y regresaban también de la costa cantábrica.

Pero á la vez que se retiraba toda aquella gente, acudía de todas partes la aliada, la que la perseguía desde Vitoria, la de Mendizábal que, dejando alguna de la suya para continuar el bloqueo de Santoña, había recogido la vizcaina, y se acercaba ya al Deva, y la división Graham, por el lado opuesto, destacada por Wellington desde el camino de Pamplona por el puerto de San Adrián, para caer sobre Villafranca. No era Foy hombre á quien se sorprendiese fácilmente; y viendo que se trataba de envolverle, hizo marchar día y noche los convoyes, los echó por delante y se fué á situar en Villarreal hasta que, avanzando más y más, aunque despacio por el mal estado de los caminos, se estableció en Tolosa, fortificado convenientemente desde los principios de la campaña.

Ataque de Tolosa.

La refriega se hizo allí ruda y sangrienta. Iniciáronla los ingleses en un alto frente á Tolosa, más, empero, con la intención de dar tiempo á las tropas españolas para que Mendizábal, por un flanco y Longa por otro, envolviesen la población, creyendo así copar sin duda las fuerzas de Foy en ella encerradas. Todo debía tenerlo previsto el célebre general, orador y estadista memorable; pues sólo después de ver que la artillería que hizo llevar Graham rompía una de las puertas, aportillaba las tapias en varias otras, y después de un obstinado combate que hizo durar hasta la noche, abandonó la antigua capital foral de Guipúzcoa causando á sus enemigos más de 409 bajas y una herida leve también á Graham.

Foy se acogió á Hernani donde llegó á reunir 16.000 hombres, de los que, una vez los convoyes de Maucune metidos sin obstáculo en Francia, reforzó la guarnición de San Sebastián y el fuerte de Pasajes, y el 30, cruzados el Urumea y el Bidasoa, se estableció en la derecha de este río para cubrir definitivamente la frontera francesa, á la que, también, José había destacado la división Reille.

Retirada de Clausel.

Lord Wellington al comenzar el 22 la persecución del ejército francés, habíase desprendido en Vitoria de las tropas españolas, y en Salvatierra de las anglo-portuguesas de Graham en seguimiento de Foy y los convoyes de Maucune, relevándolas en la capital alavesa con las de Packenham, que dijimos habían quedado en Medina de Pomar. Pero al llegar á la vista de Pamplona, llevaba la preocupación, muy natural, de cuáles habrían sido las resoluciones que hubiera tomado Clausel al saber la rota de sus camaradas en Vitoria. Ese

cuidado le inspiró la resolución de impedir á todo trance la unión de Clausel á su generalísimo y rey. Clausel, ya cerca de Vitoria el 22, se había hecho cargo de su posición y se dirigió inmediatamente á Logroño donde, falto de noticias, se detuvo hasta el 25, tiempo en que corrió el peligro de verse completamente cortado y envuelto. Pero con saber que aquel día caminaba Wellington hacia Tafalla con cuatro divisiones de infantería y dos brigadas de caballería; que otras dos divisiones, la caballería inglesa de línea y los portugueses de D'Urban, se dirigían contra él desde Salvatierra, y Mina con todos sus batallones y los jinetes de D. Julián iban á atacarle también, salió á marchas forzadas para Calahorra y Tudela. Creyéndose, así, el 27 libre, aún pensó hallar libre el camino de Francia por Olite y Tafalla; pero lo encontró interceptado por el Lord, con lo que hubo de repasar el Ebro y luego dirigirse á Zaragoza, para, acosado de todas partes, campar junto al Gállego en espera de Suchet, y, abandonando su artillería, remontarse más tarde al Pirineo.

Así, en los primeros días de julio y desentendiéndose por el pronto de Clausel y sus numerosas fuerzas, de 14 á 16.000 hombres, el ejército de José Napoleón tenía entre Oyarzun é Irun á Reille, Foy, Maucune y los italianos con unos 18.000, á Drouet en el Baztan con el ejército del Centro, y á Gazan con el de Mediodía en San Juan de Pied-de-Port, Ustariz, Saint-Pé y Ezpelette.

El ejército aliado que hemos visto abrirse como un inmenso abanico para no dejarse escapar los restos del francés después de su triunfo, y aventar, si no coger también, á los cuerpos que en las últimas operaciones

tenía José así como dispersos desde el Cantábrico al medio Ebro, se concentró en su mayor parte en Navarra para, acometiendo seguidamente el sitio de Pamplona, hacer frente á los que trataran de hacerlo levantar, y en el bajo Bidasoa para emprender el de San Sebastián, único obstáculo que ya se le podía oponer en la frontera para la invasión de la Francia.

Observaciones.

Tal fué la batalla de Vitoria el 21 de junio de 1813.

Las bajas en uno y otro campo de los combatientes no llegaron á tener, por su número, la importancia que parece debieran revelar las grandiosas consecuencias que alcanzó la lucha de aquel día. Los franceses perdieron cerca de 7.000 hombres, de los que sobre 700 muertos y 4.300 heridos, incluso en esos números los de 31 y 161 oficiales, muertos ó heridos respectivamente. (1)

De los aliados hubo 4.914 bajas entre muertos y heridos: de ellos 3.308 ingleses, 1.049 portugueses y 553 españoles, según el cómputo hecho por Lord Wellington en su parte. (2)

Si se excluye, pues, el número de los prisioneros, y si son exactos los acabados de estampar, no es extraño que el rey José dijera á Clarke en su carta del 23 en Irurzun, que había hecho experimentar á los aliados tanto mal como el había sentido. Pero ¿qué diferencia

(1) Véase el Apéndice núm. 6.

(2) A eso añade sentenciosamente Napier: «Así, pues, los ingleses perdieron doble número de hombres que los españoles y portugueses juntos; sin embargo, todos pelearon valientemente, sobre todo los portugueses; pero los ingleses son los soldados de la batalla.» ¡Cómo no habían de ser peores los españoles á pesar de lo mucho que se distinguieron Morillo y Longa!

en los resultados, aun sin contar con el inmediatamente conseguido en el campo de batalla, el de la retirada del ejército francés de una posición estratégica de tal importancia y el de un botín de que no hay memoria igual en los tiempos modernos?

Si la campaña en un principio no había sido conducida por José Napoleón con la habilidad que tanto se echaba de menos en los generales que aún permanecían con él en España, y esto lo hemos demostrado al comenzar su descripción, peor lo fué desde que el ejército francés emprendió la retirada al Ebro en tres de junio de aquel año.

José veía en una gran batalla el triunfo de la campaña y el de su causa, quizás, en la Península, y por eso se había preparado á ella el 31 de mayo entre Tordesillas y Rioseco. Mejor aconsejado, sin embargo, por el poco instinto militar que poseía que por la experiencia de Jourdan y de los que querían volverle á la izquierda del Duero, tomó para su retirada el camino directo de Francia, el que siempre le encargaba mantener su hermano Napoleón. Pero ya en ese camino y en los varios accidentes del terreno en que está abierto, ¿no hubiera hallado posiciones en que dar la batalla deseada donde, por lo menos, dar tiempo á Foy, á Sarrut y á Clausel para que se le uniesen? Las líneas del Carrión, del Pisuerga y del Hormazas, apoyadas de más lejos ó más cerca por la fortaleza de Burgos, pero más todavía la disposición en que le seguían las tropas aliadas, ¿no le hubieran de ofrecer ocasión propicia para contener á su enemigo y, en caso favorable, bien cogido y aprovechado, vencerle?

Que no quisiera José defender el Carrión, se com-

prende muy bien, cuando acababa de reunir sus fuerzas dispersas días antes en la vasta cuenca del Duero y veía las enemigas corriéndose por su flanco derecho dominante siempre, máxime cuando Reille, encargado de cubrirlo, se lamentaba de no tener en sus tropas un sólo oficial que conociera aquel terreno; pero en el Hormazas, bajo el cañón puede decirse del castillo de Burgos, una autoridad en ese punto, el general Napier, dirige á sus lectores las siguientes observaciones. «Una vez abandonados el Carrión y el Pisuerga, fué ocupado el país próximo al Hormazas, y los tres ejércitos franceses se hallaron reunidos en masa entre ese río y Burgos, mientras el ala derecha de Wellington sola, es decir 23.000 hombres de infantería y tres brigadas de caballería, rechazó á las tropas de Reille al otro lado del Arlanzón y fué abandonado el castillo de Burgos. Eso pasaba el 12; los tres ejércitos franceses (no menos de 50.000 combatientes) estaban en posición desde el 9, y la correspondencia del rey demuestra que deseaba librar batalla en aquel país favorable á las maniobras de todas armas. Nada, pues, más oportuno que un movimiento de avance el 12, porque un sistema defensivo retrógrado repugna al soldado francés, á quien su valor impaciente conduce siempre á atacar, y, por otra parte, la victoria de Napoleón en Bautzen acababa precisamente de llegar y excitaba el ardor de las tropas. Si José hubiera tomado la ofensiva el 12, en el momento en que Wellington se acercaba al Hormazas y en que la izquierda y el centro de los aliados estaban en Villa Diego y Castrojeriz, la mayor parte de las tropas en el primero de esos puntos, esto es, á una marcha de distancia, es probable que los 26.000 hombres que estaban á las in-

mediatas órdenes de Wellington hubieran sido rechazados del Pisuerga y el rey habría ganado tiempo de sobra para que Sarrut, Foy y Clausel llegaran á reunírsele. ¿El general inglés debió, pues, en ese caso su éxito á la fortuna, á las faltas de su adversario, mejor que á su propia habilidad? Nó, seguramente. Había juzgado la capacidad militar, había visto la precipitación, la confusión, la turbación del enemigo y conociendo bien la fuerza moral de la rapidez y del atrevimiento en tales circunstancias, obró audazmente, es verdad, pero con prudencia, porque tal audacia es admirable, es la mayor parte de la guerra.»

No estamos conformes ni con la parte histórica ni con la aplicación que, segun Napier, obtuvo de Wellington la parte doctrinal de ese discurso. Los franceses no eran esos 50.000 que nos dice el hitoriador inglés ni menos los 60.000 que dijo antes, puesto que no se les habían unido aún la división Sarrut ni los destacamentos que cubrían el Ebro entre Logroño y Puente Larrá. No es tampoco la distancia que separaba á Wellington de Villadiego y Castrojeriz tanta que las fuerzas que llegaban á estas dos poblaciones no pudieran acudir al llamamiento de las divisiones que iban delante y componían nada menos que la fuerza de 26.000 anglo-portugueses, fuerzas bastante sólidas para resistir el ataque de los franceses el tiempo suficiente. Y la retirada, entonces, del ejército francés ante masas tan superiores, impulsadas, como dice Napier, por tan prudente audacia, ¿cómo hubiera podido hacerse con el orden con que, después de todo, la ejecutó hasta Pancorbo y el Ebro? Por eso, nosotros, aun recordando la brillante retirada de Clausel en el verano anterior, no pa-

ramos mientes en esa parte de la del rey José al volar el castillo de Burgos. Otra cosa, ciertamente, habría sido si el ejército francés hubiera estado regido por Napoleón, pues entonces Napier se hubiera ahorrado los elogios dirigidos á lord Wellington sobre la manera de envolver la línea del Ebro, *dando así un hermoso ejemplo de estrategia*. ¿Qué hubiera querido Napoleón sino tener á su alcance un enemigo extendido en tan larga línea como la que hace suponer la maniobra envolvente de que se trata? Porque lo de establecer Wellington una base nueva de operaciones en Santander, en caso de fracasar esa maniobra, es pura fantasía de quien ya ha tocado la ventaja de haber vencido y echa á volar su imaginación en pos de ideas que, de seguro, no le habrían ocurrido el día en que le tocara ejecutarlas.

En lo que tampoco erró José fué en escoger, contra la opinión de varios de sus generales, la vía directa de Burgos á Miranda para línea de su retirada. El camino de Logroño por Atapuerca, Belorado y Santo Domingo, si pudo ser el mejor en la jornada de D. Enrique y D. Pedro, inversamente tomado por supuesto, era en 1813 intransitable por un ejército del número y condiciones del de José. El paso, especialmente de Montes de Oca, aun en Junio, no sólo lo hubiera destrozado y disperso, sino que, de todos modos, habría retardado su marcha á punto de que antes, mucho antes de divisar el Ebro, lo hallaría ocupado en ambas orillas por las tropas aliadas. Quien haya recorrido ese camino antes de haberse construido la nueva carretera, no comprenderá que hubiese quien aconsejara la marcha de un ejército con su artillería y equipajes por él. Los que de Nájera y Santo Domingo se dirigían á Burgos en

carruaje, tomaban la carretera general de Francia en Pancorvo.

Donde nosotros observamos las más graves faltas cometidas por el rey José y su jefe de Estado Mayor es en Vitoria, donde ni debió detenerse sin la absoluta seguridad de tener á su lado á Clausel y sin la de la presencia de Foy en Salinas de Leniz ó por lo menos en Mondragón y con perfecta comunicación con él. Así nada tenía que temer de Wellington, que se hubiera guardado bien de desprenderse de Graham y Girón sobre su flanco izquierdo.

Pero aun cometida esa falta, que José disculpó con la necesidad de custodiar la inmensa impedimenta que le precedía en su marcha, no sólo desaprovechó los días 19 y 20 para que ese monstruoso convoy siguiera la suya, sino que dejó de tomar las precauciones absolutamente necesarias, las indispensables para aceptar la batalla que, con resolución, ya hemos visto, harto dudosa, le iba á ofrecer su enemigo.

José debió el 20 hacer volar los puentes desde el de la Puebla hasta el de Arriaga inclusive, conservando los superiores de Gamarra y Durana para su comunicación con todo el terreno alto, por donde se abren los caminos de Bilbao y Vergara, únicos que pudiera utilizar en su retirada. Debió cubrir esos mismos puentes con obras de fortificación, extendiéndolas además, á impedir el tránsito del enemigo por los vados que hubiera en el resto del Zadorra hasta el desfiladero de Las Conchas. Debió ocupar los altos de la Puebla apoyando en ellos fuertemente su izquierda hasta, con otras fortificaciones y más tropas de las que en ellos estableció Gazán, hacerlos inexpugnables. Y favoreciendo así

la incorporación de Clausel por los caminos de Logroño, más ó menos á retaguardia de aquel puesto, establecer la línea de batalla sobre la base de nunca perder su línea de operaciones. Eso de tomar otra línea para combinar las operaciones sucesivas con el ejército francés de Aragón, haciendo base de ellas á Zaragoza, es pura quimera. Perder la línea natural á la frontera donde el ejército podría recibir los recursos del Imperio y perder la cooperación de Foy, de Maucune y los italianos, y todo eso desobedeciendo las órdenes terminantes de Napoleón, para trasladarla á un país que no ofrecía salida hasta la remotísima de los Pirineos Orientales, hubiera sido tanto como abandonar definitivamente la Península para siempre y exponer el Imperio á una invasión, imposible mientras se mantuviera en los Occidentales un ejército tan poderoso como el que tenía á la mano el rey José. Lo que á éste convenía era ganar dos días para que se incorporasen Clausel y Foy al tiempo que ponía en salvo los convoyes amontonados en Vitoria, y hubiera podido ganarlos maniobrando con habilidad, siempre sobre su línea de comunicación natural, hasta entonces seguida, y procurando contener las maniobras envolventes de Graham y Girón, que así no habrían osado separarse tanto de su cuartel general.

Pero, en fin, una vez resuelto á combatir en Vitoria, debió el ejército francés establecerse en las condiciones que acabamos de indicar, con lo que ni Morillo habría conseguido dominar los altos de la Puebla, ni el general Hill recorrer impunemente el desfiladero de las Conchas y apoderarse de Subijana, comprometiendo así el ala izquierda de la línea francesa. No hubiera tampoco sido lo fácil que fué la traslación de la brigada Kempt

y sus húsares á la izquierda del Zadorra para, á favor de su ataque de flanco y con la conquista de Subijana que les despejaba el derecho, cruzar las cuatro divisiones del centro aliado el río y apoderarse sin peligro excesivamente grave de la gran posición de Inglismendi, clave de todas las demás de la línea general. Y sin el movimiento falso de Gazán, que dejó el claro por donde Wellington, como en Arapiles, introdujo en el campo francés las fuerzas de Picton que ocuparon Ariñez é inutilizaron la nueva concentración verificada en Zuazo, los esfuerzos valerosísimos de Reille en la derecha hubieran tenido el éxito que merecían y, si no un triunfo, cual así hubiera sido posible, el ejército francés habría podido continuar la retirada á Francia sin el desastre sufrido el 21 de Junio, tan decisivo como hemos visto.

El general Sarrazín, que tiene á Wellington por más estratégico que táctico, dice al llegar á éste punto de su Historia de aquella guerra: «¿Para qué librar esos combates de Subijana y Gamarra Mayor? Desde el momento en que adquirió la certidumbre de que tenía en el campo de batalla 20.000 hombres más que José, debió maniobrar para la destrucción del ala izquierda de los franceses. Para eso le bastaba dirigir ataques falsos sobre las dos alas, mientras que lo mejor del ejército habría cruzado el Zadorra por los puentes de Villodas y Tres Puentes, y tomado posición entre la izquierda y el centro de los franceses. Con esa audaz maniobra, indicada por la naturaleza del terreno, todos los franceses apostados en Subijana, se hubieran visto obligados á deponer las armas. Pasando el Zadorra frente á Iruna (Ariñez) con 50.000 hombres, lord Wellington renova-

ba el brillante triunfo del duque de Marlborough que, en la batalla de Hochstett, en 1704, hizo prisioneros 27 batallones y 12 escuadrones que quedaban en la aldea de Plentheim».

CAPÍTULO II

LA FRONTERA PIRENAICA

Situación de Suchet en Valencia.—Su retirada de aquel reino. —Inacción de los aliados.—Prosigue Suchet su marcha.—Se retira á Cataluña.—La política en el Norte de Europa.—Operaciones en Cataluña.—El general Copons.—Acción del Valle de Rivas.—La de La Bisbal del Panadés.—En Aragón. —Situación militar general.—Soult general en jefe.—El ejército aliado.—Teatro de la campaña.—Plan de Soult.—Penetra en España por Valcarlos.—Byng, Morillo y Ross.—Cole en su auxilio.—Llegan unos y otros frente á Pamplona.—Combates en el Baztán.—Maniobras de Wellington.—Batalla de Sorauren.—El campo de batalla.—Posiciones de los aliados.—Las de los franceses.—Reforma de las posiciones. —Rompe la acción.—Combate en el Ulzama.—Ataque de la posición de Cole.—La ataca también Reille.—En Arleta.—En el Arga.—Soult cambia de plan.—Otra batalla junto á Elcano. —Retirada de Soult.—De Santesteban á Echalar.—En Yanci.—En Echalar.—Últimas posiciones de los franceses.—Observaciones.—Error de Soult respecto á San Sebastián.—Primer sitio.—Situación de esa plaza.—Plan de Wellington.—Obras de ataque.—Se rompe el fuego contra San Bartolomé.—Contra el Rondeau.—Contra la plaza.—Las brechas.—El asalto.—Sus efectos.—El nuevo bloqueo.—Segundo sitio.—Se rompe el fuego.—Toma de Santa Clara.—Nuevas salidas.—La nueva batería.—La guarnición.—Preparativos.—El asalto.—En la brecha.—En la de San Juan. —Acuden las reservas.—Paso del río por los portugueses.—Voladura en la brecha.—Toma de San Sebastián.—Su incendio y destrucción.—Rendición del Castillo.—Batalla de San Marcial.—Precauciones de Soult en Francia.—Su plan ofensivo.—El defensivo de Wellington.—Ataque á San Marcial. —Son rechazados los franceses.—El ataque de Clausel.—En Echalar y Maya.—Observaciones.

Situación de Suchet en Valencia.

Cuando dejamos al mariscal Suchet fortificándose en la línea del Júcar para, resistiendo las acometidas de nuestro 3.^er^ ejército y de las divisiones anglo siciliana y mallorquina, seguir ocupando el reino de Valencia, cuya excelente administración le proporcionaba cuan-

tos recursos pudiera necesitar, estaba muy lejos de creer en la proximidad de sucesos que llegaran á trastornar todos sus cálculos de seguridad en las posiciones tan cuidadosamente apercibidas que había escogido, y aun á alejarle de ellas para siempre, si no vencido, perdidas todas sus ilusiones de nuevas victorias y conquistas. Su situación, aisladamente considerada, no era demasiado comprometida aun después de las últimas jornadas de Castalla. No le era el país lo hostil que se manifestaba á los franceses en otras partes; y para resistir las invasiones de los españoles de las provincias inmediatas, tenía fortificadas y abastecidas para mucho tiempo Denia, Peñíscola, Sagunto, Morella, Tortosa, por fin, Mequinenza y Lérida. Si exceptuaba á Valencia, era porque demasiado comprendía en su claro y ejercitado talento, que ciudad tan populosa nunca podría ser mantenida mucho tiempo por un ejército extranjero á tan larga distancia de su base de operaciones. En el castillo de Sagunto, esmeradamente fortificado desde que lo ocuparon las tropas francesas, tenía Suchet un punto de apoyo para las primeras operaciones y un baluarte para el caso de una retirada; que si tanto le había costado á él conquistarlo en el estado en que lo tenían los españoles, mal podrían éstos arrebatárselo por otros procedimientos que los del tiempo ó el hambre. Para impedirlo, había puesto en él una guarnición numerosa, armamento abundante, víveres para un año y un gobernador, el general Rouelle, de gran valor y mucho crédito en las tropas. Peñíscola tenía también presidio suficiente y bastante abastecido para servir de lazo entre las tropas que operasen en Valencia y su base en el Ebro. Morella, por fin, im-

portaba por guardar la comunicación de la carretera de Valencia á Tortosa con el camino de Zaragoza, siquier hubiera éste de servir tan sólo entonces para tropas que lo recorrieran sin artillería y con muy contados jinetes.

Si no había Suchet retirado la guarnición de Denia, puesto tan avanzado de la línea general en que se hallaba últimamente establecido, sería por evitar, en lo posible, un desembarco en él, asegurado como lo sería por la escuadra inglesa y, sobre todo, por el flanqueo de la línea del Júcar en el camino de la costa hasta Cullera, su extrema izquierda.

Así creía Suchet, y nadie con más autoridad, que se mantendría exenta de todo peligro la línea del Ebro, cuyas plazas Tortosa, Mequinenza y Lérida, las más inmediatas al teatro de sus operaciones, quedaban además, bien guarnecidas; no debiendo temerse más que por Tarragona, y ésa por su puerto, nunca perdido de vista de las naves británicas. Tanto atendía á la conservación de aquellas fortalezas, que estableció en Tortosa un cuerpo de 4.500 hombres con el título de División del bajo Ebro, á cuya cabeza puso al general Robert, de talentos y experiencia bien reconocidos por el Duque de la Albufera.

Con la tranquilidad que todas esas precauciones debían proporcionarle, pensaba el célebre Mariscal en adelantar sus posiciones sobre el alto Guadalaviar, de donde le amenazaban nuestros generales Elío y Villacampa. Hacíalo particularmente, con el fin de ganar tiempo para que Napoleón, terminando sus campañas en el norte, pudiera atender á la de España. Así se lo escribía su ministro de la Guerra, cuando poco después

recibió la noticia de la batalla de Vitoria y de la retirada del ejército francés al otro lado del Vidasoa.

Su retirada de aquel reino.

La posición, así, del de Valencia se hacía insostenible, y pronto se lo pusieron de manifiesto la opinión que vió revelarse en su derredor y los movimientos de las tropas españolas que tenía á su frente. Con la noticia de la derrota del rey José le llegó la de la marcha de Clausel á Zaragoza y de su pensamiento de establecer su más expedita comunicación con Cataluña y Valencia; con lo que Suchet se decidió á abandonar este último reino lo antes posible, aunque en actitud que sus enemigos no osaran perturbar durante la retirada á la línea del Ebro. Levantó el campo el 5 de julio, y para cuando los aliados llegaron á saberlo, ya se hallaba fuera de su alcance. Willacampa, desde cerca de Liria, y las fuerzas apostadas en Requena y el camino de Las Cabrillas, á las que días antes se había propuesto Suchet obligar á alejarse, procuraron hostilizarle; pero ya era tarde y no consiguieron sino cogerle algunos rezagados; yendo luego á reunirse á su general Elío que entró el 7 en Valencia, adonde llegarían dos días después Lord Bentinck, Wittingham y Roche.

El mariscal Suchet estaba ya en Castellón de la Plana, y al amanecer del 8 salía para Torreblanca, donde pernoctó, no sin volar á su paso la fortaleza de Oropesa; no fuera, sin duda y en caso de alguna nueva reacción, á causarle las estorsiones que en su entrada anterior. Seguíale de muy cerca el Fraile, aquel don Dionisio Nebot que tanto le había dado que hacer cortándole sus comunicaciones con Tortosa y aun, según dijimos, alguno de sus convoyes. La marcha, sin embargo, de las tropas de Suchet no fué interrumpida;

y, al decir del Mariscal en sus Memorias, fué hasta obsequiado en los pueblos del tránsito en muestra de su gratitud por los beneficios recibidos durante el tiempo que ocupó el país (1). Valencia, en cambio, recibió á los libertadores con demostraciones de hasta exagerado regocijo; ya que fuera natural después de año y medio de verse conquistada y sujeta á una que, siendo extranjera, no podría menos de tenerse por humillante y odiosa ocupación. No habían sido conservadas las fortificaciones que se levantaron para el último sitio, y sólo se había añadido á las antiguas una como ciudadela, destinada á mantener á raya la población si se hubiera

(1) En la Gaceta del 14 de agosto hay una correspondencia de Manresa en que, tratando de la marcha de Suchet, se dice que en Cataluña iba el Mariscal «componiendo los caminos de su tránsito para facilitar el de 200 carros y muchos coches que lleva consigo». «Suchet, se añade, no ha ocasionado perjuicio alguno en los pueblos de su paso, lo que se debe á un bando de muerte que publicó contra el francés que incomode á cualquier paisano».

En el Elogio fúnebre de los Valencianos muertos el 28 de junio de 1808, explica así D. Antonio Pascual Pujalte el cambio de aquellos naturales: «No hay que dudarlo: Valencia con un Alvarez fuera otro Gerona, y la provincia otro Galicia, si sus magnánimos esfuerzos y deseos hubiesen encontrado el debido apoyo.... La retirada del exército del centro desde Baza hasta Alicante y Xátiva, huyendo de la corta división mandada por Sebastiani, la pérdida de la capital y de casi todo el exército, el abandono de la línea del Xúcar y montañas sin disparar un tiro, la rendición de Denia sin haber hecho ninguna defensa, la infame capitulación de Peñíscola, la dispersión acaecida en Orihuela á la llegada á Elche de un pequeño destacamento de Montbrun, la destrucción de las fortificaciones de esta ciudad levantadas con tantos desembolsos del vecindario, el sacrificio hecho en Murcia del valiente general La Carrera, la fatal batalla de Castalla, eterno lunar de nuestros fastos militares, las continuas retiradas de nuestras tropas desde la villa de Aspe hasta Fortuna y Habanilla, siempre que los enemigos se acercaban á Villena; todos estos hechos y otros que omito, eran más que suficientes para desanimar á pueblos menos (?) amantes de la independencia que el valenciano;...»

atrevido á sublevarse, y que fué volada al emprender su marcha el ejército francés.

Inacción de los aliados.

Pero, fuese por esperar que Denia y Sagunto no tardarían en entregarse, fuese por respeto á las tropas de Suchet, que con tanto orden se dirigían al Ebro, lo cierto es que las españolas é inglesas, que parece debieran perseguirlas, no salieron de Valencia hasta muchos días después en demanda de posiciones propias para observar y, si podían, hostilizar á sus enemigos. El general Elío escribía el 21: «Que las tropas del tercer exército y las españolas é inglesas, reunidas á éstas, llegaron sucesivamente á aquella capital y salieron en los días 16, 17, 18, 19 y 21 del propio mes á ocupar las nuevas posiciones que estaban acordadas: que los enemigos continuaron en las inmediaciones de Tortosa y dexando guarnecidas la plaza de Sagunto con 1.200 hombres, la de Peñíscola con 800 y con 120 la de Denia, habiendo dexado tambien una pequeña guarnición en el castillo de Morella: y por último, que los enemigos tomaron la dirección de Tortosa á Lérida; pero retrocedieron despues, y seguían camino de Tarragona, habiendo dexado en Tortosa, segun unos 2.000 hombres, y 3.000 segun otros.» (1)

¿Se quiere más prueba de la inacción de aquel nuestro ejército al evacuar los franceses de Suchet el reino de Valencia?

Sólo el Fraile, el audaz guerrillero que si hubiera tenido armas útiles á la mano, habría formado, según de ello se jactaba, un cuerpo de hasta 8.000 hombres, perseguía activamente á Suchet con la división, llama-

(1) *Gaceta de la Regencia,* del sábado 7 de agosto.

da Valenciana, de su mando, atreviéndose á embestir la fortaleza de Morella, de cuya población, ya que no del inexpugnable castillo, se hizo dueño á pesar de la brava resistencia que le opusieron los franceses de la guarnición.

Prosigue Suchet su marcha.

Al avistar Suchet el Ebro, recibió de Aragón avisos sumamente alarmantes. Clausel había abandonado sus posiciones sobre el Gállego y se remontaba á Jaca; abandonando Zaragoza, donde depositó su artillería en la creencia, sin duda, de que el general Paris tendría fuerza suficiente para defenderla hasta la llegada de Suchet. No debía Paris abrigar igual convicción; porque, amenazado de Mina, que iba en seguimiento de Clausel, y de Duran, que acudía de la parte de Soria, creyó á su vez que le sería imposible mantenerse en Zaragoza y, dejando un corto presidio en el castillo de la Aljafería, se encaminó por la izquierda del Ebro á Mequinenza en busca del abrigo que pudiera ofrecerle el ejército francés de Cataluña. Nunca, empero, lo hubiera hecho. Alcanzado por Mina en los desfiladeros de Alcubierre, y viendo interceptada la vía de Lérida, se enriscó también hacia Huesca y Jaca, donde, en operaciones sucesivas, le veremos, aunque por corto tiempo, establecido.

Más fortuna tuvo el general Musnier que, al comenzar Suchet su retirada, se hallaba con parte de su división en Teruel para mantener la comunicación directa de Zaragoza. Con noticias de cuanto pasaba en Aragón á consecuencia de la batalla de Vitoria, destruyó el fuerte de Teruel, se dirigió á Alcañiz, cuyo castillo arruinó también y, Guadalope abajo, se ponía el 12 de julio en comunicación con Suchet que, dando

conocimiento de su marcha á aquellos generales, y con la aspiración de auxiliarles en sus comprometidas situaciones, se hallaba aquel mismo día en Favara. «El ejército, dice el Mariscal en sus Memorias, se encontró así colocado delante del Ebro; su derecha en Caspe, su centro en Gandesa y su izquierda en Tortosa.» Sospecharía que los aliados de Valencia le perseguirían por ambos caminos de Castellón y Teruel, y que con los que de Zaragoza pudieran salir á su encuentro, una vez alejados Clausel y París, se dirigirían, reunidos todos, á combatirle en aquellos campos de triste recordación para él.

Se retira á Cataluña.

Perdido, pues, Aragón, no le quedaba á Suchet esperanza alguna de volver á tomar la ofensiva contra los enemigos que tantas veces había vencido, ni otro recurso que el de acogerse á la orilla izquierda del Ebro para defender en ella, y con la cooperación del general Decaen, el principado de Cataluña. Dispuso que se recogieran á él las guarniciones de Belchite, Fuentes, Pina y Bujaraloz que, de otro modo, quedarían completamente aisladas; y, pasando el Ebro por Mequinenza, Mora y Tortosa, se estableció todo el ejército en una línea general que luego designaremos detalladamente. Lo más urgente era rechazar los ataques que debía prever de nuestros heróicos catalanes, dejando, como veremos, para después el concertar las operaciones sucesivas con sus colegas de los Pirineos Occidentales en defensa de la frontera del Imperio, ¿quién lo diría?, amenazada de una próxima é inevitable invasión.

La política en el Norte de Europa.

La campaña iba á tomar un carácter general de un lado á otro de la cordillera pirenáica; revelando, así, aquel cambio que sufrió la guerra europea al hacerse

el constante perturbador de la paz objetivo, blanco y víctima de cuantos un año antes aparecían pendientes de su férrea voluntad y puede decirse que postrados á sus pies. Que no otra cosa representa el espectáculo, harto humillante para la humanidad y principalmente para la realeza, de no una sino de varias naciones y casi todas poderosas, arrastrando sus armas en pos de las imperiales de Francia, y el de sus soberanos así como atados al carro trofeado de su vencedor. Napoleón, aun después del armisticio de Pleiswitz, se vería envuelto en las complicaciones que se le preparaban con las exigencias de los aliados, no infundadas, después de los desastres muy dudosamente reparables de la campaña de Rusia. ¿Tanto pesaban las proposiciones del Austria para rechazar la de una paz que podría salvar á Francia de las vergüenzas que, de otro modo, era de temer hubiera de sufrir? ¿Qué significaban al punto en que se hallaba la guerra, el sacrificio del Ducado de Varsovia, el protectorado de la Confederación germánica ni la cesión de las Ciudades Anseáticas, cuando se iba á conservar la unión, ya antigua y consolidada, de Italia y Bélgica con la Francia entera de entre el Rhin y los Alpes? Pero Lutzen, Bautzen y Dresde, brillantísimos destellos de la estrella de Napoleón en su ocaso, habían sostenido en el ánimo de éste la idea, eso sí, tan gloriosamente y por tan largo tiempo confirmada, de que una de aquellas sorprendentes inspiraciones de su extraordinario genio restablecería el prestigio de sus armas y le haría recobrar de un solo golpe cuanto llevaba perdido en un año de terribles y, para muchos, irreparables reveses. Y fué desatendida la mediación del Austria, y sus proposiciones, comunicadas por Metternich, fueron

rechazadas, y se reanudaron las operaciones militares que decidieron aquella campaña el 18 de octubre con la batalla gigante de Leipzig.

Operaciones en Cataluña.

En ese lapso de tiempo; mejor dicho, en sus comienzos durante los meses de junio habían tenido lugar los sucesos que hemos narrado de la batalla de Vitoria y la evacuación de Valencia. Y si en ellos podían los franceses invasores de España abrigar la esperanza de que, hecha la paz en Dresde, cabía les llegasen refuerzos que el Emperador se apresuraría á enviarles, desde fines de agosto, en que se rompieron de nuevo las hostilidades en Alemania, debían dejarse de hacer género alguno de ilusiones y reducir toda su acción á la de la defensa de las plazas españolas en que aún ondeaba su pabellón y, por fin, á la de su frontera del Pirineo. Así lo pensarían el rey José y el mariscal Suchet y, cuando nó, se lo haría calcular la situación en que ambos se vieron, aun ignorando todavía la en que comenzaba á verse su jefe supremo el Emperador.

Antes, sin embargo, de que el orgullo temerario de Napoleón le llevase á, desairando la mediación de su suegro el Emperador de Austria, emprender aquella campaña tan favorable para la causa de España, nuestros compatriotas de Cataluña habían, con sus nunca interrumpidos esfuerzos, hecho por que luego abortasen los proyectos de esa combinación en que sus enemigos fiarían la seguridad de su frontera en ambos sus extremos.

Relevado Lacy del mando del Principado, y mientras lo tomaba el general Copons, el barón de Eroles, que principió á ejercerlo el 3 de marzo de aquel año de 1813, se propuso apoderarse de algunas de las plazas

ocupadas por los franceses, lo cual, en su concepto, le daría la fama y el prestigio de que pudieran hacerle carecer los orígenes de su carrera militar. Pero no afortunado en su intentona sobre Rosas, á pesar de los heróicos esfuerzos del entonces capitán D. Blas Requena, que, espada en mano y animando á sus catalanes, llegó, aunque herido, á penetrar en la plaza, fué desgraciado también en la sorpresa, después proyectada, de Tarragona, por haber comprendido Bertoletti el lazo que se le tendía al invitársele á salir de la plaza (1). Los franceses, calculando por los resultados que tocaban y los de las campañas de Napoleón, que necesitarían estar muy prevenidos, habían mejorado y extendido las fortificaciones de los puntos que ocupaban en Cataluña. Talaron en los campos inmediatos á varias plazas y principalmente á la de Barcelona, cuantos árboles eran el más bello adorno de aquel rico llano; interceptaron las avenidas por donde pudiera acometérseles con ventaja, y fortificaron los pueblecillos y edificios más estratégicamente situados; llevando sus devastaciones allí hasta Molins de Rey, cuyo puente mantuvieron completamente despejado para poderse servir de él en sus marchas por la costa y al interior de la provincia por la derecha del Llobregat. En ella operaba, con tanta fortuna como actividad, Manso, no ya con las escasas fuerzas de antes, sino con numerosas ya organizadas, y

(1) Manso, que había logrado que dos de sus oficiales imitasen perfectamente la letra y la firma de los generales franceses que operaban en el Principado, hizo escribir una carta á Bertoletti para que acudiese con toda la fuerza que le fuera dado reunir á Villanueva. Bertoletti salió, con efecto, de Tarragona; pero á los pocos pasos comprendió la estratagema y se volvió, haciendo ejecutar á la portadora de la carta, Teresa Saball.

presumiendo de verdaderamente militares capaces de medirse con las del enemigo y de emprender el ataque de muchos de los puestos en que se guareciese, así como castigar á los mismos españoles que, separándose de las filas, se dedicaban al merodeo por los pueblos (1). Miláns, en la opuesta banda, operaba también con la mayor energía; y ni el general Decaen que, establecido hacia el Ampurdán, vigilaba las entradas de Francia, ni su teniente Lamarque, ocupado en proteger los convoyes que se dirigían á Barcelona, lograban impedir las correrías del esforzado y hábil caudillo catalán ni las acometidas que tantas bajas les producía en el camino de la costa y tales penurias en la guarnición de la capital.

Estas operaciones se repetían cada día por una y

(1) He aquí cómo describe Blanch una expedición que por aquel tiempo ejecutó Manso. «Lo mismo, dice, en Villanueva que en Reus pocos días después, sorprendió Manso de 3 á 400 individuos, militares algunos, más amigos de la alegre tranquilidad de la paz que de los trabajos de la guerra, y gente la mayor parte indiferente al resultado de la lucha gigantesca que la nación sostenía, y bien hallados con el solaz que sólo en los puntos donde la riqueza afluía encontraban en el escandaloso juego. Embarcados para Mallorca todos los aprehendidos, fueron allí obligados á entrar en los cuerpos militares que estaban organizándose para pasar á pelear como tales en la península, ó á llenar en la misma las numerosas bajas que sus ejércitos experimentaban. No era sólo la plaga de cobardes y jugadores la que, con escándalo de los buenos españoles, infestaba los puntos menos visitados del enemigo; otros hombres había, y no eran por desgracia pocos, que enemigos de la disciplina ó sobrado aficionados á la propiedad ajena, pero de índole depravada todos, se reunían en cuadrillas para asaltar y despojar á los caminantes, y sorteando la doble persecución de españoles y franceses, sorprendían á deshora de la noche, y aun de día, las casas solitarias ó los pueblos de poco vecindario, valiéndose de cuantos medios inventó la maldad para sacar el dinero de los que tenían la desventura de caer en sus manos. La muerte les estaba á estos tales reservada, si eran cogidos por los invasores, mas los españoles no siempre eran tan severos como debieran en el castigo de estos malvados.»

otra parte en todo el haz del Principado. Ya Lamarque, suponiendo en los españoles el proyecto de invadir el Imperio por la Cerdaña, se encaminaba á Ripoll, resultando escarmentado rudamente cerca de Vallfogona por la columna del brigadier Ruiz de Porras; ya se remontaba Eroles al valle de Arán para no sólo despejarlo de franceses que necesitaron apelar á nuevos refuerzos de su país con que mantenerse allí, sino que también para castigar la indiferencia de alguna parte de los araneses, exigiéndoles una fuerte contribución en dinero y ganado.

En esto, había llegado á Cataluña el general Copons que por esos movimientos, todos excéntricos, y por aquella á manera de dispersión viciosa que hemos visto á Manso castigar, encontró mil dificultades para formar un núcleo de fuerzas capaz de resistir á las del enemigo que, por necesidad y por táctica, solía generalmente tenerlas concentradas. Ocupóse, pues, el general Copons en reorganizar, puede decirse, aquel ejército, si establecido por el Gobierno según las reglas dictadas en el tantas veces citado decreto de diciembre del año anterior, dislocado por esas diversiones á que acabamos de referirnos y por la falta de una autoridad superior que constituyese la unidad del mando, sin la que es en vano esperar resultados felizmente eficaces. Porque si al poco tiempo aparece el primer ejército con más de 18.000 hombres, inclusos los oficiales, y más de 500 caballos, no todos estaban disponibles en aquella fecha: (1) **El general Copons.**

(1) Véase en el Apéndice núm. 7, el estado de fuerza en 31 de mayo de 1813.

Dividió Copons sus fuerzas en dos divisiones de infantería: la primera, al mando de Eroles con los coroneles Villaamil y Manso como jefes, aun cuando interinos, de las dos brigadas de que la primera se componía; y la segunda división á las órdenes, interinamente también, del coronel Fleires que, á la vez, mandaba su primera brigada mientras el también coronel Llauder la segunda. No hay sino detenerse un momento en el examen de esa organización para comprender cuál sería el estado de aquel ejército, formado con elementos de tan dudosa autoridad en su constitución.

Así es que, poniendo su cuartel general en Vich para hacer frente á Decaen y Lamarque, establecidos ordinariamente en Gerona y sus contornos, Copons, trasladado de Valencia con sólo su Estado Mayor, tuvo que ir proporcionalmente sacando de Eroles y los demás jefes catalanes, fuerzas que, sin quitarles medios para operar con la independencia que acostumbraban, le proporcionaran á él las absolutamente precisas con que aparecer jefe supremo de todas. Quejábanse, ó á lo menos se lamentaban de tales restas, Eroles, Manso y otros de los jefes acostumbrados á, por el contrario, sumar cuantos elementos hallaban por doquier dirigían sus operaciones; pero al fin, convencidos de que el estado de la guerra exigía una organización de las fuerzas nacionales que respondiese al que amenazaba á Cataluña al retirarse del centro de la Península, como el año anterior, los ejércitos franceses que lo ocupaban, se sometieron á la formación de todas sus tropas en el cuadro orgánico que acabamos de señalarles á las órdenes de Copons.

Aun así, se hacía imposible el emprender operacio-

nes ofensivas de alguna importancia contra los franceses que, además de tener fuerzas próximamente iguales, se apoyaban en plazas para las nuestras inconquistables y no lejos y en comunicación constante con un ejército numeroso, perfectamente organizado y hábilmente dirigido, el del mariscal Suchet que asumía, como ya dijimos, el mando de Aragón, Valencia y Cataluña. Si defensiva debía ser la situación del ejército francés en el Principado, defensiva habría de ser la del español; y sólo cabría se dedicara á, valiéndose de su movilidad y de la acción peculiar de sus fuerzas auxiliares locales, los somatenes, cortarles sus comunicaciones, tener en constante alarma al enemigo y en peligro siempre inminente de ser asaltados á los puntos ocupados por sus destacamentos. Manso, siguiendo esas instrucciones, bajó de la alta Montaña, donde tenía antes orden de mantenerse inactivo, á la costa y, burlando la habilidad y las energías de Lamarque, empeñado con fuerzas superiores en envolverlo, cobró cuantos impuestos se le había mandado exigir á los pueblos en aquel litoral «entrando al retirarse, dice uno de sus admiradores, el 6 de abril en Mataró, banderas desplegadas y tambor batiente después de arrojar de la villa á los enemigos, los cuales corrieron á encerrarse en el fuerte de Capuchinos». De allí fué llamado para un ensayo de sorpresa en la plaza de Tarragona, que Eroles creía factible el 30 de aquel mes por habérsele prometido entregarle las llaves de la puerta de Reus por unos conspiradores, entre los que creía contar con hasta militares de la guarnición francesa. Como es de suponer, fracasó la intentona cuando Manso se había apostado en las alturas de Loreto y Ermitaños y Eroles se hallaba preparado

á escalar también el muro de la plaza; con lo que ambos jefes, Eroles y Manso, hubieron de retirarse á Reus. Bertolétti, cuyos confidentes habían engañado á los nuestros, tenía para el momento señalado formadas sus tropas en los puntos, precisamente, por donde estaba convenido el asalto y lo esperaba. (1)

Copons continuaba en Vich, atento á las maniobras que veía ejecutar á los franceses; ya por la parte de la Seo de Urgel, donde el general Quesnel, bajando por la Cerdaña, pretendía apoderarse de aquella plaza; ya por la de Olot en que Lamarque andaba atisvando la ocasión de sorprenderle. Llamado Eroles del campo de Tarragona, y encomendádole la guarda del de Vich, Copons se dirigió á la Seo, con lo que el francés Quesnel se acogió de nuevo á sus anteriores posiciones de la Cerdaña, mientras Rovira, que pocos días antes había asaltado la plaza fronteriza de Prats de Molló y recogido en ella un gran botín y muchos prisioneros, jefes, oficiales y tropa, obligaba á mantenerse inactiva la guarnición de Olot que mandaba el coronel Marschal, quien con una fuerza de más de 2.000 hombres de todas armas no pudo impedir que se uniesen á Rovira un buen golpe de caballería y dos batallones que le envió Copons para apretar más aún de lo que estaba el bloqueo de Olot. Esto era en los primeros días de mayo, de los que el 7 se hizo para siempre célebre por la brillante acción en que el coronel Llauder ganó el título de Marqués del Valle de Rivas.

(1) Parece que Bertolétti se jactaba después de que él mismo había inventado la trama de sorprender á Eroles en lugar de ser él sorprendido. Se le suponía dormido, y hasta contaba con las proposiciones firmadas por Eroles para que se le entregasen las llaves de una de las puertas de la plaza.

Llauder se hallaba en Rivas observando el bloqueo de Olot; y, para hacerlo de más cerca, se dirigió á Ripoll, donde supo que Marschal, á la cabeza de unos 1.500 hombres, se había transferido al punto que él había dejado aquella mañana. No se mantuvo Llauder quieto, sino que revolvió sobre el mismo camino, encontrando á poco más de una hora á los franceses que bajaban á sorprenderle en Ripoll. Marschal formó su tropa en batalla; la caballería de Llauder, que iba en vanguardia, se adelantó para dar tiempo á que se reuniese la infantería, retirándose después de conseguido su objeto por no permitirle maniobrar lo escabroso del terreno. Los franceses atacaron con su característico *elan*, animados también con la retirada de nuestros jinetes, que creyeron impuesta por el miedo; pero no sólo fueron rechazados, sino que, al decir del general Copons en su orden del día 8, hubieron *de retroceder desde una legua de Ripoll hasta Dorria, haciéndoseles muchos prisioneros y dejándoles su fuerza reducida á solos 300 hombres.* **Acción del Valle de Rivas.**

La de Llauder consistía en la de los batallones de Tarragona y San Fernando con una partida de Húsares, que sería la que acompañó á aquellos mismos batallones de Tarragona y San Fernando que días antes se habían unido á Rovira y ahora se batieron tan bizarramente en el valle de Rivas.

Cual se va viendo y hemos dicho, los franceses como los españoles tenían limitada su acción; aquéllos, más que á nada, á mantener sus comunicaciones y conservar sus plazas; los nuestros á interrumpir las primeras y á bloquear éstas, cuando no asaltar las menos importantes ó detener los convoyes con que trataba el **La de La Bisbal del Panadés.**

enemigo de abastecerlas. Uno de los más considerables por aquel tiempo fué el que Decaen dirigió á Tarragona, *de tapadillo* puede decirse, aunque custodiado en su marcha desde Barcelona por cerca de 6.000 infantes, 300 caballos y 5 piezas de artillería á las órdenes de tres generales, Maurice-Mathieu, D'Expert y Deveaux. Tuvo Copons aviso de ello el 13 de mayo; mas por mucha diligencia que se impuso en la reunión de las fuerzas de que podía disponer en Vich y en su marcha á la otra parte del Principado, no pudo acercarse á Tarragona hasta el 17, en que hacía dos días habían los franceses introducido el convoy en la antigua cabecera de la España citerior, tan disputada ahora, vasto centro de las legiones romanas y base la más sólida de sus operaciones en la Península.

Volvíanse, pues, los franceses muy satisfechos de su expedición aunque tomando camino por el interior para evitar los fuegos de la escuadra aliada que seguía sus movimientos junto á la costa, cuando tropezaron con las fuerzas de Copons que, á la de 3.000 infantes y 30 caballos que había sacado de Vich, reunió en Brafim, á orillas del Gayá, alguna de las que siempre bloqueaban Tarragona. Deseosos los nuestros de Manso de atraer á los franceses á posiciones más ventajosas, dejaron el Gayá para trasladarse al desfiladero de Roca de Eura, del que Copons los hizo retroceder á La Bisbal del Panadés donde tenía reconcentrada la mayor parte de su pequeño ejército. El choque allí fué, el 17, tan sangriento como rudo; y después de varios asaltos al pueblo, afortunados unos y adversos otros, y de combates parciales en las posiciones escalonadas que ocupaban y defendieron bravamente los españoles, los

franceses tuvieron que retirarse á Villafranca, perseguidos de cerca y dejando en el campo muertos, heridos y prisioneros en gran número. En muy pocas palabras daba Copons noticia de aquella brillante jornada en su orden del día siguiente. «El general en jefe no puede menos de manifestar su agradecimiento á los que componen la segunda brigada de la primera división, primera de la segunda batalla del general y destacamento de coraceros y húsares que tuvieron parte en la acción de ayer 17, ocurrida en este campo de Labisbal, tan gloriosa para las armas nacionales.»

«Los generales Mathieu, Expert, y Devaux con 4.000 infantes, 300 caballos, un obús y 4 cañones de montaña, eran las fuerzas enemigas que nos atacaron, y nosotros rechazamos y ahuyentamos con solo escasamente 3.000 hombres y 30 caballos. El campo quedó cubierto de cadáveres y despojos militares después de una reñida acción, que duró desde las 7 y media hasta las 12 y media de la mañana. Los enemigos han retirado sobre 400 heridos, dejando muchos de ellos abandonados en el camino hacia Villafranca, que precipitadamente tomaron».

«Quedan en nuestro poder muchos fusiles y otros efectos, como también bastantes prisioneros de guerra, la mayor parte heridos (1).

(1) Los historiadores franceses, atentos, es verdad, á narrar sólo los grandes hechos, operaciones extensas ó batallas decisivas, especialmente, si vierten esplendor sobre sus armas, por desprecio acaso ó por serles bochornosas, se resisten á detenerse en sus descripciones al tratarse de sucesos de menor importancia pero que en una guerra como la de nuestra Independencia revelan el espíritu de todo un pueblo que, por salvarla, se decide á no escasear género alguno de sacrificios. El lector habrá visto los que hizo Cataluña con ese fin y cuan-

En Aragón. Y lo que en Cataluña, aconteció á los franceses en Aragón, donde Sarsfield, todavía comandante general de aquel reino, batió el 12 de abril cerca de Borja á una división francesa de fuerza numéricamente superior á la de su mando. Iba con Sarsfield un escuadrón de lanceros alemanes (pasados sin duda) que dió varias cargas á la caballería de los franceses que se vieron obligados á encerrarse en Mallen. En su socorro, y combinando con ellos una operación en que quedasen envueltos los de Sarsfield, apareció al día siguiente otra fuerte columna por la parte de Magallón á las órdenes del coronel Colvert, esperando, sin duda, que Sarsfield, sorprendido entre dos columnas, la vencida el 12 y la nueva, cada una más numerosa que la suya, sería completamente derrotado y desaparecería de aquel país. No contaba el francés con la pericia tan acreditada entonces y mucho más todavía después, de Sarsfield,

---

tos esfuerzos desplegaron sus hijos en la campaña que acabamos de narrar, bien sucintamente por cierto, no con la extensión que merece. Pues bien; he aquí como la describen los autores de *Victorias y Conquistas, etc.*

«Las tropas francesas encargadas de la defensa de Cataluña, continuamente á las manos con un enemigo obstinado, desplegaban siempre esa constancia y esa intrepidéz de que habían dado pruebas tan honrosas en las campañas anteriores. Del mes de enero al de abril tuvieron lugar un gran número de combates y de choques parciales en diferentes puntos de aquella vasta provincia, y en todas partes la habilidad de los jefes y el valor de los soldados triunfaron de la astucia y la audacia de sus adversarios. Sentimos no poder entrar en los detalles de aquellas múltiples acciones, por otra parte secundarias; nos bastará con decir que el general Lamarque en la alta Cataluña; Maurice-Mathieu ante Barcelona y en expediciones bastante lejanas de aquella plaza; Bertoletti, en derredor de Tarragona, de que era gobernador; en fin, el general Henriot, en los llanos de Lérida, aumentaron la reputación que ya tenían adquirida».

No resulta eso de los datos que hemos presentado á nuestros lectores.

quien fué retirándose hacía Borja hasta formar en una posición próxima al monasterio de la Misericordia, en que se estuvo batiendo con sus enemigos más de tres horas sin que lograsen arrollarlo. Ni allí ni en otra posición á espaldas del citado convento, en que nuestros aragoneses se mantuvieron otra hora y media, era posible resistir á fuerzas tan superiores como las que dirigía Colbert; pero no siguieron estas el alcance de Sarfield que se encaminó á Tarazona sin, como antes, ser roto ni menos envuelto.

Tan precaria se iba haciendo la situación de los franceses en las cercanias de Zaragoza, confiados en que mientras dominaran el alto y bajo Ebro con los ejércitos del Norte y de Suchet, nada tenían que temer en toda aquella zona central, que, aun manteniendo ellos guarniciones en Tudela, la Almunia, Daroca, Teruel y Alcañíz, se descolgaba de la parte de Soria una brigada de la división Durán, puesta á las órdenes del coronel Gayan, la cual, después de ocupar algún tiempo los caminos desde Alagón á Belchite, se ponía el 18 de mayo sobre La Muela, desafiando á las fuerzas del general Paris que guarnecían la capital aragonesa. No era Paris hombre que llevara en paciencia tal insulto aún comprendiendo que el alarde de Gayan, más que contra el, se dirigía á revelar á los zaragozanos la impotencia de sus dominadores; y juntando, aunque con mil dificultades, unos 2.000 infantes, 100 caballos y algunas piezas de artillería, salió al encuentro de los nuestros por la parte del antiguo monasterio de Santa Fe. Resistió Gayan la salida de los franceses y los rechazó con una decidida carga de sus fuerzas de vanguardia que los obligó á acogerse al Canal, cuyo puen-

te, llamado de América, se hallaba fortificado con abundante artillería y bien guarnecido; con lo que y conseguido su objeto de presentarse á los zaragozanos desde la línea de la Casa blanca y el monte Torrero, asaltado éste aquella noche con compañías de los regimientos de Cariñena y Numantinos, se volvió Gayán dos días después hacia Alagón sin baja alguna en las filas de sus admirables voluntarios.

Así andaban las cosas en la dilatadísima línea del Ebro, cuando apareció por la parte de Valencia el ejército del Mariscal Duque de la Albufera, que parece debiera reponerlas ofreciendo la seguridad de que hacía tiempo carecían sus compatriotas de Aragón. Hemos visto que, por el contrario, Suchet encontró la provincia predilecta suya, teatro de sus primeros servicios en España, completamente abandonada, al general Musnier obligado á reunírsele, y á Paris no pudiendo llegar á Lérida, reducido á tomar el camino del alto Pirineo, á que también se había tenido que acoger el general Clausel, sin su artillería ni otro material de guerra.

Negábales su abrigo la cordillera, falta en sus ásperos valles de medios con que alimentar tropas tan numerosas, y ni el paso siquiera á su patria les concedía con los recursos necesarios para combatir en las condiciones indispensables á todo ejército en los tiempos modernos; ventaja para España perdida, supeditada hoy á otros intereses, no sabemos si preferentes, pero nunca tan patrióticos.

Suchet, así, tomó la única resolución que podía salvarle de ruina como la de sus colegas que acabamos de citar; y, como ya hemos indicado, se metió en Cataluña.

Situación militar general.

Y ahora, recordando la situación militar creada en el país vasco-navarro por la batalla de Vitoria y en el bajo Ebro con el abandono de Valencia por el ejército de Suchet, vamos á exponer la general en que quedó la Península con la ausencia de huéspedes tan molestos y peligrosos de sus provincias interiores.

Aún se mantenían en algunas de ellas, aunque bastante próximas al futuro teatro de las operaciones, puntos ocupados por el enemigo, si no de grande importancia, bastante fuertes para resistir su inmediata conquista, digna de no ser desatendida ni descuidada. En Valencia, ya lo hemos dicho, se veía ondear el pabellón francés sobre los nunca bastantes celebrados muros de Sagunto, que según las precauciones tomadas por Suchet debía suponerse harían costosa y tardía su ocupación. Si el Fraile se había hecho dueño de Morella entre las aclamaciones del pueblo, los franceses, sus defensores y los que presidiaban el castillo se negaron obstinadamente á entregarle aquel empinado y casi inexpugnable peñón, mientras su gobernador, el capitán Boissonade, contara con víveres y municiones de que le había provisto con abundancia su general en jefe. En la costa permanecían Denia, que ya no podía significar nada estratégicamente, y Peñíscola, no despreciable por lo cercana á Tortosa, siquier expuesta todos los días al fuego de las naves inglesas. Pero, si no importantes, esas plazas significaban un obstáculo para la pacificación completa de sus respectivos territorios y una esperanza de reacción para los franceses y sus adeptos, pocos ó muchos, más ó menos temerosos de la tan preconizada venganza española, nunca como entonces generosa. En Aragón estaba sin conquistar el

castillo de Zaragoza; y si Musnier había recogido en su tránsito las guarniciones de Teruel á Caspe, y Gayan y Sarsfield iban interceptando las comunicaciones con Castilla y Navarra, muy cerca, aunque en la margen izquierda del Ebro, se mantenían Huesca, Barbastro, Monzón y algún otro punto en poder de los franceses. Ebro arriba no quedaba más que la fortaleza de Pancorbo, impidiendo el tránsito de la carretera general de Francia, flanqueada, eso sí, en ambos lados, por Logroño, Frias ó Puente-Larrá, para el paso de aquel importante río, acabado de realizar por los aliados en su marcha á Vitoria. Quedaba también más lejos y junto al mar, Santoña, siempre bloqueada por nuestros montañeses y vizcaínos, pero inexpugnable para ellos.

Mas, para limpiar todo ese terreno en que el pabellón tricolor recordaba los sacrificios de todo género, la sangre, las miserias, las ruinas que había costado á España en seis años de una lucha, como ninguna otra de extraordinaria por los varios y extraños caracteres que había revestido, acudían del interior de la Península nuevos ejércitos que además secundarían la acción de los vencedores que se adelantaban á vengar tamaña iniquidad en la cabeza de sus enemigos, en el seno mismo de su Imperio.

El 2.° ejército español, si distraído al principiar su retirada Suchet con fijar su atención en las plazas que hemos dicho dejaba á la espalda el famoso Mariscal, iba, aunque paulatinamente, al compás de las naves aliadas, avanzando al Ebro en demanda de Tortosa, cuya ocupación, como la de Tarragona, debería ser el primer objetivo de la futura campaña por aquella parte.

Á Aragón acudían nuestros más populares caudillos, Durán, Mina, Villacampa, cuantos, con la conquista de la Aljafería y amenazando la parte más alta de la región pirenáica, procurarían impedir la comunicación de los ejércitos enemigos de ambos lados para sus combinaciones estratégicas. En pos del ejército aliado de Wellington, marchaba de Reserva de Andalucía, mandada por el Conde de La Bisbal, que no tan sólo se encargaría de despejar los caminos al interior haciendo desaparecer el obstáculo de Pancorbo, sino que se aplicaría luego á cubrir los vacíos que dejara el avance del Lord y á evitarle el empleo de sus fuerzas en el sitio de alguna otra de las fortalezas en que hubiera de emplearlas.

Esa era la situación militar de las tropas que iban á tomar parte en la próxima campaña, al iniciarla las que, después de triunfo tan glorioso como el de Vitoria, avanzaban sobre la frontera francesa, planteados los bloqueos, ya que no todavía los sitios de Pamplona y San Sebastián, que la cubrían de nuestro lado.

Soult, general en jefe.

Ya señalamos en el capítulo anterior las posiciones que había tomado el ejército francés en Guipúzcoa y Navarra, desconcertado, eso sí, y sin autoridad, puesto que la de José andaba por los suelos; como Rey, porque ya nadie le tendría por tal ni aún entre los suyos, y, como General, porque aquella campaña no había sido sino un tejido de errores con el resultado á que debían llevarle, el de la enorme derrota de Vitoria. Al tener Napoleón conocimiento de ella, habíase desatado en improperios contra su hermano y Jourdan, apresurándose á quitarles la dirección del ejército y con-

fiándosela al que más motivos les había dado de desprecio y queja, al mariscal Soult.

Escribía el Emperador á éste: «Dresde 1.° de julio de 1813.—Primo, partiréis hoy antes de las diez de la noche. Viajaréis de incógnito, con el nombre de uno de nuestros Ayudantes. Llegaréis el 4 á París, os apearéis en casa del ministro de la Guerra, é iréis con él á ver al Archicanciller. El os enterará de la última situación de las cosas. No permaneceréis más de doce horas en París, y de allí continuaréis vuestro camino para ir á tomar el mando de mis ejércitos en España. Me escribiréis desde París».

«Para evitar todo género de dificultades, os he nombrado mi lugarteniente general, comandante de mis ejércitos en España y los Pirineos. Pienso también que recibáis las ordenes de la Regencia (la de la Emperatriz) y que escribáis y déis cuenta al ministro de la Guerra de cuanto se refiera á vuestro mando. Vuestras comunicaciones me vendrán por el conducto de ese ministro. Los guardias y todas las tropas españolas estarán á vuestras órdenes».

«Tomaréis cuantas medidas exija el restablecimiento de mis asuntos en España para conservar Pamplona, San Sebastián y Pancorbo, en fin, todas las medidas que las circunstancias aconsejen. Mi intención es la de que todos los generales ú oficiales que juzguéis conveniente enviar á Francia, se queden en Bayona y ninguno de ellos pueda ir á París sin una orden del ministro de la Guerra».

¿Para qué más instrucciones á un general como Soult?

Y el día 12 recibía la noticia de ese decreto el rey José en Saint-Pé por conducto del Conde Roederer,

seguido de tan cerca por Soult, que por las mismas horas, momentos tan sólo después, tomaba aquel mariscal el mando de las tropas que, reorganizadas inmediatamente, tomarían el nombre de Ejército de España. (1) Tan diligente anduvo el duque de Dalmacia en la reorganización de aquel ejército y en la rectificación de sus posiciones, que á los dos días, el 14, tenía formado de aquél tres cuerpos principales, que mandarían los generales Clausel, Drouet y Reille, con 17.235 infantes y 450 caballos presentes, 20.957 y 624, y 17.218 con 432 respectivamente; otro de reserva de

(1) Y aquí acabó el reinado de aquel soberano infeliz que, como su competidor á la corona de España, pasó de las primeras delicias del trono á las amarguras del destierro; ya que aun á peligro estuvo de una prisión, tanto más humillante cuanto que la debería á su mismo hermano, al que le había hecho abandonar su tranquilo gobierno de Nápoles por el turbulento, por el infernal de Madrid.

Con la pena de haber perdido la corona y dejar el ejército, cuyo mando aún se creía con dotes para ejercer á pesar de los sarcasmos y reprimendas de su hermano, quería, antes de trasladarse á Morfontaine, permanecer algún tiempo junto á las tropas en alguna quinta próxima á Bayona ó, á lo menos, en las Aguas de Mont d'Or, ya que temía ir á Bagnéres por la presencia de nuestros guerrilleros. Pero el Emperador, no sólo se lo prohibió, sino que le mandó retirarse á Morfontaine, encerrarse allí, no recibir á nadie, encargando, á la vez, á Cambacéres que impidiese visitaran á José los altos funcionarios, y hasta arrestarlo si se infringieran aquellas tan bárbaras como ociosas disposiciones.

He aquí el comentario de M. Thiers, bien triste para la memoria de Napoleón.

«Desconfiado, dice, respecto á los hombres desde que se había visto obligado á serlo respecto á la fortuna, veía por todas partes tramas prontas á urdirse contra la regencia de su mujer, contra la autoridad de su hijo. Con esos motivos no había querido que se quedasen en París el duque de Otranto ni el mariscal Soult, teniéndolos sin empleo alguno en Dresde. José, desairado en París, rodeándose allí de descontentos y quizás disputando un día la regencia á María Luisa; tales eran las siniestras imágenes que habían cruzado por su irritada mente y que le dictaron la orden inútil de hacer arrestar á su hermano.»

17.899 hombres, puesto á las órdenes del general Villatte y dos divisiones de caballería, una de línea y otra ligera, á cuya cabeza puso á los generales Treilhard y Soult, hermano éste del mariscal. El total de aquellas fuerzas era de 77.450 infantes, de los que 7.621 jinetes con 86 piezas, la mayor parte preparadas en Toulouse por el general Tirlet (1). El general Clausel, que mandaba uno de esos cuerpos, se situó en Saint-Jean Pied-de-Port, de donde por su izquierda comunicaba, aunque con dificultad, con Paris, que seguía en Jaca, é inmediatamente por su derecha con Drouet, establecido en Ezpelette y Ainhoe con su vanguardia en Urdax, frontera de Francia en el camino de Pamplona.

A ese cuerpo, que formaba el centro de la línea, seguía por su derecha el del general Reille, situado en las altas montañas que dominan Vera y el paso próximo del Vidasoa en Endarlaza. El de Reserva, á quien se agregaron 20 piezas no incluidas en el parque general, cubría aquel río en su margen derecha de Irún al mar, y las divisiones de caballería campaban en las orillas de la Nive y del Adour junto á Bayona.

El ejército aliado. El ejército aliado detenido en la frontera para no dejar á sus espaldas las plazas de Santoña, tan remota sin embargo, y las más próximas, y por lo mismo más de atender, de Pancorbo, Pamplona y San Sebastián, había cambiado su papel, del de una ofensiva, más eficaz naturalmente después de la batalla de Vitoria, al de una defensiva, que no es fácil juzgar si prudente ó no (2).

---

(1) Véase el apéndice núm. 8.

(2) De 1865 á 67 se publicó en *La Asamblea del Ejército y la Armada* una Historia de la «Segunda Campaña de Soult en Es-

La fuerza de aquel ejército era de unos 100.000 hombres, de los que 57.000 pertenecían al anglo-portugués, y al español los demás, inclusos los cuerpos de La Bisbal, España, Mendizábal, Longa y otros de voluntarios, unidos entonces á Lord Wellington. Sin embargo, éste contaría á lo más con 82.000, de los que 7.000 de caballería, y un número de piezas casi igual al de los franceses, dispersos como andaban muchos de los españoles en el bloqueo y el sitio de las plazas dejadas á retaguardia. En su extensa línea opuesta á la francesa, ocupaban la extrema derecha, observando Roncesvalles y las posiciones que forman el famoso y legendario Valcarlos la brigada Byng de la 2.ª división inglesa y los españoles de Morillo. A la izquierda de Byng se había situado, destacada de la división Amarante, la brigada portuguesa de Campbell, ocupando el saliente de los Alduides, pero sostenida desde Viscarret y Mezquiriz por la 4.ª división del general Sir Lowry Cole. En el Baztán, más á la izquierda de Campbell, se

paña», por los comandantes de Estado Mayor D. Joaquín Manso de Zúñiga y D. Gregorio Jiménez Palacios; y en su principio, en que se abrazaba esta parte en que nos estamos ocupando, decían aquellos brillantes oficiales, malogrados cuando más esperanzas ofrecían: «El general inglés, que tanta actividad había demostrado al principio de esta campaña, perdió la ocasión de coronar la brillante victoria que acababa de obtener sobre su adversario, permaneciendo varios días en una inacción injustificable; pues si bien para prevenirse contra los fundados cargos que podían hacérsele, dijo que sus soldados abandonados al saqueo de las riquezas que les dejó el enemigo, se dispersaron por las montañas, y al reunirse se encontraban tan cansados que no era posible exigirles ningún movimiento serio; esta razón, lejos de servirle de disculpa, le hace acreedor á fuerte censura por no haber podido dominar su ejército, quedando sujeto á la voluntad del soldado. Sin entrar á investigar las causas que motivaron esta inacción, es lo cierto que no se tomó ninguna medida en los momentos oportunos, y que la persecución se hizo con poca actividad y acierto.»

hallaba el general Hill frente á la entrada de Francia por Urdax con el resto de la 2.ª división, la 7.ª inglesa de Stewart, la ligera del mando de Dalhousie y los demás portugueses de Hamilton, á las órdenes, según llevamos dicho, de Amarante; fuerza toda que tenía su apoyo en la 3.ª división de Picton, situada en Olagüe, de donde observaba toda la línea entre Roncesvalles á los puertos de Velate y Donamaría para apoyar lo mismo á Cole que á Hill. Este general tenía su centro en Elizondo; y agua abajo del Bidasoa, en Santesteban, tenía el suyo la 6.ª división inglesa de Pack ante las montañas de donde se baja á aquel río por Echalar y Vera hasta Endarláza. Longa y Girón se extendían á lo largo del Bidasoa hasta Behovia, cuyo puente había sido roto, y Fuenterrabía, cuyo ataque desde la orilla opuesta de Hendaya no había que temer. El general Graham, por fin, con sus numerosas tropas, las con que se había batido en Vitoria y las que se le habían reunido en su marcha á Tolosa y San Sebastián para combatir á Foy y Maucune, se mantenía bloqueando esa plaza y sirviendo así como de reserva general á los cuerpos que campaban á su frente en la margen izquierda del Bidasoa.

Teatro de la campaña.

Bien conocido es el teatro que llenaban los ejércitos que iban á operar en él. La Historia, al hacerlo célebre en nuestras luchas antiguas y modernas, en las internacionales como en las civiles, lo ha dado á conocer con más detalles á veces que el mejor tratado de Geografía, pues que no hay operación militar que no exija para su descripción el pormenor de los accidentes del terreno en que tiene lugar, sus relaciones con los inmediatos para la acción táctica, y aun con algunos más ó menos

distantes para la estratégica de los ejércitos beligerantes. Pero aquella parte de nuestra frontera, la de Roncesvalles á Fuenterrabía con todo el curso del Bidasoa, el principal en élla, con sus más interesantes poblaciones y caminos y pasos más accesibles y de tránsito más frecuentado; aquella parte, repetimos, es tan visitada en estos últimos tiempos, que casi, casi se hace ocioso el describirla según su orografía en general y su hidrografía; si notable, la primera, por lo encumbrado de sus accidentes, insignificante la segunda, hasta el punto á que alcanzan las mareas del Océano.

Así es que nos parece deber limitar su descripción á la del aspecto general que ofrece aquel corto espacio de los límetes de Guipúzcoa y Navarra en lo que se refiere á su influencia en una lucha de la índole y los objetivos de la campaña á que estamos contrayendo nuestro relato. Y para éso, aunque parezca atrevido y sobre todo inmodesto, vamos á recordar á nuestros lectores un párrafo de la *Geografía histórico-militar de España y Portugal* que hace tantos años publicamos.

«Efectivamente, decíamos en la descripción de la *cuenca del Bidasoa,* la línea divisoria de aguas de la Nivelle y del Bidasoa presenta por sí sola un obstáculo poderoso á los franceses, por cuanto estando en ella situadas tropas de nuestro país, no sólo pueden defenderla con ventaja, especialmente en los montes Commissari, La Rhune, de Echalar y Atchiola, Gorospil, Otsondo y collado de Maya, sino que se hallarían seguras de una retirada tranquila á la orilla del río en el territorio de las Cinco Villas, Santesteban y Elizondo. Aun forzadas aquí, podían comunicar fácilmente con Guipúzcoa y Navarra, y sus importantes capitales de San

Sebastián y Pamplona; por los puertos de Biandiz y Zubieta con aquella provincia, y por los de Gorriti, Donamaría y, sobre todo, Velate con la de Navarra. Por la parte inferior el Bidasoa, además de su ya caudaloso cauce, particularmente en las mareas, tiene para su defensa las posiciones de San Marcial y Fuenterrabía, ambas acreditadas por repetidos y señaladísimos combates y, á su retaguardia, por los collados de Anderregui y de Gainchuzqueta en los caminos de Oyarzun y de San Sebastián entre los montes casi inaccesibles del Aya y del Jaizquivel. Si antes, además, no ofrecía más entrada practicable por su cuenca que la de Irún, hoy el camino del Baztán, y aun el nuevo que del puente de Behovia va á unírsele en Almandoz, ofrecen un peligro sumamente grave, pues que evitan el paso, siempre difícil, de Roncesvalles y otros desfiladeros que señalamos en la Vertiente Oriental para llegar á Pamplona, y, por lo mismo, dan al Bidasoa y al valle del Baztán un interés cada día mayor.»

Y antes, al describir esos desfiladeros de la Vertiente Oriental correspondientes á la otra parte de la línea militar que nos ocupa, decíamos: «Sólo, pues, la de Roncesvalles en todas épocas ha sido el carril usual de las invasiones por los Pirineos Occidentales y de aquí en adelante lo será también la de Velate donde los salva el camino de Bayona á Pamplona por el valle del Baztán, brecha fatal en una guerra, aun cuando tenga á su espalda aquella última plaza para neutralizar el efecto de su paso».....

«Pero mayor importancia que sus muros dan á Pamplona los desfiladeros que hay que salvar para llegar á ellos desde Velate y Roncesvalles en las dos carreteras

de Francia, que se hallan también flanqueadas por el entrante de los Alduides, padrastro terrible que en aquellos lugares tiene nuestra frontera. Ambas comunicaciones recorren los desfiladeros á que acabamos de referirnos, con especialidad la de Roncesvalles, causa que aún hace más sensible la construcción de la del Baztán; y por eso las cercanías de Sorauren, población del valle de Ulzama, á 7 kilómetros de Pamplona, han sido frecuentemente campo de batalla para cubrir las avenidas de aquella plaza; en 1512, contra Francisco I, Delfín todavía; en 1794, contra los generales de la república francesa que trataban de poner sitio á Pamplona, y en 1813, contra Soult, que quería hacer levantar el que le tenían puesto los españoles. Estos desfiladeros son, pues, los que neutralizan la proximidad de los Alduides y su posición sobre el flanco del camino de Roncesvalles, pues el influjo que ejercen sobre el del Baztán es de índole distinta.»

Esa campaña, precisamente, de 1813 nos va á explicar cuanto antes dijimos sobre el terreno en que tuvo lugar, apoyándose en los accidentes que lo constituyen, con influencia entonces poderosa y hoy modificada no poco por los ferrocarriles que lo flanquean.

Plan de Soult

Preocupaba á Soult la suerte de Pamplona, plaza importantísima por su situación en país tan privilegiado como Navarra y sobre el flanco de la vía más directa y expedita de Francia; no tanto la de San Sebastián, que sabía estar bien provista y suficientemente guarnecida por su antecesor en el mando del ejército. Socorrida Pamplona y establecido él con la mayoría de sus tropas en aquella región dominante, abriánsele las puertas para, despejando la comunicación de Guipúz-

coa, dar á sus operaciones el carácter ofensivo que el Emperador deseaba y que dió á conocer al ejército en una arrogante proclama.

Escribía al ministro de la Guerra: «Marcharé directamente sobre Pamplona. Si logro socorrer esa plaza, operaré por mi derecha para tener en jaque al enemigo en Guipúzcoa, Vizcaya y Álava y proporcionar á la reserva facilidad para unírseme y socorrer á San Sebastián y Santoña. Después de éso, habré de examinar cuál de estos dos partidos me convendrá adoptar, el de marchar adelante tomando la ofensiva ú operar de concierto con el ejército de Aragón; pero el prever las cosas de tan lejos, sería hoy demostrar gran temeridad.»

Penetra en España por Valcarlos.

De todo era capaz el mariscal Soult; mas, para conseguirlo, necesitaba, en primer lugar, sorprender á sus enemigos, lo cual no creía difícil por tener ellos que cubrir dos puntos de tanto interés y no tan próximos (16 leguas) que se hiciera imposible el atacarlos aisladamente, reuniendo de pronto sus fuerzas y conduciéndolas con la mayor presteza al objetivo presupuesto. Sus primeras disposiciones se dirigieron, pues, á reparar los caminos de Saint-Jean-Pied-de-Port para verificar la concentración de sus fuerzas sobre la derecha enemiga antes de que Lord Wellington pudiera acudir á ella con las suyas. No contó con el tiempo que, haciéndose lluvioso y con una persistencia no rara, es verdad, en aquel país, y fuerza extraordinaria, estropeó los caminos acabados de recomponer para el tránsito de las tropas. El cuartel general no llegó á Saint-Jean hasta el 22 de julio; Reille tuvo que dar un gran rodeo no pudiendo ir por Cambo; la caballería retardó también mucho su marcha, y hasta el 24 no se reunió el

ejército destinado á cruzar la frontera y dirigirse á Pamplona (1).

El 25, sin embargo, lograba Soult penetrar en España por Valcarlos con los dos cuerpos de Clausel y Reille y la mayor parte de la caballería, mientras lo haría Drouet con el suyo por Urdax, llevando también en reserva sus jinetes. Soult esperaba, además, la llegada de Paris, citado á la vecindád de Pamplona en tiempo oportuno por el camino de Jaca á Sangüesa y Aoíz.

Byng, Morillo y Ross.

El general inglés Byng, sea por sus confidentes, sea por sus descubiertas, se hallaba informado de las intenciones de Soult desde el día anterior y preparado, por consiguiente, á recibir el ataque; tanto que había destacado á Valcarlos uno de sus regimientos, había reunido las demás fuerzas en su posición de Altovíscar y dado aviso á su jefe Cole de las noticias que tenía. Los franceses de Clausel iban precedidos de una nube de tiradores que iniciaron el combate por las rocas que flanquean Valcarlos por su lado oriental, mientras por esa misma parte, pero de más lejos, acometían los voluntarios de los valles inmediatos la fábrica de Orbaiceta, defendida por nuestro regimiento de León. Vyng resistía tenaz y no sin fortuna en Altovíscar, como Mo-

(1) M. Pellot, comisario de guerra, en su «Memoire» sobre aquella campaña, publicada cinco años después en Bayona, dice así:... «en menos de veinticuatro horas, se pusieron impracticables los caminos para la infantería y la artillería; la misma caballería tenía trabajo para andar por ellos. Los puentes de la Nive, que debían pasar las columnas, fueron arrastrados por los torrentes que bajaban de las montañas. Ese inconveniente habría sido ligero en cualquiera otra circunstancia, pero en aquella ¡cuán desagradable se hizo!; nuestra marcha, de cuya celeridad dependía el éxito de la operación, se vió indefinidamente retardada.»

rillo por su derecha; pero, aumentando por momentos los franceses de su parte, hubieran uno y otro sido envueltos en aquel flanco, si Cole, haciendo avanzar apresuradamente sus brigadas, no acudiera, él el primero, á rechazar las de Reille en Lindoux. De allí quedaba flanqueada la izquierda de Byng, y aun antes perdía éste su comunicación con Campbell, que ya hemos dicho guardaba los Alduides, por cuya cresta sobre Valcarlos avanzaba Reille; pero este general no lo hacía con toda la presteza que se le había recomendado y dió tiempo á la reserva inglesa para oponérsele (1). Cuando á las cinco de la tarde estaba Reille para cortar la referida comunicación de las brigadas inglesas y á punto de dirigirse sobre Lindoux, llegaba la cabeza de la columna Ross, compuesta de una parte del 20.° regimiento y de una compañía del de Brunswick, que Cole había hecho adelantarse á las demás tropas de su mando. La lucha se entabló entonces entre las dos vanguardias que corrían á apoderarse de posición tan importante. Ross se adelantó dirigiendo una carga á la bayoneta con la fuerza con que acababa de llegar; pero, rechazado por el 6.° ligero francés, tuvo que retirarse con grandes pérdidas al amparo de su brigada que le protegió y contuvo á los que le perseguían (2). Se dirá:

(1) Pellot dice que, al romper Reille la marcha, le llegaron dos batallones de reclutas, y en vez de hacer que quedaran á retaguardia ó siguieran su movimiento, se entretuvo en incorcorporarlos á su fuerza, con lo que perdió un tiempo precioso.

(2) Así lo reconoce Napier al escribir: «Cayeron muchos valientes por cada parte; en fin prevaleció el número y aquellos intrépidos soldadas (los de Ross) fueron arrojados por los franceses.» Y lo confiesa Cole en el parte que dirigió dos días después á Lord Wellington que elogia á Ross pero no menciona esa su brillante acción. Sin embargo, en «Victorias y Conquistas» se dice que aquella noche, la del 25, «el enemigo abandonó las dos posiciones de Lindoux é Ibañeta....»

¿y qué hacía Campbell para no perturbar siquiera la marcha de Reille por la cresta del valle de Alduides que ocupaba con sus portugueses? Atacado en sus avanzadas por los voluntarios de Baigorri al amanecer de aquel día, no tardó Campbell en comprender que era otro que sus posiciones el objetivo á que se dirigían los enemigos y se puso en marcha sobre la derecha para evitar que se le cortase su línea de comunicación con Byng y Morillo. Mas, viendo cuán grande era el número de los de Reille, avisó á Cole anunciándole á la vez que tomaría parte en la defensa de Ross si se le proporcionaban medios para el transporte de sus enfermos y de los víveres que necesitaría en su nueva línea (1).

Cole, en su auxilio.

Sir Lovry Cole tenía que atender al refuerzo de toda la primera línea desde Orbaiceta á los Alduides; y, viendo con qué fuerzas y en qué disposición la atacaban los franceses, comprendió la urgencia de apoyarla en sus posiciones harto comprometidas al ser llamado á su defensa. Ordenó, pues, al general Anson reforzar á Morillo y á los defensores de la fundición de Orbaiceta con parte de su tropa, y al general Stabb acudir en apoyo del regimiento inglés destacado á Valcarlos. Viendo además cómo iba á quedar flanqueado de ambos lados el famoso desfiladero teatro de la derrota de Carlo-Magno, por las divisiones de Clausel de uno y por las de

(1) También ésta es versión de Napier que relata estos sucesos extensa y detalladamente. Los portugueses Da Luz Soriano y Chaby olvidan á sus compatriotas de Campbell en ese episodio tan interesante de la acción de aquel día en los Alduides, que, cual hemos dicho antes, tenían la misión de ocupar y defender. ¡No era poca pretensión la de Campbell en sitios como aquellos y á tal sazón y hora!

Reille de otro, hizo que Byng abandonara Altobiscar para trasladarse al próximo collado de Ibañeta en su izquierda, hacia donde dispuso se concentrasen también los españoles de su derecha. Hacíase todo eso á favor del incesante fuego de las tropas ligeras desplegadas por los accidentes de aquel áspero terreno, tan propio para la defensa, pero más aún al de una niebla que, si ligera al levantarse, llegó por la tarde á condensarse á punto de ser imposible distinguir al enemigo y menos sus maniobras. Esa circunstancia, tan desfavorable para las tropas de Soult que le impedía avanzar en el orden que se había propuesto, contrariado además por el retardo de Reille en su marcha á Lindoux, servía á los aliados cuyo jefe inmediato, Cole, previó desde el primer momento la necesidad de retirarse, para que no pudiera el enemigo observar la dirección que tomaban al hacerlo.

Se retira á Linzoaín. Así, y al comenzar la noche, consiguió Cole recorrer todo el terreno dominado por las crestas de los Alduides sin tropiezo alguno hasta cerca de Zubirí, seguido de Morillo y de los defensores de la fábrica de Orbaiceta, que llegaron sin obstáculo también á Espinal, y de Campbell que abandonó sus posiciones para bajar á Euguí por el puerto de Urtiaga (1). La fortuna parecía ponerse de parte de los aliados en aquel primer trance de la campaña haciendo augurar su feliz terminación para la buena causa.

No tan reñida debía ser la acción del día siguiente. Errores también de un lado y otro quitaron fuerza á

---

(1) En la Historia del regimiento de León, que mandaba D. Juan de Dios Alguer, se dice que su tropa defendió *admirablemente* la fábrica de Orbaiceta *los días 25 y 26*. Y eso es lo único que allí se consigna.

la iniciativa de los franceses y á la resistencia de los aliados; con lo que el combate no se podría hacer importante ni menos decisivo. Franceses y aliados contaban con la llegada de parte de sus fuerzas; aquéllos, con que Drouet habría arrollado á los defensores del Baztán y se presentaría de un momento á otro sobre su derecha, y los ingleses con que Picton inmediatamente, Hill aun cuando más tarde y perseguido por Drouet, y Lord Wellington, por fin, llamado de Hernani, donde estaba observando el sitio de San Sebastián, acudiría á dirigir tan importante jornada como se ofrecía para evitar el levantamiento del bloqueo de Pamplona. El 26, con todo, era por eso mismo día crítico en la ignorancia en que Soult se hallaba de la verdadera situación de D'Erlon, con quien no podía comunicar fácilmente á través del encumbrado macizo de los Alduides, y en el interés de cuantos españoles, portugueses y britanos, que formaban la derecha y el centro de su línea, tenían en encontrarse y así resistir con fortuna la, aunque no inesperada, violenta siempre acometida de sus adversarios.

Persistía la niebla en las cumbres de Alduides; y Reille, cuyos guías, por miedo ó por desconocimiento de aquellas escabrosidades, se resistian á dirigir la marcha, las abandonaba á las diez de la mañana descendiendo por el portillo de Mendichuri á Espinal, al tiempo en que pasaban la caballería y artillería que iban á retaguardia de las dos divisiones de Clausel. También en pos de ellas iba Soult hasta que, llegando á Vizcarret, descubrió alguna fuerza inglesa que, mandada por el coronel Wilson, iba cerrando la marcha de las de su general Cole. Cargáronla los franceses de van-

guardia, especialmente un escuadrón que se dirigió á envolverla por un flanco; pero lo rechazó valientemente, como á los que la atacaban en su misma línea de retirada, con lo que pudo Cole establecerse en las próximas alturas de Linzoaín, donde, para mayor seguridad, se le unió Picton con su división y la noticia de que Campbell había llegado á Eugui y la 3.ª división, situada en Olagüe, estaba ya en Zubiri dispuesta á apoyar sus movimientos. Aun así, la desigualdad de fuerzas era considerable; Soult hacía maniobrar parte de las suyas ocupando alturas que comprometerían la suerte de los aliados si no tomaban, á su vez, posiciones en que pudieran unirse todos y ofrecer una resistencia afortunada, y Cole hubo de retirarse á otras que separan el Erro del Arga, donde se dispuso á combatir de nuevo.

La posición es muy apropiada para una acción como la á que se destinaba, por lo eminente é infranqueable: asomaban además, por la parte de Eugui los portugueses de Campbell amenazando, aunque de lejos todavía, con caer sobre el ala derecha de los invasores; y Soult, sólo vagamente informado de lo que Drouet andaba ejecutando en Maya y el Baztán, se detuvo, dejando el atacar para el día siguiente, error que quizás causó el fracaso de su expedición (1).

---

(1) «Ese retardo, dice Napier, por parte del general francés, no parece acertado. Cole estuvo cinco horas abandonado á sus propias fuerzas. Cada combate parcial, aumentando el número de los heridos y la confusión en su retaguardia, hubiera aumentado también las dificultades de la retirada, estando, á más, las tropas cansadas de tan continuados combates y de una marcha de dos días y una noche.

La falsa marcha de Reille, ocasionada por la niebla, había disminuido las probabilidades del éxito, fundado en las primitivas combinaciones con los solos movimientos del Cuerpo de D'Erlon; pero los partes de la noche, al revelar la triste cer-

Esa parsimonia de Soult dió lugar á que aquella noche se retirara Cole tranquilamente á Zubiri, y de allí lo hicieran él y Picton, á quienes se incorporó también Campbell, y, por fin, continuando su marcha retrógrada, se establecieran convenientemente en las posiciones del frente de Villava para cerrar las avenidas de Pamplona y cubrir las operaciones de su bloqueo. Los franceses fueron en seguimiento de los aliados; Reille por la izquierda del Arga desde Zubiri, y Clausel por la derecha, resuelto Soult á, con D'Erlon ó sin él, acometer su empresa antes de que acudiera Lord Wellington á estorbársela. Si antes llegaba Hill á reforzar á sus colegas, sería como vencido ya y perseguido de cerca por Drouet; y, aun reunido todo el ejército aliado, se encontraba Soult con aliento y medios suficientes para ofrecer al generalísimo inglés una batalla en que decidir aquella primera parte de la campaña.

Llegan unos y otros frente á Pamplona.

Veamos qué podía haber de probable en todo eso; de exactitud en los cálculos respecto á la cooperación de las fuerzas de Dronet, y respecto á las esperanzas de éxito que cupieran en el ánimo del Mariscal francés.

Combates en el Baztán.

Al acometer D'Erlon la entrada en España por Urdax contaba, según llevamos dicho, con 21.000 hom-

---

tidumbre de que ese general no había cumplimentado tampoco sus instrucciones, debieron hacer pensar á Soult que no le quedaba otro recurso, para alcanzar su objeto, que el de atacar con vigor y celeridad.»

Southey supone que entonces Soult desconfió del resultado de la jornada. «Los acontecimientos de aquel día, dice, abatieron la confianza del Mariscal Soult (the events of that day abated Marshal Soult's confidence), y le hicieron comprender cuan poco debía esperar el triunfo contra tales tropas y tal jefe.» Napier, sin embargo, supone que, si fuera eso cierto, lo desmintió Soult con la orden de avanzar y con sus nuevas instrucciones á D'Erlon.

bres, de los que 600 de á caballo, repartidos en tres divisiones mandadas por los generales D'Armagnac Abbé y Daricau. Teníalas situadas en la línea fronteriza y en posiciones ocultas á la vista de los aliados, detrás de alturas próximas al puerto de Maya. Antes, con todo, había dispuesto que los guardias nacionales de Baigorri se mostraran por los desfiladeros de la cresta occidental de Alduides, amenazando con bajar de ella por el paso de Izpegui y otros inmediatos, por donde en 1794 había descendido al Baztán el general Moncey. Fuese por negligencia en los servicios de las avanzadas, fuese por no esperarse un ataque próximo, nada se había hecho en las tropas de Hill para prevenirlo ó rechazarlo. El general Stewart que mandaba dos de las brigadas inglesas establecidas en primera línea, se hallaba tan desprevenido ó confiaba tanto en la vigilancia de los portugueses de Amarante respecto á los voluntarios de Baigorri, únicos de cuya acción tenía noticia, que se había trasladado á Elizondo, cuartel general de su inmediato jefe. Mas llegó la hora del día 25 en que se iniciaba el ataque general del ejército francés en la frontera; y Drouet hizo avanzar la división D'Armagnac sobre su izquierda para, ligando sus movimientos con los de los Baigorrianos, caer á espaldas de Maya, la de Abbé hacia el mismo flanco en apoyo de la que la precedía y la de Maransin de frente por el camino de Maya, pero en combinación con la anterior y sin dejar, por eso, de extender su derecha al monte de Atchiola, extrema izquierda de la línea inglesa. En ésta cubrían sus más fuertes posiciones, Amarante, según llevamos expuesto, frente á los pasos de Alduides, la brigada Pringle de la división Stewart, los desfiladeros, el de

Aretesque principalmente, á que se dirigía D'Armagnac, y la del coronel Cameron, el puerto de Maya y el paso del camino que va al pie de Atchiola á unirse luego al general que lleva á Elizondo.

D'Armagnac sorprendió las avanzadas inglesas por exceso de confianza en ellas, según tenemos dicho, ó por haberse dormido sus centinelas más adelantados (1). Una gran guardia inmediata, así como algunas compañías de cazadores que debían sostenerla en un monte que ocultaba los movimientos de la división francesa, fueron arrolladas, retirándose con muy sensibles pérdidas. Acudió á sostenerlas el general Pringle, pero con el desorden que es de presumir en sus tropas, sorprendidas también con el inesperado é imponente cañoneo roto por los franceses en lo alto del puerto y contestado por cuatro piezas portuguesas emplazadas en él para defenderlo. Avanzando unos tras otros y sin la formación apropiada, acudieron los regimientos de Pringle, que también fueron fácilmente rechazados al llegar sin aliento á la línea donde se combatía. Atento Cameron

(1) El general Chaby nos da noticias muy curiosas sobre esa sorpresa. «Dice el conde de Toreno, así se explica el historiador portugués, haber resultado aquella momentánea pérdida de las posiciones de los aliados del descuido de algunos vigías que, adormecidos por efecto de las fatigas y el calor del día, permitieron á los de Drouet aproximarse á ellos sin sentirlos. El respetable Sr. general de división, marqués de Sa da Bandeira, en aquellos tiempos, de que conserva memoria viva, uno de los más valientes oficiales subalternos de la caballería portuguesa, nos confirma la curiosa noticia de Toreno sobre la somnolencia de los descuidados vigías y nos asegura que no sólo fué tal estado debido á las fatigas y al calor del día, sino en mucha parte á una especie de traición ó ardid de los franceses, que arteramente enviaron aldeanos de la frontera al puerto de Maya y sitios próximos en que estacionaban los aliados para ejercer sobre ellos peligrosa tentación ofreciéndoles, como en natural é inocente comercio, bebidas alcohólicas en abundancia y casi gratuitamente».

desde Atchiola á cuanto pasaba en su derecha, envió en socorro de los regimientos derrotados el 50.° de su brigada que, cargando con grande energía, rechazó á la columna francesa que encontró primeramente y la arrolló hacia las demás que habían ocupado el puerto y descendían de él por el camino de Elizondo. Pero era tan desproporcionado el número de los combatientes en aquella primera línea, que aun cuando Cameron, arrojando á ella otros dos de sus regimientos y la artillería portuguesa, llegó á contener por un momento á los invasores, fueron al fin aquellos dos cuerpos precipitados de la altura, horriblemente destrozado el 92.° cubriendo con sus muertos el campo, y presa del vencedor la artillería que defendía el paso. Al tener Stewart noticia de lo que pasaba en Maya y al acudir á su puesto, había pedido refuerzos de la 7.ª división, una de cuyas brigadas, la de Barnes, dejó su posición de Echalar para con su general á la cabeza y, después de rechazar á los franceses, reunirse á Stewart junto á Atchiola y obligarlos á retroceder desde la proximidad del pueblo de Maya á lo alto del puerto. Drouet entonces creyó que los que acababa de vencer habían recibido refuerzos que pudieran comprometer su descenso de Maya, dominado de las alturas que por todas partes estrechan el camino que iban á recorrer sus tropas. Para emprenderlo de nuevo, necesitaba su artillería toda que, como sus repuestos, iba muy retrasada por el mal estado de la vía, con lo que dió tiempo á los aliados para reponerse en parte del descalabro acabado de de sufrir. (1)

(1) Napier representa la conducta del 92.° como digna de los defensores de las Thermópylas y parece no rechazar la idea, expuesta por algún otro, de que fué tal la carnicería en el

En ese lapso, que se extendió por todo el día siguiente y según «Victorias y Conquistas» fué causa (para los franceses) de grandes desgracias, el general Hill recibió noticias y órdenes que le hicieron abandonar sus posiciones del puerto de Maya. Las noticias dieron á conocer la marcha de Soult desde su entrada por Roncesvalles y el peligro que él corría si, desde Alduides, se les flanqueaba y aún, como era posible lo hiciera Reille, se le envolvía desde Velate y Donamaría. Las órdenes, y nadie más que Lord Wellington podía dárselas, le prescribían el abandono del Baztán y la urgencia de reunir sus tropas á las que cubrían el sitio de Pamplona. (1)

Maniobras de Wellington.

Wellinton, con efecto, se hallaba en Lesaca cuando Soult inició su entrada por Valcarlos y, ¡coincidencia, si no rara en una campaña estratégica, comprometedora siempre!, el día mismo en que las tropas de Graham, cuya acción observaba desde allí, eran rechazadas al asaltar las brechas de San Sebastián.

---

choque de aquel regimiento, *que el enemigo se vió detenido por los montones de muertos y moribundos.*

Por su lado Southey dice que *el 32.° perdió más de la tercera parte de su número y el batallón 92.° fué casi totalmente destruido.*

Los aliados perdieron en toda aquella acción 1.400 hombres muertos ó heridos y las cuatro piezas portuguesas: los franceses, escribía Soult, sobre 1.500 y 1 general, pero eleva las bajas de sus enemigos al número de 1.800.

(1) Si se atiende á los despachos expedidos por Wellington á Bathurst y á nuestro ministro de la Guerra, la resolución de retirarse de Maya habría sido espontánea en el general Hill; pero alguna razón hay para suponer que, sin la orden de su jefe, no se hubiera atrevido aquel general á tomar decisión tan grave. Wellington dice que supo el ataque del Baztán la noche del 25 al 26. Se ha visto que ese segundo día se mantuvieron sin hostilizarse franceses é ingleses; luego Hill tuvo tiempo para recibir órdenes de Wellington que estaba á 18 kilómetros de Santestéban, donde se hallaba Dalhousie con la 6.ª división, y á 29 de Elizondo, donde Hill con su cuartel general. Tuvo, pues, el Generalísimo todo el día 26 para dictar sus órdenes y

Aun con ese contratiempo, el Lord, comprendiendo que no era en aquel lado donde amenazaba el peligro de sus posiciones sino en el opuesto de la línea, y haciendo suspender el sitio de San Sebastián y resguardar la mayor parte del material empleado hasta entonces en él, se trasladó inmediatamente á Almandoz, de donde se ponía á la vista de las tropas de Hill y podía dirigirse á cada momento, en pocas horas y sin obstáculos, al campo de las de Picton y Cole en las cercanías de Pamplona. Dictadas allí nuevas órdenes á unos y otros de sus generales, se trasladó á Lanz, de donde dispuso que sin perder momento hiciese el primero repasar la cordillera á la artillería de las divisiones Ligera y de Amarante y se pusiera luego en movimiento con todas sus fuerzas en la misma dirección conduciendo las más inmediatas á su cuartel general por Almandoz, esto es, por Velate, y las de Dalhousie por Donamaría. A la vez dispuso también que estas últimas, como varios otros cuerpos, la división Ligera entre ellos, se estableciesen en Lizaso, Zubieta y Lecumberri, con la intención, bien se ve, de conservar la comunicación con Graham, sin perder la del cuartel general que el 28 al principiar la tarde, se hallaba en las alturas de Villalba.

---

hubo tiempo para que se ejecutasen, mucho más al trasladarse él á Almandoz, donde se hallaba aquella misma tarde.

Napier, sin embargo, dice textualmente: «Hill, retirando todas sus tropas durante la noche, situó las brigadas inglesas que habían tomado parte en la acción, así como la brigada de infantería portuguesa con una batería en las alturas de retaguardia de Irueta, (¿Irurita?) á quince millas del campo de batalla y dejó la otra brigada portuguesa á vanguardia de Elizondo; cubriendo así el camino de Santestéban por la izquierda, el de Berderíz por la derecha, y el desfiladero de Velate á las espaldas.»

Ya el 25 había escrito Wellington al conde de La-Bisbal, que suponía que el general D. Carlos de España se habría puesto, según le había mandado, á sus órdenes; pero que, hubiese ó no llegado, él con la mitad de la infantería empleada en el bloqueo de Pamplona, se dirigiera á Zubiri á ponerse en comunicación con los generales Picton y Cole, á quienes creía en Engui y Linzoin respectivamente. Incluísale, además, una carta para el general Sir S. Cotton, con la orden de llevar á Pamplona su caballería, establecida en Tafalla, y le ordenaba también escribiera á Mina á fin de que, satisfaciéndose con bloquear el castillo de Zaragoza, se acercase al cuartel general con su infantería y la de Durán. (1)

El conde se había anticipado á los deseos de su Generalísimo, con quien, nos sorprenden autores para nosotros respetables, diciéndonos que no se hallaba en cordiales relaciones. Sea de ello lo que quiera, el general O'Donnell había hecho el 26 levantar tiendas á sus divisiones de infantería; y, confiando á la 2.ª del 4.º ejército y á las escasas fuerzas que aquel día cubrían el servicio de trinchera al frente de la plaza, mantener el bloqueo, estableció «la primera brigada de su primera división en el alto de San Miguel entre Villaba y Huarte, la segunda á su izquierda en la embocadura del valle

(1) Je vous prie aussi, le decía, d'écrire á Mina, á Saragosse, et de lui dire ce qui se passe de ce côté-ci. Il me parait que, pour le présent, il devrait se contenter du blocus du fort de Saragosse; et qu'au moins, avec son infanterie et celle de Durán, il devrait se rapprocher de nous.

A pesar de ser un O'Donnell La-Bisbal, Wellington le escribía siempre en francés.

de Sorauren, y la segunda división en el último de dichos pueblos». (1)

Batalla de Sorauren.

Por rápida que fuera la marcha de las tropas de Hill, cuando Lord Wellington se presentó en los altos de Villaba anunciando su llegada, que saludaron con el mayor entusiasmo todas las tropas desde las posiciones que tenían ya ocupadas, no podía estar acabada la formación del ejército entero de los aliados (2). Afortunadamente, tampoco podían tomar parte en la acción, que no tardó en entablarse, las tropas de Drouet que, detenidas en Maya todo el día 26, aún el 27 andaban muy retrasadas en seguimiento de las de Hill. Y como no eran muy desiguales en número las de los que acababan de disputarse el Baztán, las que cubrían el bloqueo de Pamplona y las de los que intentaban su levantamiento, no dejarían igualmente de ser proporcionadas en su fuerza, con lo que su suerte no dependería sino

(1) Así lo dicen los Señores Manso y Jiménez Palacios.

(2) Napier dice, que al llegar Wellington á Sorauren, echó pie á tierra, y en el pretil del puente dictó por escrito sus nuevas instrucciones que llevó á los cuerpos su ayudante Lord Fitzroy Somerset. Y, al decir que el generalísimo se dirigió seguidamente á la montaña próxima, añade: «Uno de los batallones portugueses de Campbell, el primero que vió al general en jefe, estalló en gritos de alegría; sus aclamaciones, repetidas por los regimientos próximos, extendiéndose á toda la línea, se hicieron generales y se convirtieron en ese grito terrible y formidable que los soldados ingleses tienen costumbre de hacer oir antes de la batalla y que jamás ha oído sin emoción el enemigo. Lord Vellington se detuvo al momento en un punto elevado de donde se le podía ver fácilmente, porque deseaba que los dos ejércitos pudieran tener conocimiento de su llegada, y un hombre conocido por ser doble espía, que se encontraba allí por casualidad, le señaló á Soult, á tan corta distancia en aquel momento que se podían distinguir sus facciones.

Y por cierto que añade Napier: «El general inglés, fijó con atención la vista en su ilustre adversario y exclamó como si hablase para consigo: *Tenemos frente á nosotros un gran general; pero es tan prudente como hábil y diferirá seguramente su*

de la más ó menos acertada elección de sus posiciones y de la mayor ó menor habilidad de sus caudillos.

El terreno en que iba á tener lugar el combate ha sido perfectamente descrito por los oficiales de nuestro Estado Mayor señores Manso de Zúñiga y Jiménez Palacios. «Al NE., dicen, y á poco más de media legua de Pamplona, vénse los pueblecillos de Villaba y Huarte, que simétricamente colocados al pie del alto de San Miguel, y bañados por el Ulzama el primero, y por el Arga el segundo, cierran las embocaduras de los valles de estos ríos, llamados en aquel punto de Sorauren y Esteribar.» **El campo de batalla.**

«Sirve de límite E. al valle de Esteribar una serie de montes que se extienden hasta Elcano, tomando los nombres de los pueblos que se hallan á su pie, y de los cuales el más inmediato á Huarte es el de Urbicaín. Forma igualmente su límite O. y á la vez E. del de Sorauren un estribo del Pirineo, que partiendo del pico de Eusechi, en cuyas faldas se hallan por un lado el pueblo de Lanz y por otro el de Zubiri, da origen en

---

ataque para conocer la causa de estas aclamaciones; ese plazo dará á la 6.ª división tiempo para llegar y tendré esa ventaja. Lo que hay de cierto es que aquel día el general francés no acometió ningún ataque serio.»

Eso lo veremos inmediatamente.

El general Chaby, al recordar el entusiasmo con que fué saludada la presencia de Wellington, recibido en el campo de los portugueses con las exclamaciones de ¡Douro! ¡Douro!, expresión familiar con que le designaban, describe la figura del célebre generalísimo y el traje que acostumbraba llevar en campaña. Y lo hace así: «Sin desenvuelta robustez, de formas y estatura regulares, llevaba Wellington su habitual uniforme de campaña, que consistía en una cumplida casaca (*casaco*) de color ceniciento, abotonada hasta el cuello (percouço); sombrero cubierto de hule; calzón también ceniciento y botas ó polainas de cuero abotonadas al costado; pendíale de una cinta un ligero sable con empuñadura y guardas de acero.»

las inmediaciones, y al NE. de Sorauren, al alto de Espicudia, y sigue á este alto el de Larzabal, que limitado por ambos ríos presenta una áspera vertiente por el lado del Arga, y otra más accesible por el del Ulzama. Este alto se halla separado del anterior por un profundo barranco que, algo elevado en su centro, conduce las aguas á los pueblos de Zabaldica y Sorauren, situados en las vertientes opuestas, y se une suavemente al alto de San Miguel.»

«Los dos estribos próximos y paralelos á los que acabamos de describir, que estrechan las cuencas del Arga y el Lanz, son algo menos elevados: el primero termina en Elcano, como hemos dicho; y el segundo, después de bifurcarse en la confluencia del Lanz con el Ulzama, concluye poco más al S. de Sorauren, dejando un ancho valle entre él y el monte de San Cristóbal, por el que va un camino que conduce á Marcalain y Lizaso. Dicho monte, que se extiende de NO. á SE. desde los Berrios hasta Villaba, eleva su cima más de mil pies sobre la llanura, y forma en este punto el límite O. del valle de Sorauren. Todo este terreno estaba cruzado de sendas; pero eran pocos los caminos de herradura que ponían en comunicación los dos valles.»

Posiciones de los aliados

El ejército aliado, según Lord Wellington, situó la 3.ª división en Huarte, extendiendo su derecha hasta más allá de las alturas de Olaz y Gorraiz, mientras la izquierda, en que formaban la 4.ª división, la brigada Byng y la portuguesa de Campbell, se establecía frente á Villaba apoyando su izquierda en la capilla (de San Salvador?) que se eleva á espaldas de Sorauren en el camino de Ostiz á Pamplona que naturalmente dominaba, como la derecha dominaba el de Zubiri y Ron-

cesvalles. La división Morillo y las del conde de La-Bisbal, que habían dejado el bloqueo de Pamplona, formaron la reserva exceptuando los regimientos de Pravia y el Príncipe que ocuparon parte de una altura á la derecha de la 4.ª división inglesa, destinados á defender el camino de Zubiri. La caballería de Cotton se situó á la derecha de Huarte, único terreno en que podría maniobrar en todo aquel vasto campo de batalla. Así, todos los cuerpos se hallaban apoyándose mútuamente, y los de la izquierda en comunicación con los que se había hecho subir del Baztán á Lanz, Lizaso y Zubieta para cubrir la carretera de Pamplona á Lecumberri, Tolosa y San Sebastián.

Antes de haberse establecido definitivamente las tropas en esas posiciones, habían maniobrado de una á otra según el orden en que llegaron y las variaciones que las habían impuesto Picton y Cole, haciéndolas cambiar en la línea general hasta que se presentó Lord Wellington.

Las de los franceses.

Soult, á su vez, al desembocar del valle de Zubiri y avistando á los aliados, había comprendido la importancia de la posición que ocupaban los españoles en la extrema derecha del centro aliado, que, dominada, le proporcionaría el flanqueo de las demás y más fácil comunicación con los defensores de Pamplona. Así es, que dispuso que inmediatamente se asaltara aquella posición por las primeras tropas que se adelantaban en el camino de Zuburi. La posición era fuerte aun no teniendo la altura de otras próximas, y el regimiento de Pravia, que tenía en reserva al del Príncipe, la defendió bravamente, dando carga tan vigorosa á los asaltantes, que su general abandonó la idea de insistir por enton-

ces en su ataque. No sin razón dice un historiador inglés, y en ello hace justicia á nuestros compatriotas, que «aquél fué para Soult el golpe del destino.» (1).

Entretanto, la guarnición francesa, valiéndose de la ausencia de las tropas de La-Bisbal, que, á pesar de cuántos ardides se emplearon para ocultarla, no tardó en descubrir, se preparó á hacer una salida en que procurarse la comunicación con el ejército de Soult, cuya proximidad le anunciaba el fuego de las guerrillas de una y otra parte por el camino de Zubiri. No eran bastantes para rechazarla las pocas fuerzas de la brigada Aymerich que quedaban del ejército de Reserva de Andalucía para continuar el bloqueo de la plaza; así es que fueron en un principio arrolladas por los franceses en su salida. Pero acudió el general España que acababa de llegar con su división y metió á los enemigos

(1) Con el regimiento de Pravia, ¿estaba uno portugués al tiempo de aquel combate? Es una cuestión esa que exige algunas aclaraciones en honor de ambas naciones peninsulares. Wellington, en su parte, dice terminantemente que la altura estaba ocupada por un batallón del 4.° regimiento portugués y el español de Pravia, que después reforzó con el del Príncipe y el 40.° inglés. Claro es que mantienen la misma relación Southey, Camden y la mayor parte de los historiadores ingleses, de los que esos citados no hacen sino seguir al Lord, excepto Napier, que *sólo nombra á los dos regimientos españoles*. El portugués da Luz Soriano, que generalmente se hace eco de Napier, sin dejar de mencionar antes al batallón del 4.° portugués como incorporado al ejército español, dice al recordar aquel ataque: «El mariscal Soult, teniendo así establecido su ejército, intentó el 27 ganar la importante altura ocupada por los españoles, situada ante el centro de la línea enemiga. El ataque emprendido por él fué vigoroso; pero los atacantes fueron valientemente rechazados en el mismo momento en que Lord Wellington llegaba al campo de batalla, mandando luego reforzar el punto atacado con el regimiento inglés núm. 40». Chaby se pone de acuerdo con Lord Wellington, como, entre los historiadores españoles, el conde de Toreno que llega hasta convertir el batallón portugués en todo un regimiento.

En vista de todo eso y aun chocándonos esa junta de un

en la plaza, causándoles pérdidas considerables y recobrando las piezas que por un momento habían caido en poder de ellos. Los de La-Bisbal pudieron, pues, continuar en las posiciones que Picton les había señalado, y trasladarse después á las de la segunda línea de batalla que les marcó Lord Wellington al presentarse en el campo aliado, sin tener que preocuparse de la suerte de sus camaradas del bloqueo de Pamplona que no volvió á ser interrumpido.

Desquite de aquel revés, y no ligero desde el momento en que con él inauguraba función de tanto empeño, debió parecer á Soult la ocupación de la aldea de Sorauren momentos después de haberla abandonado Wellington al separarse del puente en que escribió las disposiciones que hubo de inspirarle el espectáculo del campo de batalla. No le fué, sin embargo, dable el continuar la ventaja que pudiera proporcionarle su marcha arrebatada al frente de la línea enemiga aun ensayando el penetrarla por algún punto que el fuego de sus tropas pudiera dejar á descubierto, porque una tempestad,

---

batallón portugués con un regimiento español, teniendo éste á su inmediación el del Príncipe, querríamos no resistirnos á lo que Wellington (que no presenció el ataque) consigna, al parecer, con tanta seguridad, base de todas las demás opiniones menos la de Napier, que creemos se halló en aquella batalla, y lo querríamos, ya que las armas lusitanas pelearon unidas en tantas batallas campales de una lucha, los frutos de cuyo éxito conducían al triunfo de una misma causa, la de la independencia de la Península. Pero se nos viene á la vista el escrito de los señores Manso y Palacios, que nos parece aún más terminante que el de Napier. «El de Pravia, dícese en él, se cubrió de gloria en la defensa de esta posición; rechazó, auxiliado solo (sólo) por el del Príncipe, á las numerosas columnas que la atacaron, causándoles grandes pérdidas, y las hizo desistir por aquel día de probar nuevamente la fortuna.»

Esos nuestros compañeros han sido los últimos en historiar aquel suceso. ¿De qué datos se valieron para ello? Lo ignoramos.

«precursora ordinariamente, dice Napier y es cierto, de los combates librados por los ingleses en la Península», puso fin al de aquel día, al punto también en que las tinieblas de la noche cubrieron el campo de la más profunda obscuridad. El día 27 terminaba, pues, presagiando para el siguiente sucesos nada favorables á las armas francesas.

Reforma de las posiciones.

Soult, al ocupar Sorauren, llevaba recorrido todo el frente de los aliados estudiando sus posiciones y midiendo sus fuerzas. Éstas, después de ejecutadas las órdenes del Lord, ocupaban una extensión de cuatro kilómetros próximamente, establecidas en fuertes posiciones, si no tan elevadas como las que ocuparía el ejército francés á su frente, bien cubiertas por los occidentes del terreno y flanqueadas por el Ulzama y el Arga en las dos vías más expeditas para su comunicación con Pamplona. La división Cole ocupaba la altura que domina á Sorauren en la izquierda del Ulzama y se dilata hacia Zabaldica, coronada en su extremo occidental por la ermita de San Salvador, y defendida en su falda, muy pendiente y rocosa, por un profundo barranco. En las faldas posteriores, todas muy irregulares, sobresalía una posición junto al lugar de Arleta que flanqueaba el camino de Zubiri, azotado también algo más á retaguardia por una batería que se emplazó en un contrafuerte más inmediato aún al Arga. Punto de unión con las posiciones de la derecha, cubiertas por Picton y Morillo y las de Cole en el centro de la línea general, podía considerarse la que tan gallardamente habían defendido los españoles, sostenida en su izquierda por la brigada Ross observando el valle del Ulzama con un batallón portugués que le precedía situado junto á otra er-

mita. A la derecha de Ross campaba la brigada Campbell, apoyada á retaguardia y en su flanco por la de Anson, y la de Byng se estableció también en un terreno alto, sirviendo como de reserva de todas aquellas fuerzas.

Consideradas como en segunda línea; pero formando la derecha de las posiciones de los aliados á unos cuatro kilómetros, retrasadas pero dentro también de los dos ríos citados al unir sus aguas entre Villaba y Huarte, formaban las fuerzas de Morillo desde Villaba á San Miguel de Miravalles, cuyo nombre parece indicar su posición entre los de Zubiri y Lanz, y á su derecha las de Picton extendiéndose á Gorraiz sostenidas por una gran batería establecida junto á ese pueblo, y las brigadas de caballería de Sir Stapletton Cotton para, como expusimos al describir las primeras posiciones, cerrar las avenidas de Pamplona. En la importantísima altura de San Cristóbal, donde últimamente se ha construido la gran fortaleza de ese mismo nombre como principal sustentáculo del sistema defensivo de aquella plaza, se establecieron las divisiones del ejército de reserva de Andalucía, si como continuación de la segunda línea, con la misión, además, de apoyar el bloqueo de Pamplona mantenido por la división del general Don Carlos de España.

No por la inspección de ese vasto campo cubierto de tropas tan acreditadas por su valor y, sobre todo, su solidez, campo verdaderamente formidable, se arredró el mariscal duque de Dalmacia, que acostumbrado á espectáculos no menos serios y observando el entusiasmo de sus tropas, muy superiores además en número á las del enemigo, no habría de cejar en empeño para él

de tanta importancia. Tomó, pues, apoyando su línea en la recién conquistada Sorauren, una posición proximamente paralela á la izquierda inglesa, ocupando las montañas opuestas que se elevan enfrente y que, separadas por el barraco de que antes hemos hecho mención, se extienden hasta Zabaldica, esto es, de un valle al otro, del de Lanz al de Esteribar ó Zubiri. En Sorauren, apoyaban su derecha las tres divisiones de Clausel; á su izquierda se situaron dos de Reille con su izquierda en Zabaldica, pero llevando la otra al lado opuesto del río para con una división, también de caballería, amenazar á Picton y ver si podrían comunicar con Pamplona. Plantáronse varias piezas de artillería en las heras de Zabaldica; pero visto que, teniendo que disparar con muy grande elevación, harían muy poco efecto en las fuerzas enemigas establecidas en las montañas opuestas, hubo Soult de no hacer avanzar una gran parte de su tren por el camino que iban recorriendo en el valle de Zubiri.

Así constituidas las dos líneas de aliados y franceses, ofrecíase á sus respectivos jefes el arduo problema de hacer llegar á ellas los cuerpos que, procedentes del Baztán, marchaban unos en pos de otros para dar á sus banderas una superioridad que decidiese el éxito que iba á disputarse. Y como lo verosímil, lo más probable era que los ingleses fueran los primeros en presentarse, comprendió Soult que de la prontitud en su acción y de la energía con que se ejecutase, dependería el que la coronara la fortuna. Así, pues, si el plan de que hemos dado cuenta le pareció acertado bajo el punto de vista estratégico, confirmólo con el de táctico en el campo ya en que iba á desarrollarse y decidirse, al menos en

su parte primera y más importante. Puesto en Sorauren, si no lograba hacer levantar el bloqueo de Pamplona, convendríale, después de todo, caer sobre San Sebastián, batir á Graham, y, socorrida la plaza guipuzcoana, establecerse de nuevo en la frontera con más facilidad y menor peligro que días después lo intentara al incorporar en su ejército las divisiones de D'Erlon. Pero maniobrando por el valle de Ulzama y puesto á caballo de la carretera de Tolosa, podría, si se adelantaba al arribo de las tropas de Hill, aspirar á la realización de todo su pensamiento. Envolviendo la posición eminente ocupada por Cole en la extrema izquierda de los aliados, coronada por la ermita de San Salvador y, una vez en ella, no sólo arrollaría toda la línea lanzándolos lejos de Pamplona, sino que cortaría su comunicación con los del Baztán impidiéndolos engrosar sus filas por mucho tiempo. No contaba con la celeridad que imponían las órdenes del Lord á su teniente más activo, ni con las precauciones tomadas para que no se interrumpiese su marcha; mucho menos con la lentitud del que, aun gozando de toda su confianza, ni le había secundado en su invasión con la del Baztán, puesta á su cargo, ni conducídose con la actividad necesaria al emprender la concentración, que también se le había impuesto, con su general en jefe junto á la plaza que se pretendía socorrer.

Con efecto, el general Hill, al emprender la retirada del Baztán, había dirigido la 6.ª división, establecida en Santestéban, por el puerto de Donamaría, de donde y por el valle de Lanz, por Lizaso, para seguir las instrucciones que había llevado á su jefe lord Fitzroy Somerset, se trasladó á Marcalaín, rodeo que había acon-

sejado á Wellington la ocupación de Sorauren por el mariscal Soult. Hill, por su parte, llegaba á Lanz la noche del 27 al 28, é incorporándose la caballería ligera de Long, destinada entonces á conservar la comunicación de Pamplona con San Sebastián, se establecía junto á Lizaso la mañana de aquel segundo día; con lo cual quedaban cubiertas la línea de Lanz á Marcalain y, de consiguiente, todas las comunicaciones del ejército de Lord Wellington con las tropas de Guipúzcoa ocupadas en el sitio de San Sebastián y el Bidasoa.

Ignorando eso y aun temiéndolo, pero queriendo por lo mismo anticiparse á una maniobra del enemigo que pudiera desbaratar un plan tan meditado y á punto ya de obtener su objeto, el tan experto como hábil mariscal francés cruzó el Lanz, y desde las alturas que aparecen así como prolongación de las ocupadas por los ingleses, pudo apreciar la posibilidad de envolverlas. Supo, además, de algunos desertores ó extraviados del campo contrario, la marcha de las divisiones de Hill, con tanta ansiedad esperadas, y hasta que no se hallaban ya lejos la 6.ª y 7.ª en el camino de Lanz á Marcalain. Así que, después de establecer las de Clausel á un lado y otro de Sorauren, una en la derecha del río con la orden de, al darse la señal, avanzar en masa por el valle agua abajo y, variando á la izquierda, atacar por la espalda la posición de Cole, mientras las otras dos formaban en el lado opuesto para atacarla de frente; después también de disponer que dos brigadas de las de Reille ganasen la altura que se eleva á la derecha de Cole y ligaba la posición de éste con el resto de la línea inglesa, apoyadas por las demás del mismo cuerpo; y después, por fin, de hacer que la división de

infantería y la de caballería enviadas á la izquierda del Arga amenazaran á Picton para que no distrajese sus fuerzas socorriendo á Cole, el mariscal Soult prescribió así como por punto general, á los jefes que iban á secundarle, *que lanzaran sus tropas al combate decidida y simultáneamente* (1).

Se rompe la acción.

Era ya medio día cuando el 28, y expedidas las órdenes á que acabamos de referirnos, formaban las tropas francesas al pie y al frente de la posición de Cole para asaltarla al oir la señal que se había quedado en darlas. Impacientes, sin embargo, las que Clausel tenía en la derecha del Ulzama, sea por estímulo al escuchar el fuego de las avanzadas que iban esparciéndose por las faldas de la posición de Cole, sea por el entusiasmo que debía producirles su misión, la más interesante como la más comprometida de la jornada, se precipitaron formadas en masa al valle, precedidas de una nube de tiradores que, cruzando el río, se pusieron á escalar la altura ocupada por el enemigo.

Combate en el Ulzama.

Las columnas no hallaron al romper la marcha obstáculo alguno; pero flanqueada ya la posición de Cole y al empezar su ataque envolviéndola, apareció por su derecha una brigada portuguesa de la 6.ª división, que desde Marcalain, adonde había llegado aque-

(1) Esas disposiciones y la orden con que las terminaba, constan del escrito de Napier que, como es sabido, cultivaba una estrecha amistad con Soult desde que el célebre mariscal francés estuvo en Londres. Por eso puede observarse en el historiador británico una que hay que calificar cien veces de verdadera parcialidad en favor del que tantas hubo de combatir en las campañas de la Península, ya valiéndose de sus manuscritos, ya de sus opiniones.

No le motejamos por eso: lo manifestamos para dar, por el contrario, autoridad á sus escritos en lo que se refieren á las ideas y á las operaciones del tan discutido Duque de Dalmacia.

lla mañana, se había corrido al alto de Larroy y rompió el fuego sobre el flanco y la retaguardia de las masas francesas. Detrás de los portugueses, y por los mismos sitios, se presentó también la 6.ª división, dirigida por Dalhousie y gobernada por Pack y, herido éste por Packenham y Right; la cual, descendiendo al valle, formó en batalla con su derecha en Oricain y haciendo frente á los de Clausel que, así, quedaron cortados cuando pretendían envolver aquel extremo de la línea de los aliados. Tan fué así, que oprimidas las columnas francesas por los portugueses en un flanco, por dos brigadas inglesas que Cole hizo descender de su posición en el otro, y atacadas de frente por la 6.ª división que les había salido al encuentro, tuvieron que retroceder río arriba, cubriendo, eso sí, el terreno con sus cadáveres y los de los anglo-portugueses sus contendientes.

Ataque de la posición de Cole.

No habían de mostrarse expectadoras pasivas de aquel revés las otras divisiones de Clausel. La segunda, más próxima á la tan maltratada en el valle y anhelante por favorecer á sus camaradas y desembarazarlos de aquel triple ataque, acometió de frente el asalto de la altura enemiga en que descollaba la ya citada ermita de San Salvador, extrema izquierda de la división Cole, El ataque fué como de quienes tan acostumbrados estaban á habérselas con sus flemáticos é imperturbables adversarios de Talavera, cuyo aniversario iban á celebrar, de Fuentes de Oñoro y Salamanca. Con el arma al hombro, esto es, sin disparar un tiro y en silencio, más imponente, en ocasiones, que la jactanciosa gritería y el ruido ensordecedor del fuego, ganaron la montaña hasta la ermita, de la que huyó un batallón de cazadores portugueses que en vano había intentado re-

chazarlos. Pero la fatiga de subida tan agria entre rocas y matorrales, y la presencia inmediata de la brigada inglesa de Ross, establecida en el revés de la montaña y á la que se unieron sus aliados momentos antes puestos en fuga, hicieron fracasar el asalto que, aun repetido por los franceses, acabó por hacerse infructuoso tanto como obstinado y sangriento.

Contribuyó más que nada al fracaso de la maniobra envolvente de la primera división de Clausel en el valle de Lanz y al del asalto de la capilla de San Salvador por la segunda, la falta de unidad en el ataque general proyectado por Soult. De haber sido simultáneo en toda la línea francesa, otro hubiera sido quizás su resultado. No es exacto que, como se ha dicho en Francia, la configuración del terreno impidiera el ataque de más de una división á la vez, obligando á las de Reille á sólo maniobrar en cargas sucesivas. El combate que vamos á recordar en las cumbres de la posición inglesa, demostró que no fué esa, sino la inoportunidad de las órdenes y la irregularidad en su transmisión, la causa de la forma en que se verificó el ataque y el malogro, según hemos dicho, que éste sufrió.

La ataca también Reille.

Las columnas que sucesivamente fueron las tropas de Reille formando al pie de la montaña ocupada por Cole, emprendieron el ataque envueltas en el humo del fuego de sus tiradores, pero con el mismo ardor y precipitación que lo había hecho la división de Clausel al asaltar la ermita. Su llegada á la cresta de la montaña fué coronada también de igual éxito, obligando á Ross y al regimiento portugués que formaba á su lado á retroceder, como entonces al principio para, reforzados por la brigada Byng y parte de la de Anson, enviadas

por Lord Wellington á la carrera, volver á la carga y, después de una lucha tenaz y larga, ya con el fuego ya con la bayoneta, en que, al decir de un historiador inglés, perdieron los regimientos de Anson más de la mitad de su gente, precipitar á los franceses á sus anteriores posiciones del otro lado de la montaña. Lo fuerte de la posición inglesa, escabrosa, cubierta de rocas, de entre las que salía un fuego imposible de contestar por los asaltantes en su rápida ascensión, ni por su artillería que, situada en terreno bajo, tenía que disparar, según llevamos dicho, por ángulos de elevación que lo hacían inútil; los refuerzos de tropas descansadas acudiendo oportunamente á combatir y rechazar á las diezmadas ya y abrumadas por la fatiga que las atacaban á pecho descubierto; todo eso y el talento peculiar de Lord Wellington para la elección de posiciones, su experiencia y la solidez de sus veteranos al defenderlas, hicieron infructuosos el valor, el ardimiento, aquella *furia* genial de los franceses y la innegable habilidad del duque de Dalmacia, su general en jefe en aquella jornada.

En Arleta. Porque, así como en la posición de Sorauren, lo mismo por la parte á que daba frente la línea francesa como por la que Clausel había intentado envolver y á duras penas pudo abandonar, acogiéndose á la izquierda del Ulzama, sufrieron los imperiales igual escarmiento en el centro y su izquierda, por los caminos más apropiados para conseguir su objeto, el de hacer levantar el sitio de Pamplona. Mientras en combinación con las tropas de Clausel asaltaba las posiciones de Cole la primera división de las de Reille, la segunda atacó la altura de Arleta, en que se mantenían los es-

pañoles que la habían defendido la tarde anterior. He aquí como los señores Manso y Jiménez Palacios describen aquel brillante episodio de la batalla de Sorauren.

«Rompió el fuego la artillería francesa situada en las eras del pueblo de Zabaldica, y después emprendieron la marcha dos fuertes columnas que, desplegándose al pie de la colina de Arleta en masas de batallón, la rodearon para subir á la cumbre, al mismo tiempo que lo verificaba por la derecha otra columna procedente de la primera división que venía faldeando el monte Larzabal (la posición de Cole), y combinadas las tres atacaron al regimiento de Pavía, que desde el día anterior permanecía guarneciendo aquel punto, y que, siguiendo la táctica de la víspera, esperó en el orden de batalla sin hacer uso de sus armas hasta que vió asomarse las primeras columnas enemigas; las recibió entonces con una descarga á quemarropa, introduciendo en ellas la mayor confusión; pero como las otras venían inmediatamente, se llegaron á cruzar las bayonetas, y el combate presentó todos los horrores de la lucha personal; se había perdido por completo el orden de formación; cada hombre se batía con el que tenía enfrente, sin ocuparse de los demás, y por ambos lados no se veía más que desconcierto, sangre y coraje. Nuestro heroico regimiento, admiración de los dos ejércitos, hubiera sucumbido en su lucha contra fuerzas tan superiores sin el auxilio de los del Príncipe y 40.° británico que, avanzando desde sus posiciones de la espalda, decidieron la contienda, obligando á los franceses á retirarse al pueblo en precipitada fuga.» (1)

(1) Y no es exageradamente encomiástica la versión de

Cuatro veces repitieron los franceses su ataque á la posición española y fueron otras tantas rechazados, haciendo recordar á algún inglés el trabajo de Sisyfo, á pesar de que los oficiales hacían avanzar á sus soldados cansadísimos arrastrándolos por el correaje, *tal era,* dice, *su firme resolución de vencer.*

En el Arga. Suerte igual tuvo la división de caballería que Soult había hecho cruzar el Arga con la tercera de Reille. Mejor que de ataque, tuvo su marcha el carácter de un reconocimiento de las posiciones de los aliados en su extrema derecha, por donde se pudiera llegar á Pamplona. Ya hemos dicho que por aquella parte campaba la caballería de Sir Stappleton Coton; y la carga puede decirse que se redujo á una fuerte escaramuza en que, obligado á retroceder el 10.° de húsares ingleses por deficiencia de sus armas de fuego, avanzó en su socorro el 17.° del mismo instituto, que las tenía mejores, y obligó á los jinetes franceses á retirarse y repasar el Arga.

El combate del día 28, lo que puede y debe llamarse la parte mas importante y decisiva de la batalla de Sorauren, es uno de los varios en que las armas aliadas, aun venciendo de sus formidables enemigos, no obtuvieron en la larga lucha de la Independencia española la gloria que por su valor y disciplina merecían. Como en la Coruña, en Talavera, en Busaco, Torres

---

nuestros dignos compañeros, porque Napier, nada afecto, ya se sabe, de los españoles, dice:

«Un batallón portugués cubrió el flanco de aquel *invencible* regimiento (el de Pavía), que esperó en grave silencio á que los franceses ganasen la cima de la altura, pero desde que se vió el brillo de sus armas, se dió la señal de la carga y la columna francesa retrocedió en desórden, abrumada bajo una granizada de balas.»

Vedras y Fuentes de Oñoro, resultaron victoriosas, puesto que rechazaron los ataques de los franceses gallarda y definitivamente; pero sin extender su acción á la de completar su triunfo con tal éxito que, como los napoleónicos, condujese á los grandes resultados que decidían el término de la guerra ni aun el de una campaña de más que mediana influencia en ella. El ejército de Soult volvió á sus posiciones de la mañana, y en comunicación con Drouet, que había seguido harto perezosamente á las divisiones de Hill, aún se mantuvo en su línea todo el día 29, sin que Wellington, que ya tenía todas las suyas juntas y poseídas del espíritu que debía inspirarles la anterior jornada, se resolviera á, dejando su campo, caer sobre el de su adversario, donde seguramente no reinaría tan elevado y entusiasta.

¿En qué pensarían los jefes de uno y otro campo?

En cuanto á Wellington, todo hace creer que su plan se reducía á mantener sus posiciones para impedir el levantamiento del bloqueo de Pamplona, que trataba de convertir inmediatamente en sitio regular y decisivo. Mientras se hallara á la vista de Soult, el peligro era, en su concepto, inminente; y aunque tenía á la mano 50.000 hombres y de tropas que acababan de vencer, no se atrevería á moverlas; no fueran, perdiendo las ventajas de la defensiva y de posiciones tan formidables, á comprometer en un movimiento ofensivo contra tropas tan maniobreras como las francesas, las obtenidas en el *golpe de maza*, como él llamaba al choque del día anterior, tan felizmente resistido. Wellington tenía que ser en España el mismo hombre de Talavera y Torres Vedras, el mismo con Soult que con José Bonaparte y con Massena.

Soult cambia de plan.

El duque de Dalmacia, de su lado, se negaba á darse por vencido. No esperaba ya vencer en Navarra comprendiendo se le habían hecho inaccesibles las posiciones inglesas que más que antes le impedirían acercarse á Pamplona. Pero todavía estaba sin resolver la segunda parte de su programa, forjado en Francia al emprender su expedición y confirmado en Sorauren al imponer á sus tropas la formación y los ataques para la batalla del día 28. Todavía, desde la posición que ocupaba y visto que su enemigo no trataba de desalojarle de ella, podría, si no por Irurzun y Tolosa, camino cerrado ya para él, bajar á Guipúzcoa, socorrer San Sebastián y, aun antes de volver á establecerse en la frontera, tomar el desquite de su revés del día antes en las tropas de Graham y de Girón, á quienes se proponía sorprender junto á aquella plaza y el Bidasoa. De todos modos, retroceder por el camino de Roncesvalles era confesar su derrota, y al tomar el de Guipúzcoa, siquier fuera una operación harto comprometida, temeraria debería decirse, á presencia de un ejército tan numeroso y vencedor por añadidura, habría, por lo menos, salvado, él lo creería así, el honor de las armas imperiales y su propia reputación. Para eso, había hecho retirar su artillería á Francia por Saint-Jean-Pied de Port, dice Wellington, con una división de caballería y sus heridos, á quienes serviría de escolta, y haría cambiar el frente de batalla antes de que el enemigo pudiera sospechar el secreto de su nuevo plan. Llevó la caballería, que había dejado en Zubiri, al campo de Drouet para con él trasladarse de Ostiz á Lizaso, y la primera división de aquella misma arma y la de infantería de Lamartinière establecidas

en Elcano, extrema izquierda de su línea, remontaron el Arga hasta Eugui para cruzar la divisoria del Ulzama con igual destino. Y cambiando las posiciones respectivas de Clausel y Reille, cuyo movimiento al frente de las de Cole se mantuvo protegiendo, les hizo formar la nueva línea, con temeridad manifiesta, hemos dicho antes, pero conforme con su idea de salir airosamente de su en aquel día desairada situación. Pero ya Wellington, ó no consideraba la suya propia de carácter de vencedor ó comprendió la salida que Soult daría á la en que se hallaba; y manteniendo aparentemente su frente de batalla cual en la del día anterior, maniobró con los cuerpos de retaguardia y fuera de la vista del enemigo de manera á oponer á la nueva línea francesa otra con que desbaratar su proyecto de trasladarse á Guipúzcoa por Lecumberri, Leiza ó Zubieta. A pesar de esas reservas, súpose en el cuartel general de los franceses que las alturas de San Cristóbal, de Oricain y Gorraiz, habían sido desguarnecidas en parte y que las tropas de Morillo, de Campbell y de la 7.ª división inglesa que las cubrían, se encaminaban á unirse á las de Hill cerca de Lizaso, el lado precisamente por donde Soult se había propuesto romper la marcha. En consecuencia de esas noticias, el Mariscal dió el 30 muy temprano comienzo á sus nuevas operaciones relevando, según su proyecto, el cuerpo de Clausel con el de Reille, para llevar las divisiones Maucune y Foy á Sorauren mientras la de Conroux iba á unirse á las otras dos de Clausel que se habían ya concentrado entre Olave y Ostiz remontando el Ulzama al cesar el combate tan desgraciado para ellas la mañana del 28. La posición tomada por Foy y Maucune, debía responder á paralizar la

acción probable de Wellington, de cortar á los franceses la línea que se proponían seguir hacia Guipúzcoa, como tenían la orden de mantenerse en ella hasta la noche si les era posible, hora en que Soult, conteniendo á los españoles y portugueses destacados contra él, habría logrado tomar la delantera para la ejecución de su proyecto. Pero Wellington, «adversario, dice Napier, tan avisado y tan activo que con él todo ardid de guerra era inútil y arriesgado», comprendiendo el proyecto que *con tanta habilidad*, dice también el historiador inglés, había concebido su enemigo, se dedicó, mejor que á combatir á Foy y á Maucune, á fortificar la línea que debía oponerse al ataque, ya inminente, de Soult contra ella.

Otra batalla junto á Elcano.

Asegurada esa línea con la presencia de Dalhousie en el claro que Pack y, herido éste, Packenham habían dejado al bajar el 28 de Marcalain á deshacer la combinación de Clausel para envolver la posición de Cole, resultó lo que manifiesta John Jones en su Historia general de aquella guerra: «En efecto, los aliados, que habían llegado á ser entonces un ejército, tenían su ala izquierda mucho más cerca de Lanz ó de Santesteban que el cuerpo principal del ejército francés». Prevenido así el generalísimo de los aliados, Soult no tenía que perder tiempo, pues que, de descuidarse, le iban á cortar, no sólo los caminos de Guipúzcoa sino hasta los del Baztán, por donde hacer más decorosa y menos desastrosa su retirada que, aun siendo inexpugnables sus posiciones, no podía retardarse por falta de víveres, más y más escasos por momentos en territorio tan devastado y de comunicaciones, á retaguardia, tan difíciles. Iba, pues, á darse otra batalla; eso sí de muy di-

versa índole militar que la anterior, en que, sin haber entrado quizás en las previsiones de Lord Wellington, se mostraría él iniciador táctico de sus incidentes, siquier los estratégicos emanaran del pensamiento y mejor de la necesidad de emprenderlos en su adversario. Dalhousie se apoderó de una altura desde la que amenazaba la derecha francesa que Packenham debía envolver sobre Sorauren que ocupaban Maucune y Foy, y del que fueron echados por la 6.ª división y la brigada de Byng, que habían relevado á Cole, destinado á atacar el frente de la antigua línea francesa que, así, fué ocupada por los aliados, aun siendo tal la posición, que dice Wellington en su parte, ser *una de las más fuertes y de más difícil acceso que jamás hubiese visto ocupada por tropas.* (1)

El que durante esos movimientos se hallaba comprometido por su posición en la extrema izquierda de los aliados y por ser objetivo preferente de los franceses que más inmediatamente dirigía Soult, era el general Hill, situado, como tantas veces hemos dicho, junto á Lizaso. Soult había operado, en unión con Drouet, en Ostiz y se dirigía sobre Hill, contra el que desplegó sus fuerzas, unidas con las de Lamartinière y con la caballería que había retirado de Elcano. Con quien no pudo contar, ni contaría probablemente suponiéndole con Maucune en Ulzama, fué con Foy que, siendo el último en abandonar la posición tan elogiada por Wellington y temiendo verse envuelto si no llegaba á tiempo para la operación proyectada por su general en

(1) A esa serie de combates llama Napier *segunda batalla de Sorauren,* carácter que no la conceden los demás historiadores, ingleses y todo.

jefe, se dirigió á Zubiri para no perder uno de los caminos de Francia, á donde, bien lo veía, era ya necesario acogerse. Soult encontró á D'Erlon con sus tropas ya formadas ante la posición de Hill y preparándose á atacarle. Aquella posición, como extrema del flanco izquierdo del ejército aliado, tenía su parte débil en ese mismo lado, del que, como extremo, no podrían naturalmente llegarle refuerzos inmediatos. Contra él, pues, dirigió Soult su ataque principal. Pero á fin de distraer de él al general Hill, simuló otro con la división D'Armagnac sobre el flanco derecho inglés, la cual, empeñándose más de lo que á su misión correspondía, sufrió un grave fracaso con pérdidas considerables en sus filas y el de no haber logrado engañar á su experimentado enemigo. A éste le bastó para defender aquel flanco, el más fuerte de la altura en que se hallaba establecido, la brigada portuguesa, la cual escarmentó rudamente á los franceses, y pudo atender al ataque verdadero á que los veía dirigirse en su flanco izquierdo. La división Abbé se adelantaba, con efecto, y aun cuando fué también rechazada en un principio, apoyada por la de Maransin con una carga de flanco que hizo temer á los ingleses verse inmediatamente envueltos, su general Hill los hizo retroceder, primero, y llevarlos, después, á otras alturas más á sus espaldas, donde esperaría refuerzos del resto de la línea y confiando en que no podría ser flanqueado sin gravísimo riesgo de sus enemigos. Y lo hizo con orden en columnas y por escalones, á que convidaban los accidentes del terreno, y recorriéndolo hasta las formidables posiciones que ocupó cerca de Eguarás, donde Soult no se atrevió á arrostrar las dificultades de un nuevo combate.

La ignorancia, en que estaba, de lo sucedido en Sorauren, sin noticias de Clausel ni de Reille y Foy, y desesperanzado de conseguir el principal objeto que perseguía con tanto empeño, debió satisfacerse con una vaga esperanza de poder bajar á Guipúzcoa por el valle de Larraún y, sobre todo, con haberse abierto la comunicación del Bidasoa por Donamaría. Era muy experto Soult y sabía perfectamente con quien se las había para no comprender que, como vulgarmente se dice, había errado el golpe; y aun cuando atribuyera el fracaso á sus tenientes, á Reille por sus paradas en los Alduides, y á Drouet por sus errores en Maya y su parsimonia en la persecución de Hill por el Baztán, se decidió á regresar á sus primeras posiciones en Francia, de donde sostener la defensa de San Sebastián ya que tenía que abandonar la de Pamplona. Aquella noche, por fin, Soult, si es que aún esperaba sostener en parte el papel de invasor reuniendo sus fuerzas todas, unos 50.000 hombres á pesar de las bajas sufridas en aquellos días, supo la verdadera y comprometida situación en que iba á hallarse al día siguiente. Clausel y Reille, batidos en Sorauren y á quienes creía muy próximos, eran objeto ya de las iniciativas de Wellington quien, habiendo reforzado á Hill con los españoles y portugueses destacados de su segunda línea y amenazando su derecha, seguía de cerca á aquellos; Foy, desde Zubiri, se había remontado á los Alduides al tiempo que Lamartinière tomaba el camino de Roncesvalles; de modo que ni podía contar con la fuerza que suponía reunida á su lado ni con que el enemigo se hallase dividido y así imposibilitado de tomar la ofensiva. Eso que Wellington, ignorando también la mala situación de Soult á pesar de

Retirada de Soult.

haber enviado hasta dos divisiones y un regimiento de dragones tras las francesas que se habían retirado de Elcano y por su izquierda á La Bisbal y Campbell con sus españoles, respectivamente, y portugueses, que reforzaron la derecha de Hill en las alturas de Eguarás, no tenía tampoco la menor noticia de la división Ligera que Alten, su general, había retirado de sus anteriores posiciones de la frontera y corría á reunírsele por las vertientes del Pirineo entre Zubieta y Leiza (1). Desde este último punto envió Alten emisarios con quienes comunicar con el ejército aliado, cuyas posiciones le eran desconocidas de tres días antes, los que había necesitado desde el 27, en que dejara las encomendadas á su mantenimiento en la frontera, estableciéndose por fin el 30 en las inmediaciones de Lecumberri. En la tarde, pues, de ese día, Lord Wellington podía contar con la división Ligera y con una fuerza, de consiguiente, muy superior, inmensamente superior á la de Soult,

(1) Tales obstáculos debía ofrecer aquel terreno, áspero, deshabitado y cubierto en todos sus accidentes de bosque y rocas, que quien lo conoció perfectamente como actor en aquella campaña, Napier, describe así la jornada de Alten: «La brigada, dice, que iba en cabeza, avanzando con alguna dificultad, llegó á Leiza, al otro lado de la gran cordillera por el desfiladero de Gorriti ó de Zubieta; pero la segunda brigada y las demás tropas, sorprendidas por la noche y sus tinieblas, se extraviaron en aquel horrible desierto entre bosques y precipicios. Algunos incendiaron ramas de los árboles, que agitaban para que sirvieran de señales, pero que no servían más que á los que las llevaban y contribuían á extraviar á los que no las veían sino de lejos. Pronto se cubrieron las alturas y los barrancos de fuegos como aquellos y resonaron las montañas con los gritos de los soldados preguntándose unos á otros su camino. Continuaron así errando y deshaciéndose en gritos hasta el momento en que el día, iluminando la montaña, permitió distinguir una multitud de hombres y de animales fatigados que no estaban á más de media legua del punto de partida, y pasaron muchas horas para que pudiesen formar y reunirse con la otra brigada en Leiza».

para las operaciones sucesivas. Rechazado al aspirar á la liberación de Pamplona; paralizado en su avance sobre las posiciones de Hill; empujado lejos de aquella plaza por la iniciativa de Wellington después de su segunda victoria de Sorauren y en la que casi pudiéramos llamar dispersión de sus tropas no poco desmoralizadas ya, ¿qué le quedaba que hacer? Abandonar aquel campo en el que le sería imposible mantenerse, y buscar por la única salida que se le ofrecía expedita la salvación de su ejército; renunciando, al menos por entonces, á su sueño dorado, al de reponer la moral y la opinión en unas tropas que, mal dirigidas desde un año antes, esperaba él mostrarlas bajo su gobierno dignas todavía del respeto que habían inspirado y de la reputación conquistada en todo el ciclo napoleónico.

Y tomó resueltamente el 31 de julio el camino de Donamaría, llevando á vanguardia las divisiones de Clausel y Reille que acababan de incorporársele y cubriendo la retirada con las de Drouet, las menos maltratadas á pesar de su combate recientísimo de Benuza. El puerto de Donamaría no ofrecía para su marcha obstáculo alguno hasta Santesteban si se hacía con tal celeridad que evitase el alcance de las últimas tropas por las aliadas que las persiguiesen. En Santesteban se le presentaban caminos por donde ganar la frontera; uno, expedito, el de Elizondo, y tras él el de Maya y Urdax en la frontera ya de Francia; otro, el de Vera por Sumbilla y Yanci, dejando en este último punto la orilla del Bidasoa para remontar la divisoria por Vera ó variando á la derecha para ganarla por Echalar; el tercero, también, pero malísimo, que conducía por Peña Plata y Zugarramurdi á Urdax y al puente de Dancha-

rinea, límite de nuestro territorio español. Convendríale á Soult naturalmente tomar el camino excelente de Elizondo, por lo que bajó á Santesteban con la mayor rapidez que le permitiera el combate que pronto tuvo que sostener su retaguardia con la división Hill, que le alcanzó antes de que penetrara en el largo desfiladero que iba á recorrer al cruzar la cresta del Pirineo. Sin sufrir una gravísima derrota y confesarla además, no era posible proseguir la marcha, y D'Erlon decidió detenerse y aceptar el combate. La primera acometida de los de Hill fué rechazada, siendo herido otra vez el general Stewart, tan desgraciado allí como en Maya; pero su segundo, el general Pringle, apoyado por la séptima división de Dalhousie que le seguía por su flanco, arrojó á los franceses como en Maya también, aunque no pudiendo destrozarlos por haberlos envuelto una espesísima niebla que cubría la altura en que se defendían. Sin haber sido importantes las bajas de una y otra parte á causa, sin duda, de ese fenómeno atmosférico, Hill se detuvo, á su vez, aunque dejando la división flanqueadora en la altura disputada; con lo que Soult pudo dirigirse sin más tropiezo á Santesteban, y en tal confianza que se detuvo un día en aquel pueblo, aun habiendo llegado á su noticia que un convoy de víveres y municiones que Drouet dejara en Elizondo había sido apresado por fuerzas, enemigas naturalmente, pero cuya existencia allí le era desconocida. Y era que Wellington, comprendiendo ya la situación de Soult y, por lo menos, sospechando, si no sabiendo, la dirección impuesta por su adversario á la retirada y haciéndole seguir de las fuerzas de Hill que hemos visto en el puerto de Donamaría, se dirigió inmediatamente

á Velate y de allí á Elizondo, precedido de la brigada Byng, que fué la que se apoderó del convoy. El camino de Velate es directo para meterse en Francia por Maya y Urdax, más corto por consiguiente; es más despejado y conocido por el tránsito de grandes masas de tropa, carretil por su construcción y trillado también por esas condiciones y por la frecuencia é importancia de los poblados que hay en todo su trayecto. Soult había elegido el de Donamaría por lo próximo á las posiciones que ocupaba al decidirse por la retirada y por su esperanza en la cooperación de Villatte, situado en el bajo Bidasoa de donde podría acudir en su auxilio, no contando, empero, con que el 4.° ejército español, algunos de cuyos cuerpos habían ocupado las posiciones que el inglés tenía en la frontera al abandonar el Baztán, impedirían ese socorro solicitado á Villatte.

De Santesteban á Echalar.

Así fué que, deteniéndose en Satesteban Soult, y luego al tener por sus exploradores noticia de la ocupación de Elizondo por Wellington, de la bajada de Hill por Almandoz y la de la 7.ª división detenida un día también en el puerto de Donamaría, así como, por otra parte, la de la presencia de las fuerzas de Longa y Bárcenas en la margen opuesta, fronteriza del Imperio, Soult, repetimos, acosado de todas partes, sin salida que no hubiera de costarle sacrificios de fuerzas y de amor propio, apeló á buscar por el camino de Sumbilla y Yanci el abrigo de la frontera, el más próximo ciertamente y en su sentir el menos peligroso. La marcha se convirtió desde entonces en una batida, así como de montería, perdónesenos la comparación, no descabellada si se considera la situación respectiva de los cuerpos destinados á perseguir al ejército francés ó á ce-

rrarle los caminos por donde buscaba su salvación en trance tan duro. (1) Según se internaban los franceses en el escabroso valle, cada vez más angosto, y veían las cumbres de los montes que lo forman coronadas de guerrillas enemigas que iban hostigándolos por sus flancos, inaccesibles en muchas partes, el desorden iba creciendo, el desánimo introduciéndose en las filas y la desesperación, por fin, produciendo el abandono de todo pensamiento de defensa. Sólo la entereza de Soult y de sus generales, el espíritu siempre levantado de los oficiales franceses y el valor ingénito de sus soldados, lograrían contener el arranque natural en tal

En Yanci. situación para, arrostrándolo todo, salir de ella. Pero duró muy poco tan generosa resolución de seguir marchando y combatiendo; porque al aproximarse al puente de Yanci, lo encontraron ocupado por unas compañías que Longa había destacado de sus posiciones para defenderlo. Aun con ser tan escasa su fuerza, los cazadores españoles que la componían detuvieron ante el puente á los franceses, para quienes aquel obstáculo podía producir la ruina total de su ejército. Fueron necesarios la superioridad numérica suya y el esfuerzo supremo que desplegaron para superarlo; porque no podía ser más angustiosa la situación

(1) No de otro modo debieron pensar nuestros compañeros, tantas veces citados, Manso y Palacios, al estampar en su escrito la siguiente nota.

«Tenía siempre el general (Wellington) una sección de perros venatores atraillados de cinco en cinco; un hombre llevaba en la mano cada una de las cuerdas, y toda la sección la dirigía un guardia montado en una jaca y que los manejaba por medio de un corno de caza. Al llegar á los bosques disponía el guardia que se desplegasen en ala las traillas, y al toque del corno se soltaban los perros, dando á conocer por los ladridos si había ó no gente emboscada».

en que se veían. Habían salido á su encuentro aquellos pocos españoles y algunos más con que el general Bárcena se acercaba, sacados del 4.° ejército que no podía enviar más por no haber abandonado Villate sus posiciones del bajo Bidasoa; pero tardaron muy poco en aparecer por la retaguardia y los flancos de Drouet, Reille y Clausel, la 7.ª división inglesa, que los seguía de cerca, y la Ligera que en Lecumberri había recibido el 31 de julio la orden de volver al Bidasoa por el mismo camino que había llevado á Navarra, división que, después de marchas que se han considerado como extraordinarias en tropas inglesas, se presentaba el 1.° de agosto por la tarde en las cercanías del puente de Yanci. El capitán inglés Cooke, actor en aquella jornada, describe perfectamente esa situación. «Dominábamos, dice, al enemigo al alcance de una piedra desde lo alto de un horrible precipicio. Nos separaba el río; pero los franceses estaban encerrados en un camino angosto, limitado, de una parte, por rocas inaccesibles y, de otra, por las aguas. De ahí se produjo una confusión imposible de describir: los heridos se vieron derribados en su fuga y pisoteados; la caballería echó mano al sable y trató de remontar el desfiladero de Echalar, pero fué rechazada por la infantería y varios hombres y caballos cayeron precipitados al río; algunos soldados disparaban verticalmente contra nosotros, los heridos pedían cuartel y se les enviaba ambulancias de ramas de árboles cubiertas con capotes y paños ensangrentados, extraídos de algunas casas para aliviar á aquellos desgraciados».

La desbandada se hizo general en las tropas francesas, extendiéndose una parte de ellas por aquellos as-

perísimos montes y tomando, la mayor, el camino de Echalar, á donde fueron también fuerzas de Clausel que, al observar el desastre de las que las precedían, se dirigieron desde Sumbilla rectamente y sin tropiezo, atentos como andaban ingleses y españoles á interceptar el camino y el puente de Yanci. Si aquel terreno hubiera permitido desplegar la diligencia que, contra cuanto se quiera decir, querrían desplegar las diferentes columnas de los aliados que perseguían á los franceses, es lo probable que el mayor número de éstos habría tenido que rendirse, pereciendo, si no, en aquella angostura, tan funesta para el imperio napoleónico como la de Roncesvalles para el no menos espléndido y robusto de Carlomagno.

Todavía se resistió Soult á despedirse vencido y humillado de España, de la tierra peninsular en que por dos veces había intentado fundar un trono más de los que su ciego protector andaba estableciendo por todo el haz de las regiones que su talento y su espada habían conquistado.

En Echalar. Y reuniendo las fuerzas derrotadas en Yanci con las que la hábil resolución de Clausel le había llevado desde Sumbilla, volvió á ofrecer el combate á sus perseguidores. Apoderado del puerto de Echalar; estableciendo su izquierda en las fatídicas rocas de Zugarramurdi y en las de Ivantelly su derecha, que creía fuertemente apoyada por Villatte desde Larhun, supuso también que impondría con el espectáculo de sus fortísimas posiciones á Lord Wellington ó, por lo menos, le obligaría á revelar sus proyectos para invadir ó no inmediatamente la Francia. El generalísimo de los aliados envió contra Clausel y su frente de batalla situado

entre Echalar y el puerto, la 4.ª división, mientras la 7.ª avanzó por su izquierda, pero con la brigada Barnes que, recordando, sin duda, el combate de ocho días antes por aquellos mismos lugares, se adelantó temerariamente á sus camaradas atacando con sus 1.500 hombres una posición de muy difícil acceso, defendida por los 6.000 que el general francés tenía todavía á sus órdenes. Claro es que tal asalto no podía emprenderse y menos obtener el éxito feliz que obtuvo sino de tropas recientemente batidas en una campaña toda desgraciada, faltas de municiones y de apoyo, amenazadas además por la 4.ª división inglesa que atacó también al casi terminar la acción. Con eso y con observarse las maniobras que Wellington había emprendido para, con sus demás divisiones, envolver la línea francesa, Clausel abandonó la montaña en que había combatido y se metió en Francia, como poco después lo hicieron los defensores de Ibantely arrojados de sus posiciones por la división Ligera, y particularmente por el tan conocido coronel Barnard, que con algunas de sus compañías escaló la elevadísima roca abandonada al fin por los franceses cuando la niebla al principio y la obscuridad de la noche después les permitieron besar el suelo de su patria tras tantos años de una lucha tan anormal é ingrata para ellos como la de España (1).

(1) En aquella jornada del 2 de agosto que parecía coronar una campaña de las más gloriosas de Wellington, estuvo el célebre general británico para perder la libertad y quizás la vida. Con la sola escolta de media compañía y algunos exploradores, se había situado entre algunas rocas avanzadas para observar las posiciones de los franceses que, muy próximos como estaban, atacaron al destacamento inglés, cuyo jefe apenas tuvo tiempo para avisar del peligro que corría al general y éste de evitarlo huyendo á galope, aunque no sin recibir una descarga de que le libró su fortuna.

Ultimas posiciones de los franceses.

Las divisiones de Drouet fueron á ocupar de nuevo las inmediaciones de Ainhoa; las de Clausel se establecieron en Sarre, y las de Reille en Saint-Jean de Luz, como en reserva de la de Villatte que volvió al Bidasoa frente á Irún y Fuenterrabía. La división Foy, metida algo antes en Francia, fué á situarse en Saint-Jean-Pied-de-Port y la caballería en los mismos cantones de la Nive de que había salido para aquella tan funesta campaña, con tan brillantes esperanzas comenzada el 25 del anterior mes de julio. «Ni un solo soldado del ejército del mariscal Soult, dice con arrogancia el coronel Leith Hay, continuó en el territorio español.»

Observaciones.

No es fácil, aun después de un detenido examen ni de un análisis tan concienzudo cual merece la campaña por muchos llamada *batalla de los Pirineos,* dar una opinión para todos aceptable sobre los motivos que pudieron ser los de su resultado, si glorioso para las armas aliadas, no correspondiendo á los sacrificios costosísimos para su causa. La batalla de Sorauren ofrece, con efecto, ancho campo de observación y de estudio para el militar y para el estadista. Concurrían circunstancias, si no iguales á las que inspiraron á Lord Wellington la conducta que después, según diremos, observó en la campaña de Francia, no poco semejantes en su acción aunque promovidas en otras regiones y por distintas causas. Dependía esa acción, en parte, de lo que pudiera resolverse en el campo de los aliados del Norte, donde el genio de Napoleón teníalos desorientados y tan propensos como á continuar la lucha de los meses anteriores, á celebrar armisticios que llevaran á una paz que, de aceptarse por todos menos por Inglaterra, como era probable, pondría al Generalísimo

y á su nación á dos dedos de una derrota tanto más terrible cuanto menos esperada en aquellos días. Alguna desconfianza debía abrigar el gobierno británico en ese punto; porque, y eso venía de más lejos, en varias ocasiones se había discutido la retirada ó la permanencia del ejército inglés en España, así en el seno del ministerio como en el Parlamento, no faltando en la orgullosa Albión quienes tuviesen por estériles los sacrificios que les exigía la guerra en nuestra Península. Tanto, pues, debía imponer á Lord Wellington la actitud vacilante de los aliados de Alemania «bajo los auspicios de cuyo sistema, decía, no quisiera poner en movimiento una sola escuadra», como el poco entusiasmo que observaba en su gobierno, cuya influencia en tan dilatada lucha se fundaba principalmente en los triunfos de su Generalísimo en España.

Pero si esa y otras consideraciones políticas ó personales cabía que influyesen en su conducta, aconsejándole la parsimonia que se le pudiera achacar, estaban para justificarla además las propiamente militares á que le sería necesario también, y acaso en primer lugar, atender. ¿Debió el ejército aliado después de su brillante triunfo de Vitoria continuar la persecución de los franceses hasta penetrar en Francia? Ni el rey José, que los mandaba, ni los jefes y soldados por él conducidos podían pensar en resistirle; y no preparado el país á tal invasión, que por entonces consideraba imposible, desarmado además, sin las fortificaciones que luego se le dió tiempo para construir, habríase inmediatamente sometido, dejando á Lord Wellington establecer la base de sus futuras operaciones en terreno y posiciones que luego tendría que conquistar á costa

de mucho tiempo y de grandes sacrificios de dinero y sangre. No es ciertamente disculpa admisible la dada de que «los soldados, en vez de preparar sus ranchos y de descansar después de la batalla, se dispersaban por la noche entregándose al pillaje y tan fatigados que quedaban incapaces de sostener una marcha penosa, de lo que aparecía que el ejército victorioso contaba con más rezagados que el vencido.» «Diez y ocho días después de la victoria, añadía el Lord, 12.500 hombres, *casi todos ingleses,* estaban ausentes y la mayor parte merodeando por las montañas.» (1)

Triste es que saliera tal excusa de la pluma de un hombre, cuyo espíritu disciplinario y su severidad le habían valido el título de *Yron Duke.* Y dice, por su lado, Napier: «¡Tales fueron las razones que dió Wellington para explicar la lentitud de su persecución después de la batalla de Vitoria y, sin embargo, hacía seis años que mandaba aquel ejército! ¿Faltábale el talento más esencial en un general, el de saber disciplinar sus tropas, ó era tan defectuoso el sistema militar inglés?»

Algo habría de ambas cosas cuando en esos seis años se le oyó siempre lamentarse de los *enormes* delitos de sus soldados, sin llegar nunca á reprimirlos. Pero también pesarían en su ánimo razones puramente militares que le impidieran tomar esas determinaciones enérgicas, signo característico de los grandes capitanes, las cuales, mejor que de la experiencia y del

(1) ¿A qué, entonces, los terribles castigos impuestos á los españoles en la campaña de Francia y su regreso á la izquierda del Bidasoa hasta que los necesitó en las márgenes del Adour y del Garona?

estudio, arrancan del genio que Dios concede á muy contados hombres en la sucesión de los siglos.

No había esperado Wellington obtener en tan corto espacio de tiempo resultado tan grandioso como el de llegar al Bidasoa, esto es, á los límites de la Península por el Norte desde los de la frontera allá en los de Portugal. ¿Pudiera decirse que le asustaría golpe tal de fortuna? Ni se le había disputado el Duero, en cuyas márgenes se viera otras veces detenido; el castillo de Burgos, que un año antes rechazó los más furiosos asaltos de sus tropas obligándole á una retirada tan desastrosa al fin, había volado por los aires sin dispararle un solo cañonazo; y el Ebro, acordándole su paso, le había ofrecido en la orilla izquierda campo en que derrotar al único ejército que todavía amenazaba la independencia de la Península. Parece que eso debía animar á Wellington á, cruzando la frontera, perseguir al vencido ejército del Intruso hasta el Adour, por lo menos, para así ofrecer al mundo el espectáculo de la Francia de Napoleón invadida y, por ende, postrada; pero la fatal detención de las tropas aliadas á la vista de la *Gran nación*, dió á ésta lugar, tiempo y fuerzas para pretender el desquite de su anterior derrota. El mariscal Soult, enviado desde Alemania para substituir al inepto José, reorganizó, con efecto, el ejército francés, al que se dió el nombre de *Ejército de España*, así como para indicar claramente, con tal significación, el propósito pretencioso de su general en jefe. Y al poco tiempo, el ejército vencido y el vencedor se mostraban en la jornada de Sorauren en situación y proporciones propias para emprender de nuevo la lucha, con esperanzas ambos del triunfo.

Puestos en ese caso, ninguna resolución pareció más acertada al mariscal Soult que la de marchar al levantamiento del sitio de Pamplona, tras del cual, según hemos dicho, se proponía flanquear todas las posiciones asaz dispersas del ejército aliado, el cual no hallaría otro medio de salvación que el de una pronta retirada al Ebro. Si él ó sus tenientes hubieran desplegado la diligencia necesaria para sorprender á las divisiones aliadas que guardaban la frontera, es probable que Pamplona habría sido liberada y las masas francesas, empujando á sus enemigos, incapaces de resistirlas, no dieran tiempo á Lord Wellington en que ocupar las posiciones de Sorauren, excelentes para impedir todos los peligros con que le amenazaba el plan del Duque de Dalmacia. Y todo por haber dejado reorganizarse al ejército francés cuando pudo destruírlo completamente para mucho tiempo; todo por esas preocupaciones rutinarias y esos recelos que ni sienten ni temen quienes abrigan en su mente y en su corazón la noble aspiración de emular con los grandes capitanes históricos en la vasta esfera de la guerra. Dice un admirador de Wellington, subordinado suyo: «La capacidad de un general de ejército consiste más, algunas veces, en saber aprovechar las ventajas de una victoria que en ganar una batalla»; y el célebre general británico de nuestra guerra de la Independencia, si no alcanzó á comprender todo el valor de ese concepto, tan autorizado desde los tiempos más remotos, al obtener triunfo tan decisivo como el de Vitoria, lo olvidó por lo menos al haberse puesto en situación casi igual después del no poco decisivo de Sorauren. Es verdad que más que en penetrar en Francia, pensaba el Lord

en tomar una posición general defensiva; y, para elegirla, hizo un gran reconocimiento que le ocupó tres días, cosa no extraña, pues que abrazaba toda la frontera de Valcarlos á Fuenterrabía. A Pamplona y San Sebastián, plazas que bien podían quedar bloqueadas por las tropas de retaguardia, las españolas particularmente, daba él tanta importancia que creía no deber pensar sin su ocupación en empresa alguna de carácter ofensivo, ni aun pudiendo disponer del puerto de Pasajes que le parecía, eso con razón, indispensable como punto de desembarque y de depósito para recibir y guardar el material que le fuera enviado de Portugal y de Inglaterra.

En cuanto á flanqueos nada debía temer después de haber metido en Francia al ejército del rey José tan desastrosamente; de modo que es muy difícil disculpar la paralización de sus operaciones al llegar todas sus tropas vencedoras á la frontera francesa aun en el estado en que las supone, más atentas á merodear por el país que iban ocupando que en acabar de una vez para siempre con el enemigo.

Error de Soult respecto á San Sebastián.

Cuando trazamos el plan formado por el mariscal Soult para obligar á Lord Wellington al levantamiento de los sitios de las plazas ocupadas por los franceses desde 1808 y que, si antes servían en poder de España para mantener nuestra frontera, ahora la cubrían en defensa del vecino Imperio, expusimos las razones en que el célebre Mariscal se fundó para preferir la liberación de Pamplona á la de San Sebastián, si no de proporciones tan grandiosas y de resultados más transcendentales, sí de ejecución más inmediata y al parecer más fácil. En campo tan vasto como el ele-

gido por Soult, cabía encontrar obstáculos, no descubiertos antes, que entorpecieran las operaciones que en él debían ejecutarse, cometer errores de tiempo y distancias que impidiesen combinar con la oportunidad necesaria los movimientos de los cuerpos que iban á concurrir, desde diferentes puntos, á un mismo objetivo, y producir, sobre todo, el quebrantamiento de la unidad de mando, en esas ocasiones más que en ninguna otra indispensable.

Para la jornada en favor de San Sebastián, se salvaban muchas de esas dificultades; y por más que, relegada á fecha posterior, las hallaría, y por fortuna, insuperables, á otras causas, no á las que produjeron á los franceses el revés de Sorauren, debe atribuirse el de San Marcial, y regularmente á la de las condiciones á que aquellos dejaron reducido el estado material y moral del ejército que acometió ambas empresas. San Sebastián sufría un sitio, no un bloqueo como Pamplona. Eso supone un peligro inminente que urgía ahuyentar; y aunque, según expusimos, se podía salvar con una victoria en la región eminentemente estratégica de Pamplona, con la que hubiera el ejército francés restablecido su moral á los pocos días de la derrota de Vitoria, de no obtener el triunfo, perdía esa ventaja á la vez de la que pudiera ofrecerle la más expedita y fácil defensa de la plaza guipuzcoana. En situación tan apurada, tan necesitado de socorro se hallaba San Sebastián, que, para ponerlo de manifiesto, no hay sino recordar que el día 25 de julio, en que Soult rompía la marcha sobre Navarra, la plaza guipuzcoana sufría un asalto que sólo el valor de su guarnición logró rechazar.

Primer sitio.

Ya dijimos que, al retirarse á Francia el general Foy después del combate y evacuación de Tolosa, había reforzado la guarnición de San Sebastián y dejado, para gobernarla, al general Rey que le inspiraba la mayor confianza. Comprendía perfectamente el sabio general la importancia de una plaza que, si no la había revelado hasta entonces en toda su extensión, era porque, tan próxima á Francia y sirviendo diariamente de punto de etapa á las tropas imperiales en su entrada y salida del territorio español, aparecía suficientemente resguardada, libre, por tanto, de un sitio en regla mientras el teatro de la guerra, siempre en el interior por tantos años, no se trasladara á sus inmediaciones, hipótesis inadmisible, hemos dicho, para los soldados de Napoleón. El desastre de Vitoria les hizo pensar de otro modo; pero ya era tarde para emprender en la plaza obras de fortificación que la pusieran en condiciones de resistir con fortuna á un ejército victorioso y armado de abundante material, propio para tal género de operaciones. Los Convencionales de 1794 habían estado más previsores al construir un vasto campo atrincherado en la alta meseta que separa á San Sebastián de Hernani y cubriendo, así, las dos únicas comunicaciones que conducen al Bidasoa en la última parte de su curso, donde lo cruza la vía general de Francia. Asegurado en uno de sus flancos por el mar y la fortaleza de San Sebastián; en el otro, por la de Santa Bárbara de Hernani; teniendo por reducto de seguridad la posición eminente de Oriamendi y por gola el Urumea para impedir el que fuera envuelto aquel campo con todas sus estribaciones cubiertas de atrincheramientos, lo habría sido inmejorable de bata-

lla para ejércitos como los napoleónicos, y hubiera ofrecido la más sólida garantía para impedir el tránsito por ambos caminos y el ataque á San Sebastián. Todavía puede distinguir un ojo observador y práctico en los reconocimientos militares las trazas de algunos de los reductos y trincheras de que estaba compuesto y fortalecido aquel campo, donde el general Moncey esperaba resistir cualquiera reacción que en la invernada de aquel año intentase el ejército español ó al ser éste reforzado convenientemente si continuara una guerra cuyo término denunciaban las torpes negociaciones de que tenía noticia. (1)

Pero nada se había previsto para ocasión como la de 1813; y Hernani era una *bicoca* indefendible y San Sebastián continuaba poco más ó menos que en 1719 cuando la atacó y tomó el mariscal Berwick, é igual á como en 1808, al entregarse vergonzosamente al Gran Duque de Berg, el arrogante y fastuoso Lugarteniente de Napoleón.

Situación de esa plaza. San Sebastián fué fundado en un istmo que las arenas arrastradas por el mar formaron, uniendo al continente el alto y áspero peñón, coronado después con la fortaleza que hoy lleva el nombre de Castillo de la Mota. Tan pequeña era y tan baja la superficie arenisca, habitada al poco tiempo de formarse por pescadores que verían en el monte un abrigo seguro para sus barcas contra las frecuentes y terribles tempesta-

(1) Como que á la vez que con el Conde de la Unión en Cataluña y con Iriarte en Basilea, las llevaba él en Guipúzcoa con el marqués de Iranda.

des de aquel mar proceloso, que bien puede presumirse que las fortificaciones que hizo edificar el rey de Navarra, Sancho el Fuerte, no debieron ser las primeras con que se vió circuida la, en su tiempo, naciente población que hoy, después de tantos años, admiramos. Fueron luego recibiendo aquellas fortificaciones, hoy objeto de curiosidad y estudio, reformas y aumentos de los antiguos soberanos de la Reconquista según los procedimientos poliorcéticos de su tiempo, y de los que después han representado las nuevas dinastías de Austria y Borbón, épocas en que los adelantamientos en las artes tormentarias han ido sucesivamente exigiendo de la de Ingeniería militar más y más medios con que contrarrestarlas á su compás y en razón de sus efectos.

Así, la plaza de San Sebastián, cuyo estado militar antiguo no nos interesa ciertamente para el estudio del sitio de 1813, al que debemos en el momento presente contraernos, sin ser ni con mucho una plaza de primer orden, ofrecía recursos, con todo, para quien, á un valor gloriosamente acreditado, uniera clara y experimentada inteligencia, llegando así á lograr los ensangrentados laureles que en aquel sitio alcanzó el general Rey.

La ciudad formaba un cuadrilátero circuido de murallas antiguas y modernas, según la situación de sus lados y el peligro á que estuvieran expuestos. Las del lado occidental se hallaban bañadas en su pie por el mar de *La Concha,* amplia bahía cuya figura la ha dado nombre y cuya comunicación con el Océano está interrumpida por la isla de Santa Clara, alto peñasco de agrio y accidentado acceso. Las del oriental se levan-

taban sobre la margen izquierda del río Urumea, pero tan cerca de su desembocadura en el mar, que podían sus aguas considerarse como el mar mismo, tal era la elevación que en las mareas alcanzaban al pie de la muralla. Se había, pues, hecho muy difícil crear en esos lados, sin grandes trabajos, un sistema de fortificaciones exteriores que cubriesen el recinto de la población. Si en las condiciones marítimas de La Concha era impracticable un ataque por el flanco occidental, no así por el oriental. A pesar del río y de las mareas, de lo débil del muro, la escasez de sus flanqueos y la naturaleza de la orilla opuesta, se podría desde las dunas, de que estaba cubierta y que ofrecían posiciones para el campamento de las tropas, emplazamiento de las baterías de brecha y reparos contra las de la plaza, hacer partir un ataque tan eficaz que comprometiera el éxito de la defensa. En el lado meridional, las murallas constituían un recinto de unos 350 metros, antiguo también, aunque flanqueado por un baluarte en medio, el llamado *Cubo Imperial* por donde se entraba en la ciudad, y dos medios baluartes en sus extremos, los de San Juan y Santiago, obras no adecuadas á los últimos sistemas defensivos, pero que estaban precedidas de una suplementaria de trazado y robustez más que medianas. Era un gran hornabeque con su contra-escarpa, camino cubierto y glasis; todo bien estudiado para evitar en lo posible el paso de los asaltantes por sus flancos á los otros lados antes descritos. En el opuesto á ese, esto es, en el septentrional, eran innecesarias las murallas, ya que tocaba el mar al pie de la fortaleza levantada en el inmenso peñón de 600 metros por 400 en su base elíptica y 120 de altu-

ra, que sustentaba el castillo de La Mota, denominado probablemente así por el apellido de su bravo defensor en 1719. Consistía el castillo en una gran obra torreada, *El Macho,* con dos baterías á cada lado, las de la Reyna y del Mirador; en tal dirección ambas con El Macho que parecen constituir uno como frente, así para la sujeción de la plaza como para defenderla de todo ataque con sus fuegos, lanzados al campo por encima del caserío y de los templos que se elevan en ella. Más abajo del Macho y de esas baterías adyacentes, hay otras, destinadas, bien á cerrar con su artillería la entrada á la bahía en general y al puerto abierto á su pie, bien á descubrir el amplio terreno de las dunas hasta el monte *Ulía* distante 1.300 metros, ya, por fin, para poder alejar las naves enemigas que traten de proteger el ataque de los costados de la plaza ó el de la isla de *Santa Clara,* donde se había atrincherado la capilla que la coronaba y hoy se alza uno de los faros que indican la entrada en La Concha. El convento de Santa Teresa y una débil tapia que corría de un lado á otro por el pie del monte, interrumpida por mezquinos puestos de guardia, cerraban las dos entradas del castillo, una de ellas estrecha y llena de encrucijadas, espaciosa la otra, pero que, por su mucha inclinación, exigía grandes esfuerzos de ganado y hombres para su tránsito por la artillería. (1)

---

(1) Damos tan sólo esa ligerísima descripción de las defensas de San Sebastián, la indispensable, creemos, para la inteligencia del sitio en las proporciones generales de este escrito; pero quien desee más detalles puede acudir al Apéndice número 9, copia de la que estampa Madoz en su Diccionario, escrita por mano indudablemente perita, conocedora de los principios, como de la nomenclatura, del arte del ingeniero militar.

El castillo tenía alguna obra á prueba de bomba; pero no así la plaza, si se exceptuan el Cubo imperial y las defectuosas casamatas de los medios baluartes del mismo frente. No existía tampoco abrigo alguno blindado para heridos y enfermos, ni depósitos de agua, de la que se carecería desde el momento en que se interceptara por el sitiador el acueducto de que se surtía la ciudad, cuyos pozos no proporcionaban sino poca y muy salobre, perjudicial en alto grado á la salud. Fué, pues, necesario llenar los pozos entonces exhaustos, operación ejecutada con gran trabajo por las mujeres del pueblo.

El general francés M. Lamiraux que ha publicado este año de 1900 una relación sumamente estimable sobre aquel sitio, dice acerca de ese punto: «Aquellas fortificaciones, como las de las muchas plazas fuertes de España, se hallaban en un estado de conservación un poco lamentable, y los mismos ingleses convienen en ello, pues que en una de sus relaciones de antes del sitio se lee: *plaza desmantelada que no tiene sino una parte de su armamento, sin abrigos abovedados, ni empalizadas, ni obras exteriores, ni agua más que por su acueducto. El agua de los pozos es insalubre*».

La plaza, además de todos sus defectos y deficiencias, tenía á sus inmediaciones un verdadero padrastro en la altura, sólo distante 700 metros de su frente de tierra, coronada por el convento de San Bartolomé, cuya fábrica parecía ofrecer por su posición y robustez las condiciones de un reducto avanzado, si hubiera tenido las de traza y formas propias de tal obra de fortificación. No pasó desatendida tal circunstancia por el general Rey, quien, al pasar revista á las forti-

ficaciones y disponer cuanto pudiera servir á su mejoramiento para que ofrecieran la mayor utilidad posible en la defensa, estableció un fuerte destacamento en el edificio y montó en la torre de la iglesia una pieza, siquier de pequeño calibre, que batiese el campo y el camino del lado de Hernani. Como á la inspección y á la reforma de las defensas militares todas, atendió con igual celo y eficacia á que la ciudad, como la guarnición, no careciesen de los medios necesarios para subsistir, ya despidiendo á cuantos forasteros había llevado á ella la emigración del interior y á los moradores habituales desprovistos de vituallas ó que lo desearan, ya requisando, de concierto con las autoridades, materiales, útiles y víveres, por supuesto, y dinero. Así quedó San Sebastián, no sólo libre de la población forastera sino que reducida á menos de la mitad de su vecindario. Dos convoyes completaron ese servicio; uno naval, formado de cuantas embarcaciones había en el puerto que, temiendo la presencia de la escuadra inglesa, hicieron rumbo á los puertos próximos de Francia, y otro que se llevó por tierra á los que preferían el peligro de un encuentro con los guerrilleros de Jáuregui al del mar.

La guarnición se componía de 3.300 á 3.500 hombres de los regimientos 1.°, 22.°, 34.° y 62.° de línea y algunos artilleros, cuyo número, muy escaso para el servicio de las 76 piezas existentes montadas en la plaza, se aumentó con infantes á quienes se procuró en lo posible instruir. De esa fuerza, se mandó un batallón á San Bartolomé y á una pequeña luneta que se improvisó en el cementerio próximo; se ocupó la cabeza del puente de Santa Catalina con un destacamento de 40

hombres, de los que algunos llegaban hasta el convento de San Francisco, la actual Beneficencia; otros 25 fueron enviados á la isla de Santa Clara; y los pocos ingenieros que había, á los que se agregaron también hasta 300 infantes y cuantos obreros cupo reunir, fueron destinados á los trabajos de la defensa, empezándolos por el de allanar los barrios de San Martín y Santa Catalina y derribar los árboles, almacenando la madera para utilizarla en blindajes, empalizadas y caballos de frisa (1). Ayudado por los jefes de artillería é ingenieros comandantes Birón y Pinot, á todo atendía el general Rey, cuyo concepto de valiente, entendido y experto, de severo principalmente y justo, le hacía respetar é inspirar, además, la confianza indispensable para la mejor defensa de una plaza que exige tan extraordinarios esfuerzos y abnegación tan sublime.

Todo eso y más era necesario para resistir el huracán que se aproximaba de un ejército victorioso y que poco tiempo antes, si había ejercitado su valor y su disciplina en batallas como las de Arapiles y Vitoria, no había demostrado menos sus condiciones marciales

(1) Estas noticias son las que da el general Lamiraux; pero existe una Memoria anterior, también muy recomendable, la de M. E. Duceré, impresa en Pau el año de 1896, que las da con más detalles. Dícese en ella: «La infantería se componía de algunos pequeños destacamentos, que entraron en San Sebastián varios días después de haberse puesto la plaza en estado de defensa, y de 2.673 hombres, que pertenecían á diferentes cuerpos; entre estos últimos, un batallón del 1.º de línea, uno del 23.º, uno del 34.º, uno del 62.º y uno de cazadores de montaña. La artillería, mandada por el comandante Biron, formaba 166 hombres con 92 piezas, de las que una sola de á 24. Los ingenieros tenían una compañía de obreros (pionniers) y una de zapadores. El efectivo de la guarnición se elevaba en total al de 3.185 hombres.»

en Ciudad Rodrigo y Badajoz, plazas mucho más fuertes que San Sebastián. La brillante defensa de la segunda de aquellas fortalezas y el fracaso sufrido por los ingleses en Burgos, podrían servir de estímulo y de esperanza para emular con sus gobernadores Philippon y Dubreton; pero eran muy otras las circunstancias en que se encontraba el general Rey ante un ejército, repetimos, cuyas victorias habían despejado sus flancos y retaguardia de cuantos enemigos pudieran interrumpir sus operaciones. ¿Intentarían su socorro los que se estaban concentrando al otro lado del fronterizo Bidasoa? Ya hemos visto que lo dirigieron por otros rumbos y con harta desgracia para los defensores de San Sebastián, lo cual no fué, sin embargo, óbice bastante poderoso á continuar una resistencia bien digna del éxito que veremos obtuvo en sus principios.

He aquí la historia del primer sitio.

El bloqueo.

El ejército español del general Mendizábal, al perseguir á Foy después del combate de Tolosa, atacaba el 29 de junio la posición de San Bartolomé que defendieron con fortuna el 22.° francés y el 62.° que estaba de reserva. En los días siguientes hasta el 3 de julio, nuestros compatriotas ocuparon Pasajes, haciendo prisionera su guarnición de 130 hombres, y Guetaria, que evacuaron los franceses volando el polvorín, cuya explosión causó la muerte á muchos de los vecinos del pueblo. En San Sebastián, ya que nuestra artillería de campaña no habría de producir efecto notable en las murallas ni aun en la ciudad con los pocos disparos que se la dirigieron, Mendizábal se satisfizo con romper el acueducto para privar á la guarnición de tan esencial recurso como el del agua; y, rechazada una

salida que aquella hizo el último de los días citados, fué á reunirse con las demás tropas españolas, dejando libre el campo del sitio al ejército anglo-portugés, que lo ocupó el 10 de aquel mismo mes con las fuerzas que mandaba el general Graham (1).

. Lord Wellington había ya enviado el 4 desde Lanz instrucciones detalladas para que los jefes de artillería é ingenieros preparasen lo necesario con que principiar el sitio, enviándoseles una parte del material por mar desde Bilbao á Pasajes, y otra por tierra, sacado del inmenso reunido en Vitoria. El 11 se hallaba el Generalísimo en Hernani y disponía el bloqueo de la plaza obligando á recogerse en sus puestos exteriores y en el recinto á las avanzadas francesas de observación, y el 12 la reconocía desde las alturas de Pasajes y Ulía con el ingeniero Carlos F. Smith, encargado de la dirección del sitio. En aquel reconocimiento, Wellington y Smith debieron hacerse las mismas reflexiones que después expuso á sus lectores John-Jones en su interesantísimo Diario. «Aparece, cuenta en él, haberse cometido un descuido inexplicable (aun mirándolo como de seguridad contra una sorpresa) al haber dejado las defensas exteriores de la ciudad sin cubrirlas y sin otro segundo obstáculo que el Orumea, vadeable, como se sabe, dos

---

(1) Ducèré se explica así: «Mendizábal no estaba suficientemente provisto de material para conquistar una posición bien disputada (de haute lutte). Sin embargo, hizo el 29 de junio una tentativa sobre San Bartolomé; el 1.º de julio la dirigió sobre la cabeza del puente de madera y después, no obteniendo éxito, hizo romper el acueducto que surtía de agua á San Sebastián.»

En la tentativa sobre San Bartolomé, tomaron parte á las órdenes del coronel Ugartemendie los tres batallones guipuzcoanos que mandaban Aranguren, Larreta y Calvetón, sus jefes, y los vizcaínos que también iban con Mendizábal.

horas antes y dos después de la alta marea; tiempo durante el cual queda seco un espacio considerable en la orilla izquierda del río y á lo largo del pie de la escarpa del muro de la ciudad hasta su extremidad cerca del castillo».

«El Mariscal Berwick, cuando sitió á San Sebastián en 1719, sabedor de esa circunstancia, plantó baterías en las dunas del Chofre para abrir brecha en el muro oriental; y mientras lo hacía, adelantó sus aproches por el istmo estableciendo alojamiento y baterías en el camino cubierto del hornabeque del frente de tierra para resguardar su izquierda al acercarse á la brecha. Eran innecesarios más procedimientos porque, cual se usaba en anteriores guerras, tan pronto como se hizo practicable la brecha, capituló el gobernador por la ciudad y se retiró con la guarnición al castillo.» (1)

Bien consultado así, Lord Wellington decidió seguir igual procedimiento; disponiendo se abrieran dos brechas en aquel muro con artillería emplazada en las dunas del Chofre y se asaltaran en cuanto estuviesen practicables atacándolas por la izquierda del Urumea en la baja mar. En cuanto á las operaciones que debieran ejecutarse por la parte del istmo, ordenó que se desalojasen por lo pronto del convento de San Bartolomé y la luneta próxima los destacamentos franceses allí establecidos, así como de una obra circular (Le Rondeau), construída entre el hornabeque y San Martín para pre- **Plan de Wellington.**

(1) Napier, como Ducèré, dicen que Smith en aquel reconocimiento citó el ejemplo de la toma del fuerte Borbón en las Indias occidentales. Por oportuna que fuera la cita, nunca podía serlo tanto como la del ataque de la fortaleza que tenían á la vista por Berwick, cual lo consigna y con arto fundamento John Jones en su Diario.

venir su acción sobre el flanco de la columna que pudiera ir al asalto de las brechas abiertas en la plaza.

Hemos dicho en otra parte: «Los ingleses han sido siempre ejecutivos en el sitio de las plazas fortificadas, supliendo los medios que ofrecen el tiempo y el arte con la temeridad, por costosa que pudiera resultarles. Ejemplos elocuentísimos de esos procedimtentos, que no pocos de sus ingenieros censuraban, ofrece esa misma guerra de la Independencia; los de Badajoz, particularmente, y el de Ciudad Rodrigo, en que el asalto siguió de muy cerca á la marcha de las primeras operaciones del sitio. De modo igual procedieron en San Sebastián.....» Así fué, con efecto, y lo censuró también fuertemente el mismo John Jones con el argumento irrebatible de los sacrificios de tiempo y sangre que costó aquel asedio y con el autorizadísimo del mariscal Vauban que dice: *La precipitación en los sitios no apresura la toma de las plazas, la retarda frecuentemente y ensangrienta siempre la escena.* El tiempo gastado en el sitio que estamos recordando y el revés sufrido en su primero y lamentable período, como los sacrificios hechos en el segundo y definitivo, causa del horrible desastre de la infeliz ciudad española, probarán lo erróneo y costoso de ese sistema que los ingleses no habían abandonado á pesar del rudísimo escarmiento del castillo de Burgos.

El lado débil de la plaza de San Sebastián, y mucho más para los que habríanse de valer de ese procedimiento de rebato, hecho costumbre en los ingleses, era indudablemente el oriental bañado en su pie por el Urumea. Careciendo, según hemos dicho, de obras exteriores como las del frente de tierra, sin escarpa ni

contra-escarpa, sin camino cubierto ni glasis y teniendo por foso un río vadeable en varias horas del día, sus defensas contra un ataque de flanco por el pie de la muralla eran una pequeña batería, la del Mirador en la ladera del monte asiento del castillo y el pequeño baluarte de San Telmo. El muro, es verdad, tenía la elevación de 30 metros; pero además de, como muy antiguo, carecer del anchuroso terraplén necesario para resistir el fuego de la artillería moderna y para los emplazamientos de la que habría de defenderlo, estaba también privado en sí mismo de fuegos flanqueantes, pues que las dos torres que mediaban en tan extensa cortina no los podían proporcionar sino en muy exiguas proporciones.

A pesar, con todo, de ser ese lado designado como objetivo preferente en el plan que fijaron los ingenieros ingleses y aprobó el Generalísimo, había que atender á otros puntos para hacer más fácil la ejecución de su pensamiento, al del alto de San Bartolomé, principalmente, que, así como dominaba la plaza, serviría para estorbar los trabajos dirigidos contra ella.

En verdad, había en el ejército sitiador fuerza y material suficientes para la empresa, si se hubieran observado las instrucciones dictadas por Lord Wellington, las cuales, desatendidas ó mal interpretadas por los técnicos, validos de la modestia y facilidad de carácter del general Graham, produjeron el fracaso del 25 en vez del éxito que era de esperar (1). De las dos

---

(1) Difícil era, eso sí, dar su verdadera y esencial interpretación á la orden de Wellington. «Tomad la plaza del modo más rápido, ordenó, pero sin comprometer nada por sobra de precipitación.»

alas en que se constituyó la línea general que pudiéramos llamar de contravalación, ocupó la de la izquierda la quinta división inglesa que mandaba el general Oswald, y las brigadas portuguesas de Bradford y Wilson ocuparon la derecha, que lo era del Urumea, con un total de 9 á 10.000 hombres. Eran 40 las piezas, cañones, carronadas, obuses y morteros, de todos calibres, con 526 artilleros, así de tierra como de marina, municiones y víveres que se llevaron de Pasajes sin obstáculo al Chofre, pero penosamente y dando un gran rodeo á las posiciones de la izquierda para salvar el cruce del río.

Obras de ataque.

El 11 por la noche se comenzaron dos baterías contra el convento de San Bartolomé y la luneta inmediata; la primera, á 220 metros de aquel edificio para cuatro piezas de á 18, y la segunda, á 200 para dos obuses; ambas á la derecha del camino de Hernani. Mientras se terminaban, se construían las noches del 13 y del 14 otras cuatro baterías de 600 á 1.300 metros del frente oriental de la plaza y á la vera de la línea de la marea alta, unidas á una extensa red de trincheras por entre las dunas del Chofre, donde se establecieron depósitos de material y víveres para el servicio de toda aquella zona, derecha de la línea. Aquellas baterías, armadas de 20 cañones de á 24 y 4 obuses de á 8 pulgadas, estaban destinadas á batir las dos torres de los Hornos y Amézqueta que hemos dicho flanqueaban aquel frente desde el de tierra hasta el baluarte extremo de San Telmo al pie del castillo. No se dormía el general Rey; y al ver apuntado el ataque de los sitiadores en aquella línea, hizo atrincherar y aspillerar todas la casas inmediatas de donde se pudieran de-

fender las brechas que en ella se abrieran; se tapiaron la puerta de socorro del ángulo del frente de tierra y las salidas de las alcantarillas, y se construyeron barricadas que cerraran el paso á la ciudad si se asaltaban las brechas, sin estorbar, empero, á la retirada de las tropas defensoras al castillo, si eran batidas.

Se rompe el fuego contra San Bartolomé.

Así las cosas, el día 14 en que el Generalísimo, satisfecho del estado en que quedaban las obras del sitio, salió á ponerse á la cabeza del ejército en los Pirineos dejando el mando á Graham, rompieron el fuego las baterías del alto de San Bartolomé sobre el convento y la luneta. Ya se sabe lo que son los muros de un convento, por robustos que se hayan querido levantar para su destino. Los de San Bartolomé no resistieron más que desde el amanecer hasta las seis de la tarde, hora en que se hundieron los del lado occidental y los techos á que servían de sostén. Fué, pues, necesario á los franceses barricadear todas las brechas ocasionadas con el hundimiento, aspillerar los tabiques del interior, disponer en los escombros explosivos, bombas y granadas que arrojar sobre los asaltantes, y establecer en el revés del monte y las ruinas del barrio de San Martín una reserva de 400 hombres que atendiese inmediatamente á cualquier ataque de ambos puntos por la gola, y otra, por fin, en el hornabeque para cubrir el espacio llano intermedio del itsmo.

El 15, día en que tomó el mando de los Ingenieros del sitio el teniente coronel Fletcher, pero dejando á Smith la dirección del ataque en la derecha del Urumea, las baterías de San Bartolomé y alguna del otro lado del río reprodujeron sus fuegos de bala roja y granada sobre el convento, cuyo incendio logró apagar

en algunos puntos la guarnición. Tan ocupada, sin embargo, la vieron los sitiadores en esa tarea, que lanzaron á los portugueses de la 5.ª división á la conquista del convento y á la de la luneta, muy maltratada también por la artillería inglesa. No sólo fueron ejecutivamente rechazadas las dos columnas de ataque, sino que, al hacerlo, salieron los franceses en pos de ellas llevándolas arrolladas y con muchas bajas hasta muy cerca de sus baterías. La salida había probado bien; y el general Rey, fuese por eso ó por asegurar más la posición de San Bartolomé distrayendo á los sitiadores de su ataque, fuese, en fin, para intentar la destrucción de las obras que andaban construyéndose en las dunas del Chofre, entre las que se emprendía una nueva de 7 piezas para secundar el asalto frustrado del convento, hizo reconocer los pasos del Urumea que pensaba vadear el 16 cuando lo consintiese la marea. La empresa fué considerada como impracticable, dando los sondeos un resultado negativo, por la hora, sin duda, ó los sitios en que se hicieron, puesto que más adelante se llevó á cabo por los enemigos desde el otro lado. Así pasó aquel día que el sitiador empleó en acabar su obra de destrucción en el convento de San Bartolomé, cuyo incendio se hizo imposible de apagar y cuyas defensas fueron en todos sus puntos arrasadas. En tal estado quedaron, que al día siguiente, 17, las asaltaban los portugueses de Wilson, algunas compañías de un regimiento inglés de línea y tres de los famosos Escoceses Reales, que ocuparon, no sin oposición, uno y otro puesto.

Contra el Rondeau.

Pero no satisfechos con eso los aliados y creyendo fácil una victoria más importante todavía, avanzaron *in-*

necesaria é imprudentemente, como dice uno de sus cronistas, sobre las ruinas de San Martín y aun sobre el reducto circular (Le Rondeau), mencionado anteriormente; eso, para hacer frente luego á un gran destacamento que salía de la plaza en socorro de los defensores de San Bartolomé.

Y entonces se ofreció á la vista lo que alguna relación francesa recuerda, el cuadro de una gran batalla.

Los tiradores, dícese que escogidos, que habían defendido el convento, y los de la luneta, después de haber rechazado á los portugueses y á los ingleses del coronel Cameron, azotados por la artillería del hornabeque, continuaron resistiendo en el arruinado caserío de San Martín, á pesar de que, á su vez, se vieron hechos blanco de todas las piezas montadas en la derecha del río y las aportadas por los sitiadores al lugar del combate. El capitán Woodman del 9.° inglés fué allí muerto, y no hubiera tenido mejor suerte Cameron, que llevaba perdida una gran parte de sus granaderos, si no hubieran acudido las demás compañías del regimiento en su auxilio. Todavía se cometió otra falta, y esa contra las instrucciones del general Oswald, acometiendo la conquista del reducto circular, en cuyo ataque tuvieron los ingleses, al ser rechazados, muchas é importantes bajas. (1)

---

(1) De haber escrito Jones, que los franceses habían hecho algunos prisioneros heridos, y de decir Napier, copiando á Belmas, que la pérdida de los franceses *se elevó á 240 hombres, siendo considerable la de los aliados,* se vale el general Lamiraux para manifestar que el sitio marchaba lo mejor posible para sus compatriotas.

Napier, al añadir á su cómputo de bajas, la de 7 oficiales y 60 hombres de los de Cameron, dice que aquel ataque fué un verdadero error. Y sigue así: «La batería levantada en la de-

Aquel combate del 17, por glorioso que fuera para los sitiados, creaba una situación desfavorable á la defensa en general de la plaza, que quedaba en muchos puntos á descubierto de los fuegos que fueran á establecerse en las posiciones perdidas de San Bartolomé y San Martín. No bien cayó la luneta en poder de los ingleses, se hizo en ella alojamiento fortificando la gola, y se levantaron á la izquierda del convento dos baterías de ocho piezas para enfilar el hornabeque y los parapetos de la plaza, en la que los defensores tuvieron que construir traveses, retirar las piezas á barbeta montadas en el frente de tierra y levantar el empedra-

---

recha del Urumea, no había aún roto el fuego; de donde resulta, ó que se dió el asalto con exceso de precipitación ó que aquella batería era inútil; pero la pérdida de los asaltantes justifica suficientemente la construcción de la batería.» Napier, sin embargo, apela siempre á su recurso favorito para amenguar la responsabilidad de los suyos, achacando á los portugueses (y no es poca fortuna el que no hubiera allí españoles), lentitud en sus ataques al no emprender el asalto de la luneta hasta después de ser abandonada por los sitiados..... Existe la relación de un francés, testigo ocular de aquel combate, copiada por Ducèré en su interesante escrito. En ella aparece que, al asaltar los ingleses el barrio de San Martín, los franceses de la reserva lograron restablecer el combate. «El capitán de ingenieros Saint-George, se dice, á la cabeza de un destacamento de zapadores, de granaderos del 22.° y algunos soldados del 34.° y del 62.°, se lanzó sobre el enemigo y volvió á entrar por la gola en el convento, del que arrojó á los ingleses, que perdieron en él mucha gente. Al mismo tiempo, el capitán de ingenieros Montréal y el teniente del 22.° Saint-Feanné, se apoderaron, con un destacamento de cazadores, de las casas aspilleradas de nuestra derecha y así la posición se halló reocupada en todo su frente; pero aquel éxito no fué de larga duración.»

No desmentiremos del todo esa relación; pero en vista de la de Napier y de la últimamente dada á luz por el general Lamiraux, creemos que esa reacción de las reservas francesas y que esa reconquista del convento, serían uno de esos pequeños episodios que ofrecen las acciones bien reñidas entre tropas excelentes como eran las de aquellos dos ejércitos, pero á que no se pueden dar las proporciones que les da el testigo ocular á que se refiere Ducèré.

do de las calles próximas al recinto. De modo semejante se atendió á contrarrestar las nuevas baterías de las dunas y una que el 18 y el 19 construyeron los sitiadores en Ulía de dos cañones de á 24 y otros tantos obuses de á 8 pulgadas, que luego se duplicaron para aumentar su fuego, dirigido contra el Mirador y otras obras del Castillo que distaban unos 1.300 metros de aquel punto. Con eso; con armar los ingleses las baterías todavía inacabadas y completar otro alojamiento en San Martín en comunicación con las baterías de San Bartolomé y con las tropas que campaban á su retaguardia, armamento que se completó con varias piezas que se desembarcaron en la fragata de guerra *Surveillante*, pudieron el día 20 á las ocho de la mañana romper el fuego la batería alta de Ulía, tres del Chofre, las más próximas á la línea de la marea y al frente oriental, por consiguiente, y las dos de San Bartolomé. El efecto no correspondió al número de las piezas. Si la batería de Ulía no podía hacerlo grande por su distancia, en la más próxima del Chofre quedaron inutilizados, por el fuego violentísimo que desarrolló la plaza, dos cañones de á 24, por golpes dados en las piezas mismas y otros en las ruedas y montajes; fueron muertos ó heridos muchos artilleros, entre ellos el capitán Dubourdieu, excelente oficial citado anteriormente; y arreció de tal modo el temporal de lluvia que había empezado con el día, que, humedecida la arena, cimiento de las obras, desniveló muchas de sus plataformas. En la izquierda, los aliados, saliendo de su atojamiento de San Martín, atacaron el reducto circular; pero fuese porque la tempestad obligara á los trabajadores que comenzaban la apertura de una paralela á acogerse á las

arruinadas casas de aquel barrio, fuese por el fuego del hornabeque y del frente de tierra, el resultado de la jornada no fué satisfactorio para los sitiadores (1). Aquella noche evacuaron los franceses el Rondeau, pero los obreros ingleses que tenían planteada la paralela tuvieron también que retroceder á San Martín. Tan tempestuosa, obscura y lluviosa fué la noche que, al decir de Jones, no quedaron reunidos más que 200 hombres de los 700 destinados á aquel trabajo. Sin embargo, el 21 una de las baterías del arenal del Chofre rompió el fuego sobre el frente oriental, suspendiéndolo entre 10 y 11 para reanudarlo hora y media después por haberse negado el general Rey á recibir el despacho en que se le intimaba la rendición. Doce horas duró la lucha entre la artillería inglesa y la de los sitiados en aquel frente, en que, si no se adelantó lo que se esperaba en la apertura de la brecha por lo consistente del muro reforzado, según tenemos dicho, después del sitio de 1719, fueron desmontadas muchas piezas, destruidas todas las

(1) Tanto los historiadores ingleses como los franceses, lo atribuyen á no haberse seguido el plan y las instrucciones de Wellington y, en parte, á la debilidad de Graham. El Lord, dicen, y en eso aparece una contradicción con lo acordado en el primer reconocimiento, quería: 1.° Arruinar las defensas con un fuego sostenido; 2.° Alojarse en el hornabeque para dominar el frente de tierra; 3.° Abrir brecha en el ángulo sudeste, ángulo en que sólo en aguas vivas baña el Urumea al pie de las murallas; 4.° Dar el asalto, cuando estuviese practicable la brecha, en pleno día y por supuesto en la baja mar.

En esos términos, *plus minusve*, lo consigna el general Lamiraux de acuerdo con Napier, que atribuye á Smith parte de ese plan acusándole, sin embargo, de no haber leido la descripción del antiguo sitio, pues que eligió, sin saberlo, el sitio precisamente en que se había abierto la brecha y que después fué sólidamente reconstruido. También dice Napier que Smith se opuso á que se empezase por la apertura de la brecha y que Fletcher cedió á disgusto, siendo la culpa de Graham que se avino á la opinión de los artilleros.

cañoneras, muertos ó heridos la mayor parte de los artilleros, y se hizo necesario construir traveses, abrir fosos y reunir gran número de granadas y bombas en el parapeto, con el fin de hacerlas rodar por la brecha cuando, practicable ya, fuera asaltada. Si en el istmo no adelantaron mucho los trabajos de aproche, en cambio fué tan vivo y eficaz el fuego de las baterías inglesas, el de la de Ulía principalmente, sobre el hornabeque y el respaldo del muro atacado en brecha desde las dunas, que la guarnición de aquel fuerte, á falta de abrigos á prueba, tuvo que abrir en él zanjas blindadas á que acogerse (1).

El 22 continuó el fuego de casi todas las baterías de la derecha del Urumea que, con efecto, logró poner practicable la brecha comenzada á abrir entre los cubos Amézqueta y de los Hornos, sin que lo pudiera impedir la artillería francesa, impotente contra el huracán de hierro desatado sobre ella, sobre la del muro atacado principalmente, contra cuyas defensas suplementarias que entonces y después pudieran establecerse, se dirigieron cuatro carronadas que se llevaron de otra batería. Las brechas.

El fuego de los sitiados, repetimos, se resintió, tan-

(1) Los trabajadores de la paralela, comenzada en el istmo, dieron inconscientemente con el acueducto cortado por Mendizábal días antes.

Siguiendo su trazado, un ingeniero observó que á los 230 metros, se tropezaba con una fuerte puerta en la contraescarpa opuesta á la cara del medio baluarte de la derecha del hornabeque, y deseando aprovechar aquel conducto de 4 pies de alto y 3 de anchura, lo convirtió en mina que, cargada con 30 barriles de á 90 libras de pólvora cada uno y fortificada con arena y cascote, destruyera, al dársele fuego por medio de una salchicha, la contraescarpa del fuerte, cuando se considerara oportuno, y rellenara el foso.

to por haber sido arruinados los emplazamientos de sus piezas, como principalmente por lo que habían sufrido muchas de ellas en su viento y fogones, extraordinariamente dilatados por la frecuencia de sus disparos. Eso que tuvo la guarnición la fortuna de haber recibido útiles y provisiones que consiguieron descargar en la bahía algunos barcos enviados de San Juan de Luz y que la escuadra inglesa no logró capturar ni á su llegada ni á su retorno. La actividad, con todo, del general Rey y la eficacísima cooperación de sus ingenieros y artilleros, á cuya cabeza fueron en aquel convoy á ponerse dos excelentes jefes M.M. Brion y Gillet. alcanzaron á montar una pieza más en el Mirador, otras en el Hornabeque, dos en el cubo de los Hornos, otras dos en las casamatas del Imperial y otras tantas, por fin, en los espaldones del foso del frente de tierra.

En todo se iba dejando sentir la ausencia de Lord Wellington, que si se atemperaba á la costumbre en sus compatriotas de emprender el ataque á rebato de las fortificaciones enemigas, presidía á veces los trabajos, los estimulaba con su acción personal y, sobre todo. difícilmente permitía se entrometiese nadie á variar sus disposiciones. Sucedía en su campo algo de lo que se observaba en el de Napoleón, en que, ausente él, sus mariscales por díscolos, envidiosos unos de otros ó con la ambición de hacerse distinguir con el brillo de su propio exclusivo mérito, no se avenían á considerarse como los planetas, meros reflejos del fulgor solar, instrumentos de la gloria de otro. Y con faltar así á uno de los más importantes principios del arte de la guerra, al de la disciplina, sintetizado en la eficacia, por nadie negada, de la unidad en el mando, se malogra-

ban las operaciones mejor pensadas y aun las puestas en ejecución con las más justas esperanzas de éxito en su comienzo. Eso le había acontecido á Napoleón, aun dotado del mayor prestigio que haya podido alcanzar general alguno en el mundo; eso hemos visto que acababa de sucederle á Soult en la jornada de Pamplona, y vemos ahora que Graham, siguiendo, mejor que las prescripciones de Lord Wellington, el general antonomásicamente llamado *El duque de hierro*, los consejos de un jefe de batallón, de un subalterno quizás, hacía se malograse una acción de tanta importancia como la del asalto de San Sebastián.

El día 23, aumentado el número de piezas en la batería más alta en sentido de las aguas de la ría con artillería de las demás hasta reunir doce cañones de á 24, lograron los artilleros ingleses hacer practicable la brecha entre los dos cubos ó torres, tantas veces mencionadas, del frente de ataque. No satisfechos todavía y siendo muy de mañana, volvieron sus piezas á un punto próximo con el objeto de hacer otra brecha, que efectivamente se abrió, entre Hornos y el baluarte de San Telmo para que, asaltada con fortuna, pudieran sus ocupantes envolver la primera y facilitar así su conquista. Y se había extinguido la luz del día cuando la nueva brecha, ancha de diez metros, estaba practicable también y aun se habría otra pequeña más abajo y próxima al baluarte de San Telmo, brechas á cuyas espaldas, además, aparecían ardiendo y envueltas en humo y llamas las casas más cercanas al muro, varias de las que se apoyaban en él (1). No había ya en San Sebastián

(1) Hoy, en el otoño de 1900, se están derribando varias de las últimas que, recompuestas después de aquel sitio, ofrecían,

medios suficientes para atender al incendio y á la defensa simultáneamente, y si hubiera hecho viento en sazón tan triste, la destrucción de la ciudad habría precedido en un mes á la del segundo sitio. No corría el viento afortunadamente aquel día con violencia; y, como del riesgo del incendio, se libró la plaza del asalto ya preparado por los sitiadores que, á su vez, temieron el á que pudiera exponerles la zona de fuego que tendrían que cruzar después de ganada la brecha. Eso, que produjo la suspensión del asalto por el día 24, dió á los sitiados tiempo para prepararse en condiciones mucho más ventajosas que las á que los dejó reducidos el 23 el fuego infernal que se les había hecho y que no pudieron contestar con la eficacia que deseaban por los estragos sufridos en la artillería de las defensas. En ese tiempo los sitiados se ocuparon en atrincherar las brechas y flanquearlas con la artillería, en emplazar en las obras del hornabeque una pieza sobre el flanco por cuyo pie habrían de pasar las columnas de asalto, diponiendo, además, á lo largo del parapeto, bombas y granadas que se arrojarían á mano sobre ellas, en aspillerar las casas que se hallaban detrás de las incendiadas dejando las destruyese el fuego y con ello ese nuevo obstáculo para los asaltantes. «Era, dice el general Lamiraux, una defensa tan bien preparada como fuese posible, á pesar del inconveniente producido por el violento incendio de las casas y de tener que poner pro-

---

especialmente en la calle de la Zurriola, el carácter todo de las fortificaciones de la Edad Media. Adosadas al muro, eran como el cuerpo de guardia del espacio que ocupaban en él; y se distinguían algunas, como de ciudadanos ilustres, así por su construcción y los adornos de las puertas, como por los escudos de armas esculpidos en sus claves.

visionalmente al abrigo y fuera de sus emplazamientos propios las piezas más próximas, cuyos afustes como sus municiones, se habrían allí quemado.»

El asalto.

El general Graham, confiando en el estado en que aparecían las brechas, azotadas incesantemente por las baterías del Chofre para que no perdiesen su accesibilidad, y en las protestas que le dirigían los artilleros de que con su fuego despejarían el muro de los que se atrevieran á defenderlo, se decidió á asaltarlo en la baja mar de la noche del 24 al 25, no de día según las instrucciones terminantes de Lord Wellington.

Todo se había prevenido en el campo sitiador para el momento en que la marea, al bajar, consintiese el paso de las tropas por la estrecha faja que dejaría libre entre las aguas y el muro de la plaza; todo, sin embargo, contra la opinión también de Smith que protestaba de que no se hubiese preparado el asalto con el ataque á otros puntos, en su concepto, de ocupación necesaria, y contra la del Generalísimo que en su visita de aquellos días había siempre recomendado se emprendiese operación tan crítica y comprometida en pleno día. Todo también se había prevenido en la plaza, donde el ser practicables las brechas, la previsión del tiempo en que sería más fácil el asalto, la dirección que se daba al fuego incesante del sitiador y el espectáculo que ofrecía el continuo movimiento de las tropas aliadas, observado desde el castillo, revelaban á hombres tan prácticos en las operaciones militares como el general Rey que no holgaría la vigilancia más activa para no verse sorprendido.

Las fuerzas aliadas que se destinaron al asalto consistían en el tercer batallón de Escoceses Reales que,

con su mayor Frazer, se encargaron de atacar la primera y mayor brecha, abierta entre los cubos Amézqueta y de los Hornos; en el regimiento inglés número 38 de línea que con su coronel Greville debía asaltar las brechas pequeñas, y en el famoso noveno que mandaba el tantas veces citado coronel Cameron, yendo á sostener á los Escoceses. De esos regimientos se sacaron las compañías que nosotros llamábamos de cazadores, las cuales, puestas á las órdenes del teniente Campbell del noveno, servirían, una vez asaltada la brecha principal, para esparcirse por el muro de aquel frente y limpiarlo de sus defensores. Esas fuerzas componían la de unos 2.000 hombres de la quinta división que regía el general Oswald que, con el de brigada Hay, las reunió en las trincheras de la paralela del istmo y deberían salir de ellas al darse la señal, que iba á ser la explosión de la mina formada en el acueducto contra la contraescarpa del lado occidental del hornabeque. El trayecto de la paralela á la brecha era de unos 300 metros; pero, cubierto además el piso de rocas sumamente resbaladizas y de charcos de agua entre éllas que hacían penosísimo de recorrer, máxime de noche y sufriendo el fuego que los sitiados habrían de hacer llover sobre los asaltantes desde las obras del hornabeque y del frente atacado. Ya tenemos dicho que la cortina no ofrecía más fuegos flanqueantes que los de los dos cubos, y esos muy escasos ciertamente; pero, traspuestos el hornabeque y la falsabraga, que lo separaba del frente principal, algo y mucho eran, aun en la oscuridad, los de San Telmo y El Mirador. Las condiciones, pues, en que iban á atacar los ingleses eran malas, desventajosísimas, con la fa-

tal circunstancia, también, de que el fuego de las baterías del Chofre, dirigido á mantener practicable la brecha y despejado el muro, sería de seguro incierto y acabaría por ofender á los asaltantes. Es difícil poner en peores condiciones á unas tropas, no poco disgustadas ya con las órdenes y contraórdenes que recibieron durante su permanencia en las trincheras; y todo por las vacilaciones de su jefe, pudiéramos decir accidental, y la inobservancia de cuanto había dispuesto y recomendado su prestigioso Generalísimo. Eso que, para atenuar en lo posible tales dificultades, se construyó un trincherón al frente de la paralela y á unos 50 ó 60 metros del hornabeque, situando en él un destacamento portugués que apagase los fuegos de aquella parte de la plaza.

Dióse la señal: la explosión de la mina del acueducto fué tal que esparció el espanto en toda la guarnición del hornabeque, cuyos defensores abandonaron sus puestos para ponerse en salvo. Los efectos, sin embargo, de tanta pólvora como la depositada en la mina y la conformación que se la había impuesto, no fueron lo eficaces ni destructores que se esperaban. Pareció conmoverse el hornabeque entero, pero ni se derrumbó el muro atacado ni siquiera se rellenó el foso con los escombros; por lo que, y careciendo los portugueses de escalas, ¡imprevisión lamentable!, se volvieron á sus trincheras aprovechando el pánico de sus enemigos que, de otro modo, los hubieran réciamente escarmentado (1). Lo estrepitoso y tremendo de la ex-

(1) Belmás dice que los asaltantes del hornabeque llevaban escalas que fueron derribadas, (renversées avec tout ce qú elles portent).

plosión sirvió, con todo, á la primera columna, la cual emprendió en seguida la marcha á la brecha, para deslizarse por el pie del muro del ángulo del hornabeque sin recibir el fuego de los tiradores apostados en él, que, viéndose acaso volar por los aires, huían en aquel momento hacia la puerta interior del fuerte.

Frazer y el ingeniero Harry Jones, que le acompañaba, se adelantaron á asaltar la primera brecha, creyéndose seguidos inmediatamente de los escoceses, de los que, sin embargo, eran muy pocos los que les secundaban en tan generoso ejemplo. La confusión que en los demás produjeron la obscuridad, los obstáculos del camino y el fuego de sus compatriotas, los artilleros del Chofre, que no habían fijado antes la puntería de las piezas y cuyos proyectiles más ofendían á los asaltantes que á los defensores de las brechas; el desorden, repetimos, que naturalmente introdujeron en sus filas tan abrumadores embarazos y riesgos, paralizaron el movimiento que, para ser útil en instantes tan críticos, exigía ser lo más simultáneo y uniforme posible.

Apesar de eso, llegaron algunos, pero en grupos solamente y distanciados, y aunque pudieron reunirse en lo alto de la brecha á sus heroicos oficiales, el escarpe interior del muro los detuvo; y el fuego que salía de las casas aspilleradas atravesando el humo de las incendiadas, el del castillo y el de las torres de ambos flancos produjo tan grandes estragos en los asaltantes, que tuvieron, los no heridos, que retroceder despeñándose de la brecha. «El mayor Frazer, cuenta Napier, es muerto en las abrasadas ruinas de

las casas. El intrépido Jones se mantiene allí algún tiempo en medio de un corto número de heroicos soldados esperando socorros que no llegan, y sucumbe al fin con cuantos le rodean. El ingeniero Machel había ya sucumbido; y los hombres provistos de escalas son también muertos á su vez. Así, la cola de la columna se encontraba ya entregada al mayor desorden antes de que hubiese sido batida la cabeza. En vano el coronel Greville, del 38.°; el coronel Cameron, del 9.°; el capitán Archimbeau, de los escoceses, y varios otros oficiales de los regimientos, hacen esfuerzos enérgicos para reunir sus tropas y volverlas á la brecha; en vano el teniente Campbell, atravesando aquella multitud desordenada, con algunos valientes soldados de su destacamento de preferencia, que no han sucumbido, se lanza á las ruinas; dos veces llega á ellas; es herido otras tantas y cuantos le rodean son muertos».

Si exacta y conmovedora y terrorífica es la relación de Napier que acabamos de traducir, no lo es menos la que nos trasmite el general Lamiraux al describir la que pudiéramos llamar segunda parte del asalto, el desenlace de tan sangriento drama. «Todo eso, dice, se comprende bien, duró muy poco tiempo. Sucedió luego ese vaivén especial de una muchedumbre encerrada en un espacio estrecho, en que la cabeza y la cola se mueven entre impulsiones encontradas y se mezclan después unas con otras. Escoceses, soldados del 38.°, soldados del 9.°, ingleses y portugueses, cuanto queda en pie, huye á las trincheras, perseguido por las balas y la metralla al pasar bajo el fuego de los soldados franceses vueltos al hornabeque y cubriendo los para

petos» (1). Los más retrasados, los que debían asaltar la tercera brecha, detenidos desde el principio en el angosto paso que necesitaban recorrer, ni siquiera pudieron atravesar la masa revuelta al pie de la primera y hubieron de volver apresuradamente á sus trincheras.

Los Escoceses, al retirarse, chocaron con sus camaradas del 38.° y del 9.° que se dirigían á las otras dos pequeñas brechas. Se detienen naturalmente y unos y otros, no pudiendo abrirse paso por el estrechísimo que dejaba el reflujo del mar, se arremolinan, luego, sin saber qué resolución tomar, incapaces, como se ven, de acometer de nuevo en orden propio de un asalto, y sin atender á las exortaciones de sus oficiales cuyas voces, por otra parte, les es imposible oir, y azotados cada momento más por la fusilería de la muralla y las bombas y granadas del Castillo y el Mirador, se entregan al único recurso que les queda, á tropezando unos con otros ó en las peñas y charcos, acogerse cu-

---

(1) Ducèré, que dice deber su relación del asalto *au temoin actif de cette terrible action,* sin citar su nombre, la copia, en efecto, de la traducción de Napier hecha, como la de toda la obra, por el teniente general francés conde Mathieu Dumas, tan conocido en el mundo literario como en el militar.

De Belmas traducimos: «De repente la columna enemiga es acogida en cabeza y por los flancos con una cantidad innumerable de bombas y granadas de obús y de mano á cuyas explosiones las piezas, tanto del baluarte de San Telmo como de las torres de los Hornos, de la de la Mezquitas (Amézqueta) y del caballero (El Mirador?), viéndose desembarazadas, añaden los destrozos de su metralla. Sorprendidos así y aplastados bajo aquella espantosa tempestad de proyectiles, los ingleses vacilan, se turban y muy pronto no forman sino una masa confusa en cuyo seno la artillería hace destrozos horrorosos. En situación tan desesperada, los más valientes se lanzan á la brecha donde encuentran una muerte honrosa en las bayonetas de nuestros granaderos; el resto busca su salud en la fuga, todavía expuesto al fuego de todas las baterías de la plaza: sólo un corto número llega á retirarse».

biertos de sangre y lodo á las trincheras de que poco antes habían salido (1).

Sus efectos.

He ahí el tremebundo drama representado la noche del 24 al 25 de julio de 1813 en los muros de San Sebastián. El escenario, si no nuevo, tan extraño y de escollos cubierto; la hora; la obscuridad, tan sólo interrumpida por el fulgurar de los fusiles y cañones lanzando, como sus rayos de luz, los mortíferos de sus proyectiles, constituían un verdadero huracán de plomo y hierro que llenaba la atmósfera de lumbre siniestra y el suelo de horror y sangre. Pocas veces se habrá contemplado espectáculo más sombrío y aterrador, si no se recuerda el del asalto de Badajoz ó no se espera á presenciar el que un mes después ofrecerá aquel mismo lugar, donde la rabia del vencimiento anterior, el anhelo más y más excitado del desquite, encendido en pechos heróicos pero ansiosos de venganza, harán ver el sacrificio inmerecido de la infeliz ciudad tan obstinadamente disputada.

Eso que en los generosos pechos de quienes así se combatían cedió pronto la furia su lugar á los sentimientos del honor militar, en unos, y al deber para con sus camaradas, en otros, celebrándose un corto armisti-

(1) «Después de un momentáneo intervalo, dice John Jones, la guarnición se rehizo de su sorpresa y respondió con el fuego más destructor de fusilería sobre los asaltantes, barriendo sus primeras filas, mientras la retaguardia sufría otro tanto de la mosquetería y de las granadas de mano, arrojadas sobre ella desde las dos torres de los flancos de la brecha, y de los disparos que se le hacían desde el castillo.»

Graham dice en su parte: «El enemigo ocupaba en fuerza todas las defensas de la plaza que descubren aquel camino y del cual y de todo el rededor de la brecha podía desplegar un fuego de metralla y fusilería flanqueando y enfilando la columna de ataque, y arrojar sobre ella tantas granadas de mano como fueran necesarias para hacerla desistir del asalto.»

cio durante el cual fueron retirados de la palestra los muertos y los heridos en ella, y en que, al decir de un historiador inglés, «Los Franceses, que ya habían tenido la humanidad de levantar al bravo Jones y á los demás heridos en la brecha, se ocuparon también de recoger los heridos más distantes ante el temor de que se ahogasen al subir la marea.» Cinco oficiales de ingenieros, el teniente coronel Fletcher entre ellos gravemente herido, según John Jones, cuarenta y cuatro de los regimientos de infantería antes citados, y quinientos veinte individuos de tropa fueron muertos, heridos ó hechos prisioneros en tan encarnizada, siquier breve lucha (1).

No hay para qué recordar el efecto que hizo en España y Francia, en Inglaterra y sobre todo en su Parlamento, tal fracaso como el del primer asalto de la fortaleza de San Sebastián. En vano trataron de disimularlo Wellington y Graham, figurando no darle la

(1) Graham decía al continuar el párrafo transcrito en la nota anterior: «La pérdida, por consiguiente, sufrida, fué considerable (severe), especialmente la del tercer batallón de Escoceses Reales; la de la brigada del Mayor General Hay que, estando de servicio en las trincheras, formó la columna de ataque; la de la brigada portuguesa del Mayor General Spry; la del Mayor General Robinson y la del 4.° de Cazadores del Brigadier General Oswald, jefe de la 5.ª división.»

Es extraño que ni Graham ni Napier incluyan á Fletcher en el número de las bajas. Jones dice: «De los ingenieros, aparte del teniente Jones (Harri) herido y prisionero en la brecha, el teniente Machell fué muerto, y Sir R. Fletcher, capitán Lewis, y teniento Reid, fueron heridos gravemente (severely wounded)».

Más extraño es aún que los autores de *Victorias, Conquistas, etc.*, ignorasen el lugar por donde fué atacada la plaza de San Sebastián. En cambio y tras de emplear muy cortas frases para describir un asalto que tanto honor hace á las armas de sus compatriotas, se valen de las siguientes para ensalzar su humanidad. «Entonces, dicen, sucedió á aquellas escenas de destrucción un espectáculo de nuevo género y más admirable sin

importancia que merecía un suceso que variaba con mucho la marcha de las operaciones que aquel mismo día se veía obligado á emprender el ejército aliado. En el mismo ejército inglés se alzaron voces acusadoras contra los directores de una empresa que se creía de éxito seguro y resultó un desastre. Atribuíase éste en primer lugar á no haberse seguido el proyecto del Generalísimo ni observado sus instrucciones. Era otra de las causas el no haber combinado con habilidad las medidas de varias clases que exige una operación á tantas y tan diversas condiciones sujeta, y á falta de energía, al fin, en la ejecución, debilidad más que á ningún otro atribuída á Graham, unas veces conformándose con la opinión de los ingenieros y otras, y éstas con preferencia, con las de los artilleros que precisamente habían perdido mucha parte de su crédito en los sitios anteriores. Smith era el intérprete más autorizado de los cálculos y las voluntades de Lord Wellington, pero no fué escuchado; no se preparó el asalto con la ocupación del hornabeque, no conquistado

duda: los soldados de la guarnición se precipitan, á cual con más empeño, de lo alto de las brechas y de la falsabraga á socorrer á los heridos, levantando y acogiendo igualmente á enemigos que á amigos. Aquellos mismos ingleses que momentos antes eran rechazados con toda la intrepidez de la desesperación, son ahora cuidados por sus vencedores con la misma solicitud con que sus compañeros de armas. Se dan priesa á retirarlos de entre los muertos, á hacerles la primera cura en sus heridas y por rara coincidencia los transportan en las mismas escalas que habían preparado para la destrucción de los sitiados. El general Rey, desde la brecha, dirige y anima aquel arranque de humanidad, mientras el general inglés con varios de sus oficiales, situado en el espaldón de su trinchera, observa con tanta admiración como sorpresa conducta tan poco común».

Y añaden por nota que Graham envió el día siguiente un parlamentario al general Rey para darle las gracias por tan generosa conducta.

después de la explosión por falta de escalas para montar el parapeto; se retrasó el asalto no calculando, á pesar de las advertencias de Smith, el momento exacto en que la marea dejaría el mayor ensanche posible para llevar por él las tropas en la formación más conveniente, y contra lo mandado, se las hizo marchar de noche entre escollos y tropiezos, en aquellas horas, invisibles. Todavía hubo algo más que los jefes procuraron también no hacer público. Los asaltantes fueron ametrallados por sus mismos compañeros de la derecha del Urumea que, destinados á apagar el fuego del enemigo, no supieron dar al suyo la dirección conveniente y produjeron con sus proyectiles mayor estrago en las columnas de ataque á las brechas que el de los enemigos. Se disculpó con el ruido de la explosión en el hornabeque y de la artillería de una y otra parte, y con la obscuridad de la noche; pero ni se fijaron de antemano las punterías y, si las fijaron, lo hicieron mal ó dispararon á destiempo. (1).

(1) Veáse á qué redujo Lord Wellington el parte de aquel primer asalto: «Abiertas y practicables dos brechas en San Sebastián el 24 de julio, se dieron las órdenes para atacarlas la mañana del 25; y tengo el sentimiento de manifestaros que ha fracasado el intento de obtener la posesión de la plaza y que han sido de consideración nuestras pérdidas.»

«Me trasladé al sitio el 25 y habiendo conferenciado con el teniente general Sir T. Graham y los oficiales de ingenieros y artillería, me pareció que sería necesario aumentar los medios de ataque antes de repetirlo. Pero, después de conocer el estado de nuestras municiones, me hallé con que no teníamos las suficientes para hacer algo eficaz hasta que llegue lo que escribí el 26 de junio que creo fundadamente se habrá embarcado en Portsmouth y espero de hora en hora. Por eso deseo que el sitio se convierta por el momento en bloqueo, medida que encontré la más aceptable cuando por la tarde volví á Lesaca.»

Y sin ocuparse más en los tristes sucesos de San Sebastián, continúa en su despacho del 1.° de agosto en Santesteban con la descripción de la jornada de Pamplona. El ministro Conde de Bathurst quedaría satisfecho.

Nosotros, separándonos, temerariamente quizás, de la opinión, mucho más autorizada, de los que por entonces manifestaron la suya, creemos que se malogró aquella jornada por el método hecho costumbre, según manifestamos antes, en los ingleses de convertir en ataque brusco el que debía ser normal y siguiendo los principios y las reglas usuales del arte polémica, aconsejados por los grandes maestros (1).

Como en Badajoz después de los primeros ataques al fuerte de San Cristóbal, y como en Burgos al fracasar el del castillo, tuvo el ejército inglés que retirarse, obligado por la presencia de los enemigos que acudían en superior número al socorro de aquellas fortalezas, así en San Sebastián, ante la necesidad de acudir al encuentro de Soult en Navarra, se cambió el sitio en bloqueo, dejando al frente de la plaza dos cañones de á 24 en la batería de brecha, dos obuses de á 8 pulgadas en la de Ulía, y unos 800 hombres para escoltarlos. Las demás piezas y el resto del material fueron depositados en los barcos surtos en Pasajes. Lord Wellington, al tener noticia del desastre sufrido, voló al campo de los sitiadores y, después de enterarse minuciosamente de todo y tomar las disposiciones que acabamos de recordar, volvió á Lesaca para emprender la gloriosa campaña que hemos relatado anteriormente.

El nuevo bloqueo.

Reducido á bloqueo el sitio de San Sebastián, y á

(1) Como hombre práctico en milicia dice el general Lamiraux: «En una palabra, en aquel grupo de 10.000 anglo-portugueses, como en todos los ejércitos grandes ó pequeños, no existía quizás, como se ha querido decir, acuerdo perfecto sobre todas esas cuestiones, y cuando el generalísimo Wellington no estaba allí, generales, estados-mayores, jefes de servicio no se percataban mucho de censurar.»

bloqueo con tales precauciones como las que representan el embarque de la artillería, excepto las cuatro piezas antes señaladas, y la situación que se impuso á las tropas de Graham en las cercanías de la plaza; las francesas de la guarnición, aunque mermadas considerablemente, se dedicaron á hostilizar á las enemigas para mantenerlas en continua alarma y sin distraerse en otros servicios. ¡Tales eran el entusiasmo y la furia que inspiró en los sitiados el triunfo conseguido en el asalto del 25!

El 27, al observar el desarme de las baterías inglesas y con el objeto de asegurarse de cómo estaban ocupadas las trincheras, los sitiados hicieron una salida del hornabeque en dos columnas sobre San Martín y Santa Catalina, y en su primer empuje, sorprendiendo la guardia de los portugueses en el extremo izquierda de la paralela, hicieron prisioneros cerca de 200, que fueron llevados á la plaza (1). Eso obligó á los sitiadores á concentrar la guardia del istmo en una pequeña parte de la paralela; confiando á patrullas la vigilancia del resto de ella. El 1.° de agosto, otra pequeña salida produjo la captura de una de esas patrullas, la cual además perdió en la lucha quince hombres muertos ó heridos; y en la noche del 2, otra llevó á la plaza 7 prisioneros, entre ellos un sargento que por su inteligencia debió merecer alguna importancia al ge-

(1) Napier dice que los de la salida sorprendieron las trincheras y arrojaron de ellas á 200 portugueses y 30 ingleses. John Jones dice que la guardia portuguesa hizo pequeña oposición y perdió cerca de 200 prisioneros (and lost nearly 200 prisoners, whom the French inmediately carried into the place). Belmás da como fijo el número de 189 prisioneros, de los que 3 oficiales.

neral Rey (1). Este recibió también algunos socorros que le llevaron de la costa vecina de Francia, dos trincaduras y dos chulapas que no pudo secuestrar el crucero inglés de observación, á pesar de componerse de nueve barcos mayores, cuatro transportes y doce peniches. En aquellos días no dejó de ser algo frecuente la comunicación marítima; y aun cuando los refuerzos de personal se redujeron á algunos sanitarios y cinco artilleros, de los que un oficial, no dejaron de ser útiles los de víveres y ropas (2).

Los sitiadores por su parte se mantenían inactivos esperando el tren que debía llegarles de Inglaterra. Sólo les arrancó de aquel quietismo la sospecha de que los franceses andaban minando el fuerte redondo, ocupado por los portugueses. Los ingenieros ingleses, creyéndolo ó no, aprovecharon la ocasión, creemos que mejor para instruir á su tropa en el ejercicio de contraminar al alcance del enemigo, que porque lo consideraran necesario en aquel caso. Intentáronlo, sin embargo, con el resultado que debían esperar; pues que subiendo, y eso lo hemos visto cien veces, las mareas á través de la arena que forma el suelo del istmo, se inundaban los pozos que habían abierto para sus trabajos. En lo que sí obtuvieron resultado eficaz, fué en la reparación de las baterías maltratadas durante el sitio por la artillería francesa, en la construcción de

(1) En su despacho del 2 escribía á Soult: «Esta noche una nueva salida ha hecho siete prisioneros, de los que un sargento muy inteligente de la legión Británica: yo creo que procede de los regimientos Napolitanos».

(2) Los de tropa eran imposibles aun cuando diga lo contrario Napier; y Rey no se atrevió á embarcar sus heridos y prisioneros por temor, bien fundado, de que no cayeran en poder de los marinos ingleses.

una de dos piezas en La Antigua que batiese la Concha, y en el ensanche y aumento de fuerza de las trincheras en la paralela y sus obras avanzadas.

De su lado, los franceses, convencidos por las noticias que recibían del malogro de la expedición pirenáica en socorro de Pamplona y de que no tardaría Wellington en volver su atención hacia San Sebastián, se preparaban también á resistirle de nuevo y, según hemos indicado, con grande entusiasmo; tal, que celebraron el día 15 la fiesta onomástica del Emperador, con alegres fiestas y con una iluminación por la noche en que, así como para echársela en cara á los aliados, apareció coronado el castillo con la divisa y el nombre de Napoleón, trazados con caracteres que pudieran distinguirse perfectamente desde el campo sitiador. El general Rey iba reparando también en lo posible las obras atacadas por los aliados, muy especialmente la artillería; y ya para mejor cubrirla, ya para cerrar las avenidas todas del recinto á la ciudad, acumuló en los puntos de mayor peligro ó de más fácil acceso cuantos materiales pudo reunir.

Se aislaron las brechas del resto de la muralla, visto que no se podía trabajar en su reparación ante las piezas de artillería dejadas por los ingleses en el Chofre y Ulia; se obstruyeron, con fuertes traveses también, cuantas entradas pudieran ofrecerse al invasor una vez apoderado de las brechas, y se formó detrás una nueva línea aspillerada en las casas inmediatas, utilizando ante ellas las ruinas del incendio del 25 de julio. Nada se olvidó para que el enemigo hallase la plaza en el estado mejor posible á fin de recibirle dignamente en el ya próximo ataque que se esperaba. Porque el 19 de

agosto se veía entrar en Pasajes el convoy que llevaba de Inglaterra el tren de sitio que tanto tiempo antes se había pedido. Componían el tren 14 cañones de á 24, 4 morteros de á 10 pulgadas, 6 obuses de á 8 y 4 carronadas de á 68 libras; total 28 piezas, con municiones de todos calibres, aunque no en número suficiente para un sitio que ya exigía provisión muy abundante. Desembarcado inmediatamente todo aquel material y el que después del sitio anterior se había depositado en los barcos surtos en Pasajes, el 22 se montaban en el ataque de la derecha ocho piezas, cañones de á 24 y obuses de á 8 pulgadas, y siete de los primeros en el de la izquierda. Llegó el 23 un nuevo convoy que hizo subir el número total de piezas al de 116 que, con otro mortero de á 12 que se llevó de uno de los puertos de la costa, constituyeron el tren todo que se pensó más que sobrado para la conquista de una plaza que estaba muy lejos de considerarse de tal importancia como parecía querérsela dar. La memoria de lo acontecido en Burgos por falta de artillería de gruesos calibres y el escarmiento del 25 de julio en la Zurriola de San Sebastián inducían, parece, á no confiar tanto como antes en el sistema de rebatos y asaltos prematuros usados en Badajoz y Ciudad Rodrigo (1). Y no era, como se verá luego, que la impaciencia de Lord Wellington

(1) Entre unas cartas debidas á un D. J. Y. de Lagastí dirigidas á D. Manuel de Igartua desde Usurbil y publicadas por D. Pedro M. Soraluce en el Boletín de la Real Academia de la Historia, existe una del 23 de agosto en que se lee: «Estos últimos días han llegado á Pasages 22 transportes con chismes de guerra, víveres y algunos 2.500 á 3.000 hombres.—Han empezado luego á desembarcar cañones de grueso calibre y según las carronadas, obuses, morteros y cañones que van sacando y los parages en que los colocan, van á emprenderlo en serio con nuestra pobre ciudad, y reducirla á cenizas.»

y sobre todo la de sus consejeros le hiciese adoptar del todo los métodos regulares del arte, á pesar de que se hicieron llevar de Inglaterra una compañía de Zapadores minadores y de Lisboa un cuerpo de 100 zapadores sacado de las Milicias portuguesas.

Con tal aumento de material, se completó el armamento de las baterías de uno y otro lado del Urumea, y el día 24 podía darse por repuesto en toda actividad el sitio, un mes antes levantado y reducido, durante ese tiempo, á un simple y casi inofensivo bloqueo.

Segundo sitio.

La situación en que aparecía el 24 el campo sitiador está perfectamente, aunque en extracto, descrita por el ingeniero inglés John Jones en su diario, y lo está así: «En el istmo, se principiaron las baterías números 5 y 6 delante de San Bartolomé, para trece piezas con que abrir brecha en la cara de la izquierda del medio baluarte y la cortina superior á la distancia de 700 metros; en la derecha se extendieron las baterías hasta que pudieran contener siete obuses adicionales, cuatro carronadas de á 68, ventiuna de á 24 y diez y seis morteros, que hacen un total de cuarenta y ocho piezas reglamentarias».

«El único cambio material de posición fué el adelantar la mayor parte de la artillería de brecha unos 100 metros en la batería núm. 15 (en el arenal del Chofre), por haberla encontrado más distante que en la 14 en el último ataque para batir con toda fuerza y precisión.»

«Se comenzaron dos pozos para formar galerías é impedir que la guarnición minase las obras avanzadas en el istmo».

«A media noche, la guarnición hizo una salida,

invadió la parte avanzada de las trincheras con gran gritería y produjo gran confusión en la paralela. Procurando, sin embargo, atacar á lo largo de su derecha, fué rechazada por una parte de la guardia de trincheras y obligada á retirarse, llevándose consigo una docena de prisioneros.» (1)

«Esa noche se pusieron en batería en la derecha once piezas de á 24 y un obús de á 8 pulgadas, dos de éstos en el istmo con otros dos más en reserva á retaguardia de la batería» (2).

Aun añadió el sitiador el 25 á la batería más próxima á la brecha en el arenal un mortero de 12 pulgadas, el español sin duda, y cinco de á 10.

Todo estaba, pues, preparado para romper el fuego sobre San Sebastián, y el día 26 lo abrieron, en presencia de Lord Wellington y con una salva general, cincuenta y siete de las piezas montadas, que después lo continuaron con toda la violencia posible. Pronto aparecieron destruidos los dos cubos de los Hornos y Amézqueta y la cortina que los unía donde se hallaba abierta la anterior brecha. El revestimiento del medio

(1) El general Rey, escribía á Soult: «Esa salida ha destruído un puesto de treinta hombres y se ha traído un oficial de los de Brunswick gravemente herido, ocho ingleses del cuarto regimiento y cuatro alemanes de la legión de Brunswick».

(2) John Jones consigna el número de piezas puestas en batería en cada una de derecha é izquierda, el armamento en todas ellas, los nombres de los oficiales que las mandaban, las órdenes para la dirección que debía darse á sus fuegos, todas las instrucciones, por fin, para el servicio de la artillería.

En la izquierda del ataque se habían establecido quince piezas; trece en San Bartolomé contra el hornabeque, y dos para todo servicio: en la derecha, cuarenta y ocho; en Ulía, como antes, ocho, y las demás, contra el castillo y las brechas y sus defensas.

baluarte de San Juan caía por tierra, produciendo una nueva entrada, y ésa en el ángulo oriental del frente de tierra, que á la vez se quería también amenazar por lo menos, ya que se comprendía como de ataque más difícil. Por eso, en ese lado es donde se dejó sentir menos el efecto de la artillería inglesa. Fuese por, dígase lo que se quiera, no ser aquel frente el objetivo principal de los sitiadores; fuese por la distancia á que se construyeron las dos baterías de San Bartolomé, el efecto de su artillería en el hornabeque resultó ineficaz y dice uno de los ingenieros que por falta de fuerza, á pesar de ser las piezas de gran calibre, y falta de precisión también en las punterías. Si Wellington quedó satisfecho de los estragos causados en el frente del Urumea, no así en el del istmo, por lo que mandó construir otra batería en la extrema derecha de la paralela, á vanguardia, por consiguiente, de las casas arruinadas del barrio de San Martín, y que se armase con los seis cañones de á 24 montados en una de las baterías de San Bartolomé, que, al fin, se redujeron á cuatro por consejo de Fletcher que se resistió á dejar sin esa clase de piezas aquel alto que tanto dominaba todo su frente. Desde aquella batería se descubría á 300 metros de distancia la cara del medio baluarte cuyo revestimiento se había echado por tierra, y se apoyaría más de cerca la marcha de las tropas al asalto por la margen izquierda del río. (1)

(1) Existe una obra de gran importancia para el estudio del uso de la artillería en los sitios de aquel tiempo, su autor John May y que ostenta este título: «A few observations ou the mode of attack and employment of the Heavy artillery at Ciudad-Rodrigo and Badajoz en 1812, and San Sebastián en 1813.» En esa obra puede observarse, que así en el de aquellas dos primeras

Aquella noche además, la del 26 al 27, se ganó la isla de Santa Clara que ya dijimos la había guarnecido el general Rey con un destacamento de 25 hombres, acogido á la ermita atrincherada que coronaba la, al parecer, inaccesible roca que cubre la entrada de la Concha. El jefe de la escuadra envió algunos barquichuelos con 200 hombres al mando del capitán Cameron, que, á pesar del vivo fuego con que fueron recibidos al desembarcar en la isla y de las 28 bajas que sufrieron, se apoderaron del puesto, fortificándolo inmediatamente con una batería que enfilase las primeras defensas del castillo, y aun tomara de revés alguna.

Nuevas salidas.

La priesa que se daba á los preparativos del asalto por las medidas que se veía á los franceses tomar en la frontera para el socorro de San Sebastián, fundada como era según diremos luego, hallaba obstáculos en atenciones á que se hacía necesario ocurrir, por otra parte, á la enérgica actividad que desplegaban los sitiados. Veinticuatro horas después de haber sido ocupada Santa Clara, se hacía una salida del hornabeque contra la

plazas, como después en el de San Sebastián, se puso de manifiesto la superioridad de la artillería de hierro sobre la de bronce, en las piezas, particularmente, de grueso calibre; y eso con varios ejemplos, aduciendo con datos gráficos los desperfectos sufridos en los cañones de á 24 y en las carronadas que se desembarcaron de la fragata *Surveillante* para establecerse en las baterías de brecha. En ese trabajo esencialmente técnico del artillero inglés, se toman en cuenta las horas que hicieron fuego las piezas, cada una de éstas según sus calibres, y los deterioros que experimentaron en la boca, en el ánima y en los granos, comparándolas en metal, fundición y uso.

En San Sebastián sobre todo, los ingleses hicieron mucho uso de los Schrapnells, que según John habían causado muchas bajas á los franceses, quienes contestaron con bombas ordinarias repletas de balas de fusil, las cuales hicieron muy poco efecto en las filas de los aliados. Ya hemos visto anteriormente el concepto que merecían los Schrapnells á Lord Wellington. No le merecerían ahora el mismo.

nueva batería mandada construir por Lord Wellington. Defendíala el coronel Cameron del mismo regimiento núm. 9.º que el acabado de citar en la toma de la isla; y preparado con la experiencia de otras noches, recibió á los franceses bayoneta calada obligándolos á retroceder á la plaza. Pero esa salida y otra, que también fué rechazada durante el mismo día, pusieron de manifiesto la necesidad de parapetos y banquetas en la trinchera de la paralela, la cual carecía de tales medios de defensa por falta de materiales para construirlos. (1)

La nueva batería. Aun con ellos, se hacía muy difícil y bastante arriesgado el armar la batería que se estaba construyendo, expuesta como estaba la bajada de la artillería de San Bartolomé al fuego de las obras de la plaza que la descubrían perfectamente. Armóse, con todo, la noche del 28 por nueva orden del Generalísimo, que no cesaba aquellos días de visitar el campo sitiador y estimular sus trabajos.

Así, el 29, aunque sólo con dos piezas, por no haber podido llegar una é inutilizarse otra, pudo aquella batería romper el fuego sobre el medio baluarte de San Juan al tiempo que las demás de uno y otro ataque, con número ya de 63 piezas, todas de grueso calibre, consumaban la ruina de los puntos de la muralla que habían tomado por blancos. Se acercaba el momento crítico; los contendientes se preparaban, pues, á arrostrar riesgos que, por los corridos un mes antes, debían

---

(1) Por supuesto que, según Napier, la culpa era de los guipuzcoanos, cuya mediana voluntad y su negligencia, además, tenía privado al ejército inglés de tales recursos. ¡Pícaros españoles, cuya causa hubiera perecido sin el valor y la generosa abnegación de los soldados británicos!

suponer graves y muy transcendentales para el mejor éxito del sitio de una ú otra parte.

Así describe Belmas la situación del día siguiente. «El 30 por la mañana, dice, casi todos nuestros fuegos estaban apagados. La ciudad no presentaba sino un montón de escombros sobre el que la formidable artillería del enemigo no cesaba de vomitar la destrucción y la muerte. Desde cinco días antes, una multitud de nuestros valientes habían caído bajo los golpes á que no podíamos contestar. La cara derecha del medio baluarte de izquierda del hornabeque, se hallaba abierta á la mitad de su longitud. Las dos antiguas brechas del cuerpo de la plaza no formaban más que una sola, aumentada todavía con todo el espacio que había ocupado el baluarte San Juan que se encontraba enteramente deshecho. La porción de cortina situada detrás estaba igualmento derribada. Ese conjunto de ruinas presentaba un desarrollo de 250 metros que se hacía imposible atrincherar. Todos los obstáculos que se trataban de establecer durante la noche en lo alto de las brechas, eran por el día barridos por las numerosas baterías de la orilla opuesta.»

La guarnición.

He aquí la situación de las tropas de la guarnición según el escrito dirigido á Soult por el general Rey.

«El batallón del 34.° de línea guarda el puerto, el camino de ronda, el caballero (cubo imperial) y la cortina hasta la puerta de tierra.»

«A la derecha de la brecha grande y en la cortina de la izquierda, están las compañías de granaderos del 22.° y del 62.° de línea.»

«El baluarte de San Juan está defendido por una

compañía del 22.° y á la izquierda de la brecha grande se hallan los cazadores del mismo regimiento.»

«A la derecha de la segunda brecha, aún he hecho situar una compañía del 22.°, y otras dos compañías del 22.° ocupan los atrincheramientos levantados detrás de la brecha.»

«A la izquierda de la segunda brecha, se halla una compañía de los cazadores de montaña; 160 ó 180 hombres del 62.° guardan las espaldas de la brecha y el baluarte de San Telmo.»

«Cien hombres del primer regimiento y sesenta del 119 están situados detrás de los traveses de la línea de las brechas.»

«Cuarenta hombres del primer regimiento están encargados de la guardia de los presos y de los prisioneros.»

«En el fuerte hay 270 hombres del primer regimiento ó soldados sueltos.»

«Las puertas están guardadas por 220 hombres del 62.° y por 60 hombres del 119 regimiento.»

«La reserva está compuesta de dos compañías de los cazadores de montaña que forman 116 hombres, de 85 zapadores y 85 obreros. Esta reserva deberá dar un destacamento para defender el atrincheramiento de la rampa del Mirador y aun reforzar la guarnición del fuerte si fuese necesario.»

Ahí se vé que el general Rey había distribuído sus cortas fuerzas hábilmente, procurando atender á las varias necesidades de una defensa que se había hecho extraordinariamente difícil. (1)

(1) La fuerza de la guarnición había disminuído, como es de suponer, con las bajas del primer sitio y la de los enfermos

No por eso cesaban los sitiadores de aumentar en sus baterías las bocas de fuego hasta un número como no se había visto en ninguno de los sitios acometidos por el ejército aliado. Así es que en los días sucesivos al del 29, en que se emprendió el armamento de la batería construida en la isla de Santa Clara, completado el 30 con un cañón de á 24 y un obús de á 8 pulgadas, no descansaron los ingenieros y artilleros anglo-portugueses de emplazar varias piezas en el ensanche que se fué dando á las trincheras según los nuevos objetivos que se señalaban por el allanamiento de los anteriores ya accesibles para el asalto. El 30, sin que cesara del todo el fuego sobre las brechas para que no se intentase su reparación, se volvían muchas de las piezas hacia las demás defensas en general, demoliendo parte del frente de tierra y del medio baluarte San Juan y otras obras más ó menos próximas á las brechas para facilitar el paso de los asaltantes á ellas. Para mejor y más pronto conseguirlo, se hizo un completo trasiego de las piezas de las baterías de San Bartolomé á la baja de San Mar- **Preparativos.**

---

que hubo de tener por las penalidades inherentes á tal situación. Pocos refuerzos, ya lo hemos visto, pudieron llegarle en los barquichuelos enviados desde la costa francesa á San Sebastián. Pero en este caso como en tantos otros en que se trata de números que representen fuerzas en los ejércitos, ocurre una observación que no hemos sabido explicarnos. Entre las tropas que acabamos de enumerar aparece el regimiento número 119 de infantería que no se registra entre los del primer sitio; y como sólo pudo entrar en San Sebastián por mar, hay que pensar, lo haría en pequeños convoyes que no pudieran interceptar los cruceros ingleses. ¿Por qué no se ha dicho?

El general Rey no se descuidaba en demostrar á Soult la necesidad de refuerzos si había de resistir un nuevo asalto que ya presumía cercano. El Mariscal, sin embargo, se satisfizo con esta contestación: «L'armée s'efforcera de secourir Saint-Sébastien». Ese ofrecimiento podría producir alguna esperanza, pero era ya tardío y no dió resultado como veremos luego.

tín mandada establecer por Lord Wellington, quien aquella tarde á las 3 inspeccionaba el estado de las brechas y decidía el asalto para las 11 de la mañana siguiente, hora de la baja mar (1). Todo, con efecto, estaba preparado para darlo. Las brechas del frente oriental no formaban ya, como hemos copiado de Belmas, sino una sola de más de 200 metros de ancha, imposible, repetimos, de reparación; el atrincheramiento interior estaba también casi del todo allanado y de todos modos accesible en casi su total extensión; el baluarte San Juan no era ya obstáculo insuperable, abierta, como estaba, su cara: todo lo había arrasado la artille-

(1) Que ésta permitiría el paso de las tropas á través del Urumea, lo había comprobado el capitán de artillería Alejandro Macdonald que motu propio cruzó el río la noche del 29 al 30 hasta el pie de la segunda brecha, aún recorrió el pie del muro hasta la grande y, según se dice en un libro que luego citaremos, subió á la cresta y reconoció su interior.

Inmediatamente después de la campaña se escribió en Inglaterra un pequeño libro, que en 1828 llevaba ya tres ediciones, con el título de THE SUBALTERN dedicado á Lord Wellington y en que su autor, recién llegado al campo sitiador de San Sebastián, describía así la hazaña del capitán Macdonald, que él, sin embargo, atribuye al mayor Snodgrass del 52.° inglés, destinado á mandar el batallón portugués que debía cruzar el Urumea para el asalto. «Examinando, se dice, el río lo minuciosamente que se podía con un anteojo y á distancia, el mayor Snodgrass había concebido la idea de que se necesitaba otro vado más abajo del anteriormente conocido, por donde cruzar antes al pie de la brecha pequeña. Aunque la luna estaba en su primer cuarto y esparcía luz considerable, dedicó él toda la noche del 30 á un reconocimiento personal del río y hallóle, como esperaba, vadeable en la baja mar frente á la brecha pequeña. Por ese vado, pues, cruzó las aguas que le llegaban á un poco más abajo de la cintura. Ni se contentó con asegurarse de eso, sino que trepó por el frente de la brecha á media noche, ganó la cresta y miró abajo hacia la ciudad. Cómo logró eludir la vigilancia de los centinelas franceses, no lo sé; pero que la eludió y realizó la valerosa acción que he recordado, es proverbialmente sabido por cuantos sirvieron en el sitio de San Sebastián.»

Jones y Napier dicen que fué Macdonald.

ría inglesa á la cual no se podía contestar, guardándose en reserva las pocas piezas que quedaban en la plaza para el momento del ataque. Se había dado uno falso la noche del 29, esperando que los franceses prendieran fuego á minas que se suponía habrían ejecutado bajo la brecha grande al asaltarla los ingleses, ataque sin otro resultado que la muerte de los escocèses reales á quienes se había encomendado (1). Se hicieron, por el contrario, minas al frente de la paralela para que, voladas, ensancharan el camino de la brecha, cubriéndolo, además, con un través de gabiones de 6 pies de altura para ponerse al abrigo de la metralla enemiga.

Impotentes los sitiados para contrarrestar tal fuego y obras tan próximas ya, se dedicaron principalmente á situar sus piezas de artillería en posiciones de donde pudieran oponerse á la marcha de los asaltantes, impedir el alojamiento de éstos en las brechas y cerrar las calles por donde pudiera la guarnición toda retirarse al castillo, su último reducto.

En el trascurso de esta obra hemos hecho ver cuán El asalto.

(1) Así lo describe Napier: «En la noche del 29, se dispuso un falso ataque con el objeto de obligar al enemigo á hacer saltar sus minas; misión peligrosa que el teniente Mac-Adam, del 9.° regimiento, desempeñó con gran valor. Se dió esa orden en el mismo momento de su ejecución, sin llamamiento á los hombres de buena voluntad, sin promesa ninguna y sin recurrir á medio alguno de excitación que arrastrase á los soldados; pero es tal la bravura natural de los ingleses, que al momento 17 hombres de los escoceses reales, los que estaban más cerca, se lanzaron á arrostrar una muerte que parecía inevitable. Mientras las baterías hacían un fuego sostenido, ganaron á paso rápido y sin ser descubiertos el pie de la brecha y la subieron de frente en toda su extensión haciendo fuego y con grande gritería; pero los franceses, demasiado bravos para dejarse intimidar, los recibieron con una descarga de fusilería que los puso fuera de combate, á excepción de su jefe que volvió solo á las trincheras.»

detalladas eran las instrucciones que daba Lord Wellington para ocasiones tan solemnes como la que en estos momentos nos toca recordar. Diólas desde la batería más próxima al sitio del puente incendiado, de donde podría ver el camino todo que habrían de seguir las tropas en su ataque desde la paralela del istmo hasta las brechas. Encomendó el mando al teniente general Leith, con las fuerzas designadas para el asalto, unos 3.000 hombres, pertenecientes á las brigadas Robinson, Hay y Spry, de la 5.ª división inglesa, y el batallón núm. 5.° de Cazadores de la brigada portuguesa Bradford. Debían preceder á esas tropas de la 5.ª división, acusadas, no queremos saber si con justicia, de haber demostrado alguna flojedad en el asalto del 25 de julio, 750 voluntarios de las 1.ª, 4.ª y Ligera, proclamando imprudentemente que se necesitaban *hombres que pudieran enseñar á otros cómo se da un asalto* (1). Esa elección y tales palabras ofendieron, como es natural, á los de la 5.ª división, y su jefe, el general Leith, manifestó á Wellington su disgusto protestando de tan bochornosa medida. Atendido Leith en parte, los voluntarios se presentaron en la paralela, punto de partida para el asalto, y aun cuando se les dejó como en reserva, luego los veremos marchar por su propia iniciativa á la brecha cuando más encendido y empeñado estaba el combate en ella.

Las instrucciones de Lord Wellington, que parece

---

(1) De esos 750 voluntarios enviados al campo de San Sebastián desde el Bidasoa, 150 pertenecían á la división Ligera; 400, á la 1.ª (200 de la brigada de Guardias, 100 del batallón Ligero y 100 de los de línea), y 200 de la 4.ª división, á las órdenes respectivamente de los jefes Hunt, Cook, Robertson y Rose.

no esperaba un triunfo tan rápido y completo como el conseguido, se limitaban á recomendar á los asaltantes la formación de un alojamiento en lo alto de la brecha hasta que, acudiendo otras fuerzas de diferentes puntos, se pudiera continuar el ataque, y á una demostración también del lado del mar con alguna tropa de desembarco que distrajese de todo otro servicio á la guarnición del castillo. Pero ausente el generalísimo aquella noche, y reunidos varios de los generales á propuesta del ingeniero Smith, que decía haberse interpretado mal las órdenes por aquél dictadas, se resolvió por fin que el asalto de la brecha grande y del baluarte San Juan se confiara á la brigada Robinson, el de la brecha pequeña á los portugueses de Bradford que vadearían el Urumea para ejecutarlo según lo tenían solicitado, y que, con efecto, se haría la demostración contra el Orgull en barcas desde la margen derecha del río.

Y amaneció el 31 de agosto, que tan tristes recuerdos habría de dejar en la que el capitán Carleton llamaba cultísima y hermosamente *empedrada* ciudad de San Sebastián (a very clean town, and neatly paved), cosa, añade, muy rara en España. El cielo se presentó cubierto de nubes y la tierra de niebla espesísima que ocultaba los objetos á punto de no poder los ingleses romper el fuego hasta las ocho de la mañana, hora ya muy atrasada para aquella estación. Pero después, y como para preparar el asalto, no pasó un instante de reposo en el fuego hasta no dejar en el frente atacado obstáculo material que impidiese su ocupación toda.

A las 11, pues, una hora antes de la bajamar, momento preciso para dar tiempo al paso del río por los

portugueses á la brecha, cuyo asalto se les había confiado, arrancó de las trincheras del istmo la brigada Robinson, tomando el camino dejado en seco por la marea y ensanchado por la artillería en los flancos del hornabeque. Esa marcha fué precedida de un suceso harto funesto para que deba su memoria dejarse desatendida hasta el recuento de las víctimas, todas ilustres, de aquella luctuosa jornada. Nos referimos á la muerte del teniente coronel Sir Richard Fletcher, el inteligente y bravo ingeniero que hemos visto figurar en cuantas ocasiones ofreció al ejercicio de sus científicos servicios aquella guerra. (1)

Antes de que la primera de las dos columnas que iban marchando al asalto hubiese llegado á la altura del ángulo saliente del camino cubierto del medio baluarte de la izquierda del hornabeque, un sargento y doce de sus soldados, «cuya muerte heroica, dice Napier, no ha bastado para que la posteridad conserve

---

(1) *The Subaltern* describe así su muerte: «Con la mayor serenidad (nuestros oficiales de ingenieros) se exponían también al fuego sostenido de mosquetería que el enemigo dirigía á intervalos mientras ellos examinaban y volvían á examinar el estado de las brechas, procedimiento que costó la vida de tan bravo y experto soldado como haya podido producir aquel distinguido cuerpo. Aludo á Sir Richard Fletcher, jefe de ingenieros del ejército, que fué herido en la cabeza muy pocos minutos antes de que la columna se adelantase al asalto.»

Allá en lo alto, dentro de una fantástica roca del monte que sustenta el castillo de la Mota, yacen los restos del héroe como mirando á la Gran Bretaña en demanda de un túmulo, si no tan poético, porque eso es imposible, más próximo á los seres queridos que dejó en el solar nativo.

Se ha dicho en estos días que la familia de Fletcher había reclamado la traslación de esos restos á Inglaterra. Muchos otros hay allí de igual fecha y algunos de los muertos en nuestra guerra civil de 1833 á 39, miembros de la Legión auxiliar también británica, constituyendo su agrupamiento el poético *Cementerio inglés del castillo de San Sebastián.*

sus nombres», se lanzaron á cortar la salchicha que se suponía iba á comunicar su fuego á minas allí hechas para volar á los asaltantes. Todos ellos debieron perecer, porque los franceses, comprendiendo el objeto que llevaban, se apresuraron á aplicar el fuego á la mina que, en efecto, envolvió á aquellos valientes en sus llamas, mató unos 30 hombres de la columna y cubrió parte del camino con las piedras y el cascote del inmediato muro. Afortunadamente pasó el espacio volado la cabeza de la columna que, reformada en seguida por el teniente M'Guire, que se hacía distinguir por su plumero blanco y hermosa figura, pudo llegar al pie de la brecha, no sin antes haber visto morir á su heroico y brillante jefe bajo los pies de sus mismos soldados, ciegos y sordos, envueltos, como iban, en la granizada de balas, metralla y bombas que el enemigo hacía caer sobre ellos (1). El resto de la brigada Robinson, una vez salvado el obstáculo de la voladura de las minas, se corrió atropelladamente por el pie del muro destrozado hasta el de la brecha, sin detenerse un momento ante el fuego de los franceses que, abandonando algunos de sus puestos interiores, volaban á defenderla.

En la brecha.

La brecha grande fué asaltada inmediatamente: las mayores dificultades, insuperables sin algún accidente imprevisto, verdaderamente casual, iban á encontrarse detrás de aquella primera, toda en ruinas y por todas partes accesible. Justificábase en tan crítico momento la prudencia de Lord Wellington al limitar su aspira-

(1) El capitán Cooke, en sus Memorias, dice que los asaltantes pasaron en tropel sobre el cuerpo de M'Guire *como una ola inmensa.*

ción inmediata al alojamiento de las tropas en lo alto de la brecha. No se descubría desde ella y el muro inmediato, entrada alguna á la ciudad; un escarpe de 25 pies de profundo y á cuyo pie se habían amontonado todo género de obstáculos para cerrar completamente la comunicación con el interior, si no era por los montones de escombros de las casas derribadas sobre la muralla, impedía todo progreso á los asaltantes, azotados, además, por el fuego de los defensores desde los restos de tapias, tabiques y tejados que formaban un segundo recinto aspillerado cubriendo aquel frente. Este se veía interceptado en ambos flancos de la brecha con robustos traveses que no había destruido del todo la artillería del Chofre, traveses de que salía un fuego muy vivo y mortífero de fusilería que aumentaba la carnicería que no cesaba de causar el del castillo y del Mirador, imposible de ser contrarrestado eficazmente.

En la de San Juan.

Y lo que allí, sucedía en el medio baluarte de San Juan, donde empeñados los asaltantes en montar la brecha abierta en la cortina alta del frente de tierra, brecha perfectamente practicable también, encontraron una resistencia insuperable en los defensores, apoyados en un gran través, en el fuego de las dos piezas establecidas en el Cubo Imperial y en el más activo aún y destructor de la que acaba de llevarse al ángulo izquierdo del hornabeque. Ni siquiera lograron los zapadores y los obreros que acompañaban á los sitiadores formar el alojamiento que se habían propuesto. Cuantos lo intentaron fueron muertos por los granaderos franceses que defendían el muro. (1)

(1) «Aquel punto, dice Jones, era, sin embargo, el más favorable para el ataque, y se hicieron esfuerzos desesperados

En tal situación se hizo forzoso acudieran al asalto las fuerzas de reserva que aún se mantenían en las trincheras; y fueron enviadas á él las restantes de la 5.ª división, no quedando en la paralela más que una parte del 9.º regimiento que tan eficaz acción estaba ejerciendo en aquel sitio. Porque los voluntarios llegados del Bidasoa y que el general Leith había conseguido permaneciesen inactivos en la trinchera, alborotándose con tal motivo, ellos que clamaban por ir á las brechas puesto que para eso habían dejado sus cuerpos respectivos, con orden ó sin orden para ello, se precipitaron *como un turbión*, dice Napier, á tomar parte en el asalto. «Pero una vez, continúa el historiador inglés, en lo alto de la brecha, desaparecían como se derrumba un muro; se veía una masa suceder á otra, subir, tambalearse y caer á su vez: el fuego mortífero de los franceses no se había amortiguado, un humo espeso envolvía los parapetos y la cima de la brecha no sostenía ya un solo hombre vivo».

Acuden las reservas.

La situación de los sitiadores se hacía crítica por momentos; y Graham, espectador de tan sangrientas y aterradoras escenas como los que presenciaba desde los médanos del Chofre, no cesaba de recomendar á los artilleros de ambos lados del río que aumentasen más y más el fuego de sus piezas, decidido en último caso

---

para superarlo, ofreciendo muchos oficiales noble ejemplo de intrepidez y abnegación al conducir á los asaltantes; pero el través defensivo no distaba más de quince metros de la cresta de la brecha y estaba fuertemente ocupado por granaderos cuyo fuego rápido y constante mataba ó hería inmediatamente á cuantos ganaban la muralla, mientras la densa masa de hombres del pie de la brecha caía también por la acción del fuego de la mosquetería dirigido contra ella desde la izquierda del hornabeque».

á trasladarse á la brecha y vencer ó morir en ella. Cincuenta piezas vomitaban, con efecto, sus tremendos proyectiles sobre las defensas de los dos frentes atacados; pero con tal acierto, no como en el primer sitio, que si en un principio pudieron los asaltantes temer en el fuego de sus propios camaradas, pronto se convencieron de su extraordinaria habilidad en la puntería de su arma (1). El jefe, ya citado, de los voluntarios de la división Ligera, el teniente coronel Hunt, llegó á formar un pequeño alojamiento bajo el fuego de esa artillería, completamente inofensiva para él y los suyos (2). Eso ofrecía esperanzas, y más todavía el ver cómo los portugueses, conducidos por Snodgrass y seguidos de un destacamento inglés á las órdenos del coronel M'Bean, cruzaban el Urumea con el agua á la cintura, á pesar de la metralla que los sitiados hicieron llover sobre ellos, con gran estrago, desde San Telmo y el castillo. ¡Esperanzas, con todo, que no tardaron á desvanecerse! La fusilería francesa desde su segunda línea de casas aspilleradas; alguna pieza de la

Paso del río por los portugueses.

(1) *Te Subaltern* dice á propósito de eso: «Nada puede comprenderse como más exacto y hermoso que aquel ejercicio. Aunque nuestros hombres estaban tan sólo como á dos pies debajo de la brecha, apenas si alguna bala de los cañones de las baterías los hirió, mientras que todas daban con feliz exactitud sobre el enemigo.»

(2) Da Luz Soriano dice que el primer alojamiento fué establecido por el coronel portugués Luiz do Rego Barreto con el 15.° de Cazadores. «Fué realmente admirable, dice, la decisión y el valor de la referida brigada (La portuguesa de Federico Svaye) en su ataque á la brecha de la plaza, en que se distinguió mucho el arrojado coronel del regimiento núm. 15, Luiz do Rego Barreto, que desplegando con el mayor valor la bandera de uno de los batallones de su citado regimiento y poniéndose con ella á su frente, avanzó con la mayor osadía y ardimiento sobre la brecha y, á pesar de con tal motivo hacerse blanco de una lluvia de balas que le caían en derredor, tuvo la fortuna, guiado por su grande bravura y por la de sus valien-

cortina que todavía enfilaba á los ingleses de las brechas, á quienes se unieron los de M'Bean en la primera y mayor de ellas, y las dificultades que hallaban los portugueses, que no eran más de 150, en la pequeña, acabaron por hacer creer en un fracaso como el anterior de hacía un mes. «Era desde entonces evidente, exclama Napier, que iba á fracasar el asalto, á menos de que sobreviniese un acontecimiento imprevisto, porque la marea comenzaba á subir, todas las reservas estaban comprometidas y no podían esperarse mayores esfuerzos de parte de soldados cuyo valor habían ya exaltado hasta el delirio.»

Pero añade: «La fortuna intervino en aquel crítico momento.»

Voladura en la brecha.

De pronto; cuando los franceses, en el delirio también de su entusiasmo al considerar asegurado su triunfo con rechazar tanto tiempo á un enemigo tan numeroso y provisto de medios verdaderamente extraordinarios, más que en ninguna otra ocasión de guerra tan larga suficientes; cuando veían puede decirse que desiertas las brechas, si no cubiertas de cadáveres y de sangre sus ruinas; cuando tenían la conciencia de que les bastarían unos momentos de perseverancia para que la na-

---

tes soldados, de conseguir establecer dentro de la plaza el primer alojamiento eficaz contra las baterías enemigas.»

Y añade el entusiasta cronista: «A este hecho glorioso del valor portugués, se refirió en la cámara de los Comunes en Londres Lord Castlereagh con ocasión de proponer, en sesión de 8 de noviembre de ese año de 1813, un voto de gracias al marqués de Wellington por la toma de San Sebastián; hazaña, dijo, de que no nos representan otra igual, los fastos de las operaciones militares. Fueron empleados en tan rigoroso servicio los portugueses, con la circunstancia de que, no llamados á él pero dejándose llevar de su patriotismo, se ofrecieron para el ataque, y fué un batallón portugués el que estableció el primer alojamiento eficaz contra las baterías enemigas.» (*Aplausos en la Cámara*).»

turaleza misma decidiera en su favor del éxito de lucha tan porfiada y gloriosa, un proyectil enemigo, esa es la opinión general, fué á sentar en su campo y en la misma línea de combate, la muerte, el espanto y la desoción que echarían por tierra todas sus justas ilusiones. todas sus esperanzas. Aquel proyectil había comunicado el fuego que llevaba en su seno á varios barriles de pólvora, á las bombas y granadas, á cuantas materias inflamables y explosivas tenían los franceses tras de la brecha para en último caso, el de un esfuerzo del sitiador que considerasen incontrarrestable de otro modo. lanzarlos desde lo alto de sus posiciones, tapias ó traveses. La explosión fué tremenda; las llamas, aterradoras. espantables, y el humo densísimo que llenando todo aquel espacio, privó á los beligerantes allí, asaltados y asaltantes, de toda visión, dejaron á descubierto, al desvanecerse, el espectáculo más conmovedor, si présago de triunfo para unos, de la derrota más completa para los otros. Más de 300 granaderos franceses, situados junto aquel depósito para acompañar la acción de los explosivos que contenía con la de sus fusiles y bayonetas, dejaron al desaparecer en el aire y en las ruinas en que los envolvió el torbellino de fuego arrancando de sus pies, camino abierto al ímpetu de quienes ya desesperaban de penetrar en la ciudad. Por parte de los franceses no hubo medio de contener aquel torrente; y el general Rey á la vista de aquella catástrofe como de todo sitio de riesgo, dió, así para allí, cual para los demás puntos del recinto de la plaza, la orden de retirarse al castillo (1). Los ingleses, empezando por asaltar

Toma de San Sebastián.

(1) Pocas veces ha podido leerse en *Victorias y Conquistas*

el primer través que flanqueaba la entrada aunque no sin obstinada resistencia de los que lo seguían cubriendo á pesar de la explosión; los portugueses, ocupando definitivamente la brecha pequeña, y los del lado del hornabeque desde el frente de tierra de que inmediatamente después se hicieron dueños, fueron, al compás unos de otros, extendiéndose por la población coreados, puede decirse, sus *hurras* por la más imponente tempestad de relámpagos, truenos y lluvia. Poca resistencia les pudieron ofrecer las cortaduras, barricadas y atrincheramientos dispuestos en las calles para proteger la retirada.

Los defensores se detuvieron á oponerla en cuanto

---

una relación, siquier lacónica, tan exacta como la del último asalto de San Sebastián.

He aquí una parte de ella. «Entretanto, la artillería de los sitiadores no permanecía ociosa y destrozaba á los sitiados; pero éstos firmes en sus puestos, veían sin intimidarse, caer á su lado gran número de sus bravos camaradas: oficiales y soldados rivalizaban en intrepidez y abnegación, distinguiéndose á su cabeza el general Rey y el jefe de estado mayor Songeon. En fin, rechazados por las enormes pérdidas que habían tenido y la inutilidad de sus esfuerzos, estaban los ingleses á punto de retirarse cuando uno de sus proyectiles puso en la cortina fuego á los explosivos destinados á lanzarse á los sitiadores. Gran número de granaderos del 1.º y 22.º de línea y algunos zapadores son muertos por la explosión; el comandante Gramaille, que mandaba en la brecha y otros cinco oficiales son abrasados ó gravemente heridos. A favor del desorden irreparable de tal suceso, el enemigo recobra coraje y resuelve intentar un quinto asalto. Una columna portuguesa cruza el arenal y el río bajo el fuego más mortífero, se dirige hacia el extremo izquierdo de la brecha y consigue establecerse en la brecha pequeña, en la extremidad del camino de ronda y en los escombros de las casas, á la izquierda de la gran brecha, de donde no se la puede desalojar.»

«Instruído de los progresos del enemigo que, por su posición, envolvía á una parte de las defensas del interior de la ciudad, el general Rey hizo evacuar la derecha de la brecha y dió orden de retirarse conteniendo al enemigo en los traveses de la cortina para proteger la vuelta de los puestos exteriores......»

podían á los asaltantes que, creciendo por momentos en número y precipitándose sobre tan débiles obstáculos, lograron cortar á los menos diligentes, haciéndoles de 600 á 700 prisioneros antes de que llegasen á la fortaleza ó al convento de Santa Teresa, convertido en su primer reducto. (1)

Su incendio y destrucción

¿Qué pasó después? Napier lo ha dicho: «Aquel huracán (el atmosférico) pareció ser la señal dada por el infierno para la perpetración de atrocidades que hubieran cubierto de vergüenza á los pueblos más bárbaros de la antigüedad.» Y á renglón seguido añade: «En Ciudad Rodrigo, la embriaguez y el pillaje fueron los que arrastraron á las tropas; en Badajoz, se vió á la lujuria y al asesinato unidos á la rapiña y á la borrachera; pero en San Sebastián, la más espantosa, la más repugnante crueldad fueron á unirse á la nomenclatura de todos los crimenes. La atrocidad de que fué víctima una joven de diez y siete años pone tal espanto en la imaginación por su increible barbarie, que la pluma se resiste á describirla.»

Quisiéramos no añadir una palabra á la espontánea y generosa manifestación del historiador inglés, del militar caballeroso, indignado del horrendo espectáculo que ofreció el ejército de su patria en aquel día de

(1) Rey escribía á Soult aquella noche: «A pesar de esa desgracia (la de la explosión) mis puestos avanzados se me han incorporado (sont rentrés), y la ciudad ha sido defendida pie á pie. A las siete, en el momento en que os escribo, entro en el fuerte después de haber sostenido la retirada de todas mis tropas. Creo que el enemigo será bastante justo para decir que sin la explosión de nuestras granadas, de nuestros proyectiles huecos y de nuestros cartuchos, no hubiera entrado nunca en la ciudad.»

Véase el plano de San Sebastián en el Atlas del Depósito de la Guerra.

espantable recordación. Pero, aun seguido de varios de sus camaradas y conciudadanos en su tan hermosa protesta; hubo quien, tomando tales horrores por justo desahogo de una soldadesca irritada, en vez de admirada, ante la gallarda resistencia opuesta á su valor, se negó á la verdad y se negó á dar la satisfacción debida á tamaño infortunio como el de una ciudad que sólo el egoismo más refinado y la más cruel indiferencia podían no tener por amiga y aliada. Lord Wellington y, en su obsequio, los que por espíritu de nacionalidad, si no por adulación, procuraron entonces y han intentado después desvirtuar las quejas de los que sufrieron la pérdida de los seres más queridos, de sus más preciados bienes, padres, hijos y hermanos, hogar, intereses, cuanto constituía su alegría y fortuna. El ínclito britano, empero, negando la evidencia que sus mismos soldados confesaban y rechazando, por fin, el reconocerla con el poco digno argumento del silencio, no redimirá su debilidad así; porque todo el mundo la recordará como característica en el que vió impasible horrores semejantes en Ciudad Rodrigo y Badajoz, ó impuesta ante la actitud de sus soldados, ébrios, por lo menos, é irritados por la resistencia que la patria, el honor militar y el de su soberano habrían de exigir imperiosamente á sus enemigos. Sus admiradores, por otra parte, los que preferían su glorificación á toda consideración de justicia, á toda reclamación de la conciencia, le han defendido calurosamente sin detenerse á refutar á los que, testigos presenciales de aquellos escandalosos, y bárbaros atropellos, no quisieron ni negarlos ni disculparlos siquiera, y aun ha habido quien, valiéndose de autoridad propia ganada con sus talentos mi-

litares y sus escritos, extranjero y todo á la nacionalidad británica, se ha dejado llevar de su afición á Wellington, para, en vez de disculparlo, echar sobre las víctimas el negro borrón de bastardías interesadas, de ingratitudes y traiciones (1). Tampoco faltaron en Cádiz y otros puntos en que no se sentían de cerca los efectos de aquella inmensa y desoladora calamidad de San

(1) El general Brialmont, después de enumerar las imputaciones dirigidas á Wellington, según las creía y explotaba la facción de Cádiz hostil á Inglaterra, apoyadas por el Ministro de la Guerra en un folleto, pero que el Lord computó como calumniosas é indignas, se vale, para refutarlas, de las cartas de su mismo héroe ó interpretando equivocadamente opiniones interesadas en su favor. «Wellington, dice, probó que el fuego en la ciudad se debió á los franceses desde el 22 con el objeto de defender las espaldas de las brechas; que el 30 el incendio había tomado grandes proporciones; que los sitiados habían levantado en las calles barricadas con materiales combustibles á que se proponían dar fuego y que muchas de esas barricadas se volaron durante el combate que siguió á la conquista de las murallas; que el ejército inglés había sido la víctima primera de aquel incendio y que él personalmente había hecho todos los esfuerzos imaginables para extinguirlo; que lejos de ser hostil á los habitantes, se había, por conmiseración hacia ellos, resistido á bombardear la ciudad (como en caso semejante, se había resistido á bombardear Ciudad Rodrigo y Badajoz); en fin, que no había consistido en él ni en sus oficiales evitar el pillaje y las matanzas: *Todos los soldados culpables*, dice él (Wellington), *han sido castigados, é indigna el ver cómo se ataca en infames libelos á hombres valientes, llenos de honor, incapaces de incendiar una ciudad por satisfacer, como se pretende, una venganza comercial ú otra clase de venganza.*

Todas esas cosas las escribía Wellington á su hermano Enrique, el embajador inglés en Cádiz, naturalmente para desvirtuar la opinión que provocaron las noticias de San Sebastián en aquella residencia del Gobierno español y de las Cortes. Todas ellas se contestan por sí mismas, tal es la falsedad en que se apoyan y lo inverosímil de los hechos que el general británico se atribuye en una acción que no pudo presenciar, ocupado, como estaba, en San Marcial, y lo inexacto de las citas, á que acude, de Ciudad Rodrigo y Badajoz. En cuanto á su indignación por lo de la venganza comercial, conteste el incendio de la Casa de la China en Madrid, cuya desaparición, según tenemos dicho, con tanta urgencia y repetidamente exigía.

Sebastián españoles que, por envidia á la prosperidad del país vascongado y odio á su sistema foral en que creían se fundaba aquélla, ó por su entusiasmo hacia la nación británica, á quien suponían, y siguen suponiendo algunos, se debía la independencia de España, tan próxima entonces á realizarse, negaron la exactitud de cuanto la Diputación, el Ayuntamiento y los más respetables representantes de Guipúzcoa, hicieron manifiesto en sus escritos á Wellington y al Gobierno nacional, quejas y lamentaciones hasta ridiculizadas en algún periódico adicto ó apegado á los intereses del embajador de la Gran Bretaña. (1)

Contra unos y otros se alzó la voz, siempre tonante, de la conciencia pública, revelándose sobreexcitada ante el egoismo de los debeladores de San Sebastián, la adulación de sus partidarios, obcecados ó ilusos, y la falta de patriotismo que ponía de manifiesto tan ruda polémica como se había entablado en la prensa, la tribuna y la sociedad. Y hombres en quienes no podía sopecharse ni siquiera el más tenue espíritu de oje-

---

(1) Al publicarse las cartas de Sagasti, se dice: En la del 8 (de Noviembre) habla extensamente del furor de los ingleses ante las revelaciones que se iban en la prensa, etc., publicando, y de los medios que empleaban para denigrar, desmentir y confundir al pueblo de San Sebastián, siendo auxiliados en su obra por los periódicos y malos españoles, y lo que es más triste aún, se ve que la Regencia, practicando una política de balancín, no se atrevió á tomar una actitud franca y resuelta en pro de los donostiarras, todo lo contrario: *Lo peor que hay en nuestro asunto, es que las tenemos con pájaros gordos que no dejarán medio ninguno para confundir nuestras verdades, haciendo jugar armas que tienen mucho valimiento en el estado actual político de la Europa; mas, sin embargo, no nos arredrarán y se dirá la verdad.*

riza hacia Inglaterra, ni menos á su valiente ejército, se hicieron eco de esa voz que, autorizada así, acabó por ser general en todo España. Uno de los más conspícuos de entre esos nuestros compatriotas, el conde de Toreno, de los primeros en solicitar la alianza británica al declararse la guerra á Napoleón y tenido por entusiasta anglomano, ha sido el afortunado historiador, intérprete el más fiel y elocuente de los sentimientos amarguísimos que inspiró la conducta de los ingleses en San Sebastián y de su generalísimo al disculparlos, anatematizándola en la monumental obra que dió luego á luz. Y decía en ella: «Melancolízase y se estremece el ánimo sólo al recordar escena tan lamentable y trágica, y á que no dieron ocasión los desapercibidos y pacíficos habitantes, que alegres y alborozados salieron al encuentro de los que miraban como libertadores, recibiendo en recompensa amenazas, insultos y malos tratos. Anunciaban tales principios, lo que tenían aquéllos que esperar de los nuevos huéspedes. No tardaron en experimentarlo, comportándose en breve los aliados con San Sebastián como si fuese ciudad enemiga, que desapiadado y ofendido conquistador, condena á la destrucción y al pillaje. Robos, violencia, muertes, horrores sin cuento sucediéndose con presteza y atropelladamente. Ni la ancianidad decrépita, ni la tierna infancia pudieron preservarse de la licencia y desenfreno de la soldadesca, que furiosa forzaba á las hijas en el regazo de las madres, á las madres en los brazos de los maridos, y á las mujeres todas por do quiera. ¡¡Qué deshonra y atrocidad!! Tras ella sobrevino al anochecer el voraz incendio; si casual, si puesto de intento, ignorámoslo todavía (en 1837). La ciudad

entera ardió, sólo 60 casas se habían destruído durante el sitio; ahora consumiéronse todas, excepto 40 de 600 que antes San Sebastián contaba. Caudales, mercaderías, papeles, casi todo pereció, y también los archivos del consulado y Ayuntamiento, precioso depósito de exquisitas memorias y antigüedades. Más de 1.500 familias quedaron desvalidas, y muchas, saliendo como sombras de enmedio de los escombros, dejábanse ver con semblantes pálidos y macilentos, desarropado el cuerpo y martillado el corazón con tan repetidos y dolorosos golpes. Ruina y destrozo que no se creyera obra de soldados de una nación aliada, europea y culta, sino estrago y asolamiento de enemigas y salvajes bandas venidas del Africa. Las autoridades españolas pusieron sus clamores en el cielo, y el Ayuntamiento y muchos vecinos reunidos en la comunidad de Zubieta, elevaron á Lord Wellington enérgicas y sentidas, aunque inútiles, representaciones; lo mismo que al gobierno supremo de la nación; siendo dignas de inmortal memoria las actas de tres sesiones que se celebraron en aquel sitio dirigidas á enjugar las lágrimas de tantos infelices, y á poner algún remedio en tales desdichas y á tan acerbos males. Pues no desmayados ni abatidos los que allí acudieron, no sólo emplearon sus tareas en tan laudable y santo objeto, sino que quisieron también hacer que de entre sus cenizas renaciese la ciudad á ejemplo de lo que practicaron sus mayores con el antiguo y arruinado pueblo de Oeaso en los siglos XII y XV, reinando Don Sancho el Sabio de Navarra y los Reyes Católicos. Reedificóse ahora San Sebastián en pocos años á expensas de los moradores y á impulso de sus infatigables esfuerzos,

signado el concepto que merecieron los sucesos posteriores al asalto de San Sebastián á Napier y Toreno, dos personalidades tan salientes, interesadas en sacar á salvo el honor de sus respectivas naciones, nos limitaremos ya á transmitir á nuestros lectores la opinión de un militar francés que ha llevado en su bandera el nombre de San Sebastián como título glorioso de la conducta del regimiento en que servía, opinión dictada no hace mucho con la independencia que ofrece el tiempo transcurrido y la de, así, poder juzgar exenta de pasión aquella memorable tragedia.

El general Lamiraux dice en su reciente libro sobre el sitio de San Sebástián en 1813: «Para colmo, una borrasca de las más violentas, procedentes de los Pirinens, cayó sobre San Sebastián y en la obscuridad que produjo, entre los estampidos del trueno y la lluvia torrencial que duró más de media hora, el desorden en los asaltantes rompió todos los lazos de la disciplina.» Los heridos fueron acabados á tiros y bayonetazos, oficiales y sargentos que trataban de interponerse, se vieron amenazados y atropellados; muchos de los habitantes, mujeres y niños fueron asesinados por toda aquella horda de soldados de todas naciones, porque había allí, entre los voluntarios, alemanes é italianos al servicio de Inglaterra. Tras de una lucha sin parar de cinco horas

---

ridad é indulgencia que se requiere en la vida social doméstica. El mundo ha visto perfectamente esa reunión en cuanto esas cualidades contrastan con las crueldades que acompañan á la fortuna asoladora de aquellos guerreros á quienes era opuesto. Esos no hicieron nunca pausa alguna para contener el lleno de los horrores que se cometían allí por donde pasaban; no trataron jamás de mitigar el atroz aspecto de la guerra, sino que procuraban aumentar la fiereza para poder vencer con el terror lo mismo que con el valor.»

lo menos, todas aquellas gentes, furiosos, habiendo sembrado su camino de camaradas muertos ó heridos, sin escuchar ya á sus jefes que, por lo demás no conocían, por pertenecer á todas las fracciones del ejército aliado, cometieron actos de pillaje, de violencia y de atrocidad abominables.»

Verdaderamente, la única disculpa que debieron ofrecer los ingleses y sus partidarios á tan horrenda conducta para con una ciudad cuyos hijos les esperaban, como suele decirse, con los brazos abiertos y los aclamaban al penetrar en las calles como libertadores suyos y de la patria; la única disculpa, repetimos, era la de la mortandad que en los dos sitios les había causado el valor de los defensores. El segundo, al que estamos ahora refiriéndonos, había costado, con efecto, á los sitiadores sobre 500 muertos, entre ellos muchos oficiales de nota como Fletcher, Crawford y otros muy recomendables también, y 1.500 heridos de quienes lo fueron los generales Leith, Oswald y Robinson, los coroneles Hunt, Cameron, Campbell y algunos más que hemos tenido ocasión de citar por tan entendidos como valerosos. Eso podría explicar en parte el furor de los que habían dejado su camino cubierto de sangre tan generosa y perdido la dirección de jefes tan acreditados y que tantas veces, además, los habían guiado á la victoria. Se comprende, empero, que ese furor se hubiere ensañado en los que les causaran tantas y tales bajas; pero ¿qué les habían hecho los que salían de su morada á recibirlos con el gozo pintado en su rostro, y las mujeres, los ancianos y los niños que desde los balcones y ventanas de las casas los saludaban con sus pañuelos y aclamaciones? Pues bien; allí como en

todas partes durante aquella dilatadísima guerra, eran todas las consideraciones para los franceses; en las batallas, con sus heridos y, después de ellas, con sus prisioneros, así como en los hospitales con sus enfermos.

Rendición del castillo.

Aun faltaba la conquista del castillo á que se había acogido la guarnición con su impertérrito y celoso jefe, el general Rey que, aun cuando herido el día antes, no había perdido un momento su habitual serenidad de espíritu ni su energía. La fuerza había disminuído notablemente, como es de pensar, después de la tenaz resistencia que acababa de oponer la guarnición, no poco mermada también en el primer sitio. Al intentar la defensa del castillo esa fuerza se hallaba reducida á unos 1.300 combatientes y 366 heridos, únicos que habían podido recogerse en aquel fuerte, hallándose los demás en la iglesia de San Vicente y, por lo tanto, en poder de los aliados. Había sí, y eso era lo peor que podía sucederle al presidio de La Mota, sobre 400 ingleses y portugueses hechos prisioneros en ambos sitios, y que sólo servirían para entorpecer la defensa, bien por la vigilancia que exigían, bien porque no se les había de dejar perecer de hambre aun no siendo abundantes los víveres ni tener ya esperanzas de conseguirlos. La roca era fuerte y parecía inexpugnable, pero la fortaleza era pequeña y sigue siéndola para tal guarnición que se halló sin más obras á prueba que el depósito de las municiones y algunas casamatas de que se hizo abrigo para los heridos. Escaseaban los víveres, ya lo hemos indicado, y más aún el agua en una fuentecilla existente al pie de la montaña ó en algunos pozos que, según hemos dicho también, subieron á llenar mujeres

de San Sebastián al comenzar los ingleses el sitio. Rey, sin embargo, resuelto á vender caro el honor de la defensa, distribuyó hábilmente diez piezas que en tal apuro pudo reunir y las tropas de que disponía, en el reducto central, el Macho, en las baterías del Mirador, del Príncipe, de la Reyna y de las Damas, en redientes construídos en las rampas y en cuantas trincheras si hicieron también en el frente que cae sobre la ciudad y cubren sus avenidas para el castillo. Los prisioneros fueron establecidos en el revés del monte, escarpe de roca viva y desnuda hasta la batería cuyo pie bate el mar en la parte septentrional del monte. Escribía á Soult la noche misma del asalto: «Mantendré el fuerte hasta el último extremo. Nuestros recursos de artillería son nulos, y se nos han agotado los proyectiles huecos. No tenemos sino algunas bayonetas y cartuchos: los emplearemos. Que V. E. se haga cargo de nuestra situación, y haga un esfuerzo, si le es posible, para socorrernos. La guarnición de San Sebastián ha hecho su deber; y os recomiendo, Monseñor, á los bravos que quedan. He tenido grandes pérdidas porque todos se disputaban el honor de combatir en las brechas; desgraciadamente yo sólo he sido herido levemente.»

«Os ruego digáis á Su Majestad que la guarnición de San Sebastián merece su bondad y sus gracias. Os espero, Monseñor, y no os puedo decir hasta cuando podré prolongar mi defensa porque todavía no conozco todas mis pérdidas. Pero yo os lo aseguro; sin la explosión de nuestras granadas y demás proyectiles huecos, el enemigo no hubiera entrado en la ciudad. Las compañías de preferencia que estaban en la cortina

no tienen más que diez hombres cada una y eso elevando su fuerza á lo más.» (1)

Lord Wellington, que llegó á San Sebastián al día siguiente, 1.° de septiembre, desembarazado de la necesidad de mantenerse en el Bidasoa por la derrota, que luego recordaremos, de los franceses en San Marcial, se dispuso á no darles un momento de reposo hasta arrebatarles aquel resto, único ya de la plaza de San Sebastián. Comenzó por cerrar cuantas salidas pudiera ofrecer la fortaleza sobre la ciudad y construir nuevas baterías que destruyesen completamente las obras que no lo hubieran sido durante el sitio. Así esperaba que el general Rey, convencido de la inutilidad de cuantos esfuerzos hiciera por romper el círculo de hierro en que se le encerraba ó por sostenerse el tiempo necesario para que le llegasen los refuerzos que había pedido á Soult, se conformara con una capitulación honrosa que le propuso el día 3. Pero rechazada con arrogancia, los ingleses, que con tal objeto habían roto el fuego el 2, fueron sucesivamente aumentándolo con más de 30 piezas de los mayores calibres y morteros que montaron en el hornabeque, junto al Rondeau y en el Chofre. «Estábamos aplastados, dice Belmas, por las bombas y las granadas del enemigo y no sabíamos donde poner á cubierto las pocas municiones que nos quedaban. Nuestros enfermos y heridos que habíamos procurado poner al abrigo de las rocas, eran alcanzados por los proyectiles enemigos. Amontonados mu-

(1) Eso servirá para suplir la falta que habrán observado en la numeración de las bajas referidas por la guarnición francesa muy inferior á la de los ingleses. De municiones dícese que aquella noche se recibieron en el Castillo algunas municiones por mar.

chos en un pequeño almacén de pólvora y una barraca inmediata, tratamos de preservar aquel asilo enarbolando en él una bandera negra, y para mayor garantía situamos los prisioneros en derredor y á la vista de los sitiadores. Pero éstos no tuvieron consideración á tal llamamiento á su humanidad. Dirigieron sus tiros adonde, además de nuestros hombres mutilados, destrozaron con sus bombas á 38 de los suyos» (1). No por eso iban los ingleses á moderar, siquiera, el fuego; pareciéndole á Wellington ridículo hacerlo con tal motivo, de que no había oido tratar nunca, y mandando se enviase al general Rey una protesta formal. Así es que no se descansaba en establecer cuantas más baterías se podían, trasladando los cañones de unas á

(1) A eso opone John Jones una nota en que dice: «Cuando fué izada la bandera negra, el Editor (J. Jones) dijo al oficial francés que se consideró simplemente como un ardid para distraer el fuego, suponiéndose que toda la pólvora de la guarnición estaba depositada en aquellos edificios.»

Cuando Wellington lo supo, escribió á Graham: «Observo que la carta del teniente Jones al Gobernador menciona que los prisioneros están guardados en el corral del almacén *sin blindajes*, y varios han sido muertos ó heridos por el fuego dirigido sobre el edificio.»

«No conozco ni he oído nunca juzgar tal conducta; y la pretensión fundada en eso, á saber la de que no dirijamos el fuego contra la plaza, es demasiado ridícula. Os pido que enviéis al general Rey una protesta acerca de guardar los prisioneros en el corral de ese almacén *sin blindajes*, y lo mismo acerca de hacerlos trabajar bajo el fuego.»

En cuanto al canje de los prisioneros, decía el Lord que no pensaba en hacerlo aun continuando expuestos al mal trato y miseria que sufrían y al peligro del propio fuego de los sitiadores por pocos días. Pero sobre todo, en su opinión, no se debía pensar en un canje por soldados que fueran á aumentar la guarnición del fuerte.

otras, de modo que no quedara ninguna de las del castillo á cubierto del fuego flanqueante ó de revés de los sitiadores. El 7 el fuego de mortero fué incesante durante las 24 horas, incontestado por los franceses que en aquellos días, por escasez de municiones y por guardar las pocas que conservaban para el trance, ya próximo en su concepto, de un ataque decisivo, iban reduciéndolo á un verdadero simulacro de resistencia casi pasiva. El 8 desde las 10 de la mañana fué ya tal el fuego de los ingleses que se hizo irresistible. En el istmo lo rompieron 25 piezas sobre el Mirador, la batería de la Reina y las demás defensas bajas del castillo; y en la derecha del Urumea, 33 obuses, morteros, carronadas y cañones de á 24, sobre el castillo en general y el Mirador y sobre la espalda del monte particularmente, á que también dirigía sus proyectiles la batería de Santa Clara, reforzada recientemente con una pieza de gran calibre. El fuego comenzó simultáneamente en todas las baterías, tan rápido y bien dirigido, que el castillo no pudo contestarlo ni con un solo disparo. Tales estragos hizo en todos sus reductos y atrincheramientos, que desde el principio fué volado el depósito de municiones y el Macho y todas sus obras adyacentes quedaron reducidas á un montón de escombros y, de consiguiente, inhabitables. «Sostenerse más, dice un cronista francés, hubiera sido exponer á una muerte inevitable á los pocos valientes que habían sobrevivido á tantos peligros, cuando el consejo de defensa, unánime, había comprendido hacía tres días que era imposible resistir más.» A las dos horas, pues, de haberse roto el fuego, hizo el general Rey tocar llamada desde el Mirador y la batería de la Reyna; esto es, de

los dos lados de la fortaleza, y el coronel Songeón, su jefe de Estado Mayor, se presentó al general Graham que le recibió abrazándole con la mayor efusión (1). Firmada la capitulación y antes de dar cumplimiento á las condiciones que en ella se estipularon de quedar prisionero de guerra el presidio del castillo y ser sus enfermos y heridos llevados á Francia, los ingleses ocuparon las puertas, el Mirador y la batería del Gobernador. Al día siguiente, el 9, la guarnición, consistente en 57 oficiales y 1.244 individuos de tropa, salió del fuerte para depositar sus armas en el glasis del hornabeque, quedando en los hospitales 23 de los primeros y 512 soldados (2).

Entonces fué izada en el Macho del castillo la bandera española, saludada con una salva de 21 cañonazos anunciando el fin de un sitio de 63 días de trinchera abierta, tan honroso para los sitiados como para los sitiadores por el valor, la inteligencia y la abnegación militar que desplegaron ambas partes en tan tenaz como cruenta contienda.

A muchas observaciones podría dar lugar su estudio bajo el punto de vista del arte poliorcético, contadas y puestas á examen detenido las condiciones en que se

(1) Ducèré cuenta así la escena de la presentación: «Cuando fué presentado al general Sir Graham, éste le abrazó y ofreciéndole una pluma, le dijo: «*Señor coronel, cuando se defienden como lo han hecho vuestras tropas, no es que estén vencidas y tienen derecho á dictar condiciones; escribidlas....*» «*Señor*, respondió el jefe de estado mayor del general Rey, *no pedimos más que los honores de la guerra y el transporte de nuestros heridos á Francia. No podemos exigir otras condiciones porque no nos queda ni una bala de cañón con que sostener la negociación de que estoy encargado.*» Y se firmó la capitulación con las condiciones pedidas.»

(2) John Jones da esos números. No difieren mucho los de los escritores franceses.

llevó á cabo tan señaladísima empresa. La plaza era de tercer orden según la clasificación técnica ordinaria, y se hallaba en un estado de abandono sólo concebible en las circunstancias que hemos hecho notar al describirla. Su heroica defensa debe, pues, atribuirse no sólo al valor de su guarnición y á la inteligencia de su jefe, sino que á los errores también de los sitiadores y á los obstáculos que se les opusieron; por Soult, al emprender la campaña de los Pirineos; por el almirantazgo inglés, que no supo mantener el bloqueo marítimo necesario para evitar la comunicación de los sitiados con la costa francesa; y del gobierno de Londres, sobre todo, á quien hay que atribuir más que á la marina el retraso con que le llegaron á Lord Wellington el tren de sitio y las municiones que se le habían pedido (1). Afortunadamente, Graham no cometió en el segundo sitio las faltas que había cometido en el primero; eso sí, por evitarlas Wellington; y tuvo la suerte de haberse cortado la salchicha de una mina enorme que los franceses prepararon en la brecha, y la más importante aún de la explosión de las municiones que los mismos tenían para resistir el asalto. Para exaltar el mérito de Graham sería necesario aquilatar mucho sus varias providencias en el asalto, su acierto en el uso de la artillería, su resolución en los momentos anteriores

(1) Napier, que ya se había quejado del malquerer de los guipuzcoanos para con los ingleses, repite aquí que nuestras autoridades descuidaban el procurarles carretas y barcas del país y les negaron casas y hospitales para sus enfermos y heridos. ¿Quién se hubiera atrevido á ello? Pero á renglón seguido dice: «Por primera vez se vió un sitio importante continuar por los esfuerzos generosos de las mujeres, porque las provisiones de los sitiadores eran transportadas en barcas conducidas por muchachas españolas!» ¿En qué quedamos?

al de la explosión de las municiones francesas, tanto en el paso del Urumea por los portugueses como en el establecimiento de los voluntarios en la brecha; pero en lo que siempre se le acusará de debilidad ó por lo menos de una incuria imperdonable, es en la conducta que observó respecto á la de sus subordinados en el incendio y el saqueo de la ciudad, en los atropellos y asesinatos de los habitantes de todas edades y sexos. En tales excesos, es mayor la responsabilidad de los jefes que la de la soldadesca, y todavía más terrible cuando acaba por hacerse recaer sobre el General en jefe, como hemos visto que la opinión general en España y el mundo entero la quiso atribuir á Wellington, quizás por no haber sabido descargarse de la contraida en Ciudad Rodrigo y Badajoz. Tan atroz fué la hecatombe de San Sebastián que no debe extrañarse siga consignada su triste fecha en las calles de la infeliz ciudad á quien tocó tan triste suerte. (1)

Batalla de San Marcial.

Al mismo tiempo, á las mismas horas del 31 de agosto de 1813 en que se daba el asalto á San Sebastián, reñíase en la margen izquierda del Bidasoa una también cruenta batalla, dirigida por el Mariscal

(1) En la entrada de la calle de San Jerónimo existe una lápida con la siguiente inscripción.

XXXI de Agosto de MDCCCXIII
Los aliados toman por asalto esta ciudad
Ocupada por el ejército invasor,
La incendian, la saquean y degüellan
Gran número de sus moradores.

A su frente se halla esta otra:

VIII de Septiembre MDCCCXIII
reunidos en Zubieta los habitantes dispersos
á consecuencia de la hecatombe del XXXI de Agosto
acuerdan reedificar la ciudad
presa todavía de las llamas.

Soult á, cumpliendo la palabra dada á Rey, hacer levantar el sitio de aquella plaza. Las alturas de San Marcial se vieron, así, ilustradas con una nueva victoria, timbre glorioso de las armas españolas. Porque á ellas exclusivamente se debió; y eso hay que agradecerlo á la militar galantería de Lord Wellington que, al distribuir las fuerzas de su mando para contrarrestar las del enemigo, de quien era de esperar un supremo esfuerzo en favor de San Sebastián, mantuvo á los españoles en la posición que naturalmente debería ser atacada en primer lugar si hubiera Soult de conseguir más directa y fácilmente su objeto.

El Mariscal, aun desde antes de su campaña en Navarra y hasta creyéndose con fuerzas para tomar la ofensiva, debió haberse preocupado de la defensa de la frontera, descubierta por las mismas razones que hemos expuesto al recordar el abandono en que se habían dejado las fortificaciones de San Sebastián. ¿Quién había de pensar en que llegara el caso de invadir la Francia Napoleónica? Soult, pues, al ser llamado al mando de los ejércitos franceses de España. recorrió la línea de todos sus puestos de la frontera; y temiendo, sin duda, por ella si no obtuviese en la campaña que meditaba el éxito deseado, cuidó de prepararla para resistir la acción de sus enemigos sobre ella.

Precauciones de Soult en Francia.

Había impuesto reformas y aumentos notables á las fortificaciones de Bayona; pero aun siendo tan importantes como se necesitarían para considerar aquella plaza cual eje y base de todas las operaciones defensivas de la frontera, la ejecución de las obras se llevaba tan lentamente que, al volver Soult de Sorauren, pare-

cía casi abandonada. Fué preciso impulsarla nuevamente, y se dictaron órdenes repetidas y apremiantes para dar mayor extensión todavía á los trabajos, haciendo depender del sostenimiento de Bayona la suerte del Mediodía del Imperio. Se pensaba en formar un gran campo atrincherado con reductos exteriores, puentes de comunicación sobre la Nive y el Adour é inundaciones, con establecer, por fin, al frente de la plaza una barrera militar infranqueable. Aún parecía poco eso, y se formó otra línea más avanzada entre Saint-Jean-de-Luz y la tan conocida posición de la Rhune, cerrando la carretera general hasta el Bidasoa con un robusto atrincheramiento y fuertes destacados convenientemente. Se atrincheraron además las posiciones que ocupaban los cuerpos de ejército, establecidos según dijimos al terminar la relación de la campaña fracasada de Navarra; y todo con la premura que se creyó exigían tan críticas circunstancias.

Pero cada día iba haciéndose más y más imperiosa la necesidad de acudir al socorro de San Sebastián; y, escaso de fuerzas el Duque de Dalmacia, procuraba atraerse las que todavía se conservaban en los pasos de la cordillera pirenaica procedentes de Aragón como las que el general París tenía en Jaca y hubo de trasladar á Urdós dejando guarnición suficiente en la plaza fronteriza española. Acudió también á Suchet y á Decaen por si, aun ocupados, como se hallaban, de mantener la autoridad francesa en Cataluña, podrían ayudarle en su empresa (1). Nada omitió Soult con ese

(1) En la grave polémica suscitada con ese motivo en Francia, los partidarios de Soult y los de Suchet han aducido datos y argumentos que, de tomarse aquí en cuenta, nos llevarían á

objeto, para el que llamó á sus filas las gentes del país haciéndose incorporar á ellas varias compañías que se organizaron con los vascos, bearneses y cuantos hombres hábiles cabría le ofrecieran de las Landas, á su retaguardia, y de los altos Pirineos sobre la izquierda

más larga aún y enojosa y estéril disertación. Ya hicimos ver en las conferencias habidas en Fuente la Higuera entre los generales del rey José los trabajos del duque de Dalmacia para desarmar, pudiera decirse, al de La Albufera en su ocupación de Valencia; y por más que el distinguido escritor François Rousseau, como anteriormente el ingeniero T. Choumara, han tratado, cada uno por su lado, de demostrar de cúal estaba la razón para no combinar sus operaciones en la zona en que mandaba Soult, siempre quedarán en pie los motivos expuestos por Suchet para ponerse de su parte. Con calcular la vasta extensión de la cordillera pirenáica y la naturaleza de sus vertientes; con detenerse en la consideración del estado de la guerra en aquellos días, el de Aragón, particularmente, libre casi del todo del dominio francés, y más que eso la situación en que se vería Cataluña, cuya conservación tanto recomendaba el Emperador, se acabará por atender á las consideraciones expuestas por Suchet.

Hé aquí la, en nuestro concepto, concluyente carta de 23 de agosto que, de las varias que mediaron entre ambos mariscales y las dirigidas al duque de Feltre, ministro de la Guerra, parece la más importante para diluçidar ese asunto. «En cuanto á la ejecución del plan que me propone hoy M. el duque de Dalmacia á falta de otros recursos en la actual situación, no la puedo hacer cara, ni entretener á V. E. sin declarar que me parece la más peligrosa y la más funesta para el servicio del Emperador, y si, como parece, no tiene otro objeto que el de retirar la guarnición y volar la plaza de Pamplona, sería una locura comprometer por tal resultado los dos ejércitos, los asuntos de España y nuestras fronteras. El solo camino para artillería que me resta si me he de retirar es el de Perpignán, el único para avanzar es el de Barcelona á Lérida, cortado en muchos sitios. Avanzando por éste, no hallo más que dos maneras de operar; ó seguir si llevo artillería el camino real de Zaragoza por las orillas del Ebro, y basta echar una ojeada sobre el mapa y conocer la posición actual de los ejércitos para predecir al de Aragón en ese caso la suerte inevitable de Bailén, con la sola diferencia de que perecería entero, sino para el servicio, al menos para el honor de las armas de Su Majestad. Es, á mi parecer, absurdo el profundizar ese supuesto. De intentar el paso por lo alto de los ríos en la vertiente de los Pirineos, el ejército de Aragón encontraría por todas partes los puentes cortados, las posiciones defendidas, la población en

de su línea. Ni descuidó tampoco, á la vez que mantener por mar la comunicación con San Sebastián para inspirar al general Rey la esperanza de que sería oportunamente socorrido, el preparar el paso del Bidasoa reuniendo en la margen derecha el material necesario

---

armas, los molinos inutilizados, la falta de víveres y la espantosa necesidad de á cada paso abandonar sus enfermos, y mientras se reuniesen los cuerpos para forzarlo por Venasque, único punto que le queda, si es que le queda, los aliados ocuparían del todo Cataluña, bloquearían nuestras plazas y acabarían por invadir sin dificultad ó amenazar nuestras fronteras. Reflexionando, señor duque, más y más sobre el movimiento á que me quiere comprometer el señor mariscal, duque de Dalmacia, me es imposible creer que lo haya pensado seriamente y de buena fe; me ha hecho repetir por su ayudante de campo las mismas protestas que habéis tenido la bondad de hacerme por el mío y eso en el momento en que medita mi deshonor y en que su odio le ciega hasta el punto de no ver que lo haría recaer sobre todo el ejército que yo mando. Tengo sin duda alguna motivo para admirarme de tales sentimientos, y V. E. quizás dudará de ellos. No puedo menos para explicarlos que referirme á la entrevista del 3 de octubre último (1812) en Fuente la Higuera y en presencia del rey y del mariscal Jourdan. El señor duque de Dalmacia que me había estrechado en sus brazos, abrió sus propuestas con la petición de una de mis divisiones y de un regimiento de caballería para marchar sobre los ingleses, contra los que se tenían fuerzas casi dobles, mientras que yo hubiera tenido con eso que abandonar la provincia de Valencia al ejército expedicionario de lord Maitland, que había desembarcado en Alicante.»

Continúa Suchet en su carta recargando el cuadro de sus disensiones con Soult y atribuyéndolas también al despecho que había producido en éste, la comparación del ejército del Mediodía, que carecía de cuanto en el de Valencia abundaba por su buena administración.

Pero si esos argumentos no han parecido á Choumara y á Rousseau bastante sólidos, exagerando los suyos en contra á punto de querer hacernos creer que por el camino de Canfranc se podía hacer cruzar la cordillera hasta cien piezas de artillería, cuando Clausel y París habían tenido que dejar las suyas en Aragón, á nosotros se nos antoja que no dejarán de pesar en el ánimo y la inteligencia de nuestros lectores, enterados de la situación respectiva de los aliados y franceses, y que darán la razón á Suchet al creer que era más acertado su pensamiento de continuar operando en Cataluña para preservar de una invasión la frontera de los Pirineos Orientales.

de puentes y transportes con que trasladar el ejército á la izquierda y llegar á la plaza, puesta ya en tan inminente peligro.

Su plan ofensivo.

¿Pero qué camino debería seguir que mejor le condujera á la realización de su proyecto? ¿El anterior de Pamplona obligando á Lord Wellington á levantar su campo y trasladarse con todas ó la mayor parte de sus fuerzas á Navarra, ó el directo á San Sebastián, el que más pronto le llevaría á llenar la misión importante á que estaba llamado en aquellos momentos, ya angustiosos, la urgentísima de salvar la heróica guarnición de la plaza que puede decirse podía distinguir desde su campo sacrificándose por el honor de la Francia? Con más numeroso ejército, aún podía dudarse, esperando en el curso de las operaciones, obligar á Graham á suspender el sitio, y por mar ó por tierra aprovisionar la guarnición de San Sebastián; pero perdidas las ilusiones que pudieran hacerse respecto al aumento de sus fuerzas con 30.000 hombres con que se le entretenía, y urgiendo tanto el salir de la situación inactiva en que se hallaba desde su última derrota, se resolvió á acometer la ardua empresa de atacar de frente al ejército aliado, perfectamente preparado á recibirle.

¿Por dónde? Tenía á D'Erlon en sus antiguas posiciones de Sarre y Ainhoa con las divisiones Conroux y Abbé, 20 piezas y muy pocos caballos, 20.000 hombres en todo; á Clausel con cuatro divisiones y una fuerza numérica de otros 20.000 hombres y 25 piezas, á espaldas de Commisary y La Bayoneta, posiciones tan conocidas sobre Lesaca y Vera; á Reille con 18.000 hombres en dos divisiones, y la reserva de

Villatte, 30 piezas y varios cuerpos de dragones en el bajo Bidasoa, entre Endarlaza, Biriatou y Behovia, á espaldas de Mandale, Luis XIV y la famosa Croix-des-Bouquets en la carretera general y tan repetida y tenazmente disputada en 1793 y 94. El general Foy, además, con su división y la caballería ligera, 6.000 en total, establecido á retaguardia de todo el ejército, podría servir de reserva á Reille trasladándose por Ezpelette á Saint-Jean-de Luz, con lo que habría en el Bidasoa y frente á nuestras posiciones de Irún hasta 25.000 hombres, 36 piezas y 2 trenes de puentes.

Una vez decidido, como no podía menos, el ataque por el bajo Bidasoa, se presentaba á Soult la cuestión del modo con que debería acometerlo. Y sea por propios estudio y genio, sea por la experiencia de otros, decidió también operar de una manera muy parecida, si no idéntica, á la empleada por los Convencionales en su campaña de 1794 bajo la dirección del general Moncey. «El Bidasoa, hemos dicho en nuestra *Geografía Histórico-Militar*, entra en esta provincia (Guipúzcoa), por entre el monte Aya y el de Commissari, llave, el último, con el de La Rhune, de las operaciones que desde Bayona puedan dirigirse contra el centro del Bidasoa, y aun con objeto de flanquear las posiciones defensivas de Irún y Oyarzun por los puertos de Biandiz y Zubieta. Sigue luego lamiendo las faldas de aquellos montes, formando desde Chapitaleco-arría la línea fronteriza y dejando á la derecha el pueblo francés de Biriatu y la montaña de Luis XIV, y á la izquierda la célebre de San Marcial y la villa de Irún, que comunica con Francia por la carretera general y el ferrocarril del Norte. Junto á los puentes se descubre

aún la isla de los Faisanes, declarada neutral en el último tratado de límites, más que con objeto alguno material, por recuerdos caballerescos que allí debieron tener lugar y por el de las conferencias habidas en 1659 entre D. Luis de Haro y el Cardenal Mazarino, que concertaron la paz llamada del Pirineo y la boda de Luis XIV con la infanta María Teresa.»

Ese fué el teatro elegido por Soult para el socorro de San Sebastián, como lo había sido en 1794 para la invasión del valle en que habrían de conquistar los franceses aquella plaza, juntamente con la de Fuenterrabía y el territorio todo desde el Bidasoa al Deva. Para hacerlo, Moncey, Laborde, Dessein y Fregeville, los generales de la República destinados á reparar las faltas y vengar los desastres sufridos el año anterior en los Pirineos occidentales por Duverger, Servan, Despréz-Crasiér y tantos otros compatriotras suyos, atacaron las posiciones de Irún y del monte Aya, que las domina todas, combinando sus movimientos desde ambos extremos de la línea del Bidasoa que acabamos de describir por la carretera general y el camino, malísimo y todo, que desde Endarlaza conduce á Oyarzun por las vertientes meridionales de aquella alta y escarpada montaña, llamada también de las *Cuatro coronas* por la singular estructura de su cresta.

Pues del mismo modo intentó en agosto de 1813 el duque de Dalmacia, acudir en socorro de San Sebastián.

El defensivo de Wellington.

No se mostraba tampoco perezoso nuestro aliado el generalísimo inglés, apercibido, según llevamos dicho, á la defensa de la frontera; no fuese su hábil adversario á estorbarle en operación tan importante como

la de, ocupando aquella plaza y la de Pamplona, acabar la reconquista de toda la parte septentrional de la Península. Tenía á sus órdenes un ejército muy superior al enemigo, así por su número como por la fuerza moral que le habían inspirado tantas victorias conseguidas los dos años anteriores desde su salida de Portugal.

En cuanto al número, el ejército aliado contaba con fuerzas superiores, pues que con los refuerzos que había en aquel tiempo recibido, llegaban á cerca de 100.000 hombres, ingleses, portugueses, alemanes y españoles, de los que 10.000 de caballería. Este inmenso número de aliados se presentaba, sin embargo, en una situación de defensiva y muy débil por razón de las muchas posiciones que necesitaba ocupar frente á los varios pasos de la frontera que podría el enemigo elegir para, de un modo ú otro, directamente ó por el flanco, invadir nuestro territorio para luego socorrer á San Sebastián ú obligar á los ingleses á levantar el sitio.

El mariscal Soult que, bien se veía, iba á tomar la ofensiva como lo había hecho antes, tenía, según acabamos de decir, repartidas sus fuerzas frente á esos pasos, con lo que no se lograba saber, si no por cálculos que podrían salir fallidos, el por donde se resolvería á penetrar de nuevo en España, obligando así á Lord Welligton á cubrirlos todos para impedirlo. Lo probable, con todo, por la situación comprometidísima ya en los últimos días de agosto de la guarnición de San Sebastián, era que Soult marchase directamente sobre aquella plaza; y pensándolo así el Generalísimo de los aliados estableció sus tropas de modo

que correspondiesen á ese propósito. Los españoles de Freire se situaron en San Marcial, cubiertos en las laderas de aquella montaña por obras de campaña que dificultasen su acceso. La 1.ª división inglesa, del mando de Howard, campaba á espaldas de Irún con la brigada de Lord Aylmer, recién llegada de Inglaterra, algo á vanguardia para apoyar la izquierda de los españoles. A la derecha de San Marcial y de los españoles de Freire por consiguiente, pero dominándolos, fué colocado Longa, establecido antes algo lejos de sus compatriotas en las descendencias también de la Peña de Aya, que las cubrió una brigada portuguesa que, con la 4.ª división, atendía á la vez al camino de Vera del otro lado del Bidasoa. Como ese camino y los de Lesaca y Yanci podían servir al enemigo, desde que se unían, para envolver la posición de San Marcial por la vertiente meridional, hemos dicho, de la Peña de Aya, Lord Welligton estableció las brigadas inglesas de la 4.ª división más á la derecha y sobre la fundición de San Antonio, de donde se atendía á interceptarlos y resistir el paso del Bidasoa por Endarlaza y Vera. De ese modo y mediando la división Ligera atravesada desde Santa Bárbara á Iventelly, se enlazaban ingleses, portugueses y españoles para apoyarse mútuamente y constituir una posición difícil de arrebatar é inflaqueable. Aún hizo el Lord para más fortificarla, llamando á ellas la brigada Inglis de la 7.ª división, que se hallaba en Echalar; que todo suponía necesitarse para impedir la ocupación del Ayaque, además, como si algo faltara todavía, empezó á cubrir de reductos y trincheras. Para que D'Erlon no pudiera cooperar al ataque, descubierto

desde el día 30 sobre Behovia é Irún, dispuso Wellington que la 7.ª división y nuestra reserva de Andalucía, puesta á las órdenes de Giron por la dolencia de La Bisbal, así como las divisiones 3.ª y 6.ª inglesas emprendieran un ataque general por el puerto de Echalar, Zugarramurdi y Maya, mientras el general Hill haría asomar sus columnas por Alduides y Roncesvalles hacia San Juan de Pie de Puerto en son de amenaza á aquella fortaleza y el país vecino.

Ni podían ser más prudentes ni organizarse con más talento y acierto esas medidas de previsión para burlar los proyectos que pudiera tener meditados Soult; pero como si aún temiera Wellington cualquiera resolución inopinada de general tan experto como su adversario, cuya energía é iniciativas eran de todos conocidas, todavía hizo trazar uno como campo atrincherado en la cadena de alturas entre la Peña de Aya y el monte Jaizquibel con que pensaba cerrar los dos caminos que desde Irún conducen á San Sebastián, por Oyarzun y Gainchurisqueta. ¿Sería esa obra pensamiento propio de su espíritu observador de los terrenos en que operaba, ó provocado por el estudio del famoso plan de defensa de aquella frontera, ideado en en 1796 por la junta compuesta, en primer lugar, de nuestros generales Morla y O'Farril?

Se acercaba la hora del choque tantos días antes preparado. El 30 por la tarde la señaló Soult emplazando una gran parte de su artillería en los montes que dominan los vados próximos á Biriatou y la parte del Bidasoa donde se hallaba roto el puente de Behovia, la en que, por fin, pensaba echar los de caballetes cuyo material, según tenemos indicado, había re- **Ataque á San Marcial.**

unido allí cerca. Más abajo y á lo largo del Bidasoa hasta Hendaya, se situaron los españoles de la Guardia del rey José, que todavía permanecían formando parte del ejército francés, destinados en aquella ocasión á impedir el paso de los aliados en las horas de la baja mar y el que remontasen el río en la alta las lanchas cañoneras inglesas á estorbar el ataque de los franceses á San Marcial. Aquella noche se pudieron observar movimientos de tropas en el campo enemigo, que no dejaron duda alguna en el ánimo de Lord Wellington de que á la mañana siguiente tendría lugar la acción que el sitio de San Sebastián no consentía ya diferir por más tiempo.

Son rechazados los franceses.

Y, con efecto, en la mañana del 31, á punto de amanecer, pasaba Reille el Bidasoa con dos divisiones, las de Lamartiniére y Maucune, y dos piezas de campaña. Protegido por la artillería del monte Luis XIV, logró, una vez pasado el río por los vados de Sowa y Saraburo, apoderarse de una eminencia, la de Irachabal, bastante adelantada á San Marcial y que le cedieron las guerrillas de Freire después de un breve tiroteo. Estableciendo en aquella altura, cubierta de arbolado, una de las brigadas de Maucune en reserva, lanzó Reille la otra sobre la izquierda de los españoles y las dos de Lamartiniére sobre la derecha; aquélla, por la pendiente general de San Marcial, conocida con el nombre de los Lobos, y las otras por la cañada de Soroya y barranco de Ercuti. Como el alto de Irachabal, estaban las descendencias de San Marcial cubiertas en partes de matorral que dificultaba el acceso de los franceses á la posición ocupada por el grueso de los españoles. Los soldados de Maucune como los de

Lamartiniére, teniendo que abrir sus filas, hubieron de recurrir á ganar la altura en gran desorden entreteniendo la subida con su fuego de tiradores, tan estéril para su objeto como inofensivo para los nuestros que los esperaban impertérritos atalayándolos desde su posición y espiando todos sus movimientos. Así es que no habrían llegado los atacantes á dos tercios de la altura, cuando descolgándose de ella nuestros regimientos, Voluntarios de Asturias y Tiradores Cántabros, los de la Corona, León y Guadalajara, con la antigua furia de los de San Quintín y Ambares, cargaron en columna la bayoneta calada, como dice un testigo inglés, y los echaron de cabeza el monte abajo. Decía Wellington en su parte á nuestro Ministro de la Guerra: «Fueron rechazados, y aun algunos, arrojados al otro lado del río, del modo más bizarro, por las tropas españolas, cuya conducta fué igual á la de las mejores tropas que jamás he visto empeñadas.» (1)

Pero entretanto, y echados los puentes, andaban

---

(1) Con iguales palabras (en inglés naturalmente), se lo dice á su ministro Bathurst.

Pellot describe así la carga de los franceses: «....espesos matorrales impiden á las masas moverse; el soldado corre al fuego y pelea sin ser sostenido; no se ve sino tiradores que asaltan el monte. Un ejército entero, así disperso, no podría resistir á una columna cerrada que bajase de una meseta para cargarlo. Cuanto más se empeñaban nuestros soldados, más debía temerse que serían rechazados; y lo que se temía, sucedió, retirándose nuestros tiradores ante las masas (de los españoles). No es que fuese inminente el riesgo, pues que se hallaban sostenidos á corta distancia; pero se hacía enojoso el haber cansado y expuesto inútilmente al soldado, y comprobar una vez más que el valor es con frecuencia perjudicial en la guerra, cuando va dirigida por oficiales que ignoran los primeros elementos de su arte.»

Y eso ¿puede decirse de Maucune y Lamartiniére, presente Reille, que los mandaba, y ante Soult, que presenciaba la acción desde la altura de Luis XIV?

cruzando el Bidasoa las tropas de Villatte, sostenidas por el fuego de la artillería de la margen derecha del río que había impedido pasaran á ella los nuestros al perseguir á los franceses hasta llegar al agua. Y en tal número pasaron los franceses y con tal ímpetu acometieron el ataque de la posición española, que cabía el temor de que se hiciera necesario reforzarla con la brigada Aylmer que cubría su flanco izquierdo. Se hacía aún más comprometida la acción; porque reforzadas las divisiones de Reille, se las veía prepararse á tomar el desquite de la derrota que acababan de sufrir. Tan desesperado, como dice Wellington, fué el ataque sobre el centro y la derecha de la posición de San Marcial, que hubo cuerpo francés que llegó á la ermita que corona la altura, de la que fué también rechazado con grandísimas pérdidas por la 1.ª brigada de nuestra 5.ª división que mandaba Porlier, puesto á su cabeza y ayudado por el 2.º batallón de Marina que se destacó del cerro de Portó en que se había establecido la 3.ª división española.

Los franceses de Villatte no pararon en su retroceso hasta la orilla del Bidasoa como poco antes los de Reille; pero no era Soult de los que abandonaban el campo por un primer revés, y luego, por la tarde ya, emprendió otro ataque general de que esperaba la tan ansiada victoria, de todo punto urgente por las noticias que recibía de San Sebastián, el ruido de cuyo fuego se oia desde allí perfectamente. A la nueva carga, en la que también llegaron los franceses á ocupar las primeras barracas del campamento español de Portó, respondió la brigada de D. José María Ezpeleta y con fortuna que coronó á la 1.ª de la 5.ª división, á cuyo frente se lanzó

sobre las columnas enemigas el general Mendizábal que, enterado de la inminencia del ataque, había solicitado tomar parte en él (1). Los franceses todos, desgalgados,

---

(1) El parte de Freire dice así: «El teniente general D. Gabriel de Mendizábal, noticioso de la accion, aunque no está destinado á este exército, se presentó inmediatamente, y me sirvió de mucho, porque le rogué tomase á su cuidado la defensa de San Marcial, y desempeñó esta comision con el tino y valentía de que tiene dadas tantas pruebas, colocándose á pié tambien á la cabeza de la columna de ataque.»

Ha habido quienes creyeran ó hayan dicho que esa victoria se había logrado con la intervención de la brigada inglesa de Aylmer, apostada, según dijimos, á la izquierda de la línea española, y se ha dicho por torcida interpretación de los textos ingleses á que se refieren los que tal han creido. Lo que escribe Napier es que Wellington, en lo más recio de la pelea y con el temor de que se apoderasen los franceses de San Marcial, hizo avanzar al 85.º inglés de aquella brigada, presentándose él á caballo en el mismo instante, lo cual produjo en los españoles tal entusiasmo que, *prorrumpiendo en gritos de alegría, se precipitaron con tal vigor sobre el enemigo, que lo derrumbaron sobre el río*. *The Subaltern*, atribuye á los españoles exclusivamente el triunfo. «Esas (las alturas de San Marcial), dice, fueron defendidas solamente (only) por las tropas españolas que, cediendo en un principio, fueron empujadas hasta la cima de la altura; pero allí, habiéndoseles unido una ó dos brigadas de las tropas británicas, se concentraron y mantuvieron su puesto con resolución considerable (with considerable resolution). Esas, que pudiéramos llamar medias palabras, son de las que han producido la falsa opinión de que la gloria de San Marcial no pertenece exclusivamente á los españoles del 4.º ejército que mandaba el general Freire. Pero ¿qué más prueba ni mejor razonada que la que nos ofrece el mismo Generalísimo en su parte? Dice en él. «Sin embargo de que, como llevo dicho, tenía sobre cada flanco del cuarto ejército una división inglesa, me sirve de la mayor complacencia haber de anunciar á V. E., que viendo que la conducta de estas tropas era tan insignemente buena, (conspicuously good), que eran tan capaces de defender su puesto no obstante los desesperados esfuerzos que el enemigo hacía para tomarle, y que el terreno no permitía que yo hiciese uso de la primera y cuarta divisiones contra los flancos de los cuerpos que cargaban á los españoles, *ninguna de las divisiones británicas fué empleada en esta acción.*»

Hay más: Lord Wellington escribía al general Castaños el día 3: «Vous aurez appris avec plaisir la conduite et les succès de votre ancienne armée de la Galice. Je lui ai fait battre Soult *toute seule*. Les Anglais n'ont pas tiré un seul coup de ce côté la. La prise de San Sebastián est une bonne affaire.»

como ha dicho el conde de Toreno, por la falda abajo de San Marcial, tuvieron pretexto para retirarse de la pelea en que tan desgraciadamente se habían comprometido. La tormenta que dijimos se había desatado sobre San Sebastián al tiempo del asalto de las calles, se extendió al Bidasoa hacia las tres de la tarde, á las horas precisamente en que tocaban sus aguas las derrotadas divisiones de Reille y Villatte. Y temiendo que la torrencial lluvia que las azotaba, haría crecer el río con el agua de los arroyos que á él afluyen y de la que cae de las cañadas de los montes que en sus orillas se levantan, haciéndolo invadeable y rompiendo los puentes echados para el paso de las tropas á la izquierda, aprovecharon la ocasión con no poca fortuna para no quedar aislados en ella y expuestas á ser inmediatamente destruidas ó parar en poder del enemigo. (1)

El ataque de Clausel.

Pero no eran nuestros compatriotas del 4.º ejército los únicos españoles que combatieron en aquella célebre jornada del Bidasoa. Más arriba en el sentido de la corriente, se hallaba, según tenemos anunciado, entre las divisiones anglo-portuguesas, la de la Reserva de Andalucía, puesta á cargo del general Girón. Tocóle, pues, tomar parte en la acción en que Clausel debía introducirse por el revés meridional de la Peña de Aya para.

(1) Napier describe así el suceso: «Una espantosa tempestad que empezó en las montañas hacia las tres y continuó el resto del día con una violencia extrema, vino á suspender el combate. Los árboles caían desarraigados y las más gruesas ramas eran llevadas por el viento; los arroyos menos caudalosos, hechos torrentes, se precipitaban de la montaña y arrastraban ruidosamente, en su curso, restos enormes de rocas. *En medio de esa tempestad y á favor de la noche,* los Franceses repasaron el río y establecieron su cuartel general en Saint-Jean-de-Luz.»

unido con Reille en Oyarzun, acudir á San Sebastián según el proyecto, ya indicado, del mariscal Soult.

Al amanecer también, como Reille, bajó de la Bayoneta y de Commissary el general Clausel con tres divisiones, envueltas en la espesa niebla que cubría aquellos montes. Eran ya las ocho cuando los aliados, establecidos en Santa Bárbara y Echalar, pudieron verlas dirigiéndose á los vados del Bidasoa, agua abajo de Vera, cerca de Zalaín. Otra división se detuvo en la bajada con la mayor parte de la artillería destinada á cañonear aquella villa, de la que Wellington hizo retirar la fuerza que la guarnecía, excepto un destacamento que permaneció en una casa fortificada que cerraba el paso del puente. Los franceses marcharon resueltamente sobre la brigada portuguesa que dijimos cubría la derecha española y, por el ala opuesta, el camino de Vera á Oyarzun á espaldas de la Peña de Aya. Se llamó, para que sostuviese á los portugueses, la brigada Inglis; y muy poco después, al enterarse el Lord de las proporciones que se daban al ataque enemigo, fueron también llamados al Bidasoa el resto de la 7.ª división y la Ligera, presumiendo que ni la brigada lusitana ni la de Inglis bastarían para resistirlo. Así lo calculaba Inglis, que se retiró á la fundición de San Antonio, establecida entre Lesaca y Vera; con lo que, y bajando la brigada Kempt de la Ligera á Lesaca para proteger la bajada de Dalhousie, se formó una nueva línea en la izquierda del Bidasoa, bien enlazada en todas sus partes y no fácil de romper sin grave peligro. Sin embargo, los franceses de Clausel continuaban su ataque y, arrollando la izquierda de la brigada Inglis, comenzaron á internarse por el camino de Oyar-

ral para que, sin perder sus posiciones, le fuera dable, en caso necesario, apoyar el ataque de Clausel. Eso y el avance de algunas de las fuerzas ligeras de Hill sobre Saint-Jean-Pied-de-Port, permitieron á Lord Wellington tener concentradas todas las de su centro y su izquierda para resistir los ataques de Reille y Clausel, principal objetivo de Soult para abrirse paso á San Sebastián.

La batalla de San Marcial y los combates de Vera y el alto Bidasoa, costaron á los franceses más de 3.000 hombres, una oficialidad numerosa y 5 generales, Vandermaesen, La Martiniére, Menne, Rémond y Guy, entre los que muerto el primero, según acabamos de recordar.

Las bajas del ejército aliado consistieron en 161 oficiales, 2.462 de las clases de tropa y 6 caballos, muertos ó heridos, además de los señalados en el combate de Echalar (1). Esos números demuestran perfecta-

Resumen de las pérdidas que ha tenido el exército aliado en las acciones ocurridas en los días 31 de agosto y 1.º del corriente.

	MUERTOS			HERIDOS			Prisioneros ó extraviados.			TOTAL		
	Oficiales.	Tropa.	Caballos.	Oficiales.	Tropa.	Caballos.	Oficiales.	Tropa.	Caballos.	Oficiales.	Tropa.	Caballos.
Españoles...	18	243	2	81	1266	4	5	66	»	104	1575	6
Ingleses.....	5	46	»	25	309	»	»	32	»	30	387	»
Portugueses.	6	82	»	21	365	»	»	53	»	27	500	»
TOTALES.	29	371	2	127	1940	4	5	151	»	161	2462	6

(1) He aquí el estado que publicó la *Gaceta* del 13 de septiembre de aquel año.

mente que, aun incluyendo en el total de la acción la parte que no corresponde á la de San Marcial, los españoles fueron los principales protagonistas de tan glorioso y transcendental drama.

Distinguiéronse, además del general Freire como en jefe de nuestro ejército y de D. Gabriel Mendizábal como encargado voluntariamente de la defensa de la posición central, los mariscales de campo Losada, que fué herido, y García Paredes, los brigadieres Porlier, Ezpeleta, Sánchez Salvador y Roselló, y los coroneles Miranda, muerto, Fuente Pita, Loarte y Ugarte-Mendía, recomendados por Lord Wellington según sus funciones en las armas en que servían (1). Para rechazar la alusión indigna de Napier en cuanto al concepto que pudieran merecer los oficiales españoles á sus soldados, no hay sino decir que fueron más de 100 los muertos ó heridos de ellos, prueba irrefutable de que no hurtaban el cuerpo en el combate.

Observaciones.

Aquella campaña, continuación de la de Vitoria y coronamiento de la de Arapiles, exige para su explicación y merece por su importancia una serie de consideraciones que pongan de relieve las responsabilidades ante la Historia en que pudieran incurrir los dos ilustres jefes que la llevaron á ejecución. Eran ellos el entonces Marqués de Wellington, generalísimo de las tropas aliadas, y el Duque de Dalmacia que mandaba el ejército francés, denominado de España desde que José Bonaparte, al internarse en Francia, hubo de renunciar á sus pretensiones de general y á sus ambiciones monárquicas.

(1) Véase el parte de Freire en el Apéndice n.º 11.

Un testigo de aquella campaña, Eduarde Lapene, comandante de artillería y autor de *E'vénememens Militaires devant Toulouse en 1814,* hace el siguiente paralelo de ambos caudillos. «Ese general (Wellington), dice, cuyas operaciones militares han elogiado algunos desmesuradamente, y otros han considerado injustamente como falto de mérito, tenía en el Mariscal Soult uno de los adversarios más dignos de oponérsele. El primero reunía conocimientos profundos en arte militar y en administración; el segundo tenía el raro saber que dan treinta años de experiencia de buena y mala fortuna.»

«La reflexión, la prudencia, mezcladas siempre con la lentitud, formaban los elementos del carácter del general inglés; una actividad infatigable y una firmeza que los reveses, lejos de abatirle, le hacían más enérgico, componían el carácter inflexible de su rival.»

«El uno, por su destreza en sacar provecho de los errores y falta de inteligencia de los jefes del ejército enemigo, sobre todo por la gran cantidad de fuerzas que oponía á sus adversarios, marchaba lentamente pero con confianza, casi cierto de la victoria. El otro, convencido de que un puñado de valientes puede siempre hacer cara al enemigo, aun sin esperanza de éxito, se había creado el arte de restablecer la moral de su tropa en medio de sus reveses. Siempre tuvo la habilidad de oponer á los aliados obstáculos sobre obstáculos, tenerlos constantemente en jaque y no cederles su terreno sino paso á paso.»

«Lord Wellington, gracias á ese sistema de prudencia y lentitud de que nunca se apartaba, tenía la ventaja de no haber sido sino rara vez cogido en falta; pero ignoraba el de aprovechar sus triunfos.»

No le falta razón, en parte, á Lapene; pero no en todo; y nos bastaría para demostrarlo la historia de los sucesos en que Wellington y Soult intervinieron en nuestra guerra de la Independencia. El historiador francés acierta en lo de las condiciones de carácter del general británico, sobre todo en la que le llevaba á podérsele aplicar la censura de Asdrúbal á su hermano Aníbal; y esa es la que con mayor fundamento debe dirigírsele en el estudio y examen de la campaña á que nos estamos refiriendo. Por lo demás, se necesita el patriotismo más exagerado ó la coincidencia de la fecha en que fué escrito ese paralelo para no reconocer la inmensa superioridad de las cualidades militares del duque de Wellington sobre las del de Dalmacia. Varias veces hubieron de encontrarse uno frente á otro en aquella dilatadísima lucha de la Península, y en otras tantas hizo Soult papel bien desairado ante el general inglés. En Oporto, como junto á Pamplona, fué aquél vencido y obligado, principalmente en la primera de tan solemnes ocasiones, á abandonar el campo á su rival; en tal disposición que, por huir, hasta temió que se lo impidieran los guerrilleros españoles, los brigantes, como él se complacía en llamarles. Negar el mérito del heróico conquistador del Pratzen de Austerlitz, sería tan absurdo como injusto y contraproducente, fea conducta de que el autor de este escrito piensa no puede con razón acusársele; pero de éso á conceder al de la Historia de la campaña de 1813 y 14 en nuestra frontera con Francia esa comparación que hace con su vencedor, hay una distancia imposible de salvar.

Es verdad que tras los inexplicables errores cometidos por el rey José en la jornada de Vitoria, inexpli-

cables ante la parsimonia de Wellington, que le hubiera permitido no perder su línea natural de retirada y salvar así los tesoros de material de guerra que enviaba por delante á Francia, es verdad también que los cometió el general inglés bastante grandes, si no en tan enormes proporciones ni con tan funestos resultados. La fortuna premió su prudencia, quizás excesiva, y con ello la justicia de la causa que tanto contribuyó á defender. Pero no por eso dejó de ser errónea la dirección que dió Wellington á sus operaciones para el objeto que debía llevarse de coronarlas con la invasión, todo lo inmediatamente posible, de su ejército en Francia. La polémica sostenida por Soult y Suchet al pedir aquel el concurso del ejército de Aragón en sus operaciones para el levantamiento del Sitio de San Sebastián; las razones, sobre todo, expuestas por el segundo de aquellos Mariscales, anteriormente citadas, demuestran la situación en que se hubiera visto el rey José al dirigirse á Zaragoza desprovisto de Artillería, sin poderla adquirir, al menos inmediatamente, y teniendo que abandonar á enemigo tan formidable la frontera francesa, entonces indefensa. Porque ha de advertirse que Suchet, ignorando el desastre de Vitoria hasta los primeros días de julio y no pudiendo, por consiguiente, abandonar Valencia hasta el 5, se habría encontrado acaso en la necesidad de esperar largo tiempo é inactivo la llegada de Suchet ó trasladarse á Cataluña, cuya autoridad militar, el general Decaen, harta ocupación tenía con la de sostenerse contra las constantes agresiones de los hijos del Principado. Tras de Suchet irían, y siempre picándole la retaguardia, los anglo-sicilianos y los españoles del 3.er ejército, cuya acción unida á la

de Mina, Durán, el Empecinado y la Reserva de Andalucía habría contrabalanceado la del célebre Mariscal, impidiendo al Intruso la ofensiva de que algunos le suponían en estado de volver á tomar. Y en caso de un revés no le hubiera quedado otro recurso que el á que apelaron días después de lo de Vitoria los generales París y Clausel, ó meterse como Suchet en Cataluña.

¿Y la frontera, entonces, de los Pirineos Occidentales y Bayona, puede decirse que desarmada hasta la llegada de Soult al ejército de España?

Grave y expuesto es juzgar las resoluciones de general como Lord Wellington, cuya primera condición militar era la prudencia, revelada en toda su gloriosísima carrera, especialmente en Europa desde Vimieiro hasta Waterlóo. Pero esa consumada virtud le llevó no pocas veces á desaprovechar ocasiones que le pusieron en no pequeños aprietos.

En eso tiene razón el comandante Señor Lapene.

Pero ya reformado el ejército francés á las órdenes de Soult, y puesta en estado de defensa la frontera, la plaza de Bayona particularmente hasta, bien guarnecida de tropas y abundante artillería, hacerla casi inexpugnable como lo probó poco después; necesitando Lord Wellington, en su concepto al menos, acabar cumplidamente la reconquista de San Sebastián y Pamplona, no creía deber tomar otra actitud que la de una defensiva, concretada á acabar felizmente la liberación completa del territorio español en aquella parte.

De ahí las operaciones sobre Sorauren y San Marcial, en que volvieron á ponerse de manifiesto sus cua-

lidades de siempre, produciendo idénticos resultados, el de vencer á su audaz enemigo encastillándose en sus posiciones, de cuya elección era consumado maestro, y el de dejarle recobrar sus fuerzas para la defensa de una frontera tan puesta en peligro dos meses antes.

CAPÍTULO III

CATALUÑA

Napoleón y sus ejércitos.—La guerra en Cataluña.—Levántase el sitio de Tarragona.—Acción de Amposta.—Voladura de Tarragona.—Acción del Ordal.—Decadencia de Napoleón.—Relevo de Castaños.—La peste.—Ciérranse las Cortes.—Conducta de Suchet.—Se trasladan á Madrid las Cortes.—Tratado Valençay.—Misión de San Carlos y Palafox.—Contestación de la Regencia.—Efecto causado en Madrid.—Agentes venidos de Francia.—Audinot.—Contra la Regencia.—Mala situación del Emperador.—La de Suchet en Cataluña.—Ataque frustrado de Molíns de Rey.—Rendición de algunas plazas.—D. Juan Van-Halen.—Van-Halen fracasa en Tortosa.—Entrega de Lérida.—La de Mequinenza.—La de Monzón.—Ordenes de Napoleón.—Habert y Rovert.—Denia.—Murviedro.—Peñíscola.—Fernando VII en libertad.—Pasa el Fluviá.—Frente á Barcelona.—En Reus.—En Zaragoza.—En Segorve.—En Valencia.—En Madrid.—Observación final.—Acción de San Gervasio, última en Cataluña.

Napoleón y sus ejércitos.

Pasmado, absorto de admiración aparecía el mundo ante el espectáculo de un cambio como el verificado de un año á aquella parte en la situación del Imperio napoleónico y en la suerte de su insigne fundador.

La al parecer inacabable jornada de Leipzig había producido un resultado muy superior al que pudiera suponerse por las pérdidas materiales que sufrió el ejército francés; y había producido también la opinión de que acababa para no restablecerse ya aquel inmenso prestigio que, más que las armas, lo habían hecho invencible los talentos de Napoleón. Volvíanse contra él y contra sus legiones, destrozadas pero no vencidas en las estepas rusas cubiertas de nieve que les habían

negado abrigo, alimento y reposo, los mismos que, fascinados por tan asombrosa fortuna y gloria, le acompañaban y obedecían como los auxiliares de Roma á César. Austriacos, Sajones, Bávaros, cuantos con entusiasmo hasta exagerado le habían seguido en su temeraria expedición al otro lado del Niemen, se unían ahora á los antes desdeñados ó enemigos que nunca quisieron ni atemperarse ni rendirse á la férrea voluntad y menos á los caprichos del tirano. Ahora se declaraban víctimas los que habían gozado de los beneficios de su vencedor y de los privilegios concedidos á sus príncipes y pueblos, y se revolvían contra él en las ocasiones más críticas, al verle en sus mayores apuros al frente de las poderosas muchedumbres que le iban sin cesar acosando desde las márgenes del Pleisse y del Elster á las del Rhin, hasta la Francia que le había legado la Revolución.

No contribuían poco sus errores desde un año atrás á situación tan miserable como la en que se encontraba á fines de aquella campaña de 1813. De no haber desairado al Austria por motivos que ya expusimos anteriormente; por, en su inmenso orgullo, no declararse vencido después de jornadas tan gloriosas como las de Lutzen y Boutzen; por no sufrir, sobre todo, condiciones en su concepto humillantes de quienes tantas y tan duras habían tenido que soportar de él, otra hubiera sido su suerte y otra también la de Francia. Y de ese error, mantenido todo el largo tiempo del armisticio de Pleiswitz en que, en vez de pensar en prepararse á una defensiva enérgica reconcentrando sus ejércitos, desparramados en tantos puntos que la experiencia demostró luego serle funestamente inútiles, pro-

curó, por el contrario, disponerse á castigar con dureza á quienes desinteresadamente quizás trabajaban por una paz honrosa para todos; de ese error, repetimos, vino á resultar la segunda campaña en que Napoleón perdió esos mismos ejércitos y el prestigio, todavía inmenso, de su genio y de su fortuna. Creía necesitar aún tal golpe de uno y otra que él solo bastara para devolverle todo lo perdido, y no encontró en el término de aquella jornada sino el espectáculo de un campo de batalla en que habían perecido la flor de sus tropas y días más tarde el de la frontera desarmada, puede decirse, de su Imperio, que no tardaría en ver invadido por sus ya irreconciliables enemigos.

Porque; como iguales causas suelen producir resultados por lo general semejantes ó, por lo menos, muy parecidos, la frontera del Rhin se hallaba en el estado de la pirenáica, según la tenemos descrita en el capítulo anterior.

Thiers ha explicado perfectamente la situación en que se halló Napoleón al repasar el Rhin en 1813. «En 1812, dice, por haber emprendido lo imposible, experimentó un revés ruidosísimo. En 1813, por no limitarse á reparar ese revés, sino por el contrario, querer borrarlo totalmente y con un solo golpe, se produjo uno también ruidoso y más irreparable, porque este último le arrebataba hasta la esperanza. Así, un primer revés, por haber pretendido sobrepujar el término de lo posible, y uno segundo por querer reparar totalmente el primero, fueron los escalones sucesivos por los que descendía al abismo. No le faltaba más que uno para llegar al fondo. ¿Se detendría Napoleón en aquella fatal pendiente?

Debía pasar, aun en estado tan lamentable, mucho tiempo para entre vaivenes de la fortuna, no pocas veces vencida por el extraordinario genio militar de Napoleón, conformarse, aunque ya infructuosamente, á rendirse al destino que le arrastraba á ese abismo abierto á sus desapoderadas ambiciones.

Y aquí se provoca la tan debatida cuestión de si en la época en que el ejército francés llegó á establecerse en el Rhin tras el desastre de Leipzig, debió Napoleón ó no llamar á aquella frontera las tropas destinadas á defender la de España, ya que las jornadas de Pamplona y de San Marcial habían demostrado ser imposible otra nueva invasión en nuestro país. Ni aun ahora, después de conocidos los resultados de la campaña en ambas fronteras, puede darse por terminada la discusión de tan transcendental asunto. El problema ha quedado hasta el día como entonces sin resolución satisfactoria. Había tantos y tales intereses políticos y militares por medio, que sólo allá en la mente del Emperador podrían pesar de un lado ú otro para que satisficieran á su ambición y á su porvenir al mismo tiempo que á los deberes que le imponía su posición para con la Francia

A la llamada de las tropas de sus ejércitos de España al Rhin, tenía que preceder un convenio que, si á Napoleón habría de repugnar por lo que significaba en su dificilísima situación, rechazarían, de seguro, Fernando VII, por una parte, y la Regencia, por otra, dominada ésta, cohibida, hasta despreciada por una asamblea, las Cortes, que disponían de su autoridad y hasta de su existencia y organización según sus caprichos, mejor que según la razón de Estado y los intereses mis-

mos de la causa llamada á defender. Podría inclinar la voluntad del Emperador á valerse en Alemania de la excelencia de las tropas que tenía en la raya de España donde, sobre todo las de Suchet, reunían condiciones de espíritu militar, de disciplina y de la confianza en su jefe, que la daban de que, á las órdenes de un genio como el de Napoleón, ofrecerían en el Rhin obstáculo solidísimo á la invasión que se esperaba de un momento para otro. No se descubrían cualidades tan superiores en el ejército de España, aun mandado por el duque de Dalmacia, por Reille y Clausel, tan en boga por aquellos días en Francia. Y era que su aspecto en general no ofrecía el de los soldados de Suchet: la impericia de José, su rey, el vencimiento de Arapiles y Vitoria, antes, y últimamente el de Sorauren y San Marcial, habían influído poderosamente en el espíritu de su tropa, entregada, por otro lado, á una administración muy distinta de la próvida del Duque de la Albufera. Pero, aun así, el ejército de España como el de Aragón y Valencia no habían sufrido aquella serie de miserias y reveses que representaban la retirada de Rusia y la colosal batalla de Leipzig, capaces por sí solas de crear en todos un espíritu fatal de desconfianza en su suerte futura. De todos modos, ambos ejércitos sumaban en sus filas una fuerza de 80.000 hombres que en manos de Napoleón, han dicho algunos, hubieran podido cambiar el aspecto de la guerra en la frontera de Alemania que, bien se veía, no osaban cruzar los coaligados en los momentos de su llegada á ella. (1)

(1). Dice Thiers: «No hay temeridad en decir que si los ochenta mil hombres, puestos actualmente en manos del mariscal Suchet y del mariscal Soult, se hubieran hallado entre

Pero, decimos nosotros al unísono de mayor autoridad y como acabamos de declarar, «¿abandonaría Napoleón todas sus aspiraciones al dominio de España ó, por lo menos, á la incorporación al Imperio del territorio de la izquierda del Ebro que tan poco tiempo antes había decretado?» Aun ofreciendo la páz á los españoles y devolviéndoles su Rey y hasta su independencia completa, ¿la aceptarían ellos desentendiéndose de aliados como los ingleses y portugueses que tantos sacrificios andaban haciendo para procurársela? No era fácil obtener esa conformidad ni menos el que el gobierno de la Gran Bretaña se aviniera á retirar de la Península el victorioso ejército de Lord Wellington para trasladarlo á las costas de Alemania, pues no iría á abandonar la coalición del Norte desistiendo de una lucha en que por tantos años había sido, además de su iniciador, su sostén más pertinaz y poderoso.

De todos modos, entraban, para conseguir esos últimos fines, la libertad de Fernando VII, el abandono en las Cortes de Cádiz del poder absoluto que puede decirse ejercían, y el desistimiento de la lucha por parte de Inglaterra, tantos elementos de oposición á la idea pacificadora respecto á la frontera pirenáica para sostener en la de Alemania con fortuna la contienda encarnizada en que aparecía vencido ya quien había provocado las anteriores, elementos que más que difícil imposible hubiera sido fundirlos en el crisol del olvido de todos los agravios y del pensamiento de la paz universal, más que para nadie favorable para el enemigo común, el incansable perturbador del mundo entero en

---

el Rhin y París, nunca se habría acercado la coalición á los muros de nuestra capital».

Europa. De haberse entablado siquiera el planteamiento de problema tan complicado y difícil, *Napoleón*, como dice Thiers, *aquel león tan fiero, no habría aparecido en esa ocasión sino como un zorro cogido en la trampa.*

No lo fué; y renunciando á valerse de las tropas que combatían en la frontera de España para la defensa del Rhin, se limitó á encargar, según diremos más adelante, á Laforest de la proposición á Fernando VII de las condiciones con que le pondría en libertad y haría la paz con España.

La guerra en Cataluña.

Dejando, pues, así á otros más interesados en ello el estudio y la explicación del problema, no poco arduo, de si hubiera convenido á Napoleón trasladar á Alemania las tropas que tenía en la frontera española, volvamos á nuestro país los ojos para recordar cuál era el estado de la guerra en Cataluña, la única región que todavía pisaban las legiones del Grande Emperador. Vimos á Suchet penetrar en ella con las de su mando, obligado del temor de hallarse solo en Aragón á las manos con nuestras tropas, á cuya vista habían huido á las fragosidades del Pirineo las no poco numerosas de los generales París y Clausel. Lo urgente, en su concepto, era, ya lo hemos dicho, rechazar los ataques de los catalanes que, reforzados con las divisiones del tercer ejército y las auxiliares anglo-sicilianas, acometerían la reconquista de las plazas sujetas todavía á la dominación francesa.

Suchet encontró el Principado en la situación definida en «Victorias y Conquistas», que dejamos copiada en el capítulo anterior. Entre los catalanes y las tropas de Copons continuaba el buen espíritu que nunca

había descaecido en ellos, sobreexcitado, desde la acción de La Bisbal del Panadés, con el ataque de Perelló. primero, en que un fuerte destacamento de cazadores de Palma, Barcelona y Mataró, á las órdenes del Sargento mayor del primero de esos regimientos, D. Pedro Calva, se apoderó del fuerte y su presidio, con la acción, después, de Bañolas, en que el Barón de Eroles rechazó el 23 de julio al general Lamarque con 3.500 infantes franceses que llevaba, 150 caballos y 5 piezas de artillería, con la expedición de Eroles al Ampurdán en que uno de sus subalternos, D. José Sagarra, causó á una columna francesa que intentaba el 22 de julio volver á Olot, de donde había salido, 30 prisioneros, siendo los demás, hasta 60, muertos ó inutilizados, y con las noticias, en fin, de hallarse ya bloqueadas por tropas del tercer ejército las fortalezas de Sagunto, Peñíscola, Morella y Tortosa.

Si Suchet encontró que Decaen y Lamarque permanecían en la defensiva, según recordamos antes, escasos de fuerza por negársela la situación en que se hallaban los demás ejércitos que combatían en Alemania, la misma actitud tendría él que observar á pesar de las numerosas y brillantes tropas con que había penetrado en Cataluña; porque, en pos de él irían pronto las aliadas de Lord Bentink, que acababa de relevar á Murray en su mando de las anglo-sicilianas, y las españolas regidas por el duque del Parque.

¿Qué mejor prueba de la adopción de esa actitud que la revista que inmediatamente pasó á las plazas de Tarragona y Lérida y que las instrucciones detalladas y terminantes que dejó á sus gobernadores, los generales Bertoletti y Lamarque (Isidore), en substitución éste

de Henriod, presa de un terrible ataque de gota? En la primera de aquellas plazas había dispuesto el transporte ó la destrucción de cuanto material no quería que cayese en poder del enemigo, y la construcción de minas para volar las fortificaciones, no destruídas todavía, el día en que hubieran de abandonarse. En la segunda, por el contrario, dispuso completar sus defensas, y guarnecer bien el fuerte de Mequinenza, á cuya conservación se brindó el general Bourgeois con 400 hombres, así como el de Monzón, cuya defensa confió al capitán Boutan, considerando ambos puntos como avanzadas de Lérida para los ataques que esperaría de aquella parte del Ebro y del Cinea. Para atender á todo eso y á la observación general de toda la región baja del Ebro y de las avenidas de Valencia; en que había dejado centinelas que pudiéramos llamar como Sagunto, Peñíscola y Tortosa, así como para ponerse á contacto de Decaen, que se mantenía en la izquierda del Llobregat, estableció Suchet su cuartel general en Villafranca, país abundante todavía de recursos para el abastecimiento de sus tropas, y de donde podría vigilar y defender toda aquella importantísima costa tan visitada por las naves de los aliados (1).

Levántase el sitio de Tarragona.

Tan previsor se manifestó Suchet, que á los pocos días pasaba Lord Bentink el Ebro y se presentaba una escuadra al frente de Tarragona, obligándole á, después de asegurarse del estado satisfactorio de defensa

(1) Ya hemos recordado varios desembarcos verificados en ella; poco antes, á mediados de mayo, lo habían hecho en Villanueva y Geltrú dos batallones completos de los regimientos del Príncipe y Pontevedra, y en aquella fecha se esperaban en el mismo punto hasta 4.000 hombres más, procedentes de Mahón.

de Barcelona, enviar á Arbós y á Vendrell la vanguardia de su ejército, del que fué también una parte á Villanueva de Sitges con objeto de disminuir la escasez que pudiera sobrevenir de víveres. El 29 de julio se acercaban, con efecto, á Tarragona Bentink y el del Parque, después de dejar establecido el bloqueo de Tortosa, y el general Copons cubría el terreno de la derecha francesa, tanto para interceptar las vituallas que pudieran dirigirse á Villafranca como para hostilizar los destacamentos que pudieran establecerse para hacerlas llegar. El marical francés comprendió también la necesidad en que se hallaría muy pronto de reconcentrar sus fuerzas, siempre en dirección de Barcelona y la frontera, operación á que debería preceder el abandono del bajo Ebro y de los puestos establecidos en las orillas de aquel río, aun siendo la mejor barrera contra las invasiones del Principado desde Aragón y Valencia. Amenazado también por mar, Suchet temería verse envuelto si se obstinaba en defender posiciones tan avanzadas alejándose de la capital en cuya conservación creía consistir la total de Cataluña y la de su comunicación con el Imperio.

Mas, para eso, habría de retirar las tropas que tenía destacadas en esos puestos, las que guarnecían la plaza de Tarragona, sobre todo, muy numerosas todavía pero que en el estado en que había quedado aquella plaza nunca podrían defenderla y cuya pérdida produciría un descrédito irreparable para todo el ejército y más aún para él, su tan acreditado general en jefe. Había sido atacado un batallón italiano que guardaba los molinos de San Sadurní donde sufrió muchísimas

bajas entre muertos, heridos y prisioneros (1); oíase el fuego también de los españoles que, apoderados de algunas posiciones en derredor de Tarragona, lo dirigían sobre aquella plaza; pero, á pesar de hallarse ya tan cerca sus tropas, necesitaba Suchet esperar el refuerzo que debía enviarle Decaen desde Barcelona. Hasta el 14 de agosto, sin embargo, siete días después del ataque á los italianos, no llegaron á Villafranca los generales Methieu y Lamarque (Maximilien) con unos 8.000 hombres; y todos, así, los de su ejército de Aragón y los de Decaen, pudieron romper la marcha sobre Tarragona. Tantos eran que, ganados Brafín y el collado de Santa Cristina, pues no se quería exponer fuerzas tan numerosas por el camino directo de junto al mar que podían cubrir las naves aliadas con su fuego; tantos eran, repetimos, que los nuestros creyeron deber levantar el bloqueo de la plaza, bien defendida, además, por Bertoletti, y retirarse aunque sin ser hostilizados ni perseguidos más allá del Hospitalet por temor,

(1) En aquella acción dió Manso una prueba más de sus instintos militares, ya que de ciencia y arte no podía ser por entonces.

Manso recibió gallardamente la carga á la bayoneta con que le atacaron los italianos, que descendieron de la altura en que los encontró campados para proteger los molinos de que se abastecía de harina el ejército francés; y, envolviéndolos con fuerzas que destacó sobre sus flancos, los hizo retroceder, á tiempo que, cruzando sus húsares el pueblo, completaron la derrota de los imperiales.

Las bajas que éstos sufrieron no son las 200 que consignó Suchet para disimular la importancia del revés de San Sadurní; que, según las relaciones españolas, consistieron en 200 muertos, recogidos en el campo de batalla, un jefe y 9 oficiales, entre ellos, más de 80 heridos y sobre 400 prisioneros con otro jefe y 7 oficiales. De todo aquel batallón, uno de los más brillantes de las tropas italianas, sólo lograron salvarse 30, ocultándose en los accidentes del terreno.

como antes, al fuego de la escuadra anglo-española (1). Sin embargo, lo que no hizo Suchet, quiso acometerlo el general Robert que mandaba en Tortosa, saliendo de la plaza con fuerzas considerables al encuentro de los españoles que se dirigían al Ebro para pasarlo por Ampósta, cuyas barcas había él inutilizado días antes. Y salió cuando, por otras dos barcas habilitadas y algunos botes, se había trasladado á la orilla derecha del Ebro una parte del tercer ejército, dejando todavía en la izquierda otra y mucho del material que había llevado al campo de Tarragona. Temióse, con eso, un gran desastre; porque, cruzado el Ebro en Mora por las dos primeras divisiones de aquel ejército con su general en jefe, quedaba la tercera aislada, dividida además y sin apoyo, por fin, en los momentos de un ataque por fuerzas tan superiores á las suyas. Tal situación exigía un gran arranque por parte del general en jefe español y no menores esfuerzos por la de las tropas así comprometidas; y el duque del Parque lo tuvo y sus soldados los hicieron cual circuntancias tan apremiantes y delicadas los exigían. El Duque encargó á su jefe de Estado Mayor interino, el coronel D. Fran-

(1) Escribe Suchet en sus Memorias: «Las tropas del general Decaen se acercaron por el lado de Valls y el Francolí. El enemigo había formado en batalla delante de Tarragona; pero sin el pensamiento de combatir en aquella posición, y por la noche operó su retirada en dirección de Reus y Cambrils. En 1811, el mariscal Suchet había esperado en el mismo terreno la aproximación del general Campoverde; obligado por la necesidad de defender los trabajos de un sitio próximo á su término, se decidía á hacer frente á la vez á una guarnición numerosa y á un ejército de socorro, por más peligrosa que fuera tal prueba. Lord Bentink en 1813 se creyó, y con razón, dispensado de correr igual riesgo; podía diferir la reconquista de Tarragona, cuyo estado real no ignoraba y se alejó en buen orden...»

cisco Ferraz, que con el regimiento de Granaderos del General se trasladase á la izquierda del Ebro y la defendiera hasta poner en salvo las tropas de la tercera división y el inmenso material de artillería y los bagajes que aún quedaban en ella. Y el resultado demostró sus aciertos con la elocuencia de uno de los más felices, siquier secundarios, de nuestros triunfos en aquella guerra (1). El Duque se estableció en una batería emplazada para dominar las avenidas de Tortosa y ofrecer á nuestros combatientes el refuerzo de otros dos batallones, el de Voluntarios de Aragón, que no tardó en pasar también el Ebro, y el de Molina, con que se quedó para, en caso necesario, defender el puesto.

Eran de 4 á 5.000 los franceses que iban á atacar las alturas de San Onofre, de donde los nuestros protegían el paso de toda la artillería del ejército y el de las divisiones mallorquina y de Roche; y el general Robert con la ambición de *coparlas*, según se dice vulgarmente, había extendido sus tropas hasta interceptar en su izquierda el camino de Perelló, único, aunque siempre muy peligroso, que, de ser vencidos, quedaba á los nuestros para retirarse. Pero ese, principalmente, fué el error que, hábilmente aprovechado por Ferraz con su inteligencia, y con su valor por nuestros compatriotas, los sacó de la crítica situación en que se hallaban.

Acción de Amposta.

(1) El mariscal Suchet no menciona, ignórase por qué, esa acción; pero consta perfectamente y con todos sus honrosísimos detalles. No hace mucho reconoció nuestro gobierno el mérito de quien mandó en ella nuestras tropas, otorgando el título de Marqués de Amposta á D. Rafael Ferraz y Canicia di Franchi, sucesor directo del bravo general.

Ferraz, en vez de limitar su acción á defender aquellas posiciones, como quizás hubiera hecho otro, tomó la resolución de atacar *vigorosa é inmediatamente el centro enemigo*.

Y añade en su parte el Duque: «El celo y oportunidad con que el general Wittingham prestó los auxilios que estaban á su disposición, me puso en el caso de poder verificar con prontitud mi plan. La columna de cazadores avanzada por nuestra izquierda, y reforzada con los del batallón de V. E., empezaron el ataque con la artillería; se arrojó al enemigo de la posición que nos había tomado; siguióse el ataque concentrando las tres armas en proporción que se ganaba terreno; y el empuje fué tan fuerte y simultáneo sobre el camino de Tortosa, que las fuerzas que el enemigo tenía por aquella parte, que era su centro, compuestas de granaderos y cazadores, que había reunido de sus dos batallones y de su caballería, fueron puestas en desorden tal, que si el terreno hubiera permitido á nuestra caballería obrar libremente, el enemigo hubiese quedado destruido en aquel punto. A vista de este golpe, su izquierda que seguía con ventajas se replegló, y su derecha hizo lo mismo, y no en orden, recelosa sin duda de no llegar á tiempo de tomar el camino, á lo que estuvo muy expuesta.»

Voladura de Tarragona

Con eso, el ejército entero aliado se puso en la margen derecha del Ebro, fuera del alcance de todas las tropas francesas reunidas para hacerle levantar el sitio de Tarragona. No es fácil calcular lo que hubiera sido de él si le hubieran seguido los enemigos del Hospitalet en adelante; pero Suchet pensó en el compromiso en que pudiera ponerle la conservación de Tarragona;

y de acuerdo con las instrucciones que había dejado á Bertoletti al pasar últimamente por aquella plaza, hizo volar las fortificaciones y retiró los 2.000 hombres que las guarnecían á sus anteriores puestos de Villafranca. (1)

Allí le cogieron las primeras cartas de Soult y del Duque de Feltre, á que hemos hecho alusión en el capítulo anterior, á las que nunca como entonces pudo victoriosamente contestar el duque de la Albufera, reducido pocos días después á buscar en la izquierda del Llobregat un refugio á pesar de las fuerzas que se le suponían y del talento que indudablemente atesoraba para gobernarlas. Porque tras de él volvieron á avanzar los aliados desde el Ebro; ocupando Sarsfield las ruinas de Tarragona, de entre las cuales desenterró cañones y aprestos militares para proseguir la campaña, mientras Bentink se establecía en Villafranca, apoyado en su izquierda por Copons desde Manresa, Martorell y San Sadurní, y quedando el Empecinado junto á Tortosa para apretar más y más su sitio. Aun con ese destacamento y la marcha de algunas fuerzas del tercer ejército Ebro arriba para incorporarse á las

(1) Blanch describe así la voladura de Tarragona: «Apenas anochecido, (el 18), empezó el enemigo á poner fuego en los repuestos de bombas y granadas cargadas, en las minas de las murallas y baluartes, del molino de la ciudad, de los arcos que sostenían la cañería de la fuente pública, y del castillo de Pilatos; en el repuesto de pólvora, en el del Patriarca y en el almacén de víveres que tenía mezclados con azufre en la iglesia de Santo Domingo, conservada intacta hasta entonces. Cada una de las minas estaba cargada con 15 barriles de pólvora. La explosión no pudo menos de ser horrorosamente grande. Veintitrés minas volaron á un tiempo, rompiendo por mil partes y levantando á extraordinaria altura baluartes y murallas. Cinco de sus arcos perdió la cañería de la fuente. Del antiguo y solidísimo edificio de Pilatos quedó derribada

de Wellington y en la marcha observar los fuertes de Mequinenza, Monzón y Lérida, el Mariscal Suchet, que reunía hasta unos 30.000 hombres, creyó no deber sostenerse en la costa de Tarragona al Llobregat, y pasó á situarse en la línea de ese río desde la que podría, en su concepto, conservar la comunicación con Lérida, la única ya que le quedaría para, en la apariencia al menos, justificar el nombre de su ejército. Escogió, pues, Molíns de Rey para base de sus futuras operaciones; y aunque amenazado en su derecha por Copons, reuniendo una masa considerable de las que Decaen tenía en Barcelona á las suyas, se dirigió la noche del 13 de septiembre con casi todas al Ordal, en cuyas alturas se encontraba la división Adam, avanzada, puede decirse, del ejército de Lord Bentink.

Acción del Ordal.

La división del coronel Adam se componía de varios destacamentos de calabreses, suizos, alemanes é ingleses en número de 1.200 hombres, con un escuadrón de caballería y una batería montada. Habíansele unido en el Ordal el día 12 tres batallones de los de Sarsfield, un escuadrón también español, y dos piezas, que, como sus aliados, se establecieron en las alturas

---

una mitad é inútil la otra. Multitud de las casas inmediatas al mismo vinieron abajo. Más terrible daño causó la explosión en el castillo del Patriarca, palacio antes del arzobispo, situado casi en el centro de la ciudad, junto á la catedral, capaz para alojar 2.000 hombres y de construcción á prueba del tiempo: quedó completamente destruído. Las casas de su inmediación fueron aplastadas del todo. Sólo dejó de prenderse fuego en la mina de la capilla del santo del día, San Magín. Un montón de ruinas era tan sólo Tarragona cuando la dejaron enteramente los franceses á las cinco de la mañana del 19 de agosto, después de dos años y cincuenta y un días de ocupación.»

Burgos y Tarragona, ¡qué dos ejemplos de los estragos de la guerra!

del puerto cubriéndose en las sinuosidades del camino con algunas obras de campaña que lo enfilaban. Por excelente que fuera aquella posición, aisladamente considerada, esa excelencia dependía de sus relaciones tácticas con las demás partes de la situación general que ocupaba el ejército aliado, de la fuerza de éste y del pensamiento que pudiera abrigar su general en jefe. Y desgraciadamente ninguna de esas condiciones cumplía, como veremos, con la misión que le estaba confiada desde su reunión á aquel ejército, si heterogéneo en sus organismos, débil á un extremo sólo explicable por su historia. Error, pues, y no insignificante, fué el de Bentink al dejarse arrebatar una parte de sus tropas destacando el tercer ejército Ebro arriba y al bloqueo de Tortosa, con lo que perdía la inmensa superioridad de sus fuerzas respecto á las de Suchet; error el no haber estudiado la topografía del terreno, las avenidas, particularmente, por donde el Ordal y su misma posición de Villafranca podían ser atacadas, flanqueadas y hasta envueltas; y error, por otra parte, el no haber depurado debidamente la certeza de las noticias que se le daban respecto á la fuerza del enemigo que tenía en frente y prestando fe á las menos probables (1). Tampoco parece que debiera haber depositado la confianza que puso en el coronel Adam al establecerle en una posición tan avanzada respecto á la suya, desde la que

(1) Napier recuerda á propósito la máxima de Napoleón: «que la guerra es un asunto de juicio, y que es más esencial el conocer la calidad que el número de los enemigos.» Aún se puede añadir la conducta adoptada por los aliados de Alemania, la de no atacar más que á los imperiales que no mandara personalmente Napoleón.

Noticias, sin duda, de la correspondencia que Suchet sostenía con Soult y Feltre, debieron hacer creer que el retroceso de

no podría prestarle su apoyo lo inmediatamente que exigían la actividad y lo hábil de su adversario Suchet.

Es fuerte la posición del Ordal si se la ataca directamente por la carretera, pero se la puede flanquear y aun envolver, en su izquierda, por el camino de San Sadurní, que también amenaza á Villafranca, camino que inversamente siguió en 1640 el marqués de los Vélez para envolver las tropas insurrectas de Martorell y Molíns, y en la derecha por las entonces malas sendas intermedias entre el Ordal y la costa. Adam había situado en un reducto de su derecha á los ingleses; en otra de las obras, ruinas de trabajos anteriores á aquella campaña, había establecido los alemanes y suizos con la artillería que enfilaba la carretera; los calabreses ocupaban el centro y los españoles la izquierda, dejando la caballería como en reserva de este último lado de la línea. En esa situación y á media noche del 12 (septiembre), sorprendió á nuestros aliados el ataque de los franceses que, á favor del conocimiento anterior de la posición y de la claridad que prestaba la luna, se lanzaron rápidamente sobre el atrincheramiento de los ingleses después de haber arrollado á sus desapercibidas avanzadas. El 27.° inglés, sin embargo, resistió gallardamente al 7.° francés y al 44.° que lo

---

aquél al Llobregat obedecía á la marcha de algunas de sus fuerzas á los Pirineos Occidentales, y Bentink dió mas fe á ese rumor que á las noticias que debiera adquirir directamente por buenos confidentes, alguno de los cuales, una mujer se las dió verídicas á que él no prestó crédito, y por reconocimientos que son los que dan mejor á conocer la fuerza y las posiciones del enemigo, hasta los proyectos que pueda abrigar. Es verdad que el día anterior hizo uno que sólo sirvió para engañar á Adam, que, así, no creyó ser atacado tan pronto, lo cual confirma la opinión de que Bentink no era general entendido ni experto.

flanqueaba por la derecha del reducto, llegando á rechazarlos por dos veces hasta que, herido Adam y retirándose los asaltados y los que habían corrido á auxiliarlos, quedó la posición entregada á la defensa de los calabreses y españoles, cuyo mando recayó en el coronel del regimiento de Aragón D. José de Torres. (1)

Los franceses continuaron avanzando con su jefe el general Mesclop, de la división Harispe, á la cabeza y espada en mano; pero, al acercarse á la posicion de los españoles y á pesar de haber rechazado á las compañías de Ultonia y Aragón enviadas á su encuentro, fueron de nuevo detenidos por más de media hora, tiempo en que se reforzó la línea española con Cádiz y dos compañías de calabreses que descendieron de otro reducto alto que ocupaban. Ante la resistencia que se les oponía, los imperiales dispusieron nuevas columnas, así para atacar todas nuestras posiciones, como para flanquearlas por dos lados de la línea. El mariscal Suchet reforzó á Mesclop con la reserva de su división, dejando en su lugar la brigada Delort, y dirigió, por la izquierda también de la carretera, la división entera Habert que, estableciendo en la caja del camino algunas de sus piezas, emprendió con su colega de la izquierda un ataque general y decisivo.

Las fuerzas eran muy desiguales; como que no pasaba de 3.000 el número de los aliados y ascendía á

(1) En los historiadores de aquella acción se dice generalmente que los regimientos españoles de infantería que defendieron el Ordal, todos de la división Sarsfield, eran, ese de Voluntarios de Aragón, el de Tiradores de Cádiz y varias compañías del de Granaderos. Con todo, en el parte del coronel Torres aparecen las compañías de cazadores y granaderos de Ultonia, á las órdenes del capitán D. Rafael Larruda, tomando parte muy activa en el combate.

8 ó 10.000 el de los franceses, además de los que Decaen llevaba por el camino de Martorell para desde allí tomar el de San Sadurní y Villafranca. No era, pues, dable esperar otro resultado que el obtenido en aquel combate, al que no se veía concurrir el ejército de Lord Bentink, tan sorprendido del ataque como sus mismas avanzadas del Ordal (1). Calabreses y españoles, éstos sobre todo, lograron mantener por más de una hora tan rudo combate rechazando varias veces á los asaltantes de sus posiciones, hasta que, abrumados por el número y perdidas sus esperanzas de socorro y flanqueadados por su ala derecha, tuvieron que retroceder divididos, dirigiéndose unos á Villafranca y los más hacia San Sadurní. Y nada revela mejor el comportamiento de nuestros compatriotas, que el parte de Bentink á Wellington, en que le escribe al día siguiente de la acción desde Tarragona: «El único consuelo que puedo ofrecer, es el valor (the bravery) de ingleses y españoles; de la solídez y valentía (gallantry) de los últimos, todo oficial británico de los presentes habla en términos de la mayor admiración.»

Las bajas de los ingleses consistieron en 28 muertos, 78 heridos y 38 contusos: las de los españoles fueron de 87 muertos, 239 heridos que se pudieron retirar del campo de batalla, y 132 que quedaron en él; cifras to-

(1) Y lo peor es que si Adam fué sorprendido, lo debió principalmente á las seguridades que le dió Bentink al volver del reconocimiento á que hemos hecho referencia. Le aseguró que no sería atacado tan pronto. Mina escribió á Lord Wellington que, en efecto, nuestros puestos habían sido sorprendidos, y el Lord á Bathurst que tenía la misma noticia por otros conductos.

das que demuestran la parte que cada fuerza de las aliadas tomó en el combate. (1)

Los franceses siguieron á los aliados, uniéndose en Villafranca á Decaen que, cruzados el Llobregat y el Noya á pesar de Eroles y Manso, pudo con Suchet continuar más allá el alcance de los nuestros para ver de arrebatarles el tren que llevaban. Que no lo consiguieron, lo demuestra el silencio de Suchet en sus memorias en las que, por otra parte, describe las cargas de su caballería para alcanzarlo de un modo, no sólo discutido sino hasta negado por Bentink y nuestros cronistas con todo género de datos y argumentos. Suchet dice que Delort con los húsares y coraceros alcanzó la retaguardia de Lord Bentink, la acuchilló y ametralló, flanqueándola, entretanto, Meyer con el 24.° de dragones y los caballos ligeros westphalianos. Añade que, encontrando á los húsares negros y al 20.° de dragones ingleses y después de haberse asestado algunos sablazos los jefes, y detenidos en presencia de un cuerpo de infantería enemiga con pérdida de algunos hombres, apareció á su lado el batallón del comandance Bugeaud, el después mariscal Duque de Isly, que restableció el combate facilitando la derrota de los húsares ingleses y produciendo la retirada de Bentink á Altafulla y Tarragona y la de los españoles, á Igualada. Pero está para con-

(1) Los ingleses, cuyo jefe ya hemos dicho que fué herido al principio de la acción, perdieron además cuatro piezas, dos de á 6 y otras dos de montaña.

Suchet dice que el 27.° inglés quedó casi destruído; los ingleses, á su vez, dicen que sufrió mucho el 7.° francés. Este regimiento había perdido cinco días antes en Pallejá casi todo su segundo batallón, sorprendido y asaltado la noche del 9 por Manso, que después se retiró tranquilamente á San Sadurní, donde aún causó más bajas á los franceses.

testar á Suchet el parte de Bentink á su Generalísimo, en que le dice: «Puse inmediatamente en retirada el ejército; los dragones y coraceros enemigos cerraron contra nosotros, pero fueron tan valientemente cargados, á pesar de la superioridad de su número, por nuestra caballería, que á mediodía dieron punto á la persecución.»

Viene á confirmar esta aserción de Bentink la siguiente noticia del cuartel general de nuestro ejército en la que el día 18 se decía: «Alucinado el enemigo con esta aparente ventaja (la del Ordal), formó el orgulloso proyecto de apoderarse del parque y equipajes que tenían los ingleses en Villafranca; y á este fin hizo avanzar sus coraceros, el regimiento número 24 de dragones y el 4 de húsares; pero los húsares de la muerte y demás caballería inglesa malograron su intento, atacando con tal viveza, orden y acierto, que hicieron un destrozo horrible en los coraceros, matando á su coronel y cogiendo más de 120 soldados prisioneros, entre los que se cuentan también 20 soldados de los otros cuerpos, el teniente coronel del número 24 y algunos oficiales. Así quedó castigada la temeraria osadía del enemigo.»

¿Se quieren más pelos y señales?

Lo cierto es que Suchet creyó no deber avanzar más; y, desentendiéndose de su pensamiento de obtener, como decía después, un resultado decisivo y con la pérdida, por él confesada, de 271 hombres y 83 caballos, volvió al Llobregat y á Barcelona con todas sus tropas y las de Decaen, cuyo mando general le confirió por aquellos días el Emperador.

Decadencia de Napoleón. Eclipsábase la estrella de Suchet como toda la

constelación, de que era uno de los más brillantes elementos, que las brumas boreales habían comenzado á anublar y acababan las australes por hundirla en el caos del tenebroso piélago de la nada.

Francia había llegado á otro de los períodos en que sus grandes hombres, llamados por la Providencia á elevarla á la supremacía para esparcir las luces de su cultura como las de su extraordinaria fuerza de expansibilidad, la dejaban en mayor estrechez que la en que la habían recibido. Como Luis XIV, el fastuoso Roi-Soleil que así imponía su política á las demás naciones, como la etiqueta y el lujo de su corte, Napoleón daba leyes á la Europa entera y su último sucesor aparecía hecho el árbitro de la paz ó la guerra en ella, para luego no dejar á su país más que el recuerdo de glorias por nadie superadas pero sin las grandezas que deberían ser su mejor y más espléndido complemento. ¡Destino de los pueblos, de los latinos con especialidad, para quienes la gloria que representan esos nombres como el de Carlomagno compensa sobradamente las desdichas de Roncesvalles, de Malplaquet, Waterlóo y Sedán!

Ahora los franceses del mayor y más glorioso imperio de los tiempos modernos se veían obligados á huir del árido y triste suelo que habían venido á regenerar, según ellos, y sacarlo de la miseria y la abyección en que, como político y militar, lo consideraban sumido.

Y ese pueblo, el español, los vencía con sola su perseverancia en la lucha contra él injustamente emprendida; y ese pueblo caminaba á regenerarse por sí sólo con leyes que le proporcionaran, siquier perezosa-

mente, la libertad política y la independencia que su gallardo espíritu y la memoria de sus antiguas grandezas le pudieran hacer ambicionar.

Situación de España.

Había, con efecto, llegado para España el momento en que, libre ya de la presencia de un enemigo que pretendía imponerle su odioso yugo, podía dedicar sus últimos esfuerzos á reconstituir su nacionalidad, mantenida con las armas, y los organismos que la habían generado con leyes que, restableciendo el orden y mejorando la administración, la sacasen de la postración política á que la ignorancia de arriba y de abajo la tenían reducida. Misión era esa de las Cortes; pero tan divididas aparecían en todo cuanto pudiera referirse á objetos de tamaño interés para la patria, que se haría obra hercúlea la de aunar voluntades tan dispersas. Hasta en un asunto en que naturalmente habría de revelarse todos los días en las Cortes, en los *clubs*, en las plazas y calles, como en el interior de las viviendas, el de la vuelta de todos los organismos políticos y sociales á Madrid, se ponía de manifiesto el espíritu de discordia que no ha desaparecido ni amortiguádose nunca en nuestras gentes. Las del interior pedían el regreso inmediato del gobierno á Madrid, cuyo municipio elevó á las Cortes una exposición, tenida como justa por unos y calificada, por otros, de egoista é imprudente. Decíase que los madrileños temían la traslación de la capitalidad; ya que los tiempos en que se fundó Madrid con tal carácter, no eran los que exigían, como en el siglo XVI, cálculos de posición y de distancias que pudieron servir para un establecimiento de administración y de acción, según los tenidos en cuenta por Felipe II para ocurrir á las mil atenciones

del gobierno en su tiempo. Pero la Regencia como el Consejo de Estado, á cuyo informe enviaron las Cortes la instancia del Ayuntamiento de Madrid, opinaron por la traslación; fundándose en no poderse confiar todavía en que, al retirarse los ejércitos franceses á su frontera, renunciaran á su vuelta para siempre. Un triunfo de Napoleón, de aquellos decisivos nada de extrañar en su potente genio, podría obligar á las Cortes á un nuevo retroceso, en su asiento. Y como el consejo no dejababa de ser prudente y acertado cuando se trataba de un paso que podría llegar á comprometer la suerte y, de todos modos, la dignidad de la representación nacional, las Cortes, en su sesión del 9 de agosto de 1813, acordaron que no se fijase por entonces el día de la traslación, y que, al verificarla, fuese tan sólo para Madrid.

Pero había otra cuestión, y ésa importantísima y transcendental, esencialmente conexa con esa, la de que estaban para expirar, podríamos decir, las Cortes extraordinarias, llamadas las ordinarias para el 1.º de octubre, y los apasionados por la mudanza, pedían su reunión en Madrid, no en Cádiz. Esa cuestión, tan impresionista, mereció en las Cortes un empate, convertido al día siguiente en mayoría de cuatro votos para la permanencia de todos los organismos de la política española en Cádiz. Mediaron, en eso, pasiones no diferentes de las que durante dos años habían perturbado la marcha regular de una asamblea en que se esperaba se fundiesen, dentro del crisol del patriotismo, los intereses todos de los españoles para robustecer la unidad nacional y asegurar la independencia ya ganadas á fuerza de los más sublimes sacrificios.

Tan lo esperaban y aun creían haberlo conseguido espíritus de quienes nadie temía pudieran equivocarse, que un Argüelles, haciéndose fiel intérprete de cuanto pensaban los más conspícuos diputados de aquellas Cortes, escribía: «La nación había adquirido nuevo ser y nueva vida. La alegría, la más pura fraternidad y estrecha unión, reinaba entre todos los españoles, sin que la diferencia de las opiniones que se agitaron durante el período recorrido hasta aquí, hubiese alterado la cordialidad con que se sostuvo tan ilustre causa. La controversia política sobre la reforma constitucional, no sólo era justa, no sólo era legítima, sino igual para todos. La libertad de hablar y de escribir, proporcionando el natural y noble desahogo de los ánimos, no permitía que se acumulase la cólera, que se concentrase la saña en el corazón de los oprimidos, como en la época anterior á la insurrección. Los que ahora defendían el partido de los antiguos opresores no sólo se valieron como sus adversarios de la imprenta y el debate, sino que usaron de ambos sin la menor represión de límite. Así fué, que el gobierno constitucional, por no hablar de los dos años que precedieron á su instalación, no menos ilustres por la moderación y dulzura con que se administró el reino, subsistió desde 19 de marzo de 1812 hasta 10 de mayo de 1814, sin espionaje ni policía, sin leyes de excepción, sin providencias extraordinarias ni secretas, sin otro apoyo ni defensa más que el amor y respeto que inspiró á los españoles. Su trastorno á la venida del rey, procedió de causas enteramente distintas de las que señalan los parciales y agentes del opresor. Una rara combinación de circunstancias favorecía aquel atentado, el cual sólo

prueba la ingratitud y la perfidia de los que le cometieron. Pero esto corresponde á otra época, y á otro lugar.»

Pero ¿á quién, decimos nosotros, creía dirigirse en cuanto á eso el divino Argüelles?

Porque en la época, en el lugar á que se refiere en ese escrito de su interesante *Examen Histórico de la Reforma constitucional de España,* no sólo en el resto del país, sino que en Cádiz, en el seno mismo de las Cortes, más que la fraternidad y la unión estrecha que dice aquel patriarca del liberalismo reinaba entre todos nuestros compatriotas, dominaban con saña y sin rebozo alguno la división en el ejército, el descontento en los pueblos, y la discordia más perturbadora en el Ministerio, en la Regencia y el Congreso. Y vamos á demostrarlo principiando por estos últimos organismos, directores de la gobernación española, que el Sr. Argüelles quiere pintarnos unidos para, como se ha dicho en un mal sainete, *hacer la felicidad del país.*

Acababan las Cortes de abolir la Inquisición y surgió inmediatamente la cuestion de la lectura del decreto correspondiente en las iglesias de España y América. Resístenla los obispos en general y á su cabeza el Nuncio que, aun en el alejamiento de Roma y destierro de Su Santidad, continúa en Cádiz representándole y aconsejando se difiera la lectura del acuerdo de las Cortes y del Manifiesto del Gobierno para su ejecución. Y eso, por un lado, y varias exposiciones que, en sentido opuesto, tratan de presentar algunos diputados contrarios, llegan á crear una situación muy distinta de la que acabamos de señalar en el escrito del Sr. Argüelles, estado religioso y político que se eleva hasta

hacerse peligrosísimo al ser desterrado el Nuncio, que se refugia en Portugal, pero muy cerca, en Tavira, mientras el Obispo de Orense llega también á penetrar en ese mismo reino por el lado de su diócesis (1). No hay para qué decir cuál no sería la exacerbación de los ánimos en Cádiz, y ¿para qué ocultarlo?, en toda España, provocada por una lucha en que combatían tales entidades con armas de tanto alcance en las encontradas opiniones que gobernaban la conciencia del pueblo español. Y como la abolición del Santo Tribunal y el decreto de su publicación en las iglesias, fueron también á turbar el ejercicio ya moribundo de las Cortes extraordinarias, algún otro asunto, también religioso, provocado en Ultramar, otros de cáracter diplomático, y uno que empeñó al Gobierno en una polémica con el Generalísimo británico que pudo producir las más graves consecuencias.

Relevo de Castaños.

Nos referimos al relevo del General Castaños en el mando del ejército español, cuando más importantes podían ser sus servicios por marchar unido á las demás tropas aliadas sobre Burgos y Vitoria, y cuando de acuerdo en todo con Lord Wellington, era de los pocos que pudieran evitar los rozamientos que habrían de producirse con el mando en jefe de nuestras tropas tan repugnado por varios de los generales españoles. Esa fué acaso la causa de su exoneración; porque, aún

(1) Seis Obispos refugiados en Mallorca habían dado una instrucción pastoral, y llamados á España procuraron publicarla también en Cádiz. Aún llegó á tirarse algún pliego que al caer en poder de la Regencia encargó ésta al juez de primera instancia recogiese todos los ya impresos, mandato ineficaz pues que, además de la imprenta Patriotica, tiraba ejemplares otra, la de Requena, y hasta se ofrecían cuantos se quisieran procedentes de una reimpresión hecha en Málaga.

siendo de origen británico el entonces ministro de la guerra en España general D. Juan Odonojú, como irlandés y católico, no era apasionado ni mucho menos de Wellington, aunque irlandés también, y creería, hiriendo en su decoro á Castaños, lastimar el de aquel que le distinguía con su amistad, tan íntima y sincera como va á verse y apreciarse ahora mismo.

El decreto en que se separaba á Castaños del mando del 4.° ejército, estaba redactado con toda la habilidad posible al ocultar la perfidia que entrañaba, llamándosele al Consejo «para ilustrar, decíase en él, á sus compañeros con sus vastos conocimientos, especial mente cuando se tratasen asuntos militares, por el corto número que había de sujetos de la profesión». La distancia á que se encontraba Castaños del cuartel general hizo que, aun llevando el decreto la fecha del 16 de julio, no pudiera contestarlo hasta el 9 de agosto, al presentársele en Tolosa su sucesor el general Don Manuel Freire. Debió Castaños vacilar sobre el carácter de su respuesta al Ministro, porque existe una carta en que Wellington le aconseja, en primer lugar, la obediencia y, después, que no se vaya sin antes hablar con él. Esa carta es de 5 de agosto; y al darle el consejo que acabamos de consignar, emite luz para poder calcular que debían ser personales y no militares los motivos en que se fundaba la destitución de Castaños. «Os aconsejo, sin embargo, que obedezcáis las órdenes del gobierno y poneros en marcha en cuanto yo tenga el gusto de veros. Por el pronto, estad persuadido de una verdad, la de que mientras el gobierno y las Cortes se mantengan en Cádiz, el partido liberal será el que domine en esa asamblea. Tiene al populacho de

Cádiz de su lado; los otros lo saben bien, y aun cuando tienen razón, tienen tanto miedo que no se atreven ni aun á hablar y mucho menos á moverse. Esa es la verdad y así nada hay que esperar por su parte» (1). Aleccionado con eso el general Castaños, y desagraviado en parte con las honrosísimas manifestaciones de Lord Wellington, contestó á la Regencia, aunque entre sarcásticos pero bien disimulados conceptos, según su carácter bien conocido, pero con formas respetuosas: «Tengo la satisfacción de haber entregado en la frontera de Francia el mando que en marzo de 1811 recibí en Aldea Gallega á la vista de Lisboa.»

No marchó, sin embargo, directamente á tomar asiento en el Consejo, sino que, en primer lugar, se fué á Bilbao donde tenía que arreglar asuntos de la pequeña herencia de su madre, y luego se trasladó á Madrid en la persuación de que no tardarían en establecerse allí el Gobierno y las nuevas Cortes. Pero entretanto y mientras en la capital de Vizcaya, en el camino de Madrid y en el vecino pueblo de Pozuelo de Aravaca, á que se acogió en la quinta de un su amigo, se le prodigó todo género de manifestaciones de la popularidad de que gozaba, cruzábanse del cuartel gene-

(1) También había escrito el 19 de julio á Girón que le pidió permiso para ir á un establecimiento de baños, diciéndole que tenía razón al quererse substraer á un castigo, que tal era su traslación al ejército de Cataluña en mando subalterno; pero que haría mal en dejar su puesto hasta que le revelara el que habría de substituirle. Y á la vez le daba esta lección: «Hay mucha diferencia entre el resentimiento por un castigo no merecido y el resentimiento por no haber recibido las recompensas debidas á sus servicios. Todos convendrían en la justicia de lo uno, nadie en la de lo otro, y no os conviene poneros en ese caso.»

Recordará el lector que ya le había negado el ascenso el mismo Lord Wellington.

ral de Wellington á Cádiz quejas, por un lado, y satisfacciones, por otro, que hicieron temer una ruptura que Dios sabe las consecuencias que hubiera podido traer para la suerte de España. El Lord, que no podía impedir la destitución de un general de sus ejércitos por el gobierno español, tenía por los decretos y despachos expedidos al tiempo de su nombramiento de General en jefe de todos los aliados, un derecho incuestionable á que no se nombrase sin su anuencia jefe alguno para servir en las tropas de su mando. En ese sentido y revelando el enojo que le había causado la exoneración de Castaños, escribió el 6 de agosto á su hermano el Embajador una carta en que además aparece mezclado en el asunto el gobierno inglés, aunque sin los datos necesarios para poderse tomar una resolución que el Lord manifiesta temer conociendo el carácter suspicaz de los españoles y mucho más cuando ya ocupaban Freyre y Lacy los puestos de que se había separado á los generales Castaños y Girón. Al iniciarse esa cuestión con un despacho de nuestro ministro de la Guerra en que, con fecha de 15 de junio, anunciaba á Lord Wellington el propósito que abrigara la Regencia de relevar á Castaños, fundándose en que no se hallaba á la cabeza del ejército de su mando, el Generalísimo se había dirigido á él en 2 de julio siguiente manifestándole la inconveniencia de tal medida. Como á Ministro responsable, según la Constitución recientemente publicada, hacíale ver la falta que se cometería de los compromisos contraídos con él al conferirle el mando en jefe de los ejércitos españoles, y la injusticia, á la vez, respecto al general Castaños, así por su rango y carácter como por no haber llevado

á ejecución acto alguno en que no estuviera de acuerdo con las órdenes ó instrucciones que él le hubiera comunicado. Era ese despacho una acabada justificación de la conducta de Castaños, así en sus gestiones militares como en las administrativas que había hecho como Capitán General, que era, de Extremadura, Castilla y Galicia. Y entre observaciones, todas fundadas, y protestas, que se creía obligado á hacerle, decía Lord Wellington al general O'Donojú: «También sabéis mi disposición y mi deseo de servir á la nación española en cuanto esté en mi poder. Hay límites, sin embargo, para la tolerancia y sumisión á la injuria; y confieso que siento haber sido tratado inmerecidamente en esas transacciones por el gobierno español, hasta como caballero. No es costumbre en mí ni me siento inclinado á sacar á plaza mis servicios á España; pero debo decir que jamás he abusado de los poderes que me han otorgado el gobierno y las Cortes aun en el más frívolo asunto, ni haber hecho uso de ellos más que en servicio público. Para la verdad de este aserto apelo á V. E. mismo; y creo que admitirá que las circunstancias que hicieron necesaria la formación de esos compromisos, hacen también necesario el reformarlos si se desea que yo continúe con el mando del ejército».

Se conoce que no hizo efecto esa representación; y el 16, según tenemos dicho, fueron destituídos Castaños y Girón. El tiro, como se ve, no iba ya sólo dirigido á aquellos generales sino que también y quizás principalmente á Wellington. Este, pues, al día siguiente de haber escrito á su hermano; esto es, el 7 de agosto, lo hizo nuevamente al ministro de la Guerra;

y después de darle una lección sobre derecho constitucional por querer aquél eximirse en parte de las responsabilidades ministeriales, volvió á sus argumentos de la inconveniencia y la injusticia de haber exonerado á Castaños de su mando del 4.º ejército. «Lo que yo lamento, le decía, es que cuando la Regencia cree conveniente remover al Capitán General Castaños y al General Girón de sus puestos, ha elegido al General Freyre y al General Lacy para ocuparlos en oposición al compromiso contraído conmigo con la carta del Ministro de la Guerra en enero de 1813; que ha señalado al General Girón y al General — para servir en el ejército de Cataluña, en oposición también de ese mismo compromiso; que éste aparece existir como para ser roto, y que la Regencia quiere negar ahora lo que creía comprendido en ese compromiso contraído por sus predecesores cuando autorizaron al último Ministro de la Guerra, Don J. de Carvajal, para escribirme el 18 de marzo de 1813».

Y concluía así: «Deseo sinceramente servir á la nación española, á la que debo mucho favor y bondad, en cuanto pueda estar en mi poder, y continuaré sirviéndola á la cabeza del ejército británico y portugués aliado, cualquiera que sea la decisión de la Regencia en lo que ahora se ofrece ante ella. Me interesaré, por varias razones, en la que no es necesario entrar, aun si me veo obligado á dejar el mando del ejército español que las Cortes y la última Regencia me confiaron, á consecuencia de lo decidido por la existente; aun siendo así, puedo asegurarlo á V. E., he de hacerlo en el período y en la forma que pueda ser conveniente y agradable á la Regencia, y lo haré con la mayor

cordialidad y ayudando lo más que yo pueda cualquiera que sea el Oficial que se nombre para sucederme».

Por todo eso puede calcularse el tono que llegarían á alcanzar las representaciones con tal calor hechas en una cuestión que, repetimos, entrañó caracteres que pusieron en peligro de nulidad el acuerdo celebrado con Lord Wellington y hasta la alianza con Inglaterra.

Porque no tan sólo la opinión pública en Cádiz y la prensa que decía representarla, sino que las Cortes mismas hubieron de tomar parte en tan ruda y arriesgada polémica, celebrándose sesiones, secretas por supuesto, en que pudo comprenderse que había llegado á hacerse, aunque embozadamente, política. Serviles y liberales se pusieron de frente, aquéllos en favor de Vellington, y éstos en el de la Regencia contra la que, decían, iban dirigidos los tiros del Generalísimo, interesado por Castaños, y de su hermano que conspiraba con el partido contrario, autorizado para ello por el gobierno de su nación. Y todo era comunicación de noticias, confabulaciones de diputados, ministros y Regentes, en que por todas partes aparecía la intervención del señor Villanueva conversando con su colega Vega Infanzón, el más prudente de todos, del Ministro O'donojú y los Regentes Agar y Ciscar. Llegó á hacerse tan candente la cuestión y tan expuesta á producir un estallido escandaloso que, sin las victorias obtenidas en aquel tiempo, habríase quizás determinado un cambio sumamente transcendental en la política española, alarmada, de otra parte, la opinión con la noticia de haberse hecho en Alemania el armisticio entre los emperadores Alejandro y Napoleón.

La peste. Mas no era sólo eso lo que vendría á desmentir los

optimismos del Sr. Argüelles en las lucubraciones de su emigración. Después de las discusiones, verdaderamente útiles, en que se trató de regularizar los sistemas, algunos absurdos hoy, de la Hacienda pública, introduciendo reformas, así para fomentar la agricultura, antes no atendida y luego echada en olvido durante la guerra, como para imponer en los tributos procedimientos nuevos que contribuyesen á su aumento y mejor y más igual distribución; después de presentarse, ya en septiembre, el presupuesto variando la forma de los antiguos impuestos para dar una preferencia, de harto dudosa utilidad, al de la contribución directa y exclusiva, cuando faltaba su esencial base, un catastro tan detallado como exacto; después de, en ese mismo presupuesto, haberse procurado el dificilísimo pero indispensable equilibrio en los dos que que lo constituyen, el de ingresos y el de gastos, con no gran previsión ni suficiente estudio, fué á turbar tareas tan interesantes y el ánimo de sus laborantes el temor de una calamidad que, si andaba de mucho tiempo atrás amenazando á Cádiz de tan numerosa y egregia población entonces, se presentó por fin con caracteres de violencia extrordinaria. (1)

Ciérranse las Cortes.

La presencia de tal azote como la fiebre amarilla

(1) Tratando un historiador de aquel presupuesto, dice: «Ascendía el total de gastos á 950.000000 de reales, consumiendo sólamente el ejército 560.000000 y 80.000000 la marina. Calculábase aproximadamente el total de la fuerza armada en 150.000 infantes y 12.000 caballos; y se contaba para cubrir los gastos con los rentas de eduanas, las eclesiásticas y las que á ellas solían andar unidas, cuyo producto se presumía fuese 463.956293 reales, debiendo llenarse el desfalco con la contribución directa que se substituía ahora á las antiguas suprimidas. Alegres pero someros cómputos que nunca llegaron á realizarse.»

produjo en Cádiz, y sobre todo en los forasteros, un pánico, si comprensible aún ahora, harto más cuando, además de hallarse ya libre de la dominación extranjera casi todo España, estaban para terminar las sesiones y la existencia de las Cortes extraordinarias, hacía más de dos años antes convocadas. Si todavía se encontraban sin discutir algunos asuntos iniciados en ellas y que exigían resolución, como el del reconocimiento de la deuda nacional, por ejemplo, que se acordó con distinciones é irregularidades en su pago no justificadas, el de la quema de los vales reales que aún quedaban en la junta del crédito público, el del proceso formado en averiguación del verdadero y hasta entonces oculto autor de la voladura del castillo de Lérida, imputado á Lacy, y el de los nombramientos de ese mismo general y de Freyre, para los mandos que se hacía dejar á Girón y Castaños; si aún quedaba, repetimos, algún asunto por resolver, el más importante, acaso, de todos era el de las reclamaciones del Nuncio, acusado de dirigir la que se tenía por conspiración contra la Regencia promoviendo la negativa del Clero á publicar el decreto sobre la Inquisición (1). Celebráronse sesiones hasta de noche para que se pudiera cerrar las Cortes lo antes posible, antes de que la epidemia hiciera en Cádiz los estragos con que amenazaba, y á fin de terminar todo acabadamente, las

(1) La expulsión del Nuncio fué, con efecto, suceso que, como era natural, preocupó mucho á las Cortes, al Gobierno y al público todo. Desterrado de Cádiz, se le ofreció un barco que no quiso aceptar, trasladándose á Tavira en otro fletado por su cuenta ó la de sus partidarios. Ya en Portugal, como el Obispo de Orense, que por la parte de Galicia se había también establecido en aquel reino aunque dentro de su diócesis, expidió las órdenes que tenía preparadas al clero español.

Cortes nombraron el 8 de septiembre la Diputación permanente que el código constitucional exigía para cubrir el intermedio de unas á otras, de las extraordinarias, que habían concluído su misión, y las ordinarias que iban á empezarla inmediatamente después.

Y el 14, día señalado para la clausura de las Cortes extraordinarias, al volver del *Te-Deum* cantado en la Catedral, leyó uno de los secretarios el decreto, y el Presidente, que lo era en tan solemne ocasión el Diputado por Zacatecas D. José Miguel Gordoa, pronunció después de un elocuente discurso en elogio y honor de aquel Congreso, la fórmula oficial de su disolución. «Las Córtes generales y extraordinarias de la nacion española, dijo con voz firme, instaladas en la isla de Leon el 24 de Septiembre de 1810, cierran sus sesiones hoy 14 de Septiembre de 1813.» (1)

No se contó, sin embargo, con que los partes de los médicos revelaban la existencia en Cádiz de casos muy sospechosos de fiebre amarilla y aun casos de muerte en algunas casas particulares. La alarma se extendió por toda la ciudad á punto de que la Regencia creyó deber dirigir al Consejo de Estado una consulta, haciéndole ver los inconvenientes que podría ofrecer su permanencia allí, así como de no salir también las Cortes, esto es, la diputación permanente y

---

(1) «Fué día de júbilo, escribía el Sr. Villanueva, para el pueblo y para los diputados. A la salida aguardaba una gran música de los voluntarios de esta ciudad (Cádiz), la cual acompañó al señor Presidente á su casa.»... «Esta noche se dió una música muy solemne á varios señores diputados en sus casas: á los Sres. García Herreros, Calatrava, obispo de Mallorca, Sombiela, Valle, yo, y otros muchos.»

Era el Sr. Villanueva hombre que nunca dejaba su personalidad en la sombra.

los Diputados de las Ordinarias que debían reunirse pocos días después. El Consejo informó la conveniencia de la salida inmediata, y la Regencia la acordó para el día siguiente, 17; aumentando el pánico á tal punto, que se temió un levantamiento general de los habitantes para resistirla. Y he aquí cómo el Sr. Villanueva, cuya modestia nunca fué ejemplar, dice cuanto intervino para empecer la sublevación de los gaditanos y conseguir la nueva reunión de las Cortes. disueltas tres días antes.

«Uno de ellos, dice el célebre canónigo, añadió que iba á haber un levantamiento en Cádiz esta noche si no se juntaban las Córtes extraordinarias, añadiendo que si éstas acordaban la salida, todos se conformarían con su resolucion. Pidiéronme todos que dispusiese las cosas de suerte que se congregasen al momento las Córtes, y me ví tan estrechado, y ví tan cierto y próximo el peligro que me anunciaban, que les dí palabra de que se celebrarían Córtes esta misma noche, y que yo respondía de ello, obligándome á practicar cuantas diligencias condujesen á este fin, y que por lo mismo se tranquilizasen y procurasen sosegar los ánimos inquietos. Comenzó á reunirse allí mucha gente. Yo procuré persuadirles que se separasen, y me desprendí de ellos asegurándoles nuevamente en lo que les tenía ofrecido. Yéndome desde allí al cuarto del Sr. Agar con D. Francisco Serra, encontramos con el Sr. Presidente de las Cortes extraordinarias Gordoa, y le obligué á que viniese conmigo. Al Sr. Agar le hice ver lo prevenido en la Constitucion sobre el modo de celebrar Córtes extraordinarias en los casos urgentes; concurrió el Sr. Císcar, y también los Secretarios Alvarez Guerra

y Cano Manuel, y todos se convencieron de la necesidad de convocar al momento las Córtes. Mientras se ponía el oficio para el Presidente de la Diputacion, fuí yo al Salon de Córtes, hallé á su derredor mucha gente reunida; fuíles diciendo que iban á celebrarse Córtes, con lo que se sosegó el clamor. Volví por el oficio que traje yo mismo á la Diputacion, que estaba reunida en el salon, y sucedió lo demás que consta en los *Diarios*.»

Celebráronse, efectivamente, cuatro sesiones, las del 16 por la noche y las de los días 17, 18 y 20 de aquel mes de septiembre, las cuales se invirtieron en explicaciones exigidas al Gobierno sobre el llamamiento de las Cortes, en la designación de comisiones que ilustraran sus causas, las consultas á que respondieron los facultativos sobre la epidemia, que no llegó á declararse contagiosa, y en la resolución definitiva tomada el último de aquellos días de que mediante á la proximidad de la instalación de las Cortes ordinarias, se deje recomendado á las mismas el examen, instrucción y determinación de este expediente (el de la responsabilidad que pudiera caber en lo de la salida de Cádiz al Cónsul de Gibraltar, á la Junta suprema de Sanidad, al Consejo de Estado y á la Comisión de la Diputación permanente).

Al recordar más adelante la instalación de las Cortes Ordinarias de 1813, haremos ver la herencia que les dejaron las Extraordinarias cuyo término acabamos de describir. Tenemos ahora que trasladarnos de nuevo á Cataluña, único territorio español que se hallara todavía en gran parte ocupado por tropas francesas.

Establecido Suchet en la izquierda del Llobregat, Conducta

de Suchet. descargado por el pronto de los compromisos en que le había querido Soult poner llevándole inmediatamente á las márgenes del Bidasoa, pensó, más que en tomar la ofensiva con todas las fuerzas reunidas de Aragón y Cataluña puestas á sus órdenes, en mantener las plazas que aun se hallaban en su poder y en cubrir la frontera de donde podrían llegarle los recursos en armas y subsistencias que le fueran necesarios. No le había dado fuerza material la reunión oficial de la de Decaen, puesto que en realidad hacía tiempo que podía disponer de toda: lo que exigían aquella nueva amalgama y el aumento numérico de tropas era una administración de los recursos del país y su más justo y útil empleo.

En cuanto á la fuerza, podía contar con unos 32.000 hombres de todas armas, organizados en cuatro divisiones en el ejército de Aragón con una de caballería, y en dos de infantería y otra de caballería en el de Cataluña. (1)

Eran, sin embargo, muchas las atenciones militares

---

(1) Estado y composición de los ejércitos de Aragón y de Cataluña en noviembre de 1813.

Ejército de Aragón.

Divisiones. Primera, General Musnier; de brigada, General Millet.

Segunda, General Harispe; de brigada, General Mesclop.

Tercera, General Habert; de brigada, General Gudín.

División italiana, General Severoli; de brigada, General Bertoletti.

Caballería, Generales de brigada, Delort, Meyer.

Regimientos, 23. Batallones ó escuadrones, 45. Hombres, 18.497. Caballos, 2.411.

Ejército de Cataluña.

Divisiones. Primera, General Maurice Mathieu; de brigada, General Ordonneau.

á que tenían que ocurrir aquellas tropas, aun reunidas en una región que hasta entonces había ocupado menos de la mitad de ellas. Y aunque, según hemos visto en todo nuestro escrito, generales como Gouvion-Saint-Cyr, Augereau y Macdonal no habían conseguido dominar la mayor parte del Principado, sólo alguna y eso con el auxilio del ejército de Aragón, ahora parece que Suchet habría podido hacer algo más teniendo á sus inmediatas órdenes ambos ejércitos y en su favor el gran prestigio alcanzado en sus anteriores campañas.

Con todo, quiso empezar la nueva que se proponía, procurando, como en Valencia, explotar el país con la misma habilidad y fortuna de antes. Habíase llevado de Valencia más de tres millones y medio de francos, á pesar de haber abastecido, según dijimos, las plazas que había ido dejando á su espalda; y todavía logró recoger algunas sumas en Cataluña, aun no pudiendo recorrerla ni menos administrar sus departamentos, cual era necesario, aquellos famosos consejeros enviados por Napoleón, metidos y llenos de miedo entre las bayonetas de sus compatriotas los franceses. Así es que hubo Suchet de someter su criterio y su acción al de sus predecesores en el mando, reduciéndose á guar-

---

Segunda, General Lamarque; de brigada, Generales Petit, Beurmann.

Caballería...

Regimientos, 12. Batallones ó escuadrones, 27. Hombres presentes, 14.091. Caballos, 876.

Total de ambos ejércitos.	Hombres.	Caballos.
Ejército de Aragón.... .	18.497	2.411
Ejército de Cataluña .. .	14.091	876
Total general......	32.588	3.287

dar los puntos fortificados y asegurar más y más la conservación de Barcelona que tanto recomendaba el Emperador. Las órdenes de Napoleón estaban de acuerdo con los consejos que le había dado anteriormente el general Lamarque, tan experimentado en la guerra de Cataluña; sistema que Suchet tuvo, y declara en sus Memorias, como no menos prudente que vigoroso. (1)

¿Podría seguirlo en la situación creada en Alemania al Emperador y al marcial Soult en la frontera del Bidasoa?

No era fácil; porque al poco tiempo de haberse concentrado el ejército de Suchet en la izquierda del Llobregat atendiendo, sin embargo, á la comunicación

(1) He aquí el extracto del despacho dirigido por Lamarque al ministro de la guerra de Napoleón en 21 de noviembre de 1812.

«No es corriendo el país, y si sólo ocupándole, como nosotros llegaremos por fin á someterlo. Imitemos á los Moros, que se encontraron como nosotros en medio de una población enemiga, en continua oposición con ellos, y que salieron al fin con su propósito edificando esas innumerables torres y castillejos, que situados en los puntos más altos, á la entrada y salida de todos los pasos y desfiladeros servían á la vez de señales y de defensa. Pero en vez de fortificar algunos puntos aislados ó lugares desiertos, asegurémonos, por el contrario, de aquellas ciudades ó pueblos de que el enemigo saca sus principales recursos; ocupemos de preferencia los puertos de mar, por los que comunica con los ingleses que le proveen de armas y municiones. Cuando hubiéremos construído algunos pequeños fortines, capaces de contener de 200 á 300 hombres de guarnición, en *Palamós, San Feliu, Canet, Arenys de Mar y Mataró,* haremos después otro tanto en *Bañolas*, en *Olot* y en *Vich*. Entonces podremos ya declarar las montañas en estado de bloqueo, y los insurgentes, faltos de víveres, y no teniendo medio alguno con que poder renovar sus municiones y sus armas, se verán obligados á dispersarse y disolverse. Ensancharemos al mismo tiempo los senderos, repararemos los caminos, á fin de que la caballería y la artillería puedan marchar hacia cualquier punto convenido sin obstáculo alguno, y en pocos meses habremos terminado con el azadón una guerra, con respecto á la cual los fusiles no producen un resultado mayor.»

con Lérida, Mequinenza y Monzón, pero principalmente al mantenimiento de Barcelona, en ese tiempo, repetimos, el general Paris, establecido en Jaca, era trasladado con toda su fuerza al ejército de España, que mandaba Soult, y la división Severoli recibía la orden de continuar su marcha á Italia, adonde, llevamos dicho también, fué destinada con Palombini cuando acababa de apoderarse de Castro-Urdiales. Y no fué sólo esto; que por los mismos días llegaron las órdenes para desarmar á las tropas alemanas en que tan honrosamente habían figurado regimientos como el de Nassau, Wurtzburg y la caballería Wesphaliana, llevadas á Cataluña cuando Gerona exigía la presencia al pie de sus muros de cuantas fuerzas, propias y auxiliares, componían al principio de la guerra el ejército napoleónico. Por si no bastase tal merma en el que mandaba Suchet, no llegaron á él 8.000 quintos que el Emperador le había destinado para compensarla; perdiéndose, además, los oficiales y clases de tropa de que el Mariscal se desprendió para organizarlos é instruirlos en sus depósitos de Perpignan á Nimes, esto es, en la zona fronteriza de los Pirineos Orientales. (1)

Así es que, á fines de diciembre de 1813 le quedaban al mariscal Suchet en Cataluña unos 23.000 hombres, para conservar tantas plazas y comunicaciones como ocupaba ó habría de vigilar, y resistir el empuje

(1) Además, pues, de las divisiones Paris y Severoli, quedaron de menos á Suchet 2.400 alemanes y unos 1.000 gendarmes de que también le hizo desprenderse Napoleón y que tenía destinados á la guarnición de varios puntos fortificados para vigilar los pasos del Ebro desde la orilla izquierda. El total de hombres sacados de las tropas de Suchet sumaban 9.583.

de la insurreccion catalana, cada día más pujante y los ataques que eran de prever por parte del 2.° ejército español y del anglo-siciliano rechazado en el Ordal. Ocupado se hallaba, por consiguiente, en completar las fortificaciones de Barcelona, de la ciudadela, sobre todo, y Montjuich, ya proporcionando en la plaza fuegos de flanco, de que carecía en algunos frentes, ya levantando en el castillo obras con que impedir la construcción de las de aproche al enemigo y establecer comunicaciones con Barcelona, más seguras que la existente de ordinario, ya, por fin, poniendo empalizadas que cubriesen en todos los recintos cuantos puntos las exigiesen para su completa seguridad, cuando fué á cambiar la faz de aquella campaña y modificar radicalmente la futura, ya próxima, de 1814, un suceso, si no inesperado del todo, probable, en el estado de la varia, pero en difinitiva desgraciada, de las orillas del Rhin y de Francia (1). Ese acontecimiento, de que nos ocuparemos luego, fué la presencia en el campo de Suchet del Duque de San Carlos, Mayordomo Mayor de Fernando VII en Valençay y su representante en París, con el anuncio del reciente pacto celebrado para la libertad del soberano y la paz con España.

Se trasladan á Madrid las Cortes.

Tenía que ser base de toda negociación entre el emperador Napoleón y D. Fernando, la aquiescencia de las Cortes españolas, representadas en su personali-

(1) Además de 68 piezas de artillería puestas en batería en Montjuich, 80 en la ciudadela, y 130 en el cuerpo de la plaza de Barcelona, se depositaron en aquel castillo 756, de las cuales más de 100, de á 24 y 150 morteros, con un tren de campaña de 40 piezas y lo necesario para otro de sitio de 30; municiones, por supuesto, y víveres para resistir diez meses del más rigoroso sitio.

dad por la Regencia que era la cabeza del Gobierno de la nación para con ella y para con las potencias aliadas comprometidas en lucha tan empeñada y larga. Por más que ni Napoleón ni Fernando hubiesen reconocido la legitimidad de las Cortes, ni hubiera tampoco el segundo autorizado la acción de la Regencia, necesitaba éste un instrumento para entenderse con el país llamado á regir. Y como la Regencia no podía serlo sin el Congreso que la había elegido y podría anularla el día en que se le antojase, según había sucedido hasta entonces, es evidente que con ellas, con las Cortes, se haría preciso entenderse ó chocar al disponer de los destinos de España, fuera para mantenerlos existentes, fuera para variarlos.

Disueltas las Cortes Extraordinarias, según llevamos dicho en este mismo capítulo, comenzaron á funcionar las llamadas Ordinarias el 26 de septiembre; instalándose, como aquéllas, en Cádiz, á pesar de las vivas discusiones provocadas por los diputados que solicitaban su traslación á Madrid. Su herencia no era en verdad rica ni envidiable. Si la legitimidad de las extraordinarias se ha hecho incuestionable, no fueron así apreciados los frutos de su acción en el ejercicio de su autoridad con el gobierno, en la elección de sus instrumentos y menos en la de los medios para conducir la guerra al término por todos deseado. En su tiempo se habían hecho leyes transcendentales é indudablemente beneficiosas; se había dado al país una Constitución y, en ella, camino á reformas que, de establecerse con prudencia, acabarían por una organización política y administrativa cual exigían la cultura y los derechos

propios de hombres no sujetos ya á la servidumbre ni aun al vasallaje anterior.

Con aquel código habían salido á luz y puéstose en práctica, aunque por corto tiempo, disposiciones dirigidas á la abolición de corruptelas que la piedad de nuestros mayores, costumbres añejas é intereses de clases, habíanles dado carácter de ley. Se habían obtenido triunfos tan decisivos para la causa patria como esplendorosos para la gloria de las armas aliadas; y si en ocasiones ejercieron su omnímodo poder con más ó menos arbitrariedad, no siempre con la justicia debida y conveniente, más fué por falta de experiencia en sus novísimas funciones que con intención malévola y antipatriótica. Pero desventuradamente crearon aquellas Cortes el gérmen de todas nuestras desgracias posteriores, provocando en su seno tal discordia política que, transcendiendo á todas las clases de la nación, produciría la serie, que aun parece no terminada, de luchas encarnizadísimas que han asolado el país é impiden una reconstitución tal como la exigen la cultura universal y la memoria de nuestras antiguas glorias y grandezas. Aquella división en partidos de liberales y serviles, de amigos ó no de las reformas propuestas ó implantadas por las Cortes extraordinarias, llevó á nuestros compatriotas á defenderlas ó rechazarlas en el terreno de la fuerza, cubriendo el país de sangre y dando por fruto los odios y las venganzas de hoy mismo, ya con motivos infundados, bien con pretextos inaceptables, pero tenidos unos y otros por serios y gratos entre las gentes interesadas y las multitudes ignorantes. Y esa división, intencionadamente explotada, cundió, según acabamos de decir, entre todas las clases, con lo

que, enflaquecida la autoridad suprema, no pudo reprimir en España y en sus ejércitos disgustos como el hecho manifiesto por el general Ballesteros, transcendental para la disciplina de las tropas, ni evitar el producido por la exoneración de Castaños, ni la insurrección tampoco, aunque disimulada en un principio, de varias de nuestras provincias de América, causa al poco tiempo del desmembramiento del poderío colonial español y más tarde de su total pérdida. (1)

Aunque, atendiendo á lo ya instituido, parece que las Cortes ordinarias deberían recibir nueva composición, la ausencia de los americanos elegidos y la de los que, temerosos de la epidemia reinante en Cádiz, esperaban su traslación á Madrid, dió margen á que asistiesen á las primeras sesiones muchos de los diputados de las Extraordinarias con carácter de suplentes; con lo que, si no quedaron sin representación las provincias, continuó dominando en el seno de la nueva asamblea el mismo espíritu político que en la anterior, y, como dice uno de sus historiadores, «mantuviéronse en equilibrio los partidos y casi en el mismo estado en

(1) Toreno habla así de aquellas Cortes: «Adolecieron á veces sus diputados, comenzando por los más ilustres, de ideas teóricas, como ha acontecido en igual caso en los demás países; no bastando sólo para gobernar lectura y saber abstracto, sino requiriéndose también roce del mundo y experiencia larga de la vida; que de todo ha menester estadista ó repúblico, llamado antes bien á ejecutar lo que sea hacedero, que á entender en el retiro de su estudio planes inaplicables ó estériles. Pero las faltas en que incurrieron los individuos de las extraordinarias, escasos de práctica, resarciéronlas con otros aciertos y con su buen celo y noble desinterés; dando justo realce á su nombre la lealtad é imperturbable constancia que mostraron en las adversidades de la patria y en los mayores peligros.»

Hay que tener en cuenta que Toreno influyó mucho en aquellas Cortes.

que se encontraban al cerrarse las extraordinarias, yendo desapareciendo poco á poco el de los americanos, pues muertos sus principales jefes tuvieron que ceder los otros en sus pretensiones y unirse á los europeos liberales, amenazados como ellos en su suerte futura si llegase á triunfar del todo el bando contrario.»

Nò tardaría en demostrárselo la famosa representación de los Persas.

Constituidas, según dijimos, las Cortes el 26 de septiembre, instaláronse todavía en Cádiz el 1.º de octubre, aunque el 13 hubieron de trasladarse al convento de Carmelitas de la Isla de León, en vista de que en la plaza aumentaba la fiebre amarilla, cuyos efectos no se hacían sentir con tanta intensidad en San Fernando y sus inmediaciones. Abrieron sus sesiones el 14 con la presentación del presupuesto que, como conocido ya, dió poco que hacer, de algunos otros asuntos también rentísticos, y con el renacimiento, que también quedó sin ventilarse, de la magna cuestión del mando concedido á Lord Welligton sobre los ejércitos españoles. Los triunfos, según dijimos, de las tropas aliadas en el Norte de la Península y la exoneración luego de Odonojú, quitaron su antigua importancia á esa cuestión que la Regencia sometió ahora á las Cortes sin que se fijaran, ni el Lord tampoco sino incidentalmente en ella. Así y cediendo la epidemia en sus estragos, se pudo pensar en la traslación de las Cortes á Madrid; citándose el 29 de noviembre los diputados, con la Regencia y el gobierno todo, para el 15 de enero del año siguiente de 1814.

Largos tenían que ser los preparativos y lenta la marcha de tantos y tan caracterizados personajes, cuyo

asiento en Cádiz, de tantos años hacía, y esos ocupados en funciones tan importantes del Estado ó en negocios que tales intereses debían entrañar, exigía, para ser levantado, tiempo y gastos considerables. Según el Itinerario del viaje, publicado en la Gaceta del 18 de diciembre, la Regencia debía salir de San Fernando al día siguiente, 19, y llegar á Madrid el 7 de enero, descansando un día, respectivamente, en Utrera, Ecija y Manzanares. Así se hizo respecto á la salida de la Isla; y, caso raro en todas partes y especialmente en España, tan dilatado trayecto, las inclemencias de la estación y las fiestas con que en varios pueblos del tránsito fué obsequiada la Regencia, no lograron interrumpir una marcha que parecía ofrecer peripecias y obstáculos no fáciles de prever (1). Instalada la Regencia en el Real Palacio y á su inmediación puestos los elementos y organismos todos del Gobierno que comenzó inmediatamente á funcionar, no tardaron tampoco en establecerse las Cortes que el día 15 de aquel mismo mes de enero reanudaron sus sesiones, recibieron el 16 á la Regencia y el 17 á la guarnición; nombrando en seguida su presidente, que lo fué D. Jerónimo Díez, diputado por Salamanca, el vicepresidente y uno de sus secretarios.

Tratado de Valneçay.

De la prudencia de sus disposiciones dependerían muy pronto su suerte y la paz interior de España, ya que se estaba arrancando á las armas francesas la inde-

(1) En Bailén se la ofreció el espectáculo de un simulacro de la célebre batalla del 19 de julio de 1808; en Aranjuez la recibió la Diputación provincial con el General Villacampa que acababa de ser nombrado Gobernador de Madrid: y en esta capital entró por arcos triunfales y teniendo á la vista monumentos levantados á la memoria del *Dos de Mayo* para recordar el movimiento con que se inauguró la guerra.

pendencia nacional, á cuyo logro no había contribuido poco el Congreso precedente. La más importante tarea, la única, pudiera decirse del nuevo, cuya primera legislatura duraría muy poco para comenzar la segunda nueve días después, el 1.º de marzo, fué la dedicada al transcendentalísimo asunto de la libertad de Fernando VII con el tratado concluido en Valençay el 8 de diciembre anterior, si firmado por plenipotenciario provisto con la autorización de aquel nuestro soberano legítimo, rechazado por las Cortes y la Regencia que se hacían obedecer y legislaban en Madrid.

Desde que D. Fernando, su hermano Carlos y su tío, el también Infante D. Antonio, habían sido despojados de su alta servidumbre y, así como por milagro, se vieron libres de la falacia de Napoleón, puesta en ejercicio por Savary, Fouché y sus agentes en el asunto que largamente recordamos de Kolli, los Príncipes estrechamente vigilados y aun vendidos en sus intimidades, habían seguido en Valençay la vida monótona de antes, entregándose á sus prácticas religiosas, á las más honestas distracciones á la vista siempre de sus carceleros, y á sus conferencias familiares para comunicarse las noticias que secretamente lograban tener de los sucesos de España, muy distintas de las que se les hacía leer en los periódicos oficiales franceses, los solos cuya instroducción era consentida en el *chateau* famoso de Talleyrand (1). Esas noticias, y bastábales para calcular el estado de la guerra con saber las posiciones de los ejércitos aliados, producirían en el ánimo de los

(1) Ha habido quien supusiera que era su mismo confesor, francés y todo, el que les comunicaba las noticias que se les enviaban de España.

Príncipes cautivos no escasa satisfacción; pero era necesario disimularla por lo menos; y maestro en eso D. Fernando y sumisos hermano y tío á su voluntad, esmerábanse cada día más, según los en que pensaban que correrían más peligro, en manifestar mayor humildad para con su secuestrador y una abnegación que á muchos ha parecido, más que humilde, vergonzosa. Y debía parecerlo en efecto, porque los hombres que habían llevado al Rey á Bayona y le acompañaron en el destierro, así como no convencidos de sus errores, volvieron á cometer en sus consejos de Valençay otros no menos fatales para la nación como para su soberano.

Pero en la época á que hemos llegado en la narración presente, al reconocer el Emperador la impotencia de sus armas ante el desproporcionado número de los enemigos que de todos lados le acosaban con la saña de los hasta entonces vencidos por tantos años, buscó en las de su astucia ingénita y en las de su experiencia diplomática el modo de, introduciendo entre ellos la desunión, desarmarlos para de nuevo destruir los esfuerzos que andaban desplegando desde sus victorias del invierno anterior. Y para comenzar su maquiavélica trama, pensó que ningún hilo mejor que el que le podía proporcionar el ansia de los españoles por obtener la libertad de su soberano, que él mantenía encerrado como rehén y garantía de un trono cimentado en la perfidia y que, concedido á uno de sus hermanos, creía prenda también segura de que no saldría de la Península el rayo que confundiera sus ambiciosas pretensiones de dominio universal. Y llamando en su auxilio á los mismos que por miedo ó por tor-

peza le habían proporcionado el secuestro de toda la real familia, de que ahora quería hacer su más poderoso instrumento, se atrajo unos á París, se hizo llevar otros á Valençay y comisionó á sus más hábiles agentes para, engañadas sus víctimas, valerse de éllas empeñándolas y comprometiéndolas en su nueva maquinación. San Carlos se hallaba confinado en Lons-le-Saulnier; Escoiquiz, en Bourges; Macanaz, en París. sometido á la vigilancia de la policía dirigida por el de Róvigo; y se puso en libertad á Palafox y á Zayas, encerrados con tantos otros españoles ilustres en Vincennes. Antes que ellos, fué enviado á Valençay pero con nombre supuesto, el de M. Dubois, el antiguo embajador francés en Madrid M. de Laforest, quien, conocido de Fernando VII, parecía la persona más á propósito para entablar con él las negociaciones proyectadas por el Emperador.

Este se había hecho la ilusión de que, ofreciendo á su prisionero de Valençay la libertad y, con ella, la vuelta á España, la recuperación del trono y el ejercicio de la soberanía sobre los que tanto le deseaban y tan ahincadamente se habían sacrificado por poseerle, lograría desprenderse de compromiso tan grave como el de la guerra peninsular, quitar á los ingleses el apoyo de posición tan excelente como la de nuestro territorio, inmediato á su Imperio, y poder así disponer de los 80.000 soldados de Soult y Suchet que, trasportados al Rhin, le darían la victoria sobre la coalición del Norte ó, por lo menos, impedirían la invasión en Francia y su llegada á París. No contaba Napoleón y, si lo pensó, no se detuvo bastante á calcular todos sus efectos, con la resistencia que opondrían á sus planes

los españoles, las Cortes, principalmente, y la Regencia cuyo mando, verdadera realeza en aquellas circunstancias, cesaría en condiciones, más que comprometedoras, evidentemente peligrosas, ante un soberano cuyas facultades habían sido mermadas hasta la humillación en el código constitucional promulgado aún no hacía dos años. No contaba tampoco con que existía además un tratado solemnísimo, como celebrado entre el fragor de las armas y la necesidad perentoria de una alianza poderosa y sólida, por el que España y la Gran Bretaña se habían comprometido á no entablar negociaciones de paz con nadie sino juntas, mancomunadamente y en interés de ambas.

Pero, aun contando con todo eso, que mal podía ocultarse á penetración tan viva y tan profunda como la del Emperador de los franceses, ¿qué partido adoptar para obtener el resultado eficaz y urgente ya á que aspiraba?

Napoleón optó por el de poner inmediatamente á Don Fernando en libertad, aunque obligándole con un compromiso traducido en convenio formal que llenase sus deseos y disimulara su derrota.

M. Dubois; esto es, Laforest, se abrió paso hasta la habitación de D. Fernando el 17 de noviembre de 1813; entregándole, por vía de introducción y reconocimiento, una carta de Napoleón en que, á vuelta de especiosos pretextos, le aseguraba de sus sentimientos de amor, bien disimulados, por cierto, en Bayona. Decíale: «Primo mío: Las circunstancias actuales en que se hallan mi imperio y mi política, me hacen desear poner término de una vez á los asuntos de España. Inglaterra fomenta en ella la anarquía y el jacobi-

nismo, procurando aniquilar la monarquía y destruir la nobleza para establecer una república. No puedo menos de sentir en sumo grado la destrucción de nación tan vecina á mis estados y con la que tengo tantos intereses marítimos y comunes.»

«Deseo, pues, quitar todo pretexto á la influencia inglesa y restablecer los vínculos de amistad y de buenos vecinos que ha tanto tiempo han existido entre las dos naciones.»

«Envío á V. A. R. al conde de Laforest con nombre fingido, y puede V. A. dar asenso á cuanto le diga. Deseo que V. A. esté persuadido de los sentimientos de amor y estimación que le profeso. No teniendo otro fin esta carta, ruego á Dios guarde á V. A., primo mío, muchos años. Saint-Cloud, 12 de noviembre de 1813.—Vuestro primo.—Napoleón.» (1)

A la lectura de esa carta siguió un largo discurso de Laforest en que comunicó al Rey y á los Infantes que lo escucharon, las proposiciones que el Emperador le había mandado presentarles. Consistían esas, con la vuelta de Fernando VII á España, en la evacuación recíproca de sus respectivos territorios, la restitución de sus prisioneros y la retirada de nuestro suelo por parte de los ejércitos ingleses. Una de las condiciones que para eso se exigían á D. Fernando, era la de que se continuase pagando á Carlos IV la pensión que se le había señalado y que el rey José le satisfacía, bien irregularmente por cierto. Otra era la de conceder una

(1) Esta carta no se halla en la correspondencia de Napoleón. Se conoce que la negociación se fraguó en Saint-Cloud, entre el Emperador y Laforest, con la reserva de costumbre en tales casos.

amnistía completa á los afrancesados; y la tercera, la de que, restituído al trono, conservaría D. Fernando todo el territorio que había heredado, así el del continente europeo como el de las colonias que poseía España, sin ceder ninguna de ellas á los ingleses. «Aun quedaba, dice Thiers, una última cláusula más difícil de enunciar que las demás, pero que Fernando VII, por verse libre, era capaz de acoger, y era la de casarse con la hija de José Bonaparte»; mas debió dejarse su declaración para cuando llegaran la hora y la ocasión de hacerla sin correr el peligro de que se rompiese, por ella, el curso de las negociaciones que se iban á entablar.

No era D. Fernando hombre á quien fuera fácil engañar; y Napoleón, según tenemos expuesto, que en un principio le calificó de *nulo* (trés-bête) le suponía pocos días después *taimado* (sournois). Laforest debía conocerle mejor y manejó el asunto en que nos estamos ocupando con la habilidad y, al fin, con el éxito que la demuestra (1). El Rey no consideró como sinceras y

(1) Al tratar de él, Thiers pinta á nuestro tan calumniado soberano con estos colores. «El infortunio y cautiverio habían singularmente desarrollado en aquel príncipe las disposiciones naturales de su carácter, la desconfianza y el disimulo. Cuanto tenía de inteligencia (y no le faltaba), la empleaba en mirar en su derredor, en investigar si se trataba de hacerle daño, en callar y no hacer, de miedo de dar motivo á la malavolencia á que creía estar sometido de tantos años antes. Disimular y aun engañar, le parecían defensas legítimas contra la opresión á que se le sujetaba, y la política que le había conducido de Madrid á Valençay le daba seguramente derecho á ello. La desconfiaza había llegado á tal punto en él que estaba en guardia ante sus servidores más leales, ante los mismos que se hallaban detenidos en Francia por su causa, y siempre parecía dispuesto á mirarlos como cómplices secretos de Napoleón. Por lo demás, no era desgraciado. Confesarse, vivir bien, pasear, no correr peligro alguno, formaban para él un

menos como leales las manifestaciones de Napoleón en su carta ni las de Laforest en su discurso; y conforme á su carácter y al estado de su ánimo en la dificilísima situación en que se veía, creyó que se trataba de engañarle. Las leyó, pues, y escuchó, y tras largo y significativo silencio, contestó al fin al nuevamente improvisado embajador que un asunto tan grave y que le había sorprendido, exigía muy detenida meditación, puesto que incomunicado, cual estaba, con todo el mundo, nada sabía de cuanto en él pasaba, privándole eso de poder formar juicio sobre lo que se le proponía. Hallábase bajo la protección del Emperador, y no mal; por lo que no pedía abandonar su retiro, y no cesaba de agradecer á su protector la conducta, los excelentes procedimientos que para con él usaba. Pedía, pues, tiempo para reflexionar y para, consultándolo con su hermano y su tío, poder contestar según lo que creyera deber resolver. (1)

De todos modos é insistiendo Laforest en la urgen-

---

especie de bienestar á que se había habituado. Su alma, desprovista de ímpetus, se plegaba, así, bajo el peso de la opresión; pero al plegarse, se reconcentraba profundamente en ella misma, y cuando se le quería hacer salir se resistía obstinadamente, como un animal tímido á la vez que fiero, á quien las más tiernas caricias no logran sacar de su retiro. Su hermano D. Carlos era más *vivo*, sin ser más franco; su tío era casi *estúpido*.»

(1) Aquí nos encontramos con versiones que si no difieren esencialmente, sí en la forma y en algunos de los accidentes que constituyen la negociación llevada á cabo por Laforest hasta obtener de D. Fernando el tratado de Valençay. El conde de Toreno sigue la versión dada por Escoiquiz en su *Idea Sencilla etc.*; Thiers se refiere á los documentos que registró en los centros oficiales franceses; pero, repetimos, mucho más sintético, éste no se aparta mucho de lo que expone nuestro famoso canónigo, si bien hay que advertir que Escoiquiz no estaba con D. Fernando al entablarse la conferencia á que nos estamos refiriendo.

cia de dar al Emperador una contestación, el Rey, después de agradecerle aquella iniciativa, le decía entre otras cosas: «A estas proposiciones, Señor, respondo lo mismo que á las que me ha hecho de palabra de parte de V. M. I. y R. el señor conde de Laforest; que yo estoy siempre bajo la protección de V. M. I., y que siempre le profeso el mismo amor y respeto de lo que tiene tantas pruebas V. M. I.; pero no puedo hacer ni tratar nada sin el consentimiento de la nación española, y por consiguiente de la junta. V. M. I. me ha traído á Valençay, y si quiere colocarme de nuevo en el trono de España, puede V. M. hacerlo, pues tiene medios que yo no tengo para tratar con la junta; ó si V. M. I. quiere absolutamente tratar conmigo, y no teniendo yo aquí en Francia ninguno de mi confianza, necesito que vengan aquí, con anuencia de V. M., diputados de la junta para enterarme de los negocios de España, ver los medios de hacerla verdaderamente feliz y para que sea válido en España todo lo que yo trate con V. M. I. y R.»

«Siento mucho, señor, hablar de este modo á V. M.; pero mi conciencia me obliga á ello. Tanto interés tengo por los ingleses como por los franceses; pero sin embargo debo preferir á todo los intereses y felicidad de mi nación. Espero que V. M. I. y R. no verá en esto mismo más que una nueva prueba de mi ingenua sinceridad y del amor y cariño que tengo á V. M. Si prometiese yo algo á V. M. y que después estuviese obligado á hacer todo lo contrario, ¿qué pensaría V. M. de mí? Diría que era un inconstante y se burlaría de mí, y además me deshonraría para con toda la Europa.»

Si esta carta de D. Fernando es exacta en todas

sus partes, no es dable negar que la destreza y astucia de Napoleón, tan encomiadas siempre, fueron vencidas en aquel caso por la prudencia, por el talento, podemos decir, de quien él tenía en concepto tan mediano y hasta la opinión pública en España ha tenido tan en menos por la parte de sus enemigos políticos y de los que, influídos por nuestras desgracias en su reinado, han creido deberse hacer eco de los ofendidos ó de los pesimistas de su tiempo. La contestación de Don Fernando, tal como acabamos de trasladarla á estas páginas, es tan hábil que debió desconcertar á Napoleón y á Laforest, que comprenderían las dificultades verdaderamente insuperables que iban á ofrecérseles en la ejecución de su plan. Y ya que el segundo, á pesar de sus razonamientos y facundia, sólo había logrado captarse las simpatías de D. Fernando y de los Infantes, así como convencerles de la sinceridad de las proposiciones imperiales de que era portador, todavía Napoleón echó mano de otro instrumento en su concepto completamente eficaz. Llamó al duque de San Carlos y después de acogerle con las muestras más expresivas de su benevolencia, consiguió, además de persuadirle de la sinceridad de sus intenciones, que fuese á Valençay á reforzar la acción de Laforest en el ánimo de nuestro soberano. San Carlos halló, como luego todos los antiguos servidores de D. Fernando, una acogida sumamente fría, considerándoles, según hemos manifestado, como cómplices de los manejos de Napoleón; pero no tardó tampoco en recobrar, si no toda, mucha parte de la confianza que antes inspiraba á su amo pero también casi discípulo y partícipe de sus desgracias en el Escorial, Madrid y Bayona.

Ya con eso las conferencias con Laforest se hicieron más frecuentes, más formales y, si cabe decirlo, más substanciosas (1). Los ofrecimientos de Napoleón eran tan apetecibles que no tardarían en hacerse aceptables. Eso de recobrar el trono bien valía lo de conceder la pensión á sus padres por ofendido que se considerase de ellos, lo de obligarse á conservar íntegro el territorio heredado á pesar de las codicias inglesas, lo de perdonar á los afrancesados, aun tenidos por traidores á su causa, y hasta el casarse con una hija del Intruso su competidor, él que no había conocido otro amor que el de la malaventurada princesa Antonia. Así es que no tardó D. Fernando en acordar la confección de un tratado de paz entre España y Francia, con la condición, sin embargo, reservada de no darlo por concluído hasta ser ratificado por la Regencia española y por el Rey cuando, ya en Madrid, se hallase en el goce de su libertad y en el ejercicio de su soberanía (2).

(1) Dice Thiers: «M. de Laforest en le revoyant le lendemain le trouva beaucoup plus composé dans son attitude, prenant place entre son oncle et son frère conme leur maître hiérarchique, se posant en un mot et parlant en monarque.»

(2) He aquí el texto de la parte dispositiva del tratado de Valençay:

«Artículo 1.°—Habrá en lo sucesivo y desde la fecha de la ratificacion de este tratado, paz y amistad entre S. M. Fernando VII y sus sucesores, y S. M. el Emperador y Rey y sus sucesores.—Art. 2.°—Cesarán todas las hostilidades por mar y tierra entre las dos naciones, á saber: en sus posesiones continentales de Europa, inmediatamente despues de las ratificaciones de este tratado; quince días despues, en los mares que bañan las costas de Europa y Africa de esta parte del ecuador; cuarenta despues, en los mares de Africa y América en la otra parte del ecuador; y tres meses despues, en los países y mares situados al este del cabo de Buena Esperanza.—Art. 3.°—S. M. el Emperador de los franceses, rey de Italia, reconoce á Don Fernando y sus sucesores segun el orden de sucesion establecido por las leyes fundamentales de España, como rey de España y de las Indias.—Art. 4.°—S. M. el Emperador y rey,

Mas era necesario no sorprender á la nación con un convenio que, dadas las circunstancias en que se hallaba la nuestra, pudiera no ser aprobado ó, por lo menos, encontrar al ser conocido, dificultades quizás insuperables, quizás, de otro modo, muy costosas para su realización. Y para evitarlas, se resolvió enviar á España persona bien autorizada que secretamente, en lo posible, explorase los ánimos y, una vez enterada del estado en que se hallaran, tratase de atraerlos á la ratificación de lo convenido en Valançay, ya entre los Regentes, los diputados y personajes españoles de mayor influjo, ya entre los ingleses, principalmente, y los representantes de las potencias coaligadas contra el im-

Misión de San Carlos y Palafox.

---

reconoce la integridad del territorio de España, tal cual existía antes de la guerra actual.—Art. 5.º—Las provincias y plazas actualmente ocupadas por las tropas francesas serán entregadas en el estado en que se encuentran á los gobernadores y á las tropas españolas que sean enviadas por el rey.—Art. 6.º—S. M. el rey Fernando se obliga por su parte á mantener la integridad del territorio de España, islas, plazas y presidios adyacentes, con especialidad Mahon y Ceuta. Se obliga tambien á evacuar las provincias, plazas y territorios ocupados por los gobernadores y ejército británico.—Art. 7.º—Se hará un convenio militar, entre un comisionado francés y otro español, para que simultáneamente se haga la evacuación de las provincias españolas, ú ocupadas por los franceses ó por los ingleses.—Art 8.º—S. M. C. y S. M. el emperador y rey se obligan recíprocamente á mantener la independencia de sus derechos marítimos, tales como han sido estipulados en el tratado de Utrecht, y como las dos naciones los habian mantenido hasta el año de 1792.—Art. 9.º—Todos los españoles adictos al rey José, que le han servido en los empleos civiles ó militares, y que le han seguido, volverán á los honores, derechos y prerogativas de que gozaban; todos los bienes de que hayan sido privados les serán restituídos. Los que quieran permanecer fuera de España tendrán un término de diez años para vender sus bienes y tomar todas las medidas necesarias á su nuevo domicilio. Les serán conservados sus derechos á las sucesiones que puedan pertenecerles y podrán disfrutar sus bienes y disponer de ellos sin estar sujetos al derecho del fisco ó de retracción, ó cualquier otro derecho.—Art. 10.—Todas las propiedades, muebles ó inmuebles, pertenecientes en España á france-

perio francés. Nadie con más títulos para desempeñar esa delicadísima misión que el duque de San Carlos, ni camino que ofreciese menos peligros para llegar á Madrid que el de Cataluña; y, con efecto, el aristócrata mensajero, con el nombre de M. Ducos para los demás, se presentaba los días últimos de diciembre al mariscal Suchet que, no teniendo el tratado por fácilmente practicable, aseguró el paso de San Carlos por entre sus tropas, sin dar cuenta á nadie de su objeto. (1)

---

ses ó italiànos, les serán restituídas en el estado en que las gozaban antes de la guerra. Todas las propiedades secuestradas ó confiscadas en Francia ó en Italia á los españoles, antes de la guerra, les serán tambien restituídas. Se nombrarán por ambas partes comisarios que arreglarán todas las cuestiones contenciosas que puedan suscitarse ó sobrevenir entre franceses, italianos ó españoles, ya por disensiones de intereses anteriores á la guerra, ya por los que haya habido despues de ella.—Art. 11.—Los prisioneros hechos de una y otra parte serán devueltos, ya se hallen en los depósitos, ya en cualquiera otro paraje, ó ya hayan tomado partido; á menos que inmediatamente después de la paz no declaren ante un comisario de su nación, que quieren continuar al servicio de la potencia á quien sirven.—Art. 12.—La guarnición de Pamplona, los prisioneros de Cádiz, de la Coruña, de las islas del Mediterráneo, y los de cualquiera otro depósito que hayan sido entregados á los ingleses, serán igualmente devueltos, ya esten en España, ó ya hayan sido enviados á América.—Art. 13.—S. M. Fernando VII, se obliga igualmente á hacer pagar al rey Cárlos IV y á la reina su esposa, la cantidad de treinta millones de reales, que será satisfecha puntualmente por cuartas partes de tres en tres meses. A la muerte del rey, dos millones de francos formarán la viudedad de la reina. Todos los españoles que esten á su servicio tendrán la libertad de residir fuera del territorio español todo el tiempo que SS. MM. lo juzguen conveniente.—Art. 14.—Se concluirá un tratado de comercio entre ambas potencias, y hasta tanto sus relaciones comerciales quedarán bajo el mismo pié que antes de la guerra de 1792.—Art. 15.—La ratificacion de este tratado se verificará en París en el término de un mes, ó antes si fuese posible.

Fecho y firmado en Valençay á 11 de diciembre de 1813.—El duque de San Cárlos.—El conde de Laforest».

(1) Dice en sus Memorias: «Pero el estado general de los asuntos en Europa podía muy bien hacer que los españoles viesen aquella concesión como sobrado tardía y forzada; dependiendo, por otra parte, la ejecución del tratado de las dis-

Una de las mayores dificultades que se ofrecen para juzgar la conducta de Fernando VII, consiste en que siempre se le ha hecho ver en las circunstancias más críticas en que puede hallarse un soberano, privado del ejercicio de su autoridad, ya por la fuerza como en Bayona, por ejemplo, y en ocasiones en que se le desconoció, ya por su alejamiento del sitio en que era discutida como en Cádiz. Fernando VII, preso en Valençay y vigilado en todos sus pasos, hasta én sus pensamientos, puesto que se habían destinado á su servicio personas compradas en quienes se consideraba depositaría los más secretos, tenía que desplegar una habilidad que luego declararían sus enemigos ingratitud, perfidia y hasta traición, habilidad entre los que podían disponer de su libertad y destinos ulteriores, así como para sus mismos súbditos, una parte muy considerable de los cuales trabajaba por escatimarle derechos y privilegios que él creía inalienables y menos objeto de despojo. Ni podía reconocer como sinceros y desinteresados los procedimientos de Napoleón al permitirle su vuelta á España, ni iría á entregarse sin precauciones á quienes aparecían deseosos de ejercer la soberanía de la nación sin cortapisa ni embargos, cercenándosela á él, ya que no se la negaran del todo.

No es, pues, de extrañar que, antes de ponerse en camino para su país, dictase al duque de San Carlos las instrucciones que alguno de sus consejeros más íntimos

---

posiciones de los que á la sazón ejercían el poder en Madrid. Y era muy probable que éstos no quisieran desasirse ni renunciar á él sin ciertas condiciones y garantías, tanto más que su resistencia podía ser aún favorecida por los ingleses, tan interesados en multiplicar y buscar por do quier nuevos embarazos á la Francia.»

ha puesto en sus labios para asegurarse de la conducta que observarían las Cortes al recibirle (1). Pero no debía confiarse mucho en la discreción y menos en la popularidad del Duque para conseguir todo el resultado á que se aspiraba de su difícil misión, porque trece días después de haberse puesto en camino salía de la fatal residencia de Fernando VII el general Palafox con la misma embajada para Madrid y con instrucciones,

(1) Esas instrucciones verbales, según Escoiquiz, eran: «1.ª Que en caso de que la regencia y las Cortes fuesen leàles al rey y no infieles ni inclinadas al jacobinismo, *como ya S. M. sospechaba*, se les dijese era su real intención que se ratificase el tratado con tal que lo consintiesen las relaciones entre España y las potencias ligadas contra la Francia, y no de otra manera.—2.ª Que si la regencia, libre de compromisos, le ratificase, podía verificarlo temporalmente entendiéndose con la Inglaterra, resuelto S. M. á declarar dicho tratado forzado y nulo á su vuelta á España por los males que traería á su pueblo semejante confirmación; y 3.ª—Que si dominaba en la regencia y en las Córtes el *espíritu jacobino*, nada dijere el duque y se contentase con exigir buenamente en la ratificación, reservándose S. M., luego que se viese libre, el continuar ó no la guerra segun lo requiriese el interés ó la buena fe de la nación.»

Ya se vé que Escoiquiz, recibido con frialdad, como los demás cortesanos, en Valençay, había vuelto al favor del soberano y á ejercer la triste y desgraciada influencia de antes.

En un escrito que se publicó en Cádiz el 11 de enero de 1814, donde se da cuenta de la llegada de San Carlos á Madrid y Aranjuez y se trata de prevenir la opinión contra lo que se supone en el Emperador Napoleón al poner en libertad á Fernando VII, se dice entre otras cosas: «Sus agentes han sabido tocar todos los resortes imaginables para hacernos desconfiar, al principio, de los Ingleses, y después irnos envolviendo en querellas con ellos... y al fin han conseguido debilitar nuestros lazos con la Inglaterra, ir resfriando la amistad y la generosidad de nuestros más fieles aliados, y que les hayamos dado y estemos dando nuevos motivos de disgusto. Napoleón se regocija en su corazón al considerar el fruto de sus maquinaciones, y vernos embrollados ya con los Ingleses, y en este momento se propone negociar con nosotros, *alhagándonos* con que nos entregará á nuestro Rey; su objeto no es otro que separar nuestros intereses de los de los aliados y conseguir así su fin tan favorito, y que tanto le ha valido siempre, de dividir para vencer. El nos prometerá, sí, entregándonos á nuestro Rey, y

unas por escrito y otras también verbales si no las mismas, dirigidas, como las dadas á San Carlos, á que contribuyese al éxito de un asunto de que dependían la libertad del Rey y la paz de la monarquía. Decíasele en las escritas que inmediatamente de ratificado el convenio de Valençay, se dieran por la Regencia las órdenes para la suspensión general de hostilidades, á que accederían los generales franceses; porque «la humanidad, se le decía, exige que se evite de una y otra parte todo derramamiento de sangre inútil». Se añadía que el Emperador había elegido á Suchet por su comisario para una convención militar relativa á la evacuación de las plazas ocupadas por los franceses todavía, y para el canje de los prisioneros que se harían trasladar en posta á la frontera.» (1)

---

si se quiere nos lo entregará efectivamente, pero será para asesinarle y asesinarnos después;...»

Después arremete el autor anónimo con la Regencia y dice: «Si tan poca consideración ha tenido el Gobierno antes con nuestros aliados ¿qué miramiento, que la libertad del Rey, aunque propuesta por Napoleón, favorece su sistema? Es necesario confesarlo, aunque con dolor, cualquiera que sea el espíritu de la actual Regencia y sus Ministros, su adversión para con los ingleses es fuera de dudas; y en la crisis presente es el mayor mal que puede afligir á la España.»

¡Si sería anglomano, si no inglés traducido el autor!

(1) Hemos leído un gran número de periódicos de aquellos días y en todos se hace suponer el viaje de San Carlos y de Palafox como dispuesto por Napoleón con el objeto de engañar á los españoles á fin de separarlos de su alianza con Inglaterra.

Por cierto que Lord Welligton se mostró muy contrariado de no habérsele comunicado la noticia del viaje de San Carlos, y se hizo saber á Copons por medio de una carta que el General Alava escribió á nuestro ilustre compatriota. La carta tenía un carácter confidencial, como que se decía en ella: «El Duque toma el partido de hacer á V. saber su modo de pensar sobre este asunto por mi medio, no queriendo proporcionar á V. un disgusto haciéndolo saber al Gobierno; tanto más cuanto que éste, lejos de observar ninguna reserva con el Duque, le ha informado por extraordinario de la venida de San Carlos, de su objeto, de los términos del traslado y de la respuesta,

Palafox con el nombre de M. Taysier, llegó á Madrid días después que San Carlos, que lo había hecho el 4 de enero y antes de que entraran las Cortes y la Regencia que, además, tardaron en instalarse y en popoder, por consiguiente, dedicarse á una negociación que, de seguro, no sería de su gusto. Con eso, la situación de San Carlos, ya difícil por la que había tenido en Bayona y la que las murmuraciones le atribuían en Valençay, se hizo verdaderamente crítica y lamentable, y la hicieron más y más los periódicos que, sospechando de sus traeres, no dejaron de ensañarse con él en las revistas y gacetillas que le dedicaban (1). La que no anduvo perezosa en contestar, primero á San Carlos y después á Palafox, fué la Regencia y lo hizo en dos escritos de 8 y 28 de enero donde, á través de las frases que son de calcular de plácemes y protestas en obsequio del Rey y de su situación ante los preceptos del decreto de 1.° de enero de 1811, *declarando nulo todo trato con Francia no hallándose S. M. en libertad*, se

Contestación de la Regencia.

conduciéndose en este asunto con tanta buena fe y franqueza, que ha ligado para siempre á una nación con otra.»=Usted no vea en este paso del Duque y mío sino un paso amistoso, y que, lejos de incomodar á V., debe hacerle conocer la delicadeza con que procede en todos los asuntos.»

Esta carta era del 26 de enero de 1814 y estaba escrita en San Juan de Luz, y Copons la contestó desde Vich el 5 de febrero sincerándose, cosa fácil, con el secreto impuesto por el Rey sobre la venida de San Carlos á España, disculpa que fué aprobada el 14 por el Ministro de la Guerra.

A esa correspondencia sigue otra muy copiosa en las Memorias de Copons, en la que se demuestra que la Regencia no dejaba de contar en todo con el Lord, como tan interesado que estaba en las negociaciones del Rey con Napoleón, dirigidas á separar España de la alianza inglesa. También se pueden leer junto á esas cartas las referentes al viaje del Rey y á las negociaciones con Suchet sobre la vuelta de las guarniciones francesas, siempre negada por Copons, el gobierno español y Lord Wellington.

declaraba satisfecha con manifestar que Fernando VII, era el Amado y Deseado de la Nación, pero recordándole que á él se debía la resolución, en 1808, de reunir Cortes que *hiciesen libre á su pueblo y ahuyentaran del trono de España el monstruo feroz del despotismo*. No contenta con eso la Regencia, se dirigió á las Cortes en consulta de lo que debería hacer si Napoleón soltaba al Rey comprometiéndole á descartar á España de su alianza con las demás potencias enemigas de Francia; y aquella asamblea, oído el Consejo de Estado, respondió «que no se permitiese ejercer la autoridad real á Fernando VII hasta que hubiese jurado la Constitución en el seno del Congreso, y de que se nombrase una diputación que al entrar S. M. libre en España le presentase una nueva ley fundamental, y le enterase del estado del país y de sus sacrificios y muchos padecimientos.»

Efecto causado en Madrid.

Nuestros lectores comprenderán el efecto que harían en Madrid las gestiones de los dos emisarios de Fernando VII cerca de la Regencia, las resoluciones de ésta, las discusiones de las Cortes, y el continuo movimiento producido naturalmente en la opinión de un pueblo que acababa de conseguir su libertad de yugo tan pesado y duro como el sufrido desde 1808. Noticia, además tan importante como la de la vuelta del Rey, la de su mayor probabilidad al menos, para un plazo que ya sería corto y hasta de días quizás, tenía que afectar y con variadas y enérgicas impresiones el interés popular. y con más fuerza aún el de los partidos políticos en que se hallaban divididos el país en general y las Cortes; el particular, sobre todo, de los comprometidos en uno ú otro de esos partidos, ignorantes de los pensamientos

y de las intenciones de quien casi siempre, según dijimos, y en ocasión cual aquella más, representaba un verdadero enigma, tales eran sus antecedentes de carácter, la historia de sus sufrimientos y el misterio y las reservas en que le había sido necesario encerrarse. Si Palafox, por su genial franqueza y el recuerdo de su admirable hazaña de Zaragoza, se vió perfectamente admitido y respetado, no así el duque de San Carlos, cuyos merecimientos no podían aquilatarse sino en el sentido de su adhesión á la personalidad de Don Fernando. De ahí las frases de concepto equívoco y hasta injurioso estampadas, según ya hemos indicado, en los periódicos de aquellos días y el desvío con que fué recibido y escuchado por la Regencia y los más influyentes diputados.

Agentes venidos de Francia.

No estará de más advertir que tiempo antes, por octubre del año anterior se habían presentado en España algunos que se hacían suponer agentes de los cautivos de Valençay, franceses y como dirigidos por un su compatriota, M. Tassin, sujeto, según Toreno, inquieto, muy entrometido y de secretos amaños. Más que de otra cosa parecían pretender el alejamiento de los ingleses, introduciendo en los españoles desconfianza respecto á las miras que pudiera tener la Gran Bretaña al ayudarnos en nuestra contienda contra el Emperador de los franceses; pero valiéndose en sus manejos de las que pretendían hacer tomar por autorizaciones de D. Fernando.

Uno de esos agentes se llegó al campo de Mina, que se encontraba por entonces en Sangüesa; y presentando á nuestro tan dispierto y hábil como valerosísimo guerrillero un pasaporte y varios documentos

expedidos, al parecer, por el rey Fernando en Valençay, en vez de confianza provocó en Mina la sospecha de ser el pasaporte y los demás papeles obra y resultado de una intriga bastarda. Con efecto, en uno de esos papeles, dirigido á Mina, se recomendaba el portador, D. Francisco Duclerc, «persona, se le decía, en quien nos han asegurado podemos tener y depositar toda nuestra confianza»; y eso para que se le favoreciera con todo esfuerzo á fin de que consiguiera cuanto se le había encargado. Pero entre los encargos que parecía habérsele encomendado era, según otro de los papeles, el de que se entregara al Sr. Duclerc la cantidad de cincuenta mil duros, de que S. M. se decía, «tenía una necesidad la más urgente».

Mina cuenta en sus Memorias, que de las contestaciones que tuvo con Duclerc sólo pudo sacar en limpio que su misión era la de cobrar aquélla y otras partidas que el Rey había librado sobre varios puntos y personas. Con eso, y era bastante, Mina, calculó que en ninguna parte mejor que en las cercanías del Gobierno podría aclararse aquel misterio, y despidió á Duclerc dándole pasaporte para Madrid y avisando al jefe político de la marcha del tal sujeto á la corte *para lo que hubiere lugar.*

El otro agente de Tassin cruzó las líneas de los aliados pero, como se puede comprender, esquivando el hallarse con Lord Wellington y Freire, de quienes no era de esperar le recibiesen bien cuando trataba de aconsejar la ruptura de la alianza de las naciones á que pertenecían las tropas de una nación y otra, España é Inglaterra. Fuése á Bilbao y entabló allí relaciones con un Sr. Echevarría que las mantenía desde

1808 con los príncipes de Valençay, adicto á ellos á punto de haberse hecho guerrillero en aquellas provincias durante la guerra.

Mas no eran solos aquellos dos emisarios, sino que otros se introdujercn en la Península; pareciendo, más miembros de una sociedad explotadora de la buena fe de los partidarios de D. Fernando, según se les pretendía sacar dinero, que verdaderos patriotas en pro de nuestra independencia. Entre ellos figuró y en los primeros lugares un M. Magdelaigne, cuya obesidad y apariencia de buen talante y carácter franco, llegaron á, ocultando sus pensamientos, ganarse la voluntad de nuestro general Alava y aun del mismo Lord Wellington, que se dice acabaron por abrirle inocentemente en parte sus bolsillos. Sin embargo, uno apareció después como el que más fama obtuvo haciéndose, con todo, muy pronto sospechoso y, como tal, objeto de pesquisas, de procesos y, por fin, de un desenlace mortal. Hacíase llamar Audinot, titulándose general francés; su nombre verdadero era Juan Barteau, borracho, impostor y tramoyista según los liberales; moderado, de luces y discurso y serenidad al decir de los serviles, conspirando en contra de la Regencia y en favor de ideas opuestas á todo gobierno conformes con la opinión general de los españoles en aquel tiempo. Preso con el hábito de fraile, proclamando esos principios y aun dicen que derramando dinero y papeles conforme á ellos, fué llevado á Granada y, procesado, prestó declaraciones en que quiso comprometer á personas respetables, entre las que fué una la de Don Agustín Argüelles, suponiéndole instrumento de Napoleón para fundar una república, iberiana, sugerida

Audinot.

por Taillerand, tenido en todas partes por agente y promovedor de toda idea de maldad y traición. (1) Tomaron cartas en el asunto los periódicos de todos matices; unos, en tono de burla; otros, en serio y pidiendo la mayor severidad á los tribunales, y aun las Cortes hasta dar lugar á una reclamación de Argüelles requiriendo un juicio y el desagravio correspondiente (2). Como Argüelles, fueron muchos otros

(1) Para que se comprenda lo absurdo de la trama he ahí el estracto de la primera declaración de Audinot que hizo pública «El Procurador General de la Nación y del Rey». «Don Luis Audinot cogido en Baza, en hábito de religioso; Teniente General, que dixo ser de los exércitos imperiales, de edad de 58 años, natural de Bourdeaux, casado con doña Juliana de Montecuculi, quien fué arrestado por el comandante de la partida de Escopeteros don Francisco Xavier Araez, y le tomó declaración, con asistencia del escribano Torquato Mondragon en los días 21 y 22 de Diciembre último.

»Entre las cosas que expresa en su declaracion, una de ellas es, que hacía como tres meses y medio que estaba en España, habiendo entrado por Cataluña, y pasado por Aragon y Valencia, y tambien por Extremadura, y estado en Gibraltar y Cádiz: por ultimo en Granada y Guadix y desde allí en Baza donde había sido preso».=«Dice que venía de orden de Napoleon, con dos edecanes suyos, cuyos nombres y señas refiere, y que tenía espías y conocimientos por todas partes en la Península».=«Entre los caudales que expresa, uno de ellos es la cantidad que existía en poder de don Joaquín de Roxas, Alcalde Constitucional de Cuebas de Becerro, cerca de Ronda importe de veinte millones de reales en barras de plata y oro».=«En Valencia, en un arca imperial, cinco millones de libras, en poder de don Cecilio Guarda, banquero, que vive en la Plaza Mayor».=«En Tarragona, en casa del Conde de Lara, junto á la Ciudadela, la suma de tres millones, quatro cientas mil libras».=«Y que su cartera y papeles existían en poder de Félix de Soto, vecino de Guadix que vive en un callejon, á espalda de la Catedral».=«Acerca de otras preguntas, expresó que respondería á su tenor, si fuese preguntado por el Gobierno, ó por el Cuerpo Legislativo».

¡Cuán extraño es que de los emisarios venidos de Francia por el mismo tiempo poco más ó menos, unos vinieran pidiendo dinero y otro blasonando de derramarlo ó poseerlo á millonadas!

(2) «El Fiscal Patriótico de España» extractaba de «El

personajes políticos denunciados por Audinot cual cómplices suyos en su indigna trama hasta que se creyó deberse ahogar, echando, como suele decirse, tierra al asunto, pero sepultando al tramoyista en un calabozo en el que acabó por suicidarse, prueba inequívoca de serlo en altísimo grado.

Ese, que resultó constituir un gravísimo suceso, y los manejos de Duclerc, Magdelaigne y los demás agentes que hemos dicho se presentaron al parecer procurándose la realización de un timo en grande á nuestros generales y, al fin, al mismo Lord Wellington, preocuparon no poco al público á cuyo conoci-

---

Exacto Correo» lo siguiente: «Item, se dice, que para mejor patentizar su irreprensible conducta, quiere (Argüelles) fixar carteles en toda la península, y aun en Londres, en que desafía, reta y conjura á todos y cada uno á que digan si han visto ú oído que jamás haya sido agente del Corso, teniendo con él ó su hermano Pepe inteligencias secretas, servido á Godoy de consejero, conservador de sus caudales, robados á la Nación, ó cosa semejante; y en fin, si pueden acreditar y convencerle de haber pecado contra la Patria por pensamiento, palabra ni obra, como se ha visto y palpado en otros indignos del nombre español.»

En la Sesión de Cortes del 3 de marzo, Martínez de la Rosa pronunció un elocuente discurso en desagravio de las calumnias levantadas á Argüelles y en él este hermoso apóstrofe: «Existe esta trama, mas no es la que se cree: *la manifestación* no sé si manifiesta más maldad de corazón, que estupidez en quien la ha forjado.=Napoleón suena como el primer autor del plan de formar una república en España, y es tal vez el único delito de que no es capaz el destructor de todas las de Europa, por ser lo más opuesto á sus intereses; lo que él quiere es desunirnos ya que no ha podido conquistarnos..... ¡Establecer una república contando con la nobleza y alto clero! ¿Adónde irían á parar sus bienes?... Los mismos que afectan tanto interés en que se descubra esta trama, son los que la publican para que no se descubran los reos y se oculten los documentos. El objeto de toda esta trama, es dar publicidad á la intriga para hacer suspender la Constitución, para echarla por tierra y para sumergirnos... Dícese que se trata de pedir indulto para Audinot; si es reo vaya al patíbulo, acompañado de sus cómplices.» *(Aplauso extraordinario.)*

miento habían llegado. Las Cortes en que había quienes por pasión de partido ó por sobra de credulidad daban importancia á tales gestiones, verosímiles ó absurdas, hubieron de tratar del tal asunto y de las consecuencias que pudiera producir, y deliberando, aunque en secreto cual es de pensar, se resolvieron á publicar el 2 de febrero de 1814 un decreto en que bien claramente se ponía de manifiesto lo que habrían influído los extraños sucesos á que acabamos de referirnos para la resolución del mensaje llevado por los próceres enviados desde Valençay por Fernando VII, y el tratado que lleva el nombre de aquella, mejor que residencia real, prisión ominosa de Estado. Todo se consideraba necesario para desvirtuar el efecto de tan abominable propaganda como la empleada desde fines del año anterior contra la Regencia y las instituciones que representaba, y calmar en lo posible el estado alarmante de la opinión, sobreexcitada con tales manejos que no podía ya ocultárseles. La Regencia, sobre todo, se veía hecha el blanco de esas intrigas que, con otras más ó menos latentes, algunas á descubierto en la prensa y en las Cortes, eran principalmente dirigidas á reemplazarla con personas que andaban en boca de los conspiradores, adictas todas al partido antirreformador, opuesto á las ideas liberales que representaban el Cardenal Borbón y los Sres. Agar y Ciscar sus colegas. Pero ¡cómo se ensañaban sus enemigos contra ellos! Y era que viendo próxima la caida de Napoleón y más aún, inmediato el regreso de Fernando VII á España, los llamados serviles temían que el Rey pudiera ser influído para sus determinaciones políticas por los que, dueños del poder y rodeándole constante-

mente desde su entrada, no dejarían de, con sus cuidados, sus consejos y su autoridad sobre el pueblo y las tropas, inclinar su real ánimo á respetar la situación que presidían y los procedimientos seguidos por sus amigos desde el principio de la guerra, cuyos últimos tiros se estaban disparando lejos ya de la Península tan alevemente invadida.

De ahí el interés en el partido liberal de mantener la Regencia é impedir la elección de otra que, compuesta de distintos elementos, ahogase las influencias que temía con los medios que calculaba en sus adversarios políticos; y para eso nada más eficaz que imprimir á las contestaciones que iban á darse á los emisarios de D. Fernando una energía bien fundada que le sirviera para comprender cuál era la opinión del pueblo español, según la interpretaba la alta magistratura que él mismo había elegido. La Regencia, pues, se resolvió á dictar un decreto que llenase ese objeto, y las Cortes lo secundaron con un Manifiesto que lo complementara.

En ese decreto se venía á hacer públicas las observaciones manifestadas á San Carlos y á Palafox sobre lo dispuesto por las Cortes en enero de 1811, las condiciones con que los generales deberían recibir al Rey cuando se presentase en la frontera, ya lo hiciera solo, con tropas francesas ó con españolas, en compañía ó no de los empleados por José ó Napoleón; debiendo, si juraba la Constitución, hacérsele los honores correspondientes y acompañarle el Presidente de la Regencia hasta Madrid por el camino que ella le señalara, y poner en sus reales manos este mismo decreto y el Manifiesto á que nos hemos referido y que inmediata-

mente iban también las Cortes á dirigir al pueblo español. (1)

El paso era arriesgado como dado en la incertidumbre que todos, autoridades, partidos políticos y aun las personalidades más distantes de ellos pero, por lo mismo, imparciales, abrigaban sobre las ideas y los propósitos de quien los había hecho siempre ignorar, tales eran su carácter suspicaz y la reserva que le habían precisado á imponerse las contrariedades sufridas al subir al trono y la larga prisión, la incomunicación casi absoluta en que se había visto con los españoles. Estos, así, esperaban con la mayor ansiedad la resolución de aquella incógnita que, despejada, produciría su felicidad ó su desgracia.

El decreto, sin embargo, y el manifiesto de las Cortes hicieron al publicarse buen efecto, sobre todo en los que blasonaban de ideas liberales según las expuestas en la Constitución. No tardaron, sin embargo, en producir, mejor que impresiones como las primeras, temores de que, vuelto el Rey á España cuando ya Napoleón se mostraba en el occidente de su fortuna, y en alza se veían los intereses genuinamente monárquicos representados y mantenidos victoriosamente por la coalición del Norte, no fuera á revelarse en nuestro suelo la reacción de los antiguos, no por todos desechados en el Congreso de Cádiz y menos en los pueblos, siempre tan apegados á sus usos y costumbres inmemoriales. No se estaban quietos los antirreformistas; y

(1) Véanse en el apéndice núm. 12 ese decreto de 2 de febrero y el Manifiesto que las mismas Cortes dieron el día 19 del mismo mes explicando su conducta en el punto á que aquél se refería.

extrañando la evolución política del Emperador de los franceses, sospechaban que podía habérsela aconsejado el mal estado de sus operaciones militares, lo cual y el conocimiento de sus ideas nacidas al calor de la Revolución, le hacían ceder á la fuerza de sus reveses y á la flaqueza de sus convicciones en lo que no se refiriese á su interés personal.

Mala situación del Emperador.

Y no les faltaba razón; porque ni la *conscripción* recientemente decretada ni la concentración de sus fuerzas, desparramadas en las plazas que iba dejando á la espalda al retirarse, le proporcionarían la superioridad que necesitaba para rechazar á los aliados, sus enemigos, de la línea del Rhin que se proponía mantener en último caso. Le eran absolutamente necesarias en aquel gran valle, divisorio de las grandes potencias septentrionales con la Francia geográfica é histórica, las tropas que permanecían en la frontera pirenáica, sin rival, en su concepto ya lo hemos dicho, por el espíritu en ellas creado con sus victorias, su disciplina y los talentos de sus generales. Y aunque, como hemos hecho también observar, había ido sucesivamente aprovechándolas desde que resolvió la guerra contra Rusia, y no había dejado después de hacerlo, según los apuros en que le habían puesto los desastres sufridos al retirarse al Niemen y al Elva, aún habría de apelar á sacar más de España para impedir la invasión de sus enemigos en Francia de que se veía amenazado para época ya muy próxima. Ni aun le bastaría el llamamiento á que apeló de los guardias nacionales, que algún historiador ha limitado á la Borgoña, Picardía, Normandía, Turena y Bretaña; porque las quintas anteriores, los desastres de Rusia y las campañas sucesi-

vas de Alemania habían agotado los depósitos de armas, tan sabiamente establecidos en 1812, y las fábricas no podían dar abasto á tantas tropas como peleaban entre aquel imperio y Portugal (1). Así es que Napoleón mandó á Suchet en una primera orden que reuniese su caballería en la frontera y la dirigiese desde allí á Lyon con la artillería y la mitad de su infantería en cuanto supiera el resultado de la misión de San Carlos en Madrid, y en otra segunda, ya de fecha de 14 de enero de 1814, que saliesen en posta para la ciudad francesa que acabamos de citar, de 8 á 10.000 infantes y las dos terceras partes de la caballería (unos 2.000 caballos).

La de Suchet en Cataluña.

El mariscal Suchet que, comprendiendo la situa-

(1) Los guardias nacionales del Mediodía de Francia harto tenían que hacer con acudir á la frontera española invadida por Lord Wellington. En el Boletín trimestral de la «Société des Sciences, Lettres et Arts de Pau», referente á 1896-1897, hay una serie de cartas escritas, generalmente á su hijo, por la Baronesa de Crouseilhes, establecida en Oloron y pueblos inmediatos, donde se describe perfectamente el estado de aquel país en 1813. En algunas de esas cartas se hace mención de los guardias nacionales dirigiéndose á Bayona, y en la de 9 de diciembre se dice textualmente: «El Sr. Prefecto llegó ayer para formar el contingente para el levantamiento de los 300 mil hombres, pero se ve con pena la extenuación de este departamento, que no ofrece sino muy pocos recursos; las clases llamadas para este concejo se hallan en gran parte casadas ó incapaces de hacer servicio.»

Más adelante apelaremos de nuevo á esa correspondencia para demostrar la situación precaria de esas provincias francesas, aun no habiendo sufrido hasta entonces los estragos de la guerra.

Tal falta había de fusiles en los ejércitos franceses, que el 14 de enero de 1814 escribía el ministro de la Guerra á Suchet: «Otro servicio no menos importante (que el de haber reunido en Figueras un tren de 80 piezas de artillería) para el Estado y para S. M., ha sido el que V. E. ha prestado haciendo venir de las plazas de Cataluña 20.000 fusiles á Perpignan; y yo invito de nuevo á V. E. á activar, por todos los medios posibles, el transporte de los demás fusiles que queden aún por traer á á dicha plaza.»

ción comprometida en que debía hallarse el Emperador y sabiendo el paso del Rhin por los aliados al comenzar enero, se convenció de que no había esperanzas de recibir refuerzo alguno para el ejército de su mando, decidió reconcentrarlo en el Ampurdán, dejando en Barcelona una fuerte guarnición á las órdenes, ya que no de Maurice-Mathieu, que se hallaba ausente por aquel tiempo, á las del general Habert, tan valeroso y enérgico como hábil, especialmente, para las operaciones ofensivas en rasa campaña. Todavía se mantuvo Suchet algunos días en la capital del Principado esperando contestación á varias consultas que había dirigido á su Ministro de la Guerra; pero desesperanzado el 31 de recibirla, retrocedió á Gerona con el fin, después de todo, de recibir 10.000 reclutas que deberían llegarle de Montpellier para reorganizar la parte de las tropas que le quedaban (1).

(1) Había propuesto no conservar en Barcelona más que los fuertes, con lo que su ejército reuniría en el Ampurdán 5.000 hombres más, y había también indicado la conveniencia de enviar á aquella plaza al rey D. Fernando y entregarle las todavía ocupadas por los franceses que, bajo la garantía de la lealtad del Rey, se incorporarían al ejército sin dificultad. Aconsejaba, además, si no se quería desmembrar su ejército, que se le enviase completo á Lyon, con lo que creía poderse obtener resultados más ventajosos que teniéndolo fraccionado.

Como no se le contestaba, Suchet decidió, en la fecha que hemos consignado, retirarse á Gerona para no verse envuelto y derrotado en sus posiciones de la izquierda del Llobregat. Las condiciones en que se retiró están perfectamente indicadas en el despacho que el 4 de febrero dirigió desde Gerona á su ministro de la Guerra. Dice así: «He esperado en Barcelona hasta el 31 del pasado mes en la noche una contestación á mi carta del 15, que partió de Perpignan el 18 por estafeta extraordinaria á las nueve de la mañana. Y como vuestro silencio me revela que el Emperador no ha tenido á bien adoptar alguna de mis proposiciones, me he decidido á abandonar dicha capital y replegarme hacia la alta Cataluña.»

«He dejado Barcelona bien armada, artillada y provista de

Pero entretanto no habían dejado de hostilizarle los catalanes y, con ellos, sus aliados los anglo-sicilianos, no hacía mucho rechazados de sus posiciones avanzadas del Ordal. Establecidos de nuevo en ellas, parte del 2.° ejército y el cuerpo de Clinton á sus espaldas en Villafranca, pensaron aprovecharse de la marcha á Lyon de los 10.000 hombres de Suchet, atacando el puente de Molíns de Rey, ocupado por los

---

todo hasta fines de agosto, con una guarnición de 7.500 franceses, á las órdenes del general de división Habert y de los generales de brigada Lefevre y Saint-Clair.»

«En carta del 5 de enero V. E. me anunció que nombraría un gobernador para Barcelona; y, no habiéndolo verificado, he creído deber dejar allí al general de division Habert, en favor de quien he extendido el título de Comandante principal y gobernador que ejercía hace ya dos meses, y quien, segun espero, llenará y cumplirá exactamente las instrucciones que le he dado, y defenderá honrosamente la tan importante plaza de Barcelona.»

«El Sr. prefecto Treillard me ha manifestado quería permanecer en ella y en su mismo destino, y no he podido menos de aprobar y aplaudir su resolución.»

«En Hostalrich he dejado 350 hombres provistos para seis meses.»

«Por el estado adjunto verá V. E. que he formado el resto del ejército en dos divisiones de infantería y una brigada de caballería con un total de 12.971 hombres en línea. He apostado y establecido esas tropas en las inmediaciones de Gerona á fin de poder conocer á tiempo los movimientos del enemigo y operar segun las fuerzas que él me presentare.»

«Ahora voy á ocuparme en retirar de Montpellier cuantos *conscriptos* pueda, engrosando así los batallones que me quedan y haciendo mucho más respetable mi pequeño cuerpo de ejército.»

«Todo mi anhelo y ambición se ceñían á poder yo mismo conducir al Emperador 40 batallones aguerridos. Pero la fuerza de los acontecimientos me ha obligado á dejar diez de ellos en Barcelona, con otros doce que hice ya marchar á Lyon, viéndome así burlado en todas mis esperanzas. Todavía si llegasen pronto los 10.000 reclutas que V. E. me anuncia, emplearía todos mis esfuerzos en formarlos é instruirlos sin pérdida de minuto, y hasta llegaría á organizar un nuevo ejército de 20 á 25.000 hombres.»

«Firmado, el Mariscal duque de la Albufera.»

franceses de la brigada Mesclop. El plan de ataque de los aliados consistía en combinar sus fuerzas de manera que, al atacar Clinton con Sarsfield el puente, lo envolviera por la izquierda del Llobregat Manso, reforzado con la primera brigada de la segunda división del primer ejército, el batallón del General, dos escuadrones de húsares, otra brigada de la división mallorquina y cuatro piezas, fuerzas de que una parte debía situarse en las alturas que dominan la carretera de Barcelona. Pero sucedió lo que siempre que se trata del mando de las tropas á la inmediación de un combate en que pueden recogerse laureles que quiten el sueño al que se considera él solo con títulos suficientes para coronarse de ellos. Copons creyóse en el deber de dirigir la operación en vez de su subordinado Manso, aunque éste, por el conocimiento de las localidades y la confianza que inspiraba á las tropas, pudiera ofrecer garantía superior para alcanzar ventajas más decisivas. Pero sea por esas disidencias, nada extrañas en tales circunstancias; fuese por el temporal de lluvias que se desató en las horas más oportunas, lo cierto es que se malogró la operación; contratiempo que se quiso disimular dándola ó atribuyéndola luego el carácter de un reconocimiento militar, inverosímil en las condiciones en que se hallaban ya los ejércitos beligerantes en aquel Principado. Mal se aviene con ese carácter supuesto, consignado en los despachos de Clinton y de Copons, la energía con que ambos generales comenzaron el ataque y el despliegue que, por su parte, hicieron Pannetier en un principio y Suchet después de las fuerzas todavía considerables de que disponían en Molíns de Rey y Barcelona.

Ataque frustrado de Molíns de Rey.

Sarsfield, con su división, la caballería inglesa y dos piezas, avanzó por la carretera, y á las ocho de la mañana acometía el ataque á Molíns y San Vicéns en la derecha del Llobregat, apoderándose con parte de su fuerza de algunos reductos que cubrían el puente, mientras otra de su derecha vadeaba el río agua abajo y la de su izquierda se ponía en lo alto en comunicación con Copons.

Ese ataque, verificado con gran energía, limpió la orilla derecha en toda la línea de Molíns á San Boy que ocupaba Mesclop, quien, amenazado también por la parte de Martorell, hubo de replegarse al puente en que decidió defenderse hasta la llegada de los refuerzos que no podían retardarse por lo próximos que se hallaban. Con efecto; de haber llegado en aquellos primeros momentos el general Copons al sitio del combate, la situación de Mesclop se hubiera hecho sumamente crítica, atacado de frente y amenazado, como se habría visto, desde las alturas que dominaban su línea de retirada. Favoreciéronle la lluvia y la obscuridad de noche tan larga, así como las dificultades de toda combinación en tales condiciones. El regimiento de Barcelona, á las órdenes de Costa, su coronel, arrolló con una carga feliz á la bayoneta á los franceses situados en el Plá de las Bruxas, entre Papiol y Molíns, en tanto que el también coronel Baza empujaba con sus cazadores de Cataluña á los enemigos situados en Santa Creu de Olorde, que hubieron de replegarse á San Felíu. Pero algo retrasados esos movimientos por las causas ya enunciadas, dieron tiempo á la llegada de los refuerzos pedidos por Mesclop. Llegáronle, con efecto y en sazón, los que le llevó su general Panne-

tier, cuyas tropas y la artillería de su división fueron á establecerse sólidamente en la margen misma del Llobregat para cañonear y repeler á las nuestras de Sarsfield y Clinton. Suchet envió también desde Barcelona ocho batallones de la división Habert para apoyar á Pannetier y cubrir la carretera de los ataques envolventes que pudiera intentar Copons; tratando á la vez de escarmentar á éste con maniobra semejante á la suya, que ordenó ejecutasen las fuerzas que tenía el mariscal apostadas en Granollers, si es que los españoles insistían en las comenzadas desde Martorell. Con eso y con ver que, de proseguir el combate, concluiría por un fracaso la operación intentada contra Molíns de Rey, Copons y Clinton se retiraron á sus anteriores posiciones, manifestando no haberla querido dar sino el carácter de un reconocimiento que, bien estudiado, podía verse no conducir á resultado alguno satisfactorio. De lo que sí pudieron quedar orgullosos los españoles fué de la conducta de su tropa; porque si la de los regimientos de Barcelona y cazadores de Cataluña se portaron, según hemos hecho ver, bizarramente, se distinguieron, sobre todo, los Voluntarios de Aragón de la división Sarsfield, cuyo jefe, D. Juan Terán fué gravemente herido atacando á la cabeza de sus valientes soldados (1). Escribía Clinton: «El valiente batallón 1.° de Voluntarios de Aragón ha tenido en

(1) Véase el despacho de Lord Wellington en respuesta del que le envió Clinton. «Apruebo enteramente la empresa intentada por vos sobre los puestos del enemigo en las aldeas de San Vicens y Molins de Rey, aun no resultando lo afortunados que deseabais. Operaciones de esa clase en esta estación del año están expuestas á circunstancias del tiempo y de los caminos; y no puede esperarse que su éxito corresponda á la meditación con que originalmente hayan sido proyectados. Os

esta acción gloriosa á su teniente coronel D. Juan Terán gravemente herido, un capitán muerto y un teniente herido, contándose como unos 30 hombres los que ha perdido el cuerpo entre muertos y heridos». Los franceses perdieron, por confesión de Suchet, 30 muertos y cerca de 150 heridos.

Rendición de algunas plazas.

Muy otra desgracia le esperaba al famoso duque de la Albufera por aquellos mismos días. Nos referimos á la pérdida de las fortalezas de Lérida, Mequinenza y Monzón á favor de una estratagema, de mil diferentes maneras calificada. Nos impiden esa calificación un interés exclusivamente patriótico, puesto que la empresa resultó beneficiosa para nuestra causa, y circunstancias personales, por otro lado, y los escrúpulos de una conciencia militar, hecha á considerar la guerra más como acción esencialmente caballeresca, que de ardides emprendidos fiando su éxito en la buena fe de los enemigos. Por eso dejamos al Conde de Toreno, y no se dirá que ponemos el asunto en manos sospechosas, la relación del comienzo de las gestiones practicadas por el agente principal del recobro de aquellas plazas. «Golpes tras golpes, dice el eximio historiador, que si herían mucho al francés, no le hicieron quizá tanta mella como otro singular y muy recio que le sobrevino improvisadamente de parte de quien no podía esperarlo, de un oficial español destinado cerca de su persona (de Suchet) y de nombre Don Juan Van-Halen. Había sido éste alférez de navío de la real armada, y abrazado

Don Juan Van-Halen.

ruego felicitéis al general Sarsfield por la buena conducta de las tropas de su mando.»

Bien se ve, pues, que Wellington consideró que había fracasado el plan ofensivo de Clinton y Copons en su ataque á Molíns de Rey, por faltas de aquellos generales.

en los primeros meses de 1808 la causa santa de la independencia hasta que hecho prisionero en el Ferrol, variando de rumbo, tomó partido con los contrarios, y reconoció por rey á José Bonaparte, á quien sirvió durante algunos años dentro y fuera del reino. Estaba el Don Juan con una comisión en París en 1813, cuando empezaba á desplomarse el imperio napoleónico, y después de muchos pasos y empeños, obtuvo se le emplease en el estado mayor del mariscal Suchet, á cuyo cuartel general llegó el 20 de noviembre de aquel mismo año. Cuenta Van-Halen, en un opúsculo que publicó en 1814, haber solicitado semejante destino con anhelo de prestar alguna asistencia meritoria y digna á la patria que había abandonado y con la que quería reconciliarse. Púsose de consiguiente, tan luego como volvió á España, en correspondencia con el barón de Eroles, la que continuó por espacio de dos meses, en cuyo tiempo agenciando dicho Van-Halen la clave de la cifra del ejército francés, la pasó á manos del Barón, indicando ser este servicio preludio de otros que meditaba.» (1)

Van-Halen fracasa en Tortosa.

Salió de Barcelona el 17 de enero de 1814 y con dos escuadrones de coraceros de que, valido de su cargo de oficial de Estado Mayor, se hizo acompañar des-

(1) Van-Halen, cuya vida fué una serie de aventuras, indescriptibles aquí en su totalidad, que después le llevaron á la Inquisición, de que logró fugarse por otra estratagema de seducción, narrada por él en una como novela que publicó más tarde, tomó una parte muy activa en la revolución de Bélgica, de donde regresó á España al morir Fernando VII.

Llegó á hacerse tan complicada la ejecución del ardid de que aquí se trata que, no cabiendo su detallado relato en el texto de esta obra, remitímoslo al apéndice núm. 13, donde nuestros lectores podrán satisfacer la curiosidad que pueda despertar en ellos.

de las afueras de aquélla plaza, con la intención de entregarlos á los españoles, hubo de huir, una vez conocida ó sospechada aquélla por los franceses, al campo de Eroles que le esperaba en San Felíu de Codinas. Habiendo luego celebrado conferencias con el Barón y con su general en jefe, Copons, y en compañía del primero y de dos oficiales, D. Juan Antonio Daura, gran dibujante, D. Eduardo Bart, que hablaba perfectamente el francés, y de D. José Cid, vocal de la diputación del Principado, se dirigió á Cherta, donde, en combinación ya con el brigadier Sanz que sitiaba á Tortosa, acometió la empresa de ocupar aquella plaza engañando al general Robert, que ya dijimos estaba encargado de su defensa. Ni la falsificación habilísima de la orden de su entrega con la cifra, firmas y sello, éste auténtico del Estado Mayor de Suchet, ni el envío de otros pliegos, también contrahechos testimoniando un convenio que se decía celebrado en Tarrasa para que fuese evacuada Tortosa, ni la oferta de hacer entrar en la plaza un comisionado de Suchet, lograron convencer á Robert, quien frustró tan ingeniosa tentativa por noticia, quizás, que le hubiera llegado de ella ó por haberse resistido Van-Halen á servir, él personalmente, de intermediario de la negociación. (1)

(1) Suchet que dice que Van-Halen «se escapó solo, caballero en un corcel robado y dejando en Barcelona algunas deudas harto indecentes», añade luego: «Robert poseía en grado eminente la primera y más esencial cualidad de un gobernador de plaza, que es la prudencia. La misión, como el encargado de ella, le parecieron muy sospechosos, y en consecuencia propuso una entrevista, que los generales españoles hubieron de mirar sin duda como una prueba harto peligrosa para Van-Halen, quien se alejó del país, so pretexto de ir á continuar su embajada cerca del gobernador de Sagunto.»

Era preciso encaminarse á otra parte, y Van-Halen con toda aquella comitiva y no pareciendo prudente emprender la misma intentona en Peñíscola y Sagunto por las relaciones que pudiera tener Robert con todos los puntos del litoral levantino, se dirigió el 7 de febrero á Lérida, á cuyo frente aparentó el Barón los preparativos de rúbrica para formalizar el sitio de la plaza en toda regla. Pero al mismo tiempo, y aunque en los primeros momentos y aun algún día antes, dos de los comisionados se fueron hacia Mequinenza, y Van-Halen y Bart hacia Torres de Segre para desorientar al general Lamarque (Isidore), que ya dijimos había substituído á su hermano Maximiliano en el mando de la fortaleza Illergete, no tardó Eroles en usar los medios convenidos para hacerse dueño de ella. **Entrega de Lérida.**

Si no con los recelos que valieron á Robert su salvación en tal conflicto, con cuantos parece que le pudieran ofrecer éxito igual, se mostró el general Lamarque exigiendo tantas y tales pruebas de lealtad á Eroles que parece imposible pudiera salir airoso en ellas el héroe catalán. Y, sin embargo, llegó á convencer á Lamarque de que todo aquel embrollo no era una ficción dirigida á engañarle, sino una verdad que, por otra parte, aparecía justificada, tanto como por los documentos que le presentaban, por el estado de los asuntos militares y políticos en el Norte de Francia y en la misma España, de que sólo la frontera de Cataluña quedaba dominada por las tropas imperiales. Todavía exigió el general francés el que su jefe de Estado Mayor, el coronel Polwerell, tratase con el suyo, D. Miguel Lopez Baños, las condiciones de una capitulación en cuya discusión podría aquél descubrir algo, y él mis-

mo, Lamarque, celebró una conferencia con Van-Halen, quien acabó por quitarle toda duda respecto á la lealtad de su misión y le hizo resolverse á la entrega de la plaza de su gobierno.

La de Mequinenza.

Mequinenza, entretanto, se rendía también después de haberla cortado cuantas comunicaciones conservaba en el país circunvecino, vigilado tan solo por una corta fuerza aragonesa, y después también de haber usado con su gobernador, general Bourgeois, tanto más celoso cuanto que había solicitado y obtenido la conservación de aquel mando, las gestiones todas convenidas por Eroles con Van-Halen. Cerrósele toda comunicación rodeando la fortaleza con los voluntarios que á porfía se ofrecieron al Barón y al comisario de la Diputación Sr. Cid, y se le enviaron los consabidos pliegos del Estado Mayor francés con sus firmas falsificadas y los sellos robados. Convencido Bourgeois por ellos, por un despacho de Eroles y su conferencia con Van-Halen á la vista de los nuestros en actitud inofensiva, evacuó la fortaleza el día 13 para reunirse á la guarnición de Lérida y seguir su suerte.

La de Monzón.

Más difícil parecía la tan bien urdida trama para con el presidio de Monzón por la circunstancia de su mayor alejamiento y la rarísima en que se hallaba aquella plaza por aquellos días. Ya dijimos que aquella guarnición, ciertamente escasa, estaba á las órdenes del capitán Boutan, que unía á un gran valor la fortuna de haber rechazado cuantos ataques le habían dirigido las fuerzas destacadas por Mina desde Zaragoza. El sitio llevaba cuatro meses y medio de duración, desde el 27 de septiembre de 1813, y la resistencia opuesta por los 90 gendarmes, 5 artilleros con 3 oficia-

les y un guarda de ingenieros, que componían la guarnición, sobrepuja á cuanto se puede esperar de una fuerza que ya debía considerarse abandonada de los suyos. Las tropas de Suchet se habían reconcentrado en Cataluña; Clausel había traspuesto el Pirineo y París se disponía á abandonarlo desde Jaca; las guarniciones de Lérida y Mequinenza eran impotentes para ofrecer socorro alguno; y para resistir á los batallones de Mina y su artillería, no contaba Boutan más que 4 piezas de á 8 en un reducido y casi ruinoso castillejo. Pero entre los valientes que lo presidiaban, existía un hombre, un simple sirviente ingeniero, el piamontés Saint-Jacques, quien sin conocimiento alguno científico, con la sola experiencia del sitio de Zaragoza, á que había asisdo, supo elevarse á la altura de un gran ingeniero, digno de los elogios que hayan podido tributarse á los más célebres en arte y ciencia de la poliorcética moderna. Hasta trece minas se emprendieron para romper el muro del castillo de Monzón y poder asaltarlo, y todas fueron destruídas con pozos y contraminas dirigidas y labradas por Saint-Jacques, quien llegó á inspirar tal confianza á su jefe que éste le dejó la dirección de la resistencia, y tal á los demás defensores, oficiales y soldados, que le obedecían como si efectivamente fueran subordinados suyos. Las primeras baterías plantadas por los españoles se mostraron ineficaces y hasta perdieron alguna pieza, desmontada por los cinco artilleros del fuerte; y, según costumbre de Mina, se recurrió á la guerra subterránea, que Saint-Jacques supo burlar á veces y escarmentar siempre. Así podía decir Suchet en sus Memorias: «No se sabe, en efecto, cuál cosa sea más digna de admirarse, si la

manera con que un empleado de grado tan subalterno supo granjearse la confianza entera de parte de la guarnición, ó bien la tan juiciosa deferencia que tuvo por sus consejos y luces el Comandante del fuerte. ó el celo sin límites con que se sacrificaron y consagraron los gendarmes á cuantos trabajos y faenas reclamara la defensa de la fortaleza fiada á su custodia».

Tanto valor, sin embargo, y constancia tan extraordinaria, cedieron ante la intriga de Van-Halen, secundada con rara felicidad por Eroles y Copons. Boutan la quiso resistir, primero por propio pundonor, y principalmente por considerar su puesto dependiente del gobierno de Lérida; pero durante el tiempo de las negociaciones para la entrega de Monzón, había Lamarque evacuado aquella plaza, y los emisarios enviados de Monzón la habían hallado ocupada por las tropas españolas, con lo que el comandante francés y sus valientes soldados, dando fe á cuanto se les aseguraba en los papeles de Suchet y á las palabras de los agentes de Van-Halen, entregaron el fuerte el 15 de febrero de 1814 para trasladarse á Lérida donde acabaron por ser desarmados.

Su capitulación que se extendía á que no quedaran prisioneros de guerra, sino á salir con armas y bagajes, con 40 cartuchos, cada uno, y con un cañón todos, hasta incorporarse al ejército francés de Cataluña, fué violada según acabamos de manifestar; corriendo suerte igual los que después de evacuar las plazas de Lérida y Mequinenza, hubieron de rendirse en Martorell á las fuerzas que envió Eroles en su seguimiento y á las que se destacaron del bloqueo de Barcelona para in-

terceptarles el camino y rodearles por todas partes. (1)

Ordenes de Napoleón.

Cómo sentaría tal resultado al duque de la Albufera, no hay para qué recordarlo. Se quejó de él á los generales Copons y Clinton, pero sin fruto en cuanto á satisfacciones que creyera debieran dársele, ni á sus esfuerzos para que se canjease á los prisioneros de Lérida y Martorell, que fueron llevados por el pronto al campamento de los aliados en Villafranca y después á Zaragoza. En cambio no debió ese mismo resultado hacer honda impresión en el gobierno del Emperador de los franceses, más atento á los sucesos que se desarrollaban á su presencia ó convencido ya de la inutilidad de sus esfuerzos para dominar á los españoles. Tan no pensó en vengar la pérdida de las plazas acabadas de nom-

---

(1) No nos cansaremos de recomendar la lectura del apéndice n.° 13 que contiene todos los detalles de aquella estratagema. Dice de ella el Conde de Toreno: «Muy irritados los enemigos de la conducta de Don Juan Van-Halen, afeáronla á lo sumo, y la graduaron de desercion y de abuso de confianza, nacido, según afirmaban, no de sentimientos honrosos, sino de mudanzas de la fortuna que, torva ahora, volvía al francés la espalda y lo desamparaba. Juzgáronla de otro modo los españoles por redundar de ella á la patria señalado servicio, digno de recompensa notable, bien que de aquellos cuya imitación y ejemplo, al decir de Horacio, puede traer daños en futuros tiempos».

«........ *exemplo trahenti*
Perniciem veniens in ævum.»

Mina dice en sus Memorias que el castillo de Monzón estaba bloqueado por tropas del 8.° regimiento de la división de Navarra, mandadas por su comandante accidental, D. Fermín Esaudi, auxiliado de sus ayudantes de campo D. Juan Ignacio Noaín, D. Juan Esteban Alemán y D. Martín Laquidain. Y añade: «Dió principio este bloqueo el día 27 de septiembre del año anterior, y no se hubiera entregado todavía el fuerte á no ser por las diligencias practicadas de acuerdo con el barón de Eroles, que operaba en Cataluña, por el ayundante del mariscal Suchet, D. Juan Van-Halen, con cifras y resortes, con los cuales hizo á la patria el servicio de alucinar al comandante del fuerte como lo había hecho en otras plazas».

brar, que autorizó á Suchet para negociar con Copons la entrega de todas las del distrito de su mando, exceptuando solamente la del castillo de San Fernando de Figueras, aquella *Belle Inutile*, de que hasta última hora quería hacer la base de las operaciones que un golpe de fortuna pudiera ponerle en el caso de emprender nuevamente en Cataluña. Tales condiciones, sin embargo, quiso imponer Copons, representado por el brigadier Cabanes jefe de su estado mayor, en la conferencia al efecto celebrada, que Suchet se negó á aceptarlas y quedó sin resultado el proyecto de convenio tan deseado por el gobierno, ya espirante, de Napoleón.

Deseábalo el Emperador para facilitar la entrada del rey Fernando en España según las exigencias militares de nuestras Cortes, y le urgía conseguirlo para disponer más libremente de las tropas que aún mandaba el mariscal Suchet en Cataluña, y poder con ellas aumentar el núcleo de las que necesitaría en Lyon para resistir la ya próxima invasión de Francia por aquella parte. Nueva orden, con efecto, le dictaba Napoleón en los primeros días de marzo para enviar á Lyon otra columna, compuesta, como la anteriormente destacada, de unos 10.000 hombres, que el 8 de aquel mes salía de Figueras para su destino al mando del general Beurman. A él, á Suchet, se le encargaba la custodia de la frontera con la poca fuerza que ya le restaría de tan brillantes ejércitos como los de Cataluña y de Aragón y Valencia; abandonando éstos cuándo y cómo pudieran los puntos fortificados que aun mantenían en las regiones cuyos nombres llevaban. (1)

(1) Según sus Memorias, Suchet podía disponer de 11.827 hombres, de los que 1.428 eran de caballería. La división La-

Aún esperaba, por lo que se le había ofrecido, reforzarlos con reclutas procedentes de los departamentos del Gard y el Herault, pero que no llegaron á incorporársele hasta mucho más tarde según haremos ver más adelante.

Y no es que dejaran de hacerle falta inmediatamente; porque, no logrado el convenio que tanto recomendaban Napoleón y su Ministro de la Guerra, los catalanes no cejarían en sus hostilidades sobre las plazas todavía ocupadas por los franceses y particularmente sobre la de Barcelona, donde se mantenía fuerza tan respetable al mando del hábil y enérgico general Habert. Pero tanto como de hábil y enérgico tenía de obstinado, exagerando, si en eso cabe, sus condiciones de lealtad á su jefe de tantos años, el Emperador Napoleón, y de fiel observante de los preceptos disciplinarios; pues que evidente ya el advenimiento de la paz, no sólo se negó á reconocer esa evidencia sino que la negó, nublándola con vapores de sangre que ya parecía imposible se siguiera derramando. Porque ante los muros que defendía, pasó el rey de España, puesto en libertad por Napoleón, precisamente para que cesara de correr esa sangre en España.

Ya hemos dicho que el Emperador había enviado á Suchet sus instrucciones para la evacuación de las plazas que aún ocupaban los franceses en nuestra re-

---

marque estaba en Figueras; la reserva de Mesclop, á retaguardia en la Junquera y El Pertus; y un batallón y un regimiento de caballería, en Perpignan.

En esa fuerza se hallaban incluídas las guarniciones de Besalú, Olot, Báscara, Palamós y algunos otros puestos, cuyos fuertes hizo Suchet evacuar ó destruir al retirarse de Gerona, plaza que también hizo desmantelar completamente.

gión oriental, y todavía el 8 de febrero desde Nogent manifestaba su descontento por no haberse dado cumplimiento á órdenes que él tenía por muy urgentes en su situación. Y añadía á Clarke en aquel despacho: «Dad carta blanca al duque de Albufera; que demuela Barcelona ó guarde lo que le convenga.»

«En cuanto al rey Fernando, continuaba Napoleón, no oimos hablar de lo en que para el tratado (de Valençay). Parece que se ha detenido á San Carlos en alguna parte. En tal estado las cosas, si el rey Fernando quiere ir á Barcelona, que vaya de incógnito. Se le entregarán las plazas fuertes mediante la vuelta de las guarniciones francesas. Os serviréis del conducto del conde Laforest en ese asunto y la correspondencia pasará por el intermedio del consejero de Estado d'Hauterive que haréis llamar á vuestra casa.»

«El duque de Albufera ha cometido una gran falta retardando la ejecución de las primeras órdenes; que haga lo que quiera, pero que lleguen tropas á Lyon.»

¡Quejas infundadas, porque Suchet había enviado aquellas tropas á Lyon inmediatamente de haber recibido la orden, y si no se verificó la entrega de las plazas, fué por no haber aceptado Copons las condiciones en que se le propuso el convenio, según también llevamos expuesto!

Pero mal se aviene el disgusto que revela ese despacho de Napoleón con la confianza depositada en Suchet un mes después según otro del 16 de marzo, en que se dice al mismo Clarke, al disponer la formación de un cuerpo de tropas para la reconquista de Burdeos y la defensa del Poitou y Rochefort: «Si creéis, se dice, que el duque de Albufera fuese mejor que el duque de Dalma-

cia, yo reemplazaría al uno por el otro, aun cuando no fuera más que para hacer que se acabasen vagas sospechas que no me inquietan pero que preocupan la opinión (qui tourmentent l'opinion). El duque de la Albufera tendría la ventaja de llegar con reputación muy buena.» (1). Y, con efecto, al día siguiente dispone que con las fuerzas enviadas á Lyon desde Cataluña, con las que se pudieran sacar de Rochefort y de los depósitos de caballería de la izquierda de la Loire, se organice un cuerpo que se titulará *Ejército de la Garonne*, empleando en él dos generales de división y cuatro de brigada *perfectamente seguros*.

Suchet, desarmado con la marcha de la segunda expedición, con su fracasado encargo de reunir al resto de sus fuerzas las guarniciones dejadas á su retaguardia y con no llegarle los *conscriptos* de los departamentos del Gard y del Hérault, de los que desertaban á centenares por el desánimo que inspiraba á los habitantes el estado de la Francia en aquellos días, se encontró, repetimos, desarmado para, de un lado, resistir á los españoles que no cesaban de hostilizarle y, de otro, reparar los reveses de Soult con las medidas que le imponía el Emperador. Hubo, pues, de limitar su acción militar á prevenir la defensa, que tanto se le había recomendado, de la fortaleza de Figueras, base que se quería hacer de la línea fronteriza y que se puso á las órdenes del general Palmarole. Aún se le daban avisos alarmantes sobre expediciones que se suponían dirigidas por los

(1) ¡Napoleón, sospechando siempre, y con razón, de las ambiciones de Soult, pero dándole los mandos más importantes y en que pudiera alimentarlas con más esperanzas de satisfacerlas!

ingleses al Languedoc ó al Rosellón; pero lo que más le preocupaba era la suerte de las guarniciones de Barcelona y Tortosa. Las de Sagunto y Peñíscola las daba por perdidas; las de Cataluña, que acabamos de citar, le importaban sobre manera por ser muy numerosas y poder, si se le incorporaban, reforzar su ejército hasta ponerlo de nuevo en aptitud de tomar otra vez la ofensiva. Por eso no cesaba de, por espías convenientemente apostados, dirigir á los generales Habert y Robert instrucciones para que éste procurase abrirse paso á Barcelona, y á Habert para, una vez verificado ese movimiento, emprender la marcha á Figueras, volando las fortificaciones de la capital del Principado y las de Hostalrich, y vadeando después el Ter por bajo de Gerona, plaza no repuesta aún por los españoles. (1)

Y no puede negarse á ninguno de aquellos generales el que pusieran de su parte cuanto les fué dable para llenar la importante misión que se les impuso, la dificilísima á que les llevó la marcha sucesiva de las operaciones en Cataluña, reflejo de las que tenían lu-

(1) He aquí el último párrafo de esas instrucciones dadas por Suchet el 31 de marzo: «Avisadme por cuantos medios podais de lo que hayais hecho por la guarnición de Tortosa: si lo conseguís, haced al momento vuestros preparativos para poneros en disposición de venir á reuniros con el ejército imperial, arrollando al enemigo que se quiera oponer á vuestro paso. El fuerte de Hostalrich tiene una guarnición: la podéis coger y volar el fuerte. El enemigo no ha armado todavía Gerona: podríais pasar el Ter por el vado que hay cerca de esa ciudad; podríais también evitarla pasando por la Abisbal y vadear el Ter y el Fluvia. Hallaréis Figueras ócupado por una guarnición y víveres abundantes. Bellegarde y Perpignan tendrán guarniciones; y vuestro movimiento producirá un efecto tanto más poderoso cuanto que será más inesperado.» Al mandar á Robert que se reuniese á Habert, le añadía: «La fortuna de la Francia velará por vos y os reunirá pronto á un ejército en que sois estimado y amado. *Je porte dans mon cœur tous vos braves.*»

gar en el centro de Europa, en las márgenes del Elba y del Rhin. Robert defendió Tortosa en un sitio que había comenzado el 20 de julio de 1813 oponiendo á los sitiadores, no sólo la resistencia pasiva para que tenía sobradas fuerzas con las que, según dijimos, le había dejado Suchet, sino que también con salidas, arma la más eficaz para contener al sitiador en la marcha, de otro modo incontrarrestable, de sus operaciones polémicas. Bien podían vanagloriarse, él, Robert, de la defensa de aquella fortaleza, y Suchet de haber depositado su confianza en aquel su general para una misión tan comprometida. Porque en tanto tiempo como duró el sitio de Tortosa, mejor dicho, el bloqueo, pues que nunca tuvo otro carácter, fueron varias las salidas que hizo el general Robert con fuerzas tan numerosas que, ó tomaban las proporciones de una batalla, ó iban dirigidas á tantear el terreno para una evacuación definitiva de la plaza. La del 13 de enero se había hecho con casi toda la guarnición; la del 18, en dirección á Tibens, con 2.800 infantes y algunas piezas de artillería, hizo suponer al brigadier Sanz, encargado del bloqueo, y al Empecinado, que también tenía allí su brigada, que de lo que trataba Robert era de abandonar aquella plaza, á la que le obligaron los sitiadores á volver; la del 22 de febrero, en que, aún presentaron los franceses alguna más fuerza, toda su caballería y varias piezas, ofreció todos los caracteres de una acción campal importante, en la que de nuevo se vieron obligados á retroceder á Tortosa con pérdidas considerables. Pero si resultaban á Robert inútiles tales esfuerzos, verdaderamente temerarios porque nunca habría llegado á atravesar un territorio tan extenso

como el que le separaba de Barcelona, ocupado fuertemente por los españoles, supo en cambio, con su prudencia, burlar la estratagema de Van-Halen y con su energía mantener enhiesta en los muros de Tortosa la bandera francesa hasta el 19 de mayo en que, hecha la paz, se puso en camino para Barcelona y la frontera.

Denia. Llevamos dicho que se daban por perdidas las plazas de Sagunto y Peñíscola como lo había sido la de Denia en diciembre, batida por mar y tierra, con la artillería especialmente que dirigía su jefe D. Diego de Entrena. Murviedro. El castillo de Murviedro, provisto abundantemente de armamento y de municiones de boca y guerra, con un gobernador, ya lo dijimos, escogido por Suchet entre otros jefes, todos excelentes, se entregó también más tarde, el 22 de mayo, llevándose sus presidiarios cuatro piezas de procedencia francesa. Su posición, que ya describimos; las fortificaciones, si en ruinas al tiempo de su primer sitio, perfectamente reparadas por los franceses, y el no haber sido sino objeto de un bloqueo, hicieron que no se rindiese tan interesante plaza hasta la celebración de la paz, en que la ocupó la tantas veces citada división española del general Roche. Peñíscola. Otra cosa sucedió con el fuerte de Peñíscola, tan mal defendido cuando cayó en poder de las tropas de Suchet, y al que después de un estrecho bloqueo se puso en diciembre un sitio en regla, según las regulares que en aquel tiempo y hasta alguno después se tuvieron en uso. En los últimos días de aquel mes se comenzaron los trabajos de trinchera y se había roto el fuego, que siguió también incesante hasta el término de la guerra, tres días después de la evacuación de Sagunto. El tiempo había sido durísimo, y los aproches á

las primeras obras del fuerte se habían visto entorpecidas con frecuencia por las lluvias y más acaso por la calidad del terreno, no pocas veces inundado. (1)

Con razón, pues, cabe que el mariscal Súchet diese por perdidas cuantas plazas había dejado en su retirada de Valencia á la derecha del Ebro, y litoral de Levante. Sólo, de consiguiente, debía preocuparle la suerte de las de la orilla izquierda, en la que también acababa de perder las de Lérida, Mequinenza y Monzón, y con ellas todo el interior del Principado de Cataluña, en cuyo extremo oriental se mantenía con pocas esperanzas ya de recobrar su ocupación. Ni Robert lograba reunirse á Habert en Barcelona para marchar juntos á Figueras; ni el segundo de aquellos generales abandonaría la esperanza de, recogiendo á su colega de Tortosa, sacar al Mariscal, su jefe, de la inacción á que le tenían reducido la marcha á Lyon de varias de sus divisiones y la absoluta necesidad de vigilar por la suerte de sus tenientes encerrados en las fortalezas entre sus numerosos y enfurecidos enemigos. Y como según aumentaban los apuros de una situación que cada día se iba haciendo más y más crítica con los acontecimientos que se sucedían en el norte de Fran-

(1) Por cierto que la *Gaceta* publicó en febrero un suceso curioso, ocurrido en aquel sitio. «Manuel Suárez, dice, natural de Madrid, soldado en los voluntarios de aquella capital, de la división del brigadier D. Juan Martín, el Empecinado, vestido de paisano se presentó á la avanzada francesa de la plaza de Peñíscola con un cántaro de aguardiente, logró engañarla, y embriagándola toda recogió 700 cabezas de ganado; y habiéndolas puesto en salvo, dió aviso á las avanzadas españolas, las que hicieron prisioneros los franceses embriagados, y quemaron la empalizada en que se hallaban; por cuya acción y escasez de víveres que les ha causado, se espera brevemente la rendición de aquella plaza.»

Todavía la ocuparon los franceses más de tres meses.

cia y los reveses nunca reparados por Soult en el mediodía, se reducían los recursos con que aún se pudiera contar en Cataluña, el mariscal Suchet, encargado además del mando de los departamentos inmediatos de que habría de recibir los *conscriptos* que se le destinaban y los recursos que se decían reunidos en Montpellier y Nimes, pero que no le proporcionaban ni soldados ni material de guerra, ni víveres siquiera, se veía reducido á una real y verdadera impotencia militar.

Fernando VII en libertad.

En esa situación se hallaba y cubriendo la margen izquierda del Fluviá, cuando le llegó la noticia de que se acercaba á su campo Fernando VII, puesto en libertad y acompañado de su hermano D. Carlos y de su tío, el también infante de España D. Antonio, que el 13 de marzo habían salido del famoso castillo de Valençay, su prisión de seis años. Napoleón vencedor en cuantas partes se presentó con sus mermadas fuerzas, á punto de tener los generales aliados la orden de su generalísimo para rehuir los combates en que apareciera aquel genio de la guerra, pero abrumado de todos lados por las innumerables con que le iban cercando las naciones todas, todas antes sometidas á su voluntad y hasta á sus caprichos políticos, había tenido que recurrir para, con la maña en que tan hábil se había mostrado también, hacer cara al furioso huracán que de un año antes se había desatado sobre su cabeza. Y aun viendo que la Regencia y las Cortes españolas se negaban á aceptar las condiciones con que en el tratado de Valençay presumía separarlas de la alianza con Inglaterra, su más antigua, tenaz y formidable enemiga; pero suponiendo que la Regencia y las Cortes acabarían por someterse á la autoridad de D. Fer-

nando, el nunca olvidado y siempre deseado del pueblo español, no desistió de su empeño y dispuso se le dieran los pasaportes para que regresara á su patria. El 7 llegaron con efecto; y el 13, como acabamos de decir, se ponían en camino el Rey y los Infantes, precedidos del general Zayas, á quien se había abierto antes las puertas del *donjon de Vincennes,* donde había estado recluído desde la rendición de Valencia. Se adelantaba para entregar á la Regencia y á las Cortes una carta del Rey, prenda, la primera, que dió el tan discutido soberano de que se valieran después sus adversarios para tachar de desleal é ingrata su conducta política. Decía en aquel mensaje: «En cuanto al restablecimiento de las Córtes, de que me habla la regencia, como á todo lo que puede haberse hecho durante mi ausencia que sea útil al reino, merecerá mi aprobacion como conforme á mis reales intenciones».

En esa carta, como en las sucesivas y como en sus procedimientos hasta su llegada á la corte, en que se publicó su tristemente célebre decreto de 4 de mayo, suscrito en Valencia, Fernando VII se mostró lo que siempre, el enigma viviente, envuelto en la red de disimulos, hipocresías y reservas, característicos en él desde que pudo comprender la situación á que le había llevado la del palacio de sus padres.- Discúlpale en no pequeña parte la ignorancia de cuanto había pasado en España durante su cautiverio, en que sólo las órdenes de Napoleón, las noticias que le transmitían los agentes imperiales y los periódicos franceses, únicas que se ponían á su alcance, podían informarle de algo, de aquello, precisamente contrario á los intereses de nuestra patria. Con decir que en aquella jornada logró

leer el texto de la Constitución promulgada en Cádiz el 19 de marzo de 1812, que le llevó Palafox al volver de Madrid, se comprenderá esa ignorancia y, si lo quieren sus enemigos, el cómo pudo valerse de ella para disimular los proyectos que tuviera en su mente reservados.

En Pernignan, donde se detuvo el 19, fué recibido por el mariscal Suchet con las muestras de respeto y mayor consideración, si criticadas por algunos, atribuyéndolas, mirando al nuevo sol que ya aparecía por los horizontes de París, á miras interesadas, pues que hay quien le supone pidiendo á Don Fernando la conservación de la Albufera de Valencia, cuyo dominio le había concedido el rey José con el título de ese mismo nombre. Suchet se veía en un compromiso bien comprensible desde que se sepa que había recibido la orden de conducir á D. Fernando á Barcelona y retenerle allí hasta que diese garantías para la vuelta de las guarniciones de las plazas recientemente ocupadas en Cataluña y de las que aún permanecían en poder de los franceses. No era menor el del Rey al dictar dispociones en ese sentido hallándose fuera de España, en contravención de las tomadas por la Regencia y las Cortes; y, reconociéndolo así el Mariscal, creyó deber permitirse una concesión al rey en condiciones que no serían luego aprobadas por su nuevo gobierno. Convino con D. Fernando en dejarle continuar su marcha con el título de Conde de Barcelona y trasponer la frontera, pero dejando en Perpignan al infante D. Carlos que días después, y con la promesa por parte del Rey de la vuelta de las guarniciones francesas á su país, obtuvo también autorización para penetrar en

España (1). Así pudo el rey Fernando cruzar el Fluviá la mañana del 24 á presencia de los dos ejércitos, francés y español, formando un espectáculo el más significativo de la victoria de la lealtad, de la constancia y de las armas de la nación española sobre las que el mundo entero consideraba de 16 años atrás como incontrarrestables, las del Emperador Napoleón. Véase cómo describe aquella brillante y conmovedora escena el elocuente historiador de la Guerra de la Independencia en Cataluña. «Rayó el alba del 24. El ejército español ocupaba una extensa línea de batalla junto á Báscara, á la derecha del Fluviá, dando frente á la vecina frontera. En la márgen izquierda, formaron igualmente en batalla sus tropas los generales franceses. Vistoso golpe de vista presentaban ambas fuerzas, enfrente unas de otras pacíficamente, después de haberse desangrado ambas con igual encono en mil combates, y en víspera tal vez de renovarlos. Muy luego se oyeron en uno y otro campo alternativamente músicas y aclamaciones de ¡Viva Fernando! ¡viva la Nacion! ¡viva la Constitucion!, acompañados de un saludo de nueve cañonazos. Acercábase el rey precedido de un parlamento que se presentó anunciando su llegada. A poco dejóse ver Fernando sobre la izquierda márgen del río, acompañado de su tío el infante D. Antonio y del mariscal Suchet con alguna caballería».

«El parlamentario, que no era otro que el general

---

(1) Suchet, en una nota de su narración, manifiesta que algún tiempo después recibió un despacho del gobierno provisional de Francia en que se le decía *que había sido odioso y contrario á los convenios el retener en Perpignan al infante D. Carlos, y mandándole conducirle al primer puesto español.*

Pero ¿quién mandaba en Francia al tomar Suchet aquella precaución? ¿El gobierno provisional, ó Napoleón?

Saint-Cyr Nougues, acercóse á Copons para decirle que iba S. M. á pasar el río, límite entonces de entrambos ejércitos. Separóse en seguida el monarca de la escolta francesa, y saliendo á esperarle para marchar precediéndole, cuatro batidores del escuadron del General, y detrás de éstos los correos de gabinete y el picador, pasó á la contraria ribera. No bien hubo el rey sentado en ella su planta, solo ya con el infante y la comitiva española, cuando apeándose Copons se dirigió á su encuentro, seguido de su estado mayor, é hincando en tierra la rodilla, y con el acatamiento debido ofrecióle sus respectos y su adhesion, en un breve, gratulatorio y sentido discurso, muy propio de las circunstancias. Puso en seguida en las reales manos un pliego cerrado y sellado que le había remitido la regencia del reino en conformidad á lo prevenido por el artículo 3.° del decreto de 2 de febrero, bajo cuya cubierta venía una carta para S. M., informándole del estado de la nación, con varios documentos y comprobantes adjuntos. La alegría fué entonces extremada en la tropa y la muchedumbre que ansiosa para verle acudiera. El rey estaba al parecer profundamente conmovido, y más de un veterano del ejército español sintió correr por su atezado rostro lágrimas de amor, de satisfacción y de noble orgullo. Revistadas por S. M. aquellas tropas que tantos días de gloria habían dado á la nación en los seis años transcurridos desde la ausencia del monarca, siguió éste hacia Gerona, escoltado por sus fieles y valerosos soldados, y seguido de un numeroso pueblo que no cesaba de aclamarle y bendecirle.» (1)

(1) Esa relación del Sr. Blanch, es un verdadero trasunto de la expuesta por D. Miguel Agustín Príncipe, en su obra tantas

Entró Fernando en Gerona aquel mismo día 24, y el espectáculo que se ofreció á sus ojos, debió conmoverle profundamente, pues que se le vió esforzarse en contener las lágrimas que se agolpaban á su semblante á la vista de las ruinas que entorpecían su paso por las calles. ¡Ruinas venerandas teñidas todavía de la roja sangre de miles de mártires heróicos que habían preferido la muerte al baldón de ver impasibles que era profanado impunemente el hogar patrio, le harían observar qué de sacrificios representaban, cuánto patriotismo y amor á su persona revelaban para que ciudad tan populosa y fortaleza tan insigne por su historia se vieran reducidas á polvo y sus agregios moradores á la horfandad y la miseria! La memoria, luego, de Alvarez, el lugar de cuyo martirio había podido visitar en una de las mazmorras del castillo de Figueras, del impertérrito gobernador en quien parecía encarnada aquella tenacidad inflexible de la abnegación patriótica de la raza española, su espíritu religioso y el monárquico cuyo objetivo era él, el Rey *deseado* de la nación,

---

veces citada, nada favorable, por cierto, á Fernando VII, como afiliado que estuvo siempre al partido progresista con los que tanto habían sufrido en las dos épocas de reacción en el reinado de aquel soberano. No difiere, con todo, mucho de la extremadamente lacónica del mariscal Suchet.

El discurso de Copons fué el siguiente: «Señor: el general en jefe del primer exército nacional y Capitan general de la provincia de Cataluña, tiene el honor de presentarse á V. M. para tributarle todo el respeto debido que V. M. merece por su alta dignidad de Rey de las Españas.»

«V. M. llegue en feliz hora á este reyno que tan de veras le ama, y que tan heroycos esfuerzos ha hecho por V. M. Apresúrese V. M., Señor, para llegar á su corte, en dònde le espera el soberano Congreso para entregarle el gobierno, que tan dignamente desempeña la Regencia de las Españas. El cielo, Señor, dé á V. M. dilatada vida, y en ella acierto para gobernar un reyno que tanto merece.»

(Gaceta extraordinaria de la Regencia del 3 de abril de 1814.)

el siempre *deseado* á través de tiempo tan largo como el de su cautiverio, á pesar de tales trabajos y calamidades como las de una guerra asoladora que parecía insuperable á todos menos á sus súbditos, debió también impresionarle vivamente y dirigir su mente y su corazón á pagar con los beneficios de una administración paternal la gratitud debida á esa memoria y cuantos pudieran provocarla ante espectáculo tan sublime de heroismos dignos, como los de Sagunto y Numancia, de eterna recordación. Todo eso, debemos presumirlo, sentiría el joven monarca á raíz de hallarse libre del injusto y rudo cautiverio que había sufrido, en medio de sus libertadores, cubiertos todavía de luto y sumidos en la miseria; pero, queriendo quizás decirlo, la suspicacia que de él se había apoderádo desde sus primeros años, las amarguras sufridas y la ofuscación por ellas creada en su mente, le llevaron á no abrir el corazón á impresiones tan conmovedoras y continuar en reservas ni dignas de su posición ni dignas para los á quienes tanto debía.

Decía á la Regencia el mismo día de su llegada á Gerona: «Acabo de llegar á ésta perfectamente bueno, gracias á Dios, y el general Copons me ha entregado al instante la carta de la Regencia y documentos que la acompañan: me enteraré de todo, asegurando á la Regencia que nada ocupa tanto mi corazon como darla pruebas de mi satisfaccion y mi anhelo por hacer cuanto pueda conducir al bien de mis vasallos.»

«Es para mí de mucho consuelo verme ya en mi territorio, en medio de una nacion y de un ejército que me han acreditado una fidelidad tan constante como generosa.»

Frente á Barcelona.

Y como recelando siempre y siempre encerrado en un mutismo que á todos tenía en constante alarma de los proyectos que pudiera abrigar, D. Fernando, acompañado ya de su hermano, que se le había reunido en Gerona, continuó la jornada, aunque no al mismo Barcelona, como había dispuesto el Emperador para que sirviera de rehén hasta la vuelta de las guarniciones francesas, sino á cruzar el Llobregat pasando á la vista sólo de aquella capital, desde cuyos muros le verían pasar atónitos sus presidiarios. Por tan cerca de la plaza debía, sin embargo, recorrer el llano la numerosa comitiva del Rey, que fué necesario obtener el permiso del general Habert, quien, autorizado por Suchet para darlo, hizo retirar los puestos avanzados para evitar cualquier rozamiento con las escoltas del Rey, dejando tan sólo uno en la Cruz Cubierta por su especial situación en la línea opuesta á la del bloqueo, de tanto tiempo atrás establecido por nuestras tropas (1). Con todo eso, el espíritu marcial de Habert hubo de quedar tan lastimado que, á pesar de que el paso del rey Fernando en tal forma debía significarle

---

(1) Dice el Sr. Blanch al recordar la revista que el Rey pasó al ejército á la vista de Barcelona: «Paróse el coche en que iba Fernando para recibir S. M. los homenajes de los jefes que se habían adelantado á ofrecérselos. A todos distinguió el Rey como merecían, pero especialmente á Manso, quien hincó la rodilla para besar la real mano, y quitándose la espada presentóla por la empuñadura á S. M. saludándole cortesmente y dándole en sentidas frases, á nombre suyo y en el de sus tropas, el parabién por su restitución al trono de sus mayores.

Apeóse Fernando, contestando al primer saludo de Manso con estas palabras: *Dios te guarde, buen español,* y devolviéndole la espada le abrazó, añadiendo: *¡Cuánto te debo! ¡Cómo te lo pagaré! ¡Tu nombre es inmortal!* Lisonjeras exclamaciones con las que el generoso corazón del adaliz catalán se consideró suficientemente recompensado.»

el término de nuestra lucha con Francia, pocos días después hizo como si protestara de él con una salida que, por fortuna, le escarmentó duramente para que no repitiese una hostilidad tan estéril como intempestiva. Cruzó luego el Rey la corriente del Llobregat por Molíns de Rey, escenario perpetuo de las hazañas catalanas en aquella guerra, continuando por el desgraciado Arbós á Tarragona, la antes rica y espléndida, la monumental cabeza de la España citerior, que vió despedazada, convertida como Gerona en un montón de ruinas. ¡Qué de motivos de reflexión para quien había recibido de Dios y de los españoles la misión de reparar tantos males y enjugar tantas lágrimas!

En Reus. Pero cerca de allí, en Reus, donde se encontraba el 2 de abril, fué donde, aunque no sin razón, y esa potísima, decidió separarse de las instrucciones que la Regencia se había permitido dictar para el viaje del Rey fijando, así como soberanamente, el itinerario que habría de seguir del Fluviá á Valencia y de Valencia á Madrid. No dejaba de ser imposición algo dura la de fijar un itinerario de ida y vuelta á un soberano que no había conocido otros procederes que los de sus padres en una dinastía no por pocos tachada de excesivamente autoritaria, y eso en un tono imperativo que chocaría á quien ignoraba, al menos circunstanciadamente, las variaciones introducidas por las Cortes en el gobierno y la alta administración del Estado. (1)

En Reus le fué entregada al Rey por manos de

---

(1) Empezaba así el decreto segundo sobre el viaje del Rey: «ARTÍCULO DE OFICIO. Habiendo determinado S. A. hacer alguna pequeña variación en los itinerarios para el viaje del Señor Presidente de la Regencia hasta Valencia, y en el que ha de

Palafox una exposición solicitando se dignase honrar, pasando por Zaragoza, á la ciudad heróica, la primera en sacrificarse por la causa de la nación y la del monarca, arrebatado á sus súbditos tan ruda como alevosamente. ¿Iría D. Fernando á negarse á una solicitud que, además de gratulatoria, revelaba el amor á su persona, probado con la destrucción, bien manifiesta, de la ciudad, los estragos de la lucha, del hambre y de la peste, arrostrados por sus incomparables habitantes?

En Zaragoza.

Fuese, pues, obedeciendo á los sentimientos que despertara en su corazón tan razonada y justa instancia; fuese por aprovechar circunstancia tan oportuna para mostrarse con una independencia de que parecía querérsele privar, D. Fernando, accediendo á los deseos de los zaragozanos, se dirigió á Lérida, dejando en Reus á D. Antonio, reproducida su dolencia que, curada muy pronto, le permitió trasladarse directamente á Valencia, donde se reuniría con el Rey.

El recibimiento que éste obtuvo en Zaragoza fué solemnísimo, digno de un soberano en las circunstancias extraordinarias en que se veía á Fernando VII, y del pueblo magnánimo que tantos sacrificios había hecho para afirmar la inmortalidad de su fama. La circunstancia de deberse celebrar los oficios de Jueves y Viernes Santos en los primeros días de su llegada, hizo se prolongase la estancia del Rey hasta el 11, lunes de Gloria para, sin interrumpir aquellas sagradas ceremonias, á que asistieron los augustos hermanos, gozar de

---

hacer nuestro Monarca desde aquella ciudad hasta esta corte, se ponen á continuación para noticia del público.»

Las etapas eran Aranjuez, el Corral de Almaguer, El Pedernoso, Minaya, Chinchilla, Almansa, Venta del Rey y Valencia.—Las de vuelta; las mismas en sentido inverso.

los agasajos, fiestas, revistas y ejercicios militares con que fueron obsequiados por la ciudad y por la división Wittingham, en ella acantonada. No sólo admiró á los zaragozanos con su devoción en las fiestas del Pilar y de La Seo, sino que les satisfizo en sus visitas á las ruinas producidas por el fuego en los dos sitios que habían sufrido, y la hecha á la Condesa de Bureta, representante la más autorizada por la hazañosa abnegación que ha inmortalizado á las heróicas hijas de la Cesaraugusta de nuestros indomables antepasados.

Y desde allí á Valencia comenzó la serie de conciliábulos que habrían de conducir al país á una reacción desenfrenada, y al Rey, á la pérdida de los prestigios conseguidos con sus desgracias y conquistados después por las hazañas y sacrificios de sus súbditos. Ya llevaba la causa liberal perdido en la comitiva real uno de sus partidarios, el de mayor influencia en aquellas circunstancias, el general Copons que había acompañado al Rey desde la entrada de éste en España, y que desde Zaragoza hubo de volver al Principado de su mando. Ha habido quien le acusara de no ejercer esa influencia con el calor y la eficacia que merecía la causa de la libertad, tan seriamente comprometida por la reserva misma que observaba el Rey, silencio y disimulo que no debería ocultarse á quien tan cerca le llevaba en todo el viaje; pero su destitución en los primeros días de junio demuestra que Copons, negándose á expresar claramente sus sentimientos políticos en las ocasiones que le provocaron los de la comitiva del Rey, los dejaría sin embargo traslucir á sus perspicaces inquiridores. (1)

---

(1) **En las Memorias del General Copons, y particularmen-**

En Daroca quedó sin resolución la junta celebrada allí la noche del 11; pero en Segorbe, reunidos al Rey y su hermano D. Carlos, el Infante D. Antonio que, llegado mucho antes á Valencia, se adelantó á recibirles con D. Pedro Macanaz, el duque del Infantado y Don Pedro Labrador, bien conocidos por sus ideas anticonstitucionales, pudo ya comprenderse el rumbo que tomaría la política española desde que Don Fernando ocupara el trono, de que ya podía decirse que era dueño, si no en las condiciones en que pretendían entregárselo la Regencia y las Cortes, con las que le invitaban los pueblos que le habían recibido en sus manifestaciones de un entusiasmo verdaderamente delirante. El consejo que allí se celebró entre los recién llegados de Valencia y Palafòx, los duques de Frías, Osuna y San Carlos, está magistralmente descrito por el conde de Toreno, cuya relación transmitimos como de político tan sagaz y acreditado dentro de las ideas liberales que, con más ó menos calor, profesó siempre. En Segorbe.

«El 15, dice, llegaron Fernando y su hermano el infante á Segorbe, y multiplicáronse allí las marañas y enredos, arreciando el temporal declarado contra las Cortes. Juntóse en aquella ciudad con sus sobrinos el Infante D. Antonio, viniendo de Valencia, en donde había entrado el 17 (el 7) acompañado de D. Pedro Macanaz. Acudieron también á Segorbe el duque del Infantado y D. Pedro Gómez Labrador, procedentes de Madrid; quienes en unión con D. José de Palafox y

te en la carta que el 4 de marzo de 1818 dirigió á su hijo, están expuestos los sucesos del viaje de Fernando VII y explicada la causa de la separación del ilustre General del mando en jefe del primer Ejército, á que acabamos de aludir.

los duques de Frías, Osuna y San Carlos celebraron la noche del mismo 15 nuevo consejo, siempre sobre el consabido asunto de si juraría ó no el Rey la constitución. No asistió D. Juan Escoiquiz, que se había adelantado á Valencia para avistarse con sus amigos, y sondear por su parte el terreno y los ánimos. Prolongóse la reunión aquella noche hasta tarde y ventilábase ya la cuestión, cuando se presentó como de sorpresa el Infante D. Carlos. Frías y Palafox reprodujeron en la junta los dictámenes que dieron en Daroca. También Osuna, pero más flojamente, influído, según se creía, por una dama de quien estaba muy apasionado, la cual muy hosca entonces contra los liberales, amansó después y cayó en opinión opuesta y muy exagerada. Dijo el duque del Infantado: «Aquí no hay más que tres caminos: jurar, no jurar ó jurar con restricciones. En cuanto á mí no participo mucho de los temores del duque de Frías...», dando á entender en lo demás que expresó, aunque no á las claras, que se ladeaba á la última de las tres indicaciones hechas. Se limitó Macanaz á insinuar que tenía ya manifestado su parecer al Rey, lo mismo que al infante, sin determinar cuál fuese. Otro tanto repitió San Carlos, perdiendo los estribos al especificar la suya D. Pedro Gómez Labrador, quien en tono alborotado y feroz votó «por que de ningún modo jurase el Rey la constitución, siendo necesario meter en un puño á los liberales...», con otras palabras harto descompuestas, y como de hombre poco cuerdo y muy apasionado. Disolvióse, no obstante, la junta actual como la anterior de Daroca, esto es, sin decidirse nada en ella, pero sí descubriéndose cuál sería la resolución final.

Esa, la resolución magna, la que iba á decidir de los destinos de nuestra patria por varios años, se tomaría días después en Valencia y, hemos de decirlo con toda sinceridad, más que por prejuicios y propósito firme en el Rey, por la fuerza de una opinión creada en su derredor para obcecarle, primero, halagando sus instintos de nacimiento y sus rencores de educación, y entregarle, luego, á los que con ello satisfarían sus más bastardas ambiciones, de venganza también y de ruines intereses. Más que otra cosa D. Fernando se hizo instrumento de un partido, muy numeroso es verdad, puesto que después de cerca de un siglo brota de entre las cien derrotas que ha sufrido; de un partido, que, valiéndose de las torpezas y del exceso de confianza de sus adversarios políticos, le hizo cercar de los más acalorados y hasta furiosos de sus adeptos que lograron sorprender, y no era difícil, su ignorancia de cuanto inspiraba en España la política más conveniente en tiempos tan agitados y revueltos.

Y así sucedió al llegar á Valencia el día 16. Aquello se hizo un infierno en que reunidos los hombres políticos de mayor actividad de los dos partidos militantes que se disputaban el gobierno del joven rey, que creían significar el de la Nación, pugnaban con todo género de artes para atráerselo á sus ideas é intereses. Ayudaba, sin embargo, á los enemigos de la Libertad un general, D. Francisco Javier de Elío, capitán general de aquel distrito militar que, enojado con las Cortes desde la segunda acción de Castalla, enemigo de las reformas que habían introducido en la Constitución del Estado, y con disgustos recientemente tenidos con los Regentes, se esmeró en sus desprecios al Presidente Cardenal Bor-

En Valencia.

bón y en sus halagos y adulaciones al Rey, cuyos intentos no dejaría de penetrar al recibirle en las cercanías de Valencia adelantándose á darle la bienvenida al frente de su estado mayor, tanto como numeroso y brillante, apegado á las ideas de su general. «En efecto, dice el conde de Toreno, al aproximarse S. M. le salió al encuentro aquel general, y pronunció un discurso en el que no sólo vertió amargas quejas en nombre de los ejércitos, sino que también suplicó al Rey empuñase el bastón de general que llevaba *cuya señal de mando* (decía Elío) *adquiriría con eso valor y fortaleza nueva.*»

Enardecido sin duda con eso, mostróse el Rey hosco y furo con el Cardenal, su tío, que, en cumplimiento de los acuerdos de le Regencia, había salido de Valencia á saludarlo en Puzol. No era el ilustre Prelado bastante sabio ni enérgico para entenderse ni habérselas con el astuto monarca, alentado en aquellos momentos con las manifestaciones de respeto, de adhesión y entusiasmo que le prodigaba la multitud que le rodeaba y seguía. Así es que, aun queriendo hacer un alarde de su elevada posición como Presidente del Gobierno de España mientras el Rey no ocupase el trono en las condiciones que le impusieran las Cortes, y creyéndose bastante fuerte con la misión que había recibido para resistirse á besar la mano que le adelantó D. Fernando, hubo al fin de rendirse á los gestos imperativos y á la voz de su sobrino para que cumpliese con aquel antiguo y majestuoso ceremonial.

Con ese recibimiento y con el juramento pronunciado por la oficialidad del ejército, que fué presentada al Rey la tarde de su llegada, *jurando sostenerle en la plenitud de sus derechos,* coincidió la aparición en Valencia

de D. Bernardo Mozo de Rosales llevando la llamada *Representación de los Persas*, papel tan reprobable por su esencia como por su forma. Pero dirigido á ensalzar las excelencias de la monarquía absoluta emanada de la divinidad y única razonable, y aun contradiciéndose al aconsejar el llamamiento de Córtes, si bien con el carácter antiguo de las de Castilla, su objeto principal era el de condenar la celebración y la conducta de aquellas de que los autores de aquel escríto formaban parte. El que pudiéramos llamar Jefe de *los Persas*, que siempre figuró á la cabeza de los absolutistas de España en sus conciliábulos ó juntas al levantarse en armas, completó en Valencia la fuerza de los que pedían al rey el restablecimiento de aquellos principios ahuyentando de la corte á los pocos que junto al Cardenal, presidente de la Regencia, y de su Secretario Luyando, quisieron en un principio hacer que las ideas liberales prevalecieran en el ánimo de D. Fernando. (1)

En Madrid.

Mas, si impotentes resultaron en Valencia los representantes de las Cortes, minoría microscópica en aquel tropel de gentes que acudía de todas partes á adular al recién liberado monarca, nada hicieron los

---

(1) La síntesis de las opiniones y deseos de los Persas en su Representación se halla expuesta en el último párrafo del escrito en que se dice: «Estos son, Señor, nuestros deseos y las causas que los han impulsado. Por todo se penetrará V. M. del estado de España, de sus sentimientos, y de la rectitud que nos conduce á este justo paso de sumisión debido á vuestra soberanía. Si lo indefinido de los votos de algunas resoluciones del Congreso, han podido un momento hacer dudar á V. M. de esta verdad, le suplicamos tenga por única voluntad la que acabamos de exponer á S. R. P., pues con su soberano apoyo, y amor á la justicia, nos hallará V. M. siempre constantes en las acertadas resoluciones con que aplique el remedio. No pudiendo dejar de cerrar este respetuoso Manifiesto, en cuanto permita el ámbito de nuestra representación y nuestros votos

que en Madrid permanecían creyéndose con prestigios y fuerza sobrados para sobreponerse á los consejos y á los procedimientos, por insidiosos que fueran, de sus adversarios. Ni lo que pudiera pensar D. Fernando, envuelto todavía como antes en sus enigmáticas reservas; ni los manejos de los que más inmediatamente le servían, sus acompañantes de Valençay; ni los de los recién llegados que, presintiendo el resultado inevitablemente próximo, bullían en derredor del Rey para precipitarlo hacia su lado; ni los alardes de Elío al frente de sus tropas llevadas de su espíritu disciplinario ó seducidas con la presencia de su tan deseado soberano; ni la escisión en sus mismas filas y en momentos tan difíciles, sacaron á los diputados de Madrid del embelesamiento optimista en que estaban frente al negro turbión que volaba para ahogarlos desde las regiones de Levante. En él, con efecto, se forjaba el rayo que al despertarlos de su arrobamiento vendría á sumir la España toda en un abismo de desastres hasta entonces desconocidos, el decreto de 4 de mayo de 1814, destructor de la máquina política, administrativa y social, formada entre el estruendo de una guerra que

---

particulares, con la protexta de que se estime siempre sin valor esa Constitución de Cádiz, y por no aprobada por V. M. ni por las provincias; aunque por consideraciones que acaso influyan en el piadoso corazón de V. M. resuelva en el día jurarla; porque estimamos las leyes fundamentales que contiene, de incalculables y transcendentales perjuicios, que piden la previa celebración de unas Córtes especiales legítimamente congregadas, en libertad, y con arreglo en todo á las antiguas leyes.—Madrid 12 de abril de 1814.»

Esa representación, al imprimirse en 1814, llevaba 71 firmas. Fué reimpresa en 1820 en la Imprenta de Ibarra (Madrid) con una Refutación, apoyada naturalmente con los datos y razonamientos que debía procurar la situación de España en aquel año después del reconocimiento y jura del código constitucional de Cádiz por Fernando VII.

había causado la admiración del mundo. «Contentáronse, dice un historiador de gran autoridad, víctima de tamaño error, con escribir nuevamente al Rey dos cartas que no merecieron respuesta, y con ir disponiendo el modo de recibirle y agasajarle á su entrada en Madrid y jura en el salon de Córtes.»

¡A tal punto estaban de confiados y ciegos! (1)

¿Creerían poner de su parte al pueblo de Madrid celebrando con extraordinaria pompa el Dos DE MAYO, y al Rey con trasladar las sesiones de Cortes á edificio que, engalanado con gran lujo, satisficiese el deseo que pudiera llevar de ostentación para presentarse al cuerpo que ellos suponían haber salvado á España con sus iniciativas político-militares? (2)

---

(1) Dice el Sr. Príncipe: «No nos permite detenernos á comentar la conducta de los diputados llamados *Persas*, la admiracion que nos causa la de los liberales, á los cuales, ni los sucesos de Madrid que se dejaban ver demasiado, ni las noticias cada vez más sombrías que llegaban de Valencia, fueron bastantes á sacar de la fatal creencia de que el Rey no destruiría de raíz las nuevas reformas, ni á hacerles tomar medida alguna capaz de conjurar la tempestad que ya rugía tan de cerca, y lo que es más, ni aun á cautelarlos contra asechanzas personales que debían temer, si no desconocían del todo el corazon humano y la historia general del mundo.»

(2) No por razón de la libertad del Rey, sí por la de haber terminado la guerra y ofrecer al pueblo de Madrid ese homenaje de su elevado patriotismo, hicieron las Cortes y la Regencia celebrar la función del Dos DE MAYO con la mayor pompa. Se buscaron y encontraron en la cripta de la arruinada iglesia de San Martín los restos de Daoiz y Velarde, y depositados en magníficas cajas fueron conducidos al hoy llamado *Campo de la Lealtad,* con un ceremonial solemnísimo que anunció detalladamente la Gaceta del día 5. En ella y su último párrafo se decía: «El gentío inmenso que acudió á presenciar la solemnidad de este día en el Prado, en los balcones y en las calles de la carrera; la pompa y el lúgubre aparato de esta fiesta nacional; los tiernos y elevados sentimientos que excitaba en los concurrentes, y el majestuoso silencio que reinó durante este acto religioso, realzaron sobremanera la funcion, de cuya magnificencia sólo podrá tener cabal idea quien haya logrado

Observación final.

No corresponde á este escrito la narración minuciosa de aquella jornada en que Fernando VII, que había firmado en Valencia el decreto de 4 de mayo, lo hizo público el 12, un día antes de su entrada en Madrid, donde ya se llevaban ejecutadas disposiciones que, en vez de hacerla triunfal como la del 24 de marzo de 1808, la ennegrecieron con los atropellos cometidos los días anteriores así en el pueblo como con los más insignes y beneméritos representantes de todos los de España.

Podrá caber disculpa en la resolución del Rey y aun en su tan célebre decreto, mezcla de sus ideas propias y de las enunciadas en la Representación de los Persas, que de todo hay en tan desgraciado documenmento, hecho histórico en España; pero lo que nunca podrá justificarse es el modo cobarde con que se dió á conocer haciéndolo preceder de desmanes y violencias tan impropios de las circunstancias de una restauración en que la gloria y el interés nacional parecían haberse unido para aconsejar la prudencia, la conciliación y la generosidad en todo y para todos.

Eso, así, obedece á consideraciones esencialmente políticas que tendrán su lugar en la Historia del reinado de Fernando VII, no en la militar de la Guerra

---

la dicha de ver las urnas de Daoiz y Velarde llevadas en triunfo.»

Por decreto de 14 de abril habían dispuesto las Cortes:=«El día Dos de Mayo será perpetuamente de luto riguroso en toda la monarquía española.»

En un folleto titulado El Luto del Dos de Mayo y que se publicó el año de 1884 en la Imprenta del Depósito de la Guerra, dimos cuenta de tan notable ceremonia debida en gran parte al general Loygorri á cuyo hijo, duque de Vista-Hermosa, fué dedicado nuestro escrito.

de la Independencia, de la que todavía nos falta narrar una parte considerable, precisamente la que puede decirse formó el coronamiento de aquella lucha extraordinaria que sin exageración debe pasar por haber sido la causa, principal en su fondo, de la ruina del Imperio Napoleónico.

Antes, sin embargo, de comprometernos en la todavía larga y difícil tarea de describir la campaña última, la de la invasión de las tropas aliadas en Francia, de condiciones tan excepcionales en todos conceptos como veremos luego, necesitamos terminar la que, aun en la situación anormal en que se hallaba en Cataluña el Mariscal Suchet reducido á la defensa de la frontera y viendo cómo la cruzaba el Rey de España, signo el más elocuente de la inminencia de la paz, parecía subsistir más ó menos activa en aquella región española representando la ocupación odiosa de sus más importantes localidades, la de la capital, sobre todo, de aquel Principado, florón de los más brillantes de la monarquía española.

Acción de San Gervasio, última en Cataluña.

Ya expusimos la situación de los que aún mantenían en Valencia y Cataluña la autoridad imperial francesa, y los esfuerzos desplegados por la guarnición de Tortosa para, uniéndose á la de Barcelona, abrirse ambas paso hasta Gerona y Figueras, donde el Mariscal Suchet formaría con ellas un cuerpo de ejército capaz de tomar de nuevo la actitud ofensiva que los reveses sufridos, los destacamentos hechos á Lyon y la vigilancia que se le había impuesto de las operaciones que se andaban ejecutando en los Pirineos Occidentales le habían hecho abandonar. Pero si el general Robert, batido en cuantas salidas ejecutó con el intento de

evadirse del circuito de hierro en que lo tenía encerrado nuestro 2.º Ejército, hubo, por fin, de resignarse á esperar su salvación de las operaciones á que las vicisitudes de la guerra en Francia pudieran convidar á su general en jefe, su colega el general Habert, establecido en Barcelona y con fuerzas tan numerosas como las con que hemos dicho había recibido la misión de hacer de aquella plaza, la más importante del Principado, punto de apoyo de todas las demás todavía sometidas y de reunión de sus presidios al abandonarlas, el general Habert, á pesar, también, de las instrucciones que tenía para mantenerse en una actividad meramente pasiva, no pudo soportar el espectáculo del paso del rey Fernando al pie de sus murallas, el de la revista, sobre todo, del ejército español en que tanto brillaban las tropas catalanas que de tanto tiempo atrás le tenían cercado. Y cumplido el mandato de Suchet para no poner estorbo alguno al paso del Rey de España, que, según las disposiciones de Napoleón, esperaba guardar en rehenes; pero irritado del alarde grandioso de sus sitiadores, se propuso vengarlo de tal modo que hiciera creer á amigos y enemigos que, no por flaqueza, sino por disciplina y generosidad lo había consentido. (1)

El 16, pues, de abril, pocos días después de haber presenciado el, en su concepto, bochornoso espectáculo del tránsido del Rey á su vista y sin haberlo interrumpido con el fuego de sus cañones, hizo salir de Barcelo-

(1) Al Infante D. Antonio, que se había quedado en Mátaró á causa de una ligera indisposición, le prohibió Habert pasar por junto á Barcelona, obligándole á tomar la vuelta de San Cugat del Vallés para, á espaldas de las montañas que rodean á la capital, dirigirse á Reus, de donde, no curado del todo, se encaminaría por la costa á Valencia.

na la mayor parte de la guarnición, sobre 6.000 infantes, unos 10 caballos (¿No serían más?) y varias piezas de artillería, resuelto á, con un rudo escarmiento, demostrar á los españoles y aliados del bloqueo cuáles habían sido los motivos de su anterior pasividad (1). La acción fué muy reñida, iniciada con extraordinaria energía al salir por la puerta de San Antonio las compañías de preferencia que formaban la vanguardia. Fuera sorpresa, y es natural después de las manifestaciones pacíficas de los días anteriores; fuese imposición ante salida tan arrebatada; fuese por fin, cálculo táctico, extraño por lo inesperado del ataque de los franceses, la división mallorquina á las órdenes del brigadier marqués de Vivot, primera fuerza que se les opuso, retrocedió hacia la ermita de San Gervasio que también les cedió después de una viva refriega, figurada ó no como el primer retroceso de nuestros baleares. Pero allí cesó el avance de los imperiales; porque generalizado el combate por todo el llano, abocándose las tropas españolas del bloqueo á las avenidas de la plaza y avanzando las que tenía Sarsfield en San Andrés, su cuartel general, comprendieron los salientes lo peligrosa que era la situación á que imprudentemente se habían adelantado. Aun cuando Habert tomó la precaución de dirigir contra Manso, cuya brigada servía á Sarsfield de vanguardia, un destacamento que paralizase su acción en favor de Vivot, pronto comprendió nuestro experto catalán el objeto de la fuerza francesa que parecía amenazarle y, arrollándola fácil-

(1) Hay quien cree que la salida de Habert había también obedecido á la marcha de las tropas de Clinton al interior, dispuesta, con efecto, por Wellington el 4 de marzo para que la parte principal fuera á incorporársele en el Adour, y el resto se dirigiera á Italia y Gibraltar.

mente, se puso con toda la suya sobre la retaguardia de los conquistadores de San Gervasio. «Desde este instante, decía Sarsfield en su parte, todo resultó favorable. El enemigo en completo desorden fué cargado, y la parte de sus tropas que hubo más avanzada quedó muerta ó prisionera. En esta carga tuve ocasión de ver la conducta distinguida de la oficialidad y tropa del batallón de cazadores de Cataluña, el que tuvo la mayor parte en las ventajas que resultaron. Es también muy digno de la consideración de V. E. el batallón de cazadores de Mallorca, al mando de su coronel Campbell, igualmente que las compañías ligeras de la división mallorquina que le sostuvieron en desalojar y perseguir al enemigo hasta la plaza. Los húsares de Cataluña, al mando del coronel D. Ramón Fussa (Foxá), han correspondido al crédito y concepto que siempre los ha distinguido; y no puedo menos de confesar que el crecido número de cadáveres que cubrían el campo de batalla fué debido en gran parte al denuedo con que cargó un destacamento de aquel cuerpo sobre los últimos de la infantería enemiga.»

Manso había, efectivamente avanzado desde San Andrés por caminos ocultos hasta unas torres, desde las que salió al encuentro de los franceses que descendían de la ermita empujados por el batallón de Palma en su reacción contra ellos; y en Gracia, donde se habían detenido los enemigos para robar cuanto hallaran, la lucha á fuego y bayoneta tomó un carácter y proporciones aterradores. «El campo, dice á su vez un historiador catalán, quedó en un instante atestado de cadáveres. Replegóse bajo los muros, perseguida por los nuestros, la fuerza enemiga que había ido retirán-

dose de todos los puntos, habiendo experimentado la pérdida de más de 1.200 muertos y heridos, con algunos prisioneros é infinidad de fusiles. Nosotros tuvimos, sin embargo, de 2 á 300 hombres fuera de combate.» (1)

Y añade el Sr. Blanch: «Desde aquel día ya no penso Habert más que en la defensa de las murallas que le habían sido confiadas, despreciando las voces de haberse ratificado la paz por Luis XVIII de Francia.»

Esta acción de las afueras de Barcelona es la última de la guerra de la independencia en las provincias orientales de España; retirándose el mariscal Suchet á Francia, como veremos luego, con todas las tropas que le restaban para unirse al duque de Dalmacia y tomar el mando de cuantas, con las de su ejército de Aragón y Cataluña, y con las del de España, vencido en Toulouse, formaron el del Mediodía, último que, derrocado el Imperio Napoleónico, quedó en observación de las fronteras de España é Italia.

---

(1) No es extraño que los escritores franceses hayan ocultado esa derrota que tuvo lugar, cuando puede decirse que estaba hecha la paz según los preliminares que se verá después se celebraron en Francia entre Lord Wellington, Soult y Suchet.

APÉNDICES

NÚMERO 1

Estado ***de la fuerza efectiva y disponible de los cuerpos de la 1.ª división del 4.º ejército, que concurrieron á la acción de las inmediaciones de Vitoria en 21 de junio de 1813.***

DIVISIÓN	CUERPOS de que se componía	DISPONIBLES			BAJAS			FUERZA TOTAL		
		Jefes y oficiales...	Tropa.....	Caballos..	Jefes y oficiales...	Tropa.....	Caballos..	Jefes y oficiales...	Tropa.....	Caballos..
Primera........	1.ª *Brigada.*									
	León....................	30	724	»	6	154	»	36	878	»
	Unión....................	30	1.064	»	8	136	»	40	1.199	»
	Legión....................	22	650	»	9	190	»	31	840	»
	2.ª *Brigada.*									
	Doile....................	34	710	»	9	359	»	43	1.069	»
	Vitoria....................	25	656	»	11	185	»	36	841	»
	2.º de Jaén....................	27	490	»	9	234	»	36	724	»
	Artillería, una compañía á caballo..............	2	86	»	»	18	»	2	104	»
	Suma total........	172	4.879	»	52	1276	»	224	5.655	»

Plana mayor.

Comandante general de división....	El Brigadier D. Pablo Morillo.
Ayudante 2.º de E. M................	El Capitán D. Manuel Bausá.

Estado *de la organización y fuerza efectiva y disponible del ejército de reserva de Galicia en junio de 1813.*

DIVISIONES y sus comandantes	CUERPOS de que se componían	DISPONIBLE			BAJAS			FUERZA TOTAL		
		Jefes y oficiales...	Tropa....	Caballos..	Jefes y oficiales...	Tropa....	Caballos..	Jefes y oficiales...	Tropa....	Caballos..
1.ª *División.* El Mariscal de campo D. Antonio María Rojas........	*Infantería.* — Toro, 1 bat. —Aragón, 1 bat.—Mondoñedo, 1 bat.—Total, 3 batallones...........	123	1.176	»	8	264	»	131	1.440	»
2.ª *División.* El coronel don Salvador Escandón......	*Infantería.* — Zaragoza, 1 batallón.—Lugo, 1 bat. —Betanzos, 1 bat.—Total, 3 batallones.......	133	545	»	5	168	»	138	713	»
TOTAL 6 BATALLONES.........		256	1.721	»	13	432	»	269	2.153	»

Plana mayor del ejército.

General en jefe interino.............	El Mariscal de campo D. José María Santocildes.
Destinado al ejército................	El Mariscal de campo D. Antonio María Peón.
Comandante general de Ingenieros..	El Brigadier D. Carlos Lemaur.
Idem de Artillería...................	El Brigadier D. Juan Munárriz.
Jefe de E. M.........................	El Mariscal de campo D. Luis Alejandro Bassecourt.

ESTADO *de la organización y fuerza efectiva y disponible del 4.° ejército en 1.° de julio de 1813.*

DIVISIONES y sus comandantes	CUERPOS de que se componían	DISPONIBLE			BAJAS			FUERZA TOTAL		
		Jefes y oficiales..	Tropa....	Caballos..	Jefes y oficiales...	Tropa....	Caballos..	Jefes y oficiales...	Tropa....	Caballos..
1.ª *División.* El Brig.r D. Pablo Morillo...	*Infantería.*—León, 1 bat. —Unión, 1 bat.—Legión, 1 bat.—Bailén, 1 bat.—Vitoria, 1 bat.—2.° de Jaén, 1 bat.—Total, 6 batallones.......	189	3.856	»	24	1.484	»	213	5.340	»
2.ª *División.* El Mariscal de campo D. Carlos España...	*Infantería.*—3.er Bat. de Guardias Españolas, 1 bat.—1.° de Sevilla, 1 bat.—Tiradores de Castilla, 1 bat.—1.° de Mallorca, 1 bat.—1.° de la Princesa, 1 bat.—Total, 5 batallones...........	175	3.167	»	7	676	»	182	3.843	»
3.ª *División.* El Mariscal de campo D. Javier Losada..	*Infantería.*—Toledo, 1 batallón.—Voluntarios de León, 1 bat.—1.° de Asturias, 1 bat.—Monterey, 1 bat.—Benavente, 1 bat.—Rivero, 1 bat.—Oviedo, 1 bat.—Total, 7 batallones.............	295	5.560	»	46	2.463	»	344	8.023	»
4.ª *División.* El Mariscal de campo D. Pedro Bárcena.	*Infantería.*—2.° de Asturias, 1 bat.—Guadalajara, 1 bat.—Constitución, 1 bat.—Voluntarios de la Corona, 1 bat—Voluntarios de Asturias, 1 bat.—Santiago, 1 bat.—Total, 6 batallones....	235	4.908	»	29	2.053	»	264	6.961	»
5.ª *División.* El Brig.r don Juan Díaz Porlier.......	*Infantería.*—1.° Cántabro, 1 bat.—Laredo, 1 bat —Tiradores de Cantabria, 1 bat.—Total, 3 batallones.................	124	2.284	»	16	745	»	140	3.029	»
1.ª *División de Caballería.* El Mariscal de campo, Conde de Penne..	*Caballería.* — Algarve, 4 escuad.ª — Húsares de Extremadura, 4 escuadrones.—Granaderos de Galicia —Idem de Cantabria —Cazadores de Galicia.—Húsares de la Rioja.—Idem de Castilla —1.° de Lanceros de Castilla, 4 escuad.ª—2.° ídem, 4 escuad.ª — Total, 16 escuadrones y 5 cuerpos...............	284	3.634	3.175	36	776	425	320	4.410	3.600

DIVISIONES y sus comandantes	CUERPOS de que se componían	DISPONIBLE			BAJAS			FUERZA TOTAL		
		Jefes y oficiales...	Tropa....	Caballos..	Jefes y oficiales...	Tropa....	Caballos..	Jefes y oficiales...	Tropa ...	Caballos..
Cuerpos sueltos sin división en varios puntos distintos.	*Infantería.* — 3.ª compañía del 5.º bat. de zapadores. — Depósito de instrucción. — Cazadores extranjeros, 1 bat. —Tuy, 1 bat.—Colegio de Cadetes en Olivenza. —Compañía de Guías —6.º bat. de zapadores. *Caballería.* — Legión extremeña, 2 escuad.ª— Total, 3 bat.ª y 2 escuadrones...	147	2.358	50	1	471	»	148	2.829	50
Artillería......	*Artillería.* — En las divisiones.—Parque general y otros destinos.....	53	1.103	»	2	163	»	55	1.266	»
Guarniciones dependientes del ejército.— Badajoz: Mariscal de campo D. Gregorio Rodríguez. — Ciudad-Rodrigo: Brig.[r] D. Isidro del Saso.	*Infantería.* — Madrid, 1 bat.—Trujillo, 1 bat.—Plasencia, 1 bat.—Total, 3 bat.ª en Badajoz. —Cazadores de Castilla, 1 bat.—Hibernia, 1 bat.—Total, 2 bat.ª en Ciudad-Rodrigo. — Total en ambas plazas, 5 batallones............	195	3.197	»	6	585	»	201	3.782	»

Resumen general

DIVISIONES	Batallones	Escuadrones	DISPONIBLE			BAJAS			FUERZA TOTAL		
			Jefes y oficiales	Tropa	Caballos	Jefes y oficiales	Tropa	Caballos	Jefes y oficiales	Tropa	Caballos
1.ª división	6	»	189	3856	»	24	1484	»	218	5340	»
2.ª idem	5	»	175	3167	»	7	676	»	182	3843	»
3.ª idem	7	»	298	5560	»	46	2468	»	344	8028	»
4.ª idem	6	»	235	4908	»	29	2053	»	264	6961	»
5.ª idem	3	»	124	2284	»	16	745	»	140	3029	»
1.ª idem de Caballería	»	16	284	3634	3175	36	776	425	320	4410	3600
Cuerpos sin división	8	2	147	2358	50	1	471	»	148	2829	50
Artillería	»	»	53	1103	»	2	163	»	55	1266	»
Guarniciones dependientes del ejército	5	»	195	3197	»	6	585	»	201	3782	»
TOTAL GENERAL	35	18	1700	30067	3225	167	9416	425	1867	39483	3650

NOTA.—No se incluye en este estado la 8.ª división por no haber dado conocimiento alguno á estado mayor.

Plana mayor.

General en jefe	El Excmo. Sr. D. Francisco Javier Castaños.
Jefe de E. M.	El Mariscal de Campo D. Pedro Agustín Girón.
Comandante general de Artillería	El Mariscal de Campo D. José García Paredes.
Idem de Ingenieros	El Brigadier D. Ramón López.
Idem de Caballería	El Mariscal de Campo, Conde de Belveder.

Fuerza *del ejército anglo-portugués en Vitoria.* (Extracto del estado de situación del 19 de junio (por la mañana), 1813).

	Presentes	Destacados	Presentes	Destacados
Caballería inglesa.............	7.791	851		
— portuguesa........	1.452	225		
Total de Caballería.............................			9.243	1.076
Infantería inglesa.............	33.658	1.771		
— portuguesa.........	23.905	1.038		
Total de Infantería...........................			57.563	2.809
Sables y bayonetas......................			66.806	3.865
Resta de la 6.ª división destacada en Medina de Pomar..			6.320	»
Sables y bayonetas......................			60.486	3.885
Infantería: Españoles auxiliares.........................			»	»
Infantería: División de Morillo, aproximadamente.......			3.000	»
Infantería: — de Girón............................			12.000	»
Infantería: — de Carlos de España..............			3.000	»
Infantería: — de Longa..........................			3.000	»
Caballería: Penne Villemur..............................			1.000	»
Caballería: Julián Sánchez..............................			1.000	»
			83.486	

Número de cañones anglo-portugueses en la batalla de Vitoria.

Coronel Dickson, comandante.

Artillería inglesa á caballo....................	9 l	45
—	6	30
—	5 ½ pulg.ª	15 obuses
Total.........................		90

No se consigna el número de las piezas de artillería española.

NÚMERO 2

—

Parte que pasa el Capitán Bloye, Comandante de Castro, al Comodoro de la escuadra de S. M. B., Sir Jorge Collier, á bordo del bergantín Lira, sobre las aguas de Bermeo, 13 de mayo de 1813.

SEÑOR:

En mi carta del 4 del corriente os informé de mi llegada á Castro en compañía de los dos bergantines de S. M. B. el Royalistt y Sparrow; y que el enemigo despues de haber sido rechazado tres veces de las murallas de Castro lo habia emprendido desde el 25 de abril con fuerzas superiores, y de las precauciones tomadas por el batallon para defenderle. Ahora tengo el honor de comunicaros nuestras operaciones siguientes:

En el dia 5 y 6 no acaeció ningun movimiento particular. El enemigo era en tan gran número á los alrededores de la ciudad, que la guarnicion no se atrevió á hacer otra salida desde el 4. Vimos al enemigo cortar madera en los bosques.

En el 7, que se estaba haciendo una bateria hacia el poniente de la ciudad. Se desembarcó un cañon de á 24 del Sparrow en una pequeña isla enteramente descubierta, y se hizo una bateria que á puro trabajo casi se puso servible para la mañana siguiente cuando el enemigo comenzó á hacer fuego con dos cañones de á 12 contra ella, y á la que fué muy bizarramente correspondida desde el castillo, y como á las tres de la tarde por nuestro cañon de á 24, con tal efecto que se les inutilizó una de sus troneras. El enemigo se descubrió tambien construyendo una grande bateria hacia el medio día de la ciudad á cien varas de la muralla bajo cubierta de una gran casa, y contra la cual los cañones del castillo no podian operar. Una grande culebrina de á 12 se montó encima del castillo con el socorro de nuestra gente, pero por desgracia reventó á pocos tiros.

Todas las noches se mantenia un fuego muy activo por ambos lados, y se hacian todos los posibles para impedir los trabajos. El espíritu más determinado de resistencia animaba el Gobernador D. Pedro Pablo Alvarez, y á cada oficial y soldado bajo su mando, y el enemigo habia recibido pruebas convincentes de su perseverancia y valor en los dos sitios precedentes. Veíamos tropas acercarse por todos lados, y tuvimos noticia que además de la artilleria que habian recibido ya de Santoña tenian tambien seis cañones embarcados de Portugalete, por lo que tomé todas las precauciones para impedir su conducion por mar embiando al mismo tiempo el Sparrow á aquel punto, y al otro el Royalistt con la orden de tener el mayor cuidado y vigilancia con los botes de noche.

En el dia 10 el enemigo empezó á arrojar granadas de dos baterias, que tenia construidas hacia el saliente de la ciudad con grande efecto; estaban tambien empleados con grande ahinco en levantar otras dos baterias la una hacia el medio dia de la ciudad y la otra para flanquear nuestras obras en la isla. Tambien enviaron un gran número de tropas con destreza detras de las peñas para incomodar á nuestra gente, pero fueron luego rechazados por el fuego de un cañon de á 4 de la isla, y dos compañias de tropas españolas. Otra bateria para un cañon de á 24 se empezó á hacer en la isla, la que flanqueaba la principal bateria del enemigo, y los cañones montados y prontos para hacer fuego al amanecer del 11. El enemigo al mismo tiempo

rompió un fuego vivísimo de su principal bateria con tal efecto, que no obstante la viva correspondencia que tenia desde el castillo por una carronada de á 18 y 6 cañones de á 24 las tropas de la muralla y nuestra bateria de la isla, tenian hecha una brecha antes de la tarde para admitir 40 hombres de frente, y se acercaban hacia la ciudad un crecido número, y como nuestra posicion en la isla no estaba segura en caso que asaltasen la ciudad, mandé al capitan Taylot del Sparrow, quien se habia encargado del manejo de ella reembarcar los cañones y hombres, y traté con el Gobernador del modo de embarcar la guarnicion despues de haber destruido los cañones y volado el castillo. El enemigo habiendo destruido completamente las murallas volvió sus cañones hácia la ciudad y castillo, arrojando granadas y bombas incesantemente al puente que comunicaba el castillo con el sitio del embarque, procurando cortar de este modo la retirada á la guarnicion. Como á las nueve poco mas ó menos como 10.000 hombres se arrojaron sobre la ciudad no solamente por las brechas sino con escalas. Fueron muy gallardamente resistidos por la guarnicion, la que disputó la ciudad casa por casa, hasta que se inundó de número de gente, y les obligó á retirarse al castillo.

Los botes de los bergantines y las lanchas acudieron con prontitud á recibirles, y fueron embarcados por compañías bajo de un fuego tremendo de fusileria, y se distribuyeron á los tres bergantines y á la goleta Alphea excepto dos compañías que quedaron en el castillo hasta que se destruyesen los cañones. El enemigo abanzó al castillo, pero fueron resistidos hasta que todos los cañones se arrojaron á la mar, pero ellos por desgracia ganaron la muralla interior antes que se prendiese fuego á los combustibles para volar el castillo, por cuyo motivo aquella parte de mis deseos se me frustró. Tengo no obstante el gusto de decir que todo soldado se embarcó, y muchos que estaban á los últimos instantes. La ciudad se prendió fuego en muchos puntos, y debo pensar que ha sido enteramente destruida. Así que todo estuvo embarcado, el batallon nos siguió á Bermeo donde se desembarcaron las tropas ayer por la mañana. Tengo la mayor satisfaccion en comunicaros los enteros é infatigables esfuerzos de todo oficial y soldado. Los capitanes Bremet y Taylot contribuyeron por su consejo en todo lo posible para la defensa de la ciudad y de la garnicion. A la verdad una idea universal de la mayor admiracion parecía animar á cada uno á contribuir hasta los ultimos en salvar las vidas de hombres tan valientes. El enemigo parecia que estaba determinado á pasar á todo el mundo á cuchillo, ningunas treguas se ofrecieron, y asi que la brecha estaba bastante abierta abanzaron al asalto pasando á todo el mundo á la bayoneta sin distincion. No debo tampoco de omitir mi propio tributo de aplauso en el modo con que el Gobernador D. Pedro Pablo Alvarez, y cada oficial y soldado de de la guarnicion empleaba todos los medios, que estaban de su parte para defender la plaza hasta que se perdiese la más leve esperanza de salvarla.

De todo cuanto necesité se me proporcionó con la mayor prontitud, y se hizo por complacer á mis deseos. Tengo el gusto de informaros que la pérdida á bordo de los bergantines de S. M. B. es muy pequeña á la que pudiera haber sido, pues solamente consta de tres en el Royahst y tres en el Sparrow. Lord Kentiss del Royalist fué ligeramente herido en la pierna y Mr. Sattou guardia marina recibió un balazo en el muslo mientras se embarcaba la guarnicion la que necesito de apuntacion. El capitan Bremet habla de su conducta general en los términos mas altos, y yo fui un testigo ocular de su intrepidez en salvar la gente en medio de un diluvio de ba-

las. Como habia sufrido examenes para una tenencia, espero que el comandante en xefe le contemplara digno de recomendacion para la promocion.

La guarnicion de Castro consistia originalmente en 1.200 hombres, y revistada esta mañana se han hallado como 50 muertos, y el mismo numero de heridos. No puedo menos de formar una idea de la pérdida del enemigo, pero por el fuego que se sostuvo de las baterias, y por las tropas antes que se retirasen de las murallas debe haber sido muy grande.

Por las noticias recibidas tengo razon para creer que no eran menos de 15.000 hombres delante de Castro. Se juntaron de todas las partes de la provincia y parecía que estaban determinados á tomarla á toda costa, y les ha costado caro.

Tengo el honor de ser su mas obediente y humilde servidor.=Robert Bloye.=Al Capitan Sir George Collier en la fragata Surveillante, Comandante de la costa del norte de España.

Excmo. Señor: Elevo á manos de V. E. el parte, y diario de las operaciones y sucesos de la plaza de Castro-Urdiales hasta las cuatro y media de la mañana del 12 del actual á cuya hora se acabó de salvar la guarnicion con el mas feliz suceso. He tenido la satisfaccion de resistir 18 dias los continuos ataques de 15.000 hombres que la han sitiado tal vez con mas formalidad con que pudieran haberlo hecho á una plaza de primer orden. Nuestras débiles y defectuosas fortificaciones han sido destruidas por el ingenio, y una numerosa y gruesa artilleria. Se ha abierto brecha, se ha defendido con corage, trataron de asaltar cuatro veces el 2 recinto á la escalada, pero fueron repelidos otras tantas. Entraron á fuego y sangre, abrasaron el pueblo y fueron pasando á cuchillo á los unicos habitantes, que no se habian embarcado con anticipacion, pensaron sin duda amedrentarnos con tantos horrores; pero no nos faltó serenidad (aunque sensible) para soportar tan dolorosa escena. Reducido á cenizas y pavesas todo, ordené el embarque, que se verificó con felicidad.

Este se hizo despues de las mas maduras y juiciosas reflexiones; la artilleria de la plaza se habia la mayor parte inutilizado, la poca que habia quedado de servicio no podia ser colocada en el 2 recinto contra los fuegos enemigos. Las murallas de este eran mas debiles todavia, que las de la plaza, y si en esta pudieron abrir la brecha en solas 4 horas, en la otra bastaria una sola. La artilleria enemiga habia ya convertido todos sus fuegos contra él, y era probable que á las 8 de la mañana estuviese ya practicable la segunda brecha, (en cuyo caso no siendo asequible el embarque durante todo el dia por ser indispensable executarle de noche) ó debian resistir cuantos asaltos intentasen, ó era preciso capitular ó morir. Añadase á esto que ya habian principiado á batir el puente, que conducia al embarcadero prevenido, y aguardada su destruccion no era posible dar cumplimiento á las ordenes de V. E. Animado pues de estas reflexiones, y verificado el embarque me he dirigido con la guarnicion á este puerto de Bermeo. Dios guarde á V. E. muchos años. Bermeo 14 de mayo de 1813.=Excmo. Señor. =Pedro Pablo Alvarez.=Excmo. Sr. D. Gabriel de Mendizabal.

(Del Manifiesto del Coronel D. Pedro Pablo Alvarez).

NÚMERO 3

Puente la Reyna 6 de abril.

Partes del mariscal de campo D. Francisco Espoz y Mina al Excelentísimo Sr. D. Francisco Xavier de Castaños.

PRIMERO

«Excmo. Sr.: El comandante de observacion del punto de Vera me dice lo siguiente: «Mi general: hay cosas que parecen imposibles á primera vista si se gradúan los medios y circunstancias del que las executa. Parece temeridad apoderarse de una plaza fuerte guarnecida y fortificada, con sólo 15 hombres, aun guiados del entusiasmo y conducidos por el valor. Había yo meditado apoderarme del castillo de Fuenterrabía, y mis deseos debían cumplirse. Me hallaba en Vera, de cuya villa salí la tarde del 11 del corriente con 15 soldados que debían obrar conmigo, los únicos que hacían toda mi partida, y al efecto me proveí de cuerdas y de clavos. A las once de la noche me hallaba junto á las murallas del castillo: traté de amarrar las cuerdas, y no sin mucho trabajo fixé los clavos que debían servirme de escalones, y con un solo soldado que por entonces juzgué suficiente para el primer golpe, escalé la muralla, é introducido, me arrojé improvisadamente sobre el centinela que quedó en mi poder: á una seña mía me reforzaron algunos de mis compañeros, con los que sorprehendí que silenciosa estaba en una de las casas matas, y dueño de las llaves de las puertas del castillo, las abrí para que por ellas entrasen mis soldados. Consecutivamente hice prisioneros 8 artilleros que se hallaban en el castillo, pues los demás dormían en la ciudad, y tratando de inutilizar las piezas de cañon que en él había, clavé 2 de 24 y una de 18, y eché á la mar 1.500 balas del primer calibre, y 2.600 de violentos; saqué fuera para traer conmigo 100 balas de esta clase, 9 fusiles, 2 pistolas, 4 sables, 8 varas de cuerda mecha, 2 quintales y medio de pólvora, y la bandera tremolante: me retiraba después de haber incendiado el castillo, á cuyos fuegos, puesta en alarma la guarnicion de la ciudad, salió en mi seguimiento; pero despavorida y llena de confusion, nacida de una novedad inesperada. Componíase de gendarmes, los cuales me siguieron, pero en vano, porque tuve la satisfaccion de rechazarlos, y salvar todos los efectos indicados, sin haber tenido la mayor pérdida de mi parte. Acudieron los enemigos á cortar el fuego del castillo, pero sin fruto, porque de las cuatro partes de él se abrasaron tres, y ha quedado enteramente inservible. Tendré el gusto de presentar á V. S., mi general, además de los prisioneros y efectos relacionados, las llaves del castillo de Fuenterrabía, fruto del valor de mis soldados, y del amor y respeto que profesan á V. S. Dios guarde á V. S. muchos años. Vera 13 de Marzo de 1813.—*El sargento primero Fermín de Leguía.*—Sr. General D. Francisco Espoz y Mina.»

«Por el resultado de una empresa á todas luces arriesgada, conocerá V. S. con facilidad el distinguido mérito que en esta ocasion ha contraido el sargento primero Fermín de Leguía, y la partida de su mando, y aunque él no la recomienda, lo hago yo en cumplimiento de mi obligacion. Si la historia de nuestra nacion refiere tal cual caso semejante, la de la presente revolucion hasta ahora no ofrece otro igual. Dexo, pues, al arbitrio de V. E. implorar del Gobierno la confirmacion de la gracia de teniente que

he hecho al sargento primero Leguía, y las que aquél tenga á bien conceder á sus soldados. Ni yo podré pintar jamás á V. E. la impresion que ha causado en los ánimos de los franceses la pérdida del castillo de Fuenterrabía, ni el gozo y contento que ha cabido á estas provincias por un suceso semejante. Dios guarde á V. E. muchos años. Puente la Reina 15 de Marzo de 1813.—Excmo. Sr.—*Francisco Espoz y Mina.*—Excmo. Sr. Don Francisco Xavier Castaños.»

NÚMERO 4

—

El capitán de artillería D. Eduardo de Oliver Copóns, nuestro erudito amigo, en su preciosa «Monografía histórica del castillo de Burgos», publicada en 1893, describe así la voladura de aquella fortaleza y los estragos que causó:

«A las seis de la mañana del 13 de junio, de infausta memoria para Burgos, dieron un bando sus opresores, en el que manifestaban que iba á destruirse la fortaleza, pero que las cargas estaban perfectamente calculadas para que se deshiciesen los muros sin proyección, y por lo tanto, nadie debía desamparar la ciudad, pues no ocurrirían desgracias; bando que, si bien no se consigna en ningún documento oficial, lo hemos visto citado en papeles particulares que nos merecen entero crédito.

Estaba anunciada la salida de los franceses para la una, mas á poco de haberse pregonado el bando, se oyó un ruido espantoso en toda la población como si desgajándose el cerro viniese sobre ella. El pánico y el terror se apoderaron de los burgaleses que, cuando quisieron darse cuenta del suceso, vieron el sitio donde se elevaba el formidable alcázar ocupado por un montón de escombros rojizos y humeantes y los edificios que le cercaban completamente destruídos ó con grandes desperfectos.

La catedral, esa joya galana en que aparecen todas las modificaciones del estilo ojival desde sus primeras manifestaciones, mezcladas con restos del románico en el siglo XIII, hasta llegar, merced á sucesivas transformaciones en los siguientes, al período llamado florido, por la belleza y exuberancia de sus prolijos adornos; ese monumento clásico, el mejor de España y uno de los primeros del mundo, sintió los tristes efectos de la voladura del castillo, rompiéndose en mil pedazos sus mágicas vidrieras, hechas con rara perfección en el siglo XV por los alarifes Nicolás y Alberto de Holanda, Juan de Santillana y Juan de Valdivieso, que tanto elevaron este arte en España y sobre todo en Burgos (159). Por los escasos restos que de ella quedan en la capilla del condestable y en un lado del crucero, compréndese el extraordinario mérito de aquellas soberbias pinturas de correcto dibujo y vivacidad de color que, al ser atravesado pcr el sol, proyectan sobre los sombríos tonos de la piedra obscurecida por los años, en las losas y en los sepulcros, ambientes de múltiples matices y rayos de irisada luz en cuyos impalpables átomos parece que vemos flotar las sombras de aquellos esclarecidos artistas cuya fantasía y poético misticismo las produjeron.

La primorosa y elegante cristería de las aéreas torres y las esbeltas agujas experimentaron considerable deterioro que alcanzó también á la bellísima barandilla que remata la linterna y es encanto de los ojos y admiración de los inteligentes. «Un casco de bomba la hizo pedazos, habiendo sido el mayor daño que recibió la iglesia en lo material de su suntuosa fábrica, pues cayeron más de sesenta arrobas de cascos y sillares del castillo en ella.» Así lo dice una lápida colocada en la parte exterior y más elevada del cimborrio, que pueden ver cuantos suban á contemplar desde aquella altura la grandiosidad en conjunto de la catedral, la rica profusión de sus detalles y el hermoso panorama que ofrece la ciudad, ceñida por una cinta de plata y otra de esplendida vegetación que tiene por fondo al Norte y Mediodía asperísimas sierras de vistosas vertientes cubiertas casi perpetuamente de deslumbradora nieve.

Dentro de la parroquia de San Esteban hay un letrero á la derecha de la puerta de ingreso, recordando que en 13 de junio de 1813, al volar los franceses el castillo, se abrieron las puertas del templo sin romperse ninguna falleba ni cerrojo.

Santa María *la blanca*, que había dado nombre á la fortaleza y seguido todas sus vicisitudes, quedó destruida, desapareciendo la hermosa capilla dedicada á Santa Bárbara, propiedad de los artilleros de la plaza.

Otros muchos destrozos ocasionaron á la población, conservándose todavía en la fachada del Instituto profundas señales de las bombas; pero aún fué más triste contemplar las cercanías de la fortaleza sembrada de cadáveres, y si bien se asegura que no murió un solo español (160), no por esto dejó de ser una página más de sangre y de lágrimas añadida á las muchas de aquella época infausta.

Confuso está todavía lo ocurrido. Afírmase que al empezar á salir los franceses dieron fuego á los hornillos, y mal calculada la mecha, se consumió antes de que todos los invasores evacuasen el castillo, causando gran estrago por el efecto destructor de las minas, y aun más, por el sinnúmero de granadas, bombas y otros proyectiles cargados que existían desde los sitios de 1808 y 1811, y que se arrojaron en aquéllas para mayor daño de los nuestros. Algunos historiadores franceses dicen, en defensa de los suyos, que fué un accidente imprevisto, y Thiers afirma que se hizo la voladura á la desesperada, descuidando alguna precaución «como triste signo de una retirada sin esperanza de volver.»

Sea una ú otra cosa, descuido ó perfidia, ignorancia ó miedo en el encargado de prender las mechas, las consecuencias fueron terribles, en primer término para los invasores, pues el daño que creyeron hacer cayó de lleno sobre ellos, pagando con creces su inícuo proceder de destruir y aniquilar cuanto á su paso encontraban.

Los restos del ejército francés, en completo desorden, salieron al medio día, habiéndolo hecho antes José Bonaparte, y á las dos de la tarde acabaron de entrar las tropas de la división inglesa.

Hasta los cimientos quedó arrasado el castillo, y sobre sus ensangrentados escombros vióse ondear la bandera roja y gualda ennegrecida por el humo y desgarrada por los proyectiles que, al patentizar lo costoso de la victoria, anunciaban el fin de tantos sufrimientos y el triunfo de la más noble y justa de las causas.»

NÚMERO 5

Parte de Wellington al Lord Bathurst.

Salvatierra 22 de junio de 1813.

Señor: El enemigo, mandado por el rey José, teniendo al mariscal Jourdan como mayor general del ejército, tomó posicion al frente de Vitoria en la noche del 19 del presente; su izquierda se hallaba situada sobre las alturas que terminan en la Puebla de Arganzon, y se extendía á través del valle del Zadorra. La derecha de su ejército había tomado posicion cerca de Vitoria, y era su destino la defensa de los pasos del río Zadorra en las cercanías de aquella ciudad. Tenía una reserva á retaguardia de su izquierda en la aldea de Gomecha. La naturaleza del terreno recorrido por el ejército desde que alcanzó el Ebro, había necesariamente extendido nuestras columnas, é hicimos alto el día 20 con objeto de rechazarlas, dirigiendo la izquierda hacia Murguía, donde muy probablemente sería su presencia requerida. En aquel mismo día reconocí la posicion del enemigo, con objeto de atacarlo á la mañana siguiente, si aún seguía permaneciendo en ella.

En su consecuencia, atacamos ayer al enemigo, y tengo la satisfaccion de poder informar á vuestra señoría, que el ejército aliado de mi mando ha conseguido una completa victoria, arrojando al enemigo de todas sus posiciones, cogiéndole ciento cincuenta y un cañones, sus carros de municiones, todos sus bagajes, provisiones, ganados, riquezas, etc., y considerable número de prisioneros. Empezaron las operaciones de este día posesionándose el teniente general Sir Rowland Hill de las alturas de la Puebla, en las cuales se apoyaba él á la izquierda del enemigo, y que éste no había ocupado con grandes fuerzas. Destacó para este servicio una brigada de la division española del mando del general Morillo; la otra brigada debía servir para mantener la comunicacion entre el cuerpo principal de su ejército en el camino real de Miranda á Vitoria y las tropas destacadas sobre los altos. Pronto conoció, sin embargo, el enemigo la importancia de aquellas alturas, reforzando á sus tropas en tal manera, que vióse el teniente general Sir Rowland Hill obligado tambien á destacar primeramente hácia aquel punto al regimiento 71 y el batallon ligero de la brigada del general Walker, ambos bajo el mando del teniente coronel el Hon. H. Cadogan, y sucesivamente otro número de tropas; y los aliados, no sólo ganaron aquellas importantes posiciones, sino que sostuvieron su posicion durante todas las operaciones, á pesar de los esfuerzos que hizo el enemigo por reconquistarlas.

Fué, sin embargo, dura la contienda, y la pérdida experimentada considerable. Salió herido el general Morillo, mas permaneció en el campo, y con sentimiento anunció que el teniente coronel el Hon. H. Cadogan ha muerto de una herida que recibió. En él ha perdido S. M. un oficial de gran mérito y conocido valor, que se había granjeado el respeto y consideracion de sus compañeros de armas, y del cual pudiera haberse esperado que viviendo, prestara á su patria los más importantes servicios.

Protegido por la posicion de las alturas, pasó Sir Rowland Hill sucesivamente el Zadorra en la Puebla, y el desfiladero formado por las alturas y el río Zadorra, atacando y posesionándose de la aldea de Subijana de Alava, al frente de la línea del enemigo, cuyo punto hizo éste repetidas tentativas por recuperar.

Lo dificultoso del terreno impidió la comunicacion entre nuestras dife-

rentes columnas, dirigiéndose al ataque desde sus cuarteles sobre el Bayas á la hora temprana que yo había expresado; y era ya tarde cuando supe que la columna compuesta de las divisiones tercera y séptima bajo el mando del conde de Dalhousie llegaba al punto que se la había designado. Sin embargo, la cuarta division y la ligera pasaron el Zadorra inmediatamente despues que Sir Rowland Hill se enseñoreó de Subijana de Alava, la primera por el puente de Nanclares y la última por el de Tres-Puentes, y casi tan pronto como éstas acabaron de pasar, la columna del conde de Dalhousie llegaba á Mendoza; la tercera division, mandada por el teniente general Sir Thomas Picton, cruzó por el puente de más arriba, seguida por la septima division, bajo el mando del conde Dalhousie. Estas cuatros divisiones, formando el centro del ejército, fueron destinadas á atacar la eminencia ocupada por el centro enemigo, mientras que el teniente general Sir Rowland Hill debía moverse á su frente desde Subijana de Alava, y atacar la izquierda. Sin embargo, habiendo debilitado el enemigo su línea para reforzar el destacamento de las alturas, abandonó su posicion en el valle, tan pronto como vió nuestra disposición de ataque, y empezó en buen orden su retirada hacia Vitoria.

Siguieron nuestras tropas avanzando con un orden admirable, á pesar de la dificultad del terreno. En el entretanto, el teniente general Sir Thomas Graham, que mandaba la izquierda del ejército, compuesta de las divisiones primera y quinta, las brigadas de infantería de los generales Pack Bradford, la caballería de los generales Bock y Anson, y que se habían dirigido el 20 á Murguía, encaminose desde aquel punto hacia Vitoria por la carretera de esta ciudad á Bilbao. Acompañábale además la division española del coronel Longa; y el general Giron, que había sido destacado sobre la izquierda, considerando los negocios bajo diferente punto de vista, y había llegado á Orduña el día 20, avanzó aquella mañana desde aquel punto, con el objeto de hallarse sobre el campo de batalla, pronto á prestar su apoyo al teniente general Sir Thomas Graham, siempre que sus servicios fueran requeridos.

El enemigo había situado una division avanzada de infantería y alguna caballería sobre la carretera de Vitoria á Bilbao, apoyando su derecha en las alturas que cubren el pueblo de Gamarra-mayor. Tanto Gamarra como Avechuco, se hallaban fuertemente ocupados, como cabezas de puente, y tambien los puentes que cortan el Zadorra en estos puntos. El brigadier general Pack con su brigada portuguesa, y el coronel Longa con su división española, se dirigieron á flanquear y ganar las alturas, apoyados por la brigada de dragones ligeros del Mayor general Anson, y la quinta division de infantería, bajo el mando del mayor general Oswald, á quien se encomendó el mando de todas las fuerzas.

El teniente general Sir Thomas Graham, me participa que en la ejecucion de este servicio las tropas portuguesas y españolas se han conducido admirablemente. Los batallones 4.º y 8.º de cazadores se han distinguido en particular. El coronel Longa, que se hallaba situado sobre la extrema izquierda, se apoderó de Gamarra-menor.

Tan pronto como fuimos dueños de las alturas, el pueblo de Gamarra-mayor fué animosamente embestido y ganado por la brigada del mayor general Robinson, de la quinta division, que avanzó en columnas por batallones bajo un violento fuego de artillería y fusilería, sin quemar un cartucho, apoyado por dos cañones de la brigada de artillería del mayor Lawson. El enemigo sufrió cruelmente y perdió sus cañones.

El teniente general procedió entonces á atacar el pueblo de Avechuco con la primera division, dirigiendo contra él una fuerte batería compuesta de la brigada del capitan Dubourdieu, y la artillería á caballo del capitan Ramsay; bajo la proteccion de sus fuegos, avanzó al ataque de la aldea la brigada del coronel Halkett, enseñoreándose de ella; los batallones ligeros apoderándose á la carga de tres cañones y un obús en el mismo puente. Apoyaba este ataque la brigada de infantería portuguesa del general Bradford.

Mientras duraba la embestida de Avechuco, hacia el enemigo los mayores esfuerzos para recuperar el pueblo de Gamarra-mayor, esfuerzos valientemente rechazados por la quinta division, bajo el mando del mayor general Oswald. Sin embargo, el enemigo conservaba en reserva sobre las alturas de la derecha del Zadorra dos divisiones de infantería, y era imposible cruzar los puentes hasta que las tropas que operaban contra el centro é izquierda del enemigo les hubiesen arrojado más allá de Vitoria. (1)

Todos cooperaron entonces á la persecucion, que continuó aún despues de haber cerrado la noche.

El movimiento de las tropas mandadas por el teniente general Sir Thomas Graham, y su toma de posesion de Gamarra y Avechuco, interceptaban al enemigo la retirada por la carretera general de Francia. Vióse pues obligado á dirigirse por el camino de Pamplona; pero incapacitado de mantener posicion alguna por suficiente tiempo, no podía proteger la salvacion de sus bagajes y artillería. Así, el resto de esta última, que no había caido en poder de las tropas en el ataque de las diferentes posiciones cogidas al enemigo desde su primera posicion en Ariñez y el Zadorra, todos sus parques y bagajes, y cuanto poseía fué cogido en la inmediacion de Vitoria. Tengo motivo para creer que el enemigo llevó tan sólo consigo un cañon y un obús.

El ejército del rey José se componía de los ejércitos del Sur y del Centro en su totalidad, de cuatro divisiones y toda la caballería del ejército de Portugal y algunas tropas del ejército del Norte. La division del general Foy, del ejército de Portugal, se hallaba en las inmediaciones de Bilbao, y el general Clausel, comandante del ejército del Norte, estaba cerca de Logroño con una division del ejército de Portugal, mandada por el general Taupin, y la division del general Van-der-Maesen, del ejército del Norte. La sexta division del ejército aliado, bajo las órdenes del mayor general el Hon. E. Pakenham, se hallaba tambien ausente, habiéndose detenido en Medina de Pomar por tres días para cubrir la marcha de nuestros parques y almacenes. La naturaleza del terreno no permitió generalmente el uso de la caballería; pero los oficiales generales que mandaban las varias brigadas mantuvieron las tropas que se hallaban bajo sus órdenes cercanas á la infantería para prestarla su apoyo, y ocupáronse activamente en la persecucion del enemigo cuando éste fué arrojado más allá de Vitoria.

Remito este parte con mi ayudante el capitán Friimantle, al cual me atrevo á recomendar á la proteccion de vuestra señoría. Tendrá el honor de poner á los pies de S. A. R. la bandera del 4.° batallon del regimiento 100, y el bastón de mariscal de Francia del mariscal Jourdan, cogido por el regimiento 87.

---

(1) Este fué un error que padeció Vellington: las dos divisiones á que hace referencia en su parte habían marchado á Francia escoltando dos convoyes.

Incluyo un estado de los muertos y heridos en las últimas operaciones y otro de artillería, montajes y municiones cogidos al enemigo en la acción del 21 de junio de 1813.

ESTADO *de los muertos, heridos y extraviados del ejército aliado, bajo las órdenes del general marqués de Wellington, K. G., en la acción habida con el ejército francés, mandado por el rey José Bonaparte, en los campos de Vitoria, el día 21 de junio de 1813.*

	Oficiales...	Sargentos.	Tropa.....	Total de la pérdida	Ingleses...	Españoles.	Portugueses......	Caballos...
Muertos...........	33	19	688	740	501	89	150	92
Heridos...........	230	158	3.782	4.170	2.807	464	899	68
Extraviados.......	»	1	265	266	»	»	»	26

Un sargento, dos tambores y doscientos sesenta y tres individuos de tropa han sido anotados como extraviados en los estados de los diferentes cuerpos, ingleses y portugueses; se supone que la mayor parte de ellos perdieron sus regimientos durante la noche, y que muy pocos han caído en manos del enemigo.

ESTADO *que manifiesta la artillería, carruajes y municiones cogidas al enemigo.*

151 cañones de bronce en carruajes de camino.
415 carros de municiones.
14.249 proyectiles.
1.973.400 cartuchos de fusil.
40.668 libras de pólvora de cañón.
56 carros de forraje.
44 fraguas de campaña.

A. DICKSON,
Teniente coronel, comandante de artillería.

NÚMERO 6

—

Esos números son el resultado de los distintos datos que estampan en sus obras tantos historiadores como han descripto la batalla de Vitoria, de que dependió la suerte toda de las operaciones de una campaña á que no tardó en seguir el término de la guerra de la Independencia.

NÚMERO 7

ESTADO *de la organización y fuerza efectiva y disponible del 1.er ejército en 31 de mayo de 1813.*

DIVISIONES y sus comandantes	CUERPOS de que se componían	DISPONIBLE			BAJAS			FUERZA TOTAL		
		Jefes y oficiales..	Tropa....	Caballos..	Jefes y oficiales...	Tropa....	Caballos..	Jefes y oficiales...	Tropa....	Caballos..
1.ª *División.* El Mariscal de campo Barón de Eroles....	INFANTERÍA.—1.ª *Brigada.* —Baza, 1 bat.—Fernando VII, 1 bat.—Leales Manresanos, 1 bat.—2.ª *Brigada.*—Barcelona, 1 batallón. — Cazadores de Cataluña, 1 bat.—CABALLERÍA.— Coraceros, 2 escuadrones.—Total, 5 batallones y 2 escuadrones...............	220	4.857	147	18	773	18	220	5.130	160
2.ª *División.*	INFANTERÍA.—1.ª *Brigada.* —Ultonia, 1 bat.—Cardona, 1 bat.—Mataró, 1 batallón.—Agregadas á esta brigada.—Palma, 1 batallón. — Ausona, 1 batallón—2.ª *Brigada*—San Fernando, 1 bat.—Tarragona, 1 bat.—CABALLERÍA.—Húsares de Cataluña, 4 escuad.ˢ—Total, 7 batallones y 4 escuadrones..........	309	5.124	284	25	1.225	8	334	6.349	292
Artillería......	En el ejército y plazas...	29	708	10	1	65	»	30	773	10
Ingenieros.....	En cuartel general de plazas....................	27	317	»	»	49	»	27	366	»
Guarniciones dependientes del ejército..	INFANTERÍA. — Lérida, 1 bat.—Pontevedra, 1 bat. —Príncipe, 1 bat.—Batallón del general, 1 bat. —Buza, 1 bat.—Instrucción. — Compañías de Guías. — Depósito de quintos —Compañía de inválidos.—CABALLERÍA—Lanceros, 1 escuadrón. — Total, 5 batallones y 1 escuadrón...	226	4.472	70	10	650	20	236	5.122	90

A

SITUACIÓN EN 1.° DE NOVIEMBRE DE 1813			
LOCALIDADES	Presentes	Hospitales	Efectivo
SOUBALETTE			
1 *ean Pied-de-Port*....... artin-d-Arossa.........	5.136	822	6.061
7 in, Sainte Anne....... .... Canterabaita..........	4.589	1.098	5.821
9 *Urtubie*...............	6.569	2.508	9.200
SARE			
4 *Sare*..................	5.899	2.475	8.049
5 *Sare*..................	5.579	1.364	7.107
8 *Sare*..................	4.889	2.838	8.579
ESPELETTE			
Ainhoa................	4.705	2.131	6.984
Finodetta........... ain, Chapora, *Espelette.*	6.326	1.248	7.617
Serres et d'Aicain.....	5.782	1.200	7.052
Serres................ emborda.............. .... oix, Belchenia........	8.319	1.484	10.672
nt-Palais, Orthez, Sau- e..................... Monein, Pau.......... orre, Maubourguet, s...................	4.464	135	4.728
e, Nogaro, Riscle...... , Plaisance, Montes-	2.824	71	2.447
....	9.691	403	14.142
Totales............	73.722	17.727	98.404
			7.706
			2.407
			»
			1.289
			111
			1.872
Totales........................			13.285
TOTAL GENERAL.....................			109.282

OBSERVACIONES

Estado Mayor

Duque de Dalmacia, general en jefe.
Conde Gazán, jefe de E. M. G.
Mathieu-Javier, Ordenador en jefe.
Tirlet, general de división, comandante de la Artillería.
Léry, ídem, íd., íd., de Ingenieros.
Berge, ídem de brigada, jefe de Estado Mayor de la Artillería.
Buquet, ídem, íd., íd., de la Gendarmería.
Thouvenot, ídem, íd., Gobernador de Bayonne.

(A) Granaderos, Cazadores, fusileros y Real-Extranjero, todos de 2 batallones (españoles).
(B) 2.° ligero, 4.° y 6.° de línea (italianos).
(C) 2.° ligero de Nassau, 4.° de Baden, batallón de Francfort.
(D) Húsares de Guadalajara, 1.° y 2.° cazadores (españoles).
(E) Cazadores de Nassau, caballos ligeros de la guardia real, húsares de la guardia real, gendarmería de preferencia de la guardia real.

NOTA.—Los regimientos de infantería ligera son los únicos designados con todas sus letras.
Las cifras entre paréntesis indican el número de batallones. Cuando no hay paréntesis, el regimiento no tiene más que un batallón.
En fin, los nombres de localidades subrayadas son los cuarteles generales de las divisiones.
Por «tropas no comprendidas en las divisiones», hay que entender la artillería, los ingenieros, el tren y los servicios.

DIVISIONE	ES	EL 1.° DE ENERO DE 1814 Presentes	Hospitales	Efectivos	OBSERVACIONES
I.—Ala derec					
1.ª, Foy	›s Guiche, ...	4.610	1.514	6.200	
7.ª, Leval (A.)	t...	4.230	1.218	5.514	
9.ª, Boyer	ne ... gnaux...	5.327	2.734	8.071	
II.—Centr					
4.ª, Taupin	Bardos, ... ze...	5.676	3.233	8.945	
5.ª, Maransin	ızados...	5.012	1.389	6.492	
III.—Ala izqui					
2.ª, Darmagnac	nt, Saint- Marie...	5.490	2.126	7.737	
3.ª, Abbé	Pierre-d' ...	5.091	1.935	7.128	
6.ª, Darricau	e...	5.248	1.755	7.341	
División de rese llate	re...	»	»	»	
División Paris	(C)... Ielette...	6.633	1.556	8.914	
CABALLERÍ					
1.ª, Soult (Pier	n, Saint- ... pon, Pey- ...	3.840	91	4.354	
2.ª, Treilhard	Orleans).				
	...	7.366	436	10.936	
	...	58.573	17.987	81.622	

NICIONES

Ala derecha	8.801
Centro ... ort	2.407
Ala izquierda.	
Reserva	1.239
Caballería	
División Paris	111
Parque	1.872
GENERAL	96.052

OBSERVACIONES

(A) El general Maucune, al partir el 22 noviembre para el ejército de Italia, había sido reemplazado en el mando de su división por el general Leval.

(B) 9.° y 34.° ligero, 66.°, 82.° Las brigadas extranjeras conservan la misma composición que el 1.° de noviembre.

La brigada italiana fué enviada á Italia el 24 noviembre.

(C) La división Harispe, formada á fin de diciembre, tomó el número 8: se componía del 9.° ligero (2), 25.° ligero (2), 34.° ligero (2), 100.° (2), 81.° (2), 114.°, 115.° (2), 117.°; es decir, de la brigada París y de una parte de la ex-reserva de Villatte, más el 8.° batallón napolitano.

Las divisiones Leval (7.ª) y Boyer (9.ª) marchan el 22 de enero al Grande Ejército con la brigada de dragones del general Sparre. Las seguirán 2 baterías de á pie y 2 baterías de á caballo, ó sea 28 piezas. Desde entonces no le quedarán al Mariscal más que la división de cazadores de Soult (Pierre) formada de dos brigadas (2.° húsares, 5.°, 10.° 13.°, 15.°, 21.° y 22.° de cazadores).

NÚMERO 9

—

FORTIFICACIÓN.—La situación misma de San Sebastián que acabamos de describir forma una parte muy principal de la fortificación de esta plaza. Su posición litoral con un buen puerto, debió, naturalmente, inclinar á sus moradores al comercio marítimo; y bien sea la conveniencia de preservar de un golpe de mano los intereses creados, ó la situación peninsular de esta ciudad, al pie de un promontorio tan susceptible de defensa, debieron influir en el ánimo de D. Sancho el Fuerte de Navarra para hacer construir un muro que le cubriera. Todos los que conocieron la ciudad de San Sebastián antes de su incendio el año de 1813, conservan el recuerdo de este muro, que con el nombre de muralla de D. Sancho, subsistía en todo el frente occidental y parte del meridional hasta el arco ó puerta que servía de entrada á la calle Mayor. Aun queda un pequeño vestigio suyo en el muro que separa las puertas del convento de las monjas de Santa Teresa, del callejón que conduce al camino del castillo, y quizá lo sea también una parte del actual frente oriental de la plaza. Hoy sería un cuadrilátero bastante regular, si el chaflán, que con bien poca previsión varió la configuración, no la hubiese convertido en un pentágono irregular. Desde la mitad del pie de la falda meridional del monte Urgull, y en dirección casi perpendicular á la misma, se prolonga la nueva muralla en una extensión de 1.000 pies, cerrando el frente occidental de la plaza unos 100 pies, avanzado al de D. Sancho. En el ángulo entrante que la muralla forma por su parte exterior con el pie de la falda, está el muelle, con el que la plaza se comunica por una puerta llamada Puerta de Mar. El resto de este muro está bañado por las aguas de la Concha, las que al retirarse, dejan en seco á su pie una faja de arenal, por donde el sitiador podría dirigir sus columnas de ataque. Sin embargo de esta circunstancia, de que la muralla sólo tiene 8 pies de espesor y de que toda su escarpa se halla descubierta desde el exterior, imposibilitando las aguas de la Concha el establecimiento de ninguna batería á competente distancia para abrir brecha, y hallándose la escarpa perfectamente defendida por los multiplicados fuegos del muelle y de la falda del monte, no es de temer que la plaza sea en ningún caso embestida por este frente. El que mira al Sur está cubierto con una muralla en línea recta de 1.200 pies de extensión próximamente con 33 de elevación sobre el terreno natural y 32 de espesor, incluso el parapeto. La Academia de la Historia, en su Diccionario Geográfico, supone que en los extremos de este lienzo se construyeron dos cubos al mismo tiempo que en la muralla, y un baluarte en su centro. No puede haber dificultad en admitir este supuesto, en cuanto á los cubos, por estar muy conforme el estado en que se hallaba el arte de fortificar las plazas á principios del siglo XVI, pero no así, con respecto al baluarte, que debe ser de época muy posterior. Más probable parece que en el mismo terreno, en que está el baluarte actual, se hubiese construido un cubo de mayor capacidad y elevación si se quiere, que los de los dos extremos, honrándole por esta circunstancia con el pomposo nombre de *Cubo Imperial*, que cuadra mal á un baluarte. Aunque la aplicación de la pólvora á las operaciones de la guerra, es anterior á la gloriosa época para nuestras armas, en que floreció el emperador Carlos V, sólo se empleaba este poderoso agente en aquel tiempo en las cargas de los arcabuces, mosquetes y algunos cañones

informes y cortos que arrojaban proyectiles irregulares sin taco y por consiguiente de limitado alcance y poco efecto. En este reinado fué cuando el célebre Pedro Navarro, introdujo el uso de la pólvora en el ataque de las plazas por medio de las minas; pero la artillería carecía aún de la acción necesaria para batir una muralla, y los ejércitos sitiadores no la emplearon en este objeto hasta mediados del siglo XVI, después de mejorada su construcción. El empleo de la artillería en el ataque de las plazas, tuvo por inmediata consecuencia la invención de los baluartes. Enad de Bardelue, ingeniero del rey Enrique IV de Francia, fué el primero que, á fines del siglo XVI, publicó un sistema de fortificar las plazas con baluartes, y en el reinado inmediato de Luis XIII, á principios del siglo XVII, dió á luz el suyo el caballero de Ville, á cuyas máximas está arreglada la traza del baluarte que nos ocupa, llamado impropiamente Cubo Imperial. Este baluarte, si bien de poca capacidad con respecto á los modernos, tiene unos 20 pies de elevación más que la muralla, en forma de *caballero de trinchera*, y bate el terreno de su frente con fuegos dominantes. Debajo de su plataforma hay un almacén á prueba de bomba con dos casamatas en cada flanco, y otro, además, debajo del anterior, con otras dos casamatas también en cada uno de los flancos que barren los fosos de las cortinas y caras de los baluartes opuestos con fuegos rasantes. Los flancos están cubiertos con orejones, y uno de ellos cubre la puerta, única de salida al campo, llamada *Puerta de Tierra*. Este frente se construyó unos 150 pies más avanzado que el de D. Sancho. Los baluartes bajos que reemplazaron á los dos cubos de los extremos de este frente, pertenecen también al sistema del caballero de Ville: el de la derecha ú occidental, llamado de San Felipe, es sólo un medio baluarte, y el de la izquierda ú oriental que es entero, se denomina del Gobernador ó más comunmente de Santiago. Los flancos de ambos son retirados y cubiertos con espaldas en lugar de orejones, y tienen sus poternas para las comunicaciones de la guarnición en tiempo de sitio. Estos tres baluartes deben ser de la primera mitad del siglo XVII, y de la segunda, las otras exteriores, que consisten en una contraguardia que cubre la única cara del baluarte de San Felipe, un hornabeque abraza con sus alas el baluarte del centro y una parte de las cortinas contiguas con un rebellín al frente de la del hornabeque, que tiene una poterna por la que se comunica con el rebellín, atravesando el foso por una caponera doble. Las obras exteriores están arregladas al sistema del conde de Pagán. Las del recinto y exteriores de este frente, están circundadas de fosos, de competentes dimensiones en su anchura y profundidad, y se hallan defendidas por los fuegos de aquéllos, sin que quede ninguna parte muerta ú oculta al pie de las escarpas. Rodea además á los fosos más avanzados hacia la campiña un camino cubierto con su estacada, y una espaciosa esplanada que cubre la escarpa de las obras, dejando expeditos los fuegos de sus parapetos. A la salida de la puerta de tierra, inmediato al flanco derecho del baluarte del centro, se atraviesa el foso del recinto por un puentelevadizo en parte, y durmiente en otra, para llegar á la gola del hornabeque.

Desde este punto son dos las comunicaciones de la población con el campo exterior; ambas, después de atravesar por un puente levadizo el foso del ala del hornabeque á que respectivamente se dirigen, dan salida al campo por dos rastrillos, situados cerca de los extremos de la estacada en las plazas de armas del camino cubierto. El frente oriental de la plaza está cerrado por un muro de 1.000 pies de extensión, 12 de espesor y 30 de altura por la cara exterior, construido á la orilla izquierda del río *Urumea*. Arranca

este muro desde el extremo oriental del monte Urgull, sin dejar en su parte exterior más espacio que el absolutamente preciso para un pequeño flanco, capaz sólo de una pieza, al que, sin embargo, se le ha dado el nombre de batería de San Telmo. Se dirige el muro casi perpendicularmente al pie del monte en la extensión de unos 500 pies, donde, formando un ángulo muy obtuso se inclina á la derecha, y con otras dos inflexiones en el mismo sentido, continúa al encuentro del extremo oriental del lienzo del S., dejando oculto el pie de la escarpa al fuego de la única pieza de la batería de San Telmo. Para remediarlo se construyeron dos cubos, el uno llamado de los Hornos, en el ángulo ó punto de inflexión más inmediato á la cara del S., y el otro con el nombre de Cubo de Amezqueta, en el más distante. Estas obras, si bien podrían ofrecer bastante resistencia contra los medios de que podía disponer el sitiador en la época en que se construyeron, teniendo toda la escarpa descubierta desde el exterior, y habiéndose perfeccionado la artillería, hasta casi el grado en que hoy se halla, en el reinado de Luis XIV, la experiencia ha demostrado que una batería establecida en la orilla derecha del *Urumea*, puede, en pocas horas, apagar los fuegos de estos dos cubos y aun destruirlos y abrir brecha en ellos y en las cortinas contiguas en el corto intervalo de ocho días. Por otra parte, la batería de enfilada que el sitiador nunca dejará de establecer en la altura de San Bartolomé, batiendo de flanco el ala izquierda del hornabeque y la cara también izquierda del baluarte de Santiago, cuyos fuegos deberían contestar é imponer respeto á los de la batería de la derecha del *Urumea*, no sólo contribuye á que este ejerza con desembarazo su acción contra la muralla, sino que, enfilando igualmente el lienzo en que se abre la brecha, proteje grandemente á las columnas que se dirijan al asalto. Esta es, sin duda, la parte más débil del recinto, la que ha sido atacada en los dos sitios que ha sufrido la plaza, y la que lo sería en otro que tuviese que sostener. Alguna vez se ha pensado en fortalecerla por el exterior con una falsabraga; también ha habido quien quiso cubrirla con un tenazón; pero el medio más eficaz, sería sin duda, rebajar los arenales de la derecha del *Urumea*, hasta que las aguas de las mareas altas se extendieran á una distancia superior al alcance de punto en blanco de las piezas de batir, obra de puro peonaje y de muy poco coste. Más insignificante sería aún el que ocasionara el rebajo de la cresta de San Bartolomé, hasta que quedaran desenfiladas las obras que domina. Probablemente bastaría autorizar á la ciudad para que pudiese cerrar y reducir á cultivo la extensa playa que deja la marea, al retirarse entre el monte de San Bartolomé y la orilla izquierda del *Urumea*, con facultad de extraer tierras de la cresta de este monte, para rellenar el cerramiento; autorización que podría concederse, sin que la plaza se resintiese en sus condiciones defensivas, puesto que las trincheras, que en el terreno cerrado quisiera abrir el sitiador, inundándose en las mareas altas por la infiltración de las aguas, quedarían intransitables también en las bajas por su estado fangoso. Un ingeniero del ejército inglés, después de tomada esta plaza el año de 1813, dirigió la construcción de una cortadura detrás de las dos brechas, por donde se dió el asalto en dirección paralela á la parte del recinto que abraza con dos flancos, de los que el de la derecha se une al frente del S., junto á la poterna del baluarte de Santiago, y el izquierdo se adhiere al oriental cerca del cubo de Amezqueta, quedando éste dentro de la cortadura. Esta tiene su foso con escarpa y contraescarpa, revestido de mampostería: es un obstáculo nuevo que se opone al asaltante y puede contribuir eficazmente á la defensa de la brecha. Parece verosímil que la parte de este

frente, comprendida entre el cubo de Amezqueta y el monte Urgull, formará el frente oriental del recinto de D. Sancho, y que en obsequio de la economía ú otras causas, se hubiere querido utilizar, al construir el actual, pues que á no ser así, es de creer que se hubiere dirigido este frente en línea recta, desde el extremo del muro del S. al monte Urgull, dejando en la falda de éste, por la parte exterior del muro, el espacio suficiente para una batería que barriera con fuegos rasantes el pie de la escarpa en todo el frente.

El monte Urgull cierra la plaza por el lado del N., preservándola de todo ataque por esta parte. Su base, si bien de figura irregular, puede ser considerada como una elipse de 3.000 pies en el diámetro mayor, en dirección de E. á O., y de 2.000 en el menor de N. á S. Su altura sobre el nivel de las aguas de la Concha es 431 pies y no de 1.000 varas, como equivocadamente dice la Academia de la Historia. Sus laderas son muy agrias y de pendiente sumamente rápida, terminando la mitad más oriental de la que mira al S. en la gola de la plaza y en el muelle la occidental. Las que dan frente al NE. y O. se esconden en el Océano Cantábrico, formando una orilla tan escarpada y en costa tan brava, que aparta toda idea de que pueda intentarse en ella ningún desembarco. En la cúspide del monte se eleva el castillo de la Mota, de figura casi cuadrada, de unos 150 pies de lado, sin baluartes, cubos ni ninguna otra clase de obra que defienda sus escarpas, lo que autoriza á creer, que al proyectarlo, no se propuso más objeto que proporcionar á la guarnición de la plaza un refugio, desde el cual pudiese obtener una honrosa capitulación, después de haber defendido aquélla, hasta haber apurado cuantos medios estaban á su alcance. Sus fuegos son de muy buen efecto, particularmente en los días primeros del sitio, cuando el enemigo está aun distante. Son más fijantes, y por consiguiente de menos efecto, según se va acercando el sitiador, y nulos cuando éste llega á ocupar las faldas del monte. No tiene á tiro de cañón ninguna altura que le domine para el uso de la bala rasa, pues la más inmediata que es el punto de Montefrío, donde está situado el ante faro (1), dista 6.223 pies de la fortaleza.

En el espacio cuadrado que éste encierra dentro de su recinto, hay un cuartel capaz de 100 camas, una capilla bajo la advocación del Santo Cristo de la Mota, un pozo de agua dulce y dos almacenes á prueba de bomba, que forman el piso bajo del edificio, en que están los pabellones para habitación del gobernador y oficiales de la guarnición, con salida á la plataforma de un cubo ó macho que se eleva en el centro del fuerte, el que tiene también una cisterna de agua. Adosada á la escarpa de la cara occidental del castillo, hay una batería construída por los ingenieros franceses (con el nombre de Napoleón) el año 1813, con fuegos al N., S. y O., la que se conserva con el de Isabel II. Al pie de la escarpa de la cara del castillo que mira al S., hay una plataforma con parapeto de mampostería, que inmediato al fuerte termina por el E. con la batería del Príncipe, con fuegos al S., y por el O. con la de Santa Clara Alta, que los tiene al S. y al O., contra la isla que da nombre á la batería. Desde la batería del Príncipe se desciende, resguardado de un parapeto aspillerado, á la del Ataque ó Mirador, que está en el extremo oriental del monte, sobre el desembarcadero del *Urumea*, y en los mismos términos se baja desde la batería de Santa Clara Alta, á la de las Damas, abrazando toda la falda meridional y previniéndose contra el enemigo, que dueño de la plaza, quisiera aspirar á la ocupación del

(1) Fué construido en el año 1778 por el consulado de Comercio. Sobre una grandiosa torre se veía un soberbio fanal de 24 pábilos, de reverbero, que era en su tiempo comparable con los mejores de Europa.

monte. La batería del Mirador, que es más bien un reducto, tiene fuegos á la parte del mar, y también á la de tierra. Es la destinada á inquietar á los servidores de la batería de brecha de la orilla derecha del *Urumea*, y á amortiguar sus fuegos con los de una barbeta, que tiene en el ángulo SE.: tiene además la misión de retardar y hacer más mortífera la marcha de las columnas de asalto, y es sin duda la obra de más importancia. Su elevación sobre el pie de la escarpa del frente oriental de la plaza es de 250 pies, y por consiguiente sus tiros son demasiado fijantes. La batería de las Damas dirige sus fuegos á la Concha.

Contra las fuerzas marítimas que quisieren hostilizar la plaza ó el monte del castillo, hay cerca del pie de la falda de éste dos baterías: la una de Santa Clara la baja con fuegos al mar y á la isla de su nombre, y la otra la de la Barloca en forma de flecha, que abrasa con sus fuegos todo el espacio que ocupan las aguas. Los de estas baterías con los de la Reina y Mirador y los del mismo castillo, responden sobradamente de que ninguna escuadra se expondrá á ver sumergidos en el fondo del mar á sus buques, por el miserable placer de taladrar algún tejado ó romper algunos cristales. Hoy el monte del castillo tiene almacenes á prueba de bomba con sus correspondientes cercos de resguardo y con pararrayos; y una fuente de excelente agua dulce á la misma orilla del mar: durante la última guerra se colocó á media falda de la que mira al N., un faro para guía de los navegantes en substitución del antiguo que estaba en territorio ocupado por las fuerzas carlistas: continuando la falda por la parte del E. al pie de un colosal muro natural de roca, se ven varios sepulcros en campo libre, bajo una simple y respetable forma; pertenecientes á algunos jefes y oficiales de la legión británica, muertos en defensa de la causa constitucional de la última guerra civil. Hay también en este lugar un pequeño túmulo de piedra, cerrado por balaustre de hierro, erigido á la memoria del valiente y malogrado mariscal de campo D. Manuel Gurrea, muerto en el puente de Andoain, víctima de su arrojo demostrado en cien batallas, defendiendo la causa de la independencia contra los franceses, y más tarde las instituciones liberales de que era entusiasta y por las que había prestado señalados servicios y sufrido prolongadas emigraciones: en uno de los lados del pedestal, sencillamente construído en bajo relieve, está el general montado á caballo pasando el indicado puente: debajo de este relieve, en letras doradas sobre mármol negro, se lee el epitafio siguiente:

Al mariscal de campo D. Manuel de Gurrea, muerto en los campos de Andoain, en 29 de mayo de 1837. Su esposa, sus hijos, su amigo el teniente general De Lacy Evans.

Hemos querido publicar estos interesantes pormenores, porque también nosotros nos honrábamos con la amistad de este distinguido patricio, á cuyo lado, por primera vez oímos el silbido de las balas en defensa de la causa constitucional, porque también en tierra extraña fuimos sus compañeros de desgracia, porque también en su brillante expedición de Cataluña en 1836 militamos en combinación con este general bizarro.

La plaza de San Sebastián, ni por la clase de sus fortificaciones, ni por el espacio que encierra, puede ser considerada como plaza de primer orden. Es, sin embargo, de bastante importancia por su proximidad á la frontera de la nación francesa, cuya circunstancia la destina á ser la base de operaciones del ejército que defienda la línea divisoria de ambos pueblos (1).

(1) Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España, por Pascual Madoz.

NÚMERO 10

—

Manifiesto sobre la conducta de las tropas Británicas y Portuguesas el 31 de agosto de 1813 y días sucesivos.

La Ciudad de San Sebastián ha sido abrasada por las tropas aliadas que la sitiaron, después de haber sufrido sus habitantes un saqueo horroroso y el tratamiento más atroz de que hay memoria en la Europa civilizada. Hé aquí la relación sencilla y fiel de este espantoso suceso.

Después de cinco años de opresión y de calamidades, los desgraciados habitantes de esta infeliz Ciudad aguardaban ansiosos el momento de su libertad y bien estar que lo creyeron tan próximo como seguro, cuando en veinte y ocho de junio último, vieron con inexplicable júbilo, aparecer en el alto de San Bartolomé los tres Batallones de Guipúzcoa, al mando del coronel D. Juan José de Ugartemendia. Aquel día y el siguiente salieron apresurados muchos vecinos, ya con el anhelo de abrazar á sus libertadores, ya también por huir de los peligros á que les exponía un sitio, que hacían inevitable las disposiciones de defensa que vieron tomar á los franceses quienes empezaron á quemar los barrios extramurales de Santa Catalina y San Martín. Aunque el encendido Patriotismo de los habitantes de la Ciudad les persuadía, que en breves días serían dueños de ella los aliados, sin embargo iban á dejar casi desierta; pero el General Francés Rey que la mandaba les prohibió la salida, y la mayor parte del vecindario con todos sus muebles y efectos (que tampoco se les permitieron sacar) hubo de quedar encerrado.

Los días de aflicción y llanto que pasaron estas infelices familias desde que el bloqueo de la Plaza se convirtió en asedio con la aproximación de las tropas Inglesas y Portuguesas que al mando del Teniente General Sir Thomas Graham relevaron á las Españolas, no es necesario explicarlos. Cualquiera podrá formarse una idea de las privaciones, sacrificios, sobresaltos y temores de una situación tan apurada teniendo que sufrir las requisiciones y pedidos excesivos y extraordinarios que multiplicaba la guarnición con amenazas de muerte; y siendo tanta la desconfianza con que ésta miraba á los moradores, que en siete de julio les quitó cuantas cuerdas, escaleras, picas, palas, azadones y herramientas de carpintería pudo encontrar, además todas las armas sin excepción del espadín más inútil: todo bajo de ejecución militar. A este estado de congoja se añadía la que causaba la prolongación de la defensa á pesar del vivísimo fuego de los aliados: y los daños que causaban las granadas y demás proyectiles que ó accidentalmente ó por dirección dada, caían sóbre la Ciudad y acrecentaban sus miserias. Sólo las hacía tolerables la perspectiva de un éxito próspero y breve que pusiese término á tantas calamidades. Lo esperaron del asalto de veinte y cinco de julio y cuando se vió frustrado, sobrecogidos de una mortal tristeza todos los pechos no acertaban á respirar. Sólo pudieron hallar algunas treguas á su dolor en procurar auxilios á los Prisioneros Ingleses y Portugueses, que resultaron en este malogrado ataque. La Ciudad los socorrió al instante con vino, chocolate, camisas, camas y otros efectos. Los heridos fueron colocados en la Parroquia de San Vicente y socorridos por su Párroco. El Presbítero Beneficiado Vocal de la Junta de Beneficencia cuidó con el más exquisito esmero á los prisioneros que pusieron en la Cárcel. Este benéfico proceder y el de todos los habitantes, que tam-

bién les daban todo género de socorros según su posibilidad, fué mal mirado por los franceses que disgustados igualmente de las visitas que se hacían á tres Oficiales prisioneros, los pusieron en la Cárcel y después los trasladaron al Castillo, como todo lo podrán declarar los mismos Oficiales y los demás prisioneros de ambas naciones, especialmente D. José Gueves Pinto, Capitan del Regimiento Portugués número quince y D. Santiago Iserek, Teniente del Regimiento Inglés número nueve.

Era entretanto mayor el cúmulo de males, pues desde el veinte y tres de julio hasta el veinte y nueve se quemaron y destruyeron por las baterías de los aliados sesenta y tres casas en el Barrio cercano de la Brecha: pero este fuego se cortó y extinguió enteramente el veinte y nueve de julio por las activas disposiciones del Ayuntamiento y no hubo después fuego alguno en el Cuerpo de la Ciudad hasta la tarde del treinta y uno de agosto después que entraron los aliados. Llegó por fin dicho día treinta y uno, día que se creyó debía ponerles término y por lo tanto deseado como el de su salvación por los habitantes de San Sebastián.

Se arrecia el tiroteo; se ven correr los enemigos azorados á la brecha: todo indica un asalto por cuyo feliz resultado se dirigían al altísimo las más fervorosas oraciones. Son escuchados estos ruegos; vencen las armas aliadas y ya se sienten los tiros dentro de las mismas calles. Huyen los franceses despavoridos, arrojados de la brecha sin hacer casi resistencia en las calles: corren al castillo en el mayor desorden y triunfa la buena causa, siendo dueños los aliados de toda la Ciudad para las dos y media de la tarde. El patriotismo de los leales habitantes de San Sebastián, comprimido largo tiempo por la severidad enemiga, prorrumpe en vivas, vítores y voces de alegría y no sabe contenerse. Los pañuelos que se tremolaban en las ventanas y balcones al propio tiempo que se asomaban las gentes á solemnizar el triunfo, eran claras muestras del afecto con que se recibía á los aliados; pero insensibles éstos á tan tiernas y decididas demostraciones corresponden con fusilazos á las mismas ventanas y balcones de donde les felicitaban y en que perecieron muchas víctimas de la efusión de su amor á la Patria, terrible presagio de lo que iba á suceder.

Desde las once de la mañana, á cuya hora se dió el asalto, se hallaban congregados en la Casa Consistorial los Capitulares y vecinos más distinguidos, con el intento de salir al encuentro de los aliados. Apenas se presentó una columna suya en la Plaza nueva, cuando bajaron apresurados los Alcaldes, abrazaron al Comandante y le ofrecieron cuantos auxilios se hallaban á su disposición. Preguntaron por el General y fueron inmediatamente á buscarlo á la Brecha, caminando por medio de cadáveres: pero antes de llegar á ella y averiguar en donde se hallaba el General fué insultado y amenazado con el sable por el Capitán Inglés de la guardia de la puerta uno de los Alcaldes. En fin, pasaron ambos á la brecha y encontraron en ella al mayor general Hay, por quien fueron bien recibidos y aun les dió una guardia respetable para la Casa Consistorial, de lo que quedaron muy reconocidos. Pero poco aprovechó esto; pues no impidió que la tropa se entregase al saqueo más completo y á las más horrorosas atrocidades, al propio tiempo que se vió no sólo dar cuartel, sino también recibir con demostraciones de benevolencia á los Franceses cogidos con las armas. Ya los demás se habían retirado al Castillo contiguo á la Ciudad, ya no se tra taba de perseguirles ni de hacèrles fuego, y ya los infelices habitantes fueron el objeto exclusivo del furor del soldado.

Queda antes indicada la barbarie de corresponder con fusilazos á los

vítores y á este preludio fueron consiguientes otros muchos actos de horror, cuya sola memoria extremece. ¡Oh día desventurado! ¡Oh noche cruel en todo semejante á aquella en que Troya fué abrasada! Se descuidaron hasta las precauciones que al parecer exigían la prudencia y arte militar en una Plaza á cuya extremidad se hallaban los enemigos al pie del Castillo, para entregarse á excesos inauditos que repugna describirlos la pluma. El saqueo, el asesinato, la violencia llegaron á un término increible, y el fuego que por primera vez se descubrió hacia el anochecer horas después que los Franceses se habían retirado al Castillo, vino á poner el complemento á estas escenas de horror. Resonaban por todas partes los ayes lastimeros, los penetrantes alaridos de mujeres de todas edades que eran violadas sin exceptuar ni la tierna niñez ni la respetable ancianidad. Las esposas eran forzadas á la vista de sus afligidos maridos, las hijas á los ojos de sus desgraciados padres y madres: hubo algunas que se podían creer libres de este insulto por su edad y que, sin embargo, fueron el ludibrio del desenfreno de los soldados. Una desgraciada joven vé á su madre muerta violentamente y sobre aquel amado cadáver sufre ¡increíble exceso! los lúbricos insultos de una vestida fiera en figura humana. Otra desgraciada muchacha, cuyos lastimosos gritos se sintieron hacia la madrugada del primero de septiembre en la esquina de la calle San Jerónimo, fué vista cuando rayó el día, rodeada de soldados, muerta, atada á una barrica, enteramente desnuda, ensangrentada y con una bayoneta atravesada por cierta parte del cuerpo que el pudor no permite nombrar. En fin, nada de cuanto la imaginación pueda sugerir de más horrendo, dejó de practicarse. Corramos el velo á este lamentable cuadro, pero se nos presentará otro no menos espantoso. Veremos una porción de ciudadanos no sólo inocentes sino aun beneméritos muertos violentamente por aquellas mismas manos que no sólo perdonaron sino que abrazaron á los Comunes enemigos cogidos con las armas en las manos. D. Domingo de Goicoechea Ecco, anciano y respetable, D. Javier de Artola, D. José Miguel de Magra, y otras muchas personas, que por evitar proligidad no se nombran, fueron asesinadas. El infeliz José de Larrañaga, que después de haber sido robado quería salvar su vida y la de un hijo de tierna edad que llevaba en sus brazos, fué muerto, teniendo en ellos á este niño infeliz; y á resulta de los golpes, heridas y sustos mueren diariamente infinitas personas y entre ellas el Presbítero Beneficiado D. José de Mayora, D. José Ignacio de Arpide y D. Felipe Ventura de Moro.

Si dirigimos nuestras miradas á las personas que han sobrevivido á sus heridas, ó que las han tenido leves, se presentará á nuestros ojos un grandísimo número de ellas. Tales son el Tesorero de la Ciudad, D. Pedro Ignacio de Olañeta, D. Pedro José de Belderrain, D. Gabriel de Vigas, D. Angel Llanos y otros muchos.

A los que no fueron muertos ni heridos, no les faltó que padecer de mil maneras. Sujetos hubo, y entre otros Eclesiásticos respetables, que fueron despojados de toda la ropa que tenían puesta sin excepción ni siquiera de la camisa. En aquella noche de horror se veían correr despavoridos por las calles muchos habitantes huyendo de la muerte con que les amenazaban los soldados. Desnudos enteramente unos, con sola la camisa otros, ofrecían el espectáculo más mísero y hacían tener por feliz la suerte de algunas personas, sobre todo el sexo femenino, que ya subiéndose á los tejados, ó ya enajenándose en las cloacas, hallaban un momentáneo asilo. ¿Cuál podría ser éste cuando unos continuos y copio-

sos aguaceros vinieron á aumentar las desdichas de estas gentes y cuando ardió la Ciudad, habiéndola pegado fuego los aliados por la casa de Soto en la calle Mayor, [illegible] el Centro de la población, en un paraje en que ya no podía con[illegible] ninguno suceso militar? ¿Cuándo otras casas fueron incendiada[illegible]ualmente por los mismos? Sólo este contemplo de desdichas y desa[illegible]tres faltaba á los habitantes de San Sebastián que, ya saqueados, privados aún de la ropa puesta, los que menos mal tratados, otros mal heridos y algunos muertos, se creía haber apurado el caliz de los tormentos. En esta noche infernal en que á la obscuridad protectora de los crímenes, á los aguaceros que el Cielo descargaba y al lúgubre resplandor de las llamas se añadía cuanto los hombres en su perversidad puedan imaginar de más diabólico, se oían tiros dentro de las mismas casas, haciendo unas funestas interrupciones á los lamentos que por todas partes llenaban el aire. Vino la aurora del primero de septiembre á iluminar esta funesta escena, y los habitantes, aunque aterrados y semivivos, pudieron presentarse al General y Alcaldes suplicando les permitiese la salida. Lograda esta licencia, huyeron casi todos cuantos se hallaban en disposición; pero en tal abatimiento y en tan extrañas figuras, que arrancaron lágrimas de compasión á cuantos vieron tan triste espectáculo. Personas acaudaladas que habiendo perdido todos sus haberes no pudieron salvar ni sus calzones; Señoritas delicadas medio desnudas ó en camisa, ó heridas ó maltratadas, en fin, gentes de todas clases que experimentaron cuantos males son imaginables, salían de esta infeliz Ciudad que estaba ardiendo, sin que los carpinteros, que se empeñaron en apagar el fuego de algunas casas, pudiesen lograr su intento, pues en lugar de ser escoltados como se mandó á instancia de los Alcaldes, fueron maltratados, obligados á enseñar casas en que robar y forzados á huir. Entre tanto se iba propagando el incendio, y aunque los Franceses no disparaban ni un solo tiro desde el Castillo, no se cuidó de atajarlo, antes bien se notaron en los soldados muestras de placer y alegría, pues hubo quienes después de haber incendiado á las tres de la mañana de primero de septiembre una casa de la calle Mayor, bailaron á la luz de las llamas.

Mientras la Ciudad ardía por varias partes, todas aquellas á que no llegaban llamas, sufrían un saqueo total. No sólo saqueaban las tropas que entraron por asalto, no sólo las que sin fusiles vinieron del campamento de Astigarraga distante una legua, sino que los empleados de las Brigadas acudían con sus mulos á cargarlos de efectos y aun tripulaciones de transportes Ingleses, surtos en el Puerto de Pasages, tuvieron parte en la rapiña, durando este desorden varios días después del asalto sin que se hubiese visto ninguna providencia para impedirlo ni para contener á los soldados que, con la mayor impiedad, inhumanidad y barbarie robaban ó despojaban fuera de la Plaza hasta de sus vestiduras á los habitantes que huían despavoridos de ella, lo que al parecer comprueba que estos excesos los autorizaban los Jefes, siendo también de notarse que los efectos robados ó saqueados dentro de la Ciudad y á las avanzadas, se vendían poniéndolos de manifiesto á público, á la vista é inmediaciones del mismo Cuartel General del Ejército sitiadas por Ingleses y Portugueses. Uno de esta última Nación traía de venta el copón de la Parroquia de San Vicente, que encerraba muchas formas consagradas sin que se sepa qué paredero tuvo su preciosísimo contenido. La plata del servicio de la Parroquia de Santa María, que se hallaba guardada en un paraje secreto de la Bóveda de la misma, fué vendida por los Portugueses, después de la rendición del Castillo.

Cuando se creyó concluida la expoliación, pareció demasiado lento el progreso de las llamas, y además de los medios ordinarios para pegar fuego, que antes practicaron los aliados, hicieron uso de unos mistos que se habían visto preparar en la calle de Narrica, en unas cazuelas y calderas grandes, desde las cuales se vaciaban en unos cartuchos largos. De éstos se valían para incendiar las casas con una prontitud asombrosa y se propagaba el fuego con una explosión instantánea. Al ver estos destructores artificios, al experimentar inútiles todos los esfuerzos hechos para salvar las casas, después de perdidos todos los muebles, efectos y alhajas, varias personas que habían permanecido en la Ciudad con dicho objeto, tuvieron que abandonarla, mirando con dolor la extraordinaria rapidez con que las llamas devoraban tantos y tan hermosos edificios.

De este modo ha perecido la Ciudad de San Sebastián. De seiscientas y más casas que contaba dentro de sus murallas, sólo existen treinta y seis, con la particularidad de que casi todas las que se han salvado están contiguas al Castillo que ocupaban los enemigos, habiéndose retirado á él todos, mucho antes que principiase el incendio. Tampoco se comunicó éste á las dos Parroquias, pues que servían de Hospitales y Cuarteles á los Conquistadores, teniendo igual destino y el de alojamientos la hilera de casas preservadas, según se ha expuesto, en la calle de la Trinidad al pie del Castillo. Todo lo demás ha sido devorado por las llamas. Las llamas de las casas que componian esta desdichada Ciudad, eran de tres y cuatro altos, muchas suntuosísimas y casi todas muy costosas. La Consistorial era magnífica, lindísima la Plaza Nueva, y ahora causa horror su vista. No menos lastimoso espectáculo presenta el resto de la Ciudad. Ruinas, escombros, balcones que cuelgan, piedras que se desencajan paredes, al desplomarse: hé aquí lo que resta de una plaza de Comercio que vivificaba á todo el patio comarcano de una población agradable que atraía á los forasteros. El saqueo y los demás excesos rápidamente mencionados, aunque tan horrorosos, no hubieran llevado al colmo la desesperación si el incendio no hubiese completado los males, dejando á más de mil quinientas familias sin asilo, sin subsistencia y arrastrando una vida tan miserable que casi fuera preferible la muerte. Los artesanos se ven sin pan, los comerciantes arruinados, los propietarios perdidos. Todo se robó ó se quemó; todo pereció para ellos. Efectos, alhajas, muebles, mercaderías, almacenes riquísimos, tiendas bien surtidas fueron presa ó de una rapacidad insaciable, ó de la violencia de las llamas. En fin, nada se ha salvado, pues aun los edificios se han destruido, San Sebastián, tan conocida por sus relaciones comerciales en ambos hemisferios. San Sebastián, que era el alma de esta Provincia, ya no existe. Excede de cien millones de reales el valor de las pérdidas que han sufrido sus habitantes, y este golpe funesto se hará sentir en toda la Monarquía Española, é influirá en el comercio de otros Países.

Mas no es esto todo. No sólo se han perdido todas las existencias, sino que padecerán aún los tristes residuos de las fortunas de los comerciantes y propietarios con la quema de sus papeles y documentos. Todos los Registros públicos, Escrituras y documentos que encerraban las diez Numerías de la Ciudad, los que se custodiaban en su antiguo y precioso Archivo y el del Ilustre Consulado, cuantos contenian los de los particulares, los libros y papeles de los comerciantes, los libros parroquiales, todo, todo se ha reducido á cenizas, y ¿quién puede calcular las consecuencias funestas que puede producir una pérdida semejante? La posteridad tendrá que llorar catástrofe tan espantosa y sin ejemplo, que ahora reduce casi á la insensatez

á sus desgraciadas víctimas. ¡Víctimas inocentes dignas de suerte menos lastimosa! ¡Víctimas antes de la tiranía francesa y ahora de una barbarie y una rapacidad sin par! ¡Rapacidad que no contenta con la expoliación total que se ha indicado, revolvía los escombros todavía calientes para ver si algo encontraba entre ellos! ¡Rapacidad que no ha perdonado á efectos desenterrados, y que los veinte y cuatro días después del asalto se ejercía en materias poco apreciables!

Infelicísima Ciudad, lustre y honor de la Guipúzcoa, madre fecunda de hijos esclarecidos en las armas y en las letras, que has producido tantos defensores, que has hecho tantos servicios á la Patria ¿podías esperar tan cruel y espantosa destrucción en el momento mismo en que creiste ver asegurada tu dicha y prosperidad? ¿En este instante que con increible constancia y con extraordinaria fidelidad lo miraste siempre como término de tus males, y de cuya llegada nunca dudaste á pesar de tu situación geográfica; y á pesar también de todas las tramas de nuestros implacables enemigos? ¿Tú que distes muestras públicas nada equívocas y sin duda imprudentes de un exaltado amor á tu Rey y de tu alto desprecio al intruso cuando en ocho de julio de mil ochocientos y ocho paseó éste tus calles y se aposentó en tu recinto: muestras tales que obligaron al sufrido José á manifestar á uno de los Alcaldes la sorpresa que le habían causado, pudiste pensar que al cabo de cinco años de opresión, vejaciones y penas serías destruida por aquellas mismas manos que esperabas rompiesen tus cadenas? Cuan pesadas hayan sido éstas no hay que ponderarlo cuando con aquellas primeras demostraciones diste á los Franceses pretextos para agravarlas más y más y cuando con tu constante adhesión á la justísima causa nacional manifestada á pesar de las bayonetas que te oprimían, ocasionaste que fuesen castigados con contribuciones extraordinarias, con prisiones y deportaciones á Francia muchos de tus vecinos. Si el intruso, aunque apoyado de todo el poder de su orgulloso hermano, fué para tí un objeto de mofa y vilipindio ¿podían esperar más miramientos los satélites subalternos de la tiranía? ¡Cuán confusos has dejado á los Oficiales Franceses, cuando al cabo de cinco años de estancia no han logrado introducirse en ninguna sociedad ó casa decente Española! ¡Y cuánto no subiría de punto su admiración y sorpresa al ver que aquellas mismas gentes que con tanto desdén les trataban, volaron al socorro de los prisioneros Ingleses y Portugueses cogidos el veinte y cinco de julio, esmerándose todos sus vecinos á porfía sin exceptuar las Señoritas más delicadas en llevar por sí mismas al Hospital, camisas, hilas y cuanto podía conducir al alivio de los heridos de ambas naciones! ¿y no era necesario un patriotismo el más decidido y aun heróico para manifestar tanto afecto á los aliados al propio tiempo que se burlaban con peligro inminente de las vidas las órdenes francesas, negándose absolutamente tus habitantes á los trabajos del sitio y habiendo sido obligados los prisioneros Ingleses y Portugueses á emplearse en ellos por dicha causa? ¿y podías esperar que el premio de tan acrisolada fidelidad sería tu destrucción? Pero ni ésta ha bastado para entibiar en lo mínimo tu entusiasmo. Entre esas humeantes ruinas, sobre esos funestos escombros has proclamado con júbilo, has jurado con ansia la inestimable constitución política de la Monarquía Española, concurriendo tus más principales vecinos dispersos en varios pueblos á tan solemnes actos. ¡Espectáculo único en el mundo, que suspendiendo el curso de las lágrimas amargas que arrancaba la vista de tantos lastimosos objetos, daba lugar en aquellos patrióticos corazones á impresiones más alhagüe-

ñas haciendo formar en un oscuro porvenir esperanzas que sirven de lenitivo á sus males! Tus Ciudadanos se unen más íntimamente á la gran masa nacional y se felicitan de haber salido de la opresión enemiga aunque sea de una manera tan dolorosa. Ellos en su primera representación á Lord Duque de Ciudad Rodrigo han dicho estas memorables palabras: «*Si nuevos sacrificios fuesen posibles y necesarios, no se vacilaría un momento en resignarse á ellos. Finalmente, si la combinación de las operaciones militares ó la seguridad del territorio Español exigiese que renunciásemos por algún tiempo ó para siempre á la dulce esperanza de ver reedificada y restablecida nuestra Ciudad, nuestra conformidad sería unánime, mayormente si, como es justo, nuestras pérdidas fuesen soportadas á prorrata entre todos nuestros compatriotas de la Península y Ultramar.*»

Inclita nación Española, á la que nos gloriamos de pertenecer, hé aquí cuáles han sido siempre y cuáles son ahora nuestros sentimientos; y hé aquí también una relación fiel de todas las ocurrencias de nuestra desgraciada Ciudad. Cuantas aserciones van estampadas son conformes á la más exacta verdad y de ellas respondemos con nuestras cabezas todos los vecinos de San Sebastián que abajo firmamos.—Enero diez y seis de mil ochocientos catorce.— Pedro Gregorio de Iturbe, Alcalde. — Pedro José de Belderrain, Miguel de Gazcue, Manuel Joaquín de Alcain. José Luis de Bidaurreta, José Diego de Eleicegui, Domingo de Olasagasti, José Joaquín de Almorza, José M.ª de Echanique, Regidores.— Antonio de Arruabarrena, Juan Asensio de Chorroco, Procuradores Síndicos. — Pedro Ignacio de Olañeta, Tesorero. — Por el Ayuntamiento Constitucional, su Secretario, José Joaquín de Arizmendi.—Vicente Andrés de Oyanarte, Vicario.—Joaquín Antonio de Arámburu, Prior del Cabildo Eclesiástico.—D. José Benito de Camino, José de Landeribar, Miguel de Espilla, Antonio M.ª de Iturralde, Tomás de Garagorri, José Domingo de Alcain, Presbíteros Beneficiados.—Por el M. I. Prior y Cabildo Eclesiástico de las Iglesias Parroquiales de dicha Ciudad de San Sebastián, su Secretario, Manuel Francisco de Soraiz.—Joaquín Luis de Bermingham; Prior.— Bartolomé de Olózaga, José Antonio de Eleicegui, Cónsules.—José M.ª de Eceiza, Síndico.—Por el mismo Ilustre Consulado, su Secretario, Juan Domingo de Galardi.—José María de Bigas.—Juan José de Burga.—José Ramon Echanique.—Benito de Mecoleta.—Ramón de Chorroco.—José de Sarasola, Presbíteros.—Juan Bautista Zozaya.—Ramón Lahoche.—José Ignacio Sagasti.—José Santiago Claessens.—Dr. Icaseta.—Manuel Brunet.— Manuel Sagasti.—José María Garayoa.—José María Estibans.—Elías Legarda.—José Antonio Irizar.—Esteban Recalde.—Manuel Barasiarte.—Cayetano Sasoeta.—José Francisco Echanique.—Bautista Elola.—Antonio Aguirre.—Manuel Urrucola —Bautista Carrera.—Antonio Zubeldia. —Ignacio Inciarte.—Joaquín Jáuregui.—Andrés Indart.—Angel Irarramendi.— José Antonio Aspiazu.—José Manuel Otalora.—Martín José Echave.—Joaquín Vicuña.—Bautista Muñoa.—Joaquín Mendiri.—Miguel Arregui.—Manuel Lardizabal.—Gil Alcain.—Diego Cortadi.—Antonio Lozano.—Sebastián Ignacio Alzate —Antonio Goñi.- José Antonio Zurza.—Miguel Borné. —José Echeandia.—José Manuel Echeverría.—José María Olañeta.—Juan José Camino.—Miguel Gamboa.—Luis Arrillaga.—Joaquín Galan.—Agustin Cilveti.—Jerónimo Carrera.—Juan José Añorga.—Francisco Olasagasti. —José Marticorena.—Tomás Arsuaga —Juan Antonio Zavala.—José Francisco Otaegui.—Gervasio Arregui.—Joaquín Lardizabal.—José Urrutia.— Pedro Fuentes.—Cornelio Miramón.—Bernardo Galán.—Cristóbal Lecum-

berri.—Sebastián Olasagasti.—José Mendizábal.—Manuel Garagarza.—José Ibarguren.—Agustín Anabitarte.—Vicente Ibarburu.—Antonio Esnaola.—Pedro Albeniz.—Vicente Echegaray.—Nicolás Tastet.—José Camino.—Sebastian Iradi.—José Alzate.—Salvador Cortaberria.—José Ignacio Bidaurre.—Pedro Marin.—Manuel Riera.—Mariano Ubillos.—Joaquín María Iun Ibarbia.—José Antonio Párraga.—Francisco Barandiarán.—Juan Bautista Goñi.—José Manuel Collado.—Pedro Arizmendi.—José Arizmendi.—José Olarrega.—Domingo Conde.—José Antonio Fernández.—Juan Campión.—Juan José de Arámburu.—Juan Martín Olaiz.—Miguel Miner.—José Echeverría.—Miguel María Aranalde.—Manuel Gogorza.—Jerónimo Zidalzeta.—Juan Antonio Díaz.—Joaquín Vicente Echagüe.—José Cayetano Collado.—Francisco Borja Larreandi.—Francisco Javier Larreandi.—Rafael Bengoechea.—Miguel Antonio Bengoechea.—Miguel Juan Barcaiztegui.—José Antonio Carles.—José María de Leizaur.—Maximiano Gainza.—Domingo Echave.—Juan Bautista Yeregui.—Francisco Campion.—Miguel Vicente Olaran.—Vicente María Diago.—Francisco Ignacio Ubillos.—Pedro Ignacio de Lasa.—Vicente María Irulegui.—Vicente Legarda.—Tomás Vicente Brevilla.—Donato Segurola.—Bernardo Antonio Morlans.—Angel Llanos.—Miguel José de Zunzarren.—José Joaquín Mendia.—Eugenio García.—Juan Antonio Alberdi.—Romualdo Zornoza.—Miguel Urtezabel.—Antonio Zornoza.—Juan Nicolás Galarmendi.—José Vicente Aguirre Miramón.—Fermín Francisco Garaicoechea.—Joaquín Iun Ibarbia.—José Mateo Abalia.—Manuel Eraña.—Martín Antonio Arizmendi.—José Marcial de Echevarría.—José Lasa.—Vicente Alberro Olascuaga.—Vicente Conde.—Eusebio Arreche.—José Antonio Eizmendi.—José Miguel Bidaurreta.—José Joaquín Iradi.

Primer suplemento al manifiesto anterior.

La Ciudad de San Sebastián con los tres cuerpos principales que la constituyen, y un gran número de vecinos de ella, publicó el día 16 de enero último un manifiesto sobre la conducta de nuestros aliados el día del asalto de la plaza y siguientes.

Resta ahora el instruir al público de la conducta que ha observado la Ciudad después de la gran catástrofe acaecida en ella.

Muy aciagos fueron para los habitantes de San Sebastián el día 31 de agosto y los primeros del mes de septiembre y no le han sido menos para un corazón sensible los posteriores.

La Ciudad no debía esperar que fuesen peor tratados sus habitantes á resulta del asalto de la plaza de lo que hubieran sido en igual caso los de una Ciudad Británica, y mucho menos el que después de tan funesto accidente, sus víctimas fuesen abandonadas á su infeliz suerte y aun insultado su honor.

A la Ciudad se acusa por algunos de sus apasionados de apática é indolente por el profundo silencio que ha observado durante más de cuatro meses, al mismo tiempo que otros mal instruidos, ó mal intencionados, atribuyen su moderación á causas muy contrarias á las que la han dictado.

El Ayuntamiento constitucional de la Ciudad ha resuelto satisfacer á los primeros y confundir á los últimos con la publicación de las piezas adjuntas señaladas con el n.º 1.º hasta el 10.º inclusive.

El público, en vista del manifiesto publicado el 16 de enero y los docu-

mentos adicionales que van á continuación, sabrá graduar según lo dicta la justicia, el proceder de nuestros aliados y la conducta de esta infeliz Ciudad y de sus Representantes. San Sebastián, 16 febrero 1814.—Pedro Gregorio de Iturbe—Pedro José de Belderrain—Miguel de Gascue—Manuel Joaquín de Alcain—José Luis de Bidaurreta—José Diego de Eleicegui—Domingo de Olasagasti—José Joaquín de Almorza—José María de Echanique—Antonio de Arruabarrena.—Por el Ayuntamiento Constitucional de la M. N. y M. L. Ciudad de San Sebastián, su Secretario, José Joaquín de Arizmendi.

Representación del Ayuntamiento constitucional á la Regencia del Reino acompañada de las informaciones judiciales.

(Nota). A esta representación se dió curso con fecha de 18 de diciembre último, y no se inserta por ser igual al manifiesto publicado el 16 del mes próximo pasado, á excepción del final, en que se pide la indemnización de todos los daños por los que los causaron, ó por su Gobierno, y á cuenta de la indemnización que se suplica la exija S. A., se solicitan ciertas gracias.

Representación del Ayuntamiento Constitucional de San Sebastián á S. A. la Regencia del Reino.

Serenísimo Señor:—El Ayuntamiento constitucional de la Ciudad de San Sebastián reclama, con la debida sumisión, la justicia de V. A. en desagravio de su honor ultrajado.

La conducta de nuestros aliados el día del asalto y los sucesivos fué la más horrorosa de que hay noticia en la historia moderna. La moderación de los representantes de la Ciudad y el sufrimiento de sus habitantes, abandonados á la miseria durante cerca de cinco meses, sin socorro ni alivio, son una prueba nada equívoca de su inalterable patriotismo.

Las circunstancias eran críticas, importaba más que nunca el conservar la reputación de las tropas aliadas bajo de todos los aspectos. San Sebastián disimuló sus resentimientos y se limitó á implorar la protección del Excmo. Sr. Duque de Ciudad Rodrigo en favor de las víctimas de tan funesto accidente, á cuyas resultas han muerto ya más de 1.200 personas.

Por razones políticas sin duda, que no puede penetrar el reclamante, el Sr. Lord Duque miró con indiferencia nuestras desgracias y aun insinuó en su último oficio á los comisionados de la Ciudad, que deseaba no se volviese á recurrir á S. E. sobre este asunto. La Ciudad entonces sin manifestar al público sus justas quejas, solicitó un despacho del juez de primera instancia de esta provincia para la comprobación completa de todos los acaecimientos.

Muy adelantada estaba la información en su razón, cuando hubo de suspenderse con la noticia de que V. A. había ordenado en 19 de octubre último al Jefe político de esta provincia, que enviase un comisionado á esta Ciudad para el mismo efecto y de oficio. Empezó á recibirse esta nueva prueba, y se continuó algunos días aunque con lentitud, á causa de haber sobrevenido una indisposición al comisionado, hasta que V. A. tuvo á bien mandar, que se la remitiese original en el estado en que se hallase.

El Ayuntamiento concibió desde luego las más lisonjeras esperanzas de esta resolución y no vaciló un momento en dirigir á S, A., con fecha de 18 de diciembre último, una representación sobre lo ocurrido el día del asalto y sucesivos y la información original recibida á su instancia, en atención á que consideraba aún incompleta la recibida del oficio. Tal es la confianza que inspira á los verdaderos españoles un Gobierno digno de la heróica nación á que pertenecen.

La Ciudad, Serenísimo Señor, no ha conseguido hasta aquí el fruto que debía esperar de su moderación y sufrimiento: la opinión pública vacila ó está dividida sobre la verdad de los hechos; algunos periódicos nacionales, mal instruidos sin duda, insultan á nuestra desgracia y los de Londres, en particular el The Pilot, la atribuye á nuestros crímenes de lesa nación. ¡Impostura atroz que no debería quedar impune en una Nación aliada!

El Ayuntamiento en este estado no ha podido prescindir de dar al público una noticia exacta y verídica de todos los acontecimientos. Ha publicado en su nombre, en el del cabildo eclesiástico, del consulado y de un gran número de los vecinos de la Ciudad un manifiesto, en que se hace relación por menor de los principales hechos y está resuelto á instruir al público del mismo modo de cuanto ocurra relativo á nuestra infeliz situación en lo sucesivo.

Los habitantes de la Ciudad todo lo han perdido: sólo les resta su honor que hoy tratan de defenderlo con la resolución más enérgica. En la España libre, no sólo el honor de la Ciudad, el de la nación entera y aun el decoro de la autoridad suprema de ella exigen imperiosamente que nuestros justos clamores penetren desde las orillas del Bidasoa hasta las columnas de Hércules, y aun á todas las regiones en que el despotismo o la barbarie no obstruya los conductos para evitar que resuenen sus ecos.

En este concepto el Ayuntamiento suplica rendidamente á V. A. se digne recibirle bajo su especial protección y acceder en todas sus partes á las solicitudes que tuvo el honor de dirigirla en su representación de 18 de diciembre último, comunicando, en caso de que V. A. lo juzgue oportuno ó necesario, todo el expediente relativo á este asunto ó un extracto de él á las Cortes generales del reino para que S. M. resuelva los convenientes; y no duda que esta justa petición será concedida por S. A. á quien guarde Dios en su mayor grandeza muchos y felices años. San Sebastián 5 de febrero de 1814.—Serenísimo Señor.—La M. N. y M. L Ciudad de San Sebastián y en su nombre—Pedro Gregorio de Iturbe—Pedro José de Belderrain—Miguel de Gascue—Manuel Joaquín de Alcain—José Luis de Bidaurreta—José Diego de Eleicegui—Domingo de Olosagasti—Antonio de Arruabarrena.—Por el Ayuntamiento de la M. N. y M. L. Ciudad de San Sebastián, su Secretario José Joaquín de Arizmendi.

Última representación del Ayuntamiento constitucional á la Regencia del Reino.

Serenísimo Señor: El Ayuntamiento constitucional de la Ciudad de San Sebastián, de la ciudad más desgraciada del orbe, hallándose casi sin existencia física y en los últimos momentos de su existencia moral, reclama de nuevo el poderoso apoyo de V. A.

No es necesario recapitular lo que este infeliz pueblo ha sufrido durante la dominación francesa, pues basta saberse que ha sido uno de los que más

se han distinguido en la nación en manifestar su odio al tirano. Es demasiado notoria á V. A. la principal catástrofe, así como sus primeras consecuencias ocasionadas por la atroz conducta de nuestros aliados, para que haga el exponente una nueva narración de ellas. ¿Pero por ventura se llegó á ver entonces el término de nuestras calamidades? Los cinco meses que han mediado desde el fin de la primera catástrofe hasta hoy. ¿Qué perspectiva han presentado á este infeliz pueblo? La indeferencia del Excmo. Sr. Duque de Ciudad Rodrigo, la insensibilidad de varias ciudades y cuerpos poderosos de la Nación, cuya piedad se ha excitado en vano, y aun los insultos de algunos malvados españoles y extranjeros, el acrecentamiento progresivo de nuestras desgracias, y en fin la muerte causada por la hambre y la desnudez, de la tercera parte de los que pudieron salvarse de entre las manos de las fieras Anglo-Lusitanas. Tal es el lastimoso cuadro que presenta nuestra infeliz Ciudad á los ojos de una grande y heroica nación á que dignamente pertenece y á los de V. A. á cuya especial protección tan justamente aspira. Abandonada á su funesta suerte, y condenada á sucumbir bajo el peso de ella, apenas puede concebir aún la esperanza de que su trágico fin será coronado de la gloria y del honor á que la han hecho acreedora tan extraordinarios sacrificios.

La Ciudad, Serenísimo Sr., ha demostrado á V. A. con pruebas las más evidentes todas sus desgracias y el origen de ellas, y la ha representado por dos veces su lamentable situación; pero el Congreso nacional, por razones que cree el reclamente poderosas, no se hallaba aún ilustrado sobre este asunto el día cuatro del corriente como se observa por su soberano decreto de este día, en que se encarga á V. A. que informe ó proponga los medios que crea oportunos para remediar los males de San Sebastián y otros pueblos que se hallan en igual caso.

En vista, pues, de la referida resolución soberana del día 4, el Ayuntamiento se vé obligado á hacer presente á V. A. que el caso de San Sebastián y sus circunstancias son de un carácter enteramente distinto del de las demás ciudades destruidas en la presente guerra y aun en las de los tiempos más remotos. El caso de San Sebastián es el primero tal vez de que hay memoria en su especie. La suerte de esta Ciudad es igual en lo trágica á la de otras varias, pero incomparablemente más dolorosa, porque el origen de que procede, no la permite aspirar á la gloria de la inmortalidad.

Numancia y Sagunto en los tiempos antiguos llenaron de asombro á sus enemigos, y en la guerra actual Molina, Manresa y otras ciudades de la Península han dado á los satélites del tirano una prueba nada equívoca de que los españoles de estos tiempos conservan las heróicas virtudes heredadas de sus mayores.

Muy lastimosa es sin duda la desgracia de unos pueblos tan beneméritos pero muy envidiable la memoria de su enegía en la posteridad. Pero la infeliz ciudad de San Sebastián destruida por la inhumanidad de nuestros aliados mismos, sumergida por su insensibilidad en un caos de calamidades, insultada por ellos en su honor, precisada á luchar contra su obstinación en negar los hechos más notorios ¿qué consuelo puede esperar para el alivio de tan graves males?

El Ayuntamiento faltaría á su deber si en tan triste situación difiriese el suplicar á V. A., se digne comunicar al Congreso nacional el resultado de las informaciones judiciales recibidas en esta Ciudad, Pasages, Rentería, Tolosa y Zarauz sobre los funestos acontecimientos del día del asalto y sucesivos.

Las Cortes generales del reino y la Nación entera deben ser instruidas muy por menor de nuestra tragedia y del origen de ella. La ciudad destituida de todos los demás recursos y esperanzas, debe aspirar á acrisolar su honor, puesto en problema por algunos aduladores, y á excitar la compasión de los representantes de la nación y de todas las almas sensibles de ella.

La publicación de todos los hechos autorizados por V. A. es el único medio eficaz para que se logre nuestro objeto.

La justicia que asiste á la Ciudad y el conocimiento de la que caracteriza á V. A. son seguros garantes de que la solicitud del exponente será atendida.

Dios guarde á V. A. muchos años en su mayor grandeza. San Sebastián 20 de febrero de 1814.—Serenísimo Señor:—La M. N. y M. L. Ciudad de San Sebastian.—Pedro Gregorio de Iturbe—Pedro José de Belderrain—Manuel Joaquín de Alcain—Miguel de Gascue—José Luis de Bidaurreta—José Diego de Eleicegui—Domingo de Olasagasti—Antonio de Arruabarrena.—Por el Ayuntamiento constitucional, su Secretario, José Joaquín de Arizmendi.

NÚMERO 11

—

Parte del general en gefe del cuarto exército D. Manuel Freyre.

«Excmo. Sr.: El 31 del mes próximo pasado, al amanecer, pasaron los enemigos el Bidasoa en fuerza, por los vados, delante de la cañada de Soroya, haciendo replegar nuestros puntos avanzados. Se reunieron y formaron sus masas en un cerro pequeño de esta parte, inmediato á la orilla del río, protegidos por sus cazadores y artillería; y después de un vivo fuego de guerrillas emprendieron el ataque á la cañada de Soroya, posición que formaba la derecha de nuestro centro, aumentando tan considerablemente el número de aquéllos, que llegó á reducirse á fuego de línea el que se sostuvo por ambas partes. Llegaron á costa de gran trabajo y pérdida á subir cerca de la cañada indicada, pero cargados con bizarría por los regimientos segundo de Asturias, primero Cántabro, voluntarios de la Corona, ídem de León, ídem de Asturias y Guadalaxara, tuvieron que ceder y volver la espalda, habiendo sido perseguidos constantemente por nuestros cazadores hasta la falda del cerro de donde habían partido.

»Al abrigo de la artillería que tenían situada á la derecha del río, establecieron un puente provisional, cuya construcción no fué posible impedir por la escasez suma que teníamos de aquella arma; y después de haber pasado por él sus columnas, intentaron romper nuevamente nuestra línea por su centro y derecha de la posición de San Marcial, pero fueron rechazados en este punto con igual valor que en el primero por la primera brigada de la quinta división, á cuya cabeza iba el comandante general de ésta, el brigadier D. Juan Díaz Porlier, y por el segundo batallón de Marina, que había pasado á protegerla desde la altura de Porló, persiguiéndolos hasta la falda de la colina.

»Después ya de un rato de suspensión; se decidieron á dar la última tentativa contra la izquierda de la indicada posición y la de Portó, que sostenía con la segunda brigada de la tercera división el brigadier D. José María Ezpeleta, y cerraba nuestra línea por aquella parte, atacando con dos columnas de infantería, que sostenían á un sinnúmero de cazadores; y aunque llegaron á ocupar algunas barracas del campamento que tenemos establecido en la cima del cerro, fueron cargados á la bayoneta por la cuarta división, á cuya cabeza se puso el general Mendizábal y los batallones de la primera brigada de la quinta división y el segundo de Marina que estaban en ella, aunque con poca fuerza, y fueron puestos en fuga precipitada, habiendo sido igualmente repelidos en la altura de Portó, en este ataque y otro que habían dado anteriormente. Estando ya muy próxima la noche empezaron á repasar el río, incomodados sin cesar por nuestras tropas, y quitaron después el puente establecido, como también lo poco que tenían adelantado en la rehabilitación del viejo que habían empezado durante la acción.

»La pérdida que hemos tenido en esta jornada ha sido la que verá V. E. por el adjunto estado, pudiendo desde luego asegurarse que la de los enemigos ha excedido bastante, aunque no lo sabemos con certeza; y que las fuerzas de 16 á 18.000 hombres que presentaron, excedían á las que pudimos disponer nosotros para hacerles frente. Contamos entre el número de los muertos al bizarro coronel de voluntarios de Asturias, D. Fernando Mi-

randa, oficial muy acreditado, de grandes esperanzas y que murió siendo un modelo de valor, digno de muchos imitadores.

»No me es posible elogiar el mérito en particular de ningún cuerpo ni individuo, porque sería ofender á los demás, puesto que todos se han portado con igual gloria, y como tal los considero muy acreedores á las consideraciones del Gobierno; debiendo sólo hacer presente á V. E., que considerando oportuno reforzar la izquierda de la línea, dispuse que viniesen tres batallones de voluntarios de Guipúzcoa, de nueva creación, al mando del coronel D. Juan Ugarte-Mendía, y en efecto, lo verificaron teniendo parte en la última carga de los enemigos, y habiéndose portado con igual valor que los demás.

»Creo de mi deber recomendar á V. E., para las recompensas que S. A. estime oportunas, el mérito del general Losada, que fué herido: el singular que contraxo mi jefe de estado mayor el brigadier D. Estanislao Sánchez Salvador, oficial muy benemérito é inteligente, á quien después de haberle herido dos caballos, tuvo que continuar á pie el resto de la acción en cumplimiento de su encargo: el que asimismo obtuvo el segundo jefe de estado mayor D. Antonio Roselló, que permaneció á mi lado todo el día, y en el último ataque á la bayoneta se puso á la cabeza de la columna con sable en mano, cargando con la serenidad y valor que tiene tan acreditado, en cuyo tiempo recibió un balazo de consideracrón, que le obligó á retirarse; y el del ayudante general de estado mayor D. Luis la Viña, que no quiso separarse de la batalla, aunque recibió dos contusiones, y se sostuvo hasta el fin en Soroya.

»El teniente general D. Gabriel de Mendizábal, noticioso de la acción, aunque no está destinado á este exército, se presentó inmediatamente, y me sirvió de mucho, porque le rogué tomase á su cuidado la defensa de San Marcial, y desempeñó esta comisión con el tino y valentía de que tiene dadas tantas pruebas, colocándose á pie también á la cabeza de la columna de ataque.

»El comandante general de artillería de este exército el mariscal de campo D. José García de Paredes, sirvió igualmente á mi inmediación, y tanto él, como todos los demás jefes y oficiales de su arma, sostuvieron el crédito y buena opinión á que son tan acreedores.

»El coronel D. José de la Fuente-Pita, comandante de ingenieros del cuerpo del centro, se me presentó igualmente con vivos deseos de que le ocupase, y permaneció en Soroya á la inmediación del jefe de estado mayor, no dexando de apetecer.

»El comandante del regimiento de la Constitución, D. Juan Loarte, á quien con su cuerpo encargué, después del segundo ataque, arrojase á los tiradores enemigos de un bosque, que ocupaban en bastante número, lo hizo con singular denuedo, y recibió un balazo de consecuencia en esta empresa.

»Llenaron su deber á completa satisfacción mía los capitanes D. Manuel del Pazo y D. José Castro, el teniente D. Tomás Domínguez, y el alférez D. Manuel Jácome, mi ayudante de campo, desempeñando con valor conocido cuantos encargos puse á su cuidado: también se hallaron á mi inmediación durante toda la batalla los subtenientes D. Roque Jacinto Valle y D. Antonio Muñoz y Hervás, empleados á mis inmediatas órdenes.

»El capitán inglés D. Eduardo Malet, comisionado por V. E. á mi inmediación, se me presentó para que le emplease, y fué muerto de un balazo de fusil; recomiendo también á V. E. su gloriosa memoria por las cualidades

que le habían hecho estimable de todo el exército. Nò lo hago menos de todos los señores brigadieres y jefes heridos, como de el de los ayudantes y demás oficiales del estado mayor de este exército, que han dado pruebas nada equívocas de su bizarría y deseos de distinguirse.

»Concluyo con exponer á V. E. cuán acreedores se han hecho por sus servicios en este día á las atenciones de S. A., todos los señores generales, jefes, oficiales y tropa de mi mando, y entre quienes, según he dicho á V. E., no se puede citar á ninguno sin agraviar á los demás.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Quartel general de Irún 2 de septiembre de 1813.—Excelentísimo Señor.—*Manuel Freyre.*—Excmo. Sr. duque de Ciudad Rodrigo. —Es copia.—*Wimpffem.—Es copia.*»

RESUMEN *de la pérdida que han tenido los cuerpos del cuarto exército en la acción del día 31 de Agosto, y en la posición de San Marcial sobre el río Bidasoa.*

	Jefes	Oficiales	Tropa	Caballos
Muertos	1	17	243	2
Heridos	7	65	1.265	4
Contusos	1	5	150	»
Prisioneros	»	5	66	»
TOTALES	9	92	1.724	6

(*Gaceta* extraordinaria de la regencia del lunes 13 de septiembre de 1813.)

NÚMERO 12

—

He aquí el texto literal de este decreto de 2 de febrero de 1814.

«Deseando las Cortes dar en la actual crisis de Europa un testimonio público y solemne de perseverancia inalterable á los enemigos, de franqueza y buena fe á los aliados, y de amor y confianza á esta nación heróica, como igualmente destruir de un golpe las asechanzas y ardides que pudiese intentar Napoleón en la apurada situación en que se halla, para introducir en España su pernicioso influjo, dejar amenazada nuestra independencia, alterar nuestras relaciones con las potencias amigas, ó sembrar las discordias en esta nación magnánima, unida en defensa de sus derechos y de su legítimo rey el señor D. Fernando VII, han venido en decretar y decretan:

1.º »Conforme al tenor del decreto dado por las Cortes generales y extraordinarias en 1.º de enero de 1811, que se circulará de nuevo á los generales y autoridades que el gobierno juzgase oportuno, no se reconocerá por libre al rey, ni por lo tanto se le prestará obediencia hasta que en el seno del Congreso nacional preste el juramento prescrito en el art. 173 de la Constitución.

2.º »Así que los generales de los ejércitos que ocupan las provincias fronterizas, sepan con probabilidad la próxima venida del rey, despacharán un extraordinario ganando horas, para poner en noticia del gobierno cuantas hubiesen adquirido acerca de dicha venida, acompañamiento del rey, tropas nacionales ó extranjeras que se dirijan con S. M. hacia la frontera, y demás circunstancias que puedan averiguar concernientes á tan grave asunto, debiendo el gobierno trasladar inmediatamente estas noticias á conocimiento de las Cortes.

3.º »La Regencia dispondrá todo lo conveniente y dará á los generales las instrucciones y órdenes necesarias, á fin de que al llegar el rey á la frontera reciba copia de este decreto, y una carta de la Regencia con la solemnidad debida, que instruya á S. M. del estado de la nación, de sus heróicos sacrificios, y de las resoluciones tomadas por las Cortes para asegurar la independencia nacional y la libertad del monarca.

4.º »No se permitirá que entre con el rey ninguna fuerza armada. En caso que ésta intentase penetrar por nuestras fronteras, ó las líneas de nuestros ejércitos, será rechazada con arreglo á las leyes de la guerra.

5.º »Si la fuerza armada que acompañase al rey fuese de españoles, los generales en jefe observarán las instrucciones que tuviesen del gobierno, dirigidas á conciliar el alivio de los que hayan padecido la desgraciada suerte de prisioneres con el orden y la seguridad del Estado.

6.º »El general del ejército que tuviese el honor de recibir al rey, le dará de su mismo ejército la tropa correspondiente á su alta dignidad y honores debidos á su real persona.

7.º »No se permitirá que acompañe al rey ningún extranjero, ni aun en calidad de doméstico ó criado.

8.º »No se permitirá que acompañen al rey, ni en su servicio, ni en manera alguna aquellos españoles que hubiesen obtenido de Napoleón, ó de su hermano José, empleo, pensión ó condecoración de cualquier clase que sea, ni los que hayan seguido á los franceses en su retirada.

9.º »Se confía al celo de la Regencia el señalar la ruta que haya de seguir el rey hasta llegar á esta capital, á fin de que en el acompañamiento, ser-

vidumbre, honores que se le hagan en el camino, y á su entrada en esta corte y demás puntos convenientes á este particular, reciba S. M. las muestras de honor y respeto debidos á su dignidad suprema, y el amor que le profesa la nación.

10. »Se autoriza por este decreto al presidente de la Regencia para que en constando la entrada del rey en territorio español, salga á recibir á S. M. hasta encontrarle y acompañarle á la capital con la correspondiente comitiva.

11. »El presidente de la Regencia presentará á S. M. un ejemplar de la Constitución política de la Monarquía, á fin de que instruído S. M. en ellas pueda prestar con cabal deliberación y voluntad cumplida, el juramento que la Constitución previene.

12. »Acto continuo que preste el rey el juramento prescrito en la Constitucion, treinta individuos del Congreso, de ellos dos secretarios, acompañarán á S. M. á palacio, donde formada la Regencia con la debida ceremonia, entregará el gobierno á S. M. conforme á la Constitución y al art. 2.° del decreto de 4 de setiembre de 1813. La diputación regresará al Congreso á dar cuenta de haberse así ejecutado, quedando en el archivo de Cortes el correspondiente testimonio.

14.° «En el mismo día darán las Cortes un decreto con la solemnidad debida, á fin de que llegue á noticia de la nación entera el acto solemne, por el cual y en virtud del juramento prestado, ha sido el rey colocado constitucionalmente en el trono. Este decreto, después de leido en las Cortes se pondrá en manos del rey por una diputación igual á la precedente, para que se publique con las mismas formalidades que todos los demás, con arreglo á lo prevenido en el artículo 14 del reglamento interior de Cortes.

»Lo tendrá entendido la Regencia del reino para su cumplimiento, y lo hará imprimir, publicar y circular.

»Dado en Madrid á 2 de febrero de 1814.—(Siguen las firmas del presidente y secretarios).—A la Regencia del reino.»

Manifiesto de las Cortes á la nación española.

«Españoles: Vuestros legítimos representantes van á hablaros con la noble franqueza y confianza, que aseguran en las crisis de los estados libres aquella union íntima, aquella irresistible fuerza de opinion contra las cuales no son poderosos los embates de la violencia, ni las insidiosas tramas de los tiranos. Fieles depositarios de vuestros derechos, no creerían las Cortes corresponder debidamente á tan augusto encargo, si guardaran por más tiempo un secreto que pudiese arriesgar ni remotamente el decoro y honor debidos á la sagrada persona del rey, y la tranquilidad é independencia de la nacion: y los que en seis años de dura y sangrienta contienda han peleado con gloria por asegurar su libertad doméstica, y poner á cubierto á la patria de la usurpacion extranjera, dignos son, sí, españoles, de saber cumplidamente á donde alcanzan las malas artes y violencias de un tirano execrable, y hasta qué punto puede descansar tranquila una nacion cuando velan en su guarda los representantes que ella misma ha elegido.

Apenas era posible sospechar que al cabo de tan costosos desengaños, intentase todavía Napoleon Bonaparte echar dolorosamente un yugo á esta nacion heróica, que ha sabido contrastar por resistirle su inmensa fuerza y

poderío y como si hubiésemos podido olvidar el doloroso escarmiento que lloramos por una imprudente confianza en sus palabras pérfidas; como si la inalterable resolucion que formamos, guiados como por instinto é impulso del pundonor y honradez española, osando resistir cuando apenas teníamos derechos que defender, se hubiera debilitado, ahora que podemos decir *tenemos patria*, y que hemos sacado las libres instituciones de nuestros mayores, del olvido en que por nuestro mal yacieron; como si fuéramos menos nobles y constantes, cuando la prosperidad nos brinda, mostrándonos cercanos al glorioso término de tan desigual lucha, que lo fuimos con asombro del mundo y mengua del tirano, en los más duros trances de la adversidad, ha osado aún Bonaparte, en el ciego desvarío de su desesperacion, lisonjearse con la vana esperanza de sorprender nuestra buena fé con promesas seductoras, y valerse de nuestro amor al legítimo rey, para sellar juntamente la esclavitud de su sagrada persona y nuestra vergonzosa servidumbre.

Tal ha sido, españoles, su perverso intento, y cuando, merced á tantos y tan señalados triunfos, casi veíase rescatada la patria, y señalaba como el más feliz anuncio de su completa libertad la instalación del Congreso en la ilustre capital de la monarquía, en el mismo día de este fausto acontecimiento, y al dar principio las Cortes á sus importantes tareas, halagadas con la grata esperanza de ver pronto en su seno al cautivo monarca, libertado por la constancia española y el auxilio de los aliados, oyeron con asombro el mensaje, que de orden de la Regencia del reino, les trajo el secretario del despacho de estado acerca de la venida y comision del duque de San Carlos. No es posible, españoles, describiros el efecto que tan extraordinario suceso produjo en el ánimo de vuestros representantes. Leed esos documentos, colmo de la alevosía de un tirano; consultad vuestro corazon, y al sentir en él aquellos mismos afectos que lo movieron en mayo de 1808, al experimentar más vivos el amor á vuestro oprimido monarca y el odio á su opresor inícuo, sin poder desahogar ni en quejas ni en impresiones la oprimida indignacion, que más elocuente se muestra en un profundísimo silencio, habréis concebido, aunque débilmente, el estado de vuestros representantes, cuando escucharon la amarga relacion de los insultos cometidos contra el inocente Fernando, para esclavizar á esta nación magnánima.

No le bastaba á Bonaparte burlarse de los pactos, atropellar las leyes, insultar la moral pública; no le bastaba haber cautivado con perfidia á nuestro rey é intentado sojuzgar á la España, que le tendió incauta los brazos como al mejor de sus amigos; no estaba satisfecha su venganza con desolar á esta nacion generosa con todas las plagas de la guerra y de la política más corrompida; era menester aún usar todo linage de violencias para obligar al desvalido rey á estampar su augusto nombre en un tratado vergonzoso; necesitaba todavía presentarnos un concierto celebrado entre una víctima y su verdugo como el medio de concluir una guerra tan funesta á los usurpadores como gloriosa á nuestra patria; deseaba por último lograr por fruto de una grosera trama, y en los momentos en que vacila su usurpado trono, lo que no ha podido conseguir con las armas, cuando á su voz se extremecían los imperios y se veían en riesgo á la libertad de Europa. Tan ciego en el delirio de su impotente furor, como desacordado y temerario en los devaneos de su próspera fortuna, ni tuvo presente Bonaparte el temple de nuestras almas, ni la firmeza de nuetro carácter, y que si es fácil á su astuta política seducir ó corromper á un gabinete ó la turba de cortesanos, son vanas sus asechanzas y arterías contra una nacion entera

amaestrada por la desgracia, y que tiene en la libertad de imprenta y en el cuerpo de sus representantes el mejor preservativo contra las demasías de los propios, y la ambicion de los extraños.

Ni aun disfrazar ha sabido Bonaparte el torpe artificio de su política. Estos documentos, sus mal concertadas cláusulas, las fechas, hasta el lenguaje mismo descubren la mano del maligno autor, y al escuchar en boca del augusto Fernando los dolorosos consejos de nuestro más cruel enemigo, no hay español alguno á quien se oculte que no es aquella la voz del deseado de los pueblos, la voz que resonó breves días desde el trono de Pelayo; pero que anunciando leyes benéficas y gratas promesas de justa libertad nos preservó por siempre de creer acentos suyos los que no se encaminaran á la felicidad y gloria de la nacion. El inocente príncipe compañero de nuestros infortunios, que vió víctima á la patria de su ruinosa alianza con la Francia, no puede querer ahora, bajo este falso título, sellar en este injusto tratado el vasallaje de esta nacion heróica, que ha conocido demasiado su dignidad, para volver á ser esclava de voluntad agena; el virtuoso Fernando no pudo comprar á precio de un tratado infame, ni recibir como merced de su asesino el glorioso título de Rey de las Españas: título que su nacion le ha rescatado, y que pondrá impetuosa en sus augustas manos, escrito con la sangre de tantas víctimas, y sancionados en él los derechos y obligaciones de un menarca justo. Las torpes sospechas, la deshonrosa ingratitud, no pudieron albergarse ni un momento en el magnánimo corazon de Fernando, y mal pudiera, sin mancharse con este crimen, haber querido obligarse pór pacto libre, á pagar con enemiga y ultrajes los beneficios del generoso aliado, que tanto ha contribuído al sostenimiento de su trono. El padre de los pueblos, al verse redimido por su inimitable constancia, ¿deseará volver á su seno rodeado de los verdugos de su nacion, de los perjuros que le vendieron, de los que derramaron la sangre de sus propios hermanos, y acogiéndolos bajo su real manto, para librarlos de la justicia nacional, querrá que desde allí insulten impunes y como en triunfo á tantos millares de patriotas, á tantos huérfanos y viudas como clamarán en derredor del solio por justa y tremenda venganzn contra los crueles parricidas? ¿ó lograrán estos por premio de su traicion infame que les devuelvan sus mal adquiridos tesoros las mismas víctimas de su rapacidad, para que vayan á disfrutar tranquila vida en regiones extrañas, al mismo tiempo que en nuestros desiertos campos, en los solitarios pueblos, en las ciudades abrasadas no se escuchen sino acentos de miseria y gritos de desesperación?

Mengua fuera imaginarlo, infamia consentirlo: ni el virtuoso monarca ni esta nacion heróica se mancharán jamás con tamaña afrenta, y animada la Regencia del reino de los mismos principios que han dado lustre y fama eterna á nuestra célebre revolucion, correspondió dignamente á la confianza de las Cortes y de la nacion entera, dando por única respuesta á la comision del duque de San Carlos una respetuosa carta dirigida al Señor Don Fernando VII, en que guardando un decoroso silencio acerca del tratado de paz, y manifestando las mayores muestras de sumision y respeto á tan benigno rey, le habría llenado de consuelo, al mostrarle que ha sido descubierto el artificio de su opresor, y que con suma prevision y cordura, ya al principiar el aciago año de 1811, dieron las Cortes extraornarias el más glorioso ejemplo de sabiduría y fortaleza: ejemplo que no ha sido vano, y que mal podríamos olvidar en esta época de ventura, en que la suerte se ha declarado en favor de la libertad y la justicia.

Firmes en el propósito de sostenerlas, y satisfechos de la conducta observada por la Regencia del reino, las Cortes aguardaron con circunspeccion á que el encadenamiento de los sucesos y la precipitacion misma del tirano les dictasen la senda noble y segura que debian seguir en tan críticas circunstancias. Mas llegó muy en breve el término de la incertidumbre: cortos días eran pasados, cuando se presentó de nuevo el secretario del despacho de estado á poner en noticia del congreso de orden de la Regencia los documentos que habia traído D. José de Palafox y Melci. Acabóse entonces de mostrar abiertamente el designio de Bonaparte. En el estrecho apuro de su situación, aborrecido de su pueblo, abandonado de sus aliados, viendo armadas en contra suya á casi todas las naciones de Europa, no dudó el perverso intentar sembrar la discordia entre las potencias beligerantes, y en los mismos días en que proclamaba á su nacion, que aceptaba los preliminares de paz, dictados por sus enemigos, cuando trocaba la insolente jactancia de su orgullo en fingidos y templados deseos de cortar los males que había acarreado á la Francia su desmesurada ambicion, intentaba por medio de ese tratado insidioso, arrancado á la fuerza á nuestro cautivo monarca, desunirnos de la causa comun de la independencia europea, desconcertar con nuestra deserción el grandioso plan formado por ilustres príncipes para restablecer en el continente el perdido equilibrio, y arrastrarnos quizás al horroroso extremo de volver las armas contra nuestros fieles aliados, contra los ilustres guerreros, que han acudido á nuestra defensa.

Pero aún se prometía Bonaparte más delitos y escándalos por fruto de su abominable trama: no se satisfacía con presentar deshonrados ante las demás naciones á los que han sido modelo de virtud y heroismo: intentaba igualmente que cubriéndose con la apariencia de fieles á su rey, los que primero le abandonaron, los que vendieron á su patria, los que oponiéndose á la libertad de la nación minan al propio tiempo los cimientos del trono, se declarasen resueltos á sostener como voluntad del cautivo Fernando las malignas sugestiones del robador de su corona, y reduciendo á los incautos, instigando á los débiles, reuniendo bajo el fingido pendon de lealtad á cuantos pudiesen mirar con celo las nuevas instituciones, encendiesen la guerra civil en esta nacion desventurada, para que destrozada y sin alientos, se entregase de grado á cualquier usurpador atrevido.

Tan malvados designios no pudieron ocultarse á los representantes de la nacion, y seguros de que la franca y noble manifestacion hecha por la Regencia del reino á las potencias aliadas les habrá ofrecido nuevo testimonio de la perfidia del común enemigo, y de la firme resolucion en que estamos de sostener á todo trance nuestras promesas, y de no dejar las armas, hasta asegurar la independencia nacional, y asentar dignamente en el trono al amado monarca, decidieron que era llegado el momento de desplegar la energía y firmeza dignas de los representantes de una nacion libre, las cuales al paso que desbaratasen los planes del tirano que tanto se apresuraba á realizarlos, y tan mal encubría sus perversos deseos le diesen á conocer que eran inútiles sus maquinaciones, y que tan pundonorosos como leales, sabemos conciliar la más respetuosa obediencia á nuestro rey con la libertad y gloria de la nación.

Conseguido este fin apetecido, cerrar para siempre la entrada al pernicioso influjo de la Francia, afianzar más y más los cimientos de la Constitución tan amada de los pueblos, preservar al cautivo monarca, al tiempo de volver á su trono, de los dañados consejos de extranjeros, ó de españo-

les expúreos, librar á la nacion de cuantos males pudiera temer la imaginacion más suspicaz y recelosa, tales fueron los objetos que se propusieron á las Córtes al deliberar sobre tan grave asunto, y al acordar el decreto de 2 de febrero del presente año. La Constitucion les prestó el fundamento: el célebre decreto de 1.º de enero de 1811 les sirvió de norma, y lo que les faltaba para completar su obra, no lo hallaron en los profundos cálculos de la política, ni en la difícil ciencia de los legisladores, sino en aquellos sentimientos honrados y virtuosos, que animan á todos los hijos de la nacion española, en aquellos sentimientos que tan heróicos se mostraron á los principios de nuestra santa insurreccion, y que no hemos desmentido en tan prolongada contienda. Ellos dictaron el decreto, ellos adelantaron, de parte de todos los españoles, la sanción más augusta y voluntaria, y si el orgulloso tirano se ha desdeñado de hacer la más leve alusión en el tratado de paz á la sagrada Constitucion que ha jurado la nacion entera, y que han reconocido los monarcas más poderosos; si al contrahacer torpemente la voluntad del augusto Fernando, olvidó que este príncipe bondadoso mandó desde su cautiverio, que la nación se reuniese en Córtes para labrar su felicidad, ya los representantes de esta nacion heróica acababan de proclamar solemnemente que constantes en sostener el trono de su legítimo monarca, nunca más firme que cuando se apoya en sabias leyes fundamentales, jamás admitirán paces, ni conciertos, ni treguas con quien intenta alevosamente mantener en indecorosa dependencia al augusto rey de las Españas, ó menoscabar los derechos que la nacion ha rescatado.

Amor á la religion, á la constitucion y al rey, este sea, españoles, el vínculo indisoluble que enlace á todos los hijos de este vasto imperio, extendiendo en las cuatro partes del mundo, éste el grito de reunion que desconcierte como hasta ahora las más astutas maquinaciones de los tiranos, éste, en fin, el sentimiento incontrastable que anime todos los corazones, que resuene en todos los labios, y que arme el brazo de todos los españoles en los peligros de la patria.—Madrid, 19 de febrero de 1814.—Antonio Joaquín Pérez, presidente.—Antonio Díaz, diputado secretario.—José María Gutierrez de Terán, diputado secretario.

NÚMERO 13

—

Un hecho que debía ser de gran trascendencia para el francés, ocurrió en esta ocasion: la fuga del ayudante de Suchet y gefe de batallon D. Juan Van-Halen. Aunque hijo de irlandeses este militar, era oriundo de Cádiz y habia seguido como alférez de navío la causa de la nacion hasta que hecho prisionero en el Ferrol en 1809, tomó partido con los enemigos, y reconociendo por rey á José, sirvióle algunos años dentro y fuera de España. Hallábase el D. Juan en una comision en París en 1813, cuando conociendo que el imperio de Napoleon iba á desplomarse, y queriendo hallarse en disposicion de prestar á la patria que habia abandonado, un servicio de tal importancia que le volviera á reconciliar con ella, halló modo de que se le colocara á mediados de octubre en el estado mayor del duque de la Albufera. Ya en Cataluña, procuró ponerse en comunicacion con el emprendedor y aguerrido baron de Eroles, el cual hallándose enfermo en Manresa á principios de noviembre, recibió por conducto de un sugeto apellidado Paz, con quien habia tenido relaciones antiguas de amistad, una carta, cuyo original tenemos á la vista, fechada en 23 de octubre, en que le decia Van-Halen: «El que escribe á V. es un español que obligado por una continuacion de acontecimientos se ha visto envuelto en nuevos compromisos y ha servido como edecan al hermano del emperador cuando estaba en España bajo el título de rey. He vivido despues de los acontecimientos de Vitoria retirado en Francia, en uno de los pueblos del interior, hasta que la prevision de nuevos compromisos me dispuso á precaverme de ellos bajo el mas fino aspecto del disimulo, y pasé á París para conseguir un destino en algun ejército, con el fin de ponerme en salvo, atendiendo á mis miras y decidida voluntad; así es que llego á mi patria, al parecer como su mayor enemigo, con el destino de edecan del general Suchet, que es en el que me hallo; por lo cual, al cabo de cuarenta horas de mi llegada á España me apresuro á tomar todas mis medidas para conseguir el reunirme á aquellos de quienes una mal entendida razon me hizo la suerte separarme; así es que fiado en el honor de V. y de su penetracion en el particular, llego á sus puertas, no con el carácter que mis conocimientos, mis tareas mal empleadas y su consecuencia me han dado, sino con el título de soldado, para el cual, si otro no cabe, espero de su probidad se digne favorecerme, á fin de que desplegando cuanto alcanzan mis ideas, pueda ganar en 15 dias lo perdido en 5 años, y darle á la nacion en resultados ventajosos una prueba de la sanidad de mis sentimientos y del ardor de mis deseos.»

Contestóle el baron que ni debía prometerse la buena acogida que venia buscando, ni menos esperar proteccion, por ser tan graves las ofensas que á su patria habia inferido, sin borrar antes los agravios hechos al nombre español, por medio de útiles servicios; añadiendo que supuesto se hallaba á la inmediacion de Suchet, no le seria defícil comunicarle al propio Eroles cuantas noticias pudiesen ser de utilidad al primer ejército, hasta presentarse ocasion de aprovechar con mejor resultado sus servicios. Comunicada una clave para la sucesiva correspondencia, que durante tres meses se siguió por intermediacion del mismo sugeto de confianza, dió Van-Halen una noticia exacta de la fuerza y planes de los franceses en el principado; formó en 1.º de enero de 1814, un proyecto de ataque contra el ejército de Suchet, en presencia de un plano topográfico que se le remitió y de un estado de las

tropas españolas; adquirió la llave de la cifra del mariscal; avisó que los espías de Lérida y Tortosa llevaban los partes dentro de los cigarros; por fin, obtenidas todas las noticias necesarias para sorprender las plazas que á la derecha del Llobregat conservaba el francés, tratóse de la salida de Van-Halen. Ya era tiempo, porque acababa de recibir éste el 9 de enero, órden del mariscal para pasar á unírsele en Gerona, junto con otro edecán que se hallaba tambien en la plaza. Apresuróse pues á forjarse una órden del gefe de estado mayor D'Eschalard, fechada á las once de la noche del 17 de enero, á la que puso el sello del ejército imperial, espresando deber pasar como parlamentario al cuartel general español, para hacer entrega en él de algunos partes de que estaba encargado por Suchet, á cuyo fin partiria inmediatamente para S. Andrés, en donde tomaria 180 ó 200 caballos del 13.° de coraceros, con los que seguiria con la necesaria precaucion hacia S. Felio de Codinas, acelerando la marcha para llegar á Caldes de Montbuy al amanecer. Seguido de 4 húsares salió por la puerta Nueva cerca de la media noche. Eroles debia esperarle á la vista de San Felio, con fuerza suficiente para sorprender y hacer prisionera á la de caballería, sacada con engaño de S. Andrés; pero desgraciadamente el sugeto que dos dias antes debia darle el aviso fué detenido por una partida de húsares españoles que sin conocimiento del baron, habia quedado de órden del general en gefe sobre la carretera de Moncada. No vaciló en escoltar con dos escuadrones el comandante acantonado en S. Andrés, mas receIándose el francés por el camino, negóse á poner su fuerza al galope, á lo que precipitando aquél la carrera, se adelantó seguido de dos soldados, con los que llegó á Sabadell, desde donde escribió á Eroles á las cinco de la madrugada: «Dos escuadrones traigo engañados: el hacerlos seguir hasta mas adelante es difícil sin traer aquí alguna tropa. Estoy pronto á todo. Me he adelantado con dos ordenanzas porque ha sido preciso.» Sin embargo, los coraceros habian vuelto grupas hácia S. Andrés, sin que los nuestros pudiesen perseguirles.

Frustrado este golpe, manifestó el de Eroles al general en gefe la probabilidad de ganar al francés algunas plazas por medio de una estratagema, para la que contaba con la cooperacion de Van-Halen. Aprobó el proyecto Copons, fiando en el valor y la discrecion del que lo habia formado, para llevarlo á feliz término. Mas como la llegada del edecan de Suchet se hizo luego pública en todo el principado, debia llamar igualmente la atencion el verlo partir con Eroles en direccion de una de las plazas invadidas; por lo cual, á fin de evitar sospechas que alarmasen al enemigo, tomó el baron letras de cambio para la corte y otras ciudades de fuera provincia. El 10 del propio enero escribia el gefe del estado mayor general enemigo D'Eschalard, al gefe del estado mayor español Cabanes, suplicándole de parte de Suchet que le devolviese el caballo del general Saint-Cyr Nugues, que se llevara Van-Halen, y los húsares, advirtiéndole además que dicho oficial se hallaba en deuda de varias cantidades con algunos paisanos de Barcelona y de Burdeos, y con oficiales del ejército francés.

No difirió Eroles el avistarse en Villafranca con el general en gefe aliado Clinton, el cual no solo aprobó también el plan, sino que le ausilió desprendiéndose de 6.000 hombres de su primera división y de gran parte de la Mallorquina, al mando de Smith. Antes de terminar enero se hallaba ya Eroles en Cherta. Su intento era fingir un tratado suscrito por Suchet, segun el cual deberian evacuar las plazas las guarniciones de Tortosa, Lérida, Mequinenza, Monzon, Sagunto y Peñíscola. Es inútil decir que el estilo y la firma del mariscal, la letra y firma de los gefes y oficiales de su estado

mayor, con un caudal de noticias sorprendidas por haberse interceptado algunos partes y correspondencias particulares, y cuanto en fin podia hacer mas verosímil el engaño, fué falsificado; en lo que entendieron Van-Halen y otros. Parte de la división ausiliar, al cargo del marqués de Vibot, se hallaba situada en Valldemós, sobre Praditg, pueblo por donde pasa el camino de herradura del Perelló y poco distante del Coll de Balaguer. En carros cubiertos de paja fueron trasladadas el 5 de febrero al mismo punto, desde la línea del sitio de Tortosa, encomendada al brigadier D. Juan Antonio Sanz, 4 piezas de artillería. La guarnición que debía salir engañada de la plaza el dia 6, haria seguramente noche en el Perelló, pudiendo encontrarse á las diez de la mañana siguiente en el Coll de Balaguer, en cuyo punto seria atacada por las fuerzas allí reunidas y hecha prisionera. El general Elío que mandaba en Valencia, sintió no poder trasladarse en posta á Cherta, pero escribió á Sanz que no escasease á Eroles todo género de ausilios, aun cuando le pareció que el proyecto tenia toda la apariencia de falso: «cuidado, cuidado, añadía; muy rara vez prueba bien lo que proviene de gente infame», refiriéndose sin duda al que habia dado la primera idea del plan. También á Clinton asaltaron después algunas dudas y escrúpulos acerca de la garantía que podía tener la guarnición de Tortosa por parte del general en gefe de las tropas que formaban el bloqueo de esta plaza, y asi creyó, segun dijo, de su deber, para evitar todo motivo de mala inteligencia sobre el particular, hacer entender á Eroles que las tropas de su mando solo se hallarían autorizadas para contribuir al apresamiento de la guarnición, en el caso de inducirla á salir de la plaza *á todo riesgo, sin exigir ninguna garantía ó seguridad* por parte de los generales españoles; pues no era á su entender justificable el hostilizar por su parte á aquella tropa en *desprecio de un contrato* convenido con las tropas españolas, pretendiendo anularlo considerándolo como mera estratagema. No habían sido tan nimios en esta cuestión de honor los generales españoles que no cedian en caballerosidad al inglés. El mismo Elío que esperaba poco del tal proyecto, añadia en su citada carta estas palabras: «es menester no despreciar la prueba, pero llena de precaución.»

Manifestóse ofendido en su dignidad el baron, y contestó al general Clinton en 4 de febrero: «O yo no atiné á esplicarme con bastante claridad, ó en las conferencias que tuve el honor de tener con V. E. y con el general Smith comprendí los casos de salir la guarnicion de Tortosa por una simple órden del mariscal Suchet ó bien afianzada en un supuesto contrato con los generales españoles, en que se estipulaba el concederle un libre paso hasta verificar su reunion con el ejército imperial. Todo, segun dije á V. E., dependía de las noticias que aquí recibiésemos sobre el estado de la plaza y el modo de pensar de la guarnicion. Los informes recibidos hacian inverosímil el primer partido, y así no vacilé en adoptar el segundo. Primero, por estar minados todos los fuertes y murallas de la plaza; segundo, para no esponer al vecindario á un atropellamiento consiguiente á su defensa, y los almacenes y tren de sitio del ejército de Suchet depositado en ella; cuarto, porque el persuadir al gobernador de la plaza á que la abandone y se reuna con la guarnicion á la de Lérida ó á las tropas de la otra parte del Llobregat, ni lo conceptuaba probable por la inverosimilitud del suceso, ni de ventaja alguna para nuestra nacion que no encontraria en Tortosa mas que un amago de ruinas. Finalmente, cuando recibí el oficio de V. E. estaban dados los primeros pasos en consecuencia de lo que llevo dicho, y el asunto no admite variacion. Me es muy sensible que la delicadeza de V. E.

no permita emplear sus tropas en una operacion que en mi concepto debe considerarse como una estratagema militar; pues aunque en realidad se supone un convenio firmado entre el general Copons y el mariscal Suchet, ni en él se comprometen las firmas de nuestros generales, ni se traslada al gobernador de Tortosa sino por conducto del gefe de estado mayor de su ejército y de órden directa del mariscal. Este convenio se autoriza por nosotros, que solo afectamos creerlo y darle cumplimiento hasta que llegue la ocasion de descubrirles el ardid. No es mi intento persuadir á V. E. que obre contra sus principios; solo si el sincerarme de que si induje á V. E. á secundar este proyecto no lo hice comprometiendo la buena fé y el nombre británico, por mas que el orígen de esta guerra y el carácter que le han dado los franceses autoriza contra ellos toda clase de procedimientos. Doy á V. E. las gracias por haberme anticipado el aviso, contrario en su sentido á la persuacion en que vivia, para arreglar con tiempo que la guarnicion de Tortosa, en caso de salir, sea desarmada por tropas españolas.»

No tuvo Eroles esta satisfaccion. Remitida el día 3 á Robert copia del contrato de armisticio y evacuacion espresado, que se suponia concluido en Tarrasa, junto con una órden tambien apócrifa del cuartel general francés, contestó aquel gobernador que no siéndole posible, por hallarse aquejado de gota, pasar á arreglar personalmente en el cuartel general español *infinidad de asuntos* relativos á la guarnicion, se comprometia á enviar despues de la una del siguiente dia al coronel baron de Plicque; «y para probaros, añadia, mi exactitud en llenar fielmente las condiciones de un tratado, os enviaré tambien mañana á primera hora tres soldados del regimiento de la Rioja, que han tenido la imprudencia de acometer á mis guardias en el acto de llevar el rancho á sus compañeros: ya que me habia sido notificado el armisticio cuando cayeron prisioneros, no deben ser en rigor considerados como tales; no lo son legítimamente.» Salió el 4 de la plaza el baron de Plicque con poderes para el comandante-general del bloqueo, por cuyo conducto se llevaba á cabo la trama; pero no pudo evitarse que se introdujese la misma noche en la plaza un espía, por el cual supo el enemigo lo bastante para entrar en sospechas y dar largas á la conclusion de los tratos. Contestó al siguiente día Robert que era indispensable, ya que habia Sanz de posesionarse de la plaza, tener una entrevista con las personas que en el artículo 10 del convenio se nombraban, y que si la evacuacion no se verificaba á las 4 horas de firmado el compromiso, seria culpa suya; lamentóse de no haberle sido aceptado el ofrecimiento que hizo de hacerse trasladar sin embargo de continuar adoleciendo de gota, á la casa extramuros llamada del Camarer, designándole como punto de reunion la torre del Corder, á donde le era imposible llegar, é instó porque se verificase la entrevista en la casa espresada: «finalmente, añadió, si á las cuatro de la tarde no me habeis enviado á persona alguna, tengo el honor de deciros que me veré obligado á no creer en la conclusion de un armisticio, y mandaré renovar las hostilidades.» Tan chocante cambio obligó á Eroles á abandodar un proyecto que por todos lados se manifestaba contrariado, pues Clinton acababa de escribirle que habiendo retirado del Llobregat las tropas enemigas, le convenia disponer de la primera division y de la fuerza de la Mallorquina, que le tenia el baron entretenidas, por convenir acaso mas emplear estas tropas en union de las que iban á formar el bloqueo de Barcelona. Devolvióselas el de Eroles, y apresuróse á marchar sobre Lérida y Mequinenza, no juzgando prudente repetir la tentativa en Peñíscola y Murviedro, para ver si le favorecia allí más la fortuna.

Estaba la última de dichas plazas observada tan solo por 300 hombres del regimiento de Cariñena, de suerte que la guarnicion, aunque escasa tambien, hacia salidas á muchas leguas de distancia, teniendo en continuo sobresalto á todos los pueblos circunvecinos. Instruido de estas y otras interesantes particularidades, llegó el 8 el baron á Flix, desde donde envió á Mequinenza á su ayudante de campo el capitan Mazeda, con órden para colocar con mas ventaja el mencionado destacamento; y ausiliado por un vocal de la diputacion provincial de Cataluña D. José Antonio Cid, de muchas relaciones en el territorio, armó al paisanaje y cerró toda comunicacion con la plaza. Van-Halen y el teniente Bart, siguieron á Eroles hácia Lérida, quedando ocultos en el inmediato pueblo de Torres del Segre, yendo solo á visitarle en el campamento, donde se trasladó el general, de noche y recatadamente, para enterarse del estado de los negocios y copiar los papeles que él mismo les entregaria. El capitan Daura permaneció al lado de este gefe, en clase de ayudante, para suplantar las firmas de los generales enemigos, en que era ducho, en los papeles que Bart y Van-Halen habrian copiado, despues de examinados con toda escrupulosidad. Ya en el campo de Lérida, y con el fin de cohonestar su presencia en aquellos sitios, se dió á conocer á las tropas el baron en ostentosa revista, como comandante general de los bloqueos de la plaza y de las de Monzon y Mequinenza, ordenando estrechar el de la primera. Al mismo tiempo introdujo en aquella plaza un espía con la siguiente fingida carta de Suchet al gobernador general Lamarque; escrita mitad en cifra y mitad en letra: «Barcelona 1.° de febrero de 1814.—Recibo mi estimado general muy de tarde en tarde noticias vuestras, y lo atribuyo á que el enemigo emplea todos los medios para detener nuestros espías y burlar nuestros cálculos. En este supuesto me ratifico en mi última, manifestándoos la satisfaccion que me causan las medidas que habeis adoptado, no menos que la bravura y aliento de esa guarnicion, en quien fundo las mejores ventajas, pues solo se güia por el honor y la gloria. Es cierto que circunstancias imprevistas han forzado á S. M. el emperador á variar sus vastos proyectos, en cuya consecuencia me manda hacer todo cuanto pueda, á fin de reunir las guarniciones de las plazas allende el Llobregat y juntar un ejército capaz de paralizar las operaciones que el enemigo intentare en la campaña próxima contra el imperio. Me ocupo ahora en llenar las miras de S. M. tratando con el enemigo, con objeto de obtener libre paso para las guarniciones de unas plazas que nosotros habiamos ganado con tanta gloria. Me prometo conseguirlo, pues que han sido ya oidas mis proposiciones. En este caso yo os lo avisaré por uno de mis edecanes, á fin de que os instruya conforme á mis miras. El emperador ha tenido la bondad de nombraros comendador del órden de la Reunion, así como al general Robert, por cuya gracia os doy la mas sincera enhorabuena.»

Acompañaba esta carta otra del gefe de Estado mayor del mariscal, el coronel D'Eschalard, fechada en 2 de febrero, en que se instaba que no tuviese el menor reparo en entregar la contestacion al dador, con un estado de la fuerza disponibie que sacaria de la plaza, como tambien el de la caja y almacenes. A fin de poner á salvo al espía y apresurar la contestacion, habíale Eroles entregado otro pliego igual para el gobernador de Mequinenza Bourgeois. Lo propio se hizo con éste. Al cabo de dos dias salieron de ambas plazas los espías, con la contestacion y los estados de fuerza y existencias pedidos. Apenas supo Eroles el buen resultado de su primera tentativa, acercóse á Mequinenza con 300 infantes y 40 caballos, previniendo

á Van-Halen que fuese á su encuentro por diferente camino, reuniéndose ambos á la vista de la plaza, despues que hubo aquél enviado á Bourgeois otro pliego supuesto de D'Eschalard, con el sello correspondiente, de cuyas hojas había salido abundantemente provisto el fugado edecan de Suchet. Decía este parte: «Mi general: me encarga el señor M. duque de la Albufera, preveniros que acaba de concluirse un tratado entre S. E. y el general en gefe del primer ejército español, en virtud del cual se ha concluido un armisticio de 12 dias para dar tiempo á las guarniciones francesas de las plazas situadas á esta parte del Llobregat, para evacuarlas y unirse con sus equipajes y artillería de campaña al ejército imperial de Aragon y Cataluña. El gefe de escuadron Van-Halen y el capitan Castres, ayudantes de campo de S. E., están encargados de partir inmediatamente para Lérida y Tortosa y remitir los tratados y órdenes consiguientes». Confirmábale lo propio al gobernador una carta acompañatoria de Eroles, del dia 11, datada en Sudarrell, añadiéndole que el armisticio había empezado el dia 8, que esperaba su contestacion para hacerlo observar á las tropas del bloqueo, y que acababa de anunciársele el próximo arribo de un oficial enviado por el mariscal portador de las órdenes convenientes, en cuya atencion dejaba á Lamarque la facultad de elegir fuera del alcance de cañon de la plaza, conforme se le prevenia, el sitio donde pudiese verificarse la entrevista personalmente ó por medio de un gefe de confianza.

La respuesta del general Bourgeois correspondió completamente á los deseos del español, quedando por ella acordado que á la primera hora de la tarde del 12, podria apersonarse cualquiera de nuestros gefes con el capitan de artillería de la plaza, Doyer, sobre las alturas fronterizas al castillo, á donde pasaria acompañado de 50 caballos. La presencia y despejo de Van-Halen vestido con el uniforme de edecan de Suchet, y el desembarazo del teniente Bart que hacia el papel de ordenanza del propio mariscal, daba tal viso de realidad á la escena, que era menester mucha malicia para graduarla de ficcion: y como se acercaron á la plaza acompañándoles el baron sin escolta alguna y con cierto aire de confianza que desvanecia toda sospecha, ni remotamente llegaron á pensar los enemigos que fuese todo una mera estratagema militar. Reunido, con Doyer los tres espresados, entregó Van-Halen los pliegos de que se suponia portador, uno de los cuales aparecia escrito de Suchet en Granollers el dia 8, y decia: «El convenio de que os hablé en mi anterior de 1.° del corriente, haberse entablado con el general en gefe del ejército enemigo, se ha terminado felizmente, y el gefe de mi Estado mayor D'Eschalard está encargado de remitiros copia para vuestra inteligencia y cumplimiento. Es muy sensible para mi el dar la órden para evacuar unas plazas en donde á costa de tantos sacrificios habiamos hecho tremolar nuestros gloriosos estandartes, pero circunstancias inesperadas y defecciones sin ejemplo han forzado al emperador á tomar este partido, deseoso de conservar á los valientes de esas guarniciones y colocarlos otra vez en la primera fila de mis bayonetas. Mi edecan el gefe de escuadron Mr. Van Halen portador de la presente, os instruirá verbalmente de algunas particularidades que debereis tener á la vista para arreglar vuestras operaciones. De todos modos os encargo que apresureis vuestra marcha y me remitais con anticipacion las noticias que os pido, pues desearia teneros á mi inmediacion para la nueva organizacion que premedito dar á mi ejército.» Los dos pliegos restantes eran el convenio y la carta que D'Eschalard le acompañaba, encargando al gobernador su exacta y pronta observancia; que lo diese á conocer á las tropas en la órden

del dia; que arreglase su marcha con el comandante de las tropas españolas que formaban el bloqueo, y que enviase desde luego al cuartel general de Suchet, si se lo permitían los españoles, uno de los oficiales de la guarnicion con la noticia del dia de su partida y del en que pensaba reunirse al ejército, así como del número de sus tropas. Espresábase en el convenio entre otras cosas, que las seis plazas mencionadas debian ser entregadas á los ejércitos españoles que formaban su bloqueo, con toda la artillería, municiones de guerra y boca y demás perteneciente á las mismas, sin destruir ni malbaratar cosa alguna desde que fuese presentada la capitulacion; las guarniciones debian salir á las 24 horas con todos los honores de la guerra, llevándose 4 dias de racion y 40 cartuchos por plaza, y la artillería ligera con 60 tiros por pieza, con las mechas encendidas, yendo por el camino mas corto á reunirse con el ejército imperial que se suponia aun frente de Barcelona, todo lo que facilitaria el gobierno español; los prisioneros debian ser devueltos antes de la evacuacion sin cange alguno, así como los caballos y armas aprehendidos; cualquiera duda que ocurriese debía ser interpretada en favor de las guarniciones. Para su cumplimiento ya se ha dicho que se estipulaba en el mismo convenio un armisticio de 12 dias.

Informado Doyer á su parecer, de la voluntad é instrucciones del mariscal que supo Van-Halen adecuar artificiosamente á utilidad de la causa de España, arregló con Eroles la marcha de la guarnicion, conforme al sentido del supuesto convenio, y se restituyó á la plaza. Dejó Eroles sus instrucciones al capitan Mazeda y al ayudante de estado mayor D. Pedro Baeza, con quien se entendió desde entonces Bourgeois, recibiéndole y agasajándole estremadamente, y trasladóse con diligencia al bloqueo de Lérida, seguido de Van-Halen, á fin de repetir allí el ardid que tan en buen punto tenían. Para más asegurar su completo resultado, habíase guardado riguroso secreto por los que entendían en él, y tanto con objeto de evitar en la tropa cualquier desórden como con el de hacer creer á los espías que tal vez se introdujesen en la ciudad, lo que inportaba creyeran los enemigos, no solo hizo propalar el baron la noticia de la evacuacion de Mequinenza, que realmente ocurrió el día 13, y de que en breve sucederia lo mismo con las plazas de Lérida y Monzon, sino que hizo pública en el campamento español la existencia de Van-Halen como el edecan de Suchet portador de la órden, y dió además la siguiente órden general á las tropas: «Soldados: las plazas de Lérida, Monzon y Mequinenza serán evacuadas por las tropas francesas con toda su artillería y almacenes, y confiadas en adelante á vuestro valor, para no ser conquistadas jamás. Las tropas que ahora las guarnecen desfilarán á vuestra vista, con sus armas, para reunirse á su ejército, obteniendo libre paso de nuestra parte. Hay un armisticio de 12 dias para dar lugar á esta reunion, durante los cuales, sin que disminuya en un punto vuestra vigilancia, no debeis serviros de vuestras armas sino siendo acometidos. Durante este término no debeis mirar á los franceses como enemigos, y sí tratarles con aquella generosidad peculiar de vuestra nacion y de vuestro valor: mas si hubiese alguien que olvidándose de su deber y de mis amonestaciones insultase á algun francés en su persona, pagará con su cabeza la inobediencia....» Tambien contribuyó Copons al proyecto de Eroles, dirigiéndole todo de su puño y letra, un oficio en que figuraba enviarle á Van-Halen como edecan de Suchet y portador del convenio, y del cual hizo el baron el oportuno uso.

Iguales á los procedimientos empleados para el engaño de la guarnicion de Mequinenza fueron los que se usaron con la de Lérida, cuyo gobernador

no vaciló en conceder el 13 una entrevista que á las tres de la tarde tuvo lugar frente la torre de Sagarra, á tiro de cañon de la ciudad, sobre el camino de Albarrach, entre el comandante gefe de estado mayor Polverel y el capitan Moroge, acompañados de 10 gendarmes y un trompeta de caballería, y por nuestra parte el coronel D. Miguel López de Baños. Deseó con todo Lamarque que fuese á verle el fingido edecan de Suchet, en lo que no hubo dificultad. Poco despues escusándose con las ordenanzas que le prohibian alejarse de la plaza, pidió á Eroles que se acercase, y haciéndolo éste hasta el Batarrach, túvole largo rato entretenido con preguntas dirigidas á sondear su ánimo, y á las que satisfizo el héroe de Talarn con singular precision y serenidad (1), quedando después de esta última conferencia difinitivamente resuelta la evacuacion de la plaza para las tres de la tarde del dia 14, á cuya hora tomaron posesion de ella nuestras tropas, entre los vivas y aclamaciones de un numeroso pueblo que apenas podia concebir la felicidad que disfrutaba, cuando menos espresar las tiernas emociones que sentia. Los dos oficiales y 38 soldados que de largo tiempo se hallaban allí prisioneros, salieron tambien gozosos á recibir á sus compañeros de armas, echándose en sus brazos y derramando copiosas lágrimas. La guarnicion marchó por la puerta del puente, con 4 cañones de campaña, ostentando ya algunos oficiales y soldados las condecoraciones que por conducto de Van-Halen fingiéronse enviadas por Napoleon. Siguiéronla los de la policía, verdadero azote del país, llevándose las sumas cuantiosas que con bárbaros apremios sacaron de aquellos desgraciados compatricios suyos. En Cervera se reunieron los enemigos de Lérida con los que el dia antes habian evacuado á Mequinenza, y con los de Monzon, seducidos con la misma estratagema, acompañados conforme á lo dispuesto por la capitulacion, por una partida, aunque corta, de españoles. El gobernador de Monzon, Boutan, receloso del lazo que se le tendió, habia enviado á Lérida la noche del 14 al 15, un oficial, para informarse si era cierta la evacuacion que le noticiaba Eroles; pero fingiendo éste resentirse de que se dudase de su palabra, despachó con enojo al enviado, diciéndole: Id, y decid al gobernador de Monzon, que no solo sabrá el mariscal su proceder, sino que voy á detener á las guarniciones que han partido, y marcho á aniquilar con mi artilleria, á la vuestra y su fuerte.» A cuya amenaza se verificó inmediatamente la evacuacion. Parece sin embargo que algunos sabian en Lérida el secreto tres ó cuatro horas antes de abandonarla los franceses, quienes ni aun por el camino se enteraron del ardid.

De esta suerte volvieron al poder de los españoles, tres plazas importantes, una de ellas de primer órden, provistas, escepto la de Monzon, de víveres para dos años; artilladas con 147 cañones de varios calibres, y gran cantidad de fusiles, vestuario, dinero y otros objetos de valor: libertóse del mas pesado yugo á una poblacion de 40,000 almas, sin la menor efusion de sangre; devolvióse á la agricultura un país el mas fértil de Cataluña; quedó abierta enteramente la comunicacion con Aragon y las demás provincias de España, cerrada del todo la de Tortosa, Peñíscola y Murviedro, restablecida la navegacion del Ebro, del Cinca y del Segre, y restituidos al ejército de operaciones mas de 6,000 hombres y 400 caballos que en el bloqueo de dichas plazas se ocupaban (2).

---

(1) Durante esta conversacion condujo Lamarque á Eroles hasta el puente, al que, tomando de la mano al baron le obligó á entrar, sin que éste manifestase asomo alguno de desconfianza; antes por el contrario, levantó ofendido la voz al manifestar el gobernador algunas dudas sobre la autenticidad de la órden del mariscal.

(2) Van-Halen publicó en 1814 una relacion de toda la trama, atribuyéndose la prin-

Sin embargo, para ser completo el triunfo, faltaba hacer prisioneros á los 2,100 hombres y 100 caballos que en junto componian las engañadas guarniciones. Nada mas fácil. Avisados los generales Copons y Clinton, de la ruta que éstas seguirian, dispusieron sus fuerzas de manera que en momento dado se viesen cercadas aquellas en el paraje mas propio. Eroles con dos batallones, 200 caballos y dos piezas de artillería partió á retaguardia de los enemigos, á cuya vanguardia marchaba ya el coronel D. José Cárles, con igual número de infantes y un centenar de caballos. El coronel debia hacer frente á los imperiales en los desfiladeros de Igualada, en la inteligencia de que el baron se hallaria siempre á tiro de cañon de la retaguardia enemiga, y enviarles antes de romper las hostilidades una carta del propio Eroles, descubriéndoles el engaño en que se habian dejado prender, haciéndoles presente su comprometida posicion en el centro de una provincia enemiga, y rodeados por todo el ejército aliado de Cataluña, é instándoles la rendicion. Mas como hubiese variado Lamerque el órden de la marcha, no fué posible á los nuestros aprisionarle en el lugar indicado, dejándose el hacerlo para cuando atravesase la columna los estrechos desfiladeros del Congost. En Igualada llegó á oidos del francés que debian ser asesinadas sus tropas por las aliadas, antes de llegar á Barcelona, y escribió el mismo dia 16 al de Eroles avisándoselo, á fin de que tomase las medidas necesarias para garantir la ejecucion del tratado que creia concluido entre los generales en gefe de uno y otro ejército.

Llegó por fin el momento del desengaño, al acercarse el francés á la villa de Martorell. Volvió rostro Cárles en ademan hostil; los aliados coronaron las cumbres de ambos flancos, y presentóse Eroles por retaguardia, cerrando completamente al asombrado enemigo, pavorosamente prevenido por los aciagos rumores que empezaban á realizarse. Pasaban de 8,000 hombres los que en las mejores posiciones envolvian á los imperiales, cuyo número conocemos. Intimada por Clinton la rendicion, alegó Lamarque lo pactado con Eroles y el tratado concluido entre Suchet y Copons. Allí acababa de llegar el último de estos generales, salido de Vich á media noche, para hacer mas completo el desengaño de los invasores; quienes se mesaban los cabellos, pateando y aun llorando de ira. Firmaron con todo una capitulacion, en virtud de la cual debian pasar á Francia desarmados: mas suspendióse el envío á causa de ciertas diferencias que hubieron de suscitarse entre los generales inglés y español, hasta saber la deliberacion del gobierno, á quien por extraordinario se consultó el asunto. Entre tanto se destinaron á Igualada los prisioneros, dirigiéndose despues por disposicion de la regencia, á Zaragoza, viéndose precisados á pasar otra vez por frente las murallas que no habian sabido conservar.

Los de la policía, siendo escarnio del pueblo y de la tropa en todo el camino, y despojados de cuanto poseian, hasta de sus sombreros y distintivos,

---

cipal parte; pero de los documentos que hemos visto no se desprende mayor mérito del que le damos en la presente relacion; hallándose además certificado por D. Juan Antonio Daura, capitan del regimiento infantería de Fernando VII, y maestro de dibujo de caballeros cadetes del primer ejército, por D. Alberto Eduardo Bart, teniente del regimiento infantería de Molina y por D. José Antonio Cid, vocal de la diputacion de Cataluña, «que las contestaciones con los gobernadores de las plazas fueron escritas ó dictadas por el general baron de Eroles así como los artículos del supuesto convenio, no haciendo los demás otra cosa que copiar sus ideas, y que todo esto lo saben por haber seguido siempre la espedicion al lado del baron, el 1.º suplantando las firmas, el 2.º vertiendo al francés lo que el general dictara en español, y el 3.º cooperando con los conocimientos que tiene en el país...—15 de Marzo de 1814.»

fueron conducidos á pié y atados como malhechores que eran, á la misma ciudad de Lérida, teatro de sus demasías durante 4 años menos 3 meses y sepultados en los peores calabozos debajo de la muralla, por junto la cual el rio Segre discurre, mientras se les juzgaba por un consejo permanente. A los demás comprometidos se les trasladó á la ciudad de Balaguer, en donde se ocupó de sus causas otra comision, siendo algunos condenados á la última pena (1). El pueblo en su primer momento de espansion abrió las puertas de las prisiones que encerraban á mas de cien infelices, encadenados como fieras, y rompió y pisoteó cuanto podia traerle á la memoria la época funesta de la dominacion imperial, si es posible que lleguen aquellos habitantes á olvidarla algun dia.

(1) Viader fué fusilado, y Froixar descuartizado á últimos de marzo.

INDICE DEL TOMO XIII

9